

## OBRAS PUBLICADAS POR ESTA BIBLIOTECA

Administracion: Angeles, 14.—Barcelona

### SECCION CASTELLANA.

- Los Trabajos de Jesús**, por Fray Tomé de Jesús, consta de 3 tomos de 300 páginas cada uno á 15 rs. rústica y 18 media holandesa.
- La Conversion de la Magdalena**, por Malon de Chaide, consta de 2 tomos á 10 rs. en rústica y 12 en media holandesa.
- El Principe Cristiano**, del Padre Rivadeneyra, consta de 1 tomo de 380 páginas á 5 rs. en rústica y 6 en media holandesa.
- El Filósofo Rancio**, del Padre Alvarado, consta de 6 tomos de 320 páginas cada uno á 30 rs. en rústica y 36 en media holandesa.
- Hechos políticos y religiosos del que fué Duque de Gandia San Francisco de Borja**, por el Padre Nieremberg; 3 tomos á 15 rs. en rústica y 18 en media holandesa.
- La providencia de Dios**, por D. Francisco de Quevedo.—Un tomo 5 rs. en rústica y 6 en media holandesa.
- El Orinoco Ilustrado**, por el Padre Gumilla, consta de 2 tomos de 300 páginas á 10 rs. en rústica y 12 en media holandesa.
- Historia de Gipúzcoa**, del Padre Larramendi. Un tomo, 5 reales rústica y 6 en media holandesa.
- El Epistolario y la Victoria de la muerte**, del Beato Padre Orozco. Dos tomos, 10 rs. rústica y 12 en media holandesa.
- La Crotalogia**, del Padre Fernandez Rojas (Liseno). Un tomo, 5 reales rústica y 6 en media holandesa.
- Meditaciones devotissimas del amor de Dios**, por el P. Fray Diego de Estella. 2 tomos, 10 rs. rústica y 12 media holandesa.
- San Juan de la Cruz**.—Todas sus obras.—4 tomos 20 reales y 24 en media holandesa.
- Exámen de ingenios**, por Juan Huarte; un tomo, 5 rs. en rústica y 6 en media holandesa.
- Autos sacramentales**, de don Pedro Calderon de la Barca; un tomo, 5 rs. en rústica y 6 en media holandesa.
- Vanidad del mundo** de Fray Diego de Estella. Tres tomos, 15 rs. rústica y 18 media holandesa.
- Pintor cristiano**, 3 tomos rústica, 15 rs., media holandesa, 18 rs.
- Imitacion de Cristo**, del Padre Francisco Arias; 5 tomos en rústica 25 rs.; media holandesa, 30 rs.

### SECCION LATINA.

- In Quatuor Evangelistas Commentarii**. (Joan. Maldonati.) 10 tomos á 95 rs. en rústica y 105 en media holandesa.
- Patrologia Hispana. PP. Seculi IV.** (DD. Patiani et Damasi Opera.—Faustini, Ossii, Potamii, Severi Majoricensis et Cefini Sedulii Opera.—Theodosii, Bachiarii et D. Philastrii Opera.—Iuvenci Opera.—Gaudenci Opera.—Luciferi Opera.)—Seis tomos, 57 rs. rústica 63 media holandesa.
- De Suavitate Del et Custodia Lingue**, del Beato Alonso de Orozco. Divididas en dos tomos, 19 rs. rústica y 21 media holandesa.
- Defensio Fidei Catolicae adversus anglicanae sectae errores**, P. Franc. Suarez, S. J. Seis tomos, 57 rs. rústica y 63 en media holandesa.
- Cursus philosophici**, regalis Collegii Salmaticensis Societatis Jesu, in tres partes divisi.—Auctore Ludovico de Lossada, eiusdem Societatis.—Diez tomos 95 rs. rústica y 105 media holandesa.

## GUERRAS DEL PALATINADO Y DE LOS ESTADOS BAJOS

TOMO SEGUNDO.

Misión Provincial de  
documentos—GRANADA  
BIBLIOTECA  
Sala C  
Estante 916  
Número 916

6626  
278  
(2)

2:503

*Con censura de la Autoridad Eclesiástica.*

R. 289

LA VERDADERA CIENCIA ESPAÑOLA.

---

**GUERRAS**  
DEL  
**PALATINADO**  
Y DE LOS  
**ESTADOS BAJOS**  
POR  
D. FRANCISCO DE IBARRA Y D. CÁRLOS COLOMA.

---

**TOMO SEGUNDO.**

---

BARCELONA:  
IMPRENTA DE LA V. É H. DE J. SUBIRANA,  
CALLE DE LA PUERTA FERRISA, NÚM. 16.  
1884.



---

Es propiedad de los Editores, que se re-  
servan todos los derechos que por la ley  
les competen.

---



# LAS GUERRAS DE LOS ESTADOS BAJOS.

---

## LIBRO VI.

Año de 1593.

Sucesos de la junta que se hizo en París para la elección de nuevo rey de Francia.—Varios discursos de los realistas.—Diversos puntos alegados por los de la Liga.—Entra en Francia el conde Carlos de Mansfelt con ejército.—Nuevas sospechas del duque de Humena, y motivos suyos.—Gana el conde Carlos á Noyon.—Declárase por católico el príncipe de Bearne.—Toma el conde Carlos á Hemricourt y á San Valeri.—Sucedos del motín de San Pol y del del ejército del conde Carlos.—Apodéranse de Pont los alterados.—Toma el de Bearne á Roy.—Estado de las cosas de los Países-Bajos, y progresos del coronel Verdugo en Frisia.

Desde la muerte del cardenal de Borbon, que acabó sus días á fin de Mayo de 1590, con título de Carlos X, rey de Francia, como se apuntó en su lugar, deseosos los bien intencionados de poner fin á las discordias civiles en Francia, en que tanto interesaba todo el reino, tan acosado dellas hasta entonces, y viendo que Enrique, príncipe de Bearne, llamado por los franceses rey de Navarra, perseveraba en

los errores de Calvin, á quien sin esta mancha tocaba de derecho la sucesion de la corona, trataron de pasar á eleccion de nuevo rey, buscándole entre los príncipes de la sangre real, y á falta dellos, entre los más beneméritos y poderosos, para corroborar y defender la eleccion con las armas, de que necesitan hasta las más justificadas elecciones y envejecidos derechos. Y no es poco de admirar que pudiendo el príncipe de Bearne, haciéndose católico, como despues lo hizo, deshacer el pretexto con que no le admitian, perseverase en lo contrario con tanto riesgo de su principal designio, pues se creia que en él era más razon de estado que engaño el error que profesaba. Los desta opinion dan por causa de su pertinacia la duda en que estaba de que con sola esta diligencia no seria por ventura admitido, temiendo de los católicos, que no con menos ambicion, decian, deseaban la duracion de la Liga y lograr entre las revueltas públicas sus intentos privados, que el declararse por ellos podria parar en no ganarlos y en perder la faccion contraria, con que él se apoyaba entonces, incurriendo en la dificultad grande que tiene saber mudar partido en buena sazon; pero lo que se pudo tener por más cierto es que, á vueltas destas razones, le detenia el vivir verdaderamente engañado con su religion; culpa del haberse criado en ella; que no con menor fuerza se apoderan del alma las opiniones asentadas desde los primeiros años. Despues trocó la misericordia divina esto con muy gran bien de toda la cristiandad; pero como entonces se mostraba tan desviado desta mudanza y tan pertinaz en lo contrario, pudose tratar justamente de buscar príncipe libre deste gran defecto, sin deshonor de los que, á no tenerle, fueran sus vasallos sin contradiccion alguna; mas, así por esto, como por no haberle hasta entonces jurado ni conocido por señor natural, parecia á los favorecedores de la Liga que justamente pudieron oponérsele. Consultóse finalmente este pensamiento con el Papa y con el Rey, y además de aprobarle entrabmos como el camino más breve y más justo, ofrecieron su asistencia y acudir con gruesos socorros para que la eleccion se pudiese hacer con libertad y sin sospecha de opresion. Para lo primero envió el Papa por legado *a latere* al cardenal de Placencia, y para lo segundo (des-

pedidos, como se ha dicho, los esguízaro, y hecho dejacion del cargo de capitán general el duque de Montemarchano) nombró Su Santidad por general á Apio Conti, y mandó que entrase otra vez en Francia por el mes de Marzo deste año con cuatro mil infantes walones y alemanes, y ochocientas corazas, de que ya el dicho Apio era general desde que se deshizo el primer ejército eclesiástico. Envío por su parte el Rey órden al duque de Parma que asistiese á la elección con todas las fuerzas que pudiese sacar de los Países-Bajos y las que en Francia tuviese el bando colegado, dejando guarneidas las demás provincias de su devoción; y para encaminar esto mandó hacer nuevas provisiones de dinero, y ordenó á don Lorenzo Suarez de Figueroa y Córdoba, duque de Feria, que si bien había ya salido de España con este designio, y se hallaba en Roma dando la obediencia á Clemente VIII, que con la diligencia posible fuese á París y asistiese á la elección. Era el Duque señor de igual calidad á los que con mayor pudieran encargarse de tan gran negociacion; sujeto sin duda de aventajadas partes, y de ingenio y talento proporcionado á tan grave negocio, como lo comprobó brevemente la experien- cia. Señaló Su Majestad al Duque para que le asistiesen y con des- treza le ayudasen á la dirección deste negocio, á don Diego de Ibarra y Juan Bautista de Tássis, y para la parte de las leyes, que era la que sólo les tallaba á los demás, fué don Iñigo de Mendoza, hermano del marqués de Mondéjar, insigne jurisperito, el cual llevaba á su cargo fundar en derecho en los Estados Generales dos cabos bien difíciles de persuadir: el primero derribar los fundamentos de la ley sálica, admitida con uníferme afición en Francia por largos años; y el segundo, á que era fuerza hacer lugar con el primero, esforzar el derecho de la infanta doña Isabel en la sucesión de la corona y del ducado de Bretaña, agregado á ella por hembra, y en quien cesaba el obstáculo de la dicha ley. Llevó el Duque instrucciones públicas y secretas que atendian á estos dos principales puntos, y para el primero se daba por fundamento ser la más propincua en sangre al último rey, satisfaciendo á la ley sálica; tanto con que los mismos franceses confiesan que fué imaginado su principio, como con que las

consecuencias que se alegaban de otros casos, por la diversidad deste eran de ningun fundamento; y así, no tenia fuerza la de la costumbre. El segundo cabo era que, desengañado desta pretension, procurase que la eleccion se hiciese de príncipe católico, y en primer lugar proponia las personas de los archiduques Ernesto y Maximiliano, sus sobrinos, ofreciendo casar á la señora Infanta con el que saliese electo, el cual habia de ayudar al otro hermano para la pretension del reino de Polonia. Y parecia á Su Majestad que, juntando el derecho electivo con el de la sucesion, que recaia en la señora Infanta, quedaba más fundado el reino, y queria que las provisiones del gobierno, en caso que tuviese efecto, se despachasen en nombre de los dos. El tercer cabo era que, insistiendo los franceses en que la eleccion habia de ser de príncipe natural, ayudase al de Guisa, á quien la salida de la prision habia adquirido nombre, no menos que el ser hijo y nieto de quien tanto habia hecho por la causa católica. Advertia Su Majestad al duque de Feria de que adheria á este deseo el Papa, y que era justo que adheriese el de Humena, por el deudo que tenia con Guisa y por el lugar que le habia de quedar con su eleccion, y encargábase que procurase con esto mismo cumplir con la casa de Lorena, persuadiendo al Duque, si insistia en querer para si el reino, que por ser Guisa rama de su casa, y su sangre misma, debia ayudar á introducirle en él, como al príncipe della más acepto á todos, estando tan fresca la memoria de su padre; y que impedir esto serviria sólo de hacer lugar, con dividirse, á la pretension del de Bearne; y para este caso queria que desde luego quedase con las mismas condiciones que si saliera electo uno de los archiduques, concluido con Guisa el casamiento de la señora Infanta, vínculo destinado para union de las dos coronas. En cuarto lugar ordenaba el Rey que si la eleccion se encaminase á uno de los hijos de Lorena, procurase la exclusion del marques de Pont; porque en su persona, como heredero de aquella casa, no se juntasen ambos estados; y por salvar este inconveniente, tenia por mejor que se eligiese el cardenal de Lorena, su hermano. El quinto cabo y la última pieza que habia de jugarse era, que si en los Estados Generales tuviese el duque de Humena tanta mano, que, pu-

diendo elegir rey de la suya, no quisiese ceder á Guisa ni á otro, y se tuviese por fácil el nombramiento de su hijo, se conformase el de Feria con este acuerdo, quedando concertado con el dicho su hijo el casamiento de la señora Infanta, y el de Humena con el segundo lugar en el reino, y la superintendencia de las armas para allanarle á su hijo; y que si aún en él no quisiese ceder, sino pretender para sí la corona, se admitiese tambien en el último trance: sólo no quedasen disueltos los Estados y sin conclusion, ofreciendo en este caso el duque de Feria que suplicaría á Su Majestad diese la señora Infanta al hijo del de Humena; que Su Majestad eligiese por sucesor del reino á su padre, y lo mismo mandó que se observase en caso que el de Lorena quisiese para sí la corona.

Ordenó tambien Su Majestad al Duque desen gañase á las personas que el duque de Saboya, por medio del arzobispo de Leon, habia persuadido de que la voluntad del Rey era que le eligiesen á él; porque supuesto que la serenísima infanta doña Isabel era su hija mayor, no era justo privarla de su derecho. He dicho esto para que se vea cuán temprano comenzaron á descubrirse en este príncipe los ambiciosos (1) espíritus que despues ha proseguido. La última advertencia era que, prevaleciendo el príncipe de Bearne, por medio de la conversion, en que entonces se comenzaba á hablar, procurase conservar la Liga, alimentando la guerra con favorecer al duque de Humena, al duque de Guisa y los demás católicos que la siguiesen, en especial al duque de Aumale, por la mano que tenia en Picardía. Algunos de los medios con que estos fines habian de procurarse conseguir disponia Su Majestad, y los no previstos remitía á la prudencia del agente de esta obra, dándole facultad para ofrecer grandes premios á los que ayudasen á ella. Y para que respectivamente se haga juicio de los demás, referiré sólo que para en caso de elección del archiduque Ernesto, otrecia al duque de Humena cuatrocientos mil ducados, parte luego, y los demás en breves plazos (2), y el ducado de Borgoña

---

(1) «Levantados espíritus,» dice la edición de 1635.

(2) «En tres plazos,» segun la misma.

perpétuo, ó en feudo ó en gobierno, á su línea masculina; y que recayendo en hembra, al cobrar el estado se le hubiese de dar un millon de oro. Estos fueron los motivos principales del Rey; y aunque se trataban con el recato debido á tales materias, con la dificultad, si ya no imposibilidad, que tiene el secreto que pasa por muchas manos, no dejaba de andar en boca de muchos, si ya no la entera noticia de ellos, de mucha parte á lo menos; y así, como acontece de ordinario, se discurría variamente, juzgando cada cual segun su capacidad y sus afectos. Los apasionados del principe de Bearne anteponian á cualquiera otra razon su derecho, como no comparable á ningun otro, no viiniendo en que la religion pudiese turbárseles, pues no obstaba, decian, á tantos príncipes herejes como reinaban actualmente en Inglaterra, Escocia, Dinamarca, y los demás que, sin nombre de reyes, lo eran en la sustancia. Añadian á esto la importancia grande de no caer en manos de príncipe extranjero, y la esperanza que se podia tener de su couersion, procurando probar que los príncipes soberanos carecen de juez en la tierra, y que no lo puede ser suyo el pueb'o ni los nobles, pues nadie puede conocer causa de quien por ley divina y humana le es superior.

Esto alegaban aún los católicos parciales suyos, y los herejes lo esforzaban con razones deducidas de sus errores, teniendo por tal la verdad católica, y pasando á esotros puntos, abominaban la proposicion de los archiduques, resirriendo todas las miserias y desautoridad de admitir gobierno extranjero tan en oprobio de la patria, de los antiguos príncipes de ella, y tan en daño de los naturales, exagerando ser el más riguroso azote de un reino. Del duque de Guisa decian cuán infuia cosa parecia anteponerle á todos los príncipes de la casa de Borbon, y por el consiguiente de la sangre real, los cuales con ningun género de justicia ni equidad podian quedar vasallos de quien no tenia gota de sangre de aquella corona. En los hijos del duque de Lorena, contados por poco menos que extranjeros, hallaban casi la misma objecion que en los archiduques; y en la persona de su hijo del de Humena añadian la emulacion de los demás nobles, que hechos á ser iguales suyos, llevarian dificultosamente tan desproporcionada des-

igualdad; como se ha dicho del de Guisa, de quien juzgaban tambien sufriria dificultosamente, cuando tuviese edad y medios para sentirse, el agravio de anteponerle un segundo, y como dicen en su lengua, *cadet de su casa*; cosa que aparentemente no parece podia dejar de ocasionar perpetuas guerras civiles, que siendo eso lo que se pretendia atajar, parecia que por este mismo camino antes se atendia á perpetuarlo. Remataban condenando el ultimo punto, de mantener la Liga en caso que el principe de Bearne abjurase la herejia, llamando la accion contraria á lo mismo que se publicaba del intento del Rey en estas guerras, pues dando á entender que entraba en ellas por estorbar un principe hereje en Francia, hecho ya católico, depusiese las armas, habiendo conseguido el fin con que se habian tomado. Contra esto alegaban los de la Liga en primer lugar las leyes y concilios que hacen incapaces del reino á los herejes, principalmente á aquellos que en provincias católicas introducen nuevamente la apostasia con tan universal y lastimoso daño de las armas, á cuyo reparo conviene atender sobre las demás razones del mundo, siendo aún mucho más justo para con principe que entra de nuevo, cuya reputacion se justificaba en este caso con dos excellentissimas razones: la una el ser condicional la inobediencia, estando prontos á admitirle dejando su error; y la otra concurrir en esto la autoridad del Pontífice y el rigor de las censuras, y que no se debia oponer tampoco la ley Sálica, tanto por su ignorado origen y fundamento, cuanto por cesar en este caso todas las demás razones, como de inferior calidad, y por la misma causa no deberse reparar en la objencion de ser extranjeros los archiduques, como circunstancia levisima, respecto al sosiego que se establecia en lo eclesiástico y político del reino, poniendo principe en él de tantos apoyos para sustentarle, y con quien podrian cesar todas esotras razones de emulacion inevitables en los naturales; y que así como en los reinos de España, no de inferior calidad, habian entrado príncipes no naturales, y gobernado tan en beneficio público, podia esperarse lo mismo en Francia, pasando por algunas dificultades á los principios, que es lo áspero de este caso, pues despues los descendientes es sin duda que son contados por naturales; y que en caso que esta razon les hi-

ciese demasiada fuerza, en el de Guisa cesaba, pues era francés, tan benemérito de aquella corona y tan amado del pueblo, heredero de las virtudes y méritos de aquella gran familia que, aunque no era tenida por de la sangre real, tomando el origen de más atrás, era sin duda que descendía de ella; cuyas razones militarian tambien en su hijo del de Humena, si por estar en manos de su padre las armas, debiese, para mayor sosiego y bien público ser preferido á Guisa; como tambien en los hijos del duque de Lorena, cabeza de esta casa, y el intento de proseguir la Liga en caso que el de Bearne abjurase su error, venian ya á justificarse con los fundamentos que suelen las guerras ordinarias entre católicos cuando se continúan por reputacion ó por conveniencias de Estado, que siendo necesarias á la conservacion de los propios, corrientemente se tienen por no injustas, especialmente con la diferencia que hay entre continuarlas ó darles principio; y en este caso parece que necesariamente convenía al Rey no dejar entrar pacíficamente á la posesion de tan gran reino un enemigo tan poderoso, tan indignado y tan vecino á provincias suyas, actualmente rebeldes y confederadas con él. Esto era lo que por entrambas partes se discurría, por ventura no acertando con ninguno de los motivos y designios de que se originaban estas acciones; siendo así que en lo de los príncipes prudentes sucede lo que en los grandes ríos, que se ve fácilmente por dónde corren y dificultosamente de dónde nacen. Lo que yo tengo por muy creible del celo y piedad del Rey, es que tuvo, si no toda, gran parte en esto el deseo de conservar en Francia la religion católica, y por muy aseguradamente cierto que se debe á sus armas y las de la Liga este gran efecto, pues fueron las que mostraron al principe de Bearne que sin hacerse católico no tenia que esperarla, y las que le obligaron á ello entonces.

En tanto que esto se platicaba en Francia, despues de la muerte del duque de Parma en los Estados-Bajos, introducido el conde de Mansfelt en el gobierno de ellos, Estéban de Ibarra en el de la hacienda y el conde de Fuentes en el manejo y superintendencia de todo, y aceptadas las letras de un millon y doscientos mil ducados por los hombres de negocios en Amberes, parece que casi á la opinion comun

de todos comenzaron á tomar las cosas mejor forma (que cualquier mudanza es gustosa á su principio); y á la verdad, las continuas enfermedades del Duque y el poco gusto con que le tenian los ruines oficios de sus émulos, y sobre todo, la vivacidad de su espíritu, que le impedia el valerse de otros hombros que de los suyos para el porte de tan gran peso, habian comenzado á hacer á los negocios fáciles dificultosos, y á los difíciles imposibles: el haber pasado todas las cosas universales por manos de su secretario Cosme Massi, y lo mucho que se habia encarecido en España su riqueza, causaron en el conde de Fuentes más obligacion que deseó de visitarle: hizose con el término debido á la memoria de su amo, y resultó quedar á un mismo tiempo libre y agradecido de haberle dado ocasion para satisfacer al mundo de su limpieza; que sin esta diligencia lo entenderian así los menos. Efecto indubitable de la envidia y digno castigo suyo, degollarse con sus propias armas, como le sucede casi siempre que se toma con la verdad; bien que si tarda en ser descubierta, no llega despues á tiempo la recompensa. Creyóse al principio que se encargara el conde de Fuentes del ejército de Francia; pero súpóse en él, á mediado Febrero, cómo venia marchando con seis mil infantes y mil caballos el conde Carlos de Mansfelt para juntarse con el ejército, que en aquella sazon se hallaba alojado en la Fereentretenu, cerca de Suason; venian con él oficiales mayores para todo el campo, es á saber: don Alonso de Idiaquez por gobernador de toda la caballería ligera; el capitán La-Vicha por comisario general, soldado de nombre en la caballería walona; Jorge Basta (que hasta entonces desde Roan, donde quedó enfermo, como se dijo atrás, habia estado en Bruselas, y no gobernando la caballería de Francia, como refieren César Campana y los historiadores españoles de su secuela) venia por lugarteniente de maese de campo general, oficio nuevo en aquel ejército, aunque usado ya algo de antes en el de Flandes. Venia tambien don Francisco de Padilla Gaytan, á quien el duque de Parma, poco antes que muriese, habia dado la compañía de lanzas con que sirvió don Alonso de Mendoza, que era una de las que, con la demás caballería española, habia quedado á cargo de don Carlos Coloma. Constaba el ejército que traía el Conde

de cuatro mil alemanes altos en dos regimientos nuevos, el uno del baron don Juan de Pernesteyn, y el otro del coronel Curcio; los demás eran walones hasta el número dicho, reclutas de los regimientos cuyas banderas estaban ya en Francia; los cuales walones, hasta juntarse con ellas, venian á cargo del coronel La Barlota.

A 4 de Febrero llegó el duque de Feria al campo del conde Carlos, que todavía estaba en el país de Champaña, entreteniéndose en tomar algunos castillejos de poca importancia mientras le llegaban cantidad de dineros y municiones del País-Bajo. Tomó el Duque escolta competente hasta Suason, y de allí (en compañía de Juan Bautista de Tássis, que había dias que le aguardaba con escolta de mil y quinientos infantes españoles y walones, y de cuatrocientos caballos gobernados en particular por don Carlos Coloma, y toda la escolta junta por don Luis de Velasco) pasó á París, donde fué recibido con general aplauso del pueblo y de casi toda la nobleza y prelados del reino, cuya total felicidad se esperaba universalmente por medio de aquella junta. Hospedó al Duque don Diego de Ibarra hasta que puso y concertó su casa, y á cuantos con él venian; y valiéndose el Duque en primer lugar de su consejo y de la envejecida experiencia de Juan Bautista de Tássis, comenzó á hacerse capaz de aquellas materias y á tender las redes para encaminar á un mismo tiempo la quietud del reino y la voluntad del Rey, en orden á lo cual, con don Luis de Velasco, y despues con varios mensajeros, representaron al conde Carlos y al duque de Humena (que en este medio se habian juntado ya en los contornos de Suason con el campo del Rey, trayendo en su compañía el Duque ochocientas corazas y tres mil infantes franceses), que sin embarazarse en cosa ni divertirse á otras empresas se acercasen todo lo posible á París por dar calor á la elección, en que se iba comenzando ya á tratar de veras; y advirtiésoles tambien de que si les parecia conveniente emplear entre tanto aquel ejército tan florido, siendo como eran señores de la campaña, por hallarse el enemigo muy inferior en fuerzas, con sitiar á san Dionis se conseguian á un mismo tiempo tres efectos muy importantes: uno el acercarse dos leguas pequeñas de París, otra entretener la gente lejos de las fronte-

ras, y la tercera ganar el lugar con que se habia de acabar de calificar la eleccion, siendo donde se conservaba la corona de san Luis, y costumbre prescrita de centenares de años el coronarse allí los nuevos reyes. Comenzaba ya á descaecer la voluntad del Duque de Humena y vencer la ambicion á las demás pasiones, como la más fuerte; y habiendo deseado el reino para sí, tenia por ventura más el ver la corona en la cabeza de su sobrino el duque de Guisa que en la del principe de Bearne; tanto más poderosa es la envidia que el odio, y de esto se quejaba públicamente, diciendo que no era justo que habiendo él sostenido sobre sus espaldas el peso de toda aquella máquina, y apoyado con su industria y solicitud las cosas hasta ponerlas en el estado presente, se llevase otro el fruto de sus trabajos, dejándole hombre privado á donde habia sido señor, y sujeto á mendigar de él el gobierno de una provincia en premio de haberlas gobernado á todas y defendídas del enemigo comun á costa de su sangre. Si el ser, decia, mi sobrino mozo y por casar le ha de dar el reino, ¿qué he ganado yo? Y la conveniencia de hacer reina de Francia á la infanta, ¿basta para anteponerme un jóven inexperto y de dudosas esperanzas? Ahí está mi hijo, mayor en edad, ya de diez y siete años, y por su persona no indigno de tan gran fortuna: dénle el reino á él cuando rehusen de honrar mis canas con esta mortaja; que yo me consolaré de servirle de ayo á él, y á la serenísima infanta de capitán general de sus ejércitos. Andaba este lenguaje entre pocos, y no entendiéndole, ó no queriéndole entender, el conde Carlos, hombre totalmente militar, y deseoso de entrar haciendo algo, se dejó persuadir á lo que menos convenia y á lo que más deseaba el duque de Humena, que era oponerse del todo á los consejos de los ministros que asistian en la asamblea de París.

Acampóse pues el ejército colegado, que pasaba de 43,000 infantes y 2,500 caballos, sobre la ciudad de Noyon, á los 15 de Marzo, despues de haber tentado á los 14 el tomarla por entrepresa con gente que á este efecto se adelantó con petardos. Tuvo aviso dél el enemigo del intento del conde Carlos, por el mismo camino que llegaron otros del mismo género, en peores y más dañosas ocasiones que

aquella, en el discurso de las guerras de Francia, y prevenido, no tuvo efecto. Es Noyon ciudad grande en la provincia de Picardía, principal, como cabeza de obispado, y fuerte desde el tiempo de Julio César, que la llama en sus *Comentarios Nobioduno*; dista cuatro leguas de la Fera, tres de Compièña y poco más de Han; por la parte que mira á la Fera y á Han la fortifican unos pantanos que se hacen de un riachuelo que, bajando del país de Vermandois, entra en el Oise, junto al villaje de Trassi, y por la que mira á Compièña tiene un foso de agua de competente anchura, sangrado del dicho riachuelo. De aquella parte, arrimados al bosque de Baine, y particularmente en el villaje de Babus, se alojaron las tropas del Papa, el tercio de Capizuca y los dos regimientos de Pernesteyn y Curcio; y desta toda la demás infantería española y de naciones. Alojáronse el duque de Humena y el conde Carlos en la abadía de Maurenán, y la caballería ligera en el villaje de Flesi, y todos á tiro de cañón de la ciudad, en la cual, fuera de 4,000 ciudadanos, gente escogida (aunque de varias opiniones, como de ordinario lo es el vulgo), se hallaban de guarnición al pie de 1,500 soldados franceses, sin dos compañías de esguifzaros berneses. Plantáronseles dos baterías, de una de las cuales, y de sus trincheras, es á saber, de la que miraba al ángulo superior de la ciudad, que le formaba un baluarte á lo moderno, harto fuerte y bien revestido, se encargó al maese de campo don Antonio de Zúñiga con su tercio, dos regimientos de walones y el de alemanes del conde de Vía. De la otra, casi en lo llano, cerca de las praderías que se encaminaban hacia un rebellín de tierra y fagina, con su foso de agua, se encargó don Luis de Velasco con sus españoles y los de don Alonso de Idiaquez, gobernados por el sangento mayor Gonzalo de Luna, y el regimiento de La-Barlota. En la batería alta se alojaron seis cañones y en la baja siete, sin otras piezas menores que tiraban á las defensas. En medio de las dos baterías, para que se diesen la mano y juntamente defendier el socorro, se plantó un fuerte que, aunque expuesto demasiado á la artillería enemiga, fué de gran efecto para divertir las salidas, que en todo el sitio no se hizo alguna de consideración. Por la parte que estaba alojada la gente del Papa y Camilo Capizuca, se

abrian tambien trincheras, más por deslumbrar al enemigo que por pensar hacer efecto por allí; y como á esta causa se hallase demasiado trabajo, el noveno dia del sitio, el regimiento de alemanes del baron de Chateobreyn, caballero principal lorenés, por cargarle todas las faenas su general Apio Conti (á lo que se entendió por odio y emulacion particular), llegando sobre esto los dos á malas palabras, y tras ellas á las espadas, quedó muerto Apio Conti de una estocada por los pechos. Pudo el matador tomar un caballo y ponerse en salvo; que fué notable acaecimiento. Contaré otro que lo parecerá más, y no lo dijera á no ser testigo de vista y á no tener otros muchos harto dignos de fe. El dia antecedente al de la muerte de Apio Conti, volviendo don Alonso de Idiaquez con toda la caballería ligera de acompañar cierto convoy de bastimentos que se traia de la Fera, y preguntando á un soldado de á caballo italiano lo que había de nuevo en el campo, como es costumbre, respondió: «No hay otra cosa sino que debe de haber dos horas que monsieur de Chateobreyn mató de una estocada á su general Apio Conti.» Sintieronle, como era razon, don Alonso y los capitanes, y llegando en busca del conde Carlos al fuerte, á donde estaba casi siempre, el primer hombre con quien encontraron fué con Apio Conti bueno y sano; hicieronse cruces todos y contaronle lo que había dicho el soldado, y él lo tomó en risa; y luego el dia siguiente, á la misma hora que señaló el soldado, sucedió su muerte; que no parece sino que le avisaba Dios por medio de su buen ángel, para que, volviendo sobre sí (siendo, como era, más suelto y menos cuidadoso de su conciencia de lo que se permitía entre soldados), tuviese su Divina Majestad ocasión de divertir el castigo.

Iba á este tiempo muy adelante el sitio, y ambos maeses de campo de españoles habian ya comenzado á desembocar el foso, y trataban de cegarle para hacer la bateria, particularmente don Luis de Velasco, que por hallar mejor terreno, aunque lo comenzó más tarde, estaba ya casi arrimado al rebellin. Pareció infructuosa la bateria por la parte de don Antonio, por la fortaleza del baluarte, altura del foso y la imposibilidad de quitarle el uso de la casamata; y así, las piezas que estaban en aquel puesto servian de descortinar la ba-

tería de don Luis, que jugó dos días sin el efecto que se pensaba. Minóse la punta del rebellín, y al volar la mina con poco daño del enemigo, mató algunos soldados españoles y walones; hicieron con todo eso ella y la batería suficiente escarpa para darle el asalto, como se le dió con singular valor don Luis á los 28, y se alojó en él con sus españoles, seguido del coronel La-Barlota, que quedó herido de un brazo. Murieron cosa de treinta hombres del tercio de don Luis, y diez ó doce soldados y alféreces particulares, y entre ellos Sebastian de Castro y Hernando de Pasamar, hidalgos muy honrados y queridos de toda su nación por sus honradas partes. Defendieron gallardamente los enemigos el rebellín; pero en viéndole perdido, considerando que, alojada en él la artillería, podía hacer notable daño, temiendo el rigor de un asalto con los recientes ejemplos, trataron de rendir la plaza el último día de Marzo, después de haberse defendido diez y seis días, sin que en todos ellos les pudiesen meter un soldado tan sólo de socorro los realistas ni su cabeza el de Bearne, por más que lo intentó algunas veces desde Compièña. Salieron los rendidos el segundo día de Abril, y en su lugar dejó el de Humena casi toda su infantería francesa, sin admitir un soldado de otra nación; con que comenzó á dar alguna sospecha de su voluntad, irritados ya los ánimos de ver que, habiendo removido del gobierno de Miaux, plaza por ventura la más importante de la facción, á monsieur de Rentiñi, caballero principal y aficionadísimo á la voz de la liga, le había dado al señor d-Vitri, hechura suya, y persona que se sabía tener secretos tratos y conferencias con el príncipe de Bearne y sus ministros.

Ganada Noyon, cuando toda conveniencia de estado y guerra aconsejaban el pasar adelante y reducir á más aprieto al príncipe de Bearne, que casi sin fuerzas de consideración estaba sobre la defensiva, marchando el ejército colegado la vuelta de Han con el conde Carlos, y pasando el duque de Humena á París á asistir en la junta de los Estados Generales, se acabó de echar de ver el juego á los que más procuraban encubrirlo, comenzando los ministros del Rey á desconfiar de buen suceso. Sin embargo, después de haber hecho el duque de Feria una elegante oración latina en presencia de los diputados, hecha

y recitada por él con particular gracia y energía, respondiendo á ella en otra el cardenal de Sens, llenas entrambras de ofertas y agradecimientos (cuyos trasuntos por andar ya impresos no acrecientan el volumen deste libro), se abrieron los Estados Generales, á que acudian todos los que llaman pares y diputados del reino mañana y tarde. El saber esto el duque de Humena, acabado de ganar á Noyon, le hizo dar la vuelta para París, donde le llevaba más su particular provecho que el universal de la Liga; y así, descubriendo ya, no con rebozo, sino claramente, su designio, comenzó á introducir con los ministros del Rey su pretension, publicándoles lo que ellos ya sabian con univeral sentimiento. Tomáronse varios medios para quitarle de aquella opinion, por estar muy adelante, despues de refutadas las demás pláticas, la de elegir al de Guisa, el cual, con una modestia excesiva, dió en cotejar á su tio y en temer ser Rey (como si no descendiera de reyes); llevábanlo tan mal sus amigos, que hubo quien le incitó á deshacerse del tio, ofreciéndole la asistencia y consejos necesarios, y áun la mano cuando la suya rehoyese el mancharla de su propia sangre. «¿Será posible, le dijo uno, que, pudiendo ser Rey de Francia con sólo quitar la vida á quien por este camino la quita al Estado, con quien os corren tantas obligaciones, os hagais indigno de tan gran felicidad, y condeneis por mentirosos á tantos y tan nobles juicios como se han hecho de vuestro valor? Si la ley (aunque dada por un gentil, han sabido seguir tantos malos cristianos, de que si es licito violar las leyes en algun caso, lo es solamente por reinar) os favorece sin escrúpulo, y se os ablanda y facilita con el concurso y voto universal de todo el reino, ¿por qué no os armais contra quien os lo impide, y más constándoos, como os consta, que quiere esta honra para sí, publicándoos á vos por indigno de ella? Advertid que puede llegar la ambicion de vuestro tio á no creer los ofrecimientos que poco cautamente le habeis hecho de no aspirar al reino, y hacer con vos lo que con tanta más justicia debiérades vos hacer con él. Mirad, Señor, que no os dejó vuestro padre en herencia sólo el dueldo de Guisa; de sus esperanzas os hizo heredero, que por ventura estaba anteviendo las que ahora vemos que se os rien, cuando se opon-

nia á los enemigos del reino y le defendia, como cosa que, habiendo sido de los sucesores de Cárlo-Magno, de quien vuestra casa descende por linea de baron, podia llamarse suya.» Estas y otras cosas le decian sus amigos, y con todo eso, haciendo el mayor acto de modestia que se puede pintar, rehusó el comprar el reino tan caro como con la muerte de su tio; y lo cierto es, que temió el no tener fuerzas suficientes para sostener tan gran peso y contrastar á tantos enemigos: sobrada prudencia de un mozo de veinte años, pues á mi parecer fué mayor que lo llegara á ser la temeridad. Buena causa de esto fué el volverse el ejército colegado hacia la frontera de Artois, y el considerar la Chatra, San Pol, el arzobispo de Leon y otros fautores del duque de Guisa, el poco caso que debe hacerse del favor popular, pues en teniendo lo que desea, vuelve á desear lo que tuvo, constante sólo en no admitir constancia y en pagar siempre con ingratitud á sus bienhechores.

En este estado estaba la junta ó asamblea de París cuando el príncipe de Bearne, que por momentos en San Dionis, donde estaba, iba teniendo avisos de lo que pasaba en ella, viniendo que si salia nombrado otro rey habia de perder, con la opinion del nombre, por lo menos todas las voluntades de los católicos, determinó reducirse á la fe católica y darse á conocer por hijo de la Iglesia. Esta declaracion hicieron en la asamblea los diputados de Enrique á los 5 de Junio, asegurando que desde luego enviaría á pedir la absolucion del Papa y á convocar varios prelados y personas doctas por quien poder ser catequizado é instruido en la fe. Respondióseles que se alegraban mucho, y que en constándoles de haber obtenido la dicha absolucion de Su Santidad, harian, segun Dios y sus conciencias, lo que les pareciese más justo. Hizo en bonísima ocasion esta accion el de Bearne; en razon política hablo, que por todas las demás siempre tardó, y siempre con igual necesidad de no dilatarlo, porque nunca menos pudo con las armas mejorar sus cosas, á causa de las pocas fuerzas con que se hallaba; en la negociacion ya no era tiempo de esperar, habiendo llegado las cosas tan á los últimos términos; y desabrimiento y perdida de los herejes, nunca pudo temerla menos, porque sin duda pudieran creer de

la prisa con que lo hacia y la sazon en que lo ejecutaba, ser resolucion fingida para sólo aquella ocasion; y por lo menos el proceder en ella tan impensadamente ocasionaria la suspension que bastase á no podérsele oponer tan aprisa, que no tuviese tiempo él entre tanto de perficionar su negocio; con cuya autoridad, y la ayuda de la mayor parte de los católicos, allanaria despues lo demás.

Era más larga la detencion que se figuraba en el camino que habian de hacer los embajadores del príncipe de Bearne desde San Dionis á Roma, de lo que convenia para el estado de sus cosas, pues no habia apariencia de que los Estados se disolviesen, y en ellos se podia temer siempre alguna extraña resolucion; y así, ante todas cosas, se resolvio en hacerse absolver por algunos obispos, los cuales le desengañaron de que aquel acto tocaba al Papa por mil razones; con que se dejó por entonces de pretenderlo, contentándose con hacerse catequizar e instruir en la fe. Propúsose á fin de Junio una tregua de tres meses, con voz de poder atender á la cosecha de los granos; y á la verdad no era sino para domesticarse los realistas con los de la Liga e irlos disponiendo á su opinion, de suerte que por lo menos dilatasen el hacer alguna salida contraria á la pretension del de Bearne hasta tener absolucion del Papa. Disputóse mucho sobre este punto en la asamblea, y el cardenal legado, rehusando el asistir más en ella, y abominando todo género de trato con los que seguian á Enrico de Borbon, y en particular el de la tregua; viendo por otra parte derribadas por tierra las esperanzas de eleccion con sola la voz de que trataba de reducirse, dio á entender que le convenia retirarse á lugar seguro. Lo mismo instaban los ministros del Rey, viendo mal logradas sus esperanzas, y teniendo por cosa de cumplimiento y regla de estado la conversion de Enrique, hecha á más no poder, y forzado no menos del temor de sus inteligencias que del de sus armas; con todo con particular sentimiento de todos, se hubieron de cumplir las treguas por los tres meses siguientes, desde 24 de Agosto, dia de san Bartolomé, hasta 24 de Noviembre. Antes de lo qual, para mejor ganar este portillo tan importante, y tener el príncipe de Bearne mayor ocasion de encaminarle, trató con el arzobispo de Burges en Beri, y

con algunos obispos que estaban con él á San Dionis, que le absolviesen; y ellos, sin embargo de una escritura que hizo publicar el legado en París, en que declaraba con vivas razones no tocar ni poder tocar aquel oficio en el caso ocurrente á otra persona alguna que al romano Pontífice, le llevaron á los 25 de Julio, dia de Santiago apóstol, á la iglesia, y en ella, despues de catequizado por el Arzobispo, oyó misa con general concurso, aplauso y aclamaciones, y por todo aquel clero fué aceptado por miembro de la Iglesia católica, apostólica, romana. Alteráronse con esta resolucion tan inesperada los ministros del Papa y del Rey, y al punto avisaron de ello á sus señores, procurando, lo que se tardaba en tener respuesta de ellos, que se fuese continuando la asamblea. Fué grande la conmocion popular por esta nueva, y tal, que si próvidamente, y á instancia del duque de Feria y los que le asistian, no hicieran cerrar las puertas de París, se despoblara del todo por ir á ver con los ojos un suceso tan impensado, y el que sólo podia, al parecer, abonanzar la peligrosa fortuna que corria aquel reino; con todo eso, llegaron á San Dionis millares de personas, que, testificándolo despues por vista de ojos, acabaron de alegrar á toda aquella ciudad (salvo á los que fundaban sus esperanzas en las revueltas y su acrecentamiento en el estruendo de las armas). Causó esta gran mudanza notable beneficio á los designios del de Bearne, mejorando sus esperanzas excesivamente; confirmó la fe de los que le seguian, apoyada á tanto más honestos fundamentos; granjeó una gran parte de los neutrales; puso en mucha duda al mayor número de la Liga, en cuidado grande á los más resueltos en no desampararla, y en no menor desconfianza de la fe de ellos á los ministros y soldados del Rey; con lo cual de allí adelante comenzó á ser poco sustancial la ayuda que al ejército católico daba la faccion colegada, y no será fuera de propósito decir aquí lo que se supo de bien original en este tiempo, tocante á la calidad de la conversion del de Bearne, pues se afirma que entre los capítulos de la instruccion que llevó á Roma el cardenal de Pernon, fué uno, que si acaso queria obligarle el Papa á apartarse de la amistad y alianza que tenia con el turco, se volviese á Francia sin tratar más de la absolucion.

Retirado el conde Carlos la vuelta de Han, y comenzando á faltar las pagas, y los soldados á vivir de rapiña, comenzó tambien á irse menoscabando la obediencia y el respeto, especialmente en la caballería, que por faltar de su gobierno don Alonso de Idiaquez, que se retiró al País-Bajo, y con él los capitanes que la gobernarón el año antes, desdefiéndose de obedecer á La-Vicha, capitan walón, comisario general de ella, no nombrado por el Rey, sabiéndose que lo estaba ya en España el capitan Juan de Contreras Gamarra y que venia á ejercer su oficio. Andaba casi toda aquella parte tan principal del ejército en conocida confusión y ruina. Con todo eso, pasó, hacia la fin de Mayo, el Conde la vuelta de la baja Picardía, con intento de tomar á San Valeri, villa marítima, arrimada á la ribera siniestra del río Soma, casi á donde desagua en el Océano británico; en el camino supo el Conde los muchos daños que recibía el país y bailiaje de Hedin de cosa de ochenta infantes y treinta caballos que estaban de guarnicion por el enemigo en el castillo de Himbercourt. Arrimándosele con seis cañones, le tomó el tercer dia, matando ellos antes de un arcabuzazo á don Juan de Tassis, capitan del tercio de don Antonio de Zúñiga y caballero de honradas esperanzas. Pasó adelante el Conde, y con poca más resistencia se apoderó de San Valeri; puesto en donde, como tan gran soldado, tenía echado el ojo para conservar allí un puerto capitísimo de cualquiera gruesa armada, caso de que el Rey gustase de emprender otra vez la jornada de Inglaterra; pero, como no se estaba entonces de este espacio, y por otra parte le afligía notablemente la falta de dineros, determinó de alegrar á los soldados, haciendo una entrada en el país y condado de Boloña. Es este país una nesga ó entrada que hace Francia, metiéndose por entre el Artois y condado de Flandes y la mar espacio de veinte y cuatro leguas, en el cual están situadas las dos famosas y pleiteadas ciudades de Boloña y Calés; á la lengua del agua y más mediterráneas, Montreull, Guines, Monthulin y Ardres. Es este país de los más fértiles de Francia, y aún por ventura del mundo, y como tal, salió el ejército del harto y cargado de presa y bastimentos para algunos días; pasados los cuales, se volvió á la misma necesidad que antes y á mayor desconfianza de dineros,

gastándose de ordinario con prodigalidad lo que se adquiere desordenadamente. Fué ocasion de esto tambien el ejército que se iba juntando en Brabante á instancia del conde de Fuentes, para oponerse á las fuerzas con que comenzaba á campear aquel año el conde Mauricio, cuyos nublados reventaron sobre Santa Gertrudenbergue y despues sobre Groninguen, con el suceso que veremos en desembarazándonos del motín de San Pol, el primero de la segunda tropa de motines, y á esta causa el más pernicioso de todos.

Pasaba adelante la sobrada licencia y poco respeto de la caballería ligera, y como faltaba el remedio eficaz no menos con disciplina que con dinero, domesticados en las salidas y pecoreas con la hez de la infantería española, estando alojado el campo en Anera y sus contornos, trajeron entre sí de pedir de una vez el fin de tantos trabajos y las pagas debidas de tantos meses; y como no les faltaba tiempo ni ocasion para tratarlo y conserarlo entre sí (que es el primer escalon para llegar á la total desobediencia), trajeron el negocio con tanto secreto (cosa admirable en tal género de gente, esto y lo demás que despues se ve en la policía y órden de su gobierno), que ni al conde Carlos ni á las demás cabezas del ejército dieron una mínima sospecha de su atrevimiento; sólo don Francisco de Padilla, que gobernaba la caballería española, advertido por algunos bien intencionados, avisó al Conde, y todos comenzaron á procurarlo estorbar cuando ya no había remedio (como sucede en los males que se advierten tarde). La noche de los 9 de Mayo, saliendo de sus cuarteles toda la caballería española á la deshilada, sin que se lo pudiesen estorbar don Francisco ni los tenientes, oficiales y gente particular de ella, aunque lo procuraron con notorio peligro de sus personas, se juntaron en número de trescientos y cincuenta caballos con cosa de quinientos infantes de todos tres tercios de españoles, los cuales, sin atreverse á mover sedicion en sus cuarteles, salieron tambien á la deshilada con voz de ir á buscar de comer: caminaron toda la noche juntos, y otro dia, á las tres de la mañana, adelantándose cien caballos con otros tantos infantes en grupa, despues de haber caminado más de diez leguas, acometieron tan de improvisto las puertas de la villa de San Pol, en el Ar-

tois, que las ganaron y defendieron hasta que llegó toda la gente, la cual se alojó y aseguró de la villa y de sus contornos, que son muy poblados, á quien impuso gruesas contribuciones con que sustentarse, que es uno de los principales motivos de las alteraciones, harto más que cobrar sus remates; habiéndose ya visto en ellos soldados de cortísimos alcances llevados de sólo este interés. Siguiólos el Conde á gran diligencia con intencion de pasarlos á cuchillo; pero, sabido que estaban en seguro, se detuvo á la raya de Artois, sin pasar el riachuelo Auti, por no sacar el pié de Francia, conforme á las instrucciones de su padre; que aunque esta vez las excediera, y sitiando los amotinados, batiera la villa y la tomara, degollándolos á todos, por ventura excusara los daños que ocasionaron despues semejantes alteraciones; pero dejólo por no aumentar el mal, temiendo que se hiciera mayor si llegaran á verse las caras. Este temor (y el de no romper las órdenes, que es peligroso arbitrar en ellas) le hizo al Conde alejarse de San Pol, como de lugar apestado, y no parar hasta poner el ejército entre San Quintin y la Fera, en el villaje de Ripemont, desde donde avisó del suceso á su padre, no acabando de engrandecer la fidelidad de los tercios de españoles que habian quedado en obediencia, y de cosa de ochenta caballos que de las seis compañías de lanzas y una de arcabuceros á caballo, españoles, habian perseverado con los estandartes; advirtiéndole de que, para animarlos y premiar algun tanto su buen proceder, convenia enviarles siquiera media docena de pagas, inclusas las dos que estaban libradas ya para el ejército: parecióle al conde de Fuentes que bastaba aventajarlos en dos pagas más, y esta ventaja sola causó presto el daño que veremos, en desembarazándonos de las cosas que en este medio sucedieron en el País-Bajo, donde ha rato ya que nos apartamos.

Tuvieron por el principio de Febrero su consejo los Estados rebeldes sobre lo que se debia emprender, y en él hubo varios pareceres: algunos querian acabar con Frisa, y otros pasar la guerra al condado de Flandes y sitiari la villa de la Inclusa; otros emprender á Bolduque, otros á Grave; y tomados los votos de todos, escogió finalmente el conde Mauricio el ponerse sobre Santa Gertrudenberg, plaza

importantísima para todos, y mucho más para él por ser su patri-  
monio, como usurpador de los bienes que su padre poseyó en Holan-  
da, y valer sólo la pesca del salmon que se hace cada año en el Me-  
rue, brazo de mar que forma entre Santa Gertruden y Dordrecht los  
rios Mosa y Vaal, más de veinte y cuatro mil ducados. El saber el  
conde de Mansfelt la variedad de opiniones de los herejes mucho an-  
tes que su resolucion, le hizo dividir sus fuerzas (dañándole lo que  
suele ser tan provechoso). Envío por Marzo á Frisa el tercio de don  
Gaston de Espínola y regimiento de Estanley; de manera que cuando  
á 30 del mismo supo que Mauricio había ocupado los puestos de San-  
ta Gertrudenberg, no se halló con las que fueran menester para de-  
fendérselo, ni menos para meterle de repente algún socorro de gente  
y municiones con que alargar el sitio. Comenzó con todo eso á hacer  
grandes diligencias para juntar ejército competente con que desalojar  
al enemigo ó darle la batalla. Envíose á dar priesa al conde de Soltz,  
que bajaba con un regimiento de tres mil alemanes altos, aunque á  
la postre llegaron apenas dos mil. Dió la conducta de dos regimientos  
loreneses y lucemburgueses á don Felipe de Robles, hermano del ba-  
ron de Billy, y á Domingo de Idiaquez, teniente que había sido del cas-  
tillo de Amberes; y de otro de walones al margrave de Amberes.  
Hizo aprestar ocho compañías de hombres de armas, encomendándo-  
las á Felipe de Croy, conde de Solre, y encargó la leva de ochocien-  
tas corazas lorenenses al baron de Ruticuti, y de otras trescientas le-  
vantadas en el arzobispado de Colonia y país de Munster al caballero  
de Bada, hermano del marqués de Bada (aunque éstas tardaron mu-  
cho en llegar, y sirvieron poco); mandó encabalgar las compañías de  
caballos ligeros que asistían en el país á cargo del teniente general  
don Ambrosio Landriano, y eran las siguientes: las de españoles del  
dicho don Ambrosio, Alonso de Mondragon, Luis del Villar, y otras  
dos tambien de españoles que se proveyeron por este tiempo en dos  
caballeros muy principales de los que vinieron acompañando al conde  
de Fuentes, es á saber: la de Diego de Ávila Calderon, que sacándo-  
la del campo de Francia poco antes del motin, se dió al maestre de  
campo don Diego Pimentel, y la servia su teniente Hernando de Sau

Miguel, dando al dicho Diego de Ávila el gobierno Grave, y la que yéndose á Italia babia dejado don Alonso Dávalos á don Sancho de Luna y Rojas, hijo de don Antonio de Luna, conde de Fuentidueña y capitán de los continuos. La del marqués de Montenegro, italianos, y la de don Felipe de Robles, de gente del país, en el cual levantaron otras tres compañías de lanzas los señores de Echeao, de Recurt y de Everbergue, y el señor de Grovendonch acudió con la suya, en que había doscientos caballos escogidos. De arcabuceros de á caballo se apercibieron las compañías de Francisco de Almansa, que hacia oficio de comisario general; Felipe de Soria, monsieur de Vanderstrat, Cláudio y Rene de Chalon, sobrinos del conde de Mansfelt, y la del señor de Betancourt. Habia el tercio de españoles de don Alonso de Mendoza, regimientos viejos de walones, los de monsieur de la Mota, conde de Fresi y príncipe de Simay; y de alemanes, el del conde de Soltz, y los de los condes de Arembergue y Berlaymont, aunque harto menoscabados por haber venido de Francia á rehacerse en lugar de los de Curcio y Pernesteyn (que, como se ha dicho, llegaron de refresco á aquel ejército para el sitio de Noyon); á toda esta gente distribuía las órdenes Gaspar Zapena, como teniente que era de maestre de campo general.

Apenas se había comenzado á juntar este ejército en papel, cuando se supo cómo, deseoso el conde Mauricio de sitiar la villa de más cerca, había abierto trincheras al fuerte de Estenloo, puesto en una angostura que hacen los diques, por donde forzosamente se había de pasar para llegar á la villa; y que, aguardando la batería, no se habían atrevido á esperar el asalto doscientos entre borgoñones y walones, que estaban en su defensa. Entristecióse mucho el conde de Mansfelt deste suceso, y resultó dél el partirse para Amberes, y tras él el de Fuentes y Estéban de Ibarra, á tomar la mayor suma posible de dineros de los hombres de negocios para apresurar las levas que se iban haciendo. Ganado este fuerte, empleando Mauricio tres mil gastadores, casi dos meses en plantar fuertes, hacer cortaduras y levantar trincheras, todo para dificultar el socorro, se puso en breves días de manera que pudo ponerse á la expugnación sin otro cuidado;

hizo fabricar dos puentes en el canal, uno de barchas y otro en la parte más angosta, sobre entenas de naves, para darse la mano unos cuarteles con otros y poder acudir sin impedimento á cualquier parte que el socorro cargase; y para total seguridad empantanó todo el país, y de fuerte á fuerte hizo abrir trincheras con palizadas y traveses tan bien entendidos, que no parecian ni aún eran menos fuertes que las propias murallas de la villa, las cuales se comenzaron á batir con más de doscientas piezas, contadas las de una flota de gruesos bajeles, que desde el Merue batían sin cesar á las defensas, mientras se apercibian por los diques principales dos baterías de cada quince cañones. De la una se encargó el conde de Holach, y de la otra el de Solm. Habia dentro de la villa cosa de setecientos borgoñones de guarnicion y trescientos walones; y gobernaba en su ausencia del señor de Guaterdich (por entonces en España), monsieur de Messieres, capitán más antiguo y caballero de valor y experiencia; el cual hasta que le mataron de un cañonazo no dejó de hacer todo lo que estaba obligado, tanto en dificultar el arrimarse al enemigo con muerte de muchos herejes, como en fortificarse y dar por momentos aviso al conde de Mansfelt del peligro en que se hallaba y de la dificultad con que podía ser socorrido. Sucedióle al Messieres monsieur de Gesan, capitán borgoñón el más antiguo, y persona de muchas partes, como lo mostró hasta el fin del sitio.

La diligencia que el conde de Fuentes hizo desde Amberes para apresurar las levas que bajaban de Alemania y de Lorena, bastó á tener junto á Tournaut, donde se hacia la masa del ejército, al principio de Mayo al pie de ocho mil infantes y dos mil quinientos caballlos; á mediado el cual llegó á Tournaut el de Mansfelt con su corte, y monsieur de la Mota, general de la artillería, acompañado, entre otros, de don Antonio de Toledo, hoy marqués de Mirabel, hermano del marqués de las Navas, y de don Juan de Bracamonte, hermano del conde de Peñaranda; don Diego Pimentel, don Alonso de Idiaquez, Agustín de Herrera, castellano de Gante; don Alonso de Luna, gobernador de Liera; el maese de campo Manuel de Vega, don Carlos Coloma y don Alonso de Lerma, cuyas compañías de caballos

estaban en Francia; todos los cuales servian con picas entre la infantería cuando se ofrecian ocasion, y cuando no, acompañaban la persona del General. El cual, partiendo de Tornaut á los 27 del mes, llegó en tres alojamientos casi á tiro de cañon de las trincheras y fuertes del enemigo, y alojó el campo al rededor del villaje de Steelouen; y aquella misma noche se comenzó á discurrir en el modo de meter el socorro, en que hubo varios pareceres, todos llenos de dificultades; y al fin prevaleció el acometer la punta del dique, guardada de un trincheron, y franqueada de dos fuertes por entrabbas partes; lo uno y lo otro cubierto y rodeado de muy buenos fosos con agua, á más de lo empantanado, que por espacio de un cuarto de legua era forzoso ir el agua á la cinta. Ganóse á este fin el dia 2 de Junio otro trincheron, á cien pasos del trincheron principal, que desampararon al fin los enemigos, y á la noche le volvieron á ganar; pareció volverle embestir el dia siguiente tras una gallarda escaramuza, en que hubo heridos, muertos y presos de ambas partes, y entre otros, quedó pasado de un arcabuzazo Francisco de la Fuente, alférez de don Ambrosio Landriano, aunque curó de la herida, y hoy es gobernador de Tortona y comisario general de la caballería en Lombardía. Acometióse el trincheron ó reducto; y aunque lo desampararon con tiempo los enemigos, quedaron muertos cosa de cincuenta, que corrieron menos, y presos treinta. La brevedad y poca resistencia con que los enemigos desampararon aquel puesto (aunque al parecer le habian fortificado toda la noche), dió sospecha de algún engaño á los capitanes don Juan de Salazar, don Francisco Juan de Torres y don Francisco de Palafox, que iban de vanguardia con las picas; y haciendo detener de la otra parte á los arcabuceros que volvian de seguir el alcance, mientras dos cabos de escuadra reconocian el puesto voló una mina que los enemigos habian dejado hecha, con tanta furia, que apenas dejó rastro de haber habido allí reducto ni fortificacion alguna; de los cabos de escuadra quedó abrasado el uno, y el otro enterrado, aunque sin peligro. Fué suerte entrar de golpe toda la gente, que sin duda perecería la mayor parte ó toda. En esta escaramuza tuvieron las cabezas del ejército tiempo y comodidad de reconocer la imposibilidad de pe-

netrar por aquel puesto; y con cierta relacion de un villano, se enviaron á reconocer otros dos la noche siguiente; el cual refirió que por lo empantanado se podria entrar en los diques maestres y salvar los fuertes priincipales sin peligro notable. Partieron á prima noche, por la parte izquierda don Diego Pimentel, y por la derecha don Alonso de Idiaquez, con cien hombres escogidos cada uno, entre los cuales iban todos los aventureros y gente noble; y al amanecer se hallaron los unos y los otros empantanados, y tan cerca de los fuertes y estacadas del enemigo, que fué milagro retirarse, especialmente la gente que llevó don Alonso, que caminó siempre el agua á los pechos, salvo las cortaduras y zanjas, que en número de catorce fué menester pasarlas á nado á ida y vuelta.

Vista pues la imposibilidad de meter el socorro por aquella parte, se resolvió el Conde de intentarlo por el dique que va á Langestrat, que era lo que guardaba el conde Halach; y á este fin, tomando un largo rodeo de casi tres lugnas, alojó el campo junto al villaje de Vasbech, y el dia antes saliendo el enemigo de Breda con 800 caballos, dió de golpe en la retaguardia del cuartel, y llegó á la plaza de armas casi hasta la artillería. Estaba de guardia la compañía de lanzas de don Diego Pimentel, con su teniente Hernando de San Miguel, el cual y su compañía menearon tan bien las manos, guiados por el propio don Diego, que en aquella ocasion, en oyendo el arma, quiso ponerse delante de ella, que con muerte y prision de algunos enemigos entretuvieron la escaramuza hasta que acudió toda la caballería católica, que, cargando al enemigo, le siguió hasta Breda, dejando treinta prisioneros y algunos muertos. Al levantarse el campo hubo una escaramuza entre la infantería, y en ella quedó muerto de un mosquetazo el capitán Diego de Ledesma, del tercio de don Alonso de Mendoza, cuya compañía de arcabuceros se dió á su alférez Cristóbal de Palacios. Alojado el campo en Vasbech, se hallaron las mismas dificultades, y mayores por ser las aguas más altas y los diques más estrechos; con todo eso, viendo el Conde lo bien que se defendían los sitiados, no se quiso apartar de ellos por no acelerarles la perdida, y por entretener á lo menos al enemigo allí, dificultándole

todo lo posible la empresa, y dando tiempo al tiempo; con todo eso, descosos de intentar un fuerte real, fabricado en la punta del dique, y comenzándose ya á faltar municiones, determinó de enviar por ellas á Amberes, por alguna artillería más y por algun dinero para socorrer la gente. Llevó esta escolta á su cargo el marqués de Barambon, con la compañía de hombres de armas del conde de Barlayment, la de caballos ligeros de Luis del Villar y las de arcabuceros de á caballo de Vandestrat y de Felipe de Soria; iban tambien don Alonso de Idiaquez con los capitanes aventureros que tenian sus compañías en Francia, con intento de volverse á ellas, aunque no lo hicieron entonces, por volver á ver en lo qué paraba el sitio y socorro de Santa Gertruden. Tuvo el enemigo nueva dese convoy, y saliendo de Breda con 400 caballos los dos hermanos Baques y el capitan Clut, se emboscaron á tiro de mosquete del camino que había de hacer la escolta. No llegaba la gente de armas á doscientos caballos; pero hechas de ella tres tropas, y dos de toda la gente suelta y aventurera, hacia toda junta tanta muestra, que no se atrevió el enemigo á acometerla, resolviéndose en hacerlo dentro del villaje de Tornaut, en estando la caballería apeada.

Apens se habian quitado los frenos á los caballos, y los soldados aflojádose las armas para recrearse algun tanto del excesivo calor, cuando entrando el enemigo por la calle larga que va á Breda, se comenzó á tocar un arma tan viva, que apens los que estaban en la plaza tuvieron lugar de retirarse á la baja corte del castillo. Es Tornaut una aldea de más de tres mil vecinos, y á esta causa estaba la gente tan derramada, que, vista ocupada la plaza por los herejes, y cortado el paso del castillo, sólo pudieron tomar por remedio encerrarse en las casas y desde las ventanas descargar sus armas de fuego sobre los enemigos que cruzaban las calles, con muerte de algunos. Doce arcabuceros de Felipe de Soria, que se subieron á las casas del Ayuntamiento, cerrando tras sí las puertas, hicieron salir de la plaza á cien corazas que hacian escuadron en ella contra el castillo; desde donde viendo los capitanes y el marqués de Barambon que el enemigo comenzaba á dejar la plaza, salieron á embestir á los here-

jes, tomando la vanguardia don Alonso de Idiaquez con sus camardas del ejército de Francia, y tras él Luis del Villar con treinta lanzas de su compañía. De tal manera cargaron al enemigo (con quien, haciendo rostro en la calle que va á Herentales, cerró primero don Alonso y despues don Luis del Villar), que obligándoles á volver del todo las espaldas, degollaron sesenta y prendieron treinta y cuatro; cargáronles buen rato los nuestros con mucho valor, y luego como victoriosos siguieron el camino de Herentales en muy buena orden, sin perdida de consideracion. Llegó la escolta á Amberes, y en doce dias que se detuvo en apercibir las municiones y juntar el dinero, viéndose los sitiados de Santa Gertrudenberg sin esperanza de socorro, con el foso sangrado, un rebellin perdido, que le ganó el enemigo con perdida de más de cuatrocientos holandeses, y sujetos á pelear pica á pica en la propia muralla, se resolvieron en rendirse con honestas condiciones (despues de haber hecho todo cuanto podian desear para salvar su reputacion), obligados á ello por hallarse sin municiones y perdiendo de los postreros arcabuzazos á su gobernador monsieur de Gesan. Salieron finalmente á los 25 de Junio á juntarse con el campo católico, á donde llegó el propio dia el convoy de Amberes con otros 1,500 walones, reclutas de los regimientos viejos, y las compañías nuevas de Everbergue, Egeao, Recourt y Betancourt (que hasta entonces no habian acabado de ponerse á caballo), cuatro cañones y cantidad de dinero.

Marchó el dia siguiente el Conde y en dos alojamientos llegó á ponerse sobre el fuerte de Crevecourt; el cual, estando el enemigo apoderado de la isla de Bomel, por ella y por el rio le socorrió la noche siguiente sin peligro; tal, que el dia de los 28 sacó el enemigo sus escuadrones del dicho fuerte, en cantidad de tres mil hombres y con su artillería, del fuerte y del otro lado del Mosa, comenzó á inquietar nuestro campo y á incitarle á la escaramuza que se trabó bien caliente, con muerte y heridas de ambas partes. Murieron en ella el capitán Francisco de Castro, del tercio de don Alonso, y otros dos capitanes walones, del regimiento de monsieur de Fresi. Visto por el Conde lo poco que podia aprovechar en aquel sitio, á donde venia ya

cargando el enemigo con todas sus fuerzas, levantó el campo, deseoso de llevarle á Brabante y sacarle del refugio de los ríos; y avituallando á Bolduque, sin poderle meter guarnicion, aunque lo procuró, pasó á alojarse á los contornos de Grave, á donde, después de guarneциda aquella plaza, sabido que Mauricio encerraba su campo en guarniciones, envió él alguna parte del suyo á Frisa; es á saber: el regimiento de don Felipe de Robles, parte del conde Fresin, dos compañías del regimiento del conde de Soltz, cuatro de lorenenses y otras cuatro de alemanes de las que habían salido de diversas guarniciones; y dejando las demás en la campiña á cargo del marqués de Barambon, pasó á Bruselas á tratar de las cosas del gobierno y volver á mirar por las de Francia, movido del aviso que tuvo de España de la elección que el Rey había hecho para el gobierno de los Países-Bajos del archiduque Ernesto, que en aquella sazon se hallaba gobernando los estados del archiduque Carlos, su tío, y defendiéndolos del turco valerosamente.

Llegado el Conde á Bruselas, y sabido cómo el conde de Solms, gobernador de Hulst por los Estados, con tres mil hombres que se enviaron á este efecto de las islas, había ganado algunos fuertes y reductos de importancia, con los cuales se le defendía la entrada en el país de Vas y se tenían á raya las corredurías de los rebeldes, envió al coronel Mondragon con la mitad del tercio de don Alonso, el cual con la resta quedó en Herentales, y con doscientos españoles del castillo de Amberes, el regimiento de walones de monsieur de Fresin y seis banderas de alemanes del conde de Soltz, para cobrar los dichos fuertes y tratar de levantar otros en partes competentes para evitar las salidas que trataban de hacer en el país los enemigos, deseosos de cobrar contribuciones con que entretenían aquella guarnicion. Llegado á Esteque el coronel, se le juntaron más de trescientos aventureros de las compañías de Francia y doscientas corazas del baron de Ruticuti, á cargo de su teniente coronel el capitán Gauchier; y mientras aguardaba la artillería para batir los fuertes, que hacían muestra de defenderse, don Alonso de Idiaquez, que gobernaba los aventure-

ros (toda gente de cabo y calidad), se resolvió, sin consultarlos con nadie, de acometer á un fuerte cercano de San Juan Estien que todavía estaba por nosotros, cuya guarnicion, de cinco banderas, viendo la resolucion con que cerraban los nuestros, y en particular las corazas, que, metiendo pié á tierra, siguieron á don Alonso, pensando que era la vanguardia de todo el ejército, que, pegando fuego á sus casas pajizas, las desampararon, y el fuerte, y por el dique adelante comenzaron á retirarse á la villa. Metió don Alonso gente en el fuerte que procurase apagar el incendio y siguiendo al enemigo, se alcanzaron hasta ochenta, que quedaron hechos pedazos. Murió, en esta refriega el alférez Juan Osorio Gavilanes, que acababa de dejar la bandera de don Alonso de Mendoza; tres corazas y dos soldados del castillo de Amberes. Sintió mucho Mondragon esta arremetida, por el peligro á que puso don Alonso su persona y las de más de cien caballeros y capitanes que le seguían, y entre ellos don Antonio de Toledo y don Juan de Bracamonte, sobrinos del conde de Fuentes; el maese de campo don Sancho de Leiva, don Diego de Acuña, Juan de Guzman, don Alvaro Osorio, don Carlos Coloma, don Alonso de Lerma y otros muchos; y reprendiéndolos á todos juntos, les dijo lo mal que parecían semejantes salidas, y cuán dignos eran de castigo los que las aconsejaban, aunque fuesen ocasion de grandes victorias; dejando de hacerlo, á lo que se puede creer, no tanto por poner los ojos en la causa y en el fin de aquella accion, que sin duda eran loables, cuanto por comprender tantas personas de gran cuenta, siendo mejor tal vez disimular algunos desórdenes, que, empezándolas á castigar, no proseguirlo, como aquí parece que fuera fuerza y prudencia grande perdonar cuando no se puede castigar ó cuando no conviene, que todo es uno. Rindiéronse al otro dia en asomando los cañones los demás fuertes y reductos perdidos, que todos se guarneциeron y comenzaron á fortificar, viniendo para ello poco despues don Alonso de Mendoza con todo su tercio, tres regimientos de naciones y quinientos caballos; los cuales, trabajando en ello todo aquel invierno, fortificaron la frente del país de manera que el enemigo no pudo salir con su intencion. Encomendáronse estas fortificaciones al comisario general La-Vicha,

por emplearle y hacerle futuro gobernador de Hulst cuando se ganase, y por quitarle de Francia, de donde tenia ahuyentados á casi todos los capitanes de caballos; si bien antes de venir acabó de amotinarse toda la caballería ligera; y pasó así.

Era ya mediado Octubre, y las treguas con Francia se guardaban religiosamente, cuando, llegadas las pagas al ejército del conde Carlos, que se hallaba entre San Quintin y la Fere, ofendida la caballería italiana y walona y el tercio de Capizuca de que, dándoles á ellos solas dos pagas, se diesen cuatro á los tercios españoles y á los leales de la caballería, comenzaron á dar muestra de tumulto la noche de los 19 del dicho, con tan poco respeto y menos freno, que acabó de confirmar las sospechas que se tenian del poco cuidado y vigilancia de los oficiales. Fué avisado el Conde á prima noche de que, puesta á caballo toda la caballería italiana y walona, iba la vuelta del cuartel de Camilo Capizuca, cuya infantería la esperaba ya con el bagaje cargado, habiendo echado de sí las banderas y oficiales y gente particular; y hallándose con el dinero para dar las pagas y con solos trescientos infantes españoles de guardia y la compañía de corazas de Daniel, determinó de estarse quedo y aguardar el dia, con resolucion de defender su cuartel hasta perder la vida; que tal vez pasó la palabra de que los alterados venian resueltos en robar el dinero. Lo propio les sucedió á los tres tercios de españoles que se hallaban juntos en un burgaje; los cuales, poniéndose en arma, se estuvieron quedos, no con poco temor de los maestres de campo de que con aquella ocasion no se desmandasen algunos soldados á participar de la libertad y del provecho en que tiene tanta fuerza el ejemplo. Podian ser las once de la noche cuando desde el cuartel de los españoles se oian las cajas y trompetas amotinadas, que iban marchando la vuelta del país de Henao. Avisóse de ello al Conde, á quien enviaron á decir los maeses de campo que toda aquella infantería estaba en devocion, y que si le parecia ponerse en campaña, seria posible divertir el intento de los amotinados, quitándoles siquiera el refugio del País-Bajo, á donde se encaminaban. Holgóse el Conde de saber que la alteracion no era general, y resolvió el juntarse con las cabezas del ejército al hacer del

dia, para consultar lo qué podria hacerse. Caminaron entre tanto los alterados, y cuando el dia siguiente se resolvió el Conde en seguirlos, supo que habian tentado al amanecer las puertas de la villa de Avenas, y que hallándolas bien guardadas, pocas horas despues se habian metido con poca resistencia en Pont, lugar cercado, harto rico y grande, sobre el río Sambra, en igual distancia entre Landresi y Mabeuge. Entraron al principio nuevecientos infantes y cuatrocientos caballos italianos y algunos walones; más en menos de diez dias se contaban dentro al pie de dos mil infantes y mil caballos, todos los cuales se sustentaban de gruesas contribuciones que sacaban de todo el país de Henao, y del que consta entre los dos ríos Sambra y Mosa, que pertenece al obispado de Lieja. Vinieron voluntariamente muchos soldados aventajados y entretenidos italianos, hasta de Frisa y de los presidios, con gruesos remates, que dificultaron más el remedio de tan gran dolencia. En todo tuvieron culpa los de este motín; pero principalmente en recibir esta suerte de gente, haciéndola participante de sus provechos, no habiéndolo sido de sus trabajos ni á lo que ellos decían de sus agravios, y juntarse con la nación walona, gente del país, no acostumbrada hasta entonces á pedir remate de cuentas, ni el Rey á dársele; que fué de perniciosísimo ejemplo para adelante. Llegó el conde Carlos en seguimiento de esta gente hasta Landresi; pero, advertido de que durante la tregua se había apoderado el enemigo de la villa de Roy (si bien se dió luego órden por el príncipe de Bearne se restituyese á la Liga, aunque á la postre no se hizo), volvió á entrar en Picardía y se alojó no lejos de San Quintin, en el burgaje de Farvaque. Llegaron aquí cartas de su padre (y del conde de Fuentes), en que le mandaba ejecutase lo que algunos meses antes tenía tratado con el duque de Aumale, gobernador de Picardía. Deseaba el Duque, príncipe irreconciliable con el de Bearne, interesar á los gobernadores de su provincia en el servicio del Rey; y así, á instancia suya prestaron todos pleito homenaje en manos y poder del conde Carlos de Mansfelt, á los 4 de Noviembre, obligándose á tener las villas y ciudades de que eran gobernadores á devoción del Rey Católico y como vasallos de Su Majestad, en cuyo nombre se prometió entretenimiento

para las guarniciones y todo el favor y ayuda necesaria. El primero que le juró fué el gobernador de Lan. Tras él, el de Perona, y consecutivamente los de Noyon, Han y la Fera; y par eciendo conveniente meter en esta última guarnicion española, se encargó el gobierno de ella y de la demás gente de guerra, junto con la buena correspondencia con el senescal de Montalimar, gobernador de la plaza, don Alvaro Osorio.

Las nuevas tan franqueadas de la corrupcion y poca disciplina de la milicia española é italiana, que por momentos llegaban á los oídos del Rey, y el deseo de asistir extraordinariamente á su sobrino el archiduque Ernesto, le obligaron á hacer nuevas provisiones de gente y dineros; pareciendo justo y necesario para poder conseguir los buenos efectos que se esperaban de su gobierno, entregarle la gente en obediencia y no amotinada, como en San Pol y en Pont se hallaba tanta parte de ella; para cuyos pagamentos se comenzaron á hacer gallardas provisiones de dinero. Y habiéndose acabado ya las cosas de Aragon, mandó Su Majestad que pasase á Flandes don Agustin Mesia con su tercio de infantería española, en que podia haber dos mil y quinientos hombres; residuo de toda la gente que se apercibió el año antes para entrar en Francia con don Alonso de Vargas, y de las más lucidas que pasaron á aquellos estados desde que se comenzó la guerra. Partió don Agustin de Barcelona á mediado Setiembre, y desembarcando en Vaya, tomando el camino de la Valdosta, se le juntaron seis compañías de caballos, dos de lanzas italianas de los condes Lita y Francisco Beljoyoso, cuatro de albaneses de los capitanes Francisco Correa, Lázaro Manes, Nicolo Rens y Andrea Alambrese y la de arcabuceros á caballo de Tarquino Capizuca. Tomó el camino don Agustín á principio de Setiembre, y en él supo cómo se quedaban levantando tres mil esguízanos en los cantones católicos, que por parecerle á Estéban de Ibarra gente de más servicio que alemanes, de tres regimientos que habian de levantarse de tudescos, vinieron los esguízanos en lugar de los dos, y de Alemania bajó solamente el del coronel Eslegre. Pero engañóse, porque ni los esguízanos llegaron hasta que todo lo de Francia se acabó de perder, ni llegados, fueron del pro-

vecho que se pensaba; rehusando, como rehusaron ante todas cosas, el entrar en Francia contra Rey declarado; cosa que, añadida á las demás incomodidades y gastos que trae consigo esta milicia embarazosa, obligó á despedirlos con poco más de un año de servicio, cuando y como veremos. Raras veces volver á usar lo que se reprobó en tiempos pasados deja de tener los inconvenientes que movieron á reprobarlo entonces, y éstos no se echan de ver entre las razones que hacen apetecerlo de nuevo, en que las más veces se advierten las conveniencias y no los daños. Siguio á don Agustín el marqués de Trevico con un tercio de napolitanos algo menoscabado por algunos encuentros que tuvo en Saboya, donde militó cerca de un año; tal, que apenas llegaba toda su infantería á mil y doscientos hombres. Venia con él una compañía de lanzas que levantó en el reino á su costa Colo María Characolo, la de albaneses de Demetrio Capuzumadi y la de arcabuceros á caballo del conde Decio Manfredi. Llegó toda esta gente al país de Luzembourg al principio del año siguiente, á donde se dividió de esta manera; la mitad del tercio de don Agustín, es á saber, su persona y catorce compañías se alojaron en Aumale, en Picardia; las otras diez compañías restantes, á cargo del capitán y sargento mayor don Pedro Ponce, se enviaron de guarnicion á la ciudad de Beabois, en el país llamado Isla de Francia; pueblo tan aficionado al bando de la Liga, que, viendo que se iban encaminando mal las cosas por medio de la tregua, pidió voluntariamente aquel presidio, al cual, aunque alojado en los burgos, trató con mucho amor y buena correspondencia. El tercio del marqués de Trevico se puso en Berbi y en otras villetas del país de Champaña, á quien desde luego se adjudicó la gente napolitana que estaba en París para agregarla al suyo.

Llegó por este tiempo órden de España que se cercenase el número de las compañías, y que de cinco tercios que había de infantería española se hiciesen tres, es á saber: el nuevo que acababa de llegar á Francia, de don Agustín Mesía; el de don Luis de Velasco, á quien se había de agregar el de don Alonso de Idiaquez proveido ya el cargo de general de la caballería del estado de Milan, por muerte del marqués del Vasto (como se hizo), y el de don Antonio de Zúñiga, en

quién se había de incorporar el de don Alonso de Mendoza. Esto posterior no tuvo efecto, pareciendo al conde de Fuentes que convenía tener dos tercios de españoles que oponer á las fuerzas de los rebeldes, y otros dos para enviar á Francia; y aunque hizo viva instancia don Antonio, no fué posible alcanzarlo; añadido á la opinión del Conde el favor que hacia á don Alonso, hombre de valor y consejo, gran ganador de las voluntades de sus superiores; el cual hacía la fin del año (después de fortificado el país de Vas, que quedó, como se ha dicho, á cargo del capitán La-Vicha, y tras él el villaje de Ardembourg para seguridad del Saso y de la Inclusa), pasó al campo de Francia, resolviendo los condes que este tercio y el de don Agustín, que venía ya marchando, militasen en Francia, y los de don Antonio y don Luis, en los Países-Bajos, deseando meter en ambas partes gente nueva y poco práctica de lo que convenía que no lo fuesen. Fué grande la reformación que se hizo de las compañías de los tercios: en el de don Antonio quedaron solas siete, la del maese de campo, las de Arcabuceros de Juan de Sornaza, y Hernando de Isla y las de picas de Antonio Pinto de Fonseca, don Luis Bravo de Acuña, Juan Bravo de Lagunas y Hernando Zapata; y entre los demás tercios á proporcion. Compañías de caballos se reformaron todas las de lanzas nuevas del país, que se levantaron para el socorro de Santa Gertrudenberg, y otras cuatro de las viejas y algunas de italianos, y de españoles la de don Alonso de Lerma. Con esto, como quiera que la gran mudanza de las cosas de Francia no sucedió hasta principio del año siguiente, nos desembarazaremos ahora de éste, dándole fin con los sucesos de Frisia, prosiguiéndolos hasta la total pérdida de la mejor de aquella provincia, aunque sea entrándonos algo en los del año siguiente, por no dejar imperfecta la narración de aquellas cosas. É inclíname á esto también el deseo de acabar con materia tan lastimosa, viendo perder lo que tanto importaba y tanto daño ha hecho, por lo que parecía ó excusable ó menos forzoso.

Había el conde de Mansfelt (deseando socorrer á Verdugo y aquella parte de su gobierno que quedaba en ser) enviádole los italianos del tercio de don Gastón, los walones agregados al ter-

cio de Estanley, y algunas compañías de monsieur de la Mota y un comisario con algun dinero. Juntaba el conde Guillermo gente con intento de acercarse á Groninguen para alterar aquella plaza, como se coligió del pesar que recibió sabiendo que estaba dentro el coronel Verdugo, haciendo demostracion de ello al recibir la nueva poco cautamente delante de una espía. Recelando esto Verdugo, no dejó salir ningun soldado del burgo. El conde Guillermo se embarcó con su gente y fué á dar en el Dolart, en dos e xclusas que están en la señoría de Vede, llamadas Denigwolde y Belingwolde. Llegó en aquella sazon el conde Federico con la gente que vino de Brabante, y el enemigo en medio de las dos exclusas, en una hora se fortificó de manera, que era imposible acometerle, por ser la tierra pantanosa y los diques muy estrechos; dió cuenta á Verdugo de su llegada y de lo que había hallado, á que le respondió que alojase la gente en Huveneschotem y procurase estorbar la fortificacion; lo que fué imposible, por la calidad del sitio. Al conde Federico mandó el de Mansfelt ir á levantar cierta caballería que se le había ordenado; y proveido tambien el conde Herman en el gobierno de Gueldres, quedó aquella gente á cargo del caballero Carcamo, que gobernaba el tercio de don Gaston, cuya desconformidad en los capitanes de su nacion y los de Estanley fué de harto daño, y en sazon que no podia Verdugo sacar esta gente de la villa, por los ruines intentos que conocia en sus vecinos, de quien cada dia temía una descubierta conspiracion. Persuadian su quedada en ella los católicos, medrosos de lo mismo, teniendo harta parte en ello el magistrado, cuya remision en castigar era tal, que más parecían cómplices que jueces; excusábanse quejándose de que los socorros que enviaban no eran bastantes para guerra ofensiva, y que la defensiva no los ayudaba más que á acabarlos de consumir, como si la fidelidad hubiese de medirse con la comodidad solamente. Tomó por expediente Verdugo (viendo cuán preciosa es cualquiera parte de tiempo que se gana en semejantes males) aconsejarles que recurriesen á la corte de Bruselas, como fuente de donde habia de proceder su remedio, ofreciendo hacer nuevos oficios en su favor; de que resultó enviar al burgomaestre y al sindico. Formaba

el de Mansfelt ejército entonces para socorrer á Santa Gertrudenberg, y como se perdió, tomó resolucion de enviar una buena parte de él á Verdugo, á cargo del conde Federico; pero el tiempo estaba ya muy adelante para Frisa, tarde para verano y temprano para invierno, y menos para aprovecharse de los hielos de él, por ser pasado ya Agosto; constaba este socorro de la gente que s alió de Estenuick, el regimiento de don Felipe de Robles, parte del de monsieur de Fresin y otras compañías sueltas de guarniciones; cuyos soldados, sabiendo que se encaminaban á Frisa, se huyeron, principalmente los walones, de suerte que apenas quedó la mitad de ellos. La caballería de la compañía del Conde, seis cornetas de corazas de Lorena y la de Botberghe, de los loreneses se volvieron muchos. C aminó esta gente hasta pasar el Rhin á cargo del conde Herman, y de allí adelante al de su hermano Federico; trajo cuatro piezas de artillería bien proveida, aunque falta de dinero para el pagamento de ella. El enemigo, con noticia de este socorro, se resolvíó tambien en enviarle su gente (que lo podia hacer con mayor comodidad), y levantar un fuerte para impedir nuestro socorro á Groninguen, en la Bretangue, paso que dura dos leguas, hecho antiguamente por los villanos de turba y fagina, como lo significa su nombre; la mitad es jurisdiccion de Veden y la otra de Munster, y aunque con trabajo y costa, le entretienen ambos países para su comercio; habia en medio de él un sitio más ancho y arenisco, donde hizo el enemigo un fuerte y una cortadura en el camino, con que sin mucha dificultad no se le podia echar de él, á causa de no poderse llegar al fuerte sino por el dique. No pudo Carcamo llegar á tiempo para impedirlo, ni tenia medios para ello, ni Verdugo, por estar ocupado en Groninguen. Algo antes de esto habia escrito Verdugo al conde Federico que acometiese el castillo de Saesfelt y la villeta de Oetmersum, que los enemigos ocupaban, por no dejar cosa atrás que pudiese estorbar, como lo hacian aquellas dos plazas, ambas á una legua no más de Oldenzeel, y paso forzoso de la gente católica para Brabante. Saesfelt se rindió luego, y Oetmersum aguardó batalla (por haber dentro dos compañías de buena gente). Hecha pues, se rindieron con las condiciones de Estenuick, quedando los oficiales

presos para rescate de algunos capitanes de monsieur de la Mota, que se perdieron en el socorro de santa Gertrudenberg. Encaminóse luego el Conde por el paso de Scherenbech, junto á Coevorden, no pudiendo por la Bretangue (ocupada, como se ha dicho, por el enemigo). Dejó la artillería que traía de Brabante en Oldenzeel, y encaminóse la vuelta de Groninguen á juntarse con Verdugo, que se hallaba allí con razonable número de gente, y con toda junta, por no perder tiempo, se resolvió en sitiar las plazas que apretaban á Groninguen; encaminóse él á Zuartezil, enviando al capitán Andrés de Pedrosa, teniente coronel suyo, con cuatro compañías de su regimiento y algunas de italianos y dos piezas de campaña, á sitiar al fuerte Sloter; al cual, reconociendo el foso para plantar la artillería, le dieron un mosquetazo en la cabeza, de que estuvo á la muerte, quedando aquello á cargo del capitán Cornelio Gasparino. Suartezil se puso en defensa; y así, fué menester batirla; y viendo que por ser de tierra se hacia poco efecto, hizo reconocer el foso: adelantóse luego el allérez Peña con una fagina y una capa, y poniéndela al borde de él, comenzó á cubrirse; siguiéronle muchos haciendo-lo mismo, y visto por los de dentro, dieron nuestas de rendirse á tiempo que el Conde con la gente de las trincheras comenzó á darles un asalto, arremetiendo por el puente y bajando el que era levadizo. La subida era áspera, y por la dureza de la tierra se había hecho poca escarpa en la muralla, defendiéndola los de dentro con valor; aunque eran pocos, hasta que, viendo muerto su gobernador, que era quien más esforzaba su resistencia, habiéndose peleado mano á mano buen rato, se entró en la plaza, sin dejar hombre á vida; dignos de defender más justa causa los que tan bien supieron perderla. Concluido esto, volvió Verdugo con diligencia contra Sloter, que disirió el rendirse hasta su llegada. Y para asegurarse de Groninguen, de donde menudeaban avisos cada dia, afirmando que los mal intencionados trataban de tomar repentinamente las armas contra él y los católicos de la villa, había sacado de Vinschotem al caballero Carcamo, y alojádole á los contornos para tenerle á mano. Salió en aquella sazon en campaña con artillería el conde Guillermo, que estaba en el fuerte nuevo que se hacia en la Bretan-

gue, y sitió y batió el castillo de Veden, que se le rindió sin esperar batería; tomó tambien el villaje de Vinschotem, fortificando la iglesia, para donde se encaminó Verdugo con la artillería que había sacado de Groninguen, juzgando que el apartarse de aquella villa no tenia riesgo teniendo él buenas fuerzas en campaña. El conde Guillermo de Nassao, dejando buena guarnicion en aquellas plazas, se volvió á Frisa á juntarse con el socorro que le traía el conde Felipe, su hermano; y Verdugo prosiguiendo su camino hacia Veden, habiéndosele rendido la gente que estaba en la iglesia de Vinschotem. Llegó á ponerse sobre Veden, donde el enemigo había metido dos tenientes con cantidad de soldados escogidos de todas las compañías, y bien proveidos de bastimentos y municiones de guerra, y resueltos á defenderse; al proponerles Verdugo que se rindiesen, respondieron que la defenderian hasta morir, y así lo cumplieron. En tanto que llegaba la artillería se entendió en abrir con brevedad las trincheras, no sin recibir algun daño, especialmente los italianos, que, con mayor diligencia que las demás naciones, habian desembocado al foso con las suyas. Llegada la artillería y comenzada á batir la plaza, persistian los de dentro en no rendirse, tirando su mosquetería sin cooar dia ni noche. La bateria se continuó; y habiéndose quitado dos torreones que hacian travé á la cortina, los de dentro comenzaron á mostrar alguna flaqueza; con lo cual nuestra gente, y particularmente la italiana, que estaba más cerca y más deseosa de vengar la perdida de sus compañeros, se arrojaron sin orden al foso y comenzaron el asalto (cosa que las más veces sucede mal, como pudiera en esta ocasión si los de dentro se defendieran mejor). La plaza se entró, degollando cuantos se toparon; y Verdugo discretamente, acordándose de la imprudencia que es tomar leyes de los sucesos, reprendió aquel desorden; que, aunque loable por el que tuvo, era de mala consecuencia y ruin disciplina; daño que no le recompensa ninguna buena suerte; añadió tambien el advertirles del riesgo que suelen tener semejantes resoluciones, debiendo los soldados creer que lo que deja de mandar quien los gobierna, aunque parezca conveniente, no lo es. Estaba el tiempo ya tan adelante, y comenzaban las aguas á cargar de suerte, que fué fuerza tratar de sa-

car la gente de aquel puesto, pues si le dilatara, fuera imposible retirar el bagaje.

Hallábase Verdugo encerrado, sin mas salidas que el paso de la Bretangue ó el de Coevorden; deseó al principio acometer el fuerte de la Bretangue, pero dejólo por la dificultad de abrir trincheras en aquel sitio pantanoso, con el invierno en casa. Imaginó tambien en hacer dos fuertes, uno á la entrada y otro á la salida de aquel paso; mas, siendo forzoso asistir á ello con todo el ejército, lo era tambien el sujetarse á las mismas descomodidades que si sitiara el fuerte; y así, habiéndole de ser forzoso abrir paso, escogió el intentarlo por Coevorden, pues no le teniendo nuestra gente, consumiase á Groningen en vez de proveerla; y hallándose el enemigo con ejército tan fuerte como el nuestro, podia embarazar el sacar fruto y sustancia del país, que era con lo que entonces se mantenía aquella soldadesca; añadiéndose á esto la facilidad con que podian reforzarla desde Holanda, y la poca esperanza que habia de eso de nuestra parte, no teniendo por donde recibirla; resuelto pues en esto Verdugo, quiso antes (hallándose dos leguas de los cuarteles del enemigo) ver si podia venir con él á las manos, deseoso más de probar la fortuna que fundado en buena razon de guerra, pues se habia de pasar por pantanos y turbales peligrosos, en sazon de tantas aguas, y pegado á un fuerte del enemigo, que á tener artillería, como no la tenia, fuera imposible sin gran daño. Resuelto pues en esto, marchó con dos piezas de campaña y algunos carros de vituallas; y haciendo un gran rodeo, fué en busca del enemigo, que estaba una legua de Groningen; el cual fué avisado del camino que hacia y de la intencion que llevaba, no habiéndolo él comunicado (medroso y experimentado de tales daños) sino con sólo el síndico y burgomaestre, de quien se fiaba. Pasados estos pantanos y turbales, donde la artillería y carros se empantanaron, y sacaron con dificultad y trabajo grande, siendo en parte que desde el fuerte alcanzaban con la mosquetería, aunque con poco daño, fué necesario dejar reposar la gente, que venia fatigada. Los condes Guillermo y Felipe, sabiendo que se marchaba la vuelta de ellos, comenzaron á fortificarse bien en sus cuarteles, que aún no lo habian

hecho. El dia siguiente al amanecer se marchó la vuelta de ellos, impiendo los muchos fosos con que está cortada la campaña el poder marchar en buena orden; llegados más cerca, se hicieron los escuadrones de infantería y caballería, y trabando una escaramuza, plantó Verdugo sus dos piecezuelas en una eminencia y fué en persona á reconocer su sitio y ver si se podian acometer sus trincheras, haciendo reforzar la escaramuza con infantería y caballería, pensando sacarles de ellas cebándoles, y pelear fuera con mucha seguridad; pero, aunque escaramuzaban, era siempre al abrigo de sus fortificaciones, en donde tenian cubierta su gente, sin que con las piezas de Verdugo se pudiese hacer más daño que matar algunos de los que cruzaban de una parte á otra. Desearon algunos que se hubiera traído artillería más gruesa, pareciéndoles que con ella y con la eminencia del puesto se hubiera deshecho al enemigo, cuyas trincheras, como hechas de prisa, pudieran hacer poca resistencia; mas fuera imposible respecto á la dificultad del camino y peligrosos atolladeros. Reconocidos pues por Verdugo los fosos que atravesaban la campaña, y que era imposible marchar en escuadron y asaltar al enemigo como quisiera, se resolvió á retirarse al alojamiento de la noche antes, habiendo hecho mucho daño al enemigo, sin recibirle. Al conde Federico mataron su caballo y dieron un arca-buzazo en un brazal, que no hizo más que abollársele y herirle levemente. Otro dia por la mañana se encaminó el campo á Groninguen por el pantano junto al fuerte del enemigo, que por haber llovido aquella noche fué imposible volver por donde vino. Llevó Verdugo la mayor cantidad de vituallas que pudo, y prosiguió hacia Coeverden con diligencia, temiendo con la dilacion mayores dificultades; y deseando ocupar el casar de Dalem y una casa de un caballero más cercana al fuerte, antes que les pusiese fuego el enemigo, envió á ello buen golpe de gente; la cual, como llegó de improviso, despues de haber hecho á lo que iba, vió á la mayor parte de la guarnicion del fuerte, que convoyaban cantidad de carros de bastimentos, todos los cuales quedaron en poder de los católicos; retirándose los enemigos sin pelear, medrosos del fuerte, que habian dejado casi solo. Perdióse aquí

muy buena ocasion en no cortar esta gente ó acometerla y pelear con ella; que con eso, y la poca que habia quedado en el fuerte, se pudiera acometer á escala vista, que habia en el foso parte por donde se podia hacer, y algunas por donde no eran menester escalas para subir; pero en las órdenes no se pueden prevenir todos los accidentes, ni los ejecutores se atreven á alterarlas como conviniera, ó por la incertidumbre del suceso ó por no ser todas veces tan soldados que lo sepan hacer. Alojóse la gente en Dalem, y envióse parte á la casa de aquel caballero. En esta sazon, entrando riguroso y con muchas aguas el invierno, comenzó la gente á padecer y á desmandarse, volviéndose sin licencia la mayor parte de los regimientos de monsieur de Fresin y don Felipe de Robles. Procuró Verdugo dar prisa á hacer el paso y algunos fuertes en los caminos, con que se acabó de poner en perfeccion bastante para poder pasar artillería y lo demás necesario; y viendo no ser posible comunicarse con Groninguen sin tener aquel paso guardado con gente, y que el enemigo, saliendo fuera ó entrando dentro, podia romperle y hacerle inútil todo lo trabajado, quitando el paso de la otra parte, faltando tambien dónde alojar la gente aquel invierno, se resolvió (siendo fuerza tenerla en campaña) á emprender á Coevorden por asedio, pareciéndole que á un mismo tiempo hacia dos efectos importantes: estrechar de vituallas el fuerte y aguardar el paso. Los walones que habian quedado se acabaron de ir con licencia ó sin ella. A los alemanes altos alojó en las cuatro villetas, y con la demás gente se acuarteló junto al fuerte; engañado tambien del drosarte de Coevorden, que afirmaba no tener de comer los dél más que hasta algunos días de Enero. Estos avisos enviaba Verdugo á los condes de Mansfelt y Fuentes, y despues al archiduque Ernesto, refiriendo las fuerzas con que el enemigo saldria á la primavera en campaña; añadiendo á las que tenia, nuevas levas de infantería y caballería, con asistencia del Palatino, para cuya oposicion convenia prevenir á tiempo las nuestras. Envióle el Archiduque el regimiento del príncipe de Simay, que fué de poca ayuda, á causa del poco respeto que tenian los soldados á un sargento mayor que le gobernaba. Costó trabajo al conde Herman

hacerles pasar el Rhin, que lo rehusaban por cierta paga que se les habia ofrecido, para cuyo cumplimiento fué fuerza valerse de la mayor parte del dinero que se tenia para todos, sin que por esto dejases de robar el país y de irse muchos de ellos al enemigo. Pocos dias despues se mandó al duque Francisco de Saja levantar un regimiento: hizo, la mitad en su tierra dól y la otra en el país de Linguen, su teniente coronel Teselingh; el cual, teniendo la gente junta al plazo que le ofreció, tardándose en tomarle la muestra, quiso valerse para entretenerla del país de Munster, donde, estando con poco recato, fué acometido y preso del enemigo; la gente con su falta se deshizo y volvió, y tomando con la otra parte del regimiento, los amedrantaron de manera que se volvieron todos; de la que se pudo recoger se formaron tres compañías, que fué en lo que vino á parar esta leva por no haberla tomado muestra á tiempo.

Envió en esta sazou el archiduque á Verdugo, por las instancias que hacia para ser socorrido, al comisario general Juan de Contreras Gamarrá, con algunas compañías de caballos, que por no traer dineros fué fuerza alojarlas en algunas villetas de aquella provincia, donde, por ser la gente pobrísima, fué mucho lo que padeció, ayudando á ello el desorden de algunos soldados, irremediable en gente no pagada. Hacíalas tambien el tercio de don Gaston por la misma causa, parando en total desobediencia; con que estaba siempre fuera de sus cuarteles. Avisó quien le gobernaba á Verdugo de la resolucion que los soldados tenian de volverse, pidiéndole que, en consideracion de su honra y la de su nacion, les diese licencia para excusar la infamia de hacerlo sin ella; y habiéndolo rehusado al principio, hubo de hacerlo, pareciéndole que corrian riesgo de alterarse si se iban sin oficiales, y que llevándolos, podia el Archiduque, con darles algun dinero, tenerlos en obediencia. Fuéreronse tambien con este tercio la compañía de Cornelio Gasparino y las que habia de walones del de Estanley, á tiempo que el enemigo iba juntando su gente para salir en campaña. Resolvió por esto el Archiduque de enviar otro socorro á Frisa á cargo del conde Herman, de hasta mil seiscientos hombres, doscientos españoles con los capitanes Juan de Sornoza y Juan Alvarez de Soto-

mayor, y los demás alemanes, irlandeses y walones; con los cuales juntando Verdugo lo demás que pudo sacar de las guarniciones, apenas se hallaba con tres mil y quinientos infantes y con caballería harto inferior al enemigo, el cual, teniendo junto su ejército, caminó la vuelta de la gente católica, y se acuarteló en Omme, villeta abierta, donde luego se fortificó, y metió dentro de la fortificación toda su gente. Habíanse mejorado los pasos con algunos días que habían precedido de sequedad, de suerte que los más inaccesibles estaban ya harto llanos; y siendo fuerza unir Verdugo sus fuerzas, que desta suerte eran algunas, y divididas nada, hubo de dejarlos libres; y juntá ya su gente, deseando venir con él á las manos, envió al conde Herman á tocarle alma y hacerle una emboscada con toda la caballería, y con llegar muy cerca de sus trincheras, jamás quisieron desabrigarse dellas. Era la intención de Verdugo sacarlos á la campaña y que el Conde se viniese poco á poco retirando y escaramuzando con poca gente de retaguardia, y que pegando fuego á una casa, en señal de que marchaba el enemigo, pudiese salir él con todo lo demás; pero esta diligencia, hecha dos veces, no aprovechó. La tercera sirvió de algo, porque yendo el comisario general Contreras á reconocer si se movía, topó con una compañía y la deshizo; los villanos prisioneros y espías conformaron en tener el enemigo la gente que se ha dicho, y por estar tan cerca de Verdugo no le venían ya vituallas, que las villetas ó villajes de la comarca, ó por no tenerlas, ó por la conformidad de religión y amistad con el enemigo, no acudían con ellas; y aunque las hubiera no se pudieran traer, porque si la escolta era poca corría peligro, y si mucha, poder el enemigo en su ausencia acometer al campo católico con el riesgo que se deja considerar. Para consultar esta dificultad y la resolución que debía escogerse, juntó Verdugo á consejo las cabezas del ejército, y les propuso el estado en que se hallaba, con la poca comodidad de vituallas y forraje, siendo lo más que había podido juntar apenas suficiente para dos días; habiendo librado lo que vino de Groningen á la infantería, para que no desamparase con la necesidad los cuarteles; y fué fuerza meter también alguna provisión en Oldenzeel, Oetmarsun y Eensquede, puesto

que la más bien proveida lo quedaba sólo por ocho dias. «Este es el estado de las fuerzas enemigas y nuestras, decia, y en el caso presente no se podrá escoger resolucion que carezca de inconvenientes, que en esperar ó no al enemigo los hay harto graves; la primera hiciera yo de mejor gana, como más segura para la fama, puesto que quien gobierna no la conserva mejor perdiéndose mal á propósito; pero entre los ignorantes, que son los más, siempre tuvo este camino mayor seguridad y aceptacion. El enemigo es cierto que con sólo caminar hacia nosotros con sus trincheras, considerada la desproporcion de la gente, sin aventurarse asegura nuestro peligro, puesto que acometerle en sus fortificaciones con inferiores fuerzas cualquier mediaña experiencia lo disuade, siendo menester tantas menos para defendernos los acometidos; mas si no obstante esto pareciere acertado, no quedará por mí.» Los más aconsejaron la retirada y la conservacion de aquella gente, de que pendia la de cuanto allí se poseía. Los condes de Bergas fueron de parecer que se guardase el paso; respondiéndoseles mostrando ser de ningun fruto, siendo fuerza juntarse todos, con que se le dejaba al enemigo libre para socorrer á Coevorden, ni menos guardarle le estorbaba que no fuese á Groninguen cuando le diese gusto, teniéndole por otra parte más seguro y acomodado; y poniéndose donde decian, no sólo podia hacer esto el enemigo, pero cortar por entrabbas partes las vituallas, cuya falta serviría de achaque á los soldados para desamparar sus banderas, y al cabo habia de ser fuerza retirarse á vista del enemigo, tan superior de gente; faccion del peligro y dificultad que ningun simple soldado puede ignorar en un ejército. Comenzaban muchos á murmurar de Verdugo, diciendo que obstinadamente trazaba su perdida; práctica en soldados mal pagados perniciosísima; y otros quizá menos valientes, que en viendo resuelta la retirada braveaban; no habian encarecido menos los daños de no hacerla; artificio con que muchos en la guerra mejoran injustamente su opinion. Tomada pues esta resolucion, se envió á Groninguen la gente de aquella guarnicion y alguna más, quedándose Verdugo con la que, arrimado á alguna plaza, bastase para defendernos; hubo quien rehusó meterse dentro, por la falta que habia de dinero,

y quiso hacerlo Verdugo, dejando lo demás á cargo de otro; sin reparar, por la conservacion de aquella plaza, en la obligacion que le corría de quedar con la gente, de quien tampoco había quien se quisiese encargar: tales eran las fuerzas con que se defendia aquella provincia, que áun mandarlas se rehusaba. Hubo de quedarse al fin Verdugo con ellas, como cosa más conveniente que embarcarse en Groninguen; excusándose tambien la gente venida de Brabante, fuera de los españoles, de no encerrarse en ninguna plaza; los irlandeses, por no tener cuartel con el enemigo, y los alemanes por otros respetos. Reprimia Verdugo lo mejor que podia estos desórdenes y desobediencias, y fué causa la asistencia de su persona de diferir las que adelante se siguieron. Marchó pues con la gente, quemando primero sus fortificaciones, haciendo alto en Denichum, donde estuvo más de mes y medio sin dinero, de que se siguió desmandarse y ausentarse parte de la soldadesca. Trató de enviar más gente á Groningueñ; y queriendo emplear alguna persona de quien se fiaba, la halló tan fria, que no lo hizo; prudentemente sin duda, pues para las facciones aventuradas siempre se ha de echar mano de los que se ofrecen á ellas. Hizolo así el conde Federico, y no vino en ello Verdugo, pareciéndole que le fuera imposible por su gordura marchar á pié, como era fuerza, tanto tiempo; y enviando un oficial de su regimiento, entró en la villa, y escribió lo que había hallado á Verdugo, y los de Groninguen, que sin dinero no les enviasse gente, y con él era imposible, por no tenerle, ni medios para prestársele ninguno en aquel país.

Erró el enemigo en no seguir á Verdugo, y estando ya en su alocamiento, incitado de los mal intencionados de Groninguen, que le ofrecian segura la empresa, marchó la vuelta de aquella plaza. Visto lo cual, y lo poco que aprovechaba pedir socorro por cartas, determinó Verdugo enviar persona expresa á representar la necesidad en que se hallaba: encargólo al capitán Juan Alvarez de Sotomayor, que, aunque sintió apartarse de su compañía en tal ocasion, hubo de hacerlo; pero por culpa de las guias dió en una emboscada del enemigo y quedó en prision; con lo cual fué fuerza poner los ojos en quien de nuevo hiciese el viaje. Ofrecióse el comisario general Juan de Contre-

ras, y para su seguridad llevó la mayor parte de la caballería; en el camino encontró y deshizo algunas tropas del enemigo, y llegó á Bruselas, donde su diligencia, ó no fué mucha ó se logró mal, pues ni él ni los diputados de Groninguen que pedían socorro pudieron acaudalarle á tiempo; y no sólo no volvió Contreras, pero tampoco la caballería que le había acompañado: tal era la deshecha fatal con que se encaminaba la ruina de aquellos pueblos. Dudábase aún en esta sazon si el enemigo sitiaria á Groninguen ó acometería á Verdugo; el cual para cualquiera de las dos cosas había escogido aquel puesto de Denichun, fuerte no lejos de las villas que podía emprender, que no sería tan aceleradamente, que no hubiese lugar de arrimarse á ellas con la gente que tenía. Prosigió al fin el conde Mauricio su camino hacia Groninguen, y porque no le saliesen tan vanas como otras veces las promesas de los que le llamaban, fué bien prevenido de lo necesario, con que se facilitan las esperanzas más dificultosas; llegado pues, atrincheró su campo de manera, que la entrada y salida comenzó presto á ser difícil, y algunos soldados, entrando y saliendo, se perdieron; con quien, para atemorizar los demás, usó de rigor; y aunque tan prevenido de artillería y municiones, su principal intento fué tomarla por la zapa, y con ella caminó derecho á un rebellín aún no acabado de hacer, y por eso tenía imperfecto el foso, menos ancho y hondo de lo que había de quedar. Batió la puerta que salía á este rebellín, no menos para quitar á los nuestros la entrada y salida en él, que por atemorizar á los burgueses con el temor de verse derribar sus casas. Tambien batió una torre que hacia esquina á una parte de la villa junto á un río que baja del país de Drent, y fué siguiendo sus trincheras y el batir las defensas con gran furia. Solicitaba en este tiempo Verdugo que socorriese esta villa, no sin esperanza de alcanzarlo, despues que supo lo había encomendado el Archiduque al conde de Fuentes, de cuya diligencia y valor confiaba mucho; pero estorbaron esto los motines que estaban todavía en pie, y el de Siquem, recien ejecutado; peste que quitó la vida á los progresos más importantes de aquellas guerras, alcanzando su mal ejemplo hasta á los soldados en devoción; cuyos desórdenes fueron creciendo de suer-

te en el campo de Verdugo, que mucha cantidad dellos, y en particular los alemanes del conde de Soltz, tomaron las armas con intencion de tornarse á Brabante; y lo hubieran hecho si Verdugo con su autoridad y el conde Federico de Bergas con la espada, metiéndose en medio dellos, y atemorizándolos con la mano y con la voz, no hubieran atajado este daño á su principio; con todo esto, como su voluntad era mala deflembaban con insolencias y robos. Castigó Verdugo severamente los que se hicieron á las iglesias, como cosa que en los ejércitos que la defienden será siempre no menos vergonzoso que poco seguro el disimularlo; los demás que se hacian en el país fueron de no menor daño para el estado de las cosas que para los que perdian sus haciendas, pues los mismos soldados que cubrian su codicia con capa de necesidad, en viéndose con algun dinero se volvian en tropas á Brabante, añadiendo por disculpa que los desterraban de Frisa los malos tratamientos de Verdugo; siendo esto tan contrario á la verdad, que muchas veces los socorrió de su propio dinero y del que podia hallar entre sus amigos. Llegó por este tiempo alguna cantidad d'él, aunque tan poco, que apenas sirvió de más que de aumentar la necesidad y dar de nuevo ocasion á que se huyesen los soldados, que se valieron d'ella para conseguir el deseo que universalmente tenian de ausentarse de aquella milicia tan mal asistida. Proseguía entre tanto su sitio el enemigo, y llegando con las trincheras al foso del rebellin y cegándole, se alojó por la zapa y minas dentro d'él. Hacian los católicos en este tiempo algunas salidas, en que mataban muchos enemigos y ganaban algunas banderas.

Los mal intencionados de la villa, que eran los más, tomaron las armas para echar á los buenos y leales d'ella, y entregarla al enemigo, como se lo habian ofrecido; pero sucedióles mal, porque no sólo resistieron los católicos, pero cayendo en la cuenta, y abriendo los ojos la necesidad y el peligro, dieron entrada á los soldados del Rey, que todavía estaban en el burgo, aunque no sin peligro y dificultad. Pedia toda buena razon no fiarse más de los desleales y limpiar dellos la villa, con que sin duda se defendieran algun tiempo más; pero, como eran todos parientes de una misma patria, viéndose por otra par-

te superiores en fuerzas, y que no era posible hacerse aquella separacion sin derramamiento de sangre, dejaron de ejecutar lo que tanto les importaba. Mauricio, como sintió la revuelta de la villa, temiendo alguna estratagema, mandó que no saliese nadie de las trincheras; que si acomete, se lleva sin duda el rebellin. Ibasele dificultando mucho al enemigo la empresa; pero animado con un aviso que le enviaron sus fantores, de que, no obstante lo sucedido, perseverase en ella, que seria la villa suya muy en breve, con tal que estorbase el paso á quinientos mosqueteros que enviaba Verdugo de socorro, hízolo; con que de todo punto cortó el camino á diligencias humanas. Añadióse á estos trabajos la poca se del que tenia en la villa á su cargo las municiones de guerra, jactándose que habia pólvora para tirar dos años, y animando á los soldados á que la tirasen sin tasa; tal, que á este tiempo se comenzó á sentir tanta falta della, que se reducia toda á menos de treinta quintales. Avisó dello el teniente coronel á Verdugo con un soldado de los que entraban y salian, con cuya prision vino á saber el enemigo esta falta; cosa que le acabó de inclinar el ánimo á perseverar; y en órden á ello, hizo dar prisa á la mina del rebellin, que sentida por los nuestros, la cortaron con un foso; voló con todo esto, con muerte de algunos soldados católicos, y arremetiendo tras esto, aunque con poca resolucion, el enemigo, fué rechazado por los que guardaban la cortadura; con todo, con la falta de pólvora y continuo trabajo se iba disminuyendo mucho nuestra gente de número y de ánimo, ayudando á ello las mujeres de los mal afec-  
tos, y haciendo con sus lisonjas y viles persuasiones más daño en los ánimos ya descaecidos de aquellos burgueses, que si fueran tres doblados hombres; y porque aunque en cualquiera parte de los Estados-Bajos tienen gran mano las mujeres hasta en las cosas más graves, es sin duda que en Groninguen la tienen y la han tenido siempre mayor.

Los de la villa, resueltos de tratar con el enemigo, enviaron diputados, entre los cuales fueron algunos eclesiásticos (córrese la pluma de escribirlo, pero pídelo la verdad), deseando unos y otros ganar las gracias con él, facilitando la rendicion; como al fin lo hicieron,

con tan ruines capitulaciones, que fué una dellas obligar con juramento á toda la soldadesca católica á que no sirviese al rey en Frisa por espacio de tres meses; la cual con sus armas y bagaje por el camino de Oldenzeel pasó el Rhin. Mauricio se estuvo quedo algunos dias en su campo, proveyendo lo que era necesario en la tierra; y Verdugo en el primer alojamiento que tomó, añadiéndosele á sus trabajos el partirse sin órden la vuelta de Brabante el regimiento del conde de Soltz, sin embargo de haber sido aquella gente más bien pagada y entretenida que las demás, dejándole casi solo cuando más desembarazado estaba el enemigo para acometerle. Siguieron el ejemplo de los alemanes las demás naciones y la resta de la caballería que había traído el comisario general Contreras, sin quedar con Verdugo más que los capitanes y oficiales; el cual, considerando que si aquella gente iba sin ellos les podría suceder algún daño en el camino, ó que llegados á Brabante se amotinaran, los dejó ir tambien. Partida esta soldadesca, queriendo Verdugo alojar en Oldenzeel á los españoles que habian quedado, se alteró la mitad dellos y siguieron á los demás sin podérselo estorbar; á los que quedaron alojó en la villa, en pago de su perseverancia, usando con ellos, como era justo, otras muchas demostraciones de gratitud. No ignoraba nada desto el enemigo, y apercibiéndose para ir en busca de los pocos católicos que habian quedado, como el tiempo estaba tan adelante, cargaban las aguas; de manera que se resolvió en dejar aquella empresa y tentar á Rinberg, encaminándose por agua. Habia crecido excesivamente el Rhin con las lluvias; y así, hubo de mudar tambien de intento, marchando otra vez por tierra con designio de acometer á la villa de Grol; á cuya vista le llegaron embajadores del príncipe de Béarne pidiéndole socorro, y resolviéndose en darle, hubo de enviar la demás gente que le quedaba á sus guarniciones. Verdugo recogió en las suyas las pocas fuerzas que le quedaron, valiéndose de un poco de dinero que se le envió de Bruselas para tener la gente en devoción, y de su prudencia para estorbar que la corriente de las victorias del enemigo no arrebatase las pocas villas que le quedaban en su provincia.

## LIBRO VII.

Año de 1594.

Llega el archiduque Ernesto á Bruselas por gobernador de los Países-Bajos.

— Estado de la Liga en Francia. — Pásase monsieur de Vitri al bando del de Bearne, entregándole á Miaux. — Hace lo mismo el almirante Villars, y entrégale á Pontaudemer. — Declárase por él monsieur de Balañi, llamado príncipe de Cambrai, y cuéntase como tiranizó aquel estado. — Reciben en París á Enrique. — Deshácese la junta, y salen de París los della con la guardia. — Gana el conde Carlos á la Capela. — Sitia el de Bearne á Lao y gánala. — Pretende el conde Carlos socorrerla, y no tiene efecto. — Declárase Amiens por el de Bearne. — Páganse los montines de Pont y San Pol. — Sucesos del motín de Siquem. — Reconciliase el duque de Guisa con Enrique, después de haber muerto al mariscal de San Pol, entregándole á Rens. — Motín de la Capela. — Y estado de los Países-Bajos.

El primer dia deste año partió de Bruselas don diego Pimentel, enviado del conde de Fuentes, su tio, á dar el parabien al archiduque Ernesto de su venida al gobierno de los Países-Bajos, y á venirle acompañando hasta ellos (como lo hizo), adelantándose desde Lucemburgo, para volver despues con los condes y la demás nobleza del país hasta Namur; y allí llegó Su Alteza á 26 de Enero, acompañado del elector de Colonia, de mucha nobleza alemana, y una casa real que traía consigo. Habianse adelantado el baron Molart y Santilario, franceses, capitanes, el primero de su guardia de lanzas y el segundo de arcabuceros, para levantar dos compañías de caballeros de gente del país, como lo hicieron. Salieron las dos compañías con los condes harto lucidas y de cien caballos cada una. Salió tambien la de Grovendonch, alojada en Diste, y la de don Sancho de Luna, en Mastrique, y las de las guardias del conde de Mansfelt; que todas juntas podian hacer quinientos caballos. Llegó finalmente el Archiduque á

Bruselas á 30 del dicho, á donde fué recibido con mayores demostraciones de alegría universal y con mayor magnificencia que ninguno de sus antecesores en aquel cargo. Eran grandes las esperanzas que se tenian de aquel príncipe, benigno y adornado de infinitas virtudes morales; pero no bastaba esto para remedio de una llaga tan encanerada como la que padecian aquellos estados, y en particular los rebeldes; los cuales, mientras le esperaban terrible, rodeado de grandes fuerzas y abastecido de dinero, blandearon un poco, haciendo que en Alemania sus factores diesen algunas muestras de desear reconciliacion y fin á sus propias miserias, pero, como quiera que el último remedio para reducir á vasallos rebeldes y pertinaces sea el de la fuerza, en viéndole de paz y usar en vez del rigor la persuasion, brevemente mostraron que no ponen las armas en la mano á los vasallos las justas quejas ni el deseo de su remedio, sino la corrupcion de las costumbres, las esperanzas de vida licenciosa y la ambicion de fabricar sus intereses privados de las ruinas de la república; ayudando tambien á esto saber cuánto se rija el juicio de los hombres por los sucesos, con lo cual, si los tiene buenos, la infamia de la rebelion fácilmente suele llamarse celo del bien público, y la obstinacion con que se continua, valerosa constancia. Llevados pues destas causas ó de otras de las que suelen anteponer los herejes cuando dan falso nombre de justo á todo lo que les es provechoso, comenzaron á arrepentirse de la humildad, trocándola en fierza, el medio en esperanza y el arrepentimiento en obstinacion. Esta fué la causa del ruin efecto que hizo una carta llena de paternales y saludables consejos y amonestaciones que Su Alteza escribió desde Bruselas á los estados rebeldes; cuyas cabezas, deseosas de mejorar el estado de sus cosas por medio de la guerra, que entonces le estaban actualmente haciendo con prósperos sucesos en Frisa, echaron por alto todos los sanos consejos y honestas proposiciones, respondiendo al Archiduque con tan poco respeto y con tan atrevidas é insolentes palabras, que mostraron bien en ellas tener sabido los pocos apercibimientos que había para practicar el segundo remedio de la fuerza, con lo cual no había por qué esperar honestas condiciones de paz, que sólo se conceden al que

puede ofender. Volviéronse con esto todos los pensamientos á la guerra, y principalmente á la de Francia, que instaba más de lo que había menester el de Bearne para establecer sus cosas y ganar amistades, volviéndose en aquel reino á las armas con mayor rigor y enemistad que antes, y sacando el tiempo despues demasiado verdadera aquella máxima de que no es cordura dar á gustar los frutos de la paz á una provincia donde se desea sustentar la guerra.

Fué el primero el príncipe de Bearne á sacar su gente en campaña el tercer dia del año en que vamos, y despues de haber tentado en vano con escalada á Chateotiri, se puso sobre Fertemilon, castillo, aunque á lo antiguo harto fuerte, rodeado de buenos fosos de agua, y gobernado por monsieur de Peche, caballero de valor, que como tal comenzó á defenderle honradamente con cuatrocientos franceses y buen aparejo de municiones y artillería. Fué de los primeros negocios militares que se trataron en el consejo del Archiduque si convenia ó no dar socorro á esta plaza, y pareció generalmente convenir en todo caso á la reputacion del Archiduque, que tanto suele importar en los principios de cualquier gobierno, siendo las primeras acciones las que nunca se olvidan y las que con mayor atencion se desmenuzan; cuya venida tambien habia sonado mucho y dado que pensar á todos los vecinos; añadian, fuera de esto, por circunstancia considerable, hacer soltar al de Bearne la primera presa que intentaba despues de su reconciliacion, para detener algo los ánimos á quien esta accion habia movido. Resuelto este socorro, escribió al conde Carlos que le hiciese en todo caso, sirviéndose para él de la gente que tenía á su cargo, con la prudencia y recato que de él se esperaba. Pensó el Conde Carlos al principio, segun las nuevas que se tenian de lo que se venia acercando el tercio de don Agustín Mesía, poderle llevar consigo; pero, desengañado de que todavía se hallaba á la entrada del país de Luxembourg, perdió las esperanzas de poderse servir de él para aquella ocasion. Entendió tambien que saldría la caballería amotinada de Pont á hallarse en tan honrada faccion; pero rehusando ellos pertinazmente, como ya antes lo habian rehusado los de San Pol, no pudiendo llevar caballería bastante á oponerse á la del enemigo, se resolvió en ir con

solas dos compañías de arcabuceros á caballo para el servicio ordinario del ejército, que fueron las de Daniel de Gaure y Rene de Chalon; toda la demás caballería, que constaba de diez y siete estandartes, en que podia haber doscientos y cincuenta soldados de á caballo, la mayor parte oficiales, residuo de ambos motines, quedaron arrimados á Landresi, á cargo de monsieur de Achicourt, hermano del conde de Ostrat. Don Carlos Coloma, que hasta allí la habia tenido al suyo, don Francisco de Padilla, Jerónimo Ratinier, capitánes, y la mayor parte de los oficiales siguieron el ejército, sirviendo como infantes. Vinieron de Bruselas á hallarse en esta jornada Camilo Carachiolo, príncipe de Avelino, recien venido de Nápoles á los Estados; don Alonso de Idiaquez, aunque nombrado ya, como está dicho, por general de la caballería de Milan; don Antonio de Toledo y don Juan de Bracamonte, sobrinos del conde de Fuentes; Juan de Guzman, hermano de Tello de Guzman, conde de Villaverde; don Diego de Acuña, y finalmente toda la gente moza y deseosa de honra que entonces se hallaba en la corte del Archiduque. Sacó el ejército el Conde, que constaba del tercio de don Alonso de Mendoza, gobernado por Hernan Tello Puerto-Carrero, sargento mayor, en que podia haber mil españoles; los regimientos de alemanes de Curcio y de don Juan de Pernesteyn, y los de walones de La-Barlota y conde de Bossu; que todos cuatro podian hacer cinco mil infantes. Pareció este ejército por ventura mejor que otros, por ir suelto y sin bagaje, ni más embarazo que tres medios cañones y algunas piecezuelas de campaña; al pasar por Guisa salieron aquel duque y sus dos tios, el de Humena y Aumale, con mil corazas francesas, gente escogida, y alguna infantería. Faltaronle al conde Carlos tambien los esguízaro, que, aunque habia dias que venian marchando, no pudo aguardarlos más sin conocido peligro de la plaza. Llegó el campo á Lan en dos alojamientos, y en otros dos á Suason, todo país amigo; y allí se supo que monsieur de Peche habia hecho una honrada salida y degollado gente en las trincheras, y que habia aguardado ya dos asaltos. Túvose tambien aviso de las fuerzas del enemigo y certidumbre de que no eran tan superiores en caballería á las nuestras, que no quedasen más inferiores en la bondad de la

infantería, y que monsieur de Gibri, que servía de mariscal del campo (que es lo mismo que maese de campo general), no tenía hechas fortificaciones de consideración para dificultar el socorro; todo lo cual animó á las cabezas del ejército á resolverse en aventurar la batalla. Dista Suason de Fertemilon tres leguas francesas, y el primer dia que marchó el ejército se puso á una legua del enemigo, con un tiempo tan crudo de hielo y nieves, que se quedaron helados aquella noche algunos soldados en las centinelas.

Consultaron el príncipe de Bearne y sus consejeros lo que era bien hacer, y algunos, entre ellos el mariscal de Biron, fueron de parecer que saliesen al encuentro al ejército español, y que no se cumplía con menos, considerando que era aquella la primera empresa que el de Bearne hacia después de su absolución. Otros que miraban la esencia de las cosas, y no á las vanas consideraciones (puesto que no pueden serlo las que miran á la reputación), decían que era temeridad grande arriesgar el reino, ya poco menos que suyo, por un castillo que había de seguir la fortuna de todo lo demás; teniendo los prudentes por norte de las acciones, no las circunstancias de los medios, sino el fin de quien reciben su última perfección. Habiale el rigor del tiempo quitado al francés gran parte de su nobleza, mucha de ella esparsida por aquellas villas de su devoción, desconfiados todos de llegar á las manos: y así por esto como por otras consideraciones superiores, se arrimó (contra su costumbre) á lo más seguro, estimándose por no menor discreción saber en la adversidad escoger lo menos dañoso que en la prosperidad lo más útil, y por lo más acendrado de esta regla de prudencia no embarazarse con el desabrimiento de aventurar algo de la reputación propia á trueque de encaminar el bien universal. Levantó pues el sitio, al parecer con poca reputación, y caminando con su campo aquel dia tres leguas, pasó el nuestro adelante, y al salir del cuartel, supo cómo el enemigo había desalojado; socorrióse la plaza de gente, bastimentos y municiones de guerra; y fortificada la batería lo mejor que se pudo, se retiró el campo á Suason, con pensamiento de cobrar la villa del Rey, tomada, como se dijo, durante las treguas, y no restituida hasta entonces; pero sucedie-

ron presto tantas mudanzas en cosas mayores, que no se hizo caso de aquella. Comenzaban ya á declinar las cosas de la Liga en Francia, vacilando la mayor parte en el fervor con que la empezaron; sea naturaleza de aquella nacion en particular, poco firme en sus propósitos, ó defecto universal de todos los mortales, cuya inclinacion á las novedades muestra cuán poco seguros son los designios en que han de concurrir y perseverar muchos; bien que disculpan esta mudanza con la conversion del de Bearne; pero parece pudiera embarazarles la memoria de tantos beneficios recibidos de un Rey que por la conservacion de la religion en aquella provincia perdió parte de las suyas; mas estos beneficios habian ya pasado y las esperanzas que se prometían en este partido estaban presentes, y nuestro ruin natural (tan aborrecedor de las obligaciones cuanto inclinado al interés) no es mucho que le apetezca cuando puede llamarle fidelidad; si bien, dado que lo fuese, y por esa parte accion loable, á nadie se lo parecerá haber empeñado la palabra y la fe para no guardarla; razon que movió á perseverar con no menor estimacion que premio á algunas personas señaladas toda la vida en servicio del Rey, juzgando que dejaron su patria en tiempo que en ella no le habia, á lo menos católico.

Entre los que desampararon la Liga fué el primero monsieur de Vitri, gobernador de Miaux, dando entrada en aquella ciudad al propio príncipe de Bearne y á su gente en 14 de Febrero; en cuyo reconocimiento le concedió el gobierno perpétuo, le tomó á sueldo sus compañías de caballos y le hizo otras mercedes en premio de la solicitud de haber entregado, junto con la ciudad, nueve cañones de batir, con sus aparejos necesarios, que se tenian alí de respeto para prosecucion de aquella guerra. No tardó mucho en hacer lo mismo monsieur de Villars, almirante de Francia, entregando toda la alta Normandía y la ciudad de Roan; sin acordarse del peligro á que habia puesto el Rey todas sus fuerzas por socorrerle, ni el haber embolsado durante las guerras pasados de doscientos mil ducados. Dijose que estaba de buen ánimo, y que perseverara si cierta dama con quien tenia estrecha amistad no le persuadiera con el reciente ejemplo de otros (que esto y más pueden mujeres en los pechos de quien se les rinde).

Confirmósele el oficio de almirante, el gobierno de Normandía y el de la Havra de Gracia á un hermano suyo, con quien se tuvo más dificultad como hombre libre de pasión y de mejor ley. Rehusó al principio de salir de Pontaudemir el gobernador Simón Antúnez con su gente á requisición del almirante; pero, llegándole orden de los ministros del Rey, que estaban en París, que tuvieron ya aquella plaza por infructuosa y sin esperanza de poder ser socorrida, salió con su compañía, la de Gregorio López de Zabala y cosa de trescientos walones; y dándole el Almirante paso por Roan, llegó al campo hacia fin de Marzo. El tercer desman, y el que acabó de meter en cuidado al Rey y á sus ministros, fué la declaración que públicamente hizo monsieur de Béthune, tirano de Cambray, de tener aquella ciudad principalísima y á todo aquel principado á devoción del príncipe de Bearne; habiendo tenido hasta entonces, desde que se estableció el bando de la Liga, doce mil duendes cada mes, del Rey, pagados día á diado, para el sustento de la guarnición y suyo. Esta es la primera vez que se ha ofrecido tratar de esta ciudad y de este hombre, y porque nos ha de dar cerca de dos años en qué entender, será bien enterar al lector de las cosas que conviene tener advertidas, para mejor inteligencia de la historia.

Cambray, ciudad imperial, como rendida con las fuerzas de España y Flandes, fué unida por la feliz memoria del emperador Carlos V con lo demás de los Países-Bajos, y asegurada de una ciudadela con cuatro baluartes reales, que se le hizo para tener á freno los ciudadanos que se mostrasen sediciosos y amigos de Francia; y dejando el gobierno espiritual y temporal al Arzobispo, se entregó el poder y el uso de las armas á un gobernador que asistía en el castillo, con guarnición y pertrechos bastantes para reprimir las secretas inteligencias de los ciudadanos y las empresas del francés, que de ordinario maquinaba contra ella, como contra la llave de los países de Artois y Henao. Era arzobispo de Cambray el año de 1580 Luis de Berlaimont, y gobernador Bauduino de Gaure, señor de Inchy; después de haberse encastillado en la ciudadela, ganando la gracia de la guarnición walona, despojando al señor de Liques, que tenía aquel gobierno por el Rey; el primero, escandalizado de la traición, se re-

tiró á Mons de Henao, por estar ocupada por el enemigo la ciudad de Tornay, de donde tambien era obispo. Y el segundo, poco atecto á las cosas del Rey, acabó de dar oídos á las persuasiones y lisonjas del duque de Alanson, que con gran liberalidad de palabras le fué ofreciendo excesivos intereses, deseoso de poner el pié en aquella ciudad tan importante y de introducirse en el país, de que se figuraban ya poseedores él y la Reina, su madre. Pasó tan adelante la negociacion, que á pocas tretas quedó entrampado del todo el incauto Inchí, y la ciudad por Alanson; el cual, visitando aquella su conquista personalmente, y metiendo en la ciudad ochocientos hombres de guarnicion á titulo de defenderse de los mal contentos, se fué dejando el poder en manos de sus franceses, y sólo en el de Inchí el vano nombre de gobernador. Quedó por cabo de esta infantería Cláudio de Monluc, señor de Baliñi, hijo bastardo del obispo de Valencia, en el Delfinado, y persona de pensamientos harto desiguales á su fortuna y á su persona, acreditado con haber metido un grueso socorro de franceses cuando el duque de Parma tenia sitiado á Cambray. Este pues comenzó á familiarizarse con el gobernador, y él á no hacer cosa sin el parecer de Baliñi. Estuvieron poco tiempo en paz (que nunca es larga entre ambiciosos), y á la postre, saliendo Inchí á cierta arma que se tocó en Chateo Cambresi, adelantándose más de lo que debiera, murió de un arcabuzazo que le dió un villano. Hízosele un solemnísimo entierro, no sin fingidas demostraciones de tristeza de los que por su muerte pensaban mejorar el estado de sus cosas; y en la iglesia de Nuestra Señora, que es la catedral, un túmulo de pórvido capaz de encerrar en sí los huesos de un gran monarca.

Tenia ya Baliñi á su devoción á todos los capitanes y soldados, que por ser él y ellos gascones, conformes en los designios y costumbres, se aunaron presto; y tomando á su cargo el gobierno de Cambray de todo el Cambresi, de tal manera se fué apoyando y proveyendo de amigos, que cuando monsieur de Alanson lo advirtió, se halló con las víboras en el seno y sin el absoluto dominio de Cambray, que, aunque en público estaba por él, no era así en lo secreto mas que mientras no se tratase de renover á Baliñi. Acabóse de establecer

este tirano con la muerte del de Alanson, y perdido del todo el miedo á las fuerzas de Francia, temiendo á las del príncipe de Parma, que comenzaban á mostrarse formidables, en perdiendo á Chateo Cambresi y á Buchayn, trató con él de conservarse neutral, por medio de ciertos gajes secretos que le daban á título de sustentar la guarnicion de la ciudadela. Pasó más adelante el comendador Juan Moreo cuando se introdujo la Liga, y ganando á este hombre, y á su mujer, que le gobernaba, con gruesos presentes, le hizo uno de los más confidentes de ella, y más desde que vió la puntualidad con que se le iban pagando doce mil ducados cada mes, cuando faltaban para otras muchas cosas de mayor importancia. Sirvió á la Liga con su persona y con algunos caballos que sacaba de Cambray, aunque con tanto recato, que hasta las fuerzas de su dominio tenía repartidas en su ausencia, las de la ciudad en algún confidente y deudo suyo más cercano, y las del castillo en su mujer, varonil por extremo y deseosa de mandar y de acumular dineros; cosa que hicieron marido y mujer por espacio de quince años con tan poca modestia, que se tenía por cierto valer los despojos de la ciudad y del país que en el discurso de este tiempo se apropiaron, pasados de quinientos mil ducados. Fortificaron la ciudadela y áun la ciudad, dejándola, á su parecer, inexpugnable, deseosos de perpetuarse en ella; y en órden á esto, no le quedó al tirano por hacer ninguna diligencias de buen maquiavelista, procurando arrimarse siempre al más poderoso, conociendo el peligro á que se ponen los neutrales de ofender á entrambos partidos. Túvole en alguna duda el haber dado su fe á la Liga, y lo que rehusaba el príncipe de Bearn el reconciliarse con la Iglesia, que al fin era católico de profesion él, aunque de su mujer se tuvo diferente opinion, y conveniale, siéndolo de las diez partes las nueve de la ciudad, y en general todo el país; pero en sabiendo que Enrique había sido admitido en San Dionis, asegurándose de este escrupulo (como si una accion pudiera ser buena con sólo tener algo de loable), resolvió en sí de pasar á su bando, y sólo le hizo dilatarlo la voz de que con el archiduque Ernesto había de bajar toda Alemania, y hacerse la guerra de otra manera que hasta allí; pero, resuelto todo esto en humo, viendo, por otra parte, buen

golpe del ejército amotinado en Pont y en San Pol, y que en Bruselas todo era fiestas, entradas y regocijos; movido, finalmente, de su ambicion y las continuas persuasiones de su mujer, que muchas veces fué y vino á Francia con la negociacion, se declaró al fin por el francés, dejando la neutralidad, tomándole de nuevo por protector perpetuo, y consintiendo que en medio de la plaza se quemase la figura de una mujer que representaba la Liga; y viendo á Cambray en nombre del príncipe de Bearne el duque de Retz, mariscal de Francia, por Agosto de 1594, para admitir la proteccion y confirmar y corroborar la elección que los tres estados de aquella ciudad y país, eclesiásticos, nobles y plebeyos, habian hecho en persona de Balini y su mujer, no sólo de la ciudad y país, pero tambien de los castillos y lugares que tenia usurpados en Artois y Henao, entregándoles voluntariamente á ellos y á sus legítimos herederos, por no incurrir (como dice el auto original de la donacion) en el vicio de ingratitud á los innumerables beneficios y buenas obras recibidas de ambos; vergonzosa cuanto mentirosa lisonja: tan poderoso es el miedo, y tanto como esto errará siempre quien se rigiere por él, y no trajere delante de los ojos cuánto menos importa la vida que el honor. Establecido pues con tales fundamentos este tirano, gozó el fruto de ellos todo el tiempo que las armas católicas no pudieron desembarazarse de cosas que apretaban más en Francia, donde viendo el legado del Papa, el duque de Feria, don Diego de Ibarra y Juan Bautista de Tássis concluida la tregua de los tres meses, que comenzaron á correr desde el dia de san Bartolomé del año pasado, conocieron el peligro grande que corrían las cosas de la Liga, y lo poco que podia esperarse ya cosa buena de París, cuyos ciudadanos era cierto que en llegando á gozar los frutos de la paz no habian de volver voluntariamente á la guerra, y por fuerza era tan difícil salir con ello como peligroso el intentarlo. Escribieronlo á España, á Roma y á Bruselas, comenzándose á descargar de lo que podia suceder, sin dejar por eso de atender con todas veras al remedio del estado de las cosas. Negociaron dineros para la infantería extranjera, que entre españoles, italianos, alemanes y walones podia llegar á mil y seiscientos hombres; entresacaron de los ciudadanos

muchos á gusto del gobernador monsieur de Belin y del preboste de los mercaderes, echándolos fuera de la ciudad; remedio que no hizo el efecto que se pensaba, haciendo más daño despues ausentes con sus cartas que pudieran presentes con sus personas. Los esclavines, burgomestres y otros nombres y géneros de magistrados, y los coroneles y capitanes de la milicia, escogieron entre las personas más afectas al bando de la Liga y á la causa católica, y hasta los curas de las parroquias (entre los cuales el que más se señaló fué el de Santiago, no menos con sus sermones que con sus armas cuando era menester), se procuraron poner de los más celosos y obligados á la faccion. La primera cosa con que se comenzó á perturbar esta mudanza fué con la de gobernador, removiendo el duque de Humena por levisimas sospechas al conde de Belin, y dando este oficio al de Brisac; pudiendo ir más seguramente advirtiendo las acciones del de Belin y prevenir sus designios con algunos medios secretos, hasta asegurarse del todo, antes que experimentar nueva fe en cosa de tan gran confianza, y en que era menester persona tal, que supiese resistir cuanto puede prometer un rey por la cosa que más le importa, como le sucedió con Brisac; que, más atento á la ambicion que á la obligacion en que se había puesto, y deseoso de obligar al nuevo rey con algun señalado servicio, comenzó luego á cartearse con él y á darle el negocio por hecho. El de Belin, viéndose afrentado sin causa, y obligado á retirarse al príncipe de Bearne por no malograr sus esperanzas, quedando odioso á entrabmos partidos (error en la opinion de todos tenido por gravísimo), procuró darle á entender lo mucho que podia con los de Paris, y que sin su medio era menos que nada cuanto podía hacer el conde de Brisac, contra quien escribia á los ministros católicos las inteligencias que trataba con el enemigo, que, aunque eran verdades, parecian calumnias. El de Bearne, que no deseaba otra cosa que poner el pié en Paris, valiéndose de ambas negociaciones, que, aunque por varios caminos, iban encaminadas á un mismo fin, y de otras que de muy atrás iba fomentando, vino finalmente á salir con su intento de esta manera.

Establecido el acuerdo entre el principe de Bearne y los de París, que fué de perdonarles todo cuanto hasta en aquel punto habian hecho en odio y ofensa suya, conceder franca salida, no sólo al Cardenal-Legado, duque de Feria y los demás ministros del Rey, pero á toda la gente de guerra, con sus armas y bagajes, á los 22 de Marzo al hacer del dia se presentó á la puerta Nueva con mil caballos y cosa de tres mil infantes de todas naciones, y con asistencia de los ciudadanos, que armados y en gran número acudieron á ella, la ganaron, con muerte de ocho soldados alemanes y walones, que valerosamente se atrevieron á defenderla, y dos ó tres de los realistas. Estaba ya puesto en arma el presidio católico en casa del duque de Feria, y aunque en pequeño número, con ánimo y valor de defender aquellas paredes hasta perder las vidas, y en particular lo ofrecieron así Estéban de Legorreta y don Alejandro de Limonti, cabos de la infantería española y napolitana, á don Diego de Ibarra, que se habia encargado de la gente de guerra; pero, sabido por el Legado y el Duque y los demás ministros católicos que el enemigo se paseaba ya victorioso por París, y que generalmente aclamaba el pueblo por rey á Enrique, recogieron la rienda á los soldados, y juntos y en buena órden, tomadas las bocas de las calles, aguardaban á ver en qué paraba aquél movimiento y en el lenguaje que se les hablaba, resueltos todos en morir antes que mostrar flaqueza, como quien de todo punto ignoraba lo tratado con el pueblo de París y el francés acerca de su total seguridad, y cuidadosos de las insolencias que en tales ocasiones suelen cometer los vencedores. Desengañolos presto el principe de Bearne, enviándoles á decir que podian partirse cuando les diese gusto al País Bajo, y ofrecerles pasaportes, comisarios y las demás seguridades que supiesen desear; accion no menos decente que ajustada á su condicion y á la conveniencia de no turbar un suceso tan importante procurando quitar las vidas á aquellos pocos soldados, que es de creer habian de perderlas caras, y pudiera conmover eso la faccion de los ciudadanos sus aficionados á defenderles, y anublarle el más dichoso dia que le habia amanecido jamás. A esta proposicion respondió el duque de Feria, con parecer de los ministros católicos, agradeciéndole el ofrecimiento, y

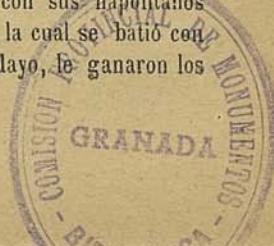
mostrando deseo de complacerle en el gusto que mostraba tener de que su salida fuese aquella misma tarde; dijo más al que hizo la embajada, que él y todos los demás ministros y soldados del Rey su señor habían venido á Francia, y en particular á París, llamados por los propios franceses que entonces le llamaban á él, con deseo de defenderse hasta tener rey católico, y que, alcanzado esto, volvian todos muy contentos, por haber ayudado á conseguir un fin tan deseado por el Rey su señor y por toda la cristiandad. En que parece se le mostró la mucha parte que habían tenido las armas del Rey en hacerle abjurar la herejía, que si no puede afirmarse (pues los pensamientos sólo son notorios á Dios), es sin duda que, segun reglas de prudencia humana, parece harto probable, sin que esto contradiga á la seguridad con que despues fué verdadero hijo de la Iglesia; pues no es incompatible entrar en el conocimiento de una verdad dudoso, y perseverar con la luz de ella confirmado.

No dió Enrique muestras en esta ocasion de desear ver al Duque ni á los demás; y así, él y ellos se resolvieron en irse sin verle; sólo el Legado pidió algunos días de tiempo para encaminarse á Italia, y se le concedieron. Ordenada pues la partida, aquel propio dia por la tarde se hizo, formando de toda la gente tres trozos en figura de vanguardia, batalla y retaguardia, con tan buena orden, que, aunque era la gente poca, por ir tan lucida y tan bien puesta, representaba un número mucho mayor. Salieron de retaguardia de todos el duque de Feria, y á sus lados don Iñigo de Mendoza y don Diego de Ibarra, ellos y cosa de ochenta entre criados y allegados, con muy buenas armas. Gustó Enrique de verlos pasar desde las ventanas de una casa pegada á la puerta de San Dionis, y cuando á la postre pasó el Duque con los que le llevaban en medio, saludándole ellos, lo hizo él tambien con su natural cortesía. Notaron los franceses que no le abatieron las banderas al Rey, y creyeron que había sido causa de ello el ir ofendidos de haberse mandado de su parte á la infantería que apagasen todas las cuerdas; accion que pareció bien á los menos. Iban todas las naciones representando en los rostros y en los trajes más gloria de haber poseido á la ciudad cabeza de Francia que ver-

güenza de salir de ella por fuerzas tan desiguales. Alojaron aquella noche á dos leguas de la ciudad, sin que sucediese otro desman en todo aquel dia que quedarse algunas acémilas de la recámara del Duque en poder de los gascones, que, por haber ya traspuesto la gente y retirádose el Rey, se atrevieron á saquearlas. No le pareció al Duque perdida de consideracion; y así, pasando adelante sin hacer caso de ella, llegaron en siete jornadas al país de Artois, y el Duque (paseando don Diego de Ibarra á Bruselas, á donde llegó á los 7 de Abril) se quedó en la Fera, rehusando el acabar de salir de Francia sin orden del Rey. La gente se reincorporó en los tercios y regimientos de donde habian salido, salvo los napolitanos, que se agregaron, como se ha dicho, al tercio del marqués de Trebico, y trescientos hombres de todas naciones, que reforzaron el presidio de la Fera. Sintióse mucho en Bruselas la perdida de París, por la reputacion que con ella ganaba el enemigo; y echando de ver aún antes de esto el Archiduque y los de su consejo la borrasca que se aparejaba, habiéndolas de haber de allí adelante con un rey de Francia, que, sobre ser tan gran soldado y tan valido de amigos, tenía desde Cambray las riendas de todos los Países-Bajos; tal, que con poco trabajo podía mancomunar sus fuerzas con las de los estados rebeldes, se resolvieron en enviar á España á don Diego Pimentel para que, representando el estado de las cosas, procurase el remedio conveniente, y en particular, á más de las provisiones ordinarias, que empezaban á faltar, sietecientos mil ducados y más, que eran menester para pagar los dos motines de San Pol y Pont. Hizo don Diego su viaje; y como en España se conoció el peligro, se fueron ordenando las prevenciones, y para divertir las del francés se levantó un ejército en Italia, á cargo del condestable de Castilla, cuyos sucesos contarán los que los vieron, que yo me contento con escribir los que vi; basta que confesemos ingenuamente que el tener ocupado allí al rey de Francia fué causa de que se pudiesen hacer en Picardía los buenos efectos que se hicieron. A su tiempo se irá echando de ver esto con más particularidad.

Retirado el conde Carlos á Suason, dejando al duque de Humena resuelto en mirar desde allí lo que resultaba de la entrada del de Bear-

ne en París, volvió á cobrar su bagaje á Landresi, con deseo de pasar lo restante del invierno debajo de cubierto. Encargóse de toda la caballería don Carlos Coloma; y despues de haberla alojado algunos dias entre Sambra y Mosa, llegó órden del Archiduque para que la italiana y walona pasase á alojar á Verta, en la campiña, á cargó del capitán Francisco Coradino, y las de españoles, y con ellas la de albaneses de Jorge Cresia, llevó el mismo don Carlos á la villa de Liao, en Brabant. La infantería se alojó en Chateo Cambresi y en algunos villajes fortificados en aquel país, por comenzarle á quitar aquella comodidad á Biliñi, que iba muy aprisa juntando fuerzas con que defender (en cuanto le fuese posible) su campaña y correr las ajenas, como lo comenzó á hacer presto. Reposó el ejército algunos días en este alojamiento, en el discurso de los cuales tuvo tiempo el conde Carlos de mandar reconocer la Capela, plaza harto fuerte y bien presidiada, en el país que llaman Tierase, parte de Picardía; y considerándole algunos defectos, y en particular que ganando un rebellín se le podía sangrar con facilidad el foso, se puso sobre ella á los 25 de Abril, acuartelándose juiciosamente y procurando fortificar las avenidas de Francia, de donde le podían venir gruesos socorros. Tuvieron esto á su cargo don Alvaro Osorio, gobernador de la gente de guerra de la Fera y Horacio Marquese, caballero napolitano, que eran lugar-tenientes de maestre de campo general, por haber partido ya Jorge Basta á la guerra de Hungría. Llevó consigo el Conde toda la infantería que se halló en el socorro de Feremilon, añadida la que salió de París, el tercio de don Agustín Mesía y la misma caballería francesa con que acudieron los duques de Humena, Aumale y Guisa y los mariscales de San Pol y Rona. Vinieron de Bruselas muchos caballeros aventureros, y del país algunas reclutas para los regimientos de walones. De la caballería sólo fueron algunas compañías de arcabuceros de á caballo para batir las estradas. Tocóle el gobierno de las trincheras al maestre de campo don Agustín, y comenzándolas á abrir, en seis noches se hallaron él y el marqués de Trebico con sus napolitanos alojados debajo de la punta del rebellín ya dicho, la cual se batíó con ocho piezas; y acometido el rebellín á los 5 de Mayo, le ganaron los



españoles y napolitanos, con muerte de la mayor parte de los defensores y pocos de los nuestros. Hallóse ser verdad el aviso de que se podia sangrar el foso por alif; y poniéndolo la siguiente noche en ejecucion, quedó la plaza muy débil. Apercibióse luego la batería de doce cañones por Mateo Serrano y Cristóbal Lechuga, tenientes de la artillería, sin otros seis que se plantaron á las defensas, que eran los dos traveses de las casamatas colaterales; y la mañana de los 8 de Mayo se comenzó á batir con tanta furia, que hacia las cuatro de la tarde pareció que había bastante ruina para dar el asalto; y mientras que se ordenaba generalmente, se resolvieron los del Consejo en poner algun miedo al enemigo, mejorando alguna gente con zapa y pala para alojarla en la batería. El querer salir á esto el príncipe de Avelino y todos los aventureros, y tras ellos las vanguardias de todas las naciones, que sufrieron mal verse quitar el puesto que les tocaba, fué causa de gran desorden; porque, arremetiendo confusamente, se hubieron de retirar con más de doscientos entre muertos y heridos, todos gente particular. Impidió el buen suceso tambien hallar el suelo del foso con un lodo tan pegajoso, que muchos para ayudar á salir á sus compañeros quedaron muertos como ellos, ó mal heridos. Murieron algunos capitanes de todas naciones y entre ellos el capitán Jaime Ballebrera, entretenido en el tercio de don Agustín; salió mal herido Alonso de Ribera, del de don Alonso de Mendoza, y de aventureros murió don García de Cháves, hijo de Garcilopez de Cháves, natural de Ciudad-Rodrigo, y heridos salieron don Luis de Ávila y Monroy, Gaspar de Valdés, Juan de Guzman y otros, particularmente italianos, que arremetieron con el príncipe de Avelino. Fué tambien grande el daño que recibieron los enemigos de la arcabucería y mosquetería de las trincheras; y conociendo el peligro que corrían si el asalto se volvia á dar de veras, parlamentaron el dia siguiente, y salieron á la tarde al pie de ochocientos franceses con sus armas y bagajes. Proveyó el Conde el gobierno de aquella plaza, á instancia de don Agustín, en el gobernador Simon Autúmez, dejándole de guarnicion casi toda la gente que había traído consigo de Pontaudemer y una compañía de arcabuceros de á caballo del país.

Sintió mucho el duque de Bullon la pérdida de la Capela, especialmente porque hallándose con el ejército francés en Picardía había ofrecido socorrerla; y en viéndola perdida, si bien se hallaba con número de gente bastante para ir á buscar el ejército católico, y muy superior en caballería, no curando de ello por entonces, se fué á tomar los puestos sobre la ciudad de Lan, en Lanois; á donde viniendo el príncipe de Bearne con nuevas fuerzas, la acabaron de sitiár del todo, y comenzaron á apretarla de veras, no sin daño notable, por haber de guarnicion (sin los ciudadanos) gente belicosa y aficionada mucho al bando de la Liga, y en particular al duque de Humena, cuyo hijo segundo tenía consigo al pie de mil franceses y quinientos napolitanos. Habíase retirado el conde Cárlos á Landresi, como inferior de fuerzas al enemigo, á donde fué el duque de Humena á mediado Junio, deseando persuadir al Conde el socorrer á Lan; y hallando las cosas menos bien dispuestas de lo que fuera menester, pasó á Bruselas á pedir al Archiduque mandase facilitar el socorro y al fin lo obtuvo. Mandó Su Alteza al Conde que con el ejército que tenía marchase hasta la Fera, y que desde allí procurase meter socorro de gente y municiones en Lan, mientras se le enviaban fuerzas bastantes con que desalojar al enemigo ó darle la batalla, como se apercibían en la campiña, con voz de socorrer á Groninguen. Habían acabado de llegar pocos días antes los esguízaros, en número de tres mil, la mayor parte de ellos de los que habían militado los años antes á sueldo del Papa; pero no fué este socorro al ejército de Francia, rehusando abiertamente ellos el mover las armas contra el príncipe de Bearne; y por otra parte, deseando el conde de Fuentes emplearlos en lo de Groninguen, á donde había de ir en persona con fuerzas; que á poderse haber apercibido dos meses antes, fuera posible haberse hecho entrambos efectos; pero malogrólos la dilacion, perniciosísimo accidente en los designios de la guerra, en que es más que en ningun otro género de negocios precioso el tiempo. Opúsose tambien la ruin opinion en que estaba ya la guerra de Francia, y el deseo que tenía la soldadesca de militar debajo de la mano del conde de Fuentes; que fué causa de que llamase á sí al ejército que se levantaba en su nombre,

muchá gente de la que de otra manera fuera con el conde Cárlos. No le faltaron con todo eso por aventureros los sobrinos del conde de Fuentes, don Alonso de Idiaquez, y todos los capitanes que pudieron alcanzar licencia para dejar sus puestos, el principe de Avelino y mucha nobleza italiana; pero, como nunca pasó el ejército de siete mil infantes y las compañías de arcabuceros ya nombradas de á caballo, á más de las mil corazas francesas que se hallaron en el socorro de Fertemilon y presa de la Capela, parecia, y aún era temeridad, emprender un efecto de tanta importancia con fuerzas tan desproporcionadas á las del enemigo. Animó mucho al Conde á ir con tan poca gente y en particular sin caballería, el poderse arrimar casi hasta media legua de los cuarteles del enemigo por el bosque llamado de Crepi, y el entender que el francés tenia por mayores de lo que eran las fuerzas católicas, que, no siendo fácil averiguar tan aprisa lo contrario, podria, como suele acontecer, producir la reputacion los mismos efectos que pudiera la verdad; y así, despues de haber aguardado algunos dias en vano el socorro de gente que jamás partió, con parecer del duque de Feria, que todavía estaba en la Fera, y de los maestros de campo don Agustín Mesia y don Alonso de Mendoza, marqués de Trebico, don Juan de Pernesteyn y otros coroneles de todas naciones, movió el campo de junto á la Fera á los 27 de Junio; y despues de haber pasado las dos leguas de campaña rasa que hay entre la Fera y el bosque, se presentó á vista del enemigo, atravesando el bosque en esta ordenanza: marchaban de vanguardia los tercios de don Agustín y don Alonso de Mendoza, que podian hacer número de tres mil españoles, con ocho medios cañones; los cuales, con gallarda resolucion, á paso lento y en escuadron formado, no pararon hasta ocupar lo alto de una montaña, sitio harto fuerte y acomodado para inquietar las tropas del enemigo con la artillería. Siguió luego la infantería alemana en otro escuadron y tras ella el marqués de Trebico con sus napolitanos y toda la infantería walona. Alojóse toda esta gente en forma bien entendida, por industria de los ya dichos lugartenientes y consejo del mariscal de Rona, que en aquella ocasion empezó á hacer oficio de maese de campo general tan bien entre la gen-

te del Rey como lo había hecho muchos años entre la francesa; y antes de alojarse, habiendo ocupado el enemigo una montañuela á tiro de cañon de la nuestra, y plantando en ella su artillería, comenzó á jugar la una y la otra con daño de ambas partes y en particular de la caballería del francés, que en gruesos escuadrones se adelantó con designio de trabar escaramuza y reconocer con esta ocasión las fuerzas del campo católico; forzóla á retirar la artillería, y cargando las corazas francesas y arcabuceros de á caballo nuestros á su retaguardia, le hicieron algún daño, sin recibirlo. Conocian el conde Carlos y las demás cabezas del ejército la dificultad que se ofrecia en socorrer los sitiados, por estar la ciudad de Lan en lugar alto y tener el enemigo cercada toda aquella eminencia con trincheras, y sus cuarteles tan bien dispuestos, que con facilidad podian socorrerse unos á otros; su infantería pasaba de trece mil hombres y su caballería llegaba á cuatro mil, la mayor parte nobleza, y de ella muchos que acababan de tomar la banda blanca y deseaban acreditarse con el nuevo señor; pero, confiados en el socorro que se esperaba del País-Bajo, teniendo ocupado aquél puesto tan importante, con el bosque y la Fera á las espaldas, determinaron de aguardarle, animando á los amigos y esperando alguna buena ocasión de las que suele ofrecer el tiempo á los que saben aprovecharse de ellas y dél. Valióse nuestra poca caballería entre tanto de una que le dió la del enemigo, metiéndose demasiado por nuestro bosque el tercer dia de Julio, cargándola tan vivamente, que, dejando hasta treinta muertos, se dejaron tambien más de otros tantos presos, y entre ellos un mariscal de campo, persona de consideracion. Todo esto era menos que nada respeto á la suma de las cosas, entre las cuales, la que más sentia el Conde era la falta que comenzaba á padecer de vituallas; daño irremediable, por el número grande de caballería que tenía el enemigo, con la cual corría libremente las campañas, y hasta los muros de la Fera rompía las escoltas y prendia los vivanderos que venian al campo. Fuése cada dia haciendo mayor este trabajo, y de dos sucesos que sobrevinieron, el uno acabó de encarecer las cosas de suerte, que valia un pan como el puño cuatro reales y un azumbré de vino un doblon de oro, y el otro faltó poco que no causase la ruina total de aquel ejército,

Habianse recogido en la Fera cantidad de bastimentos con mucho trabajo, por ser aquella villa pequeña y estar rodeada de plazas enemigas; y avisado de ello el conde Carlos, determinó enviar por ellos con buena escolta á Jerónimo Dentichi, sargento mayor del tercio del marqués de Trebico, y á Pedro de Aybar, uno de los capitanes que tenian sus compañías en la Fera, y por entonces se hallaba en el ejército, los cuales, acometidos por dos emboscadas á la salida del bosque, se hubieron de volver al campo con pérdida de algunos carros, aunque Aybar pasó á la Fera por hallarse bien á caballo, y el Dentichi estuvo algunos días en prision, culpado (aunque á lo que se creyó con poca razon) de que pudo hacer más de lo que hizo. El segundo accidente fué mucho más pesado, porque reforzando al cuarto dia siguiente mucho más la escolta, tal que llegaba á mil y doscientos infantes, cuatrocientos de ellos españoles, y los demás italianos, alemanes, walones, y encomendada á Horacio Marquese, uno de los tenientes de maese de campo general; avisado de ello el enemigo, envió gruesas tropas de caballería que se emboscasen en las alas del bosque, y al mismo bosque tres mil infantes escogidos, los cuales atrincherando el camino, que de suyo era estrecho y embarazado de espesura y maleza, ocupados tres puestos los más peligrosos, esperaron de mampuesto la llegada de la gente católica, que habiendo salido de la Fera al hacer del dia, venia marchando con cosa de cuatrocientos carros cargados de bastimentos. Entró la vanguardia en el bosque sin contraste alguno, guiada por los capitanes Alonso Martinez de Prado, del tercio de don Alonso, y don Pedro de Miranda, del de don Agustin, tras ella el carruaje, y de retaguardia las demás naciones: hecho esto, la caballería enemiga (que, como se ha dicho, estaba escondida en las alas del bosque) tocó arma á nuestra retaguardia, y juntamente quitó toda la esperanza de retirada hacia la Fera. Salieron á esta señá á un mismo tiempo todas las emboscadas del enemigo, y dando en la gente católica, comenzaron á matar con poca ó ninguna resistencia. Era el camino por la mayor parte hondo, y con el concurso de los carros y el lodo (que en aquel país es ordinario) se había venido á hacer inaccesible. A esto se añadía el haber cortado aquella noche el enemi-

go muchos árboles, y atravesádolos por el camino para entrampar y detener la gente; la cual, metida en aquella estrechura, herida de mampuesto y por todas partes, apenas podia hacer más que mostrarse digna de mejor muerte, con aguardarla sin muestras de flaqueza. Los españoles y algunos napolitanos que iban de vanguardia pelearon hasta dejar las vidas, y en particular los capitanes. Horacio Marquese, por hallarse á caballo, y despues de visto todo en perdicion de pararle Dios una senda no guardada, caminando solo perdido por el bosque muchas horas, llegó á media noche á los cuarteles. Tomó el enemigo menos de sesenta prisioneros, y escapáronse escondidos en la espesura del bosque cosa de trescientos; todos los demás murieron miserablemente y sin poderse defender. De los bastimentos y municiones de guerra llevaron los franceses lo que pudieron, y el pan y más de quinientos caballos de carro, y lo demás destruyeron porque no se aprovechasen de ello los españoles, rompiendo las botas de vino y cerveza, y volando la pólvora que no pudieron llevar. Las centinelas del campo, que la noche antes se tenian á la entrada del bosque, oyeron los golpes de las segures con que se cortaban los árboles; y avisado de esto el Conde, temeroso de lo que fué, envió á ordenar á Horacio con varios mensajeros que no partiese aquel dia de la Fera, no atreviéndose á desmembrar más el ejército enviando en su socorro, que era ponerlo todo en manifiesto peligro. Mas, prevenidos por la caballería enemiga que, como se ha dicho, guardaba las salidas del bosque, quedaron todos en prision; solos dos caballos ligeros, que tomaron por la campaña tras un largo rodeo de cuatro leguas, llegaron con el aviso cuando ya se meneaban las manos. Acabó esta desgracia de quitar la esperanza de todo buen suceso á las cabezas del ejército católico, los cuales, resueltos y puestos en necesidad de retirarse, comenzaron á discurrir en el modo, juzgando todos los caminos por peligrosos, y el estar más allí por conocida temeridad.

Ofrecíanse para la retirada dos caminos, el uno por el bosque y el otro por el llano, dejando el bosque sobre la mano izquierda, y pasando por el villaje y abadía de San Lamberto. El primero podia tener prevenido y guardado el enemigo, y hacer el mismo daño á cinco

mil hombres (que tantos habian quedado, y no más, en el campo católico) con diez mil, que habian hecho tres mil á los mil y doscientos del convoy, y era sin duda que, conociendo el francés la hambre que padecia el campo español, teniendo por cierta su retirada, habia de echar el resto por acabarle de deshacer, y escoger para ello el puesto que conocia ya por experiencia provechoso. Dificultaba tambien el seguir este consejo la gran abundancia de bagaje y artilleria; todo lo cual, encaminado en un camino estrecho, sin modo de defenderlo por los costados, no era más que hacer un presente de ello al enemigo. El camino por la abadía y villaje de San Lamberto, salvando el bosque, fuera de ser otro tanto más largo, traia las mismas dificultades, y aún mayores, porque ó se habia de ir pegado al bosque ó apartado de él; si se iba junto al bosque ocupado por el enemigo (como era cierto que le habia de ocupar en desalojando el campo español), podia desde él ofenderle por el costado, causando notable y peligrosa confusión; si se marchaba apartado del bosque, era evidente la dificultad y el peligro de cubrir tanto bagaje y artilleria con tan poca gente, especialmente con tan inferior caballería; fuera de que, por el gran rodeo, era imposible llegar en una jornada á la Fera. Ventilaronse estas dificultades en consejos, y tomando la mano don Agustín Mesa, procuró esforzar la razon de ir por el bosque, y á los que replicaron que siguiendo aquel camino era ofrecerse á todos los peligros juntos, primero á los ya dichos, y despues al haber de ir por campaña rasa desde la salida del bosque hasta la Fera con toda la caballería enemiga á las espaldas, respondió que el peligro del bosque era dudosos y los rodeos ciertos, y que en las cosas difíciles son en las que tiene mucha mano el valor y la prudencia; que la mayor parte de aquellos inconvenientes se prevenia enviando el bagaje y artilleria con otros embarazos, en anocheciendo, con la infantería de naciones, y que siguiendo luego la española y napolitana, la buena orden y su natural valor allanarian las demás dificultades. Tuvo más votos este parecer; y así, se ejecutó de esta manera: en cerrando la noche de los 17 de Julio, echando adelante la arcabuceria de á caballo que reconociese el camino, tomó la vanguardia el coronel La-Barlota con su regimiento y la

mitad de la infantería alemana, parte de la cual, con instrumentos acomodados, iba procurando allanar los pasos. Seguía á la vanguardia todo el carroaje, tras él quinientos alemanes con el coronel Curcio, y luego consecutivamente toda la artillería, cuya retaguardia llevaba el propio conde Carlos, con el coronel don Juan de Pernesteyn y el maestre de campo don Alonso de Mendoza, enfermo. La caballería francesa, con buenas guías que se buscaron, dividida en dos alas, iba por caminos no platicados por dentro del bosque, cubriendo la infantería y carroaje lo mejor que podía. La retaguardia de todo tomó la infantería española y napolitana, en número de tres mil hombres escasos, es á saber, dos mil setecientos españoles y cosa de trescientos napolitanos, tan sin embarazos, que sólo quedó una haca para el duque de Humena, aunque mientras se tuvo al enemigo cerca tomó una pica, como los demás príncipes y señores, diciendo que quería en aquella ocasión ser soldado de don Agustín. Era dia claro cuando á un mismo tiempo salía la vanguardia del bosque y entraba la retaguardia por él, haciendo don Agustín aquel acto de valor más, retirándose á la vista del enemigo, quedándole á él todo el tiempo que pudo desear para acometer aquella parte del ejército sin abrigo de caballería alguna. Tuvo el francés aviso de que se desalojaba el campo español hacia la media noche, y no habiendo hecho prevención alguna para acometerle en el bosque, tomando toda la caballería que pudo, comenzó á marchar, con intento de acometer por lo menos la retaguardia en los llanos de la Fera. Entre tanto el conde Carlos, viendo lo que importaba poner en salvo aquella artillería y tanto embarazo como se llevaba, llegando con la luz del dia á la punta del bosque, comenzó á marchar en buen orden, y llegó á la Fera sin dejar un carro; y haciendo refrescar la gente un poco, la sacó en escuadron á cuarto de legua de la villa, para aguardar á los amigos y socorrerlos con darles algun calor si fuese menester. Podían ser las diez del dia cuando la retaguardia acabó de pasar el bosque, menos dichosa que la vanguardia y batalla, pues aquéllos, pasándole de noche, excusaron el ver los cuerpos muertos de sus amigos y parientes; pero ella, y en particular los españoles (de cuya nación eran los más que allí perecie-

ron el dia antes) sintieron de nuevo aquella perdida, y en aquel breve espacio que consentian algunos altos en el marchar y ocasionaban algunos ruines pasos del camino, enterraron los más que pudieron, y en particular, y no sin generales lágrimas, á los de los capitanes Alonso Martinez de Prado y don Pedro de Miranda, en cuyas heridas, dadas todas en el rostro y en los pechos, se echaba de ver el valor y constancia con que habian esperado la muerte. Acompañólos en ella don Fernando Gallo, camarada de don Pedro, é hijo del coronel Fernan Lopez Gallo, caballero natural de Burgos y soldado bien conocido en las primeras guerras de Flandes. Apenas, acabando de salir de la espesura, habian puesto la gente en escuadron Hernan Tello Puerto-carrero y don Pedro Ponce de Leon, sargentos mayores, cuando una gran polvoreda que se descubrió sobre la mano derecha acabó de declarar la venida del francés. Habia el principe de Bearne refrescado su caballería en el villaje de Lamberto, por ser el camino largo y desear tener su gente alentada; que, como plático, sabia bien que no habia de comprar la victoria tan barata como la pintaron sus lisonjeros, especialmente monsieur de Vitri, que, por soldar la quiebra de haber servido tantos años á la Liga, ofrecia poner él sólo con sus corazas en rota toda la infantería española, cuya salud consistió en esta detencion; porque si llegara la caballería antes que toda la retaguardia acabara de salir del bosque, era evidente el peligro, cuando no por las armas, á lo menos por la presteza con que podia hacer calar al bosque mucha parte de su infantería y coger á la nuestra en medio; pero, como las cosas de la guerra son punto y hora, no permitió Dios que el francés se supiese aprovechar de esta ocasion mejor que nosotros nos habíamos aprovechado de otras, errando por querer, con refrescar su gente, guiarlo demasiado acertadamente; pero el exceso hasta en las prevenciones es dañoso, teniendo toda las virtudes límites, que excedidos, dejan de serlo. Hizose el escuadron cuadro de gente, por consentirlo el terreno, capaz de poder ser acometido por todas partes, y dejáronse hasta doscientos mosqueteros sobresalientes; baluarte fortísimo contra caballería cuando tiene un buen escuadron de picas á las espaldas. Debiase de haber marchado una pequeña legua francesa

á paso lento y descansado, cuando extendiendo el francés sus tropas, que constaban de cuatro mil caballos, la flor de la nobleza de Francia, no menos de la que antes solia servir al bando colegado que de la realista, hizo alto cosa de un medio cuarto de hora, que en el escuadron (que tambien se detuvo el mismo espacio) se juzgó ser alguna consulta, y al cabo se vieron apartar unas tropas de otras y apercibirse todas para arremeter. Hizo alto el escuadron que comenzaba á marchar, y cogiendo la mosquetería un ribazo, dió tan buena carga á Vitri, que con sus doscientas corazas se atrevia á procurar cumplir su palabra, que con muerte de algunos soldados y caballos le obligó á volver las espaldas más que de paso. Dicen que le dijo el de Bearne, viéndole volver: «¿Qué es esto, Vitri, no decias que eran pocos todos estos españoles para tí sólo? ¿Cómo así te vuelves á los primeros arcabuzazos?» Esta fué la mayor arremetida que se hizo; que las demás todas fueron amenazas vanas y caracoles sin provecho. El escuadron marchaba trescientos pasos, y luego hacia alto como desafiando á sus contrarios, caladas las picas, hasta el duque de Humena, que, como dicho es, dejó tambien la haca desde que se descubrió el enemigo; el cual, costeando el escuadron y mirándole, sin osar jamás volver á ponerse á tiro de mosquete, le fué acompañando hasta que le pareció que se acercaba ya demasiado á la Fera, alabando la orden y resolucion española, y justisimamente en tan loable faccion, pues en campaña rasa pudo marchar infantería con tal orden, que mayor número de caballería no osase acometerla. Volvióse aquella noche á alojar á San Lamberto y otro dia al campo, á donde halló dos novedades, una alegre y otra triste. La primera fue que, habiendo dejado el conde Carlos emboscados aquella misma noche de su partida cosa de trescientos hombres de todas naciones con orden de entrar en la ciudad cuando menos se polia temer aquella resolucion, quedaron en poder de los franceses cosa de cincuenta de los demás, faltos todos de ánimo y de consejo, metiéndose por aquellos bosques: llegaron á la Fera la noche siguiente menos de treinta, dejando la resta muertos y desbalijados á manos de villanos; solos veinte y tres entre españoles y italianos entraron en Lan, que fueron los que tuvieron valor para vencer la pri-

mera dificultad, y desde allí dentro publicaron á voces haber entrado muchos más, para atemorizar al enemigo.

El otro suceso desgraciado fué la muerte de monsieur de Gibri, caballero de mucho valor y el brazo izquierdo del francés, dejando la honra del diestro para el mariscal de Biron. Tenia Gibri á su cargo las trincheras, y hecha merced del gobierno de aquella plaza en ganándose, si bien antes de verlo le acabó la vida un mosquetazo por la frente, con general sentimiento hasta de sus enemigos (tanto aficiona la virtud). Defendióse la ciudad otros catorce dias más, al cabo de los cuales, viendo la poca esperanza que le quedaba de socorro, se rindió con honradas condiciones, retirándose aquella milicia al campo católico, alabada mucho del enemigo de haber defendido valerosamente aquella plaza. La pérdida de la ciudad de Lan fué causa de que otras muchas se resolviesen en mudar partido: el ejemplo siempre fué tan poderoso en el vulgo, cuanto su condicion inclinada á novedades. Caminaba el duque de Aumale la vuelta de Amiens, cabeza de su gobierno de Picardía, en cuya ausencia monsieur de Sasaval, su teniente, había tenido grandes tratos con el duque de Longavila, gobernador de la misma provincia por el francés; que en las revueltas civiles poca cuenta suele tenerse con la fe ni con las obligaciones, que los más la miden á sus intereses particulares; y con la cantidad de ejemplos viene á perderse el miedo de la nota que suelen causar semejantes tratos. Habiéase dilatado la ejecucion destos hasta ver el suceso de aquel sitio y su socorro; tuvo el Duque alguna sospecha de la perfidia de su teniente, y por oponérsele á tiempo, llegado á la Fera, pasó á toda diligencia á Amiens, con deseo de desventar la mina. Salióle á recibir Sasaval, tan bien acompañado de amigos, que hubo de disimular el Duque y aguardar mejor ocasion. Sasaval, resuelto de no esperar otra, y animado por los ciudadanos, que armados y en gran número tenian ocupada la plaza principal y gritaban á grandes voces «viva el Rey,» avisó al Duque que si queria conservar la vida ó la libertad se partiese luego. Pensó el Duque remediar algo con su autoridad y con el amor que el pueblo le tenia; pero, viéndole sordo y sin freno, determinó ir á lo sano y procurarlo conservar, entregán-

dolo en manos de personas más fieles que Sasaval. No pudo salir tan aprisa, que no dejase en manos de aquella alborotada plebe toda su recámara y caballos; pensó retirarse á Abevila, ciudad noble y populosa, sobre el río Soma, algunas leguas más abajo, y en el camino supo cómo aquella misma noche habían aclamado al Rey. Determinó de irse á Perona, una de las villas que habían prestado pleito homenaje el año antes, y en su nombre monsieur de Esturmela, su gobernador, y topó por el camino algunos burgueses aficionados al bando de la Liga, que se retiraban con sus haciendas á la villa de Han; de quien supo la falta de fe del Gobernador, y cómo había capitulado con el duque de Longavila. Redujéreronse las esperanzas del Duque á la fe del de Han, á quien halló firme y con buena guarnición de alemanes y napolitanos dentro, que había enviado el dia antes el duque de Hurnea desde la Fera, harto mayor causa de su firmeza (considerando lo que después sucedió) que su propia virtud. Monsieur de Gomeron (así se llamaba el Gobernador) entregó todas las fuerzas de la villa en poder del Duque, salvo el castillo, plaza fuerte, aunque á lo antiguo, y famosa por la batería que le hizo Felipe II, de gloriosa memoria, poco antes de la victoria y presa de San Quintin.

El conde Carlos, después de restaurado un poco el ejército, sabida la rendición de Lan, dejando buena guarnición en la Fera y la mayor cantidad de bastimentos que pudo, por el camino de Guisa llegó á Landresi, desde donde, con licencia del Archiduque, pasó á Bruselas, y de allí, algunos meses después, á Praga, á instancia del emperador Rodolfo II, que deseaba servirse de su persona en la guerra contra el turco Amurátes, que andaba en aquella sazon muy encendida. El ejército, de que poco después se encargó don Agustín Mejía, le alojó monsieur de Rona á lo largo y á dos ó tres leguas de Cambray, para impedir las corredurías que la caballería de Balingh hacia en los países de Artois y Henao, y las salidas con gente de guerra que de ordinario emprendían en daño de las plazas vecinas; en una de las cuales, antes que llegase el ejército, se atrevió á tentar con petardos el castillo de Bucheyn, de donde era gobernador Pablo de Carandolet, señor de Moude, soldado viejo y de valor; y roto el

puente levadizo y la puerta, entraron hasta la plaza apellidando victoria; y disparando dos piezas en la muralla, que era la señal que había tomado con Baliñi para avisarle de que la villa era ganada; pero, reducido el Gobernador á la iglesia con cien soldados walones de la guarnición y algunos burgueses, y recibido el socorro de trescientos alemanes que había alojados en el burgo, de tal manera cargó sobre ellos, que, hallándolos con poco orden y menos valor, los rechazó de la villa, degollando y prendiendo más de trescientos. Baliñi, al ruido de las piezas corriendo por las calles de Cambray, como loco de alegría, no dudó de hacer cantar á los canónigos el *Te Deum laudamus*, mas temprano en la ocasión que en el tiempo, por ser ya cerca del dia; el cual, y los heridos y destrozados que iban llegando, le desengañaron tan presto, que no pudo hacer las demás alegrías que apagaba. Este atentado y otros que se podían temer de la inquietud y vivacidad de Baliñi obligaron al Archiduque á procurarlo remediar de veras; y más despues que se supo cómo, habiendo estado en Cambray el príncipe de Bearne con ochocientos caballos, había confirmado el título de príncipe de aquel estado á Baliñi, como ya antes lo había hecho con poderes suyos el mariscal duque de Retz, héchole mariscal de Francia y otras mercedes infinitas, aunque siempre inferiores á sus esperanzas, y mucho más á su ambición. Alojóse don Augustin en el burgaje de Hapre con su tercio y la mitad de la infantería de naciones. El tercio de don Alonso de Mendoza, gobernado por Hernan Tello (á quien se encomendó la defensa de aquel alojamiento), se alojó en Avena la Seca con la otra mitad de la infantería de naciones y el regimiento de La Barlota; todo con tan poca caballería, que apenas quedaba el señorío de la campaña en poder de la gente española; pero remedióse presto, como veremos, yendo monsieur de Rona á Bruselas á solicitarlo, y pagándose los motines de Pont y San Pol, como se hizo hácía el fin de Agosto, dejando en pié otro más pernicioso en Siquem, que dió que pensar por muchos días, y causó mil peligrosas consecuencias, con daño irreparable, y pasó así.

Había, como he dicho, dejado venir de Frisa el coronel Verdugo al tercio de don Gastón Espínola, haciendo de la necesidad virtud, y

dándoles por bien de paz la licencia que con tanta resolucion se tomaban ellos, sin olvidarse de escribir al Archiduque, al conde de Fuentes y á Estéban de Ibarra el mal intento que llevaban, y lo que se podia temer de su ruin disciplina y poca obediencia, como gente que habia dos años que no veia á su maestre de campo, y era gobernada por un sargento mayor, aunque buen soldado, más indulgente de lo que habia menester aquella soldadesca, que, sobre todas estas calidades, tenia al ojo el dinero que se aparejaba para pagar á los de su nacion del tercio de Capizuca, amotinados en Pont. Eran notorias estas cosas, y como tales se les procuraba remedio, buscando dineros á costa de gruesos intereses, para que á un mismo tiempo hubiese con que pagar á los alterados y entretenir á los obedientes; pero, como de ordinario se acude primero al remedio del dolor que aprieta más, dejando el contentar á estos italianos para cuando se juntasen con lo demás del ejército, que se apercibia en la campiña con voz de socorrer á Groninguen, para todo el cual se tenian designadas dos pagas, se empezó á tratar desto con muchas veras, y dejar aquello como cosa de menos importancia, dando poco cuidado todo lo que podian hacer menos de cuatrocientos hombres, de qué en aquella ocasión constaba el tercio de don Gaston; el cual, alojado en Arscot con menos comodidad de la que se tenia prometida en remuneracion de los trabajos padecidos en Frisa, tomó las armas contra sus oficiales á principios de Julio, y echándolos fuera no sin dificultad, se redujeron todos á la villa de Siquem, á donde habian ya hecho lo mismo los soldados de otras dos compañías del dicho tercio, alojados ya allí. Es Siquem no mayor ni más bien parada que Arscot, pero algo más fuerte y capaz de poderse fortificar mejor. Vióse luego que, no sólo habian confiado en sus fuerzas ni sido tan temerarios como al principio se imaginaba, pues en menos de quince dias se les juntaron de los regimientos de naciones alojados en Brabante al pie de mil infantes más, y cerca de ochocientos caballos de las compañías que (á cargo de don Ambrosio Landriano) se iban apercibiendo para el socorro de Groninguen. Fué cosa notable y no vista hasta entonces la desvergüenza con que se fueron á meter en el motin hasta alféreces y te-

nientes reformados, y la diligencia con que solicitaron á sus conocidos, personas de grandes pagas, á que hiciesen lo mismo, como lo hicieron, todo á fin de hacer la llaga más incurable y de entretenerte más tiempo en aquella vida licenciosa y disoluta, que es el principal motivo de semejantes alteraciones, como se ve en los muchos que se entran en ellas con cortísimos remates; pero, como el color con que los empiezan es el de sus alcances, siempre que no se atajare esta ocasión que toman no se podrá prevenir este daño, sin duda el mayor de cuantos pueden suceder á un ejército. Consiguió esta gente su intento de manera, que cuando al fin se vino á pagarlos de allí á catorce meses, importó más aquél pago solo, que los dos de Pont y San Pol juntos; porque, como entre aquella caballería estaban la mayor parte de las compañías favoridas del duque de Parma, y en ellas eran entretenidos casi todos de quince hasta treinta escudos al mes, y por lo menos plazas dobles, no se hablaba ya sino de millones para contentarlos. Pusieron luego todo el país en contribución; y después de hartos de recibir gentes de todas naciones, tal, que se afirma haberse hablado en aquella alteración once lenguas, cerraron las puertas, primero á instancia del conde Juan Jacobo Beljoyoso y después á la del príncipe de Avellino, no tanto por servir al Rey en algo, á quien tenían tan ofendido, como por no caber más gente en Siquem, y poderse sustentar apenas los mil y quinientos infantes y ochocientos caballos del motín con todos los despojos del ducado de Brabante; á cuyos pobladores en las aldeas y lugares llanos miserablemente saqueaban y oprimían; antes bien, no bastándoles ya para ello todo el país de Campiña y cuanto en figura de arco ciñe el río Mosa desde Namur á Bolduque, deseosos de no perder un rincón de tierra llamado el Walon Brabante, distrito de las villas de Joudoñe, Jemblours y Nivela y hasta Nuestra Señora de Hal, pasaron á ida y vuelta seiscientos caballos suyos por delante de las puertas de Bruselas, dejando asentado aquello por de su contribución, como todo lo demás. Sintió el Archiduque el primer atrevimiento, como era razon, y en su tanto más el segundo, de que se atreviesen á pasar tan cerca de su corte; y propuso en sí, con acuerdo de los de su consejo, el castigarlos en-

trambos con el rigor debido, instigado más á ello por la nueva que consecutivamente vino de la rendicion de Groninguen, con que, desesperados ya de lo de Frisa, comenzaron á poner la mira en lo de Cambray, deseando quitar aquella higa tan afrentosa y tan llena de peligro, y juntamente guarnecer las fronteras de Francia, en donde se esperaba una guerra muy rigurosa de rey á rey, y á este efecto, acabando de juntar el dinero para pagar los dos motines, partió hacia el fin de Julio con el de Pont, el príncipe de Avellino y con el de San Pol don Sancho de Leiva, y pocos dias despues el capitán Francisco Corradino con los estandartes de las compañías italianas y walonas, y don Carlos Coloma con las de españoles, que eran la suya, las de don Francisco de Padilla, don Octavio de Aragon y castellano Olivera, de lanzas, y la de arcabuceros que habia sido de Juan de Contreras Gamarra, y se dió al comendador Jerónimo Rutiner, volviendo Contreras de España poco despues con el oficio de comisario general de la caballería ligera; y para un hijo suyo de edad de quince años la compañía del castellano Olivera, á quien se hizo merced del gobierno de Alejandria. Diéronse tambien dos patentes para levantar en San Pol otras dos compañías de arcabuceros á caballo á los tenientes Pedro Gallego y Hernando de Zalazar. Pagada la gente, y puesta, como es costumbre, en libertad de irse á servir á las compañías que quisiesen, fueron menos de doscientos infantes los que volvieron á los tercios; todos los demás se pasaron á la caballería, en muy buenos caballos que acudieron de Alemania para aquel efecto. Sacó don Carlos en las siete compañías quinientos caballos efectivos muy lucidos, con los cuales pasó á Hapre, en el país de Cambresi, donde estaba don Agustín, que le alojó en Sosoy con las cuatro, y á don Francisco de Padilla en San Hubert con las tres, todas arrimadas al riachuelo Sele, que desagua en la Escalda entre Bucheyn y Valencianas. Sazonáronse entre tanto los trigos de aquellas espaciosísimas campañas, con cuya comodidad se comenzó á entretenir aquella soldadesca maravillosamente desta manera: salia tres veces en la semana don Agustín con dos mil infantes y toda la caballería, y poniéndose lo más cerca de Cambray que era posible en escuadron, iban á sus espaldas los forrajeadores

segundo y batiendo los granos; y cargando despues los carros y ba-  
gajes, se volvian al cuartel con qué comer, y áun qué vender á los  
villanos del país, que venian al buen barato. No era esto sin ordi-  
narias escaramuzas, particularmente entre la caballería, que la tenia  
Baliñi muy buena, aunque por entonces no pasaba de doscientos ca-  
ballos; si bien cuando le daba gusto enviaba por las guarniciones de  
Chatelet, Perona y San Quintin, distante la primera tres leguas y las  
demás seis y siete, y destas plazas le solian venir trescientos y cu-  
atrocientos caballos.

Comenzó á haber competencias entre la caballería española y la  
francesa, y deseando don Agustín Mesía acreditar su nacion en ciertas  
demandas y respuestas que tuvo con Baliñi, le envió á decir con un  
trompeta que para que se decidiese aquella causa de una vez deseaba  
que sus doscientos caballos se viesen con otros tantos españoles, y  
que cuando menos se catase los tendria á sus puertas, y no en mayor  
número, de que le daba palabra de caballero. Aceptó el envite Baliñi,  
y á lo que despues se supo, aguardaba la ocasion para cumplir pun-  
tualmente su palabra, ordenando á monsieur de Siny, su teniente y  
gobernador de su caballería, que la tuviese pronta y ejercitada para  
la hora que se mostrasen los españoles á sus puertas.

A los 14 de Setiembre ordenó don Agustín Mesía á don Carlos  
Coloma que escogiese de sus tropas doscientos caballos, y que po-  
niéndose en emboscada en el casar de Nava, procurase cortar todo el  
ganado que de mediodía abajo solian sacar los enemigos á pacer, y  
que en su defensa pelease con la caballería de Baliñi, y procurase  
mostrarle que no se habia engañado en el concepto que habia hecho  
de su persona y gente. Marchó don Carlos Coloma dos horas antes  
del dia, y poniéndose, en el lugar señalado con sus doscientos caballos  
escogidos en avisando la centinela desde la torre de Nava que habian  
salido por las puertas cinco ó seis manadas de carneros y gran can-  
tidad de vacas, puso la gente desta manera: dió la vanguardia á Pe-  
dro Gallego con los de su compañía y la mitad de los de Rutiner, que  
se hallaba ausente, que podian hacer número de cincuenta arcabuce-  
ros; seguian don Carlos Coloma y don Francisco de Padilla con se-

senta lanzas. Tras ellos iban los tenientes Francisco Navajas y Gabriel Rodriguez, y el alferez Juan de Chaves, que lo era de don Otavio de Aragon, con cosa de cuarenta corazas. De retaguardia marchaba el capitán Salazar con sus arcabuceros y la resta de Rutiner, que podian hacer otros cincuenta. Empeñóse Pedro Gallego de manera que cargó hasta la propia puerta que llaman de Nuestra Dama, en cuyas barreas murieron algunos enemigos, de arcabuzazos, y esparciendo sus soldados, empezó á ir retirando todo el ganado sin resistencia alguna; marchaban las demás tropas en escuadroncillos cerrados haciendo carraoles, y parándose de rato en rato, como desafiando al enemigo, sin hacer caso primero de la artillería del baluarte llamado Roberto, y despues de la del castillo, que continuamente tiraba á las tropas. Tocábase á este tiempo vivamente arma en la ciudad, y poco á poco se iba juntando la caballería francesa en la puerta del Santo Sepulcro, sin dejar el abrigo de sus murallas. Sucedió que aquella mañana habian salido de Perona las guarniciones de aquella villa y de San Quintín con deseo de hacer alguna suerte en el campo español, y oyendo los cañonazos apresuraron el paso, hasta que, rodeando por fuera de la ciudad, toparon á la caballería de Baliñi, y animados todos con tan buen socorro, haciendo de la gente cuatro tropas pequeñas y una grande, y marchando en ala, se mostraron sobre una colina junto al villaje de Nerny, con resolucion de calar sobre los españoles luego que conociesen que no habia emboscada en Nava, de donde habian salido; y haciéndolo, se dejaron caer á lo llano, resueltos en chocar.

En trasponiendo los nuestros la colina, envió don Carlos la presa con veinte caballos, para quedar sin aquél embarazo y no perder reputacion caso que los enemigos obligasen á dejarla, y marchando en la misma forma y con el mismo espacio que hasta allí. Viendo calar al enemigo, se resolvieron los capitanes en hacer alto, y embestirle en llegando á carrera de caballo, no obstante la diferencia grande del número. El ver los enemigos á los nuestros parados causó el efecto que se pudiera desear, porque, persuadidos á que era imposible se hiciese aquél acto de temeridad sin muy buenas espaldas, creyeron firmemente que en el casar de Esturmel, hacia donde los nuestros se

iban encaminando, había emboscada; y así, detuvieron un poco las riendas, deseando reconocerle. Conociendo don Carlos, don Francisco y los tenientes el pensamiento del enemigo, y valiéndose de su recato, despues de haber dado su carga Pedro Gallego, cerraron con sus lanzas embistiendo el gran escuadron; adelantóse de todos don Francisco de Padilla, y rompió su lanza, como buen caballero que es, y por este y otros muy señalados servicios hoy castellano de Milan; cerraron tras él los demás, con que abriendo el escuadron grande del enemigo, comenzó á tomar la carga, desbaratado y roto. Salazar, que traia la retaguardia, en lugar de embestir con las tropas menores, fué siguiendo la victoria tras nuestras lanzas y corazas como á cosa hecha; pero conoció presto su inadvertencia, viéndose ganar las espaldas por las dichas tropas. El oír arcabuzazos en la retaguardia fué causa de que don Carlos y don Francisco de Padilla dejasesen de seguir más el alcance, y volviesen á procurar no quedar encerrados; abrióse el enemigo y dejó pasar á nuestra gente, que al punto se juntó toda é hizo alto en un otero, y el enemigo, sin pasar adelante, en otro; el cual fué el primero en dejar el puesto, retirándose á la ciudad como roto, con su gobernador, que los conducía, muerto, y más de cuarenta de los más granados, y entre ellos monsieur de Tun, caballero principal del Cambresi; el cual, embestido por una lanza quedó pasado de parte á parte con ir armado á prueba de pistola, y lo que causó mayor maravilla fué, que el encuentro le cogió por las espaldas y le salió á los pechos: tal es la furia de un caballo, y la de una lanza si ceba. De los nuestros murieron tres, y el teniente Navajas salió tan mal herido, que murió algunos días despues. Quedó en prisión el teniente Francisco de Guevara, que lo era de don Francisco de Padilla; su caballo, por ser algo desbocado, le llevó hasta las puertas de la ciudad. Él contó despues el sentimiento que había causado la muerte del gobernador de la caballería de monsieur de Tun y de las demás personas de cuenta, y la que desde entonces comenzaron á hacer de la caballería española, en que presumen los franceses llevar la palma sin disputa. Retiróse á los cuarteles toda la presa, salvo los carneros, los cuales, á cierta señal que el pastor les hizo desde una

montañuela, acudieron todos como si tuvieran uso de razon. Contaba despues el teniente Guevara que cuando Baliñi supo que no habia emboscada se desesperaba, y llamaba cobardes á sus soldados, por haber dejado ir aquellos pocos caballos españoles victoriosos contra tantos; si bien protestó siempre que la caballeria de las garniciones se habia mezclado sin su sabiduría; procurando esforzar que si don Agustin Mesía habia cumplido su palabra, no se podia decir que hubiese roto él la suya. Hacia la fin de Setiembre llegó el capitan Coradin con ochocientos caballos italianaos y walones del motin de Pont, y alojáronse en la misma riberilla que va á Bucheyn, en los villaes de Hensi y San Piton, y poco despues llegaron al campo los esguízanos, y tomaron su alojamiento en Harlu y el Bac á Fresi, dejáronse persuadir con que aquella guerra no era contra el rey de Francia, sino contra el tirano de Cambray. Desta manera quedó sitiada Cambray á lo largo por toda la frente de los países de Henao y Artois, con un ejército de mil y quinientos caballos y cerca de ocho mil infantes, que todos comieron hasta fin de Noviembre á costa de Baliñi y de aquella pobre ciudad, cuyos ciudadanos veian cada dia á sus ojos quemar las granjas y talar los frutos, y en particular los trigos, que se afirmaba haberse sacado de aquellas campañas pasadas de trescientas mil hanegas; y porque no se aprovechase de lo que con igual fertilidad pensaba coger de aquella parte de su término que mira á Francia, tomó á su cargo la caballeria el quemárselo, sin dejarle cosa sana ni entera. Este fué el primer fruto que sacó Baliñi de su declaracion, y con todo eso fué el menos malo, respecto á los que cogió despues (como veremos presto) para los cuales fué bonísima disposicion el dejar tan escocidos á aquellos ciudadanos, y tan faltos de bastimentos.

Hallábanse á mediado de Noviembre en la ciudad de Ren, en Champaña, los duques de Humena y Guisa; y deseando el de Guisa (á lo que se sospechó, con parecer de su tio el de Humena) reconciliarse con el príncipe de Bearne y sacar las mayores ventajas que pudiese, se resolvíó en hacerlo antes de la absolucion del Papa, por hacer el servicio más acepto, persuadido á ello de su madre, que ha-

bia dias que trataba su reconciliacion. Obstábanle para ponerlo en ejecucion las inteligencias del mariscal de San Pol, que, á lo que se dijo, se habia ya anticipado á hacer los mismos oficios con el francés, como teniente que era suyo en el gobierno, y á cuya autoridad estaba absolutamente sujeta la guarnicion de la ciudad de Rens, no menos por su valor y liberalidad, que por haberla gobernado cerca de diez años sin superior y con general satisfaccion; y para quitarse este obstáculo, y poder hacer, sin peligro de sedicion, un presente al nuevo rey de aquella nobilissima ciudad (en cuya iglesia catedral se suelen ungir los reyes de Francia con el óleo bajado, á lo que dicen, del cielo, que se conserva allí milagrosamente sin diminucion en un vaso llamado la Santa Ampolla), determinó matarle, haciendo el negocio casual con la primera leve ocasion. Ofreciosele presto una, sobre querer el duque de Guisa asegurar la ciudad metiendo en ella algunas tropas de gente á su devucion, y rehusarlo San Pol, el cual, viiendo á la iglesia mayor, donde le dijeron que el Duque oia misa, á procurarlo remediar, viéndose atropellar de palabras en el claustro, cosa inusitada para él, que siempre habia sido tenido y tratado por el Duque como padre, acabó de conocer el intento cuando ya no tuvo lugar de remediarle; y por no morir afrentado volvió por su honra, diciendo que no era traidor, como el Duque decia, y que se quedase aquel nombre para los que le habian aconsejado le tratase así. Estaba ya el Duque con su espada en la mano, y antes que el Mariscal pudiese desenvainar la suya (diligencia que la guardaba para la postre, como quien trataba con su superior) le atravesó el Duque por los pechos; acudieron luego sus arqueros y acabáronle de matar, aunque con tanto peligro del Duque de Guisa, que un alabardero esguízaro de San Pol le dió un alabardazo por un costado, defendiendo á su amo; tal, que á no hallarle armado de coraza debajo de la casaca, le atravesara sin duda. Tal fin tuvo este caballero á manos de quien mayores obligaciones le tenia, y no poco de rehusar tal modo de encaminar su designio, pues no faltarán otros más decentes; pero la ambicion siempre pone los ojos (si es que los tiene) en el fin, sin excluir ningun género de medios á propósito para conseguirle; bastante desengaño para ha-

cer poco fundamento en los favores de los poderosos, que de ordinario los miden á su provecho más que á otra ninguna honesta consideracion. Mostró tan poco sentimiento deste caso el de Humena, que dió ocasion á que se sospechase lo que dije al principio; el cual, deteniéndose poco en Rens, pasó al ducado de Borgoña, gobierno peculiar suyo, que era sólo lo que le quedaba en pié en todo el reino; y metiéndose en el castillo de Dijon, plaza de las más fuertes dél, aguardaba la salida de las cosas, resuelto en vender aquello lo más caro que le fuese posible, y en ver en lo que paraban los nublados que comenzaban á levantarse hacia Lombardía, de donde se publicaba que había de bajar el condestable de Castilla con un gran ejército. Entre tanto, persuadido el pueblo de Rens por el de Guisa de que en la muerte de San Pol no había hecho más que castigar á un traidor que se le levantaba á mayores, desvaneciéndose fácilmente aquella afición popular (como sucede por la natural inconstancia del vulgo) sin dificultad fué inducido á mudar faccion, como lo hizo, dando entrada á Enrique en aquella ciudad, y él al Duque el gobierno de la Provenza, en recompensa de aquel que había de quedar al duque de Nevers. Este remate tuvieron las grandes esperanzas en que se vió este principie, codiciado de un monarca para yerno, ayudado de sus tesoros y ejércitos y la mayor parte de las villas y pueblos de Francia para conseguirlos; cuya fortuna se la descompuso su tio cuando más cerca estuvo de lograrla: no pequeño ejemplo de la inconstancia de las felicidades desta vida, y lo poco que puede en ellas ninguno de los medios más efficaces, y de cuán recatadamente se debeiar de los más seguros.

Estuvo el ejército al rededor de Cambray hasta la fin de Noviembre, que comenzó á padecer de vituallas; y lo restante del año arri-mado á Duay, invernando con tan poca comodidad, que se iba deshaciendo muy aprisa, en particular los esguízanos, que, como les faltaban las pagas, se pasaban á Francia en grandes tropas y amenazaban el volverse á sus casas. Llegó por este tiempo al campo Juan de Contreras Gamarra, que, como comisario general nombrado por el Rey, empezó á gobernar toda la caballería; en la cual no hubo otra mudanza

de consideracion sino el quitar Su Alteza la compañia al comendador Rutiner, por cierta desobediencia que tuvo contra el dicho Contreras, dándola al teniente Francisco de Guevara, que lo era de don Francisco de Padilla, y cortar la cabeza á Nicolo Piata, capitán reformado de caballería albanesa, porque iba haciendo gente secretamente para irse con ella en servicio de Francia. Poco antes de levantar el campo de los contornos de Cambray, se supo cómo se había amotinado la guarnicion de la Capela, que constaba de tres campañas de españoles y dos de walones. Fué la primera vez que estas dos naciones se acomodaron entre sí para una accion tan infame. Echaron al gobernador Simon Antúnez y á los demás capitanes y oficiales; y aunque el Archiduque, en sabiéndolo, envió á toda diligencia al teniente de maese de campo general, Gaspar Zapena, á procurarlos concertar, y á tratar con ellos que no recibiesen más gente, ya cuando llegó habian recibido al pie de trescientos caballos españoles, no sólo de los que habian quedado por amotinar en la alteracion de San Pol, pero algunos y no pocos, de los rematados en ella, que fué exceso vituperable. Llegado Zapena, ofrecieron cerrar la puerta á recibir más; y como cobraban sus contribuciones de Francia, se entretuvo su pagamento muchos meses; no estando entre tanto ociosa aquella caballería que corria hasta Rens, en Champaña y algunas veces hasta Paris; y aunque indignos de agradecimiento, no dejaban por su parte de hacer algun servicio. Volvióse en esto Zapena á Bruselas, hasta que se comenzó á tratar de su pagamento como y cuando veremos.

Al desalojar don Agustín del país de Cambray, le pareció sitiar el castillo de Huesi, para poder dejar en él alguna guarnicion con que tener un poco á raya la caballería de Balinii; y arrinándose á él con tres medios cañones, empezó á batirle al amanecer, y á mediodía se acometió la baja córte, que la dejaron los enemigos, retirándose á lo interior del castillo. Eran cincuenta hombres, y defendianse con conocida pertinacia, puesto que no puede llamarse valor el que excede los límites de la razon, aunque sea uno mismo el origen. Advirtióles don Agustín que si aguardaban á que batiese el castillo, los habia de ahorcar á todos; respondieron una desvergüenza, y volviendo los me-

dios cañones á un torreón se rindieron á boca de noche, á cosa de treinta cañonazos tirados. Enojado de esto don Agustín y de la pérdida del capitán Fadrique de Villaseca, natural de Perpiñan, que murió de un mosquetazo, rindiéndose los enemigos á merced, la que les hizo fué colgarlos á todos de la muralla, como se lo había ofrecido. En el castillo quedaron cincuenta infantes walones y parte de la compañía de caballos del duque de Pastrana, con su alférez Francisco de la Fuente, el cual pocos días después dió una buena mano con ella á la caballería de Baliñi junto al villaje de la Clusa. Esto es todo lo que sucedió este año, digno de memoria, en Francia y sus confines. Volvamos á los sucesos de los Países-Bajos, que ha rato ya que nos apartamos de ellos.

Iban concitando su castigo los amotinados de Siquem cada día con mayores insolencias y atrevimientos; los cuales, viendo pagados los demás motines, á Groningen rendido y al campo que se había juntado en Brabante desocupado, comenzaron á temer su ruina, movidos á creerlo con certidumbre por las cartas en que les escribían se les aparejaba algunos amigos que tenían en Bruselas; para cuyo remedio tomaron por tal otra maldad nueva (que nunca se hace una sola), y fué tratar con el conde Mauricio, pidiéndole salvo-conducto para, en caso que se viesen perseguidos por los españoles, poderse arrimar á Breda ó á otra tierra de las rebeldes, de que al principio les dió esperanzas seguras, y después se las cumplió por entero, como veremos; nuevo género de infamia no practicada jamás hasta entonces. El saberse esto en el consejo del Archiduque, acabó de hacer caer la balanza á los intentos que todavía estaban en duda de deshacer el motín; y deseando hacerlo sin sangre, acordaron el quitarles el paso á los bastimentos, ordenando á don Luis de Velasco, que acababa de volver de España, que con su tercio y el de don Antonio de Zúñiga, ausente todavía en la corte, en que podía haber mil y quinientos infantes, y lo demás, hasta número de tres mil, de los regimientos de walones y borgoñones, con alguna caballería de la que servía en el país y dos compañías del ejército de Francia, la de don Francisco de Padilla, de lanzas, y Hernando de Salazar, de arcabuceros, se arrimase cuanto pudiese á

Siquem, alojándose en Arscot, y que procurase dificultar los bastimentos á aquella gente con fuertes, reductos y todo lo demás que pareciese necesario para conseguir este efecto.

Esta fué la órden pública que don Luis llevó; pero la secreta le apretaba más, mandándole que en todo caso deshiciese y degollase aquellos desobedientes ó por lo menos los desalojase de Siquem echándolos de la otra parte de la ribera; y hecho aquello, procurase guardarla que no pudiesen pasar á inquietar la mayor y más noble parte de Brabante, quitándoles con esto la comodidad de sustentarse de contribuciones; dando por menor inconveniente que la desesperación les obligase á irse al enemigo por haber de gastar con ellos un millon de escudos, para que, pagados, se fuesen á un mismo tiempo, triunfando de los despojos de Flandes y de España; y más, no siendo creible que los Estados quisiesen servirse de gente tan insolente y de tan grandes sueldos, acostumbrando pagar á sus soldados con mantequilla y cerveza; y contra toda buena astrología, á dividirles los meses en cuarenta días; que, aunque era justo pagarles su sudor y trabajos como se había hecho con los demás, no lo era el disimularles el atrevimiento de haber puesto en contribucion todo el país hasta las puertas de Bruselas, de quien habian recibido harto más que importaban sus remates; con lo cual, entre otras razones, se justificaba su castigo; habiendo hecho tambien muchas demandas del todo injustas y nuevas, que habian enviado en ciertos capítulos remitidos al príncipe de Avellino, tres de los cuales eran, que á todos los que se hallasen entre los alterados no alcanzar cosa ninguna á Su Majestad, se les diese seis pagas en remuneracion de su insolencia. El segundo, que de todas las municiones y bastimentos que se hallasen en Siquem, despues de pagados (habiéndolos robado ellos del país del Rey), fuese Su Majestad obligado á darles el justo valor. El tercero, que se pagasen enteramente todos los oficiales y soldados que se hallasen fuera del motín, y otras cosas no menos exorbitantes; siéndolo estas tanto y de tan pernicioso ejemplo, que apenas se lee en ningun género de sedicion proposiciones llenas de tan bárbara insolencia, no habiendo gente tan enemiga de la razon, que no procure, aunque falsamente, dar algun honesto motivo á lo que propone.

Apens se habia alojado don Luis de Velasco en Arscot, cuando ya tuvieron aviso los amotinados de su intento, y comenzaron á gran prisa á fortificarse; y avisados en particular de que don Luis traia orden de ocupar los pasos del río, empezaron ellos á fortificar uno debajo de su artillería y á levantar un fuerte de tierra y fagina; fuéseles arrimando siempre más don Luis y quitándoles la comodidad de salir como se le habia ordenado, si bien era imposible encerrarlos en la villa hasta quitarles el fuerte, en que ordinariamente de dia y de noche trabajaban seiscientos hombres y más, contados trescientos villaños del país, á quien hacian servir de gastadores. Y para mayor seguridad del fuerte grande, fabricaron otro reducto distante menos de cien pasos, y en guardia de los dos tenian seiscientos infantes y cuatrocientos caballos. Deseó don Luis acometer el gran fuerte y antes de llegar á las manos, con gente amiga (aunque por entonces alterada y ciega de pasion) les envió á amonestar que se retirasen á la villa; que la intencion del Archiduque no era destruirllos ni negarles su justo sudor, sino recogerlos donde pudiesen aguardar su pagamento sin la total destruccion del país y de la suma de las cosas. Respondieron con grande arrogancia que no estaban en desamparar los puestos ni en hacer cosa que se les pidiese con las armas en la mano, y que por su propia defensa no dudarian de emplearlas hasta la muerte, como otras muchas veces las habian empleado en servicio de quien en aquella ocasion los pagaba en tan ruin moneda y con tanta ingratitud. Con esta respuesta, desconfiado don Luis de alcanzar cosa de ellos por aquel camino, determinando batir al otro dia el fuerte grande, quiso desembarazarse del pequeño, y mandando arremeter, se comenzó á menear las manos con gran diferencia; porque los nuestros, fueran de que al principio se afirma que descargaron los arcabuces la mayor parte sin balas, iban todos descubiertos donde los amotinados tiraban de mampuesto y en lugar seguro. Conoció don Luis el daño á tiempo que venia cerrando con nuestra vanguardia un escuadron de quinientos infantes de todas naciones y la mayor parte de su caballeria. Llevaba la vanguardia de la infantería española el capitán don Pedro Puertocarrero; y conociendo igual peligro en retirarse que

en arremeter, escogió el partido más honrado, aunque no el más seguro para él, porque á pocos pasos cayó muerto de un mosquetazo por la cabeza. Fué la carga de los amotinados tan terrible, que en menos de media hora murieron de los nuestros más de doscientos, la mayor parte españoles y gente particular, muchos de ellos casi sin poder tener las armas en las manos, de puro frío, por ser á 13 de Diciembre y hacer un tiempo cruelísimo de hielos. Retirándose los alterados á sus puestos con pérdida de cincuenta hombres, y viendo de allí á dos días que los españoles se les acercaban con trincheras, desampararon á los 16 del mes sus puestos, retirándose á la villa con tanto desorden, que, cargándolos don Luis con resolución, degolló buen golpe de ellos, y á los que se prendieron hizo ahorcar de aquellos árboles. Mandó desmantelar el fuerte, y mejorando la artillería y pertrechos necesarios para batir la villa, comenzaron los de dentro á conocer el peligro en que estaba y á desear salir del. Había vuelto de Breda, donde se hallaba el conde Mauricio, el gobernador de la caballería amotinada, Juan Bautista Roza, persona, antes desto, de opinión, y que había sido teniente de una compañía de caballos; trayendo grata respuesta, acordaron aquella noche de retirarse á país enemigo, aunque para ellos seguro, y al fin lo hicieron venturosamente, salvándose todos por beneficio del hielo, que les facilitó el paso por aquellos lugares pantanosos, y sin aquel remedio inaccesibles. Estuvieron algún tiempo en Langestrat, sustentados de ciertas contribuciones bien cortas, que Mauricio les disimuló que pudiesen tomar en la campiña, y entrando á comprar bastimentos en Breda y Bergas y otras partes, con la libertad que les había granjeado su poca fe ó (á opinión de otros) su desesperación: la cual (sin embargo de haberse publicado lo contrario) nunca llegó á ofrecer su servicio á los estados ni aún el conde Mauricio se atrevió á proponérselo á la descubierta; por ventura movido de las razones que apuntamos arriba, ó de otras que aún se ignoran. En retirándose, como se ha dicho, á Langestrat, pasó á Tornaute don Luis de Velasco con todo el campo, para estorbar las corredurías en el país, á donde estuvo hasta que, concertados por medio del conde Juan Jacobo Beljoyoso, que con permision de

Mauricio fué y vino muchas veces del Archiduque á los amotinados, y de ellos al Archiduque, se les concedió al principio del año siguiente la villa de Tilimon, donde pudiesen estar seguros y recogidos; allanándose ellos primero y cediendo á las demandas desproporcionadas que antes temerariamente propusieron, y señalándoles contribuciones bastante, aunque limitadas, de todo el país para su sustento, con promesa de pagarles enteramente sus alcances, para cuya seguridad, á más de la palabra del Archiduque, pidieron solamente el tener en rehenes alguna persona de calidad y puesto en la guerra de la nación española; y fuéles concedido don Francisco de Padilla, á quien tuvieron más de un año en tanto reconocimiento, que nadie podía hablar con él sin licencia del electo y consejo, y gran necesidad. Y para salir á misa los días de fiesta le hacían acompañar con ocho arcabuceros, cuyo cabo, con ir siempre á su lado, ni le hablaba ni consentía que le hablase nadie. Esta forma de gobierno, fundada toda en hacerse temer con rigor inviolable (si bien, como violenta, no puede durar mucho), por poco tiempo es eficacísima, y tal, que la obediencia y buena orden en ningún género de milicia se ve mas rigidamente observada.

Padecía gran falta de vituallas por Diciembre el ejército de Francia, alojado al rededor de Duay; y deseando el Archiduque y su consejo entretenérle á costa del enemigo, venido á Bruselas don Agustín Mesía, se encargó de él el marqués de Barambon, gobernador de Artois, con orden de meterle en Francia y de sustentárselle la sustancia del enemigo; honrado expediente y provechoso, aunque ocasionó el deshacerse la mayor parte de aquel ejército, á causa del continuo trabajo y excesivo frío, que le hizo aquel invierno cruelísimo. Aquí rehusaron del todo la entrada de Francia de los esguízanos, y para que no pudiesen tener excusa, los enviaron á Brabante, con intento de enviar en su lugar á la frontera la infantería alemana, y ellos sirvieron todo el año siguiente con Mondragon, y á fin de Noviembre fueron pagados y despedidos. Es esta nación de mucho más gasto que provecho, porque no va á los asaltos ni á las escoltas; no abre trincheras, ni toma la zapa ni la pala para más que fortificar su alojamien-

to, que ha de estar siempre unido y pronto á dar la batalla; como si esta accion no fuese la menos usada que hoy hay en nuestra manera de guerrear. Finalmente, ellos no son buenos sino para ostentar un ejército grandioso y para volverse á sus casas cargados de dinero, dejando sin él á quien los tomó al sueldo; y en nuestra milicia dañarán siempre de muchas maneras, tanto por lo que acabo de decir como por el inconveniente de dejar la Alemania, con quien nos conformamos más los españoles, cuya amistad, conservada por largos años, no podrá dejar de padecer disminucion si ve que la dejamos por otra no más barata ni más abundante ni más pronta, y sobre todo, ni más valerosa.

Hacia la fin del año, por aviso que se tuvo de que el duque de Bullon había entrado en el país de Luxembourg con grandes tropas, partió el comisario general de caballería con ochocientos caballos la vuelta de allá, y al pasar el Mosa por Charlemont se halló tan helado, que pasó sobre el hielo toda la caballería y bagaje sin dificultad alguna. Es el río de trescientos pasos de ancho y muy hondable; maravilla que la cuento porque la vi. Tuvo aviso Bullon de este socorro, y volvió á Sedan, plaza suya, sin haber hecho más que saquear algunos villajes y aldeas de poca consideracion. A la vuelta del mismo río, que le pasó tanta gente y bagaje en menos de media hora, por estar ya deshelado hubo menester la caballería gastar cuatro días en pasarse en barcas. Este año empezaron los holandeses su espantosa navegacion por el norte al Catay ó China, y la continuaron, aunque en vano, los dos siguientes de 95 y 96, con admirables trabajos y ejemplo de lo que puede la codicia y deseo de riquezas, buscadas con tan notorio peligro de la misma vida, para cuyo servicio se deseán.

## LIBRO VIII.

Año de 1595.

Edicto del principe de Bearne, en que declara la guerra contra España.— Edicto del archiduque Ernesto en respuesta del de Francia.— Apodérase de Huy el holandés y saquéala.— Gánala el ejército católico.— Muerte del Archiduque Ernesto.— Queda gobernando los Países el conde de Fuentes.— Entra en Francia el marqués de Barambon con el ejército.— Toma á Ausichateo, á Ancra, y retirase al país de Artois.— Encárgase del ejército monsieur de Rona y toma los castillos de Beaurevoir y Bohayn, y pónese á los contornos de Cambray.— Nuevo ejército encendido á Verdugo, y sus progresos en Luxemburg.— Sucesos de Han.— Gana el conde á Chatelet, á Clery y á Dortan por asalto.— Cuéntase una batalla que allí tuvo.— Discurso del sitio y toma de Cambray.— Progresos de Mondragon en Frisia.— Pérdida y restauración de Liera.

Este gran bajel de la monarquía española en las regiones septentrionales, tras tan largos años de borrasca, comenzó al principio del año en que vamos amenazando naufragio, y le acabó, como veremos, con una dichosa bonanza. La suerte y la felicidad tienen límites determinados; nada persevera en un estado; todo lo trueca y altera el tiempo, y alternando el bien y el mal entre los mortales, consuela á los infelices la esperanza y hace recatados á los dichosos el miedo. Las amenazas de la tormenta procedieron de un edicto del principe de Bearne, declarando la guerra contra España, no ya defensiva, como hasta entonces, por cobrar su reino, sino ofensiva para vengarse, inquietando los ajenos con tan buenas espaldas, que podía muy bien dejarse persuadir de sus esperanzas; pero rematáronse por entonces,

como veremos y como suelen por la mayor parte. Hallábase Enrique en París á la entrada del año, y lisonjeado de su propia grandeza, no menos que de sus privados, en que, como es de costumbre, se comenzaron á señalar más los que hasta allí le habían servido menos, deseando dar á entender al mundo que no tenía menos valor ni menores fuerzas para inquietar al Rey en sus estados que él había tenido para dificultarle el dominio de los suyos, publicó este edicto á los 17 de Enero: en él declaraba la guerra contra España, dando, entre otros motivos, por uno de los mayores la que aquel verano se había hecho á su confederado el príncipe de Cambray. Parecióle al archiduque Ernesto responder con otro en que, después de haber contado largamente los beneficios hechos por el Rey su señor á la corona de Francia en sus guerras civiles, y la constancia y fidelidad con que había guardado la paz con los últimos reyes franceses; tanto, que pudo parecer bajeza de ánimo á quien no supiera los castigos que se les dieron á los transgresores en las Terceras, en Flandes y en otras partes, concluía protestando que el intento de Su Majestad no era romper la paz capitulada y jurada con los reyes legítimos de Francia, sino ayudar á sustentar, en prosecución de ella, la fe católica, defendiéndola de las armas y máquinas heréticas; y en particular de la invasión del príncipe de Bearne, que se llamaba rey de Francia, contra quien no había necesidad de publicar nueva guerra, habiendo tantos años que lo estaba. Mas que cuando bien tras la absolución de Su Santidad llegase á tener el cetro francés en la mano, no podía dejar Su Majestad de defenderse y ofender con el valor y reputación que lo habían hecho él y sus antecesores.

Estaban entre tanto los ejércitos de ambos partidos menos poderosos de lo que fuera menester para acompañar las amenazas con las armas; y así, el de Bearne, deseando interesar de veras á sus amigos, y en particular á los rebeldes de Holanda, en quien confiaba más, resuelto en enviar al duque de Bullon con cuatro mil hombres al país de Luxembourg para hacer allí la guerra y divertir las fuerzas católicas, alcanzó finalmente de ellos, por medio del señor de Busenval, su embajador, que ofreciesen también gente suya, como lo hicieron,

hacia la fin del año pasado, enviando al conde Felipe de Nassao por caballo de tres mil infantes, y al caballero Francisco Veer, que lo era de cinco estandartes de caballos. Iba esta negociacion más bien fundada de lo que se creyó al principio, persuadiéndose los unos y los otros á que era posible darse la mano y mancomunar sus fuerzas de manera, que pudiesen cortar el paso á los socorros que por via de Italia y Borgoña quisiesen entrar en los Países-Bajos; mas engañáronse, como veremos presto, dándonos bastante ejemplo de que el que se resolviere á emprender una diversion de tanta importancia, como lo fuera aquella, ha menester mayores apoyos, inteligencia y fuerzas, que las que supieron y pudieron juntar los herejes de aquella vez. Los cuales casi á este mismo tiempo tuvieron en la campiña un mal encuentro con la caballería católica, gobernada por el capitán Francisco de Almansa, que en Brabante hacia oficio de comisario general; el cual, encontrando junto á la abadía de los Apóstoles las guarniciones de Breda, Bergas y Husden, las apeó casi todas, matando y prendiendo más de doscientos enemigos.

Los estados rebeldes, vistas ya las armas francesas y las suyas en el ducado de Luxemburgo, con el mismo pensamiento y deseo que los demás, trataron de procurar un puesto sobre el Mosa, para poder dar y recibir socorros con comodidad y sin peligro; y á este efecto pusieron la mira en la villa y castillo de Huy, acometiéndola á 7 de Febrero por estratagema y á la improvista. Es Huy, aunque no muy grande, una de las villas más principales del obispado de Lieja, de donde dista cinco leguas y otras tantas de Namur; está situada sobre la ribera del Mosa, en la parte donde desagua en ella el riachuelo Huy, de quien toma el nombre, que baja del país de Condroy; dividela el río por medio, y comunicanse ambas partes con un puente harto hermoso, de piedra. En la parte diestra del río, sobre una montaña bien alta, hay un castillo fuerte de sitio y ayudado con el arte, aunque á lo antiguo, de obra no despreciable, casa de recreacion de los obispos de Lieja, señores espirituales y temporales de aquel nobilísimo obispado; poseido en esta ocasión por Ernesto de Baviera, elector de Colonia. Partió de Breda Carlos de Harrouquieres; gobernador de aque-

lla villa, el dia de los 6 de Febrero, con mil y quinientos infantes y seiscientos caballos; y emboscándose no lejos de la villa de Huy, en el villaje de Diepenbecque, envió solamente treinta de los mejores soldados, que por ser tierra neutral fueron dejados entrar sin dificultad; y teniendo inteligencia con un burgués, cuya casa estaba en la falda del monte, por donde se podía subir al castillo, en siendo de noche, tomando por guia, comenzaron á subir por la cuesta arriba hasta que llegaron, no sin gran dificultad y peligro, á las murallas del castillo, sabiendo bien que dentro de él se hallaba muy flaco presidio, por tener amistad con todos; y animados de esto y de ser la hora ocasionada para dormir, áun entre gente más sóbria y en tiempo de más modestia que de ordinario suelen ser los dias de Carnestolendas, con ayuda de algunas escalas que llevaban subieron á la primera muralla sin ser sentidos, y escondiéndose todos dentro de un torreon, aguardaron cautamente á que con el dia se abriesen las puertas del palacio episcopal, que sirve de retirada, pareciéndoles que mientras quedase aquello en pié, recogido allí el presidio, por poco que fuese, podía malograrse su trabajo y esperanzas. Sucedíóles bien; porque, abiertas las puertas y calado el puente, cargaron tan de improviso sobre los descuidados católicos, que sin resistencia alguna se apoderaron de veinte y dos liejeses que había alojados en el palacio episcopal, y finalmente de todo el castillo. Hecho tras esto el contraseño que tenían concertado con el gobernador de Breda, y visto per él, acudió con toda su gente á las puertas de la villa, cuyos habitantes, atemorizados ya con el caso tan desastrado del castillo, faltos de consejo y de ánimo, persuadiéndose á que eran en gran número los que se habían apoderado de él, dieron entrada á los herejes con sólo la palabra de evitar el saco, puesto que lo cumplieron tan bien como veremos.

Hallóle esta nueva al archiduque Ernesto con el principio de la dolencia que le acabó; causóle muy gran sentimiento, y juntado consejo sobre el caso, fueron de parecer el conde de Fuentes y los demás que mientras se formaba ejército con que remediar lo sucedido (para que se ordenó luego que se apercibiesen los preparamentos ne-

cesarios) se encaminase la vuelta de allá el mayor golpe de caballería que fuese posible, y se alojase en parte donde pudiese quitar el comercio entre los que quedasen de guarnicion en Huy, con las demás villas del partido rebelde. Encomendáronse estas tropas á don Juan de Córdoba, el cual, con su compañía, las de don Sancho de Luna, don Ambrosio Landriano, don Diego Pimentel, Alonso de Mondragon, don Francisco de Padilla, don Octavio de Aragon (que se había dado al duque de Pastrana, y estaba muy grande y muy lucida), las de la guardia de Su Alteza y las de corazas y arcabuceros de Grobendonck y Hernando de Salazar, que todas juntas pasaban de mil caballos, se alojó á dos y á tres leguas de Huy, en los villajes de Hulen, Grotesin, Borchuvorn y Zeefen, en la ribera del río Ieckel, el cual, pasando por la villa de Tongre, desemboca en el Mosa junto á Mastrique. Fué dicha el juntarse esta caballería tan presto, que lo estuvo antes que saliese de Huy la caballería enemiga. La cual y la infantería, en entrando en aquel pobre lugar, se alojaron á discrecion, y sin hacer caso de la fe y promesa dada á los burgomaestres, saquearon, no sólo las casas particulares, sino las iglesias y los monasterios de ambos sexos. Faltábanles ya el forraje á los caballos, y quedándose el gobernador de Breda con cosa de ciento de guarnicion y toda su infantería, trató de enviar toda la demás á sus presidios á tiempo que, por estar tomados los pasos con la caballería católica, no lo pudo hacer á su salvo. Tuvo aviso don Juan de Córdoba de que el enemigo se retiraba, y sacando su gente á la plaza de armas, supo que había pasado ya el Ieckel y que se encaminaba la vuelta de Tongre. Don Sancho de Luna, que con su compañía, la de don Francisco de Padilla y la de arcabuceros de Hernando de Salazar, venía marchando á la plaza de armas, dió de manos á boca con el enemigo, y cerrando con él, comenzó á romperle, con muerte y prisión de muchos; la resistencia fué poca, poniendo los enemigos sus esperanzas y las de la salvacion de la presa en la huida; y así, estas compañías y la de Grobendonck, como más prácticos en el país, fueron las que quedaron con más prisioneros y con más presa, que no fué de poca consideracion, por ir cargados los holandeses de todo cuanto hallaron de precio y de valor en Huy y

lo que en aquellos pocos dias habian robado de allá del Mosa, saqueando, entre otras cosas, la conducta de sedas y telas de oro que suele venir de Italia á Amberes, y el valor de ésta pasaba de sesenta mil ducados. Murieron de ellos al pié de ochenta, y quedaron en prision ciento y setenta; de los demás llegaron á Breda, menos de treinta con el que los gobernaba, que, como forzosamente habian de pasar por el país de Lieja, con quien habian rompido la guerra por causa de la presa de Huy, casi todos murieron á manos de viltanos.

En sabiendo el Archiduque la presa de Huy, envió á Juan Bautista de Tássis y al señor de Basiñi al Elector á condolerse de aquel suceso, y ofrecerse al castigo de aquella insolencia con todas sus fuerzas. Habiase quejado el Elector á los Estados por medio del señor de Warú, no sin esperanza de alcanzar satisfaccion de aquel daño, pero acabóle de desengañar su respuesta, en que, no sólo aprobaron lo hecho, pero tuvieron atrevimiento de equipararlo al tener los españoles ocupada la villa de Rimbergue, que es tambien del Elector; no considerando que la habian ganado á viva fuerza dellos mismos, que la tenian tiranizada, y no en son de amistad, y con tan conocido fraude como ellos á Huy. Y así, agradeciendo como era razon el ofrecimiento de Su Alteza, respondió haciéndole el de buen golpe de gente y de las municiones y bastimentos necesarios para el ejército; el cual se comenzó á juntar á órden de monsieur de la Mota, saliendo de Namur el tercio de don Antonio con su persona, que acababa de llegar de España, y de Nivela el de don Luis, á donde estaba invernando, y haciendo venir de diferentes partes los regimientos de wabones y alemanes que se pudieron juntar. Mientras se hacia la masa deste campo en el país de Namur enfermó gravemente el Archiduque, y á los 11 de Febrero comenzaron los médicos á desconfiar de remedios humanos, si bien volvió en sí de un paroxismo que le duró dos horas. Habia cuatro meses que le afigia una calentura lenta, especie de tísica, y á la postre se le declaró continua y pestilente, y conociendo él su peligro, despues de haber acudido á las cosas de su alma, como príncipe cristianísimo y lleno de bondad, llamó al duque de Feria (que con licencia del Rey habia dejado del todo las cosas de

Francia), al conde de Fuentes, don Diego y Estéban de Ibarra, algunos de los demás ministros de Estado del país, y después de haberles encargado las cosas tocantes al servicio del Rey, declaró que la voluntad de Su Majestad era que después de su muerte gobernase los estados y ejércitos católicos el conde de Fuentes hasta otra orden. Notáronse algunas palabras de que se puede inferir su singular piedad y el cuidado que había traído con su alma; y en particular certificó su confesor, á lo que dijo, con licencia suya, para más honra y gloria de Dios y buen ejemplo de príncipes cristianos, que hasta aquel punto había con su favor y gracia conservado castidad, y que siempre había confiado conservarla hasta que fuese necesario casarse. Acabó á los 20 del mes, á cosa de dos horas después de media noche, dejando deseo de sí á todos los buenos, y en particular á los que deseaban la paz. No lo sintieron tanto los soldados, y más los deseosos de honra, que fundan todas sus esperanzas en tener á su general por testigo de sus acciones, y Ernesto daba pocas muestras de desear ni aún de poder salir en campaña. Había llegado á una gordura demasiado impedida para sufrir los trabajos y descomodidades de la guerra. Lo cierto es, que todas las resoluciones que en su tiempo se tomaron tocantes á esta materia fueron ordenadas por los ministros que le asistían, aunque calificadas con su autoridad. El hacer lo mismo en lo político mostró bien que no bastaba haber gobernado la Estiria con satisfacción, para emprender sin grande ayuda el gobierno de unas provincias tan desencuadernadas y combatidas de tantos enemigos. El las llenó al principio de esperanzas tan grandes, que nunca pudo llegar á verlas cumplidas; siendo sus virtudes más morales que políticas y militares, que sin duda eran las más necesarias entonces. Murió de edad de algunos meses menos de cuarenta y dos años, y fué depositado su cuerpo en la iglesia parroquial de Santiago de Cobergas, contigua al palacio de Bruselas, hasta que dispusiesen de su entierro y testamento el Emperador, su hermano, y los demás á quien dejó por albaceas. Sintieron mucho algunos del país el nombramiento del conde de Fuentes que hizo el Archiduque, y en particular el duque de Arscot; el cual, movido de ambición, á lo que algunos maliciosos di-

jeron, no le quedó piedra por mover para que el consejo de Estado le reprobase y se consultase al Rey; pero al fin, pudiendo menos sus diligencias que la razon, se salió de Bruselas mal contento, y poco despues de los Estados, y no paró hasta Venecia, á donde murió de allí algunos meses.

En viéndose el conde de Fuentes con el gobierno universal de los Estados, comenzó á ordenar las cosas con su natural resolucion, tomando antes consejo de las personas de más experiencia y bondad; aunque al principio dió muestras de desear hacer él por su persona la empresa de Huy, mudó de parecer por estar ya encargada á monsieur de la Mota, y por atender entre tanto á otras cosas no de menos importancia, la más principal de las cuales era buscar dineros con que ejecutar las empresas que temía imaginadas; y sucedióle bien, porque lo mucho que el Archiduque había exagerado con sus cartas en España la indignidad de tener tan cerca de su persona tan gran número de soldados amotinados, causó el acabar de llegar en aquella sazon letras de un millon y cuatrocientos mil escudos, con que, disiriéndose muchos meses el pagamento de los alterados, hubo con que acudir á otras cosas que pedian particular asistencia. Una dellas era el ejército de Francia, que muy menoscabado y pobre estaba en la frontera del país de Artois, á quien enviándose una paga, se mandó al marqués de Barambon que le metiese en Francia y procurase entretenerle á costa del enemigo, como lo hizo con los sucesos que contaremos en desembarazándonos de la recuperacion de Huy, que pasó así.

Salió monsieur de la Mota de los contornos de Florú, en el país de Namur, á los 5 de Marzo, con los dos tercios de españoles de don Antonio y don Luis, dos regimientos de alemanes, tres de walones y buen golpe de artillería, y llegando á los 7 á vista de Huy, ocupó los burgos, con muerte de algunos enemigos que se atrevieron á defenderlos. Batióse el otro dia la villa, y hácia la tarde, mientras el coro nel La Barlota acometía con escalas á querer entrar por la parte de Lieja, cerró la infantería española por la bateria, siguiendo á sus maestres de campo, y con menor resistencia de la que se temía en-

traron dentro, con muerte de los que se tardaron más en recogerse al castillo, cuya retirada les ayudó á ser cobardes. Entraron tambien los walones con sus escalas, y unos y otros se alojaron en la villa, sin usar acto alguno de hostilidad. Este dia llegó monsieur de Grosbeque, criado del Elector, con dos mil liejeses y algunos caballos, á los cuales mandó la Mota que ocupasen un puesto á las espaldas del castillo para comenzarle á apretar desde luego. Habianse recogido en él cosa de setecientos holandeses con municiones y bastimentos para muchos dias; que los demás, parte se habian partido á sus casas cargados de presa, y parte habian sido muertos en el asalto de la villa, y con el aviso que les llegó de Mauricio el dia antes del sitio en que les ofrecia socorrerlos, estaban resueltos en defenderse hasta morir. Era grande la dificultad que ofrecía la subida del monte; pero todo lo facilitó el valor de los soldados y diligencia de sus cabezas, con que al fin se pudieron plantar diez y seis cañones en parte que, por ir la batería algo de abajo para arriba, hacia maravilloso efecto. Preparábanse ya los españoles para el asalto el dia de los 20 del dicho, domingo de Ramos, cuando se resolvió Harrouguieres en parlamentar, y salió á los 21, sacando él solamente un caballo y sus soldados, armas y banderas. Retiróse á los 23 la gente católica, dejando en el castillo, con ciento cincuenta soldados españoles, al capitán Juan de Sornoza, del tercio de don Antonio, hasta que, reparadas las baterías, pudiese volver con seguridad la guarnicion del Elector, como lo hizo de allí á dos meses.

Llegó por estos dias de España don Rodrigo de Silva, duque de Pastrana, príncipe de Melito, general de la caballería ligera, despues de haber estado en Pavía casi seis meses curándose de una larga enfermedad, de que no venia bien sano, y al fin acabó al principio del año siguiente, cómo y cuándo veremos. Comenzó con todo eso á ejercer su oficio con gran puntualidad, dejando emulaciones aparte, y resolviéndose en servir debajo de la mano del conde de Fuentes, como era justo y como lo necesitaba el estado de las cosas. Trajo consigo á Ruy Gomez de Silva, marqués de Argecilla, su hijo mayor, de edad de doce años, para emplearle desde luego en servicio del Rey y criále en tan buena escuela.

Al principio de Febrero sacó el marqués de Barambon el ejército de los contornos de Arras, y por la vía de Pas, en Artois, le metió en Francia. Constaba de dos tercios de españoles, de don Augustin Mesia y don Alonso de Mendoza, gobernados entonces por los sargentos mayores don Pedro Ponce de Leon y Hernan Tello Puertocarrero; los regimientos de alemanes de Curcio y el conde Via, y los de walones de Barbanson, Balanson y conde de Bossu; gente vieja toda, aunque en número poca, que no pasaba de seis mil infantes. La caballería llegaba á mil doscientos caballos, gobernada por el comisario general, debajo de las compañías siguientes: de lanzas españolas, las de don Carlos Coloma, don Juan de Gamarra, hijo del dicho comisario general, que, aunque de poca edad, comenzaba ya á servirla; la de Alonso de Mondragon, y las de arcabuceros de Pedro Gallego y Francisco de Guevara. De italianos: lanzas<sup>†</sup> la de Carlos María Visconde, Rugero Gaetano, conde Galvan de Longuisola, Francisco Coradino, condes Juan Jacobo y Francisco Beljoyoso, y marqués Alejandro Malespina, y las de arcabuceros de Ruger Tacon y Tarquino Capizuca. Albaneses, la de Jorge Crescia y Andrea Alambrese; monsieur de Achicurt, de lanzas del país; y dos compañías de corazas francesas, que servian á sueldo del Rey, del vizconde de Touche y monsieur de Ambri. Lo primero que hizo el Marqués fué dar vista á la villa de Dorlan, en Picardía; y reconocerla por todas partes. Trabóse una muy gran escaramuza, procurándolo defender los franceses, en que hubo muertos y heridos de ambas partes. Hecho aquello, pasó la vuelta de Aussichateo, que se tomó con poca resistencia. Estando allí (que se detuvo el campo algunos días, por hallarse gran abundancia de vituallas) se supo la muerte del duque de Longavila, gobernador de Picardía por el francés; el cual, sabiendo en Amiens, donde se hallaba, que el campo español había dado vista á Dorlan, poniéndose á caballo con los que le pudieron seguir, llegó á las puertas de aquella villa una hora antes de amanecer; hablaron á los centinelas los que iban con él, y cuanto más aseguraban que era su gobernador ó solicitaban que le abriesen, concibiendo ellos tanto mayores sospechas de algun engaño, no hacian sino tirar y vocear que se apartasen;

íbalo á hacer el Duque, resuelto en aguardar hasta el dia, cuando le alcanzó un arcabuzazo por las sienes que le acabó al punto la vida. Estaban entre tanto muy contentos los de la villa pensando que habian hecho golpe, cuando, desengañados con el dia del suceso, comenzaron á llorar amargamente aquella desgracia, y á lamentar justamente los mal logrados años de aquel príncipe, que no pasaban de veinte y cinco. Proveyó el francés el gobierno de Picardia en el conde de San Pol, su hermano, durante la menor edad de un hijo que dejaba de cuatro años.

Eran grandes los daños que por toda Picardia iba haciendo la gente española por no hallar en ella contraste de consideracion y comida; y pisada ya toda aquella parte septentrional que mira á Inglaterra, volvió el Marqués costeando la ribera de Soma, y al fin hizo alto en Ancra, á donde, despues de ganado el castillo, que aguardó á ver la artillería, se alojó el ejército con gran comodidad, por haber hallado en él cantidad grande de trigo, y en sus contornos todo lo demás necesario á la vida humana con gran abundancia. Desde Ancra fué don Cárlos Coloma con trescientos caballas á Bapama, por monsieur de Rona, que venia de Bruselas, por orden del conde de Fuentes, á visitar las plazas de la Fera y Han, proveerlas de bastimentos, y ver si con lo que tenia tratado el duque de Aumale y otras inteligencias era posible meter guarnicion española en el castillo de Han. Mejoróse todo el campo junto hasta la abadía de Vermand, y desde allí pasó Rona con mil y quinientos infantes y quinientos caballos, á cargo del mismo don Cárlos, á la dicha villa de Han, á donde estaba de guarnicion, con ciento y cincuenta españoles del tercio de don Agustín, el capitán Hernando de Olmedo, y Chico de Sangro con cuatrocientos napolitanos del marqués de Trevico, sin otras cinco banderas de alemanes y walones. Viéronse Rona y el duque de Aumale, y conferidas entre sí sus inteligencias, resolvieron que se procurase sacar de allí al gobernador monsieur de Gomeron con achaque de llamarle el conde de Fuentes para darle veinte y cuatro mil ducados que se le habian prometido por entregar el castillo, valiéndose de una carta de creencia que Rona traia para lo que se podia ofrecer.

Consintió en la ida Gomeron, ofreciendo de nuevo que á su vuelta entregaría el castillo á quien el Conde mandase, y dejando entre tanto á su medio hermano monsieur de Orvilé con trescientos franceses de su devoción y órdenes secretas, cuales se verán á su tiempo. Habíanle pocos días antes cortado la cabeza en estatua al duque de Aumale en la plaza de Gréve de París, con público decreto de aquel Parlamento, y confiscado los bienes como á rebelde. Causó este rigor, por ventura anticipado, tanto enojo en el ánimo generoso de aquel príncipe, que se resolvió á ser español en todo y por todo, y como tal, en llegando á la vanguardia de la infantería española que marchaba la vuelta de la Fera, se quitó públicamente una banda negra, insignia que, bordada de lágrimas de plata, solían traer los príncipes de Guisa desde que tomaron las armas, y se puso otra roja, como criado y vasallo de la casa de Borgoña, la cual trae hoy en día, veinte y siete años después, no menos en el corazón que en los pechos, justificándolo con las razones que le sacaron de Francia en tiempo que no había en ella Rey católico, y con las obligaciones en que se hallaba á la acogida que se le había hecho en este otro partido; siendo lo necesario en tales acciones justificar su principio, pues empezadas, ni es posible ni decente dejar de proseguirlas.

Pasó Rona con aquella gente á la Fera, llevando de camino mil y quinientos carros de trigo, parte comprado por aquellos castillos neutrales, y parte recogido de las granjas del enemigo; con que se alegraron lo que se puede pensar don Alvaro Osorio y el Senescal; y no menos en su tanto con la compañía de ochenta arcabuceros de á caballo del capitán Pedro Gallego, que se los dejó de guarnición, por cuyo medio se fué proveyendo de más bastimentos y tuvo con que hacer rostro á las guarniciones enemigas circunvecinas, y correr hasta las búsquedas de París, como lo hacían cada día con gran reputación y provecho. Tenía también la compañía de lanzas albanesas del capitán Demetrio Capuzumadi, y cosa de setenta voluntarios franceses en muy buenos caballos, que servían sin sueldo por sola la ganancia. Pasó tras esto todo el ejército después de vuelto á juntar á los contornos de Chatelet, y el duque de Aumale, y con él monsieur de Gomeron,

dos hermanos suyos y una hermana, á Bruselas, á donde Gomeron recibió el dinero prometido, y volvió á estipular la obligacion de entregar el castillo al Conde á toda su voluntad. Vuelto tambien el marqués de Barambon á su gobierno de Artois, quedó todo el campo á órden de monsieur de Rona, el cual, deseando incomodar cuanto fuese posible á Cambray, y en particular á Chatelet, por donde se habia de comenzar á hacer la guerra aquel verano, tomó los castillos de Beaurevoir y Bohayn; éste con cuatro dias de sitio, en los cuales, acercándose demasiado el conde Galvan de Languisola, capitan de caballos, le pasaron el pescuezo de un arcabuzazo. Era Bohayn plaza harto fuerte y rodeada de agua. Acabado esto y dejada guarnicion y las compañías de Daniel y Chalon para correr la tierra, pasó Rona á los contornos de Cambray, á donde, despues de haber tomado algunos castillejos, se alojó junto á los ríos, y en particular al de Arlu, por cubrir por aquella parte el país de Henao de las corredurías del enemigo, y por valerse, á falta de forrajes para los caballos, de la hierba que suele salir por Abril y Mayo en las riberas de los ríos y lugares bajos.

Grande deseo tenia el conde de Fuentes de echar, ante todas cosas, á Baliñi de Cambray, pareciéndole que, hecho aquello y cobrada reputacion con una empresa tan importante, se haria todo lo demás que tenia pensado para aquel verano con facilidad, reprobando por entonces el parecer de muchos, que aconsejaban el comenzar por cosas más fáciles para irse acreditando y tomando aliento capaz de poder emprender lo más dificultoso. Decia que aquella razon militaba en ejércitos nuevos y cuando se ha de tratar con enemigos no conocidos; cosas que cesaban del todo en aquella ocasion, pues no habia duda que eran los soldados que pensaba emplear los mismos que con tanta reputacion habian militado en Francia, y conducido al fin empresas de tanta estima como se ha visto. Añadiase por consideracion particular, y por ventura la más esencial, ser aquella plaza sola la que, entre todas las que se podian emprender en la guerra de Francia, podía, á largo andar, quedar por premio de lo trabajado y gastado en ella, como despues ha sucedido, y tan importante á la conservacion de

los Países-Bajos, cuanto necesaria para ser firmísimo baluarte contra Francia por aquella parte. Importaba tambien no dilatarlo, por el peligro que habia de no salir con ello si, desembarazado el francés de la guerra de Borgoña, que andaba entonces muy viva, acudia á juntar sus fuerzas con las que ya tenian aparejadas en Champaña, Picardia y Normandía el duque de Nevers, el conde de San Pol y el almirante Villars, valiéndose tambien de las que los estados rebeldes tenian, como se ha dicho, en el ducado de Luxembourg, en socorro del duque de Bullon. Qfrecian para esto grandes comodidades los paises de Tornesi, Artois, Lila y Henao; gente, dinero, municiones y todo género de bastimentos á bajísimos precios; y los gobernadores de aquellas provincias instaban con gran cuidado y solicitud; con que finalmente se resolvio le Conde de tentar la empresa de Cambray en echando al enemigo de Luxembourg y quitando el estorbo de Chatelet, plaza que, por estar no más que cuatro leguas francesas de Cambray, parecia, y era lance forzoso, ocuparla antes. Con esta resolucion salio el conde de Fuentes de Bruselas á los 10 de Junio, dando ante todas cosas dos pagas en general á toda la gente de guerra, y dejando hecho asiento en Amberes para que cada treinta dias se diese una paga, y á don Diego de Ibarra con órden de mandarlo ejecutar, como lo hizo con tanta puntualidad, que se pueden atribuir á su cuidado y prudente solicitud gran parte de los buenos sucesos de este año.

Antes de esto mandó el Conde formar un razonable ejército á cargo del coronel Francisco Verdugo, que por entonces se hallaba en Luxembourg, que constaba del regimiento de alemanes de don Juan de Pernesteyn, cuyos soldados, habiéndose querido amotinar poco antes en Bruselas, con el castigo riguroso de los promotores y algun dinero, tomaron aquella derrota, á cargo del teniente coronel, en número de mil y quinientos tudescos. El regimiento nuevo del conde Ludovico Via, que acababa de bajar de Alemania; el del propio coronel Verdugo, y los de Estanley y La-Barlota, que podian hacer todos juntos seis mil infantes. La caballería, á cargo del teniente general don Ambrosio Landriano, que constaba de su compañía; las de don Juan de Cardona y don Francisco de Padilla, de lanzas españolas, y las de

Hernando de Salazar y Felipe de Soria, de arcabuceros; de naciones, las que habian sido de la guardia del archiduque Ernesto y la del conde Enrique de Bergas, y de italianos y albaneses, las del conde Alfonso de Montecuculo y Nicolo Basta. Juntáronse á estas tropas las dos compañías de hombres de armas de los condes de Mansfelt y Berlaymont, que toda junta pasaba de mil caballos.

Habiase apoderado al principio de este año el duque de Bullon de las villas de Ivois y la Ferté y del castillo de Chavansi, en el ducado de Luxembourg, asistido de las armas y persuasiones de los estados rebeldes, deseosos unos y otros de conseguir los intentos que dijimos arriba; y dando muestras de desear hacer lo mismo de Momedi el conde Felipe, adelantándose con algunas tropas de caballos, fué roto por la caballería católica, sin que de toda su gente (que era al pie de trescientos caballos) se salvases sino él y cinco soldados por beneficio de la ligereza de los suyos; quedaron en prisión, entre otros, los coroneles Nicolás Chemelsing y Jorge Contler, personas de opinión entre los enemigos, que pocos días después se libraron en trueque de otros prisioneros nuestros que se perdieron en cierta escaramuza que tuvo la caballería francesa en los búrgos de Vertun con la nuestra. Con el campo que acabamos de designar, y buen golpe de artillería á cargo del capitán Lamberto, uno de los tenientes de monsieur de la Mota, partió el coronel Verdugo de la villa de Marcha, en Famina, á los 18 de Abril, y arrimándose hacia el enemigo le obligó á reducirse á las villas cercadas, quitándole ante todas cosas el uso de la campaña; con que, viéndose el conde Felipe tomadas las espaldas á la retirada de las islas; y advirtiendo que el tener gente en las tierras ganadas, era consumirles los bastimentos sin fruto, se resolvió (con acuerdo del duque de Bullon) en volverse á Holanda con la poca caballería que le quedaba, tomando su derrota por tierra hacia mediado Mayo, y el coronel Veer para ir por mar con la infantería la vuelta de Diepa; llegando al fin unos y otros á sus casas tan menoscabados de gente como de reputación.

Retirado el holandés, puso el coronel Verdugo sitio á la Ferté á 20 de Mayo, y hecha la batería, tratándose de dar el asalto á

los 28, entró aquella misma noche en la villa el duque Bullon, con mil infantes y doscientos caballos, con que se resolvió Verdugo en seguir otro camino, yéndose arrimando por la sapa. A los 30 del mes hizo el enemigo una gran salida, y ganó las trincheras con muerte de muchos soldados walones y alemanes que las defendían; acudieron los coroneles Estanley y La-Barlota con la resta de sus regimientos; y trabándose en el llano á tiro de cañón de la villa una gallarda escaramuza, acudiendo al mejor tiempo don Ambrosio con su caballería, ahuyentada la del enemigo, entró á la parte en la victoria, siguiendo infantes y caballos á los franceses hasta las puertas de la villa, quedando muertos en el alcance más de trescientos; señalóse mucho el teniente Francisco de la Fuente, cerrando de vanguardia con la compañía de don Ambrosio. Mostró aquel dia Verdugo su larga experiencia militar, recibiendo la primera furia francesa con tolerancia, y cargando despues con valor y cordura; con todo esto, determinó por entonces hacerse á lo largo y aguardar mejor ocasion para echar de allí al enemigo, el cual, habiendo perdido el dia de los 30 mucha gente particular, pareciéndole haber ganado harta reputacion en la salida y hacer levantar el sitio, desamparó la villa y todo el ducado de Luxembourg, sacando tambien la guarnicion de las villas de Ivois y Mamedi, cuando, cobrada por Verdugo la Ferté, vió que se iba encaminando la vuelta de ellas. El cual, sabiendo la retirada de Bullon, le siguió hasta meterle en Francia y poner á saco buena parte del pais de Champaña; y fuera mayor el daño si no le atajara los pasos el conde de Fuentes, ordenándole que se apercibiese para ir al condado de Borgoña á encargarse del ejército que había tenido allí á su cargo el condestable de Castilla, y que le enviase entre tanto con diligencia el suyo, como lo hizo, despachando luego la caballería con don Ambrosio, que halló ya al conde sobre Chatelet, y la infantería en rehaciéndose un poco de los trabajos padecidos en aquella expedicion; y al fin llegó al campo cuando y como veremos.

Llegado el coronel Verdugo á Luxembourg, le dió una enfermedad de tercianas dobles, que durándole algunos dias y convirtiéndosele en calentura continua, dejó los trabajos de esta vida á 22 de Setiembre

de este año, siendo de edad de cincuenta y nueve y hallándose todavía harto robusto respecto á sus trabajos, continuados en cuarenta años de guerra tan porfiada.

Fué el coronel Verdugo natural de la villa de Talavera de la Reina, hijo de padres nobles, aunque tan pobre que en llegando á diez y nueve años, con las primeras cajas que se tocaron en su patria, que fueron las del capitán don Bernardino de Ayala, natural de la dicha villa, asentó su plaza; y siguiendo su bandera, se halló en la presa de San Quintín, donde empezó á mostrar sus aceros de suerte, que mereció ocho escudos de ventaja, en tiempo que se daban bien limitados. Con estos buenos principios fué caminando adelante, hasta que mandada de Parma, cuando comenzaron las revueltas de los estados, le mandó levantar una compañía de walones en el regimiento del coronel Mondragon, con lo cual fué descubriendo su valor tan aprisa, que muy presto obligó á encomendarle todo lo más importante que se ofreció en aquellas ocasiones. Llegado el duque de Alba, le halló ya en tanta opinión, que le nombró por sargento mayor de todo el ejército, cargo que hasta allí no se había visto en otro; y tras otros sucesos, le mandó que se encargase del gobierno de la villa de Harlem, habiéndole nombrado antes por coronel de infantería walona; y cuando la pérdida del conde de Bosu, le encomendó la armada con título de almirante. En las ocasiones que se ofrecieron después de llegado el comendador mayor, se señaló con tantas ventajas, que le obligó á que escribiese al Rey la carta que hoy tienen sus herederos; en la cual dice que es de los más aventajados capitanes que ha tenido la nación española. Y después de la muerte del dicho comendador mayor, se halló con su regimiento cuando los amotinados de Alost ganaron á Amberes, y tomó por prisionero al conde de Agamont y á un caballero francés que á él sólo se quiso rendir. Desde allí le mandaron ir al castillo de Breda, en los tiempos más calamitosos que hubo en aquellas provincias, hasta la llegada del señor don Juan, que al momento le envió á llamar, y le mandó ir á la villa de Tiumbila para que con su regimiento asegurase aquellas fronteras, hasta que poco antes de la rotura de Jubelours le sacó, sirviéndose de él en aquella

jornada para que hiciese oficio de maestre de campo general, y aunque tenia la mayor parte de su regimiento en Tiumbila, con la otra le mandó que se encargase del castillo de Namur, y habiendo nombrado el Rey por sucesor de Su Alteza al príncipe de Parma, le escribió una carta, en que se echa bien de ver el gran concepto que hacia de su persona. Asentadas las paces con condicion que saliesen los extranjeros, y que los que no fuesen naturales de los estados no pudiesen tener cargo ni gobierno en ellos, dió su regimiento al conde Octavio de Mansfelt, su cuñado; y queriéndole ceder tambien el gobierno de Tiumbila, Su Majestad ni el de Parma ni los mismos Estados no lo consintieron, con que de allí á poco fué necesario mandarle levantar nuevo regimiento y golpe de caballería para pasar á Frisia en socorro de la ciudad de Groninguen, á donde quedó por gobernador por muerte del conde de Renenberg y alcanzó las señaladas victorias que no han podido ofuscar los émulos de nuestra nación. Héme querido alargar más de lo que acostumbro, en escribir la vida de este capitán excelente, lastimado del descuido que tantos autores modernos han tenido en publicar sus cosas, ocupando mucho tiempo y papel en relatar las de otros, algunos de ellos de todo punto inferiores en valor y fortuna. Tuvo este insigne caballero elocuencia natural grandísima y todas las partes que para ser gran soldado y gran gobernador convenian, y solía decir de ordinario que había procurado siempre ser Francisco para los buenos y Verdugo para los malos.

Partió, como se ha dicho, el conde de Fuentes de Bruselas á los 10 de Junio, dejando para la defensa del País-Bajo y para acudir á donde lo pidiese la necesidad los dos tercios de don Antonio y don Luis, los dos mil esguízanos que rehusaron, como dijimos, de entrar en Francia, y los walones de monsieur de Grison é irlandeses de Estanley, que habían de juntarse con aquel ejército, acabado lo de Luxemburgo. Toda esta infantería y las compañías de caballos que se dirán á su tiempo, con algunas piezas de artillería de campaña, quedó á cargo del coronel Cristóbal de Mondragon, y él con orden de aconsejarse con el tiempo y procurar no dejar hacer fuerte al enemigo. Acrecentó el ejército de Francia el Conde por entonces con sólo el re-

gimiento de monsieur de la Mota y cosa de otros mil walones de reclutas de los demás regimientos; caballería, fuera de la que tenía á su cargo en Luxembourg don Ambrosio Landriano, que la mayor parte de ella estaba destinada para el ejército, llevó consigo por de su guardia la de don Sancho de Luna, lanzas, y la de Francisco de Almansa, arcabuceros; la del duque de Pastrana siguió pocos días después con su general, cuyas ordinarias enfermedades, por más que se esforzaba, no le dejaron acompañar al Conde, aunque él lo deseó harto; pero al fin partió tras él pocos días después. En Mons de Henao se juntaron con el Conde ocho compañías de hombres de armas de las bandas de Flandes: la del conde de Bosu, que los gobernaba; la de monsieur de la Mota y las del duque de Arscot, príncipe de Simay, marqueses de Havré y Barambon, y las de los condes de Agamón y Rus; cada una de las cuales pasaba de cien caballos. Iban con el Conde monsieur de la Mota, general de la artillería; el duque de Aumale, el príncipe de Avellino, Estéban de Ibarra, Juan Bautista de Tássis, el marqués de Barambon, el príncipe de Simay, el conde de Solre y otros muchos señores de todas naciones. Era maestre de campo general monsieur de Rona, y su teniente Gaspar Zapena; llegó á juntarse el Conde con el ejército á los 12 del dicho, y resuelta ante todas cosas la empresa de Chatelet, después de haber dado vista á Cambray y reconocidola por todas partes, no sin gallardas escaramuzas, pasó finalmente á ponerse sobre Chatelet la tarde de los 18 de Junio, en la cual, abrigada la artillería con un seto ó ribazo, comenzó á batir la muralla del burgo, con intento de alojar en él parte del ejército. Hizose en cuatro horas de batería, con trece cañones, bastante portillo para ir al asalto; y dando la vanguardia de aquella empresa á don Agustín, á quien tocó, arremetieron algunas compañías de su tercio, con los capitanes don Gonzalo Mesa, Antonio Sarmiento de Losada, don Pedro de Guevara, Vasco de Caravajal y la compañía del maestre de campo, gobernada por su alférez don Francisco de Corral. Defendian el asalto casi todos los de la guarnición del castillo, que eran poco menos de mil; pero, vista la resolución con que eran acometidos, y temiendo no se les entrasen á las vueltas en el castillo, desampararon el burgo an-

tes de haber podido tener tiempo de quemalle. Alojóse don Agustín con su tercio y cosa de quinientos borgoñones del regimiento del marqués de Barambon, y aquella misma noche se fortificó de manera que quitó absolutamente la salida á los enemigos; los cuales toda aquella noche y la mañana siguiente con fuegos arrojadizos procuraron quemar el burgo, con tan buen suceso, que fué menester todo el cuidado de don Agustín y trabajo de sus soldados para que no les obligase á desampararle. Apagóse al fin, con muerte y heridas de muchos, que forzosamente habian de descubrirse para ello, á quien dañaban desde la muralla con mosqueteros y naranjeras. Tratábase de comenzar á abrir trincheras á los 23 del dicho, cuando un nuevo, aunque temido, accidente lo dilató algun dia.

Habíanse comenzado á concebir algunas sospechas de monsieur de Orvilé, á cuyo cargo estaba el castillo de Han desde antes que el Conde saliese de Bruselas, y deseando granjearle y tenerle en oficio, despachó para allá á monsieur de Arloes, teniente de Comeron y á Hernando de Frias, natural de Búrgos, hombre inteligente y harto ladino entre franceses; llevaron cartas del Conde muy favorecidas y llenas de ofrecimientos para Orvilé, y órden de negociar con él sin mostrar desconfianza; sólo se le permitió al Frias que advirtiese en buena ocasion á madama de Gomeron, madrasta del dicho Orvilé, el peligro que corrian las vidas de los hijos que tenia en Bruselas, si no se cumplia lo prometido; pues era cierto que no se habia de creer sino que nacia aquella perfidia de quien era la cabeza de todos. Era menester poco para persuadir á esta señora, inclinada ya de suyo al bando católico, que era la voz con que se hacian aún todas las cosas, y que no ignoraba el yerro que habia hecho su hijo, encomendar aquella plaza de tanta importancia á su medio hermano, hombre ambicioso y que habia dias que se carteaba con los enemigos; y así, se tiene por cierto que hizo todos los buenos oficios que pudo para que Orvilé recibiese en el castillo al capitán Olmedo con sus españoles; pero no aprovechó, que el trato estaba ya muy adelante y el ánimo de su antenado acabado de ganar á fuerza de dádivas, aunque harto inferiores á las promesas. Entre tanto Orvilé, fingiendo tener nuevas de

que el enemigo queria acometer aquel castillo, y que para ello juntaba monsieur de Humieres, teniente general del conde de San Pol y duque de Bullon, gran número de gente, en que no mentia, comenzó á fortificarse y á plantar su artillería en las partes convenientes, especialmente contra la villa; cosa que comenzó á dar las últimas sospechas de traicion á Olmedo y á Chico de Sangro; los cuales, y los demás capitanes de naciones, juntos á consejo, determinaron enviar á avisar al conde de Fuentes con Hernando de Frias (que sabian haber ya desalojado de junto á Cambray, y venir marchando la vuelta de Chatelet), del peligro en que se hallaba aquella plaza. Excusóse Frias con que no era razon dejar á sus compañeros en tan conocido peligro, y al fin fué monsieur de Arloes, y halló al Conde cuando se daba el asalto al burgo de Chatelet. Entre tanto el enemigo, que no dormia, con tres mil infantes y quinientos caballos, la propia noche de los 20 llegó al castillo por la puerta del Socorro y entró dentro dél, sin que los cuerpos de guardia, ordenados á propósito de estorbar la entrada, que ya se temia, fuesen poderosos para más que para matar y herir algunos franceses de los que iban entrando. Olmedo, Sangro y los demás capitanes, viendo el pleito mal parado, quisieron, aunque tarde, ocupar un rebellin harto fuerte; que si lo hicieran, pudieran aguardar desde él muchos dias el socorro y desvanecer las trazas del enemigo; el cual, avisado por Orvilé de aquel peligro, puso tan buena defensa, que cuando arremetieron los nuestros no hicieron más que perder gente, y entre ella un capitan napolitano. Eran de parecer los capitanes de retirarse antes del dia á la puerta de Noyon, y fortificarse en ella y en los dos pedazos de muralla colaterales; hubiera sido la salvacion de aquella plaza; pero Hernando de Frias, que sabia el fuego que habia de encender en el ánimo del Conde la nueva de aquel aprieto, y que habia de volar en su socorro, fué de opinion que no se dejase la villa en abandono, entregando voluntariamente á la codicia de los franceses los despojos de aquellos ciudadanos, en quien habian experimentado tanta fidelidad; ayudó á esto el ver á más de cuatrocientos de ellos armados, y con tan buen ánimo como el mejor soldado; y más que todo, la reputacion que forzosamente se habia

de perder volviendo el rostro al enemigo antes de vérsele, y saber por quién y por qué número de gente eran acometidos. Y al fin, como el fortificar la cara del castillo tenía de lo generoso, vinieron en ello los capitanes, y lo que quedó de la noche comenzaron á abrir trincheras con la prisa que el caso pedia. Cuanto más se va entrando en la villa á la plaza del castillo, tanto más se ensancha la plaza; y así, por tener menos trecho que guardar, abrieron trincheras por la frente de las últimas casas, valiéndose de ellas tambien como de traveses, por no estar todas á nivel, sino unas más afuera que otras; y aunque trabajaron muchos y mucho todo lo restante de la noche, se vió al amanecer que se habían levantado poco los reparos, y cuán sujetos estaban á la artillería del castillo, que en asomando el dia comenzó á jugar, con gran daño de la gente española. Monsieur de Humieres, á quien Bullon y San Pol habían dado la empresa como traza suya, sacando poco á poco á la estrada cubierta mil franceses y toda la nobleza de Picardía, que pasaban de cuatrocientos gentiles hombres con armas de infantes y armados á prueba; antes de arremeter envió un recado á los capitanes ofreciéndoles grandes partidos si dejaban la tierra en paz; los cuales enviaron la respuesta con las bocas de cuatro medios cañones que tenian para su defensa, preparándose para recibir el asalto, que no tardó mucho Humieres en dársele con tanta furia, que entraron muchos franceses dentro de los reparos, aunque por su daño, pues quedaron muertos los más. El pelear sobre las propias trincheras hizo (con gran provecho de los nuestros) cesar, por más de dos horas que duró el asalto, el uso de la artillería; y como en ellas hubo tiempo para conocer el valor de los que las defendían, hubieron de volver al fin las espaldas los franceses, retirándose del castillo con pérdida de docientos hombres y más; entre ellos quedó atravesado de los últimos arcabuzazos monsieur de Humieres, capitán de los más señalados de aquel tiempo entre su nacion.

El duque de Bullon y el conde de San Pol, viendo el daño recibido, y que si llegaba la noche era posible llegar el conde de Fuentes, y necesario en tal caso el perderse todos, trataron de la empresa con nuevo y mayor cuidado, y de acometer aquella gente desesperada con

más recato y comodidad. La mayor parte de las casas que los nuestros tenian fortificadas eran pajizas, y asentándoles hacia la tarde las piezas con fuegos artificiales, prendió en ellas de manera, que, ayudado de un viento que en Francia llaman orage, y es lo mismo que embate, que crece con la caida del sol, en brevísimo espacio consumió la mayor parte de ellas. En viendo encendida la primera, arremetieron otra vez los franceses con tanta furia por tres partes, animados por Bullon y San Pol, que aunque murieron muchos en la refriega, forzaron al fin los reparos y comenzaron á matar. Quisieron últimamente rehacerse los nuestros en la plaza, y rechazaron otra vez á los franceses, pero sirvió de poco; porque, no teniendo donde hacer pié, y acudiendo con la voz de la victoria todos los que antes se detenían, y seiscientos esguízanos que hasta entonces no habian querido arremeter y estaban en la estrada cubierta del castillo, fueron acabados de romper los españoles é italianos y la gente de naciones de tal suerte, que los que no tuvieron tiempo de echarse por la muralla quedaron pasados á cuchillo. La villa fué miserablemente saqueada y hecha ceniza más de la mitad. Quedaron en prision Olmedo, Chico de Sangro, y mal herido Hernando de Frias y los capitanes Alejandro Brancacio y Marcelo de Judici, y finalmente todas las cabezas. Frias murió aquella noche de las heridas; afirmase que peleó valerosamente, aunque nunca había hecho profesion de soldado. Murieron ochenta españoles; y de los demás hasta número de trescientos y cincuenta, que no tomaron á prision sino capitanes ó alféreces, de los cuales, por haberlo capitulado así con monsieur de Humieres, se dieron á monsieur de Orvilé los que él quiso escoger, salvo el capitan Olmedo, que fué llevado á San Quintin por cuenta del conde de San Pol. Queria Orvilé á los dichos prisioneros para dar en trueque de sus hermanos; aunque le sucedió al revés, como veremos.

En sabiendo el conde de Fuentes el peligro en que estaban las cosas de Han, dejó á don Agustín Mesía en el burgo de Chatelet con dos mil infantes, doce piezas de artillería y órden de no intentar cosa hasta su vuelta; y él, con seis mil infantes, cuatro medios cañones y toda la caballería, comenzó á marchar á cosa de las tres de la tarde,

con resolucion de entrar en la villa y tomar puesto en las espaldas del castillo para traer á la razon á Orvilé, de quien aseguraba monsieur de Arloes que entregaria la plaza en viéndose apretado. Dista Chatelet de Han seis leguas francesas, de las cuales podia tener caminadas el ejército las cuatro á cosa de media noche, cuando por un soldado aleman que hallaron los corredores desbalijado y en camisa, se supo, aunque confusamente, el suceso; acabáronle de certificar otros dos napolitanos y un español, que acudieron á los relinchos de los caballos no en mejor traje, con que haciendo el Conde un poco alto, cuanto se aconsejaba con las cabezas del ejército, volvieron todos las caras la vuelta de Chatalet, con general sentimiento de aquella perdida cuando tenia ya tan cercano el remedio. Culpóse á Olmedo más que á Chico de Sangro (aunque ninguno gobernaba absolutamente), por ser capitán más viejo y soldado de experiencia, de que á la menor sospecha de la fe de Orvilé no hubiese hecho un reducto apartado del castillo en alguna puerta, y la de Nola dicen que era muy á propósito, con el burgo de San Supli á las espaldas; y más pudiendo herir al francés por sus propios filos y darle á entender que la causa de aquella novedad era la misma que le obligaba á él á fortificarse contra la villa; pero esto tienen los ruines sucesos, que de todas las resoluciones son tenidas siempre por mejores las que se dejaron de ejecutar; y si es que en esto tuvieron aquellos capitanes algún descuido, el poco que mostraron en pelear valerosamente pudiera recompensarle, á no estar obligados más que á morir los que guardan una plaza, siendo sin duda que lo están y á procurar valerse (no sé si diga más) de todos los medios necesarios á la conservacion y defensa de ella que á la de su propia reputacion.

En llegando el Conde á los cuarteles de Chatelet mandó comenzar á abrir trincheras la vuelta de la cortina diestra del baluarte que mira á Cambray, con las cuales se desembocó el foso el quinto dia de trabajo. Es Chatelet una plaza de cuatro caballeros reales harto capaces y bien entendidos, contraminados ellos y las cortinas por de dentro con unas bóvedas tan grandes, que pueden alojarse en ellas trescientos caballos y más. La parte más eminente es por el burgo; lo

demás del terreno son por la mayor parte praderías, causadas de la humedad que ofrece con sus aguas el río Esquelda; el cual, tomando su origen de una pequeña fuente, media legua más arriba de Chatelet, después de haber bañado los muros de Cambray, Bouchayn, Valencianas, Condé, Tornay, Audinarda, Gaute, Terramunda, Rupelmonde y Amberes; hecho ya otro mar, desemboca en el Océano por el Honte, uno de los brazos que forman la isla de Suytbeverlant, de las más nobles de Zelanda. Por la parte de las praderías tiene el foso agua; todo lo demás es seco y bonísimo terreno. Batióse al séptimo dia la casamata y través de la batería principal con seis cañones, y la batería con diez. Dos días antes llegó al campo el duque de Pastera con su compañía y las de don Francisco de Padilla y Luis del Villar, de lanzas, y Hernando de Salazar, de arcabuceros; a los cuales envió delante don Ambrosio Landriano para que, alcanzando al Duque, le acompañasen; si bien había enviado el Conde trescientos caballos con el capitán Coradin para asegurarle el paso. La noche antes que se comenzase a batir Chatelet, advertido el duque de Nevers en San Quintin, donde estaba con tres mil infantes y mil caballos, de que en Chatelet padecían falta de pólvora, envió cien dragones con otros tantos sacos de ella en grupa, y orden de que se perdiessen ó entrasen. Hicieron lo primero, topando de manos a boca con la emboscada en donde estaba el Duque en persona aguardando el socorro; prendiéronse y matarónse buena parte, salvando a muchos la oscuridad de la noche, y a treinta presos la mañana siguiente la nobleza del Duque, que los envió al de Nevers con un recaudo cortesísimo. Batióse desde el alba del dia, que fué a 26 de Junio, y a las cuatro de la tarde estaba ya quitado el través, y la batería en razonable estado para arremeter; no quiso el Conde que se hiciese con banderas, sino que se tomase puesto en la muralla, deseando no comprar la anticipación de algunos días en tomar la plaza con la pérdida de la soldadesca que había de servir para tantos más importantes efectos, siendo el conservarla no la menor obligación de los generales; para esto arremetieron los capitanes Antonio Sarmiento de Losada, Hernan Gomez de Contreras y don Juan de Silva, del tercio de don Agustín;

Diego de Ulloa y Alonso de Ribera, del de don Alonso; los cuales, considerándolo como soldados, y no como cabezas de aquella accion, llevados del deseo de acabar con aquello de una vez, incurriendo en una culpa loable, pasaron más adelante de lo que se les ordenó; y por hallar la batería atrincherada, y cortado el baluarte, hubieron de retirarse al primer puesto, con pérdida de veinte y cinco ó treinta de los más honrados. Tuvieron poco tiempo de gozar deste suceso los enemigos, porque mandando don Agustín, con parecer del Conde, preparar otros dos mil hombres para dar el asalto de veras, temerosos de que con el beneficio de la noche no se fortificasen de suerte que fuese necesaria otra batería, viendo los enemigos el aparato y el nublado que venia sobre ellos, determinaron rendirse; y dándose aquella noche seguros rehenes, por ser ya tarde se disirió su salida hasta la mañana, que acertó á ser lunes. Hiciéronle con las honradas condiciones que pudieron desear. Salieron con el gobernador, monsieur de Liramont, cosa de ochocientos infantes y setenta caballos, y entraron tres compañías de españoles; la que había de servir para el Gobernador y las de los capitanes Luis Bernardo de Ávila y Alonso de Buitrago; y en el burgo quedaron otras dos banderas de alemanes del regimiento de Curcio, tres estandartes de caballos á cargo de Andrea Alambrese, albanés, y por gobernador de la plaza Luis del Villar, capitán de lanzas, soldado muy viejo y de gran experiencia. Su compañía se dió á don Juan de Bracamonte, hermano del conde de Peñaranda; aunque, por estar muy pequeña, se envió á rehacer á Niorporte con su teniente Francisco de Lujan; y en su lugar se mandó venir otra compañía de flamencos de cien celadas, que había levantado monsieur de Vilecourt.

Ganado Chatelet, despues de haber detenido allí el ejército hasta los 7 de Julio rehaciendo la batería, pasó á los contornos de Cambray; irresoluto hasta entonces el Conde en si pondría sitio en aquella ciudad ó aguardaría á tener mayores fuerzas. Esperaban para fin de Julio toda la jente que había tenido Verdugo en el país de Luxembourg, ó mucha parte de ella, y deseando no estar entre tanto ocioso, comenzó á destruir y talar todas las campañas de Cambray, segando los

panes en berza, y acabando de abrasar lo poco que había dejado en pie la guerra de los dos años pasados; tanto para hacerles por entonces el daño que se podía y atemorizarlos, como para darles á entender que no se tenía pensamiento de tomarla sino por hambre, descuidándolos por aquel camino de su defensa. Tenía también el Conde el ojo en lo de Han y esperaba á los Gomerones, por quien había enviado á Bruselas, animado con ordinarias cartas de su madre, y particularmente con el capitán Alejandro Brancacio, uno de los presos, que con licencia de Orvilé pasó al campo á tratar los rescates de todos, que de su parte le aseguró de que nunca había habido mejor ocasión, ni el negocio había estado jamás tan bien dispuesto para buen suceso, como entonces que Orvilé había comenzado á desavenirse con el conde de San Pol por negocios de interés, que son los que suelen romper las amistades más bien fundadas, cuanto más las adquiridas por medios tan ruines, y que ella se sentía con fuerzas y comodidad de darle entrada en el castillo á pesar de la guarnición. Parecieron á los más recatados estas promesas de madama de Gomerón un ansioso deseo de alargar la vida de sus hijos; y con todo eso, fueron de parecer los del consejo que se tentase, llevando á Gomerón y á sus hermanos para mover el ánimo de la madre y del hermano. En sabiéndose que había llegado á la villa de Canoe, partió para traerlos don Carlos Coloma con trescientos caballos, y hallándolos acabando de comer, les notificó con el rostro más alegre que pudo cómo habían de ir al campo, animándolos con mil esperanzas de buen suceso. Notóse que no habló más palabra Gomerón, y que yéndose á poner una cereza en la boca, estuvo absorto un gran rato, y al fin no la comió; que á los que habían ya concebido sospechas de que participaba en el trato de su hermano, se las acabó de confirmar. Lleváronlos aquella tarde al campo en un coche, echadas todas las compuertas, para que no pudiesen ver ni ser vistos; iban con Gomerón dos hermanos suyos de diez y seis y diez y ocho años, y una hermana de veinte en hábito de monja, que había ido con ellos, á lo que se creyó, para serlo en cierto monasterio de Artois, donde tenía una parienta.

Partió el siguiente dia el Conde la vuelta de Han con el ejército

en orden de guerra, y acrecentando con las compañías de caballos que don Ambrosio trajo de Luxembourg, la suya, la del conde de Montecuculo, las dos que habian sido de la guardia del archiduque Ernesto y las de arcabuceros de los capitanes Juan Cesate, Sebastian Gaudart y Simon de Latre, despues de haber enviado las demás que sirvieron en aquella guerra á la campiña, donde se hacia la masa del ejército que marchó poco despues en socorro de Grol, cuyos sucesos contaremos á su tiempo. Llegó el campo en dos alojamientos á la vista de Han á los 12 de Julio al apuntar el dia, y en llegando á tiro de cañon, comenzó á tirar el castillo algunas piezas, las cuales no hicieron daño, que pareció á los confiados artificio. Túvose por cierto que si Orvilé tuviera su libertad (como quiera que es siempre el que más obliga el postre agravio, movido del que á su parecer habia recibido de los ministros franceses) entregara la plaza al Conde; pero Bu-lloñ y San Pol, viéndose una vez señores del castillo, no lo dejaron de manera que pudiese Orvilé hacer con ellos lo que habia hecho con los españoles. Y así, aunque por espacio de más de cuatro horas hubo muchas demandas y respuestas, no se litigaba ya por los de dentro sobre dar ó dejar de dar la plaza, sino por salvar la vida de los Gomerones; si bien su madre hizo lo que pudo con monsieur de Sa-seval, teniente ya de Picardía, que se hallaba dentro, y él lo que era obligado como buen vasallo de su Rey. Orvilé, falto de consejo, y porque no pudiese decirse que habia dejado quitar la vida en su presencia á sus hermanos, no menos que por no ver las lágrimas de la madre, se salió por la puerta del Socorro la vuelta de Chaoni, y faltó poco que no diese en las manos de don Alvaro Osorio y del capitán Pedro Gallego, que venian de la Fera al campo; que al fin tomaron, de cuatro corazas que llevaba consigo, las dos, y á él le dieron la carga más de dos leguas.

Hizo el postre acto de esta tragedia madama de Gomeron, saliendo ella y dos hijas suyas niñas en busca del Conde, y pidiendo arrojada á sus piés, la vida de sus hijos con las palabras y afectos que enseña el dolor, cuya elocuencia suele exceder la más artificiosa, acompañada tambien de todas aquellas lágrimas que pudo sacar una

tan justa en el tierno corazon de una madre, á quien, no sólo lastimaba el efecto, sino la causa y el modo de su infelicidad, mirada á todas luces cabalmente desconsolada; y aunque debió de enternecerle harto al Conde esta lástima, atento al rigor de la justicia, ó por ventura más al escarmiento (deseoso de desarraigitar tambien con este ejemplo tales géneros de dobleces, que tanto cuestan), hubo de ensordecerse á tan piadosos ruegos, respondiéndole entonces pocas palabras, aunque graves y resueltas; tal, que volvió al parecer algo consolada con la que le dió de restituirle los demás hijos buenos y sanos, como lo hizo. El cadáver de monsieur de Gomeron, que era el mayor, á quien cortó un verdugo aleman la cabeza, sirvió de espectáculo á todo el campo, y á muchos de materia para alabar y vituperar el ánimo del Conde; que, aunque parece imposible en una misma accion, no lo es, sino tan usada cuanto las opiniones humanas son varias y llenas de ambigüedad. Lo cierto es, que si Gomeron no mereció la muerte por haberse perdido la plaza cuando no estaba á su cargo, la mereció por haberla vendido.

Marchó el ejército aquel propio dia cuatro leguas, no acabado de resolver aún el Conde en lo que había de hacer, aunque determinado de hacer algo lo que quedaba el mes de Julio. A la mañana siguiente se presentó delante del castillo de Clery, situado sobre el río Soma, una legua de Perona; el cual, á persuasion de monsieur de Rusio, caballero francés, proveedor general del ejército, se rindió sin aguardar batería; metiéose en él la compañía de corazas de Ambri, capitán francés, y cincuenta soldados walones. El apoderarse el Conde de este castillo, y con él, del paso del Soma, dió que sospechar al duque de Nevers de que se trataba de sitiar alguna de las plazas situadas sobre aquel río. Hallábase en San Quintin con cerca de mil caballos y cuatro mil infantes, y órden del príncipe de Bearne de encargarse de la defensa de Picardia durante su ausencia en Borgoña, fiado de su larga experiencia, y deseando quitar emulaciones entre los demás gobernadores de provincias, que todos se concordaban en obedecerle como príncipe de tanta calidad y el más viejo de Francia. Aquí en este alojamiento le sobrevino al duque de Pastrana un accidente tan ríecio,

que le tuvieron todos por muerto; mejoró un poco, y desde Bray á donde estuvo el campo tres dias le llevó don Carlos Coloma con escolta de cuatrocientos caballos, á la ciudad de Arras, en el país de Artois.

Está Bray en igual distancia de tres leguas, entre Perona y Corbie, plazas enemigas en la ribera del Soma; con que dando al Conde que sospechar á entradas, hizo dividir las fuerzas enemigas y estar suspenso al de Nevers. Pero la verdad era, que no deseaba otra cosa para coger á Dorlan desapercibida, que era donde pensaba dar, por la mucha dificultad que ofrecía al emprender cualquiera de las plazas de esta ribera, en razon de haber de ser fuerza pasar la mitad del campo de la otra parte con fuerzas incapaces de hacerlo sin peligro; y lo que era más de considerar, sin barcas para hacer puentes. Alcanzó esta treta el duque de Nevers, y medroso de perder á Dorlan, el mismo dia que desalojó el conde de Bray hizo que pasasen de Amiens mil infantes y quinientos caballos, casi todos gente noble, que llegaron con facilidad á Dorlan, alegrando al conde de Diana, su gobernador, y asegurando á su parecer la plaza. Llegó el campo en dos alojamientos al riachuelo Auti, y pasándose por junto á Pas, en Artois; alojó la noche de los 15 de Julio en Tievre, á donde, vuelta á cobrar la caballería que había acompañado al duque de Pastrana, salvo su compañía que quedó alojada en los búrgos de Arras, pasó toda á ocupar los puestos de Dorlan, como es costumbre, mientras llegaba todo el ejército. Es Dorlan villa de pocos más de mil vecinos, la más empeñada y metida hacia el país de Artois que tenga el francés en Picardía, y á esta causa está fortificada de muy buenos rebollines y baluartes; aunque las murallas en sí son flacas, tiene un castillo en la parte superior hacia Francia, de cuatro caballeros á lo moderno, aunque no mayores que los de Chatelet. La villa está en un llano, y por beneficio del río Auti tiene todos los fosos con agua, salvo los del castillo, que por su eminencia no la consienten. Estaba en el castillo un hermano segundo del conde de Dinant, llamado el señor de Ronsoy, ambos de poca edad é hijos de un padre muy valeroso, y ellos por sus personas no indignos de merecer el mismo nombre; mostráronlo bien en la defensa de esta plaza, como se verá.

Habia dentro seiscientos caballos, y más, con quien, en llegando nuestra caballería, se trabó una escaramuza tan viva, que hubo muchos heridos y muertos de ambas partes, aunque á la postre se hubieron de encerrar los enemigos dentro de sus murallas. Fueron llegando á cosa de mediodía los escuadrones; uno de los cuales, que llevaba de vanguardia monsieur de Rona para ocupar un puesto conveniente con que asegurar el alojamiento, fué recibido por otro de mil franceses debajo de su artillería, y pelearon más de dos horas sin ventaja, aunque á la postre se ganó el puesto y se comenzó á fortificar y á levantar en él un fuerte capaz de poder asegurar la plaza de armas. Señáronse mucho don Agustín y su tercio, y de él los capitánes de arcabuceros, de los cuales don Gonzalo Mesía salió con una pierna rota de un mosquetazo.

Ocupados los puestos, y reconocida por todas partes la villa, se comenzó á echar de ver la dificultad que había en cerrarla del todo con tan poca gente, que no pasaba de seis mil infantes; y llamando el Conde al anochecer á los del consejo, después de largas disputas, se vino á resolver la alteracion en dos votos encontrados; del primero eran autores casi todos, y del segundo solo monsieur de la Mota. Decian los primeros que, no teniendo gente bastante para arrimarse á la villa por dos partes, consistia la esperanza de buen suceso en la pres-teza; y que así, habiéndose de hacer todo el esfuerzo por una parte, debia emprenderse el castillo por acabar con aquello de una vez. Confesaba todos estos motivos la Mota, y probaba que por ellos mismos era más conveniente acometer primero la villa, como la parte más flaca; la cual ganada en cuatro dias, como él lo aseguraba, y dejando en ella bastante defensa, hecho un cuerpo todo el ejército, podia acometerse el castillo por la parte de Francia sin peligro de que le entrase socorro por la villa. Replicaban los otros que no era plaza aquella que se podia ganar en cuatro dias, teniendo dentro más de dos mil y quinientos infantes y tanta nobleza, y pudiendo defender la bateria desde muchas partes, y áun desde el castillo como la más eminente, lo que no podian hacer en el castillo, por la estrechura de la plaza,

cuya defensa, con cuanta más gente se intentase, tanto más facilitaba la entrada su propio embarazo y muchedumbre; y que cuanto al socorro que le podia entrar, habiendo de venir por lo menos de siete leguas (que tantas hay de Dorlan á Amiens, y era la ciudad más cercana), se podian buscar otros remedios sin tomar uno tan peligroso y largo como hacer aquella empresa de dos veces, pudiendo hacerla de una. Ponderó finalmente el Conde las razones de todos, y al fin se resolvió en seguir el parecer de monsieur de la Mota, no menos por su larga experiencia que por haber de ser él mismo el que habia de ejecutarle con la prisa ó espacio que quisiese poner á su artillería; que como la pasion y deseo de acreditar con el suceso su parecer en todos tiene tan gran lugar, que viene á ser negocio propio, y como tal se procura conseguir; y así es prudencia encargar la ejecucion á quien da el consejo cuando tienen partes para podérsele fiar. Atendiendo pues á esto la Mota, con extraordinaria diligencia yendo aquella misma noche á reconocer el puesto donde habia de plantar la artillería, le alcanzó un mosquetazo por encima del ojo derecho que le salió al colodrillo, de que cayó luego muerto. Afírmase que en su vida con haber hecho aquello infinitas veces, le habian visto pedir armas fuertes sino aquella noche, que en el reducto que se levantó aquella tarde para comenzar á abrir trincheras pidió sus armas al capitán don Jerónimo de Silva, y con todo eso, le dieron por entre la falda del morrion y la rodela. Fué Valentín de Pardieu, señor de la Mota, de linaje modesto, nacido en el país de Artois; profesó la guerra de su juventud, y en la de San Quintin era ya capitán de infantería walona; siguió la artillería con monsieur de la Cresionera, general de ella en tiempo del duque de Alba, y gobernándola él, batió á Harlem y á Alquemar, é hizo muchos servicios en Holanda. Hízole el Duque coronel de walones, y en tiempo del comendador mayor alcanzó el gobierno de Gravelingas. En las últimas revueltas de los Estados batió por ellos el castillo de Gante; y aunque no de los primeros, vino al fin á servir al señor don Juan, llevando consigo á la devoción del Rey la importante plaza de Gravelingas; en cuyo agradecimiento le confirmó todos sus cargos y tuvo siempre cerca de su persona. Perseveró des-

pues con más fidelidad que fortuna, hallándose en todas las cosas que se ofrecieron en su tiempo, y señalándose siempre en ellas. No fué dichoso en las que emprendió siendo cabeza, aunque es cierto que las encaminó con prudencia y las ejecutó con valor. Alcanzóle esta mala suerte hasta en salir herido de todas las facciones. En el asalto del fuerte de la Enclusa dejó el brazo derecho, en cuya recompensa le dió el Rey la encomienda de Estepa, y el duque de Parma de quien fué muy estimado, la superintendencia de todo el condado de Flandes. Adquirió en efecto toda la estimación que pudo desear, y tales premios, que se gratificaron con ellos dos señores de gran calidad y tres soldados de mucha cuenta, de esta manera: el regimiento se dió á monsieur de La-Coquela, su teniente coronel; la compañía de hombres de armas al conde de Sora, el gobierno de Gravelingas á monsieur de Garnoval su sobrino, que había servídole de teniente en aquella plaza muchos años; la superintendencia de Flandes á Juan de Ribas, gobernador de la Enclusa, y la artillería á monsieur de Balanson, conde de Varas, hermano del marqués de Barambon.

Sintió mucho el conde y todo el ejército la pérdida de monsieur de la Mota; pero, faltando su apoyo á la opinión de acometer la villa, se resolvió con facilidad el acometer el castillo, y fué el remedio total de aquella empresa, que por el otro camino iba á muy gran peligro de no acertarse. Retiróse en siendo de dia la gente de las praderías, donde estaba, junto al río, y acuartelóse en un vallado distante tiro de esmeril del castillo, en parte algo acomodada por haber agua y algunas casas. Entre el vallado y el castillo, había una elevación ó loma cubierta de la artillería, que se destinó para plaza de armas, en la cual se hizo un fuerte para asegurarla. Otros dos se hicieron á las espaldas de los cuarteles, por cubrirlos del enemigo, y otro más capaz que todos en la parte septentrional de la villa, para guardar el río y el paso para el país de Artois; en guardia de los cuales se ocuparon mil y quinientos hombres, que casi era la cuarta parte del ejército. La vanguardia de las trincheras tocó al tercio de don Alonso; y así, se encargó de ellas Hernan Tello Puertocarrero, sargento mayor, por la poca salud del Maese de campo; las cuales se comenzaron á abrir la

misma noche, que fué la de 17, encaminadas al ángulo diestro del baluarte llamado Amiens. Iban de subsidio con los españoles de ambos tercios los borgoñones y walones, que lo hicieron maravillosamente; tal, que con dos noches de trabajo se llegó á la estrada cubierta, y la tercera se echó al enemigo de ella, ganándole un relleno que tenía para su defensa; y fué así:

Resuelto Hernan Tello en hacerse señor del foso, le pareció, con consejo del conde Pachoto, que servía de ingeniero mayor, del ayudante Diego de Durango y de los capitanes, que era fuerza ocupar el relleno, distante más de cincuenta pasos de la cabeza de las trincheras, y resolvíose que se hiciese al apuntar del dia; y así, con este intento se trabajó toda la noche en arrimarse á él cuanto fué posible, y en apercibir gran cantidad de palas y zapas, fagina y todo lo necesario para tomar pié y fortificarle en ganándole; reforzóse de gente las trincheras, y dado por señal de arremeter un cañonazo, que se tiró media hora antes del dia, arremetieron de vanguardia los capitanes Antonio Sarmiento de Losada, Francisco Vega de Mendoza, don Juan de Londoño, alférez del maestre de campo don Alonso, y parte de la compañía de Buitrago, que, dejando su bagaje en Chatelet, había salido con órden del Conde para aquella ocasión; la mayor dificultad estuvo en bajar al foso y subir al relleno, á causa de los lodos y deslizaderos causados de una continua lluvia; la cual, dañosa en esto, fué de provecho para imposibilitar las armas de fuego que de ordinario jugaban de la muralla. Resistieron, con todo eso, valerosamente ciento y veinte franceses que había en aquel puesto, hasta que, viendo dentro á los nuestros, se retiraron algunos á su casamata, dejando muertos cosa de sesenta, y perdidas las armas de todos. Fortificáronse los españoles y naciones en el puesto (aunque no sin muerte y heridas de muchos, y entre ellos, de don Gabriel de Sotomayor, capitán de borgoñones), lo cual bastó para conservarle, y con él el dominio de toda la estrada cubierta.

Eran ya los 23, y aunque se habían hecho grandes diligencias para echar al enemigo del foso, no había sido hasta entonces posible, haciéndose ellos fuertes en ciertas casamatas bajas en forma de gale-

rias, ó como desde entonces las comenzaron á llamar, de caponeras, á donde no podian ser vistos de la artillería de nuestro campo, dado que estaban ya plantadas tres piezas sobre el arcen del foso, y la noche de los 22 se supo de un prisionero cómo por la puerta de Lucheu habian entrado en veces pasados de ochocientos hombres de socorro; y que hallándose ya los sitiados con tres mil infantes y más de quinientos caballos, habia escrito el gobernador á Bullon y San Pol, que estaban en Amiens, que le metiesen mil infantes escogidos más, y que les ofrecia de salir á dar la batalla al campo español. Habia ya antes de esto el Conde enviado á pedir gente de socorro al condado de Flandes; y sabido aquello y los grandes aparatos que se hacian en Amiens para socorrer la plaza, envió á dar prisa á esta leva, que no tardó en venir ni dejó de ser á su tiempo de servicio. En este estado estaba el sitio de Dorlan, cuando la noche de los 23 se tuvo aviso por una espia que residía en Piquiñ de cómo habia entrado en Amiens monsieur de Vilars, almirante de Francia, con cuatrocientos caballos escogidos entre la nobleza de Normandía, y que el conde de san Pol y el duque de Bullon habian escrito al de Nevers (que todavía estaba en san Quintin apercibiéndose de veras para socorrer la plaza) que la socorrerian ellos ó perderian las vidas; y en prueba de esto, volvieron al amanecer los corredores del campo, afirmando que habian descubierto grandes tropas que venian marchando de la vuelta de Amiens. No tardó mucho en llegar otro aviso de cómo llegaba ya el enemigo al village de Horrevile, y á las diez del dia se comenzaron á descubrir distintamente once tropas de caballos, que, al juicio de los prácticos, pasaban de mil y quinientos. Pensóse al principio que no era aquello más que una ostentacion de sus fuerzas y deseo de reconocer las del campo español, y el creerlo así todos pudo causar una notable confusión, que al fin se sirvió Dios de ella misma para darnos la victoria; porque, si los enemigos no la conocieran en nosotros nunca pasaran tan adalante, como ellos propios lo decian despues. Estaba el enemigo á menos de legua francesa, y discurriase en lo que se podia hacer en lugar de ponerse de manera que se pudiese acudir á todo lo que él hiciese. Temióse que daria en los cuarteles, y estando ya cargado el

bagaje, se mandó subir todo á la plaza de armas; lo cual, visto por los franceses, persuadidos ya de antes de nuestras pocas fuerzas (que siempre es imprudencia creer que tiene pocas el anemigo), pensó absolutamente que nos retirábamos, y dícese que entre ellos se comenzó á discurrir si nos seguirían, ó si les bastaba haber socorrido la plaza; si ellos y nosotros creyéramos el medio de estos dos extremos, ninguno quedaría engañado. Con todo eso, viendo el Conde que el enemigo se encaminaba con resolucion á nuestra plaza de armas, ordenó que se doblase la guardia de las trincheras; que al calor del gran fuerte que aseguraba la dicha plaza de armas se formase un escuadron de infantería, que á lo sumo podía ser de dos mil hombres, con cuatro medios cañones, fuera de un escuadroncillo volante, todo de españoles, que se sacó con intento de emplearle en donde fuese necesario. Del gran escuadron se encargó don Agustín Mesía, del volante los capitanes Alonso de Rivera, Francisco Vega de Mendoza, Contrefas, Rosado y don Pedro de Guevara. Al teniente de maese de campo general Gaspar Zapena se ordenó que asistiese en la plaza de armas con mil alemanes, para acudir con todos ellos ó con parte á donde se le ordenase.

Venia en esto marchando el enemigo en esta ordenanza: la vanguardia con sus normandos y cien corazas de Picardía traia el almirante Vilars, repartida en dos tropas de á doscientos caballos y una de ciento; la batalla, en que podía haber trescientos caballos picardos, todos de una tropa, traia á su cargo monsieur de Saseval; lo restante hasta el número de seiscientas corazas, repartidas en cinco tropas, traian el duque de Bullon y el conde de San Pol. Sin estos tres cuerpos, había algunas tropas de arcabuceros de á caballo y dragones sobresalientes, que iban delante de cada trozo para tratar la escaramuza. Sobre su mano derecha marchaban mil y doscientos infantes escogidos de los regimientos de Campaña y Picardía, y veianse venir marchando con ellos veinte carros cargados de municiones de guerra. Su intento era meter la infantería y municiones en la villa, y retirarse dando una mano á nuestra caballería, en que se les ofrecía menos dificultad de la que hallaron.

Viendo el Conde ya á los enemigos tan cerca, que andaban escamuzando sus corredores con la compañía de Francisco de Almansa, que les dió algunas cargas valerosamente, mandó salir á los hombres de armas sobre la mano derecha y á la caballería ligera por la izquierda, y comenzó á marchar él en medio la vuelta del enemigo, acompañado él y el guion de la compañía de don Sancho de Luna y de toda la gente particular de su córte, algunos de los cuales eran el duque de Aumale, monsieur de Rona, los príncipes de Simay y Avellino, el marqués de Barambon, don Alonso de Mendoza, Estéban de Ibarra, don Juan de Bracamonte, Juan de Guzman, Bartolomé de Torralba, sargento mayor de don Antonio de Zúñiga, y cosa de veinte y cinco ó treinta capitanes reformados. Los hombres de armas, con el conde de Bossu, que los gobernaba, hicieron luego ala y se estuvieron firmes, conforme la órden que se les dió. No tuvo tanto tiempo la caballería ligera; porque, en llegando al puesto las dos primeras tropas, que eran las compañías de Alonso de Mondragon y don Ambrosio Landriano en una, y las del conde Alonso de Montecuculo y conde Francisco Beljoyoso en otra, fueron acometidos por la tropa grande del Almirante, y sin romper cuatro lanzas, les hicieron volver las espaldas. La tropa de Saseval entre tanto, apartándose sobre su mano derecha, parece que daba muestra de quererse dejar caer la vuelta de la villa. Llevaba la tercera tropa de lanzas don Carlos Coloma con su compañía y las de don Juan Gamarra y don Francisco de Padilla, que todos podían hacer el número de ciento y cincuenta lanzas; y pareciendo que aquella tropa procuraba evitar el choque y embestirle después por el costado, sin darle lugar para ello ni aguardar órden, que en casos semejantes suele dar las más fuertes leyes la necesidad, cerraron él y don Juan de Gamarra (que, aunque muy mozo, probó harto bien aquel dia) con tanta resolucion, y sus soldados con tanto valor, que al punto se vieron por tierra más de cien franceses muertos y apeados, y los demás volvieron las espaldas á rienda suelta. De los nuestros murieron cinco, de las pistolas enemigas: al alférez don Carlos Juan de Terraza, natural de Mallorca, después de haber atravesado el estandarte por el cuerpo á un enemigo y roto la lanza, le mata-

ron el caballo, que le cayó encima. El Conde entre tanto, vista la ruin prueba de las primeras tropas de lanzas y el buen suceso de la de don Carlos, mandó cerrar á don Sancho de Luna y que embistiese por el costado á la tropa del Almirante, que se había metido en seguimiento de las dichas primeras tropas; y yéndolo á hacer don Sancho, y rompiendo él y algunos de los primeros sus lanzas valerosamente, le acometió por el costado la última tropa de las cien corazas del Almirante, en que venia su persona; murieron algunos de ambas partes, y don Sancho salió herido de un pistoletazo en el lado izquierdo. Adelantábase coa lo restante de la caballería ligera don Ambrosio Landriano cuando comenzó á ordenar el Almirante la retirada, medroso de nuestra infantería, que veía venirse acercando, sin que á todo esto Bullon ni San Pol hiciesen más que dar calor á su vanguardia y batalla. Esto fué la causa porque el Conde no dejó cerrar á los hombres de armas, que en número de mas de seiscientos caballos estaban firmes. En comenzando el enemigo á retirarse, parece que brotaba caballos nuestros el campo; tal, que en tropas separadas comenzaban á apretar demasiadamente al Almirante y á la gente escapada, aunque poca, de la tropa de Saseval, que al momento hicieron un cuerpo; y como el Almirante era soldado, conoció su perdición si no hacia un esfuerzo extraordinario, y para poderle hacer con más comodidad, envió á pedir ciento y cincuenta corazas más á Bullon y San Pol, que al punto se las enviaron con el conde de Belin; con este socorro mandó el Almirante volver las caras, si bien se le habían disparado ya ocho ó diez cañonazos, aunque con poco efecto; y de tal manera cerró con nuestra caballería desmandada, que, sin aguardar al choque, volvió las espaldas á más que de paso. Alonso de Ribera y los demás capitanes que llevaban el escuadroncillo volante se hallaron en una colina sobre nuestra mano izquierda, por debajo de la cual iban pasando las tropas francesas cargando á las nuestras, y haciendo disparar á la mosquetería, hizo en ellas mucho daño; esto, y el venir otra vez cargando el Conde con los hombres de armas por la mano derecha, y don Carlos con la caballería española por la izquierda, que, habiendo cargado un poco á los que se escapaban de la tropa de Saseval, volvió resuelta-

mente á cerrar con la del Almirante, seguido de don Ambrosio Landriano, el comisario general Contreras y los de nás capitanes y tenientes españoles, y las compañías de italianos y otras naciones, animados todos con haber visto á nuestra infantería en tan buen puesto, cerraron de golpe y acabaron de romper al Almirante; con que fué todo desorden, matar y prender enemigos. La detencion que causó esto dió la vida á Bullon y San Pol; los cuales, valiéndose de la segunda arremetida del Almirante para mejorar ellos su retirada, tomaron la vía de Amiens, y en breve, aunque cargados más de una legua con la resta de su retaguardia, se perdieron de vista. Escaparonse con ellos cosa de quinientos caballos; todos los demás quedaron muertos y presos. El Almirante, vistoso y galan y en un gallardo caballo, cayó en manos de los tenientes Pedro de Sosa y Hernando Patiño, soldados de don Carlos Coloma; llegaron luego el capitan Hernando de Salazar y el teniente del vizconde de Toja, hijo de monsieur de Rona, y pretendiendo parte, comenzaron á desavenirse, sin querer escuchar al Almirante, que en fino español les decia que se sosegasen, que para todos habria; sintiendo gusto particular de haber caido en manos de españoles. Llegó á esto el comisario general Contreras, y dicen algunos que, de envidia de ver tan buena presa en otras manos, mandó á un paje suyo que le matase y partiese la diferencia; el mozo no fué perezoso, porque, poniéndole la escopeta por la sien, le atrevesó la cabeza y cayó luego muerto. Daba por disculpa Contreras que no era justo entretenersese con prisioneros no estando el enemigo aún acabado de deshacer (como era la verdad), aunque fuese aquel de tanta calidad y nombre, dando hartsos ejemplos de haberse trocado la suerte de las victorias, por ponerse los soldados intempestivamente á gozarlas. El Almirante pues, así como fué el primero á dejar el bando español, y con él el apoyo de la religion en Francia, así permitió Dios que fuese tambien el primero á recibir el castigo de mano de españoles, si bien su género de muerte la aprobaron los menos. La infantería enemiga entre tanto iba procurando ganar al falda de un bosque, cuando, acometida por nuestra caballería, quedó degollada toda tras bien poca resistencia, durante la cual hirieron de

un arcabuzazo por la boca de don Luis Puertocarrero, de que curó despues. Los carros de municiones se trajeron enteros al Conde, y las recámaras de los príncipes fueron saqueadas en un momento. Murieron en esta batalla, fuera de toda la infantería, que no se tomaron cincuenta á prision, pasados de setecientos franceses de su caballería, la mayor parte gente noble, y quedaron presos ciento y treinta y cuatro. De gente particular, á más del Almirante, murieron monsieur de Saseval, teniente general de Picardía, el que entregó las plazas de Amiens y Abevila al francés; el señor de Sisenay, mariscal de campo; los señores de Gamache, Perdriere y Crausie, los gobernadores de Roy, Troya, Turs, Diepa y Pontaudemer; los señores de Verli, Nenberg y Cañonville, capitanes de caballos, y más de otros cién caballeros de nombre. De prisioneros, el de más estima fué el conde de Bellin (ya gobernador de París, y en esta ocasion de Han), que, mal herido, se rindió á don Carlos Coloma; los señores de Lonchá, Bave y Aubigni, el baron de la Trese, y hasta cincuenta gentiles hombres de calidad, que todos pagaron gruesos rescates. Fué esta victoria lunes, 24 de Julio, víspera de Santiago, gloriosísimo caudillo y patron de las armas españolas; á su intercesion dél y al valor de ellas se debe el buen suceso de este dia, y no, como dice Campana, á la nobleza italiana ni al príncipe de Avellino, pues ni él ni ella se apareon, como refiere, ni tuvieron para qué, si bien es sin duda que, siguiendo y acompañando al conde de Fuentes como á su capitán general, que es todo lo que hicieron, cumplieron con lo que estaban obligados, y aventuraron sus vidas con la prontitud que lo habian hecho otras muchas veces. Tentaron los sitiados mientras duraba la batalla (que fué más de tres horas) el hacer salida, y fueron rechazados con pérdida de los más atrevidos. Acertaron á llegar aquella propia tarde ochocientos infantes walones, que venian del condado de Flandes á cargo de monsieur de Peransi; los cuales vistos por los sitiados, pensando que era su socorro, salieron á recibirlos cosa de quinientos por la puerta de Arras, y desengañados en el toque de las cajas, volvieron á Dorlan, aunque no sin pérdida. Las compañías de Francisco Coradin, Rugero Caytan y Carlos Visconde, con otras dos de arcabuceros de su

nacion, no se hallaron en la batalla, por estar algunas de ellas fuera en servicio del ejército, y otras ocupadas guardando algunos puestos que no pudieron dejar, las cuales si se hallaran, es cierto que no mereciera silencio su valor, como tampoco lo merece lo que hizo el capitán Roberto Fantasin, teniente del conde Francisco Beljoyoso, que gobernaba su compañía en ausencia del capitán, que, viendo la ruin prueba que había hecho su tropa y la que llevaba la vanguardia, tomando doce lanzas, y la suya trece, cerró con un escuadroncillo de cosa de treinta franceses, todos gente principal; y abriéndolos, pasó por ellos dos ó tres veces con muerte de los más, si bien en la última arremetida quedó él muy mal herido debajo de su caballo, y murió pocos días despues, de las heridas.

Este fué el suceso de la batalla de Dorlan, escrita por tantos y tan variamente, y de que apenas hacen mencion los escritores franceses, conforme á su costumbre, como si no fuesen las armas jornaleras, como ellos dicen, y sujetas más que ninguna otra acción de los mortales á infinita cantidad de accidentes, por donde la infelicidad de los malos sucesos (como cosa no del todo en nuestra mano) debe sufrirse constantemente, puesto que el repartidor de todos los bienes, que es Dios, á ninguna nacion en particular ha vinculado las victorias. Esta por lo menos fué de las más señaladas de nuestros tiempos, y principio de otras que siguieron lo restante del año y el siguiente. Entre los muertos fueron conocidos el Almirante y Saseval; y mandados poner por el Conde decentemente, los envió al duque de Nevers, que se supo haber llegado á Amiens aquel propio dia, para que los hiciese enterrar con las honras debidas á la calidad de sus personas. Agradiólo mucho el Duque; y deseando mostrar que le quedaba ánimo para tentar otra vez el socorro, salió en persona con las reliquias de su caballería y con cerca de dos mil infantes, la mayor parte sacados de los presidios de Picardía, y se presentó á dos leguas de nuestro campo. Hubo quien aconsejaba que se fuese á buscarlos, aunque al fin pareció más prudente consejo obligarle á llegar más si queria socorrer la plaza, y mayor reputacion el ganársela delante de sus ojos. Esta asonada fué á los 28; y sin hacer otra diligencia ni estar noche

en campaña, medroso de alguna encamisada, se retiró el de Nevers á sus cuarteles, que los tenía arrimados á las murallas de Amiens.

No desmayaron por esto los sitiados, antes parece que se animaron más á defenderse valerosamente, como desesperados de socorro. El conde de Fuentes, después de haber hecho dar las debidas gracias á Dios y avisado de esta victoria al duque de Feria don Diego de Ibarra, y finalmente á todo el consejo de Estado, que residía en Bruselas, deseoso de acabar con aquella empresa y quedar desembarazado para la de Cambray, á donde le llamaban los países de Henao y Artois, y sobre todo su buena fortuna, determinó de hacer una gallarda batería de veinte y cuatro cañones; y porque no se hallaba con más que diez y seis, envió á don Carlos Coloma con mil infantes y cuatrocientos caballos á Arras por otro seis cañones y dos culebrinas, que llegaron al campo á los 28 con el capitán Lámberto, uno de los tenientes de artillería, á quien y á los capitanes Cristóbal Lechuga y Mateo Serrano se encargó el batir el castillo, como lo comenzaron á hacer al alba del dia lunes 31 de Julio, sin que en todo este tiempo se hubiese podido acabar de echar del todo al enemigo del foso, aunque se procuró con grande daño suyo, que perdió en defensa de aquella mucha gente. Faltó de la española también alguna, y heridos hubo muchos, y en particular el capitán Alonso de Ribera, don Fernando de Deza, don Diego de Villalobos y otros. Sin embargo, pareció pequeño inconveniente dejar de limpiar del todo el foso, pues era cierto que no pudiendo estorbar el asalto desde ciertos traveses, á quien llamaban, como dicho es, caponeras, hechas á prueba de mosquete, con sus troneras, y capaces de veinte y cinco ó treinta hombres, habían de acudir á defender la batería ó quedar cortados siempre que se tomase puesto en ella. En la principal jugaban diez y seis cañones, cuatro en la que procuraba quitar el través de la casamata, y en una elevación natural (que parece la puso Dios allí para aquello) dos cañones y dos culebrinas, las cuales, y en particular la una, alojada allí con un medio cañón desde el principio del sitio (á quien los enemigos llamaban la Rabiosa, por no haberse disparado tiro sin daño notable suyo), descorriaban la batería por costado, y no dejaban parar ceston ni perso-

na á la defensa por el aquella parte. Comenzóse á batir con una niebla tan espesa, que, ayudada por más de dos horas del humo de la pólvora, parecía que se podía cortar, y fué de mucho provecho, porque sin poder ser vistos los que manejaban la piezas; por estar con sola la distancia del foso en medio, veían ellos muy bien el pie de la muralla; y fué tal la prisa del batir, ayudando también á ello el tiempo fresco y el rocío de la niebla, que cuando el sol la acabó de deshacer estaba ya sentida casi toda la muralla y amenazando ruina. Continúose el batir hasta las tres, después de mediodía, con tan gran efecto, que casi á un mismo tiempo cayeron más de veinte brazas de muralla con su terrapleno, y la mayor parte del través de la casamata colateral.

Los enemigos, que todo aquel sitio habían mostrado mucho valor, cuidado y diligencia, y en particular monsieur de Harcourt, soldado de larga experiencia, cuyo parecer seguían en todo y por todo el conde de Dinan, gobernador, y monsieur de Ronsoy, su hermano, alcaide del castillo, no habían estado entre tanto ociosos; antes, haciendo cortar y dejar fuera todo lo batido, se atrincheraron por de dentro y se fortificaron cuanto se lo permitió la cortedad del tiempo y la estrechura de la plaza, aparejándose todos al asalto, y en particular más de cuatrocientos caballeros, que, blandiendo las picas y hechos un monte de hierro, le esperaban con gran resolución. No tuvieron menos cuidado de sus almas, pues se afirma que pasaron de dos mil los que se comulgaron aquella mañana.

Avisado el Conde del buen efecto que había hecho la artillería, vino á las trincheras, acompañado de todas las personas particulares que le seguían; y para evitar el desorden de la Capela, mandó á todos que no se moviesen de junto á su persona ni pensasen quitar las primeras hileras á sus soldados, que aquel era su día, en esperanza del cual trabajaban todo el año, y sufrián con gusto tanta manera de trabajos corporales. La resolución con que mandaba el Conde, y el ejemplo reciente de Chatelet, á donde tuvo para cortar la cabeza don Alonso de Lerma porque arremetió contra su orden á la batería, detuvo y refrenó la voluntad con que todos se ofrecían al peligro, y en particular el príncipe de Avellino, que, como mozo y deseoso de hon-

ra, cuando llegó el Conde estaba ya en las trincheras armado él y doce gentiles hombres de su nacion que le seguian, y puestos á punto de pelear.

Discurrió el Conde con los del consejo si se daria asalto general y con banderas, y resolviose que no, sino que los capitanes á quien tocaba la vanguardia tomasen puesto en la muralla y le fortificasen, desde el cual, ó se obligaria al enemigo á que se rindiese, ó se tomaria la ocasion de más cerca y cuando el enemigo estuviese más descuidado. Mientras se trataba de esto, y la gente estaba amontonada en las trincheras aguardando la orden, llegó un cañonazo de la villa y mató nueve ó diez soldados, y entre ellos al capitán Vasco de Carvajal, que tenia la vanguardia, y al capitán Francisco de Salcedo, ambos del tercio de don Agustin; quedaron heridos los capitanes Saavedra y Buitrago, del de don Alonso, y más de otras doce personas.

Arremetieron de vanguardia (con los capitanes Isidro Pardo y Antonio Sarmiento de Losada, que lo eran de arcabuceros, y don Juan de Londoño, alférez de don Alonso de Mendoza, y con ellos el capitán Alonso de Soria, entretenido, que asistia por orden del Conde en las trincheras y se mezcló sin ella) trescientos españoles de los dos tercios, y doscientos entre walones y borgoñones; seguianles de socorro don Juan y don Jerónimo de Silva, Jerónimo Cimbron y la compañía de Alonso de Ribera, gobernada por su alférez Juan de Ribera, por estar él herido en un brazo, con cuatrocientos españoles y trescientos entre walones y borgoñones; y esta segunda tropa tenia orden de no salir á la batería hasta que los primeros hubiesen tomado pie; los cuales, hecha la oracion, arremetieron con tanto valor, que al momento se vieron pelear pica á pica con los franceses, en quien hicieron mucho daño las bombas y picas de fuego que llevaban algunos de la vanguardia, y las cuatro piezas de la montañuela. A cosa de un cuarto de hora de resistencia cayeron muertos de mosquetazos don Juan de Londoño é Isidro Pardo, y tras ellos atrevesado con otro de un ojo al colodrillo Antonio Sarmiento, aunque vivió despues. Alonso de Soria, herido en un brazo, procuraba conservar lo ganado en la batería cuando arremetió la segunda tropa, la cual

peleó por más de una hora con singular valor de ambas partes. Habia hecho aparejar el Conde otra tercera tropa con lo último de las fuerzas; y viendo que el tomar puesto se había convertido en asalto, animado del gran efecto que hacia la artillería de la montañuela, que cada balazo llevaba tres y cuatro franceses, dió la señal de arremeter de veras. Peleaban los enemigos en lugar estrecho, y sin través que ofendiese á los nuestros por costado; y así, aunque hicieron lo último de valor, hubieron finalmente de ceder al de los españoles y la demás gente de naciones, que se señaló mucho este dia. Murió peleando valerosamente el conde de Dinan, por cuya falta (y herida de muerte de su hermano el señor de Ronsoy, y viéndose comenzar á herir por las espaldas, ganada una cestonada los nuestros, por la cual comenzaron á correr la muralla apellidando victoria y Santiago) cesó del todo la resistencia, y se comenzó á matar con la残酷za acostumbrada en semejantes casos, y no con el exceso que los franceses pintan, pues no se pasó á matar mujeres ni niños, ni tal consintieron los capitanes ni la nobleza española, en quien es cierto que no reina menos modestia que valor; pero habiendo muchos no podian morir pocos, y más haciéndose el saco general y abriéndose las puertas á la caballería y á las naciones. Que hubo desórdenes nadie lo niega, ni que en tales accidentes es posible que falten. De los mayores que sucedieron fué un incendio, sin que se pudiese averiguar el autor, que abrasó en un momento lo más y mejor de la villa; y la abrasara toda si el Conde no acudiera en persona á remediarlo, como se hizo con el último remedio de derribar las casas cercanas al fuego quitándole la materia.

El saco fué de poca consideracion, por ser aquella tierra fronteriza, y más presidio de soldados que habitacion de gente rica: tomáronse hasta veinte y cuatro piezas de artillería, entre grandes y pequeñas, y pocas municiones, por estar ya consumidas. Murieron cerca de dos mil y quinientos franceses, sin contar los burgueses de la villa, que pasaron de seiscientos. Los muertos de consideracion fueron el conde de Dinan y su hermano el señor de Ronsoy, los señores de Angerville, Fescans y Povilli; cinco capitanes de caballos y treinta y dos de infantería, con sus oficiales. Quedaron en prision monsieur de Ara-

court y un hermano suyo; el señor de Griboval, gobernador de Pondermi; el de Vileroy, maestro de campo; los señores de Sansouin, de Conroy, de Trefarte y de Bracamont; los de Ambreval, Tanquer, Fremoyer y San Marc, los de Rinseval, Simoneur, Gramvel, Belaval, Quelis y Valecour y otros muchos de menos nombre. Vese en esto la honrada resistencia que hicieron en aquella plaza, y el valor de quien la ganó, tan bien defendida. A los señores de Aracourt, Griboval y Rinseval envió el conde de Fuentes al castillo de Amberes por su cuenta, y pagaron entre los tres cuarenta mil ducados por su libertad; los demás fueron de quien los tomó; y estimase que los días de 24 y 31 de Julio se tomaron prisioneros de más de doscientos mil ducados de rescate, y si el Almirante viviera pudiera darlos él solo.

Proveyó el Conde el gobierno de aquella plaza en el sargento mayor Hernan Tello Puertocarrero, á cuyo cargo habian estado las trincheras en aquel sitio. Dejóle ochocientos hombres de todas naciones de guarnicion, y doce mil ducados para levantar las baterías y para allanar aquella eminencia desde donde había recibido el enemigo tanto daño, que se hizo no sin trabajo, causándole mucho mayor la mortandad de tantos cuerpos; porque, si bien por cuatro días continuos no hicieron otra cosa más de cien carros que llevarlos á una sima muy honda que había algo apartada del castillo, á donde se cubrieron con dos picas de alto de tierra, fué tal la putrefaccion y corrupcion del aire, que causó una peste, de que acabaron de morir los pocos burgueses que quedaban, y es cosa digna de admiracion que no dañaba á los soldados. Dióse Hernan Tello, no sólo á reparar las murallas, sino tambien á reedificar las casas consumidas del fuego, que sin este remedio no se pudiera alojar el presidio, y en particular la caballería, que en número de siete compañías se le metió de guarnicion pocos meses despues.

Quince días se detuvo el Conde en Lucheu, burgaje una legua de Dorlan, que fué lo que tardó en ponerse en defensa la batería y repararse algun tanto la gente, que lo había bien menester, durante los cuales no cesaron de venir al Conde embajadas de las provincias de Artois, Henao, Lila y Tornesis, en que con gran instancia le pedian

hiciese la empresa de Cambray, tan deseada por ellos, cuanto conveniente al servicio del Rey, para la cual ofrecian grandes ayudas, Henao ofreció doscientos mil florines, que son escudos de á diez reales ochenta mil, cinco mil infantes y gran cantidad de municiones. Artois ofreció cien mil florines y dos mil infantes. Lila, con su chatelanía, ciento y cincuenta mil florines. Luis de Barlaimont, obispo de Tornay y arzobispo de Cambray, cuarenta mil florines y el cuidado de solicitar todo lo demás; y entre todos se compusieron en levantar y pagar cuatro mil gastadores. Deseó el Conde poder traer de Brabante un torcio de los dos de españoles y el regimiento de Estanley; pero, avisado de que el enemigo hacia punta á Frisa y que se encaminaba la vuelta de Grol, hubo de enviar á mandar á Mondragon que fuese en su seguimiento con todo el ejército que tenía á su cargo; cuyo suceso contaremos despues junto. Tentóse tambien el ánimo de los amotinados de Tilmont y la Capela, los cuales, deseosos de lavar la mancha de los desórdenes pasados con algún servicio, ofrecieron los primeros seiscientos caballos (aunque tardaron en llegar), y los segundos doscientos y cincuenta, y éstos gobernados por tres de los de su consejo. Los de Tilmont trajo el conde Juan Jacobo Beljoyoso, uno de los rehenes, quedando todavía en su guarnicion don Francisco de Padilla; trabajó mucho en solicitar esta resolucion de los amotinados Carlos Felipe de Cro, marqués de Havré, que asistia ya en Bruselas con los demás del consejo de Estado.

El Conde, con la esperanza del socorro de las provincias, y la nueva que tuvo de que se ponian en órden los amotinados para venirle á socorrer; animado tambien con un regimiento de walones nuevo que levantó el conde de Buscuoy, recien venido de España, en que habia más de mil quinientos, con el regimiento de alemanes que traia el conde Via y walones de La-Barlota, que acabado del todo lo de Luxembourg, y rehechos ellos venian marchando, y se sabia que habian entrado en el país de Namur, levantó el campo de Lucheu, y en cuatro alojamientos se puso á vista de Cambray con menos de siete mil infantes y mil quinientos caballos. Baliñi, sabido la poca gente con que el Conde se acercaba, dicen que lo escribió á su Rey, mos-

trando tanta confianza de sus fuerzas, que le suplicó, segun afirman los franceses, que no volviese las espaldas á las cosas de Borgoña, y le dejase á él la honra de defenderle aquella ciudad; por ventura se lo levantaron para disculpar lo que tardo el Rey en venir, y la reputacion que perdió dejando perder una ciudad tan importante sin atreverse á socorrerla, habiendo llegado con grandes fuerzas tan cerca, como lo tocaremos á su tiempo.

Es Cambray una de las mayores y más nobles ciudades de los Estados-Bajos, fuerte de sitio y fortificada con el arte desta manera: por levante tiene á la ciudadela, de cuatro baluartes, con foso seco, por ser lugar eminente, aunque harto profundo, pero bien guardado de traveses y medias lunas; desde el cual, siguiendo hacia el norte, lo primero que se ofrece es un medio baluarte real llamado Roberto, que, franqueada toda su cortina por uno de los del castillo, tiene el un orejon fortísimo, y sus casamatas baja y alta, con que defiende hasta la puerta llamada por los del país «du Mal,» y por los españoles de Nuestra Señora, como comunmente se llamó en todo el sitio y se llama hoy en dia, que es por la que se va á Valencianas; en guardia de la cual, hasta la querta de Seles, que corre todo linea recta, hay un rebellín de tierra y fagina, llamado la Nua. Sigue luego el castillo y puerta de Seles, obra antigua, que por serlo tanto, queriendo Baliñi fortificar aquello á lo moderno, hizo algunos años antes tres puntas de baluartes en forma de estrella, de tierra y fagina; todas las cuales gozan ya del beneficio de agua. Desde esta puerta hasta la de Cantimpré corre una cortina que mira al poniente, á toda la cual (fortificada tambien con una muralla muy capaz y bien terraplenada) acaba de asegurar la corriente de la Eschelde, y el ser aquel suelo, no sólo pantanoso, sino casi inaccesible. Desde Cantimpré sigue otra cortina hasta la puerta del Santo Sepulcro, con foso de agua muy hondo, murallas muy bien terraplenadas y un rebellín muy bueno. Desde esta puerta vuelve la muralla en figura de arco hasta la que llaman Nueva, pasada la cual, y un baluarte muy grande, llamado San Jorge, se acaba el agua y comienza otra vez el foso seco, profundo y bien defendido de traveses, como se ha dicho. Desde esta

puerta Nueva se vuelve á topar con el castillo. Ocupará lodo este círculo que habemos dicho el espacio de una legua francesa ó tres cuartos de una española; dentro del cual habia cosa de cinco mil casas, y en esta ocasión se hallaban más de siete mil ciudadanos muy bien armados, franceses de corazon los más, y de hábito todos, y algunos dellos herejes. De presidio tenia Baliñi en la ciudad al pié de dos mil infantes entre franceses y walones, quinientos esguízaros y algunos más de trescientos caballos, y en la ciudadela cosa de quinientos franceses escogidos, gente toda fronteriza y ejercitada.

Llegó á Cambray el Conde á los 14 de Agosto, y alojóse en la Folia, menos de media legua de la ciudad; y reducido á consejo con las cabezas del ejército, declaró la resolución con que venia de acometer aquella plaza. Pintó las fuerzas y ayudas que aguardaba, y pidió solamente consejo sobre la forma de sitiárla, y para resolverlo mejor, dejando la mitad de la caballería de la parte de Cantimpré, pasó con la otra mitad á la del castillo; y después de haber reconocido toda aquella parte oriental de la ciudad, volvió contento de ver la bondad del terreno, á que no desayudó el saber que la caballería, que á cargo de don Carlos Coloma había quedado de guardia en la otra parte, habiendo hecho una gran salida los enemigos contra ella, había peleado con felicidad, y muerto y tomado en prisión algunos.

A los 15 del dicho, dia de la Asunción de nuestra Señora, dos horas después de anochecido tuvo el Conde aviso de Luis del Villar, gobernador de Chatelet, de cómo sabia por cosa cierta que aquella misma noche había de entrar en Cambray el príncipe de Retelois, Carlos Gonzaga, hijo mayor del duque de Nevers; el cual, para asegurar á Baliñi de que pensaba á socorrerle, quiso empeñar la persona de su propio hijo. Estaba alojado don Ambrosio Landriano con toda la caballería en el villaje de Marcuoin, una legua distante de la ciudad, por no estar aún tomados los cuarteles ni comenzado á poner el sitio, y debían de ser las diez de la noche cuando le llegó una orden del Conde haciendo saber que tenía aviso de que aquella noche había de intentar á entrar en Cambray el príncipe de Retelois, enviado de su padre el duque de Nevers, para animar á Baliñi; añadía que no le

decian si salia de San Quintin ó Perona, y por eso le ordenaba pusiése á don Carlos Coloma en la parte que se juntan los dos caminos, con orden de acometer al enemigo en la retaguardia, diciendo que en las puertas Nueva y del Santo Sepulcro habria infantería para recibirle. Era ya media noche cuando don Carlos acabó de salir del cuartel, con una oscuridad excesiva; llevó su compañía la de don Francisco de Padilla y la de monsieur de Vilecourt, de lanzas, y las de arcabuceros de los capitanes Francisco de Guevara, Sebastian Goudart y Hernando de Salazar; tan disminuidas, por estar mucha gente fuera, que apenas llegaban al número de doscientos caballos. Perdieron el tino las guias con la oscuridad, y dando muchas vueltas, vinieron al fin á poner las tropas en el lugar señalado cosa de media hora antes que comenzase á reir el alba. Apenas habia reconocido el puesto don Carlos, dejando algunos trompetas en diferentes lugares para engañar al enemigo, acomodado sus centinelas y enviado corredores á batir los dos caminos, cuando los que habian ido á reconocer el de Perona, volvieron tocando arma, seguidos por los corredores franceses; acertaron á venir por el camino que guardaba la compañía de Salazar; la cual, dándoles una carga, derribó algunos. Tocaban las trompetas por todas partes, y todo era confusión, sin verse unos á otros más que cuanto duraba el resplandor de los arcabazos. Con todo eso, cerró don Carlos, y cortando con su vanguardia las tropas enemigas, comenzó á seguir á las que se iban encaminando á la ciudad, que debian de ser cosa de trescientos caballos, hiriendo y matando y prendiendo dellos sin resistencia alguna, á causa de persuadirse el enemigo á que estaba allí toda nuestra caballería. Los doscientos caballos restantes, que en todo eran quinientos, volvieron la rienda la vuelta de Perona. Siguieron los nuestros al enemigo hasta la puerta del Santo Sepulcro, á donde, pensando hallar nuestra infantería de emboscada, no hallaron sino la muralla guarneida de mosquetería, que mató tres soldados españoles y algunos caballos. Habianse retirado algunos enemigos, dejando sus caballos á las casas del burgo de san Jorge, desde á donde hicieron algun daño. El príncipe de Retelois desde el principio de la refriega, apartado con veinte y cinco caballos

escogidos, evitó el encuentro con la oscuridad, y dejando todos sus caballos, se metieron en el foso por una salida secreta que sabía un soldado que le guiaba. Venido el dia, y reconocidos los prisioneros, se hallaron ochenta y siete; los muertos metieron en carros los de la ciudad, y afirmase que fueron más de sesenta. Los caballos que se tomaron fueron pocos menos de trescientos, y toda la recámara del Príncipe y de los caballeros y señores que le seguían. A la mañana Baliñi, para hacer saber cómo estaba dentro el de Retelois, y que no era muerto como se publicaba, envió un trompeta con color de rescatar el médico del Príncipe, preso entre los demás, y una haca de monsieur de Busi, ayo del de Retelois, estropeado de una pierna; tal, que no podía andar sino en ella. Ambas cosas envió el Conde, y supose después que al llamar al médico no había sido sin causa, por haberse ofendido el Príncipe una pierna de una caída, y de aquello y de la alteración en tan tierna edad, que no pasaba de quince años, habérsele encendido una gran calentura.

Holgóse mucho el Conde con este suceso, y más cuando supo con certidumbre que no habían sido ciento los que habían podido entrar en la villa; y discurríase que la entrada de aquel príncipe había por ventura de ser ocasión de otro suceso como el de Dorlan, ó de pensarla muchas veces antes de aguardar un asalto; mas por otra parte sintió, como era razon, que no se hubiese ejecutado su orden, enviando infantería á las puertas, como lo había prevenido y mandado á monsieur de Rona, con quien se dolió de aquel descuido, que realmente lo fué, aunque no faltó quien lo atribuyese á otra causa. Lo cierto es, que si la infantería se enviara, no se escapara el Príncipe ni uno tan sólo de su tropa. Este fué el suceso de la entrada deste socorro, sin añadir ni quitar cosa, por más que César Campana diga que se le escaparon de las manos «á Carlo Columbo por voler usar tropa cautela;» y lo mismo, aunque español, Antonio de Herrera, que es harta lástima. De lo que dice un autor moderno francés, que entraron de dia á pesar de toda la caballería española y con muerte de muchos della, no hago caso por ser notoriamente falso y no haber pasado sino como he dicho puntualmente; no es nuevo hablar tan á

ciegas la envidia, ni poco descuento desto saber cuánto mejor es sufrirla que tenerla.

El dia siguiente se comenzaron á ordenar los cuarteles, y en doce dias se acabó de poner el sitio desta manera: en las ruinas del villa de Nierni se hizo un fuerte de cuatro baluartes, ocupando una colina algo levantada, á tiro de cañon del castillo, que cubria hasta la puerta del Santo Sepulcro, del cual se encargó el príncipe de Simay con ochocientos walones de los que pagaba el país de Henao, su compañía de hombres de armas y las de arcabuceros á caballo del capitau Bastian y Ruger Tacon. Corrian desde este fuerte, distancia de otro tiro de cañon, dos trincheras en figura de arco, la interior para defensa de las salidas, y la exterior para evitar el socorro, hasta el cuartel del Conde, que le puso en el villa de Ecoudubre, cerca del río y á menos de tiro de cañon de la ciudad, y en la distancia deste arco se contenian siete fuertezuelos ó reductos, que de noche se guardaban cada uno con una compañía, tambien de la infantería walona del país. Lado por lado del cuartel del Conde, sobre el propio río, se alojó toda la caballería ligera, por frente de la cual se hizo un puente que se guardaba con un fuerte, en donde entraban de guardia dos compañías, una de alemanes y otra de walones. Sobre la mano izquierda del cuartel del Conde se alojó la infantería en un cuerpo entre las dos trincheras. Pasado el fuerte que guardaba el río, se continuaban los reductos hasta una iglesia derribada; llamada San Ole, al rededor de la cual se hizo un fuerte, donde se alojaron cuatrocientos infantes alemanes y la caballería amotinada de la Capela, á cargo todo de Juan de Bonieres, baron de Ausi. Volvíanse á continuar los reductos hasta el villa ó abadía de Premi, donde se hizo otro fuerte más capaz, que se encargó al conde Via con quinientos alemanes de su regimiento. Desde este fuerte, que estaba tambien sobre el río por la parte que entra en la ciudad, volvían á continuarse las trincheras y reductos hasta el que tenía á su cargo el príncipe de Simay; los cuales, por estar en la parte más peligrosa, se guardaban de noche y de dia con infantería española, á cargo de los capitanes Alonso de Ríbera, Patricio Antolines, de Búrgos, y Jaime Vique, capitán de walones.

Hallábanse ya en el ejército al pie de doce mil infantes y tres mil caballos, por haber ido cumpliendo sus promesas las provincias, dignas en esta acción de mucha alabanza. Llegados también los alemanes y walones que se esperaban, y la caballería amotinada de Tilmont, á cargo del conde Juan Jacobo Beljoyoso, en número de setecientos caballos, que se alojó en el villaje de Tun, una pequeña legua de la ciudad; y así, sin perder una hora de tiempo, mandó el Conde que comenzasen á abrir trincheras, la vuelta del orejón del baluarte Roberto; las cuales, y toda la máquina de aquel sitio, se encomendó á don Agustín Mesía, que con singular valor y diligencia comenzó á trabajar y á ganar tierra á pesar de los enemigos, procurando ellos con ordinarias salidas dificultar la obra. Entre otros capitanes y entretenidos que asistían con don Agustín, era uno el capitán y sargento mayor Bartolomé de Torralba, que, aunque lo era del tercio de don Antonio, había venido á hallarse en aquellas ocasiones; éste, haciendo trabajar en las trincheras y sacando la cabeza, aunque de noche, se la llevaron de un cañonazo; que fué perdida considerable, por ser Torralba soldado de mucha opinión y que donde quiera que se hallaba se hacia mucho caso de su parecer. Caminábase muy apriesa con las trincheras, y en breves días, comenzando desde las horcas que llaman de la Briquería, se llegó con ellas al arcen del foso, y con muerte de algunos soldados acabó don Agustín de echar díl al enemigo. Lo mismo hizo la infantería walona, á cargo del coronel La-Barlota, con otro ramal de trinchera que se le encomendó, aunque subordinado á don Agustín; el cual caminaba hacia el rebelein la Nua, con deseo de que se batiese por allí ó por la puerta de Nuestra Dama, que entonces estaba terraplenada; y así, á su persuasión, y deseando divertir al enemigo y obligarle á fortificarse por muchas partes, se hizo explanada para seis cañones y se plantaron allí, con orden de que batiesen la dicha puerta. Desde las horcas batían cuatro cañones en ruina las casas y plataformas de la ciudadela. En otras baterías que se ordenaron en la parte de don Agustín se plataron catorce cañones, y por respecto de que en aquella parte estaba el contrafoso de altura de más de dos picas, se comenzaron á labrar cuatro surtidas y se acabaron

las tres, por una de las cuales acometieron una noche los españoles el foso y dos cofres ó caponeras, desde donde hacian los enemigos mucho daño; ganaronlas con muerte de muchos de ellos, y por ser de madera las pegaron fuego; al retirarse estropearon de una pierna al capitán Estéban de Legorreta é hirieron al capitán Antonio de Barca, del tercio de don Agustín, que fueron de los que en aquella faccion se señalaron. Fuera destas veinte piezas designadas, se plantaron otras nueve contra el orejon del baluarte Roberto, y más de otras treinta para tirar á las defensas y á descortinar; para todas las cuales habia abundancia de pólvora y municiones, que con gran voluntad ofrecian las provincias como para una empresa en que tanto les iba; que fué una de las felicidades que tuvo en ella el Conde, siendo lo grande para quien ha de hacer una cosa que quien ha de ayudar á ella tenga interés en que se consiga. Proveyeron tambien los cuatro mil gastadores ofrecidos; pero las obras de peligro todas las hacian los soldados, dejándoles á ellos las fortificaciones, fuertes, reductos y trincheras apartadas; sin embargo, morian muchos por un granizo perpetuo de cañonazos que arrojaban de la ciudad, á donde tampoco faltaban municiones y los demás aparejos necesarios, ni los de dentro en acudir á todo aquello que pudiese mirar á su defensa, con ordinarias salidas de dia y de noche, en especial la caballería, que casi siempre escaramuzaba con la nuestra con sucesos indiferentes. En este estado estaban las cosas, y las baterías prestas para jugar dentro de tres dias, cuando sucedió un desman, que hubiera de imposibilitar la empresa si Dios no tuviera ordenado ya el fin de la tiranía de Baliñi.

El Rey de Francia (que así llamaremos de aquí adelante á Enrique de Borbon, por estar ya en este tiempo absuelto del Papa), deseando socorrer á Cambray, se resolvio, á mediado de Setiembre, en dejar la ciudad de Leon y las cosas de la Provenza, á que pensaba dar cobro en mejor sazon, y partirse con su ejército la vuelta de Picardía, á donde ya el duque de Nevers y el conde de San Pol tenian juntos al pie de cinco mil infantes y mil y trescientos caballos; y pareciéndole que con los embarazos del campo, que pensaba llevar en número de diez mil infantes y más de otros dos mil y quinientos ca-

ballos, no podia llegar á San Quintin (donde determinó hacer la plaza de armas) con la prisa que los sitiados de Cambray habian menester, sabiendo lo que aprietan un sitio los españoles, y que habia ya veinte dias que continuaban aquél, determinó antes de salir de Leon enviar delante, con toda la prisa posible, á monsieur de Vich, gobernador de San Dionis y uno de los más experimentados soldados de Francia, con órden de que procurase entrar en Cambray con alguna gente ó con su persona sola, por cuyo medio se aseguraba de que se alargaría el sitio lo que bastase para poder llegar él despues con las fuerzas necesarias y tratar de socorrer una plaza tan importante. Llegó monsieur de Vich á San Quintin á los 8 de Setiembre; y partiéndose á los 10, cosa de una hora antes de anochecer, con quinientos dragones, caminó toda la noche; y torciendo el camino sobre la mano zquierda, tocó arma á nuestros corredores de á caballo, que cada noche batian aquellas estradas; los cuales, volviendo á don Ambrosio Landriano, á quien tocó aquella noche el guardar el socorro con setecientos caballos y trescientos infantes walones, le advirtieron de cómo el enemigo venia marchando, y segun lo que se vieron cargar sobre la mano izquierda, juzgaban que se encaminaba á querer entrar por la puerta de Seles. Tenia don Ambrosio todas sus fuerzas preparadas contra la puerta de Cantimpré, y oyendo el aviso, determinó alargar se de la muralla de la ciudad lo que bastase para poder acudir á la parte que el enemigo se encaminase, que era la órden que habia dado el Maese de campo general; sin embargo de que, por estar terra-plenada la dicha puerta de Seles, y mandarse los enemigos por un postigo muy pequeño, un puenteclillo incapaz de dos hombres por hileria, parecia y era imposible que se resolviese á querer entrar por allí golpe de gente, que fué un yerro grandísimo temerlo. Debia de querer reir el alba, cuando tocando arma cosa de treinta caballos por la puerta de Seles, acabaron de persuadir á don Ambrosio á que entra ba por allí el socorro; y así, viendo que Carlos Maria Visconde, con su compañía de lanzas, queria embestir con ciertos bultos que parecian hacia Cantimpré, le detuvo con palabras rigurosas, diciendo que no cerrase sin órden, ni le quitase con su valor anticipado la victoria

que ya tenia en las manos. No dormia Vich entre tanto, y pareciéndole (como fué) que nuestras tropas estaban ya bastante persuadidas á que pensaba entrar por Seles, cargó de golpe por Cantimpré, por donde entró sin perder un hombre, dejando burlado á don Ambrosio y á su sobrada cautela. El conde de Fuentes, al primer aviso de que el enemigo venia, pareciéndole que la parte de Seles y Cantimpré estaba harto segura con tanta gente, ordenó á monsieur de Rona que con las compañías de guardia, á cargo de don Sancho de Luna, y otras tres de españoles que tenia don Carlos Coloma en guardia de las trincheras, y cuatro compañías de hombres de armas con el conde de Bossu, tomando por entre la ciudad y el fuerte de Simay, procurase guardar el espacio que habia desde el dicho fuerte hasta el de Alonso de Ribera y las puertas Nueva y del Santo Sepulcro. Era ya cerca del dia, y no se oia ruido ni cosa que pareciese novedad, con que ya se iba persuadiendo á que el enemigo se debia de haber vuelto desconfiado de buen suceso; y á la que comenzó á reir el alba se oyeron solos tres arcabuzazos, que fueron todos los que se tiraron. De allí á poco, dia ya claro, llegaron á las tropas Juan Lanza y Pedro de Herrera de los amotinados de la Capela, los cuales contaron el caso, dejando á todos con el debido sentimiento; y volviéndose Rona y los que con él iban al cuartel, vieron que los walones se retiraban al suyo con la presa de todos los rocines que se habian dejado los dragones, y sin un solo prisionero de quien tomar lengua. Este es puntualmente el suceso deste socorro, sentido entonces como era razon, y ocasion despues de mucho mayor gloria al conde de Fuentes, y le he querido contar tan á lo largo por algunas consideraciones en orden á la reputacion de la nacion española, pues hasta cierto religioso zagozano que se puso á escribir estas guerras, dice que entró este socorro por descuido de los españoles, sin haberse hallado en él uno tan solo, salvo una compañía de arcabuceros de á caballo, á cuyo capitán la quitó el Conde luego sólo porque no habia cerrado sin orden, como lo habia querido hacer Carlos Visconde, y la dió al teniente Gabriel Rodriguez.

Entrado Vich en Cambray, comenzaron á tomar otra forma las

cosas, echándose bien de ver lo que importa en una ciudad sitiada el valor y experiencia de un hombre solo. Trazó, cuanto á lo primero, una media luna desde el baluarte Roberto hasta la mitad de toda aquella cortina, asegurándole que había de ser por allí la batería de veras, el ver la poca artillería plantada contra la puerta de Nuestra Dama; levantó una plataforma entre la dicha puerta y el castillo ó roqueta de Seles; y aunque con mucha brevedad comenzaron á tirar desde ella algunas piezas contra nuestras trincheras, no se hizo, como se vió despues, para aquello sólo, sino para cubrir de nuestra artillería doce cañones que hizo plantar en contrabatería de las catorce piezas y de las nueve designadas que habían de batir el orejon y casamata del baluarte Roberto, y el pedazo de cortina por donde se pensaba dar el asalto.

Estaban las cosas en órden, y tenía la dada ya el Conde el dia de los 22 de Setiembre para comenzar la batería, cuando, madrugando más la artillería enemiga, comenzó á hacer notable daño en la nuestra; dia y medio tiró siempre sin parar, y al cabo de este tiempo se hallaron nueve cañones nuestros desencabalgados, y más de cien hombres entre soldados y artilleros muertos y heridos. No se hizo menor daño en este tiempo con la mosquetería y fuegos artificiales en todo el ámbito de las trincheras. Voló una mina que se había hecho por el foso para contra las nueve piezas plantadas contra el orejon del baluarte Roberto, y aunque por estar mal atacada hizo daño en los enemigos, con todo eso, hundiéndose el terreno debajo de las dichas piezas, quedaron del todo sepultadas tres, y las demás por entonces inútiles. Con estas dificultades que se iban ofreciendo, al parecer de muchos invencibles, hubo algunos del consejo que aconsejaban se mudase la batería, y por consiguiente toda la forma del sitio, que fuera lo mismo que comenzarle de nuevo, alegando que se había emprendido por la parte más fuerte, y que fuera mejor plantar las baterías por entre la puerta del Santo Sepulcro y el baluarte de San Jorge; pero al fin el Conde estuvo firme en no hacer mudanza, confesando el primer yerro; pero conociendo por mayor querer, malogrando lo trabajado, mudar de intento, con riesgo de reputacion y de desanimar los

soldados, siendo cierto que el vacilar en los consejos, aunque sea con probabilidad de mejorarlos, jamás ocasionó buenos efectos, y ser mejor poner todo aquel estudio y diligencia en vencer las dificultades que sobrevienen, que en dejarlas por lo que no se sabe cuántas tendrá. Alentó mucho esta resolución la confianza en que prometió don Agustín volver á reparar con brevedad la batería, en orden á lo cual mandó que de ordinario tirasen todas las piezas á las defensas y que se retirase la artillería de batir hasta que se hiciesen nuevas esplanadas, como finalmente se hizo con trabajo de más de doce días, fabricando ante todas cosas una espalda capaz de poder cubrir por el costado de recho, no solo los quince cañones, pero también los nueve. Costó esto mucha gente; tal, que comenzaba ya á sentirse falta de ella, por no ser sobrada la que había y tener muchas partes á donde acudir.

No faltaba durante este tiempo quien murmurase de la empresa, llamándola imposible, temeraria, y carnicería de soldados; que este peligro tienen las resoluciones gallardas, especialmente emprendidas contra el parecer de los más, en descuento de que solas ellas, aunque no se consigan, no deslucen la fama; pero en tanto que se dilataba el efecto, como el poner las dudas es dado á casi todos, y el resolverlas á solos los entendidos, murmuraban, diciendo que no faltaba ya sino que acabase de llegar el rey de Francia y de entrar el invierno, para hacer levantar aquel sitio vergonzosamente. «No se atrevió el duque de Parma, decían, á emprenderlo, no teniendo á Francia por declarada enemiga, y ¿parecerle ha al conde de Fuentes que puede contrastar con tantas dificultades y ganar por fuerza una ciudad tan grande y tan bien defendida? El tentar hasta aquí el ánimo de sus naturales parece que tiene disculpa; pero ¿qué se puede esperar ya de quien ha querido más llevar el yugo abominable de un tirano que remediar con sólo quitarle la vida, ó por lo menos la obediencia, su propia ruina, que, vencido ó vencedor, Baliñi se les apareja? Han dejado por el espacio de dos años quemar delante de sus ojos sus aldeas, sus granjas y sus quintas por ser franceses, sin que les quede otra esperanza para remedio de tantos males, que la recompensa de haberlos padecido por el rey de Francia, y ¿querrán acabarlo de perder todo haciénd-

dose españoles y confesando que lo son por fuerza? Si no, preguntén de uno en uno á cuantos estamos aquí á quién se deberá la reducción de esta ciudad cuando demos que la entreguen hoy ó á su resolución ó á nuestras fuerzas.» No eran pocos ni desvalidos los que tenían estas pláticas; y deseando el Conde saber con resolución el parecer de cada uno, juntando el consejo, propuso con elocuencia militar el caso, deseando que los propios que introducían las dificultades antepusiesen también los remedios, ahora fuesen á costa de dineros ó de trabajo, y aún de sangre. Discurrióse con varios pareceres, como costumbre, sin que en todos ellos hubiese uno tan solo que propusiese levantar el sitio; sólo se diferenciaban en el modo de conducir al deseado sin una empresa tan árdua y de tanta importancia; y porque el coronel La-Barlota facilitaba más el asalto por su parte, deseoso de adquirir honra á la infantería walona, que á su orden (aunque todos debajo de la de don Agustín) tenía en el puesto de las trincheras por donde habemos designado, se le dieron otras cuatro piezas más, con que le quedó una batería formada de diez cañones. Mandóse hacer otra surtida casi en frente del orejón del baluarte Roberto, y encargóse á don Alonso de Lerma. Envióse por más gente á las guarniciones, y por cantidad de burgueses para ocupar los fuertes y reductos que embarazaban á más de dos mil walones, soldados pagados y bonsísimos para expugnaciones de tierras, si tienen cabezas de valor. Encomendóse el guardar el socorro de noche, que era lo que más cuidado daba al maestre de campo don Gastón Espínola, con mil infantes. Señáronse puestos también para cuatrocientos caballos, que se mudaban cada noche, juzgando por más á propósito la infantería para acudir con facilidad á la parte por donde hiciese punta el enemigo, y para poder estar más pegados á la muralla sin ser vistos ni oídos. Plantáronse siete cañones en cierta elevación llamada la Neuville, frontero de la puerta de Seles, para batir en ruina las casas y plataforma nueva por las espaldas, y descortinar todo aquel pedazo de muralla desde la dicha puerta de Seles hasta el rebollín la Nua. Pero lo que sobre todas estas diligencias hizo más efecto, fué la del Conde, no sólo en acudir á todas las partes, animando con su persona y con su ejemplo

á todos, sino tambien conservando entre los burgueses de la ciudad las mismas inteligencias que le habian hecho comenzar aquella empresta, y el tenerlas secretas á todos causó despues el buen efecto que se verá.

Habiéndose ya acabado de poner en órden las baterías, y casi en perfección todas las surtidas, le llegó al Conde una nueva, que alegró mucho á él y á todo el ejército; en cuya prueba la noche de los 26 de Setiembre se hicieron tres salvas generales en señal de regocijo, con ochenta y siete piezas de artillería, entre grandes y pequeñas, que todas se encaminaron á la ciudad, y con más de seis mil arcabuceros y mosqueteros que ocuparon las trincheras, fuertes y reductos; cosa que atemorizó mucho á los sitiados, en especial á los ciudadanos, como gente menos ejercitada en el peligro y más interesada en el daño; y porque me parece que entra bien aquí el relatar los sucesos del campo que llevó á su cargo Mondragon en el socorro de Grol, dejando por un rato descansar á los de Cambray, contaré brevemente lo que de ello supe, valiéndome de las relaciones que se admitieron por verdaderas en el campo del Conde; que es, como tengo dicho, el estilo que sigo en las cosas donde no me hallé.

El conde Mauricio, viéndonos ocupados en las fronteras de Francia, despues de haber dado una vista á Bolduque, llevó su ejército, que constaba de diez mil infantes y cerca de dos mil caballos de allá del Rhin, y á los 4 de Julio se atrincheró sobre Grol, una de las villas más principales y fuertes del condado y señorío de Zutfen, aunque pequeña, por constar solamente de cinco baluartes. Era gobernador el conde Juan de Estirum, aleman, y hallábase con cerca de seiscientos hombres de su nacion, del regimiento del conde Herman de Bergas, que, sin embargo de verse batido con diez y siete piezas, se la comenzó á defender con mucho valor. Avisado Mondragon del designio del enemigo, pasó el Mosa por Venlo con cinco mil infantes, en que se comprendian los esguízanos, los dos tercios de don Antonio y don Luis, y el regimiento de Estanley y cosa de mil y trescientos caballos, gobernados por don Juan de Córdoba. Juntósele en el camino el conde Federico de Bergas con su regimiento, y todos pasaron el

Rhin por Keisersvert, resueltos en socorrer ó Grol ó dar la batalla al enemigo; el cual, avisado de la resolucion con que se le venia acercando el campo católico, medroso de llegar con él á las manos, levantó el sitio á los 15 de Julio, no parando hasta abrigarse con las villas de Deventer y Zutfen, y con tanta priesa, que de la artillería en fuera que envió delante á Zutfen, dejó pegado fuego á todos los pertrechos de guerra, y sus vivanderos en poder de la gente católica con los bastimentos qne habian juntado allí para muchos dias.

Mondragon, avituallado Grol, siguió al enemigo hasta que lo vió en seguro, y para quitarle la esperanza de emprender otra cosa, puso su campo dando las espaldas á Rimbergue, para por medio de aquella villa y del Rhin asegurar las vituallas y estar á la mira de lo que el conde Mauricio pudiese intentar. Mauricio, que había ofrecido al francés entretener aquel ejército católico de allá del Rhin, imposibilitándole de poder socorrer al conde de Fuentes, levantando el suyo, se vino á poner dos leguas de Mondragon, más arriba de Wesel, en el villaje de Blislique, dejando entre los dos campos el rio Lipa, vadeable entonces por la sequedad del verano.

Muchos dias se estuvieron á la mira estos dos ejércitos sin intentar cosa de consideracion, fuera de algunas leves escaramuzas entre los corredores y gente desmandada, y finalmente, á los primeros de Setiembre hubo una digna de escribirla con todas sus circunstancias, y pasó así: avisado Mauricio de que el campo católico comenzaba á padecer de forrajes, y que le era forzoso enviar por ellos á dos y á tres leguas de los cuarteles, pensó dar una mano á la escolta; para cuyo efecto mandó al conde Felipe de Nassao, su primo, general de la caballería rebelde, que con ochocientos caballos lo intentase. Pasó la Lipa el conde Felipe al alba del dia de los 2 de Setiembre, y emboscándose en lugar cómodo, envió cincuenta caballos á tocar arma por otra parte, con intento de dividir la escolta que había salido con los forrajeros, en número de trescientos infantes y ciento y cincuenta caballos, y dar él despues de golpe sobre la caballería y gente desmandada. Fué avisado Mondragon de que el enemigo pasaba la Lipa con sola caballería, y saliendo á la plaza de armas mandó reforzar la

escolta con otros trescientos infantes españoles; y á don Juan de Córdoba, que con el mayor número de caballos que pudiese saliese en busca del enemigo, ordenándole que no se volviese sin verle la cara. Halló don Juan el arma muy viva que tocaban los forrajeros y á muchos que volvian huyendo dando por rota la escolta; y persuadido él tambien á ello, echó de vanguardia al conde Enrique de Bergas con su compañía de corazas y la de arcabuceros del capitán Butbergue, siguiendo él con las demás compañías al trote. Es todo aquel país muy poblado de bosques, y entre unos y otros hay praderías y llanuras acomodadas para venir á las manos gente de á caballo. Entrando en una de estas el conde Enrique, descubrió la vanguardia enemiga que salia del otro bosque frontero; tal, que ni unos ni otros pudieron conocer las fuerzas de sus contrarios; dieron su carga los arcabuceros católicos, y tomando la vuelta, como acostumbran, sobre la mano derecha, cerró el conde Enrique con los corredores, y tras ellos con la dicha vanguardia, que comenzó á pelear valerosamente. Habiase adelantado demasiado de las otras tropas el Conde, y cargándose los holandeses, le traían á mal traer, cuando acudió don Juan de Córdoba con su compañía y las de los capitanes Jerónimo Garrafa, Colamaría Caracholo, Paulo Emilio Martinengo, la compañía de lanzas de Bolduque, de que era capitán el conde Adolfo de Bergas, y la de don Sancho de Leiva; las cuales, sin embargo de la mucha resistencia que hallaron en los enemigos, los acabaron de romper con muerte y prisión de los más, fuera de los que se ahogaron, no atinando con la priesa el paso de la Lipa. Quedaron en prisión el conde Felipe, tan mal herido, que murió pocos días después; Ernesto, conde de Solms, que murió tambien de las heridas. Halláronse tambien entre los muertos el mariscal Ferdinando Kinzki y dos capitanes ingleses, uno de ellos hermano del coronel Veer; y otros tres capitanes holandeses. Quedó en prisión el conde Ernesto de Nassao, que después se rescató pagando grueso rescate. Tomáronse tres estandartes y al pie de cuatrocientos caballos de servicio. De los nuestros murieron diez y nueve, y pocos más heridos. Colamaría salió estropeado de entrabmos brazos, y Garrafa y Martinengo heridos, aunque levemente. No hizo

movimiento por este suceso ninguno de los dos ejércitos, aunque al cabo de un mes, faltándole del todo los forrajes á Mondragon, levantó el suyo, y subiendo dos leguas el río arriba, se alojó junto á Keysevert. Porfiaron en estarse á la mira hasta los 29 de Octubre, que levantándose Mauricio se retiró á Holanda, haciendo poco después lo mismo Mondragon, dejando antes avitualladas y bien guarneidas las plazas que todavía se conservaban de allá del Rhin, y entre las de acá á la villa de Rimbergue; por donde finalmente pasado el ejército, se encaminó á sus guarniciones; habiendo con esta importante y poco costosa victoria, este valeroso y afortunado capitán cerrado el número de las muchas que tuvo con singular muestra de valor y felicidad.

No estaba entre tanto ocioso el conde de Fuentes; antes bien (sin olvidarse de conmover los ánimos, ya inclinados, de la ciudad por las vías que suelen facilitar el dinero y la persuasión, iba previniendo las demás cosas con singular prudencia y valor; y deseando llegar á las inmediatas, dió las órdenes para el dia de la batería, que había de jugar al reir del alba lunes á los 2 de Octubre. Mandaba que á aquella hora se hallasen en las trincheras asistiendo al maese de campo don Agustín Mesía, don Alonso de Mendoza con dos mil infantes de ambos tercios y de naciones, y Gaspar Zapena, teniente de maestre de campo general; que monsieur de Rona, con otros cuatro mil infantes, estuviese á la entrada de las trincheras, para acudir donde el Conde ordenase, y el guion, entretenidos y la corte en la plaza de armas, sin moverse sin expresa orden suya; que en las piezas del fuerte de Neuville asistiese el duque de Aumale, acompañado de don Alvaro Osorio y Antonio de Ávila, con cuatro mil infantes alemanes en escuadron; y el conde de Vía, con el resto de su regimiento y los alterados de la Capela, fuera del fuerte de Premi, para acudir donde fuese necesario; que desde este fuerte hasta la puerta del Santo Sepulcro estuviese el príncipe de Avellino, con dos mil infantes de todas naciones, contados los españoles de Alonso de Ribera y Patricio Antolínez, con don Juan Chacon y Juan Pelegrin, entretenidos, asistido de toda la caballería alterada de Tilimont, á la cual se mandaba batir

las estradas la vuelta de Perona y San Quintin, y á don Ambrosio Landriano, que con toda la resta de la caballería ligera hiciese escuadron á las espaldas del fuerte de San Ole; y el principe de Simay formase un cuerpo de ejército de toda la resta de las naciones, entre su fuerte y las tropas encomendadas al de Avellino, guarneciéndose con dos alas de los hombres de armas del país; que, hecha y reconocida la batería, arremetiesen de vanguardia cinco capitanes, dos españoles, un walon, un borgoñon y un aleman, con veinte picas y otros tantos mosqueteros cada uno, hasta el número de doscientos; y otros veinte y cuatro soldados de estas naciones sin más armas ofensivas que bombas y picas de fuego artificiales, en órden á limpiar la batería; que á éstos siguiesen otros cuatrocientos hombres de las mismas naciones, con prevencion de no atravesar el foso hasta ver los primeros en la muralla, llevando consigo los instrumentos necesarios para fortificarse; que hallando esta gente ocasion de pasar adelante, arremetiesen con su acostumbrado valor, y los siguiesen don Agustin con el resto de la gente que tenia en las trincheras; á las cuales habia de enviar en tal caso monsieur de Rona otros mil hombres de los que tenia don Alonso de Mendoza, para guardarlas y tirar continuamente á las defensas; que hecha la batería de las diez piezas de La-Barlota, se le ordenaría lo que habria de hacer conforme al efecto de ella; y que si fuese necesario acometer por allí con la Capa, se le socorrería con mil y quinientos walones de todos regimientos. Y en caso que se ganase la ciudad, se ordenaba á don Agustin que en la parte más á propósito formase escuadron, sin dejar desmandar los soldados hasta asegurar con cuerpos de guardia todos los puestos peligrosos y en particular las avenidas del castillo. En este caso se mandaba expresamente á todos los entretenidos no ocuparse en otra cosa que estorbar desórdenes, especialmente en las iglesias, poniendo pena de la vida á quien saquease nada de ellas, ofreciendo que despues todo lo ganado se repartiría con buena órden. Preveníase que no se recibiesen órdenes de nadie que las llevase de parte del Conde á boca, sino era de algunos entretenidos que para esto se señalaron. Con estas prevenciones (que he querido ponerlas más extensamente de lo que

por ventura se acostumbra, por la doctrina militar que de ellas puede sacarse) al alba del dia comenzó á jugar la artillería con tanta presteza, que no parecía que se tiraba por camaradas, sino una batería continuada; consistía toda la esperanza del buen suceso en romper el orejon del baluarte Roberto, para descubrir las casamatas, sin lo cual era temeridad el ir al asalto ni tomar puesto en la muralla, estando, como estaban, guarneidas, la baja con cuatro cuartos de cañón y la alta con otros tantos sacres, y ambas de muy buena mosquetería; todo lo cual había de hacer su efecto por costado y á menos de ochenta pasos de distancia. Eran ya las dos despues de mediodia, y el orejon no daba muestras de dejarse penetrar; la batería principal de las quince piezas faltaba poco para venir al suelo, con más de treinta brazas de muralla; los cañones de La-Barlota habían descubierto la puerta de Nuestra Dama, y comenzaban ya á hacer más efecto de lo que se pensaba; tal, que se resolvía el Conde en que se arremetiese por ambas partes, cuando un accidente que sobrevino acabó de allanar todas las dificultades, y abrió la puerta á un felicísimo suceso y pasó así.

No era menor el efecto que habían ido haciendo en los ánimos de los ciudadanos de Cambray las persuasiones y trazas del Conde que el valor de sus armas, no levantadas en veinte y seis meses de sobre sus cabezas; mas lo que el fin le hizo mayor que ambas cosas, fué el aborrecimiento concebido por mucha parte de ellos contra Baliñí, que, como el último agravio suele ser el más sensible en pechos vulgares, no pudieron tomar en paciencia que, cansado de gastar moneda de plata y oro, fingiese haberse acabado y pusiese en plática el introducir las de cobre, usurpando la autoridad de hacerlas valer dos y cuatro reales cada una, con promesa de pagarlas en oro y plata levantando el sitio. Eran estas monedas cuadradas, con las armas del rey de Francia á una parte, y á la otra las de la ciudad y las suyas. Con ella se trataba y se compraba lo necesario, se conservaba el comercio de unos con otros, y se pagaba á los soldados; los cuales, impacientes de la repugnancia que hallaban en los que les vendían la comida y vestido, los pagaban á la postre en peor moneda, cargándolos de amena-

zas para cuando los españoles hubiesen levantado el sitio. Fuérонse acabando de alterar con esto los ánimos de todos; de manera que ayudados por los que desde el principio del sitio lo habian tomado á su cargo, que los más principales eran el preboste Bornomencurt, el señor de Leouve, Lignerex y el capitan Dolé, vino en breves dias despues á crecer demasiadamente el número de los conjurados, de entre los cuales no cesaban los más atrevidos de representar á los temerosos la desdicha de Dorlan, las rotas, las presas de tierras, muerte y deshonra de tantos militares de franceses, sólo por defenderse con obstinacion contra un ejército tan valeroso. «¿Cómo, decian ellos, sufriremos que Baliñi haga servir á nuestros cuerpos de puente para conservar su tiranía, y que á costa de nuestras haciendas, de nuestras vidas y de nuestras honras alargue quince dias más su conocida ruina, que con tanta razon y justicia se le acerca? Al principio nos pintaba estas campañas llenas de franceses, y á su rey formidable pisando las cabezas de los españoles, y al fin vemos que todo este gran preñado de los montes no ha parido otra cosa que un muchacho con treinta arqueros de su padre y un medio hombre con cuatrocientos dragones, que lo son harto más en consumir los bastimentos, que ya se nos acaban, y en espantar á nuestras mujeres é hijos, que no en mostrarse los primeros á los peligros; antes nos dejan francamente este cuidado á nosotros, por cuyo bien publican ellos que hacen la guerra. Acomodémonos con el tiempo, y pues ha querido nuestra fortuna hacernos miembros del cuerpo de estos valerosos estados, reincorporémonos con ellos, y conozcamos nuestras fuerzas antes que, queriéndolas conservar inútilmente, sirvan á nuestra propia ruina. ¿Por ventura la sujecion á un tirano tiene más de libertad que la que se goza debajo de la justicia y fuerza de un rey poderoso? Parece que por medio de tantos peligros y rigores ha encaminado piadosamente Dios el reparo y sosiego de la patria, sacándola de una vez del continuo riesgo en que están las ciudades que con pequeñas fuerzas procuran conservar una vana especie de libertad, sólo buena para vivir en perpetuo miedo. Y si, como es justo, debe ser el primer cuidado el de la religion, ¿cómo igualará el amparo que podrá hacer á ella un hombre particu-

lar de tan cortas fuerzas, al de un monarca coluna de la Iglesia católica?

No se hablaban estas cosas por los rincones, sino en medio de una gran plaza y en la frente de un escuadron de tres mil ciudadanos que estaba formado en ella para defensa de la bateria. Favoreció este pensamiento la resolucion de trescientos caballos, casi todos vasallos del Rey, que al punto, arrojadas las bandas blancas, poniéndoselas muchos de ellos rojas, se juntaron con los ciudadanos, y tras poca resistencia, hizo lo mismo otro escuadron de cuatrocientos esguízanos que habia en la plaza llamada de la Leña, gente venal, y á esta causa la más interesada en materia de las monedas. Y pareciéndoles á los tratadores muy peligroso el llamar y mostrar flaquezas por las baterias, acudieron á la puerta del Santo Sepulcro, y con señas y voces comenzaron á dar á entender su resolucion al principe de Avellino, que al momento avisó al Conde, enviándole con los capitanes don Juan Chacon y Juan Pelegrin, dos ciudadanos llamados el capitán Soré y Felipe Carlier, que salieron de la tierra. Entre tanto que llegaba esta nueva, advertido Baliñi y monsieur de Vique del suceso, atemorizados de tan gran novedad, acudieron en son de paz á la plaza, á donde vieron por sus ojos todo aquel golpe de ciudadanos armados y en escuadron, llenos de bandas rojas; con que, medrosos de peor accidente, se arrimaron al baluarte Roberto, para tener desde allí segura la retirada del castillo y dar calor á los soldados que defendian la bateria, Madama de Baliñi, mujer valerosa, hizo la misma diligencia con los ciudadanos, ofreciéndose con grandes sacos de moneda que traian tras ella sus criados, y allegados á trocar todo el dinero de cobre; pero no fué escuchada, que el negocio estaba ya resuelto de veras. Cuéntase de esta mujer varonil lo que apenas es creible: ella visitaba todos los puestos de dia y de noche, y animaba á los soldados; ella hacia cargar las piezas, y las apuntaba y disparaba como el mejor artillero; finalmente, ella fué mujer tan animosa y de tanto valor, que propuso morir princesa de Cambray, y salió con ello.

Habíase suspendido por un rato el tirar, con la nueva de que los enemigos se rendian; durante el cual, abierta por los ciudadanos la

puerta de Cantimpré, habian entrado el secretario Estéban de Ibarra y monsieur de Moriansarte, comisarios diputados para tratar la forma de los conciertos, y actualmente estaban en la casa de la Ciudad, cuando rompiéndose la tregua por parte de los franceses, que, tirando algunos arcabuzazos á las trincheras, mataron en las de los walones á monsieur Dombre, gobernador de Nuestra Dama de Hal, volvió el Conde á mandar batir con mayor furia que antes, y no con poco cuidado al principio de los tratadores, que vian haberse metido poco cautamente en poder de sus enemigos, cosa que aprovechó mucho para mejorar los conciertos; pues, medrosos los ciudadanos que los trataban del mayor peligro, concedieron cuanto quiso Estéban de Ibarra; el cual, conociendo el miedo ajeno y desecharlo el suyo, tuvo firme en los puntos substanciales, concluyéndolos como convenia para la quietud y seguridad de aquella ciudad importantísima. A cuatro ó cinco camaradas tiradas, mandó cesar el Conde otra vez la batería, avisado de que le aguardaban con la puerta abierta, y llegado á ella, halló que en breves palabras se habian concluido las capitulaciones.

Entró con esto don Agustín Mesía con cosa de mil españoles de su tercio, con que al momento se ocuparon los puestos de consideracion, instigados entre tanto por los ciudadanos á que acometiesen por las espaldas á los franceses, que todavía estaban en guardia de las baterías; lo que no permitió don Agustín, por evitar alguna desorden, y sobre todo el saco de la ciudad, que por aquel camino fuera imposible estorbarle; antes bien, advertido de que los franceses se retiraban al castillo, sin curarse de seguirlos, ocupó los puestos de las baterías con tanta presteza, que no cayeron los soldados de las trincheras en que la ciudad estaba del todo por nosotros, hasta que las vieron guardadas por sus propios compañeros, que fué su total salvacion y causa de mucho mayor gloria al Conde y al mismo don Agustín, que si la hubieran ganado por asalto, con peligro de destruir una ciudad tan noble y tan hermosa. Entraron despues con órden por la batería otros quinientos españoles, y todos juntos, con otros mil y quinientos walones que entraron antes de la noche, despues de haber asegurado las baterías, ocuparon los puestos contra el castillo, á donde al momento

se retiraron todos los soldados franceses y sus cabezas. Los cuales, viéndose encerrados con pocos bastimentos y el castillo no tan fortificado por la parte de la ciudad como fuera menester para defenderse de un ejército como aquél, no se trataron más como enemigos; antes bien á la primera recuesta que se les hizo enviaron dos capitanes y con ellos un recaudo muy cumplido al Conde, diciéndole que, pues él hacia tanto caudal de su honra, tuviese por bien de permitir que ellos cumpliesen con las suyas, dando parte al duque de Nevers, que estaba en San Quintin, y por ventura á su rey, si había llegado, del estado en que estaban; y pidiéndole una forma de licencia para salir, que no podía ya excusarse. Pedían también término de seis días, para que dentro de ellos pudiesen darle socorro, si se hallaban con comodidad de poderlo hacer. Respondió el Conde que, como le aseguraran de que su rey había de emprender el socorrerlos, les concedería, no solamente seis días, sino muchos más, sin embargo, para que viesen que no andaba escaso en negocio de que estaba tan seguro mediante el favor de Dios, les concedió el tiempo que pedían. Era muy grande la fama de las riquezas de Baliñi, por cuyo cebo no faltó quien deseara otra respuesta más resoluta, y que las cosas se redujeran á la fuerza; mas, considerándolo el Conde con su prudencia, tomó el partido más seguro, deseando por otra parte estar desembarazado por si el rey de Francia quería verse con él, como decían que lo veía publicando, y que se hallaba ya con grueso ejército en Chalons, en Champaña; deseaba á la verdad el Conde acabar con aquella empresa, y parecía menor la dilación de seis días que quince, y por ventura más, que había de gastar en ganar la ciudadela, á más de los accidentes que podría traer consigo el tiempo y la pertinacia, ó sea constancia de aquella gente militar y desesperada.

La tarde misma de los 2 de Octubre salieron cuatrocientos esguízaros, que se rindieron en la ciudad, á quien acompañó don Carlos Coloma con quinientos caballos hasta dejarlos á vista de Perona. Capitulada pues la dilación de seis días, el príncipe de Betelois y los señores de Baliñi y Vich avisaron al duque de Nevers, y el Conde entre tanto tuvo su ejército en escuadron frontero del fuerte de Simay, á las

avenidas de Francia, que, sin cuatro mil infantes que guardaban la ciudad, llegaba al número de diez mil y cerca de tres mil caballos, deseoso de que el enemigo se resolviese á socorrer el castillo, si bien, considerando el estado de las cosas, no era creible. Pasados los seis dias, y llegada á los franceses la órden de salir, se trató de las capitulaciones, y se concluyeron las más importantes en esta sustancia:

Que la entrega del castillo y ciudadela de Cambray, con toda la artillería, municiones y bastimentos, se hiciese otro dia lunes á 9 de Octubre, dando un dia más á los franceses para acomodar sus cosas y mirar por la salud de madama de Baliñi, que se iba muriendo.

Que saliesen todos los franceses de á pie y de á caballo en tropas y escuadrones, con todas sus armas y banderas, y mandaria el Conde restituirles todos los caballos que se les habian tomado en la ciudad, aunque fuese menester pagarlos á quien los tenia.

Prometió el Conde que dentro de seis dias sacaría la guarnicion del castillo de Cleri, con tal que viniesen franceses á desmantelarlo á su costa.

Otros algunos capítulos se establecieron, tanto en favor de los ciudadanos como de los franceses, que los dejo por ser de menos importancia.

No se movieron en todos estos dias de la plaza de armas los escuadrones, sin embargo de la familiaridad y conferencia ordinaria que habia en la ciudad entre españoles y franceses; en prueba de la cual envió muchas veces el Conde á visitar á madama de Baliñi los mejores médicos del ejército y grandes regalos de conservas, que se tiene por cierto no probó, ni otra cosa que fuese sustento desde que se rindió la ciudad; tal era la fiereza de ánimo de aquella mujer gentil. Perseverando pues en su pertinacia, acabó sus dias pocas horas antes que le fuese necesario dejar de ser princesa, por ventura consolada con esta última burla de la fortuna, con que remató las grandes esperanzas en que la había puesto; costumbre harto ordinaria suya, especialmente en las que se apoyan á malos fundamentos. Salieron finalmente los franceses el dia estatuido de los 9 de Octubre, con particular observacion de ser en lunes, como todas las demás victorias del Conde,

á las dos horas despues de mediodia, en número de mil y cuatrocientos infantes y doscientos y cuarenta caballos. Y hase de advertir que quedaron en la ciudad todos los soldados vasallos del Rey, gozando del perdon general que se les concedió, que eran cerca de otros tantos; Juan Baliñi y un hijo suyo de once años, el de Retelois, Vich y los demás cargados de galas, y no á cien pasos de ellos el cuerpo de la miserable princesa de Cambray en un carro cubierto con un paño de terciopelo negro, que para quien conocia los sujetos era un espectáculo digno de particular ponderacion. Aguardábalos el Conde en la puerta Nueva, harto bien acompañado con toda su corte y guardias, y despues de haberlos saludado con gran cortesía, especialmente al príncipe, y dado el pésame á Baliñi de la muerte de su mujer, mandó que le acompañase hasta Perona el Comisario General con mucha parte de la caballería ligera. Gustó el príncipe de Avellino de mostrar en aquella ocasion su liberalidad y cortesía, y con licencia del Conde, acompañó tambien á los rendidos, regalándolos aquella noche, que fué necesario hacer alto en campaña, con tanta grandeza y abundancia, no solamente á los principales, sino tambien á todos los soldados, que no hiciera más si se hallara en Amberes, Milan ó Nápoles. A la verdad el campo que se tuvo sobre Cambray fué el más proveido y abundante (no sólo de lo necesario, pero de toda suerte de regalos) que jamás se vió en aquellas guerras; en las cuales parece que, cansada la suerte de perseguir aquellas provincias con ruines sucesos, multiplicó en este dichoso año tantos buenos con el contento en ellos; que tras las importunas aguas y tempestades del invierno, suele mostrarse alegre y apacible la primavera. Halló Baliñi al rey de Francia en San Quintín, á donde había ya cuatro dias que había llegado con la mayor parte de su caballería, y no poco deseó de procurarle socorrer, para que se le iban ofreciendo más dificultades de lo que al principio imaginó. Recibióle con aspereza, aunque poco despues, con la facilidad ordinaria de aquella nacion, le volvió á su gracia por medio del nuevo casamiento que hizo con una hermana de madama Gabriela, duquesa de Beaufort y dama del Rey.

La propia tarde que salieron los rendidos llegaron dos avisos,

uno de Chatelet y otro de la Capela, ambos conformes, en que avisaban al Conde de cierta empresa que tenía el duque de Bullon sobre la villa de Avenas, y que sin duda había de ejecutarla aquella noche, ó á lo más largo la siguiente. Parece que cuidaba su buena estrella de que no lo hiciese la prosperidad descuidado, peligro comun de los dichosos. Entendiéndolo así, con la presteza que convenia ordenó que don Carlos Coloma con cuatrocientos caballos y los amotinados de la Capela, y el coronel La-Barlota con mil infantes walones, fuesen á meterse dentro de aquella plaza si les pareciese convenir, ó que por lo menos, usando particular diligencia, procurasen oponerse á los intentos del enemigo; hicieronlo de tan buena gana, que, partiendo la caballería á puesta del sol, llegó á las murallas de Avenas á dos horas el sol salido, con haber doce leguas, la mayor parte de bosque casi inaccesible. No tuvo menos diligencia á proporcion la infantería, pues llegó seis horas despues. Mas quien la tuvo mayor fué la espía que avisó á Bullon de la gente que salía del campo en su busca; con que, sin embargo de los aparatos de escalas y otros instrumentos deste género que había juntado, y hallarse con tres mil infantes y quinientos caballos escogidos, no se atrevió á pasar la ribera, que, saliendo de los estanos de Torlon y pasando una legua sobre Avenas, entra en la Sambra dos más abajo de Landresi. Dejó don Carlos á los amotinados en la Capela, encargados de cubrir el país y mirar en particular por la villa de Avenas, y en ella La-Barlota dos compañías de su regimiento, con que en tres alojamientos se volvieron las tropas restantes al campo.

A los 16 se juntaron los canónigos y nobles y magistrados de Cambray, y despues de largas conferencias entre ellos, que duraron todo el dia, vinieron el siguiente 12, de los más calificados al conde de Fuentes, y le representaron cómo aquella ciudad y su distrito habían padecido notables infortunios y lastimosas calamidades, despues que por algunos sediciosos y ruines vasallos de Su Majestad habian sido admitidos franceses al dominio de aquel estado, para cuyo remedio, apartándose unánimes y conformes de cualquier derecho que pudiesen tener para vivir en libertad, conociendo que forzosamente ha-

bia de convertirseles en vil servidumbre, consideradas sus pocas fuerzas; y teniendo consideracion y reconocimiento á las que el Rey habia empleado con tan excesivos gastos, para sacarlos del incomportable yugo de la tirania en que tantos años estuvieron, suplicaban muy humildemente á Su Majestad, y al Conde en su nombre, como su lugarteniente, fuese servido de admitirlos por sus más humildes vasallos, reservando para si y sus sucesores la institucion y destruicion de los magistrados, y generalmente la soberania, señorío y autoridad temporal de aquel estado, sin otro cargo ni obligacion que de conservarlos en los mismos derechos, inmunitades y franquezas que antigamente habian gozado de los obispos y arzobispos cuando eran príncipes de Cambray; los cual les otorgó el Conde con ciertos capítulos tocantes á la quietud y buen gobierno del Estado, y de todo se fulminó escritura y se hizo auto á los 22 de Octubre del dicho año.

Al cuarto dia que el Conde comenzaba á gozar del fruto de la victoria, estando actualmente continuando el dar á Dios las debidas gracias por ella, tuvo en menos de seis horas dos nuevas; la una la más triste, y la otra la más alegría que se podian tener en aquella ocasión. Avisábanle con la primera de que Herrogüier, gobernador de Breda, habia entrado en Liera, degollado la guarnicion y apoderándose de aquella villa tan importante. Y con la segunda, de que rehaciéndose don Alonso de Luna y Carcamo, gobernador de aquella plaza, y fortificándose en la puerta que va á Amberes, habia rechazado al enemigo, cobrado la villa y degolládole, que pasó en esta forma.

El gobernador de Breda, Carlos de Herrogüier, natural de Cambray, el que menos de diez meses antes habia emprendido y ganado la villa de Huy, determinó hacer lo mismo de la de Liera, gobernada por el capitán don Alonso de Luna y Carcamo, con sola la guarnicion de su compañía y la de don Juan Chacon, de infantería española, y dos de walones. Es Liera villa harto fuerte de sitio por estar toda rodeada de buenos fosos de agua, situada en igual distancia de dos leguas entre Malinas y Amberes, tres de Herentales y cuatro de Lovaina; cuyas vecindades, así como en alguna manera parece que la

aseguraban de empresa, así tambien daban ocasion al enemigo de desearla emprender para meterse en el corazon de las fuerzas católicas, y desde allí inquietarlas á todas. Juntó pues para este efecto cerca de mil infantes de todas las guarniciones de Brabante, y solos cien caballos de la de Breda; poca gente á la verdad en otras ocasiones, y en aquélla mucha, respecto á lo que estaban apartadas y divididas las fuerzas del Rey. Y marchando con gran secreto la noche de los 13 de Octubre, llegó cosa de una hora antes del dia á las murallas de Liera y al puesto reconocido y tanteado muchos días antes, es á saber, un rebellín comenzado y no acabado, con que se cubría la puerta de Malinas; al cual arrimadas las escalas, sin ser vistos por la oscuridad de la noche, atravesando antes el foso el agua á la cintura, se apoderaron dél, degollando un cuerpo de guardia de doce soldados con que le hallaron. Tocóse con esto una arma muy viva, y antes que don Alonso, que saltó luego, y el cuerpo de guardia de la plaza, en que podía haber cincuenta hombres, tuviesen tiempo de acudir á la muralla, ignorantes de la parte por donde eran acometidos, le tuvo el enemigo para volver á arrimar las escalas, subir á ella y abrir de par en par la puerta, por donde al punto entraron de rondon todos los infantes y caballos. Visto por don Alonso entrada la villa, determinado de morir en su defensa, hizo con la brevedad que el caso pedía atrincherar la boca de la calle que entra en la plaza, con toneles, colchones, vigas, puertas y cuanto les vino á las manos. Todo lo que los enemigos tardaron en ganar esta trinchera, y en caer en que cruzando por otras calles podían coger á los defensores por las espaldas, tuvo don Alonso tiempo para hacer ocupar por sesenta soldados de los que habían ido acudiendo á la plaza, la puerta que va á Amberes y comenzarla á fortificar. Aprovechó mucho la codicia de los holandeses; porque mientras se ocupaban en saquear las casas y hacer otros desórdenes de los que en semejantes casos se acostumbran, contra el principal cuidado que se ha de tener, entrando finalmente el gobernador de Breda en la plaza, antes que tuviese tiempo de juntar á los demás y hacer escuadron, rompió don Alonso por ellos con cosa de cuarenta soldados que le seguían, y con pérdida de sólo

tres llegó á la puerta que se fortificaba, dando ánimo á los suyos y cobrándole él de nuevo viendo su buena diligencia. No fué perezoso don Alonso en acabar de fortificarse lo mejor que pudo, ni en enviar á pedir socorro á las ciudades de Amberes y Malinas; tal, que una hora el sol salido se supo en ambas partes el peligro en que se hallaba aquella villa; y esta fué la primera nueva que llegó á Cambray.

El gobernador de Breda entre tanto, recogidos hasta seiscientos hombres (que juntarlos á todos fué imposible, por estar mucha parte dellos borrachos y gozando de la victoria antes de tenerla; que es bien peligrosa confianza), dió un asalto á la puerta, y viendo que en lugar de hacer daño le recibía, determinó irsele arrimando rompiendo casas, y plantarles tres sacres que se hallaron en la muralla para batir con ellos las defensas débiles de don Alonso, que sólo eran tocones vacíos y algunas vigas y tablas que sacaron del cuerpo de guardia. Tiráronse cosa de veinte tiros, valiéndose de piedras en lugar de balas, con muerte de cuatro de los nuestros. Volvióse con esto á dar otro asalto en vano, tras el cual salieran de buena gana los pocos soldados que quedaban, si no los detuviera don Alonso con asegurarles la victoria si se estaban quedos. Fué gran suerte y particular advertencia la de don Alonso, en mandar al principio de todo á su sargento Diego Mateo que llevase á la puerta un falconete y dos barriles de pólvora que estaban de respeto en el cuerpo de guardia, y cantidad de balas con que se hacían gallardos tiros en los enemigos desmandados; los cuales, en lo restante de la noche y en las horas del dia que les daró el estar en Liera, no dejaron de cometer desorden ni maldad alguna. La mujer de don Alonso, señora principal y muy virtuosa, recogida con sus hijuelos á un monasterio de monjas, el más pobre y humilde de la villa, y vestida ella más pobemente que todas, tuvo maña y valor para divertir de allí á los enemigos con buenas palabras, aconsejándoles que las dejases á ellas, que eran pobres, y que fuesen á casa del gobernador de la villa y gente principal della, que las hallarían llenas de riqueza. Contentáronse con saquear la sacristía y vestirse los vestidos sacerdotiales con general escarnio y mofa. Vióse que andaban después más de veinte herejes brindándose

con los sagrados cálices, y en una iglesia se supo que habian pisado el inefable Sacramento del altar y hecho otras insolencias sacrilegas y detestables, que las pagaron presto, como veremos.

Luego que en Amberes se supo el peligro en que estaba Liera, sacando el capitán Gaspar de Mondragon, teniente del coronel, cosa de ciento cincuenta españoles por la puerta del Socorro, y mandándoles que marchasen poco á poco la vuelta de Liera, fué á la casa de la Ciudad, á donde halló ya juntos á los burgomaestres y esclavines, que acababan de resolver de socorrer á Liera ó morir en la demanda, y como buenos vasallos del Rey y no menos temerosos de aquella espina si no se sacaba luego, en menos de una hora juntaron hasta dos mil ciudadanos, gente lucida y muy bien armada; y encargándola á don Antonio de Berchem, Diego Daza y Giles de Mera, capitanes y hombres de valor, les mandaron seguir á Gaspar de Mondragon y obedecerle en todo. No usaron menos diligencia los de Malinas; y así, á poco más del medio camino andado, los encontraron Mondragon y los de Amberes, en número de quinientos hombres, gobernados por Juan Vander Lanen, señor de Escri, con gran lustre de aquellas dos nobilísimas ciudades, quē tan conformemente acudian á la causa de su rey y defensa de sus vecinos, con valor más de soldados que de ciudadanos inclinados al reposo y artes de la paz. Apenas se acabaron de juntar todos, cuando por el estruendo de las piezas que iban oyendo juzgaron que todavía se defendían los católicos; cosa que causó en ellos tanto ánimo, que alargando el paso, llegaron á la puerta llamada de Amberes antes de mediodía; y entrados por ella, tomando la vanguardia don Alonso y Mondragon con su gente, acometieron unos y otros con tanto valor á los herejes, que con muy poca resistencia los hicieron volver las espaldas. Fué tanta la prisa y tal el miedo que les causó el no temido socorro, que, sin acordarse que habian dejado la puerta por donde entraron cerrada solamente con el cerrojo, creyendo que lo estaba con llave, saltaron mucha parte dellos al foso, pensando pasarle á nado, de los cuales se ahogaron los más. En la villa se hallaron muertos seiscientos cuarenta, y menos de sesenta presos; y súpese despues que no habian vuelto á Breda ochenta con

su gobernador. Halláronse entre los muertos cinco capitanes herejes, sin otros doce tenientes y oficiales de compañías. Fué de notar que, llegado á la tarde el aviso de la victoria á Amberes, se oyeron los cañonazos y salvas que se hacian en los fuertes de Liló y otros que los enemigos tienen en guardia del río; mas dudosos poco el regocijo, advirtiéndoles de la poca causa que tenian de alegrarse más de ciento cincuenta piezas que se dispararon tres veces en el castillo de Amberes y en todo el circuito de aquella fortísima ciudad, en señal de contento; acrecentándosele á don Alonso el suyo con ver á su mujer y hijos sanos y salvos; y dando todos juntos las debidas gracias á Dios en la iglesia mayor, reparando el dia siguiente con igual prontitud el rebellín por donde había entrado el enemigo, se volvieron los de Amberes y Malinas á sus ciudades, á donde entraron con el triunfo, reputación y alegría que se deja considerar, y quedando don Alonso con la que era justo de una acción tan honrada. Al primer aviso que yo el Conde de que el enemigo había entrado en Liera, despachó en toda diligencia al príncipe de Avellino, mandándole con la caballería de Tilimont y cuatro mil infantes de naciones procurase socorrer á don Alonso si todavía se defendía, lo que no era creible; y que hallándole perdido, sitiase la villa y ocupase los puestos, para que no pudiese entrar más gente lo que tardase en llegar él con el resto del ejército. Supo el príncipe de Avellino la nueva entre Valencianas y Mons; y haciendo allí alto, tuvo el siguiente dia orden de volverse, dejando pasar adelante al conde Beljoyoso con los de Tilimont, que no pararon hasta su alojamiento.

No se puede creer la alegría que le causó al Conde aquel suceso, con que acabó de perficionar todos los demás de aquel año; y deteniéndose en Cambray lo que fué menester para dejar asentado el absoluto dominio de la ciudad, y alojada la guarnición con don Agustín, que quedaba por gobernador hasta saber la voluntad de Su Majestad, por las ciudades de Duoy, Arras, Lila y Tornay pasó á Bruselas, recibido en todas con particulares muestras de regocijo, honrado y festejado sobremanera y cargado de honras y despojos militares. Ofreciéronle las ciudades nombradas y Valencianas y Mons grandes

presentes, y no aceptó ninguno, salvo una guarnicion de espada y daga de oro, labradas de relieve en ellas todas las victorias y felices sucesos de aquel año; obra de un excelente artífice de Amberes y dádiva digna de ser conservada muchos siglos por honrada y nobilissima memoria.

Quedó alojado en Cambray todo el tercio de don Agustín, y el de don Alonso repartido entre Dorlan y Chatelet. Despidióse toda la gente levantada á costa del país, y alojáronse los regimientos de naciones en burgajes, arrimados todo lo posible á las fronteras de Francia. El Comisario General, con mucha parte de la caballería ligera, entró en Chateo Cambresi, y don Carlos Coloma en Dorlan con seis compañías de caballos. Los hombres de armas se fueron á sus casas, conforme á su costumbre, con órden de ponerse á caballo en asomando la primavera. Volvió tambien el ejército de Frisia hacia la fin de Noviembre; del cual, antes de pasar la Mosa, se pagaron y despidieron los esguízaros. El tercio de don Antonio se alojó en el país de Limbourg y el de Luis en la villa de Nivela.

A mediado de Noviembre se tuvo aviso de la elección que el Re había hecho de la persona del serenísimo cardenal Alberto, archiduque de Austria, su sobrino, arzobispo de Toledo, para el gobierno de los estados de Flandes, y el conde de Fuentes cartas de Su Majestad, en que se lo advertia, y representaba la particular satisfaccion que tenia de los servicios que le había hecho aquel año, y el deseo con que estaba de renumerarlos. Mandábasele que en entregando el gobierno al Archiduque, y enterándose de las cosas que con tanta satisfaccion había manejado se partiese para España, á donde se tendría la cuenta que era razon con sus servicios. Poco despues se fué sabiendo que el Cardenal había pasado el golfo, que había llegado á Milan y que pensaba tener las fiestas de Navidad en Turin, como lo hizo. Escribió desde allí Su Alteza al Conde, mandándole que le enviase mil caballos ligeros hasta la raya, entre Luxemborg y Lorena; porque, aunque pensaba llevar consigo toda la infantería española que había militado aquel año en el condado de Borgoña, no tenia tan buenas nuevas del estado en que se hallaba aquella caballería; y deseaba ase-

gurar, no sólo su persona, que era lo principal, y aquellas banderas, sino tambien millon y medio en barras de plata que se traian para pagar la gente de guerra, en especial los motines; arbitrio que se dió al Rey para ahorrar los intereses de los cambios, y ganar tambien en el encuño de la moneda; siendo así que con el peso de un real de á ocho se batia en los estados un Felipe tallar, que vale en todos ellos diez reales.

Deseaba el duque de Pastrana sumamente la llegada del Archiduque y verse cuanto antes con Su Alteza; y así, quiso él llevar aquellas tropas, sin embargo de hallarse muy acabado de sus achaques, para lo cual mandó apercibir diez compañías: la suya, la de don Ambrosio Landriano, don Diego Pimentel, don Carlos Coloma, lanzas españolas; las del marqués de Montenegro y Carlos María Visconti, lanzas italianas; las de Grobendonck y conde Abolfo, del país, y las de los arcabuceros á caballo de don Alonso Mendo y de Betancourt; todas las cuales se pusieron á punto y se encabalgaron, de suerte que, una con otra, ninguna bajaba de cien caballos, inclusa la de Grobendonck, que consistia en ciento y veinte corazas y ochenta arcabuceros. Alojóse esta gente en el condado de Namur, aguardando para marchar á que el Archiduque avisase que había partido de Turin.



## LIBRO IX.

Año de 1596.

Venida del archiduque Alberto al gobierno de los Paises-Bajos.—Suceso del sitio y toma de Calés por el Archiduque.—Gana monsieur de Rona los castillos de Guines y Hanves, y Su Alteza á Ardres.—Sitia y toma el Rey de Francia á la Fera.—Tómase el castillo de Caumont.—Pónese el Archiduque sobre Hulst; refiérense los sucesos de aquel sitio, y toma de la villa y fuertes vecinos suyos.—Páganse los amotinados de Tilmont y la Capela.—Suceso entre el marqués de Barambon y el mariscal de Biron.—Otros dos entre la caballería católica y rebelde.—Provisión de los castillos de Amberes y Cambray.—Reformación del tercio de don Agustín Mesía, y provision de otros dos.

Los amigos de hacer discursos tuvieron bastante ocasión al principio deste año con la nueva de la ida del archiduque Alberto á los estados de Flandes. Decian unos que, siendo necesario enviar gobernador de la sangre real, no se podia echar mano de otro que de un príncipe de tantas esperanzas, probado ya, no sólo en materias de gobierno, sino tambien de guerra; benigno y dotado de otras muchas virtudes dignas de su fortuna. Advertian otros que el no haberle dejado ordenar de misa, estando ya á pique de entrar en la dignidad sacerdotal, en sabiéndose la muerte de su hermano el archiduque Ernesto, daba sospecha que le querian para más que arzobispo de Toledo. Por mucho que se adelgazó esta materia, ninguno acabó de dar en la cuenta ni penetró los intentos del Rey, cuya envejecida prudencia miraba las cosas de más lejos, disponiéndoselas suavemente y encaminándolas al fin que veremos en su lugar. Dióse libertad y licencia para que pudiese ir acompañando al Archiduque y á gozar de los estados paternos, situados en tierras de la obediencia del Rey, á Felipe

Guillermo de Nassao, príncipe de Orange, entretenido largos años en España en una decente, aunque segura prisión; por obligarle con la libertad, cuando menos la esperaba, y lisongear con aquello á las provincias rebeldes, y dar gusto á las sujetas. Esperábase tambien alguna grande resolución del conde Mauricio por medio del príncipe su hermano, aunque no tardó mucho en verificarse. ¡ Cuán flacos medios son contra una ambición resueltos todos los que se encaminan, especialmente con persuasiones, á reducirla ! Y así, con las que el príncipe hizo á su hermano no se consiguió ningun efecto mejor que acabar de conocer que sólo el hierro y el fuego podía dar esperanza de salud en una enfermedad tan larga y envejecida; siendo estos medios suaves más á propósito para conservar los reducidos que para reducir los obstinados, especialmente en los gobiernos en que tiene tanta parte el pueblo, cuya ruin inclinación no obedeció jamás á la vergüenza, sino al miedo, ni le abstuvo de lo mal hecho la deformidad, sino la pena. Entró el Rey de Francia en San Quintín, como dijimos, dos días antes que entrasen en aquella ciudad los rendidos de Cambray, á quien se afirma que hizo mal rostro, y en particular á Baliñi, con quien monsieur de Vich se disculpaba, diciendo, y con verdad, que se hubiera perdido aquella plaza veinte días antes si no entrara él en ella. Habló Baliñi tan confiado de volverse á introducir en Cambray por medio de sus amigos y de ciertas inteligencias que dejaba entabladas, que se apaciguó el Rey por entonces, y poco después le confirmó el cargo de mariscal de Francia, casándole con una hermana de la duquesa de Beaufort, su amiga, como se ha dicho: tal era el artificio y traza de aquel hombre; y en efecto, no dejó de cumplir su palabra en alguna manera; mas, apercibiéndose para ejecutar su intento, fué avisado don Agustín y desbarató su designio, castigando con pena de muerte á los culpados. Hallábase el Rey de Francia al fin del año pasado en Picardía con un ejército de diez mil infantes y buen golpe de caballería; deseando no estar ocioso y hacer alguna empresa que en su tanto pudiese equipararse á la pérdida de Cambray, puso su campo sobre la Fera, villa de las más fuertes de Francia, por estar situada casi toda en una laguna, á cuya causa, desconfiando de ganarla por

fuerza, determinó ponerle el sitio á lo largo, con fuertes, reductos y trincheras; todo para quitarle el socorro de vituallas.

Hallábanse el Senescal, gobernador de la plaza, y don Alvaro Osorio, de la gente de guerra, con cosa de mil infantes y doscientos caballos de guarnicion, y con vituallas para tres meses á lo largo, aunque el uno y el otro hacian todo lo posible para avituallarse para más tiempo; y desde luego aligeraron las bocas inútiles, comenzando desde el primer dia á tasarse el pan desde el mayor al menor; cosa que ocasionó gran desprovechos, y que debe hacer cualquier prudente gobernador de una plaza en semejantes casos.

Supo el conde de Fuentes casi á un mismo tiempo el intento del francés, y con puntualidad el número de bastimentos que habia en la Fera y el de la gente que se habia de sustentar con ellos; y cuidadoso de aquella plaza, mandó á Jorge Basta (que acababa de llegar de la guerra de Hungria con licencia limitada del Emperador) que, arrimándose á la frontera de Francia con toda la caballería de los presidios, que pasaba de ochientos caballos, aguardase alguna buena ocasion de meter socorros de bastimentos, en que, á más de este provecho, se seguia otro de mayor importancia, que era tener cuidadoso al enemigo, obligándole antes á mirar por si que á divertirse á otras empresas, especialmente á ir á encontrar al Archiduque, como se temia, y más con la comodidad que le daba el tener á Metz de Lorena donde recogerse, y todo aquel país, tan aparejado para emboscadas y tan su devoto. Jorge Basta, desde Chatelet, donde estaba, inquietaba todos los dias al enemigo, tocándole continuamente arma por diferentes partes; y cuando vió buena ocasion, ejecutó el principal intento con la felicidad que veremos.

A los 4 de Enero murió en el castillo de Amberes el coronel Cristóbal de Mondragon, á los noventa y dos años de edad, de los cuales asistió más de los cincuenta en los estados de Flandes, conservando todos ellos una nobilísima opinion de valeroso soldado y diestro capitán; por maravilla se hizo cosa en aquellas guerras donde él no se hallase, ejecutando ó mandando; y con ser hombre de condicion seco, poco atractivo y sobradamente libre, tuvo particular estrella en ser

bienquisto, no sólo de sus superiores, sino de sus inferiores, y (lo que es más de maravillar) de sus iguales. Al principio de su fortuna le dió gran reputacion la infantería walona, y ella no la perdió con la disciplina de tan buen maestro. Fué natural de Medina del Campo, aunque de origen vizcaíno; en tantos años de guerra no le sacaron jamás gota de sangre; antes llegó su buena suerte en esto á volarse una vez el castillo de Davileres, de donde era gobernador, en el ducado de Luxembourg, y quedar él y su mujer sanos y salvos en el hueco de una ventana, de donde fué menester gran trabajo y tiempo para sacarlos, sin quedar ofendido del fuego ni de las ruinas. Dejó una hija, y de ella algunos nietos con razonable hacienda, y generalmente deseó de sí á todos los capitanes y soldados, que le tenían por padre y le respetaban como á tal. El castillo estuvo algunos meses por proveer, y por fin se dió á don Agustín Mesía, y lo de Cambray á don Alonso de Mendoza; pero fué hacia el fin del año en que vamos.

A los 13 de Enero entró el Archiduque en Borgoña, acompañado de seiscientos caballos del duque de Saboya, hasta la raya de sus estados, á donde le salió á recibir don Alonso de Idiaquez con toda la gente que había estado á su órden en aquel condado desde que salió de prisión; y entregándola á las cabezas que el Archiduque había hecho ya de la infantería que trajo de España, y dejando á Su Alteza en Grey, pasó al estado de Milan á ejercer el oficio de general de la caballería ligera. Gobernaban esta gente los maestres de campo Manuel de Vega y Juan de Tejeda; los cuales, hechas dos tropas de toda ella, marchaba por las tapas ó alojamientos ordenados y abastecidos ya por el gobernador Antonio Dávila, á quien se encargó; llevando la vanguardia Tejeda y retaguardia Manuel de Vega, una jornada distantes el uno del otro. Marchaba el Archiduque en medio con su corte, cuatro compañías escogidas de infantería española, cada una de cien arqueros, y la mayor parte de la caballería ligera á cargo de don Octavio de Aragón. Vino, haciendo oficio de maestre de campo general, Claudio de Rie, baron de Balanson y conde de Varas, general que era en propiedad de la artillería en Flandes. El hacer el viaje en tiempo tan riguroso y demasiado arrimado á Alemania por apartarse

de Francia, le alargó más de lo que hubiera menester aquella gente; y así, con salir de Borgoña pasado de seis mil infantes, la mayor parte españoles, y los demás napolitanos y urbineses, los primeros gobernados por el marqués de Trevico, y los segundos por don Alfonso Dávalos, entraron en el país de Luxemburg pocos más de cuatro mil; á donde llegados á mediado Enero los duques de Pastrana y Feria, don Diego y Estéban de Ibarra y las compañías de caballos designadas, se recibieron cartas del Archiduque, escritas en Nansi de Lorena, en que daba prisa á la caballería, y mostraba desear que se adelantasen de todos don Diego y Estéban de Ibarra, y fuesen á encontrarle lo más adelante que fuese posible. Quería Su Alteza comenzar á ser informado de las cosas de los Países-Bajos por sujetos tan enterados de ellos; y así, dejando á los duques de Luxemburg, y al de Pastrana en el extremo de su vida, llevando toda la caballería hasta Sierich sobre la Mosela, cuyas corrientes dividen los estados del Rey del ducado de Lorena, tomando solamente á don Carlos Coloma con su compañía de lanzas y la de arcabuceros de Alonso Mendo, pasaron tres jornadas adelante. A la segunda, avisado don Diego de que en cierto villaje cerca de Metz se habían retirado veinte y cinco caballos de aquella guarnición, los cuales había días que venían inquietando el ejército del Archiduque, saliendo á los desmandados en la retaguardia, envió á deshacerlos á don Carlos Coloma con treinta lanzas y la mitad de la compañía de Mendo, y anduvieron tan bien las guías, que tras cinco horas de camino, todo de bosques, por ser aquello lo fino de las selvas de Ardeña, pusieron á nuestra gente en el casar á la que amanecía. Estaban los fraibutres (así llaman los ladrones de camino) muy descuidados de aquel acontecimiento; tal, que sin poder acudir á sus armas y caballos, pusieron su esperanza en el beneficio de los bosques vecinos, aunque por daño de los más, que quedaron degollados casi todos. Tomáronseles las armas y caballos, y á cinco que quedaron en prisión, pidiéndolos el magistrado de la villa de Moranges, en Lorena, se supo después que los habían enrodado como á públicos salteadores; y esto por haber paces juradas entre aquella provincia y la ciudad de Metz. Este día se encontraron don Diego y Esteban de

Ibarra con el Archiduque, á quien informaron del estado de las cosas de Flandes, y al cabo de otras dos jornadas, junto á la abadía de Basonvile, salió al camino don Ambrosio Landriano con las compañías de caballos restantes, que acabaron de alegrar y asegurar á aquel ejército, afligido de tan largo camino y de tantas aguas, nieves y hielos. Pasóse la Mosela por el propio Sirich, y finalmente se llegó á Luxemburgo á los 30 de Enero, á donde habían llegado ya el duque de Ariscote, el marqués de Havré, los condes de Sora y Bosu, los presidentes y secretarios de Estado, y otros muchos señores y gente noble del país, á visitar á Su Alteza y dársele á conocer. Hospedóle el conde de Mansfelt, gobernador de aquella provincia, con todo género de regalo y grandeza. A la misma hora y punto que el Archiduque entraba por Luxemburgo acabó de dar el alma á Dios el duque de Pastrana, de la propia dolencia que le afligió cerca de dos años continuos, pocos meses después de haber entrado en los treinta y siete años de su edad. Fué muy sentida su muerte por los soldados, de quien era muy bienquisto, no menos por su valor que por la afabilidad de su condición y agradable aspecto; cosas que ayudan mucho á ser amado. Dejó por testamentarios al duque de Feria y á don Francisco Juan de Torres y heredero universal á Ruy Gomez de Silva, su hijo mayor; á quien, en partiéndose de Luxemburgo el Archiduque llevó consigo á España el duque de Feria, sin embargo de haber dejado su padre dispuesto lo contrario; que en este caso, y casi los más de este género, pueden desengañarse los hombres de cuánto se altera (ó porque conviene así, ó por otros accidentes) la voluntad de los testadores, para que, previniendo con demasiada prudencia las cosas futuras, no quieran vivir después de muertos. Holgara el Duque, como quien conocía muy bien los grandes peligros con que en la corte de España se cria la juventud, que se acabara de criar en Flandes, á donde le tenía ya escogido por maestro al gran Justo Lipsio, fénix de nuestros tiempos de la Germania inferior, y memorable en los futuros. Depositóse el cuerpo del Duque en el monasterio de San Francisco de Luxemburgo, en la misma sepultura donde estaba enterrado el conde Carlos de Mansfelt, muerto de enfermedad seis meses antes,

teniendo sitiada á la ciudad de Estrigonia, en Hungría, despues de haber roto valerosamente en una batalla el ejército del turco Mahometo.

Entre Namur y Marcha salió al camino á recibir y acompañar al archiduque Ernesto, elector de Colonia y duque de Baviera, y poco despues el conde de Fuentes con sus dos compañías de la guardia y los cien arqueros, todos muy lucidos y bien á caballo; acompañábanle el duque de Aumale, monsieur de Rona, los condes de Ligne, Aramberg y Barlaimont, y finalmente toda la corte española é italiana. En los dias que Su Alteza se detuvo en Namur mandó á don Diego de Ibarra, su mayordomo, para quien trajo el cargo de veedor general, que reformase toda la gente que había traído consigo, en esta forma; el tercio de urbineses, de que era maestre de campo don Alfonso Dávalos, y las compañías de milaneses (en todas las cuales juntas podía haber cosa de ochocientos italianos) se agregaron al tercio del marqués de Trevico, con los cuales, y con los napolitanos que tenía repartidos en la Fera y otros presidios de Picardía, vino despues á tener un tercio de más de dos mil y quinientos hombres. De cincuenta y seis banderas de españoles quedaron en pié solamente doce, que se agregaron á los cuatro tercios, repartiéndose en ellos por iguales partes toda la gente de las compañías reformadas, y de doce estandartes de caballos, solas tres compañías de lanzas, una de españoles, de don Gomez de Buitron, y dos de italianos, de Carlos de Sangro y caballero Ludovico Melzi, y la de arcabuceros á caballo de don Fernando de Guevara, y con incluirse en ella toda la caballería de ambas naciones, llegada allí la que vino de Borgoña, ninguna llegó á cien caballos; inconveniente que se seguirá siempre que se pasare gente á Flandes en el corazon del invierno.

Entró finalmente el Archiduque en Bruselas á los 11 de Febrero, acompañado hasta allí del Elector y de infinita nobleza; fué muy grande el regocijo que mostró, en nombre de los estados obedientes y suyo, aquella nobilísima villa, y declaróse en varias inscripciones, versos y estátuas; en adorno de muchos arcos triunfales y galerías que se hicieron en honra de aquella entrada, lucida con el recibimiento

de la nobleza natural y extranjera que se hallaba en los estados y con la que venia sirviendo y acompañando al Archiduque. En llegando dió á don Rodrigo Laso, gentil hombre de su cámara, dos compañías de caballos para su guardia; una de lanzas y otra de arcabuceros. El cargo de su caballerizo mayor al conde de Sora, y á los de Aramberg, Eghemont y Ligne, llaves de su cámara. Publicó tambien en aquella misma sazon algunas mercedes que traia del Rey para algunos de los muchos que habian servido hasta allí á Su Majestad con satisfaccion. Mejoraron de encomienda á don Agustin Mesfa, y diéronlas de nuevo á don Diego de Ibarra, don Antonio de Zúñiga y don Luis de Velasco; y juntamente se publicaron tres hábitos de Santiago á Manuel de Vega, Juan Jerónimo Doria y don Carlos Coloma. Diéronse á muchos rentas de por vida sobre Nápoles, Sicilia y Milan, y en particular una de seiscientos escudos á don Alonso de Mendoza y otra de otros tantos á don Carlos Coloma, y aunque en esta reparticion fueron más los que quedaron quejoso que satisfechos, como es costumbre, todavia sirvió de estímulo á la virtud, en los acrecentados la recompensa, y en los olvidados la emulacion.

Vuelto el Elector á Lieja, y acabadas las fiestas y cumplimientos, se comenzó á discurrir sobre el estado de las cosas antes que se partiese para España el conde de Fuentes; y despues de haber tenido sobre ellos varios consejos, se tomó resolucion de socorrer á la Fera; echando de ver lo que convenia que Su Alteza entrase con buen pie en aquellos estados, y no dejando perder ante sus ojos una plaza de tanta consecuencia, en que tanto podia interesarse su reputacion. Húbose con esto de dilatar el pagamento de los motines de Tilimont y la Capela algunos meses, empleando en levas de gente y en las demás prevenciones necesarias para formar un ejército gallardo, el dinero que venia destinado para darles satisfaccion. Con esto se partió el conde de Fuentes para España, llevando consigo á don Diego Pimentel, su sobrino, al capitán Francisco de Almansa y otros capitanes y entretenidos á quien deseaba hacer bien; en partiéndose el Conde, proveyó Su Alteza la compañía de lanzas de don Diego Pimentel en don Diego de Acuña, y á Juan de Guzman se dió patente para levantar otra de los amotinados de la Capela.

Era ya entrado Marzo cuando se supo por cartas de la Fera cómo se iban acabando los bastimentos; y pareciéndole al Archiduque y á su consejo que se perdería aquella plaza antes de tener á punto el ejército para socorrerla si no se procuraba alargar el plazo, envió á mandar á Jorge Basta que hiciese el último esfuerzo por llevar cierta cantidad de trigo que para aquel efecto estaba en Chatelet. Jorge Basta, que en todo el tiempo que estuvo en aquella frontera con las tropas que dijimos había procurado informarse de los puestos que tenía guardados el enemigo, escogiendo uno, el más acomodado, valiéndose de cierto lacayuelo francés que entraba y salía en la villa, y de la cifra que tenía con el Senescal y don Alvaro Osorio, les avisó que para la noche de los 12 de Marzo le aguardasen con el mayor número de barquillas que pudiesen en una parte de la laguna que les designó, apartada menos de media legua del villaje de Traversi, uno de los cuarteles fortificados del enemigo. Y partiéndose con el secreto posible de junto á Landresi, cargó en grupa de ochientos caballos, llegado á Chatelet, otros tantos sacos de trigo; y sin detenerse un punto, por prevenir á los avisos que se pudiesen tener de él, llegó al puesto sin contraste alguno, y hallando cantidad de barquillas, que en menos de dos horas llevaron el trigo á la villa; en despachando la posteror barcada, dió la vuelta por el camino de la Capela, y ofreciéndosele al capitán Gabriel Rodriguez, que llevaba la vanguardia con su compañía de arcabuceros, un cuerpo de guardia de cien infantes franceses que guardaban un puesto, degolló la mitad de ellos; pasóse adelante, y á cosa de dos leguas andadas dejando el camino de la Capela, y pasando el río de Guisa por Roumeri, llegaron á Chateo Cambresi á los 13 sin perder un hombre; que fué una acción muy honrada y venturosa, y causa de todos los buenos sucesos de aquel año.

Respiró algun tanto Su Alteza con este aviso, pareciéndole que se había alargado el plazo por lo menos dos meses, durante los cuales podría traer el tiempo muchos accidentes capaces de poder poner remedio á las cosas, que entonces parecía estar sin él; y como príncipe prudente y deseoso de acertar, en vez de darle aquel socorro ocasión

de descuido, se la dió de mayor cuidado, juntando cada dia su consejo y dando prisa á la gente que había de bajar de varias partes para tener el ejército á punto, antes que acabasen los sitiados de gastar los bastimentos; porque darles otra vez socorros era imposible, habiendo el rey de Francia, despues de metido el trigo, acomodado el sitio y fortificado los lugares peligrosos; de manera que de todo punto se tenía perdida la esperanza de ello.

Entre tanto que el ejército se apercibía, no cesaba de discurrirse sobre la forma en que se había de socorrer la Fera; algunos de los consejeros eran de parecer que las grandes fuerzas que se habían de juntar se empleasen en cosa de provecho, y que mientras los rebeldes de Holanda estaban sin ayuda de Francia y con poca de Inglaterra (cuya reina se sabía por cierto que aspiraba á grandes empresas por la mar), se emprendiese Hulst, Breda, Ostende ó Bergas, plazas de gran momento para la suma de las cosas de aquellos estados, y que se dejases las de Francia en poder de sus discordias civiles. Otros, y en particular los españoles, eran de parecer que convenía á la reputación del Rey y del Archiduque entrar socorriendo una plaza desde la cual, como lo había mostrado la experiencia, sin pasar río, monte ni otro algún estorbo, se podía inquietar al propio rey de Francia en París, y hacerle sentir en su casa la guerra que él, con más temeridad que buena fortuna, trataba de encender en las ajenas. Para rechazar la primera opinión hubo poca dificultad, no habiendo Su Alteza traído cosa tan encargada como el no volver el rostro á las cosas de Francia; con tanta mayor asistencia cuanto se tenía por más cierto que habían de efectuarse las paces, sobre que comenzaba ya el Papa á ir echando las primeras líneas, para las cuales convenía tanto más vivamente que nunca la guerra, siendo ella el verdadero medio de efectuar las aventajadas. Para poner pues en práctica esta opinión (en que todos conveniau siempre que pareciese posible) se discurría con varios modelos y plantas en la mano, y cuanto más se miraba en ello, tanto mayores dificultades se iban descubriendo. Primeramente el haber de entrar en reino extraño, en donde no había ya cosa más olvidada que el partido de la Liga; porque, si bien el duque de Hu-

mena en Borgoña y el de Mercurio en Bretaña sustentaban su voz, se echaba bien de ver que lo hacian más por mejorar el estado de sus cosas y venderse caros, que no porque les quedase esperanza de resucitar la faccion en especial el de Humena, que no tardó mucho en seguir el camino que los demás; fuera desto, habia de ser fuerza para socorrer la Fera dejar muchas villas enemigas á las espaldas, desde las cuales se podia inquietar el campo español y exponerle al inconveniente de Lan; como eran Perona, Han, San Quintin, Guisa y otras. Mirábase el designio de los alojamientos del francés, tan bien fortificados, que quitaba la esperanza de poderlos penetrar sin peligrosa dilacion y conocido trabajo, y hasta la misma fortaleza de la plaza, y el estar rodeada por todas partes de agua, causaba nueva imposibilidad de meter el socorro; porque últimamente, haciendo los franceses ciertas calzadas entre el villaje de Jarnier y la villa, y deteniendo con ellas el curso del río Oise, empantanaron todos los campos de alrededor para tener menos partes que guardar, y esas más apartadas de la artillería de la villa; con que el capitán Pedro Gallego, que la tenia á su cargo, les hacia mucho daño, pensando tambien por este medio anegar la tierra, quitar el uso de los molinos y la vivienda de las casas, y fué milagro no seguirse mayor daño; porque, si viniera de noche la inundacion, como vino de dia, se perdieran todos los bastimentos, que al fin, andando los sitiados siempre con el agua á la rodilla, los pudieron retirar á lugares altos.

Para remedio de este mal hizo don Alvaro una salida con quinientos hombres, y á pesar del enemigo, á quien mató más de cien franceses, abrió una cortadura por donde desaguó mucha parte del agua. Reparáronse luego dentro con toda brevedad, de suerte que, aunque despues la volvió á cerrar el enemigo, no subió el agua con tres piés tanto como antes. Sin embargo pues de estos inconvenientes que se representaban, y del peligro á que se ponía aquel ejército, sin dejar otro á las espaldas (cosa que debe hacer cualquier prudente capitán que se resuelve á entrar en reino extraño), la última resolucion fué socorrer á la Fera, no reparando en los daños representados por la opinion contraria, aunque fundadamente, sino (viendo cuán imposible

es hallar consejo que carezca de ellos) conocer que los habia menores en el peligro del socorro que en la perdida de no intentarle; siendo oficio de la prudencia no pretender resoluciones totalmente libres de inconvenientes, que eso es imposible, sino escoger la que tuviere menos. Para poder de una vez hacer este socorro y dejar proveida esta plaza por mucho tiempo, se mandó llevar gran cantidad de bastimentos á las ciudades y villas de la frontera, hacia donde se comenzó á ir encaminando todo el ejército, que constaba de diez y seis mil infantes y más de dos mil caballos ligeros; es á saber, cuatro tercios de españoles, en que podia haber cinco mil, inclusos trescientos arcabuceros que se sacaron de los castillos; el tercio del marqués de Trevico de mil y quinientos italianos, mil borgoñones altos del marqués de Barambon, mil irlandeses de Estanley, y seis mil walones de La-Barlota, Gaison, Busquoy, Fresin y la Coquela, inclusas tres banderas fuera de regimiento, levantadas en el país de Artois; la resta hasta el dicho número contenian los regimientos de alemanes del conde Via y coronel Tessilinghen. Era todo infantería vieja y gobernada por cabezas de mucho valor y experiencia. La caballería constaba de las compañías de lanzas españolas de don Ambrosio Landriano, don Juan de Cordona, don Carlos Coloma, don Francisco de Padilla, don Sancho de Luna, don Juan de Bracamonte, don Gomez de Buitron, don Diego de Acuña y don Juan de Gamarra. Y de arcabuceros, la de Alonso Mendo, Martin de Eguiluz, don Fernando de Guevara, Hernando de Salazar y Gabriel Rodriguez. Italianos, lanzas, Francisco Coradino, Ludovico Arigoni, los condes Juan Jacobo Beljoyoso y conde Alfonso de Montecuculi, el marqués de Montenegro, Carlos Maria Visconti, Aníbal Macedonio, Juan Jerónimo Doria, Paulo Emilio Martinengo, Ludovico Melzi, y Carlos de Sangro. Albaneses, Jorge Cresia; y arcabuceros á caballo, monsieur de San Hilario, Ruger, Tacon, conde Decio Manfredi. Lanzas del país, Archicourt, y baron de Aussi, arcabuceros; y corazas, Daniel Xalon, Bastian Goudart, Simon de Latre y Juan Cesate. Los hombres de armas, en número de mil y quinientos, eran las mismas compañías que anduvieron en campaña el año pasado, salvo que en esta ocasion los gobernó el duque de Arscot. Por

maestre de campo general iba monsieur de Rona, por su teniente Gaspar Zapena, y por general de la artillería el conde de Varas. Partió el Archiduque de Bruselas á los 29 de Marzo, dudosos todavía entre sí, y comenzando á imaginar en la diversion desde que á solas con los más confidentes le dijo monsieur de Rona tales ó semejantes palabras:

«Si el amor con que he servido hasta aquí á Su Majestad no me obligara ante todas cosas á disimular injurias, trajera á la memoria de Vuestra Alteza las que en diferentes ocasiones se me han hecho en este ejército, cavilando mis acciones y teniéndome por tan francés de corazon como cuando con la misma lealtad que sirvo ahora al rey de España servia al de Francia; y aunque estoy por creer que no habrá saltado quien haya madrugado á tomar este asunto con Vuestra Alteza por desacreditarme y acreditarse á mi costa, no quiero dejar de decir ahora mi parecer con la libertad que acostumbro y con la buena intencion y llaneza que debo, remitiendo en lo demás el desengaño al tiempo. En socorrer á la Fera hallo las mismas dificultades que tantas veces se han representado, y por la mayor de todas, la necesidad de haberlo de hacer otras muchas veces con el mismo, y aun por ventura mayor, peligro; confieso que hasta aquí ha sido aquella plaza importantísima, y como tal la escogió el duque de Parma por seguro refugio de las guerras civiles, acabadas las cuales, como lo están, y no pudiendo ya ser la Fera causa del fin honrado de estas disensiones servirá solamente de necesaria ocasion de ellas y de ocupar los generosos deseos de Vuestra Alteza para no poderse extender á mayores empresas que á socorrer una plaza, que, ni socorrida mejora del todo el estado de las cosas, ni dejada de socorrer podemos decir que las destruye. El rey de Francia persevera en el sitio con obstinacion por quitarse á sí aquella espina, y á sus vasallos la inquietud de las corredurías que de ordinario hacia su guarnicion. Si teniendo Vuestra Alteza el mismo intento, hallásemos una plaza que sitiar, de que se pudiese seguir á estos estados los mismos provechos, y juntamente fuese puerto de mar y tuviese otras comodidades equivalentes á la perdida de la Fera, yo seria de parecer que se emprendiese, encargando

ante todas cosas el secreto, sin el cual hasta las más fáciles se hacen, no sólo dificultosas, sino imposibles. Este felicísimo ejército, como Vuestra Alteza sabe mejor, tiene á raya Francia, Inglaterra y las islas; busquemos, Señor, algo en que interesarlos y escocerlos á todos, y á mal librar socorremos á la Fera, obligando al enemigo á levantar el sitio por acudir á lo que más le importa. Ahí, Señor, está Calés, que nos llama, guardada por un mozo inexperto y defendida sólo de su envejecida reputación y de los soldados de monsieur de Gordan, neutrales en todas las guerras, y á esta causa no experimentados en alguna. Si se le ocupan los puestos de repente, se le quita el socorro de mar y tierra, quitado el cual, verá Vuestra Alteza qué se puede temer de esta gente, acometida por el valor y fortuna de este ejército, y sívase de considerar tambien lo que sentirá el francés la pérdida de la mejor pluma de sus alas, Inglaterra el peligroso vecino y Holanda el ver en otras manos que en las suyas el absoluto dominio del canal. Esta empresa es fácil y provechosa, honrada y sin peligro; Vuestra Alteza encamine con su prudencia lo demás. »

Era grande la opinion en que se tenia el parecer de Rona, y oíale de buena gana el Archiduque, inclinado ya, como dijimos, á la diversion, con la cual, ó se tomaba Calés si no la socorría el rey de Francia, ó si lo hacia, habia de levantar el sitio de la Fera; y conseguíase el primer intento con menos riesgo de aquel ejército, de cuya conservacion pendia la de los Estados-Bajos. Tenia esta diversion tambien la calidad más necesaria, que era hacerla en plaza más importante que aquella de que se pretendia apartar al enemigo. Llegado pues á Valencianas á los 3 de Abril, se dieron las órdenes siguientes: mandóse á monsieur de Rona que con los tercios de don Luis y don Alonso, el regimiento de La-Barlota y los walones de compañías sueltas levantadas en el país de Artois, y cinco compañías de caballos á cargo del Comisario General, tomasen el camino de San Omer; y cargando desde allí hacia la mano izquierda, entrase en el país de Calés por la exclusilla que parte los términos de Flandes y el condado de Oye y Bredenarde, y se asegurase ante todas cosas de la inclusa y puente llamado de Niulet, paso forzoso del país de Calés al de Boloña; y dejada

allí parte de su gente con instrumentos para fortificarse, pasase con la resta adelante, y ocupase la torre y puesto del Risban; y para plantar en él en defensa de la entrada del puerto y ganar estos puestos, se le dió órden para que sacase de Gravelingas cuatro medios cañones.

Ordenóse, por otra parte, á don Ambrosio Landriano que con toda la caballería ligera marchase á buenas jornadas hasta ocupar los puestos sobre la villa de Montrull, plaza francesa, situada sobre el río Cauche; el cual, naciendo en el país de Artois, bañando las ruinas de la vieja Hendin y fortificando la nueva, toca después su siniestra margen á la dicha villa de Montrull, y desagua en el mar por Estaples. Envióse esta caballería por tres causas: primeramente por desmentir las espías del enemigo; la segunda por oponerse al socorro que podía enviarse á Calés por tierra, por si acaso penetraba el francés el designio del Archiduque; y la tercera por tener aquello que acometer cuando no sucediese el ocupar los puestos, como era necesario para sitiárselos; que en tal caso estaba resuelto el emprender á Montrull. Ordenóse á Jorge Basta que con cuatrocientos caballos y dos regimientos de walones se pusiese en Chateo Cambresi, á donde se tenían apercibidas cantidad de vituallas, y procurase estar alerta para no perder ocasión, si con sacar el francés parte de su gente se la daba por meterlas en la Fera. Ordenóse también á don Agustín que con su tercio y tres mil infantes de naciones tirase la vuelta de la frontera de Francia, hasta tener aviso de la parte donde había hecho asiento el Archiduque, todo por deslumbrar al enemigo, tocándole arma por muchas partes. Su Alteza, con lo restante del ejército, hombres de armas y compañías de sus guardias, marchó á grandes jornadas la vuelta de san Omer; marchó también monsieur de Rona con la gente dicha, y hallando apenas resistencia en la esclusilla, entró en el país Lunes Santo, á los 8 de Abril. Tocóse arma en Calés, y pensando que era gente de Gravelingas, que, como otras veces, entraba á correr la tierra, no se hizo otra diligencia que tirar algunas piezas de aviso, para que los labradores de las aldeas retirases el ganado y asegurasen sus personas. No se detuvo un punto en Rona, y pasando al puente y

enclusa de Niulet, en viendo cuarenta franceses (que le guardaban la artillería), rindieron el puesto sin más resistencia, con ser bien fuerte y rodeado todo de agua. Quedó en él don Alonso de Mendoza con su tercio fortificándole; y pasando adelante Rona, don Luis y los demás se presentaron al Risban dos horas antes de anochecer; trataron de ponerse en defensa cien franceses que le guardaban; y después de haber batido cosa de una hora un torreón á lo antiguo, arremetiendo finalmente don Luis, entró por fuerza, y tras él La-Barlota, sin otra pérdida que la de don Bernardino de Argaez, alférez reformado, y otros tres soldados. Degolláronse todos los enemigos á vista de la ciudad, sin que su gobernador, monsieur de Vidasan, los pudiese socorrer, por ser la marea alta, é imposible el hacerlo por tierra. Ocupados estos puestos con tanta presteza y felicidad, se avisó al Archiduque del suceso, el cual, apresurando el paso desde San Omer, donde le tomó la nueva, pasando el río Aa por junto á Gravelingas, entró en el país de Calés, y alojó todo su campo al rededor de la ciudad.

Tres días estuvo toda la caballería ligera cerca de Montrull con los puestos tomados, y aguardando lo restante del ejército, que se creía venir marchando; al cabo de los cuales, llegada órden á don Ambrosio para que doblase la vuelta de San Omer, y de allí á Calés, lo hizo, dejando á Montrull tan bien proveida de gente, que se supo haber dejado casi sola la ciudad de Boloña la infantería de aquella guarnición, por acudir á lo que parecía más peligroso, que fué otro nuevo provecho, pues sin esta diversion pudieran desde Boloña, distante solas ocho leguas de costa de mar de Calés, meter de noche en barcas golpe de gente y dificultar aquella empresa por muchos días; que en los sucesos prósperos vienen á ser de provecho hasta las resoluciones casuales.

Calés, una de las más principales y fuertes villas de Francia, aunque no grande; rica de trato y comercio con casi todas las provincias de Europa, está situada en el canal de Inglaterra, frontero de la villa de Dobra, de quien dista nueve leguas. Comprendiéase en el espacio de tierra que Julio César pone á los pueblos morinos y al puerto Hir-

cio. Es su territorio un ramo de la baja Picardía, que corriendo por entre el límite septentrional del condado de Artois y parte del de Flandes y el mar británico, espacio de seis leguas de latitud y veinte y cuatro de longitud (que tantas hay desde Estaples á Gravelingas), encierra en sí el país de Boloña marítima (así la llaman los franceses, á diferencia de la de Italia), el país de Ardres y los condados de Hamme, Guines y Oye, á donde parte término con Gravelingas. Poseyeron este pedazo ó nesga de tierra los ingleses, con todas sus plazas marítimas y mediterráneas, espacio de doscientos años, á pesar de la monarquía francesa; y aunque por discurso de tiempo fueron perdiendo lo demás, conservaron á Calés por baluarte fortísimo de las costas inglesas y por orgullo y afrenta del nombre francés, con quien tuvieron crueles y porfiadas guerras; hasta que aguardando ocasión acomodada Enrique II, rey de Francia, y arrojando con increíble celeridad al duque Francisco de Guisa y un poderoso ejército apoderado del Risban, que es la llave del puerto, y hallando á los ingleses con más confianzas que fuerzas, se la sacó de las manos en muy breves días, acometiendo por el castillo. Dió el gobierno desta plaza, Carlos IX, hijo de Enrique, al señor de Gordan, soldado de valor y antigua experiencia; el cual, hallándose encastillado en ella al principio de las guerras civiles, dió en conservarse neutral, aunque con nombre y ejército católico. Deseó Enrique III sacarle de allí, y no pudo, ni estaba en tiempo de hacerlo por fuerza; y así, para más obligarle, le confirmó otra vez en el gobierno con gracia de poderlo dejar á un sucesor á sola su elección. Habían comenzado los ingleses, en la parte occidental de la villa, un castillo de cuatro grandes baluartes; el cual, acabado y fortificado más que medianamente por monsieur de Gordan, servía de freno á lo restante de la villa, y por su camino á todo el reino; y créese que en aquellas largas distribuciones del comendador Moreo le alcanzó buena parte. Murió el año de 1593, y en su testamento nombró por sucesor en el gobierno, tenido por el mejor de Francia, á su yerno y sobrino el señor de Vidusan. Este, en viéndose señor absoluto, rompió la guerra con los condados de Flandes y Artois, sin acordarse de los provechosos documentos de su

suegro y tío; el cual con grandes veras le persuadió siempre á conservarse neutral y proceder á gusto de todos; cosa que le había ayudado á él mucho para vivir con quietud y sin peligro; y faltándole á Vidusan tambien prudencia para medir sus fuerzas, juzgándose seguro por la parte del puerto, comenzó á levantar dos baluartes, comenzados años antes la vuelta de tierra; que si gastara la cuarta parte en fortificar al Risban con sólo asegurar la entrada á los socorros, hiciera á Calés inexpugnable. Consta esta famosa villa de cosa de dos mil vecinos, en cuya parte septentrional tiene un burgo de menos de doscientos con murallas á lo antiguo, donde bate la marea su creciente; el puerto, como todos los demás de aquella costa, no consiente bajeles de mucho porte, y esos tales quedan en seco todo lo que dura el reflujo del Océano, y en baja mar se puede entrar en ellos á pie enjuto; sólo en el canal (cuyas aguas, bajando de los estanques y tierras pantanosas de Guines, Hame y Ardres, desembocan en la mar) pueden quedar nadando (aunque en hilera, por la estrechura del dicho canal) algunos navios pequeños, y por mucho que lo sean, han menester aguas llenas ó poco menos para salir ó entrar por la barra. En la parte oriental de la villa hay un baluarte que llaman de las Dunas, cuyo orejón diestro cubre la puerta que va á Gravelingas, con todas sus defensas altas y bajas hacia la parte de la campaña; corresponde este baluarte con otro, el cual de la misma manera cubre y desiente la puerta que llaman de Guines; ambos bien grandes, bien formados y en defensa, aunque no acabados de vestir de ladrillo. Sigue la puerta llamada de Boloña, y tras una larga cortina el primer baluarte del castillo que mira al jaloque. Viene luego el segundo, y en medio de los dos está la puerta del Socorro; mira este segundo baluarte al leveche, el tercero al maestral y guarda parte del puerto y las dunas por donde se va al Risban; el cuarto baluarte señorea absolutamente el puerto y la villa, y mira derechamente al gregal. El foso que hay entre este baluarte y el que mira al jaloque (el cual corre por frente de la villa), por ser el terreno algo eminente, no consiente agua sino es en la plena mar; todo lo demás del castillo está de suerte rodeado della, que hasta en la menguante es

imposible arrimarse sino por algunos diques muy estrechos. Desde el cuarto baluarte, que mira al gregal, corre una cortina á lo antiguo, aunque bien terraplenada y con torreones redondos hasta el de las dunas; y entre esta cortina y el puerto está el burgo, fortificado también á lo antiguo. Entre el castillo y la villa hay una gran plaza, y desde el baluarte que mira al gregal hasta la barra ó entrada del puerto, que es todo lo largo dél, hay cosa de tiro de esmeril. El señor absoluto del puerto es el Risban, por ser necesario arrimarse á él para entrar por la barra.

En este puesto del Risban se fortificó don Luis de Velasco con su tercio y el de La-Barlota, atendiendo con particular cuidado, hasta que llegó el Archiduque y todo el ejército á estorbar el socorro que al momento intentaron meter cosa de veinte navíos de armada holandeses, de los que ordinariamente asistían en guardia de los puertos de Dunquerque y Nieuport; y á uno que temerariamente quiso entrar con las aguas llenas le echaron á fondo con la artillería. Monsieur de Rona entre tanto, viendo asegurados los puestos del Risban y puente de Niulet, tomando de ambos cuarteles hasta mil infantes y otros trescientos walones de Gravelingas, con las compañías de caballos que había traído consigo, ocupó el puesto de las dunas, y fortificándose en él lo mejor que pudo, envió, en siendo de noche, trescientos mosqueteros á guardar la entrada del puerto; los cuales hicieron tan bien su deber, que ahuyentaron cantidad de barquillas que venían á entrar cargadas de gente. Tres días estuvieron las cosas desta manera, hasta que, llegando primero el Archiduque con el cuerpo del ejército, y cuatro días después don Agustín Mesía con la gente que tenía á su cargo, se pusieron en mejor forma, alojándose desta suerte.

A don Luis de Velasco se le añadió á la gente que tenía en el Risban el regimiento de alemanes del conde Via; entre el Risban y el fuerte y puente de Niulet, en ciertas praderías pantanosas y casi impracticables, se hizo un fuerte, que se encomendó al marqués de Trevico y á sus italianos, sin otro cuidado que de guardar el socorro que podía entrar de Francia. Entre este puente de Niulet y el castillo, á

menos de tiro de cañón, se alojaron los tercios de don Antonio y don Agustín. Seguia el cuartel del Archiduque en el villaje de San Pedro, guardado con el regimiento de Teselinguen; las compañías de las guardias y cuatro compañías de infantería española, que todas las noches se enviaban de los tercios de don Antonio y don Agustín, los regimientos del conde de Fresin, Grison y La-Coquela se alojaron entre el cuartel de la corte y las dunas, y en ellas el tercio de don Antonio de Mendoza, á cuyo cargo habian de estar las trincheras, con el regimiento de Estanley y las compañías sueltas del país de Artois, y todos los hombres de armas y caballería ligera se alojaron á las espaldas de la infantería en los villajes de Coulone, Marc y Hasquerque, desde donde acudian á las guardias ordinarias de todos los cuarteles y puestos ocupados.

Alojado el ejército, comenzó don Alonso de Mendoza á irse encaminando con trincheras la vuelta del baluarte de las Dunas, mientras se planteaba la artillería, toda la cual se acomodó en dos baterías, la una de diez y seis cañones, desde el puesto de don Luis, y la otra de seis, desde la falda de las dunas hacia la mar, y ambas á dos habian de batir un torreón y pedazo de muralla del burgo, resuelto el Archiduque en acometer la villa por allí, por ser lo más flaco della y por tener todas las ofensas por la parte más ocasionada para meterle el socorro, visto que, guardados los puertos y lugares forzosos, como lo estaban, parecia imposible poder entrar un hombre en la villa. Mientras se abrian las trincheras salian dellas cada noche quinientos mosqueteros en guardia de la boca del puerto, con orden de ojear las barcas que intentasen entrar y salir; los cuales, metidos en el agua hasta la cintura, y muchas veces más, hacian su deber, no obstante la artillería que de ordinario llovia sobre ellos de villa y castillo, que los descubrian por la luz de las cuerdas; y en siendo de dia tomaba lo mismo á su cargo la artillería del Risban y seis piezas plantadas en las dunas para sólo este efecto; é hiciéronle tan bueno, que cuanto duró el sitio, con estar surtos en la rada más de cien navios de las tres naciones enemigas, y venir (como se supo despues) el conde Mauricio en persona desde Flesinguen, donde se hallaba, no entró

una barca tan sola dentro del puerto; que causó gran desconsuelo en los sitiados, y mayor en el rey de Francia, que, en sabiendo dónde había dado el ejército español, acudió á Boloña con mil caballos, dejando el sitio de la Fera á cargo del duque de Humena, que acababa de reconciliarse con él, renunciando el gobierno que tenía del ducado de Borgoña en el mariscal de Biron, y dándole el Rey en recompensa por su vida la ciudad de Suason, el gobierno de la isla de Francia y el primer lugar entre los de su consejo; con todo eso, era tanta la reputación de Calés, que le parecía al rey de Francia que habría tiempo para rendir á la Fera, y venir después con todas sus fuerzas á hacer levantar el sitio. Abiertas las trincheras, y desembocadas al foso del baluarte que mira á las dunas, se comenzó á batir el lugar destinado desde el alba del dia, mártes, 15 de Abril, segundo de Pascua, y á las dos de la tarde estaban ya por el suelo más de veinte brazas de muralla; y fuérase luego al asalto á no ser necesario aguardar la baja marea, que justamente venía á ser á boca de noche, puesto que todo el tiempo que se aguardó á que bajase no dejó de continuarse la batería, porque el enemigo no la fortificase; el cual entre tanto, viendo lo mal que se podía defender el burgo, por no tener través de consideración, fortificaba muy aprisa la muralla que hay entre él y la villa, y procuraba limpiar el foso, no del todo seco, aunque con gran confusión y conocidas muestras de poca experiencia. Con todo eso, hizo aquella tarde muy buenos tiros su artillería, uno de los cuales entró en las trincheras, no lejos de donde estaba Su Alteza, y mató seis hombres, todos personas de cuenta; uno de los fué un caballero principal del país, mayordomo del príncipe de Orange, y otro el capitán don Andrés Sirvent, natural de Valencia, otro capitán italiano y dos alféreces reformados españoles, que fué notable destrozo paa solo un tiro. Otro se llevó toda una hilera de gente de la que se iba juntando para dar el asalto, y en ella el capitán Pedro de los Ríos, que lo había sido de infantería alemana.

Apercibida la gente para el asalto, que fueron los españoles de don Alonso y gente escogida de las naciones que le acompañaban, envió á suplicar don Luis de Velasco á Su Alteza que se sirviese de de-

jarle arremeter, pues podia hacerlo en la baja marea; más, como lo que daba más cuidado era la defensa de la barra, sólo se le concedió que pudiese enviar algunas compañías de su tercio, y lo mismo al coronel La-Barlota (como lo hicieron al comenzarse el asalto), ordenándoles que entre tanto asistiesen ellos con particular desvelo á impedir la entrada á los navíos que se venian acercando. Era ya puesto el sol cuando se acabó del todo de retirar el agua, dando lugar á que se pudiese ir al asalto; al cual arremetieron los españoles del puesto de don Alonso, seguidos de la gente del de don Luis, y tras no mucha resistencia entraron en el burgo con poco daño de ambas partes, por tener los enemigos la retirada cerca y ponerse con tiempo en salvo; dejaron, con todo eso, puesto fuego á las casas, por medio de cuya luz de la muralla de la villa herian y mataban á los nuestros, especialmente á los que procuraban apagar el fuego y atrincherarse. Alojóse toda la gente en el burgo aquella noche, y con ella monsieur de Rona y don Alonso de Mendoza. Venido el dia, Cristóbal Lechuga y Mateo Serrano y el capitán Lamberto, tenientes de la artillería, comenzaron á hacer esplanadas para seis cañones que habian de batir la muralla de la villa, y la noche siguiente se plantaron, con tanto terror de los franceses, que á los primeros cañonazos se retiraron, y en siendo de dia comenzaron á parlamentar, saliendo para ello un capitán en nombre del Gobernador y del magistrado. Pidió seis dias de tiempo, y no concediéndoles una hora, amedrentados ya, y temerosos del saco, capitularon que se pudiesen retirar todos los que quisiesen al castillo con sus haciendas, pero sin tocar á los bastimentos y municiones de guerra, que esto habia de quedar al vencedor. Para poder hacerlo sin peligro se les concedió cuatro horas de tiempo, en las cuales dejaron la villa desierta del todo, que al momento la ocuparon los españoles, acudiendo á ella el Archiduque, acompañado de toda su corte, en sabiendo que parlamentaba tambien el castillo, con quien se concluyó brevemente, dándoles espacio de seis dias, dentro de los cuales, si no eran socorridos, hubiesen de retirarse á Boloña por mar ó por tierra. Dejóse á elección del Gobernador si suspendiéndose, como se suspendian, las armas durante el plazo, cesaria tambien todo

género de fortificacion, tanto de los españoles como de los franceses, y escogió que entrabbas partes pudiesen hacerlo sin obstáculo, fiándose en la fortaleza de la plaza y en que, dado caso que les entrase socorro (puesto que ni los franceses le esperaban ni los españoles le temian), tendrían más comodidad de defenderse. A más de que parecía acción más varonil el hacer algo que estarse mano sobre mano y más teniendo dentro más de dos mil hombres á quien hacer trabajar, á los cuales empleó al momento, haciendo una gallarda media luna frontero de las esplanadas que los españoles hacían para plantar su batería y levantando dos plataformas en los remates de ella desde las cuales con dos contrabaterías, cada una de diez cañones, pensaba desmenuzar todas las ofensas del Archiduque, y después batir en ruina las casas de la villa y hacer desalojar por fuerza á los españoles; los cuales y los walones trabajaban con la misma diligencia que si supieran que había de ganarse aquella plaza por fuerza; y el conde Pachoto, que hacia oficio de ingeniero mayor, hizo abrir las trincheras tan espaciosas y bien sacadas como jamás se vieron; y usando el mismo cuidado el conde de Varas y sus tenientes, plantaron doce piezas sobre el propio arcen del foso contra la cortina diestra del baluarte de la mar, que es el que dijimos que miraba al gregal, y cuatro contra la casamata que le hacia través; todo tan bien entendido y tan cubierto de cestonadas y otras defensas, que parecía bien haberse hecho sin contradiccion alguna. El ver trabajar á los de dentro y á los de fuera de dia y de noche, y toda la plaza delante del castillo llena de gente (que á nadie lo impedían los franceses, como no se arrimases al foso), y coronadas las murallas de enemigos, representaba más haberse de hacer algún espectáculo fingido de los que se escribe solian hacer los romanos en mar ó en tierra, que no preparacion para un ferocísimo asalto, cuál el que se vió muy presto. El rey de Francia, que, juntados al pie de cuatro mil infantes, sin tocar á la gente que tenía sobre la Fera, y mil y doscientos caballos, estaba alerta en Boloña avisado de las condiciones con que se había rendido la villa de Calés, y el tiempo que habían tomado los del castillo para aguardar el socorro, viéndose sin posibilidad de dárseles por fuerza,

incitado por otra parte de los de Inglaterra y Holanda (á quienes cocia grandemente aquella pérdida), se resolvíó en aventurar trescientos hombres y la persona del señor de Campañola, gobernador de Boloña y soldado de gran opinion entre ellos, dejando lo demás al beneficio del tiempo y al efecto que entre tanto haria la hambre en los sitiados de la Fera; y escogiendo entre toda su soldadesca la gente más valerosa y de mayor confianza, despues de haberlos exhortado á morir antes que volver un paso atrás, los embarcó en la playa de Boloña, con órdeu de dejarse hacer pedazos antes que venir á la entrega del castillo. Campañola navegando costa á costa, desembarcó dos horas antes del dia cosa de media legua del cuartel de don Luis, y hallando las aguas bajas, atravesó con su gente aquel pedazo de tierra pantanosa que hay entre el Risban y el baluarte que mira al maestral, y sin perder un hombre entró en el castillo, habiendo pasado muchas veces el agua á la garganta y otras á nado los canales y cortaduras. Súpose despues que atravesó casi pegado al castillo de Trevico, de cuya gente no fué visto ni oido. Tomó el Archiduque muy mal este suceso, y no dejó de resentirse con demostracion. Entrado Campañola, mandó de parte de su Rey á monsieur de Vidusan que tratase de defenderse ó de morir, pintando á los sitiados por muy cercano el socorro y anteponiéndoles el premio de la victoria, por tanto mayor cuanto se veian más imposibilitados de remedio. La entrada de esta gente fué la noche del quinto de los seis del plazo, que se contaban 23 de Abril, y al amanecer de los 24, qué fué miércoles, no se sabia con certidumbre la calidad y cantidad del socorro, ni aún se acababa de creer que hubiese entrado. Llegó presto el desengaño, respondiendo el Gobernador á los que fueron de parte del Archiduque á solicitar la entrega, que, conforme á lo capitulado, estaba en su mano el defenderse, sin incurrir en falta de fe, visto que habia sido socorrido con cantidad de gente; y así, hecha la señal para que todos se cubriesen, comenzaron unos y otros á tratarse como enemigos; con que se pasó aquel dia, apercibiéndose todos para el siguiente; al alba del cual comenzó á batir nuestra artillería con tanta furia, que en las horas que hay hasta las dos despues de mediodia se derribó todo el

lienzo del baluarte y casi toda la casamata que le defendia. No hicieron menos buen efecto algunas piezas plantadas en diferentes puestos para limpiar las defensas; porque, sin poderse valer el enemigo de las contrabaterias que tenia trazadas, le apelaron casi toda su artilleria, matandole á muchos de los que procuraban manejarla.

Habíase acercado don Luis con casi todo su tercio y el regimiento de La Barlota hasta el fuerte de Trevico; y pareciéndole á Su Alteza pequeño inconveniente el desmenbrar la guarnicion del Risban, pudiéndose ya recibir poco daño por la parte de la mar, teniendo los españoles ocupado el burgo y la villa, condescendió con los ruegos de don Luis, dándole licencia para ir al asalto; la misma merced hizo á La-Barlota, encargándole la infanteria walona, que peleó muy bien aquell dia. Cerró don Luis con los españoles de don Alonso y los suyos con tanto valor, que se vieron muchos pelear pica á pica con los enemigos sobre la muralla; mas cargando el gobernador francés con la ultima desesperacion arrancó á los nuestros, y por un rato conservó el dominio de la bateria. Ocasion desto fué volar una mina, y con ella algunos soldados españoles y walones, de cuyo fuego pueñó casi abrasado, aunque curó despues, el capitán Diego de Durango, que llevaba la vanguardia con la gente del tercio de don Alonso; fueron de los volados dos alféreces reformados, camaradas del gobernador Juan de Ribas, llamados Váldura y Blas de Salcedo, y en el foso, entre más de veinte de todas naciones que se ahogaron, se halló tambien al conde Pachoto, muerto de un mosquetazo mientras, como buen caballero, arremetia con los demás; y don Luis de Velasco, echándole á rodar por la bateria, estuvo medio ahogado. El cual, siguiéndole La Barlota y los capitanes de ambas naciones, viendo volada la mina y al ojo una victoria tan señalada, volvieron á cerrar tan resueltamente, que al fin ganaron lo alto de la bateria á pesar del ultimo esfuerzo del enemigo, que no dejó de hacer todo lo posible por defender la plaza. El primero que cayó muerto de muchas heridas fué el gobernador Vidusan, y trás él su sargento mayor; no dijeron que lo hizo tan bien Campañola, el cual, con cosa de ciento de los que trajo se retiró al principio de la segunda arremetida á un torreon fuerte junto

al baluarte que mira al maestral, á donde despues se rindió á merced de Su Alteza. De los nuestros, fuera de Diego de Durango, hubo otros cuatro capitanes heridos y dos muertos, Juan Alvarez de Sotomayor, del tercio de don Luis, y Hernando de Isla, del de don Antonio, que fué sin orden al asalto, como aventurero; murió tambien Juan Gonzalez, cuartel-maestre general del ejército, y excelente en este oficio. Media hora ó poco más duró el matar; y afirmase que llegaron los muertos del enemigo á dos mil, los seiscientos soldados, y los demás burgueses y gente de las aldeas recogida allí por su daño. El saco fué grande, aunque menor de lo que se pensaba, por haberse salido del puerto (en viendo ocupado el fuerte de Niulet) tres navios con la mujer é hijos del Gobernador, y llevádose lo mejor de las alhajas y haciendas de los más prevenidos. Con todo eso, se estimó el saco de la villa y castillo en trescientos mil ducados, inclusos los rescates. Hallóse en el castillo mucha y muy buena artillería, municiones de guerra infinitas, gran cantidad de sal, y unos almagacenes capaces de doscientas mil hanegas de trigo, y en ellos pasadas de cien mil, y entre el castillo y la villa más de diez mil botas de vino. Mucha gente durante el asalto se arrejó por la muralla y dió en manos de la caballería, que en escuadrones asistía en la campaña; tal, que de muerto ó preso no se escapó ninguno de cuantos se encerraron dentro del castillo. Hacia la tarde entró en él el Archiduque; mandó dar libertad á más de mil mujeres que estaban recogidas en la iglesia, enviándolas con escolta á Boloña. El cuidado de las cabezas, y estar Su Alteza tan cerca y viéndolo todo, ocasionó en este saco mucha más modestia de la que se pudiera esperar, con que, fuera de la primera furia á sangre caliente, no se hizo cosa que oliese á残酷-ó exceso, digan lo que dijeron los historiadores francés; que yo porque lo ví lo digo, y dijera lo contrario ingenuamente si lo viera, puesto que á todas las naciones son comunes y posibles los yerros, y este género de desorden en la guerra en semejantes casos es siempre más digno de castigo que de vituperio.

El Archiduque antes de la noche, haciendo salir libremente del castillo á los clérigos y religiosos con orden de irse á sus iglesias y

monasterios, yendo acompañado de toda su corte á la iglesia mayor, que es colegial y muy bien dotada, sujeta al arzobispado de Boloña, mandó cantar el *Te Deum laudamus*, en hacimiento de gracias, con el regocijo que se puede pensar de ver acabada en diez y seis dias una empresa tenida hasta allí por temeraria de amigos y enemigos; y á todos los burgueses que quedaron vivos, pasada la primera furia, mandó Su Alteza restituir sus casas y hacienda, sin otra obligacion que prestar fidelidad al Rey; de los cuales, y de muchos que fueron acudiendo de los países circunvecinos, se pobló en breves dias aquella villa, cuyo gobierno se dió á Juan de Ribas, gobernador de la Enclusa, y el suyo poco despues á Mateo Serrano, uno de los tenientes de la artillería.

Mauricio, desconfiado de socorrer á Calés, y deseando divertir algun tanto las fuerzas españolas, arrojó ochocientos caballos que corrían á todo Brabante; y aunque Nicolo Basta con trescientos y algunas compañías de infantería que salieron de Liera, á cargo del capitán Mercadillo, procuraron impedir sus corredurías, no pudieron hacer más que meterse en Geblurs con intento de inquietar al enemigo, tocándole armas de noche en sus alojamientos, como lo hicieron, prendiendo á muchos de los desbandados. Procuró el marqués de Auré, que, como el más antiguo del consejo de Estado, gobernaba en Bruselas las cosas de la guerra, interesar en la defensa del país á los amotinados de Tilimont; los cuales salieron en número de quinientos caballos, y juntándose con Nicolo Basta, pasaron en busca del enemigo, que se sabia estar la vuelta de Florú; el cual, medroso de la junta de gente que sabia haberse hecho, se comenzó á retirar, cargado de presa, la vuelta de Breda; siguieron por la vista los amotinados y Nicolo Basta, y alcanzándole antes de pasar el río de Malinas, junto á Remenant, ofreció la estrechura de cierto paso forzoso una bonísima ocasión de romperlos, si los amotinados quisieran aprovecharse de ella; los cuales, deseosos de pagar á Mauricio la buena obra de haberlos recogido cuando lo de Siquem (como lo confesaron despues), sin escuchar los ruegos de Nicolo Basta, que con gran instancia les rogaba que no dejases perder aquella ocasión, dejaron pasar al enemigo.

migo sin ofenderle, con notable sentimiento de los buenos. Y si Nicolo se hallara con algo mayores fuerzas, ó hubiera podido llegar Mercadillo con sus infantes, es cierto que los acometiera él solo sin ayuda de los amotinados. Sintió mucho el Archiduque este suceso cuando lo supo; pero no se estaba en tiempo de castigarle, ni pareció conveniente el irritar con alguna demostracion aquellos ánimos incultos; antes, echando por otro camino, les agradeció con una carta muy cumplida el haber salido á defender el país, con el sentimiento que se puede pensar de haber de agradecer lo que quisiera castigar. Tal es la fuerza de la necesidad y de contemporizar con ella hasta los más independientes, si es que hay quien de todo punto lo sea.

El rey de Francia, viendo perdido á Calés, temeroso de que la nueva de aquella victoria no causase alguna peligrosa novedad en el sitio de la Fera, aunque mucho más, á lo que sospecharon algunos, por no verse sitiado en Boloña, donde se tuvo por cierto daria el ejército español, en que no podia dejar de padecer notable mengua; dejando aquella ciudad proveida de todo lo necesario, y con mil y quinientos franceses más que la guarnicion ordinaria, y en Ardrés y Montroll toda la resta de su infantería, y al conde de Belin, lugarteniente en Picardía del conde de San Pol, por superintendente de todas aquellas plazas, pasó con su caballería al campo que tenia sobre la Fera. Halló en él menos apariencia de rendirse los sitiados de lo que hubiera menester para acudir al remedio de los daños que le amenazaban; antes le desconsoló de nuevo el oír las salvas de artillería que se hacían en la villa por la nueva de la presa de Calés, que avisó de ella Jorge Basta por medio de un villano que entraba y salia en ella sin ser conocido. Y sucedió que yendo la mañana siguiente un trompeta de Pedro Gallego á rescatar un soldado de su compañía, llevado delante del Rey, le preguntó la causa de aquel regocijo en tiempo que estaba á pique de dejar la plaza ó morir de hambre; respondió que no lo sabia, y que lo preguntaría á su gobernador, y volveria con la respuesta si Su Majestad le daba licencia; diósela, y topando en la puerta de la villa con don Alvaro Osorio, dándole el recaudo del Rey, le volvió á enviar con estas palabras: «Dile al Rey que la salva ha sido en hon-

ra de la vuelta de Su Majestad, y victoria que ha alcanzado del Archiduque, obligándole á levantarse del sitio de Calés.»

Mientras se detuvo Su Alteza en Calés á tratar de su poblacion, de fortificar el Risban y reparar las baterias del castillo y burgo, envió á monsieur de Rona á ganar los castillos de Guines y Hames, los cuales se rindieron en viendo la artillería. En el primero se metió la compañía de lanzas de don Sancho de Luna y dos banderas de infantería española, todo á cargo de don Sancho; y en el segundo dos compañías de walones. Fué notable la flaqueza que mostraron doscientos franceses que guardaban á Guines, castillo fortísimo de sitio, por estar rodeado de un grande estanque de agua y tener las murallas muy bien fortificadas; pero á todas las plazas dependientes de Calés desmayó mucho la pérdida de su cabeza. Tuvieron tras esto largas consultas sobre lo que podria hacer aquel ejército, visto que el Senescal y don Alvaro escribían de la Fera que tenian qué comer aún para mes y medio. Proponian unos á Boloña, y respondíaseles que, aunque era verdad que se le podria quitar el socorro con más facilidad que á Calés, y el tomar á la torre del Orde, que guarda el puerto, no amenazaba mucho mayor dificultad que la que se tuvo en ganar el Risban, todavía el no poderse hacer ya aquella empresa de sobresalto y saberse que, á más de la gente que el Rey había dejado, se esperaban allí por horas mil ingleses que enviaba de socorro la reina Isabel, parece que prometia mayor dilacion que los días que ofrecian de entretenersese los de la Fera; acabados los cuales, y no dando la disposicion de Boloña la comodidad de sitiarse sin peligro, como Calés, en donde estuvo el ejército cerrado como con llave, era evidente el riesgo que se corría; y cierto que, ofendidos y celosos Inglaterra y Holanda, habian de echar el resto por asistir al rey de Francia en cosa donde no estaban ellos menos interesados que él. Podíase en segundo lugar sitiá Montrull, por cuyo medio se podia dejar cortado á todo el país de Boloña, y poniéndole en contribucion, sustentar en aquella plaza quinientos caballos con que inquietar á toda Picardia; y pareció demasiado lejos, visto que no convenia apartarse tanto de Calés, que cuando se le pusiese sitio con fuerzas marítimas, como se creia, fuese

imposible socorrerla antes que el enemigo tuviese tiempo de ocupar y fortificar los puestos. Y hablábase en esto entre los enemigos con tanta confianza, que en Inglaterra y en Holanda se hicieron larguissimas apuestas de que no estaría Calés en poder de españoles tres meses enteros. En tercer lugar se antepuso el acometer á la villa de Ardres, plaza harto fuerte y no hasta entonces ganada en ninguna guerra; y tampoco faltó quien introdujese dificultades: decian éstos que, aunque á un ejército tan grande y tan acreditado no habia cosa imposible mediante el favor de Dios, todavía, considerado lo poco que podian ya sustentarse los de la Fera, parecia temeridad el aventurar una batalla, ó por lo menos la mengua que causaria el no poder acabar aquella empresa; siendo sin duda que, desembarazado el rey de Francia, hallándose, como se hallaba, con ejército igual y aun superior al nuestro, no dejaria perder á Ardres ante sus ojos sin disulpa, con tan conocida perdida de reputacion. Añadian los pláticos del pais que podia venir el francés á socorrer á Ardres siempre por país amigo, y llegar á menos de tiro de cañon de nuestros cuarteles, cubierto con bosques y ayndado de puestos aventajados y altos; siendo todo aquel valle donde está situado Ardres hecho de la naturaleza en forma de retrato, y la villa en si colocada en parte eminente. Y como la mayor dificultad de esta empresa consistia en este punto, mandó Su Alteza á don Agustín Mesía que con cuatro mil infantes y seiscientos caballos reconociese la villa y se trajese distinta y clara relacion de todo; resuelto en ejecutar lo que despues pareciese más conveniente. Salió de Calés don Agustín á los 4 de Mayo con la infantería dicha, acompañado de don Carlos Coloma con seiscientos caballos; á quien se juntó en el camino don Sancho de Luna con su compañía de lanzas, que estaba en Guines, y llegado á Ardres, reconoció los puestos, aunque no sin contraste, por haber grueso presidio en la villa, con el cual se tuvo una gallarda escaramuza, en que hubo muertos y heridos de ambas partes, especialmente de la nuestra, por ocasion de su artilleria. Sin embargo, reconoció don Agustín lo que quiso, y vuelto al Archiduque con su relacion, se acabó de resolver la empresa, pareciendo á propósito no dar más tiempo al enemigo, que hasta entonces estaba

dudosos de lo que había de hacer nuestro ejército. Marchó Su Alteza á los 6, despues de haber dejado despachado partido para España, en un navio de guerra, al secretario Estéban de Ibarra; y alojando aquella noche en Guines, puso monsieur de Rona el sitio el siguiente dia, como diremos luego; reconocida otra vez la plaza, y con particular atencion el burgo que hacia el poniente fortificaban dias habia los enemigos con muy buenos baluartes, que estaban ya en defensa, aunque no acabados de vestir de ladrillo. A menos tiro de cañon del dicho burgo, y arrimado á unos grandes pantanos que ocupan la mayor parte de la tierra que hay entre Ardres y Calés, se alojó el tercio de don Antonio con el del marqués de Trevico, y el regimiento del conde Via. Más adelante, junto al villaje de Frelinguen, se alojó buena parte de la infantería de naciones, á órden del conde de Barlaimont, con obligacion de asistir al cuartel de don Antonio y de ayudar á guardar el socorro, por ser aquella la parte más ocasionada. En el villaje llamado la Cresoniere se acuartelaron los tres tercios restantes de españoles, el regimiento de La-Barlota y el de alemanes de Tescilinguen. Con este cuartel se daba la mano el de Su Alteza, que le tomó en el castillo y villaje de Nieles, con guardia competente de infantería y caballería. Más adelante con la resta de la infantería valona se alojaron los coronelos Grison y La-Coquela; cuyos cuarteles tocaban con el costado diestro á los pantanos designados, por beneficio de los cuales venia de suyo á quedar sitiada la villa por casi la tercia parte. Toda la caballería se puso á las espaldas del cuartel de la corte, en el villaje de Montoyre.

Antes de acomodar los cuarteles, que se mudaron dos veces, en cierta escaramuza quedó herido de un pistoletazo en el brazo izquierdo don Luis de Velasco; encomendáronse las trincheras á don Agustín con su tercio y gente de los otros de su cuartel, y comenzáronse á abrir la noche de los 8 de Mayo con gran descomodidad por la claridad de la luna y cortedad de las noches; en una de ellas mataron al capitán Rosado y poco despues al capitán Hernan Gomez de Contreras y á don Francisco del Corral, alférez del maestre de campo don Agustín; quedó tambien herido en un brazo La-Barlota, que ayudaba

mucho á don Agustín, y otras personas de cuenta. Abríanse las trincheras la vuelta de una cortina, defendida de dos rebollines, especialmente de uno que quedaba sobre la mano derecha, que era el de más importancia, hacia la cual se venian tambien encaminando los coroneles Grison y La-Coquela, con intento de divertir al enemigo y acometerle por allí cuando se diese el asalto por la batería principal. El dia que don Agustín fué á reconocer á Ardres, como dijimos, le estaba mirando y contando toda su gente desde los bosques cercanos el conde de Belin, y en hábiéndose retirado los españoles la vuelta de Guines, entró él en Ardres con el regimiento de franceses de monsieur de Montluc, soldado (aunque mozo) de conocido valor. Con este socorro llegó á haber en aquella villa pasados de dos mil hombres de pelea sin los burgueses; y á esta causa eran muchas las salidas que se hacian, por ser de la parte de don Agustín el foso casi seco; pero de todas fueron los enemigos rebotados con pérdida, dado que no dejó de haberla tambien por nuestra parte. Súpese al quinto dia del sitio, por un enemigo que se vino á rendir, como por la de los pantanos entraba y salia gente sin dificultad; para cuyo remedio pareció conveniente apoderarse del burgo, con que se acudia á muchas cosas juntas. Quitábase cuanto á lo primero los socorros y los avisos; quedaba desembarazada la gente del cuartel de don Antonio, el cual, desamparado, siendo, como era, el más empeñado de todos, se le quitaba al enemigo la ocasión de acometerle y de hacerse señor por aquella parte de la plaza de armas, pudiendo ser ofendido desde el burgo, si se acercaba con artillería, como de lugar eminente y acomodado; fuera deso, quien fuese señor del burgo lo era del dominio de la batería; y así, cuanto era peligroso el dar el asalto sin él, era seguro el arremeter teniéndole, con artillería para descortinarla. Era imposible acometer al burgo por la parte de don Antonio á causa de los pantanos, fuera de que, emprendiendo el sitio por allí, era necesario hacer la empresa de dos veces; pues batido y ganado el burgo, se había de batir tambien la villa; y las cosas parecia no daban lugar á tanta dilacion. Esta fué la causa por que se tentó otro camino casi á la desesperada, comenzando ya muchos á dudar de buen suceso, y á tener

por acabado lo de la Fera, que no se dilató mucho. Habia casi arrimado al foso de la villa un camino para entrar en el burgo, usado sólo de los enemigos cuando querian hacer salida; ese, reconocido algunos veces con curiosidad por el maestre de campo Juan de Tejeda, y últimamente de más cerca la noche de los 14 de Mayo, mientras por la parte de los walones se tocó una arma muy viva á los enemigos, que llamó allá todas sus fuerzas, dió ocasion á que pidiese al Archiduque aquella empresa, y á Su Alteza á concedérsela. No sé qué tiene el encargar las cosas de la guerra á quien las aconseja y las traza, que raras veces se yerran. Fueron pues entrando en las trincheras de don Agustín desde prima noche, que fué la de los 15 de Mayo, los soldados que habian de seguir á Tejeda, en número de seiscientos españoles de todos los tercios y cuatrocientos walones; cosa que, sentida por el enemigo, causó el efecto que se pudiera desear, persuadiéndose que se quería tentar algo por alguno de los rebellines, con que acudió allí todo el golpe de la gente; ayudó el comenzar ya á salir tarde la luna y hacer el tiempo lluvioso; con que, guiado Tejeda por un walón que había servido al enemigo y sabia bien los pasos, se halló con toda su gente dentro del burgo al punto de la media noche, aunque, sentidos al fin por el enemigo, y vistas las cuerdas encendidas que iban pasando, comenzó á llover sobre ellos un granizo de arcabuzazos y á salir gente en defensa del puesto; peleóse más de una hora con gran coraje por ambas partes; pero á la postre cedieron los franceses, muriendo más de doscientos; de los nuestros cosa de veinte, y pocos más heridos, entre los cuales sacó una pierna rota Simon Antúnez á quien dió por acompañado el Archiduque al maestre de campo Tejeda; el cual, y los capitanes y la demás gente, que hasta número de tres mil hombres se enviaron para sustentar el puesto, gastaron lo restante de la noche en fortificarse contra la villa y cubrirse de la artillería enemiga, como lo hicieron.

Ganado el burgo, se dió la empresa por acabada y más cuando avisó Tejeda que, ganando una esclusilla en su puesto, se podia sanguinar toda el agua del foso, como se ordenó que lo hiciese y lo hizo. Súpose tambien que una pieza de las que tiraban á las defensas había

muerto al señor de Montluc, cuyo valor tenia en oficio á los demás; y pareciendo que habia comodidad para plantar artillería en el burgo (el cual quedó hasta que se rindió la villa á cargo del maese de campo Tejeda), se trajeron seis cañones de Calés, y se plantaron junto con otros tres que habia ya del campo. Eran ya los 22 de Mayo cuando acabó de ponerse en órden la batería principal, que constaba de trece piezas en dos camaradas, sin otras diez que en varios puestos tiraban á las defensas. Ya á este tiempo la artillería del burgo habia desenbalgado la mayor parte de las piezas con que el enemigo batia las trincheras; daño irremediable, y que le amenazaba mayor el dia del asalto; y así, en amaneciendo el de los 23 echó fuera el conde de Belin un capitán que, enviado por don Agustín al Archiduque, ofreció el entregar la plaza, concediéndosele tiempo competente para avisar al Rey y aguardar su socorro ó su resolucion; y no pareciendo conveniente el concedérselo, se comenzaban ya á querer batir, cuando volvió á salir el mismo capitán, diciendo de parte del Conde que saldría concediéndosele todas las honestas condiciones que se acostumbran; y finalmente, lo hizo el propio dia de los 23 de Mayo, que acertó á ser el de la Ascension, con maravilla universal de ver que no hubiesen tenido constancia para aguardar siquiera seis horas de batería, al cabo de las cuales, y con toda la muralla por el suelo, es cierto que alcanzaran los mismos partidos. Salieron á las cuatro de la tarde el propio dia, con el conde de Belin y el gobernador de la plaza, mil y seiscientos franceses, gente vieja y lucida; y acompañados de don Ambrosio, con la caballería ligera, pasaron á Boloña, á donde el dicho Belin fué recibido con disgusto del Rey; tal, que se creyó que le costaría la vida. Contentóse al fin con privarle de los cargos militares y de su gracia, si ya no fué mayor castigo; pero el tiempo, que lo cura todo (ó la necesidad de disimular en aquellos principios de su reinado), le volvió á ella, encargándole poco después la educación de su sobrino, y sucesor entonces, el príncipe de Condé. Proveyó el Archiduque el gobierno de Ardres en el capitán Domingo de Villaverde, y en pago de sus servicios y de haber asistido con mucho cuidado y valor en todo aquel sitio á don Agustín; y dejándole seiscientos infantes

de todas naciones y cuatro compañías de caballos á cargo del capitán Arigoni, levantó el campo á los 25, tomando la vuelta de San Omer con los designios que verémos luego en concluyendo con el sitio de la Fera. Quedóle al gobernador Juan de Ribas la superintendencia de todas aquellas plazas, y en la de Calés al pie de dos mil infantes de guarnicion, inclusos cuatrocientos españoles que se metieron en el castillo, sin tres compañías de caballos que quedaron á cargo de don Sancho de Luna.

Cuando andaba más vivo el sitio de Ardres acabaron de consumir los de la Fera los pocos bastimentos que les quedaban, sin haber perdonado á los caballos y á los perros ni á otro cualquier género de cosa que pudiese entretener la vida; sin embargo, haciendo de la necesidad virtud, se mostraban más contados que antes, y parecía que estimaban al enemigo en menos. El cual con ocasión de cierto trompeta, envió á decir al Senescal y á don Álvaro que, pues habían hecho ya lo último de su obligación y posibilidad, no quisiesen perderse con pertinacia, ni obligarle á usar con ellos menos cortesía de la que merecía su conocido valor. Respondieron que, á imitación de los de Cambray y otros, no podían dejar de aguardar órden de quien se la podía dar para salir de allí, aunque entre tanto les obligase la necesidad á morir, supuesto que en este caso sería con las armas en la mano. Concedióles el rey de Francia esta demanda y partiendo el capitán Pedro Gallego para el campo, halló al Archiduque en Ardres, el propio dia que se ganó el burgo; y representando la necesidad en que se hallaban, alcanzó licencia para entregar la plaza al francés con las más honradas condiciones que fuese posible.

Las cuales finalmente se concluyeron á los 16 de Mayo, y la salida fué á los 22, sacando, además de las otras cosas que se suelen conceder á valerosos soldados, el poder llevar consigo un cañón de batir con todo el atalaje necesario para él, y lleváronle hasta Cambray, acompañados de mucha parte de la caballería francesa hasta junto á Chatelet. Deseó el rey de Francia grandemente apoderarse de la Fera, y así fué tan largo en conceder honrados partidos á los españoles, á quien tenía la hambre de suerte, que si aguardara ocho

dias se hubieran de rendir á discrecion; ó por ventura llevado de la gentileza de su condicion, y aficionado al valor de aquellos constantes defensores, quiso honrarlos, puesto que no daba en esto cosa que le hiciese falta; pero calumniádolo algunos de menos buenas partes que él, se disculpaba diciendo que deseaba desembarazarse de aquello para irse á ver con el Archiduque y á cobrar á Calés; pero echóse de ver que lo fingía, pues en lugar de arrimarse con su ejército al país de Boloña, metió la mayor parte dél en guarniciones, dejando arrimado á Amiens al mariscal de Biron con seis mil infantes y mil y doscientos caballos y pasándose él á París con los duques de Humena y Nevers y príncipes de la sangre que le acompañaban; cosa que obligó al Archiduque á no contentarse con lo hecho aquel verano y á emprender lo que veremos presto; y por haber de ser cosa en que no era necesaria mucha caballería, envió á las fronteras de Francia una gran parte. En Dorlan entró el Conde de Montecuculo con cinco compañías; en Renti el conde Juan Jacobo con tres; en Hodin don Carlos Coloma con la suya, la del baron de Ussi, de lanzas; corazas Daniel de Cabre; y areabuceros Bastian Goudart. Obedecía toda esta caballería de la frontera á don Carlos como á capitán español y más antiguo, habiéndose retirado á Bruselas el capitán Coradino muy enfermo; y ordenóse que procurase tener de ordinario lengua del enemigo, y oponerse á lo que intentase en daño de aquellos países. Reforzáronse tambien de infantería los presidios de la frontera; en Hedin entró el señor de Grison con su regimiento, y en Renti, Dorlan y Bapama compañías de los demás de walones; cosa que puso freno al campo francés, que al principio amenazaba sitiар alguna plaza; y durante esta duda se les dieron algunas manos á los que se desmandaban, no de poca consideracion. La caballería de Renti, guiada por el conde Juan Jacobo, degolló á cien enemigos que se atrevieron á entrar á correr el país. El Coradín y Daniel antes de esto le dieron sendas manos de consideracion, degollando más de doscientos entre franceses y alemanes. Don Carlos despues, avisado de que trescientos entre esguizarios y franceses tenian sitiada la abadía de Dampmartin, deshizo esta gente con muerte de muchos y prision de setenta. Tambien Montecuculo

desde Dorlan hacia buenas suertes, y en todas partes se mencaban las manos con felicidad. Murió por estos días monsieur de Gomicourt, gobernador de Hedin; y por evitar la competencia sobre el gobierno entre don Carlos y el coronel Grison, acudió á aquella villa el marqués de Barambon, gobernador de la provincia de Artois, y estuvo hasta que el Archiduque proveyó el gobierno en el coronel Antonio Coquel, llamado comunmente La-Coquela, soldado de gran experiencia y opinión entre la infantería walona; cuyo regimiento se dió pocos meses después al señor de Achicurt, hermano del conde de Hoocstrat. En viéndose Barambon en Hedin, deseó quitarle al enemigo el castillo de Caumont, de quien se había apoderado un capitán francés de la guarnición de Corbie; y juntando dos mil infantes de las guarniciones, con la persona de Hernan Tello, gobernador de Dorlan, y toda la caballería de las fronteras, le puso sitio con cuatro medios cañones; y avisado de ello el mariscal de Biron, que no estaba lejos, vino en su socorro, que obligó al Marqués á levantarse sin tomarle; pero ganóse después por un accidente, y fué, que yendo el conde de Montecuculo á Hedin, llamado de don Carlos, para ejecutar cierta empresa en un cuartel del enemigo, topó casualmente con el capitán que tenía el dicho castillo de Caumont, el cual preso, y presentado por el Conde delante de su mujer y soldados con una soga á la garganta, y amenazando de dejarle en un árbol si no entregaba la plaza, lo hicieron al momento. Acudió al aviso Barambon con la caballería de Hedin; y dejando en aquel castillo conveniente presidio, volvió contento de haber acabado con tan poco trabajo una empresa que no había dejado de dar algún cuidado á la frontera de Artois.

Estando el Archiduque en San Omer, viéndole los del condado de Flandes á su parecer desembarazado, comenzaron á anteponerle la empresa de Ostende y á pintársela por tan fácil, que se resolvió en arrimarse allá para darle una vista desde Nioporte, ó por lo menos hacerle reconocer con particular diligencia por personas expertas; y aunque estaba todavía dudoso en lo que había de hacer lo restante del verano, pasó á Flandes, y enviando parte de la infantería con don Alonso de Mendoza al país de Vaes, y á dar prisa á las levas de tres

mil alemanes que bajaba el conde de Soltz, y otros tantos walones que levantaba el conde de Busquoy en Artois, él con los tres tercios de españoles pasó á Dunquerque, Nioporte, Dixmude, Brujas y Gante; deseoso tambien de visitar aquellas riberas, no menos que de tener en cuidado al enemigo, y suspenso en lo que habia de hacer hasta dar el golpe en donde mejor le estuviese; resuelto en dejar por entonces descansar á Francia, contentándose con los repelones que con tanta felicidad y valor le habia dado aquella primavera. Ofreciánse en su consejo cuatro empresas, cada una por su camino dificultosa, en particular las tres, por no podérseles quitar el socorro: éstas eran Holst, Ostende y Santa Gertrudenberg; la cuarta, que era Breda, dado que se podia sitiar por todas partes, no era de tanta consecuencia como las demás, por no poderse conseguir con ella la total quietud del ducado de Brabante; sino, cuando mucho, el alivio de un pedazo de él. Discurriase harto (excluida primera Breda) á cuál de las otras se debia acometer, y resolvíose que á Hulst, por quitar aquella higa de la córte de Bruselas, de donde dista solas nueve leguas, y por librarr del todo al país de Vaes, que, aunque pequeño, es de los mejores y más fértiles de los estados; para que se ofrecian muchas dificultades en orden á la fortaleza del sitio de aquella plaza, rodeada toda de agua, y á no podérsele quitar el uso del canal, por donde de ordinario le podia entrar socorro, aunque con barcas pequeñas; con todo eso, acabado de persuadir el Archiduque por quien él se sabe (supuesto que con tener buen suceso aquella empresa, ninguno de su consejo se atrevió á darse por autor de ella), mandó que monsieur de Rona, con buen golpe de infantería y toda la caballería, pasase el rio Schelde por junto á Ambéres, y tomase la vuelta de Tornaut en la campiña; todo á fin de engañar al enemigo, dándole á entender que se pensaba sitiar á Breda, y divertir de Hulst las fuerzas, que en número de cinco mil infantes, tenia á su cargo el conde de Solm, gobernador de aquella plaza, como sucedió; mandando Mauricio que de llas la mitad pasasen á guarnecer las plazas de Brabante. Consistia toda la esperanza de buen suceso en apoderarse de cierta isla que, hecha parte naturalmente y parte á mano, tenian muy bien fortificada

los holandeses con fuertes y reductos, como por donde solamente podian ser acometidos, por ser la más eminente y apta á plantar artilleria y abrir trincheras; y porque mejor se entienda la forma de este famoso sitio, que fué de los más reñidos de aquellas guerras, haré una breve descripcion, como acostumbro, de lo que se me acordare del asiento de esta plaza.

Hulst, cabeza del país de Vaes, limite oriental del condado de Flandes, por donde confina con el ducado de Brabante (el cual en espacio redondo de diez y ocho leguas de circuito se encierra entre los ríos Moure, Durme y Schelde y el brazo de mar llamado Hont, que forma la isla de Zuit Beverlant, una de las más famosas de Zelanda); es una villa de pocos más de mil vecinos, rica por la fertilidad de su territorio, por estar á cuatro leguas de Amberes, seis de Gante y nueve de Bruselas. Cuando en tiempo del duque de Parma se perdió, como lo relatamos en su lugar, no era fuerte por naturaleza ni por arte; mas en ocupándola los rebeldes, comenzaron á fortificarla según su costumbre, deseando inquietar desde ella y desde Axel (plaza que ya tenian, distante al poniente de Hulst dos leguas pequeñas), no sólo el país de Vaes, sino tambien una buena parte del condado de Flandes, sacando gruesas contribuciones. Paréceme necesario, para claridad de lo que se ha de tratar, decir lo que hicieron en orden á esto. Entre los villajes de San Lorenzo y Hulstloo nace un riachuelo, el cual, arrimado á la villa, solia caminar otra legua más, hasta desaguar en el Honte; éste, ayudado del arte, servia de canal navegable hasta Hulst, y con todo eso, para mayor seguridad y fortaleza de la plaza, abrieron otro hacia Zelanda, á quien llamaron el canal Nuevo, levantándole por ambas partes sus diques, con que recibir el flujo del Océano y evitar las inundaciones; resueltos en aislar la villa hasta donde lo impidiese su propio peligro. Hecho este canal, abrieron otro desde la villa á la Schelde, para comunicarse con Bergas, Breda, Heusden y las demás villas de Brabante de su devoción, fortificándole tambien con sus diques por ambas partes; y resueltos, despues de esto, en abrir los principales, que llaman diques maestros, y hacer entrar en el país las crecientes de la mar, para aislar la villa y un

pedazo de tierra hacia levante, que es el que dijimos, con tener en si alguna eminencia, incapaz de poderla cubrir el agua, lo primero para asegurar la plaza, levantaron al rededor de ella algunos baluartes y rebollines, tan bien fundados de fagina y tepes, que salvaron este inconveniente, a los cuales hicieron sus traveses y estradas cubiertas, todo con muy buenos fosos de agua, palizadas y otras defensas. Hecho esto, cortaron los dos diques maestros, y dejando entrar el flujo de la mar, empantanaron todo el pais, con daño inestimable de campos y praderias y casas, sin reparar en ello, a trueque de establecerse en un puesto tan oportuno. Hizose todo aquello en breves dias, como mar, y aunque en el reflujo se retiraba toda el agua, quedaba un lodo tan pegajoso, que era casi imposible apearle. Arrasaron todo el dique diestro del canal hacia Brabante, dejando del siniestro no mas de lo que podian defender con su artilleria del canal hacia Zelanda; arrasaron el siniestro de la misma forma; en el cual, para defensa del canal, y la entrada de los socorros que les pudiesen venir de Zelanda, levantaron un fuerte real, donde metieron cantidad de artilleria y suficiente presidio; llamaronle Mauris Escans, que es lo propio que fuerte de Mauricio. Hecho pues Hulst de esta manera casi inexpugnable, saliendo muchas veces los herejes por lo empantanado con barcas, corrían el pais, y despues de puesto en contribucion, las cobraban sin dificultad; hasta que primero el archiduque Ernesto, y despues el conde de Fuentes, encomendando, como se apunto en su lugar, aquel pais al comisario general La-Vicha, hicieron por toda la frente del de Vaes algunos fuertes en lugares acomodados, especialmente en el dique maestre de la Schelde dos, que, como a los mejores, les dieron sus nombres, el uno de Austria y el otro de Fuentes,

Sintio con esto gran alivio el pais, y acudiendo de buena gana, como tan interesados, al sustento de la gente de guerra, hizo con ella La-Vicha muy buenos efectos, quitando presas a los enemigos que se atrevian a entrar en el, y muchas veces la libertad y la vida. Conocio el enemigo el daño que le podia ocasionar la vecindad de estos fuertes, echando de ver que desde ellos con baja mar se podia con poco trabajo entrar en la isla; lugar, como dijimos, algo eminente; por cu-

yo beneficio no era muy dificultoso el arrimarse á la villa con trincheras; y para remediarlo levantó otros dos fuertes frontero de los nuestros, el uno en la punta del dique llamado de Brabante, y el otro, no sin gran dificultad, en lo empantanado, distantes menos de tiro de cañon; al primero llamaron de Morval y al segundo de Rape, y en medio de los dos hicieron un reducto, á quien llamaron Clein-Rape. Levantaron otro fuerte grande en guardia del canal que desembocaba de la Eschelde, con nombre de Nassao, más por asegurar el paso, entrada y salida de la ribera, que no porque les pudiese ser de otro servicio, por estar lejos de los otros fuertes, y más de la villa.

Este era el estado en que estaba Hulst cuando el Archiduque se acabó de resolver en ponerle sitio, y avisado por La-Vicha, gobernador de los fuertes, de que con la diversion que hizo monsieur de Ronan con tanta parte del ejército á la campiña, habian salido de Hulst pasados de dos mil hombres, determinó valerse de la ocasion con la celeridad que conviene para lograrla, procurando ocupar los puestos convenientes en la isla, sin embargo de las grandes defensas y otras muchas comodidades que los enemigos tenian para estorbarlo; y deseando complacer á La-Vicha, que pedia la empresa de ocupar la isla, como á persona tan bien enterada en aquellos puestos y que tanto lo habia trabajado, no se señaló cabeza española, antes se le encargó á él mismo y al coronel La-Barlota la entrada en ella, ordenándoles que tuviesen buena correspondencia entre sí y con el coronel Teselinguen, que llevaba sus alemanes. Pareció que bastaba enviar en todo hasta dos mil infantes por no hacer gran ruido, y fuera de los walones de La-Barlota y alemanes de Teselinguen, iban doscientos italianos y trescientos españoles del castillo de Gante. Arrimado con esta gente La-Barlota al fuerte de Fuentes la noche de los 8 de Julio, halló que, usando de extraordinaria diligencia La-Vicha, habia hecho llevar con la baja marea por lo empantanado algunas barcas á fuerza de brazos, hasta ponerlas en el canal que guardaba los dos fuertes y el reducto del enemigo designados arriba; distancia de cerca de media legua del fuerte de Fuentes. Sabido esto por La-Barlota, sin detenerse un punto, tomó la vanguardia con sus walones y los españoles é

italianos, seguido de Teselinguen y sus alemanes, y á pesar de los lodos pegajosos y aguas encharcadas (que muchas veces les llegaban á la cintura), cargados con sus armas y cada soldado con bastimentos para dos dias, llegaron á donde estaban las barcas guardadas por los walones de La-Vicha, pasó La-Barlota con doscientos hombres de todas naciones en la primer barcada por junto al reducto llamado de Clein-Rape, y al saltar en tierra de la otra parte fueron sentidos por las centinelas de él, que al punto tocaron arma; tal, que luego comenzó á llover un espeso granizo de cañonazos de entrambos fuertes sobre los que ya habian pasado y continuamente iban pasando; aunque, por ser de noche y herir á la ventura, no hicieron daño de consideracion. Los soldados del reducto, en número de setenta, habiendo salido al principio creyendo que la gente que pasaba era poca, en viéndose acometidos por la nuestra con resolucion, amedrentados tanto quanto antes habian mostrádose animosos, dejando el reducto, se retiraron al fuerte de Rape, que les cabia más cerca sobre su mano derecha. Ocupó luego La-Barlota el reducto, fortificándole y guarneciéndole lo mejor que se pudo, que fué un razonable pié para no perder la posesion de la isla. Hecho esto, y metidos en él los bastimentos y otros embarazos, acabada de pasar la otra gente, quedando La-Vicha en el fuerte de Fuentes para enviar fagina y otros instrumentos necesarios para fortificarle, La-Barlota, despues de haber refrescado un rato su gente, la sacó el dique adelante la vuelta del fuerte de Morval, con intento de fortificarse junto á él hasta que llegase el socorro, que no podia tardar, como lo hizo, dejando de esta parte trescientos hombres; y para asegurarse de alguna gruesa salida llevó cuatrocientos al dique, entre el fuerte y la villa; los cuales se fortificaron en forma de reducto, cortando por todas partes el dique, para que no pudiese llegar el enemigo á ellos sino desordenado, ni darse la mano con los del fuerte.

El coronel Teselinguen, que con sus alemanes se habian puesto en escuadron en cierto recodo del dique, cubierto de la artilleria del fuerte, deseando cubrirse tambien de la de la villa, para que al amanecer no le batiesen por el costado, trabajó lo restante de la noche en

levantar un trincheron sobre su mano derecha, que, por la cortedad del tiempo, no se pudo acabar de poner en perfeccion. Venido el dia, sabido por el conde de Solm que los católicos habian tomado pié en la isla, y que estaban divididos en tres puestos, determinó él acometer el uno; y sacando mil y doscientos hombres, embistió á los alemanes de Teselinguen, el cual, peleando valerosamente, murió de un arca-buzazo; con que comenzaban ya á desmayar sus soldados, cuando fueron socorridos por La-Barlota y la gente de su primera fortificacion; peleóse un rato muy bien, hasta que los herejes volvieron las espaldas, dejando muertos al pié de ciento de los suyos; de los nuestros murieron casi otros tantos, pero al fin quedó el puesto por los católicos, y en lo restante del dia se acabó de fortificar.

El Archiduque, que estaba en el villaje de San Nicolás, avisado de la facilidad con que se habia entrado en la isla, envió á mandar á monsieur de Rona que, volviendo á pasar la Eschelde, entrase tambien en ella con toda la infantería que habia llevado consigo, y que para acuartelarse cómodamente procurase quitar todos los impedimentos que se le ofreciesen; que Su Alteza por su parte mandaría lo mismo á la gente que tenia consigo en el país de Vaes, como al punto lo hizo, ordenando á don Alonso de Mendoza que, con su tercio, el de alemanes del conde Via y walones de Fresi y Liques, se arrimasen á la villa por la parte de lo empantanado de Axel, y que se pusiese de manera sobre la márgen siniestra del canal nuevo, que procurase impedir el socorro, para lo cual se le dieron cuatro cañones. Hizolo don Alonso; aunque, por estar de aquella parte arrasado el dique, y á esta causa sin comodidad de cubrirse, no sólo contra la artillería, pero contra la mosquetería de la villa, se trabajó mucho antes de asegurar las trincheras y el uso de nuestras piezas, que hubieron de quedar medio enterradas, y al cabo casi no fueron de servicio; pues es cierto que cuanto duró este sitio entraron y salieron barcas, aunque pequeñas, del enemigo por el canal, sin mucha pérdida.

Con la órden de Su Alteza que tuvo monsieur de Rona, volviendo á pasar la Eschelde por junto de Nordam, llegó con toda su gente al fuerte de Fuentes la noche de los 9 de Julio, y al momento pasó el

canal con las barcas que habia hecho aparejar La-Vicha, pasando hasta cincuenta por lo empantanado; y acudiendo luego á lo más esencial, que era procurar quitar la entrada al socorro, dejando á La-Barlotá que con su regimiento y la demás gente que habia traído consigo biciese rostro al fuerte de Morval, retirando la gente del dique, entre el dicho fuerte y la villa (que fué gran yerro), pasó á ocupar la parte diestra del canal viejo, creyendo que se podia cerrar el paso cómodamente, y que, sin embargo de lo empantanado, era posible caminar con trincheras hasta ponerse sobre el canal nuevo; mas el haberse de atrincherar en medio de la villa y del fuerte llamado Mauricio, levantado, como se ha dicho, para conservar el dominio del canal, causó que no se pudiese hacer desde allí el efecto que se pensaba. En este puesto se fortificaron los regimientos de Grison y La-Coquela, á quien algunos días despues se juntó el conde de Busquoy con uno nuevo que habia levantado, de cerca de dos mil walones, y el tercio de don Agustín Mesía. Habíase ido don Agustín desde San Omer á su gobierno de Cambray, pareciéndole á Su Alteza necesario en aquella ocasión el tener una persona tal en defensa de aquellas fronteras, y por haberse dado á don Pedro Ponce, su sargento mayor, una compañía de caballlos, se dió su oficio á don Jerónimo de Monroy, que en esta ocasión gobernaba el tercio. Poco despues hacia San Pablo Polder se alojaron los dos tercios de don Antonio y don Luis en cierta parte eminente, aunque demasiadamente sujeta á la artillería; lo demás restante de la isla, hasta lo empantanado, ocupaban el tercio del marqués de Trevico, el regimiento del conde de Soltz, que pocos días antes se había juntado con lo demás del ejército, en número de tres mil alemanes, y los walones de Bosu y Barbanzon; con que quedó sitiada toda la tierra, salvo por la parte del canal, por donde de ordinario, como se ha dicho, entraban y salian barquillas con gente y las demás cosas necesarias, especialmente de noche. Por cada uno de estos puestos se venia caminando con trincheras; el primero hacia un baluarte de tierra y fagina que dominaba el canal, más con intento de divertir que de acometer por allí la villa. Don Antonio y don Luis, y por otra parte el marqués de Trevico, comenzaron á arrimarse á tres rebellines rodea-

dos de agua, y en ellos en sí harto fuertes, defendidos, fuera de esto, de una gran plataforma dentro de la villa; desde la cual y de varias partes fulminaba de ordinario una gran lluvia de cañonazos, de que muró mucha gente particular. Al capitán Juan de Paz le llevaron una pierna y murió de la herida; al capitán Chico de Sangro le llevó la cabeza otra bala, y á otros tres ó cuatro capitanes de todas naciones; todo esto antes de acabarse de arrimar con las trincheras, al foso de los rebellines. Como estaban los dos fuertes grandes de Morval y Rape por el enemigo, sin embargo de que entraba y salía nuestra gente en la isla, pasando el canal por junto al reducto de Clein-Rape, por el peligro grande con que esto se hacia, llegaban menos bastimentos al campo de lo que fuera menester; á más de esto, parecía, y aún era notable mengua, que el enemigo fuese señor de todo el dique hasta el fuerte de Morval, á quien los soldados llamaban de la Estrella, en donde, abriendo por lo largo del dique, se había fortificado con reductos y se daba la mano muy á su salvo con la villa; para cuyo remedio, cayendo monsieur de Rona con el yerro que había hecho en retirar la gente que halló alojada ya entre el fuerte y la villa, determinó emprender otra vez el ganar el dique, sin cuyo dominio era imposible tomar el fuerte. Había pasado ya el conde de Varas seis cañones al puesto de La-Barlota, con los cuales (esperándose por momentos más) se comenzó á inquietar el fuerte y á desencabalgar algunas piezas, y para acabarle de sitiár de veras se tomó resolución de acometer el dique. Encomendóse esta facción, la noche de los 18 de Julio, al maestre de campo don Luis de Velasco, el cual, enviando con la baja marea (que acertó á ser á cosa de media noche) al coronel La-Barlota con sus wáloes, asistido del capitán Antonio Sarmiento y su compañía de arcabuceros, á acometer la estrada encubierta del fuerte de la Estrella, tanto por ocupar un puesto tan importante como por divertir al enemigo tocándole arma por varias partes, arrojó él la vuelta del dique quinientos españoles con los capitanes Baltasar Lopez del Arbol, don Jerónimo de Miesee, Alonso de Mercado, don Pedro Sarmiento, Guadalajara, Patricio Antolinez de Burgo, Alonso de Ríbera y Cristóbal de Palacios; los cuales, pasando con la baja mar por

lo empantanado con el silencio posible, y aguardando la seña establecida, que era el toque de una sordina, arremetieron cerca del dia por todas partes valerosamente; y aunque con gran resistencia, peleando pica á pica con los enemigos, degollando de ellos más de trescientos, ganaron los unos el dique hasta un reducto que con no menos diligencia que peligro (por ser ya dia claro, y batir á los nuestros la artillería del fuerte por las espaldas y por frente de la villa) comenzaron á fortificar, y los otros la estrada cubierta del fuerte de la Estrella; puestos importantísimos ambos á dos para la conquista de la villa. Murió en las dos partes alguna gente particular, y en el dique los capitanes Patricio Antolínez y Cristóbal de Palacios; de la estrada cubierta salieron mal heridos La-Barlota y el capitán Antonio Sarmiento: tanto cuesta en la guerra deshacer un yerro. Ganado el dique, los capitanes que quedaron vivos, con sus compañías, comenzaron á fortificarse contra la villa; tal, que en pocas horas se hallaron haber hecho tres cortaduras en él, y un razonable trincheron; con que se le quitó al conde de Solm la esperanza de echar ya de allá los españoles, sin embargo de haberles batido toda la mañana con cinco cañones y no poco daño. En aquella noche y en el dia siguiente se plantaron hasta doce piezas contra el fuerte; cuya guarnicion, viéndose rodeada por todas partes, y que puesto que intentó el conde de Solm socorrerle con barquillas en plena mar, no había podido arrimárseles ninguna, visto ya hecha la batería, y temiendo el asalto, parlamentaron á los 20, concediéndoles el sacar sus banderas, armas, bagaje, con tal que no volviesen á entrar en la villa, sino que se retirásen á la armada holandesa, como lo hicieron, saliendo al pie de ochocientos hombres, casi toda mosquetería.

Con la presa del fuerte y posesion del dique, asegurándose el paso del país de Vaes, se abrió el camino á las vituallas, y en breve se restauró la gente de la hambr pasada, que fué excesiva. Vino el Arquiduque desde San Nicolás, donde tenía su corte, á visitar los puestos; y juntando despues su consejo, resolvió que en todo caso se acmetiesen los rebellines, batiéndolos primero y procurando cegarles los fosos. Había ya en la isla veinte y siete cañones y medios cañones, de

los cuales se alojó la mayor parte contra los dichos dos rebellines, y los restantes tiraban de ordinario á las defensas. Mientras se iba procurando desembocar el foso con las trincheras y se hacian las esplanadas para plantar las baterías, hizo algunas salidas el enemigo; la primera fué contra el puesto de Trevico, del cual fueron señores un rato, dejando mal heridos á los capitanes Marcelo del Judici, Alejandro Brancazio, y sargento mayor Jerónimo Dentichi, hasta que, socorridas las trincheras por lo restante de su tercio, se hubieron de retirar, y no sin daño. La segunda fué de noche á los 29 de Julio, á las trincheras que tenía á su cargo don Luis de Velasco, donde, después de haber arrojado gran cantidad de artificios de fuego, arremetieron con tanta resolucion, que fué bien menester el valor del Maese de campo y su gente para rechazarlos; murió alguna gente particular de los nuestros, y entre ellos el capitan Juan de Bruza, camarada de don Luis y soldado de valor; este dia mataron tambien de un mosquetazo al teniente coronel de La-Barlota. Habian ya llegado las trincheras de los tres puestos por donde se abrian á desembocar en el foso de los rebellines, y á los 2 de Agosto, deseando monsieur de Rona reconocerlos para dar las órdenes de los asaltos sin confusion, habiéndolo consultado con don Antonio de Zúñiga y don Luis de Velasco, y con el general de la artillería y otros, y dando las órdenes, queriendo sentarse á comer en una barraquilla que tenía don Luis á la entrada de las trincheras, como quien las tenía á su cargo, llegó una bala de un cañon, que le arrebató la cabeza de los hombros, salpicando con los sesos á los nombrados, y en particular á un hijo suyo que le seguia, de edad de diez y seis años. Fué muy sentida la muerte de este capitan, de los más señalados de su tiempo entre la nacion francesa, por ser muy amado de todos, especialmente de los españoles; pero quien sobre todos mostró vivo sentimiento fué el Archiduque, por quien era tenido en gran reputacion, primero con la informacion que tuvo de sus raras partes de fidelidad y valor, y despues en lo que experimentó en las empresas de Calés y Ardres, cosas trazadas por él; en cuya última prueba mandó llevar su cuerpo á Bruselas, ordenando que se le hiciesen allí en la iglesia colegial de Santa Gúdula, donde le enterra-

ron, solemnisimas obsequias y un sépulcro suntuoso. Mostró Su Alteza la misma piedad para con su mujer e hijo, señalándoles gruesos entretenimientos con que sustentarse en Flandes.

Fué Cristian de Saviñi, señor de Rona, de noble linaje, natural de la provincia de Champaña, tan cercano al ducado de Lorena, que fué tenido comunmente por vasallo de aquel duque. Esto, y la particular afición que heredó de sus padres á la sangre de Lorena, le hizo seguir la fortuna de los príncipes de Guisa. Pasó á Flandes en su juventud en servicio del duque de Alanson, y en la tentativa que los franceses hicieron contra Amberes fué uno de los señalados para apoderarse de la puerta del Burgaraute y de los que mejor hicieron su deber. Hallóse con el duque Enrique de Guisa cuando rompió á los reitres en Elneao, en calidad de mariscal de campo, y á su lamentable muerte en Bles, fué uno de los que primero llevaron la nueva al duque de Humena y de los que más le incitaron á tomar las armas; acabóle de pescar, como á otros muchos, el comendador Moreo con sus anzuelos de oro, puesto que fueron en él mejor empleados que en los demás por la incorrupta fidelidad con que sirvió al Rey; tan conocida, que fué partícipe de casi todos los consejos, y ejecutor de la mayor parte de los efectos de aquellas guerras, sin que la envidia de los iguales ni la ignorancia y malicia del vulgo de los soldados, que tan poco perdona, osase ni áun calumniarla de veras; bien al revés de lo que suele acontecer á los que militan contra su propia nación. Era pródigo, no sólo de su hacienda, sino de la de sus amigos; y así, dejó muchas deudas, á que mandó acudir el Archiduque de su propia hacienda con gran liberalidad. Fué gran trabajador, aunque casi impedido de gordo, y á esta causa entraba siempre en los mayores peligros sin armas y con notable confianza. Mandaba con tal agrado y contanta resolución, que todos tomaban sus órdenes con gusto particular; y con haber de tratar con tantas naciones diferentes, cada cual le tenía por de la suya, y él á todas igual amor en lo público, aunque en lo secreto y en las ocasiones que convenía para el buen expediente de las acciones militares, ya sabía diferenciarlas y dar los puestos más importantes á las que le había mostrado la

experiencia que eran más valerosas. Su oficio se encargó por entonces al conde de Varas, general que era en propiedad de la artillería, caballero de conocida calidad y largos servicios. Y el Archiduque, para avivar las cosas de aquel sitio con la presencia del general, que tanto importa, se resolvió en pasar al ejército, alojándose en el fuerte de Fuentes y toda su corte en barracas y tiendas al rededor de él; y haciéndose traer las órdenes que monsieur de Rona había dado tocantes al acometer á los rebellines, mandó que se ejecutases al pie de la letra el dia siguiente. A los 3 de Agosto, hallándose ya don Luis y Trevico con las trincheras desembocadas al foso de sus rebellines, después de batidos y hecho razonable escarpa, acabado de cegar el foso con fagina y zarzos, se dió á un mismo tiempo asalto á todos dos. Don Luis, que tenía á su cargo el acometer el rebellín de mano derecha, hizo arremeter por la cortina siniestra de él á los capitanes Mercado, Baltasar Lopez y don Jerónimo de Mieses; y viendo la resistencia que hacia el enemigo, sin embargo del valor con que era acometido por los capitanes y soldados, mandó arremeter por la cortina diestra casi junto á la punta, al capitán don Pedro Sarmiento con su compañía de arcabuceros, el cual, ayudado de don Pedro de Castelví y don Pedro de Arce y Leiva, sus camaradas, y de otros muchos soldados particulares de ella, subió arriba no sin trabajo; y visto por los enemigos (que defendían valerosamente el asalto por la otra parte) que comenzaban á ser acometidos por las espaldas, empezaron tambien ellos á desmayar, sin embargo de la gran asistencia que le daban los suyos desde las murallas de la villa. Murieron á la entrada algunos, y acabado de ganar el rebellín sin pérdida de consideracion, se comenzó al momento á fortificar, levantando un trincherón para defendese de la villa; no tuvo tan buena suerte Trevico, pues con hacer sus italianos todo lo posible, no pudieron salir con más que alojarse al pie de la muralla de su rebellín; y después de haber estado alojado tres dias en el puesto aguardando orden y ocasión para volver á acometer el rebellín, mandó Su Alteza que se tentase otra vez el asalto; y tanto por valerse de la emulacion de las naciones, como porque los italianos se hallaban ya algo cansados y con infinitos heridos, ordenó que arre-

metiesen de vanguardia con ellos doscientos españoles del tercio de don Agustín; tocóles á los capitanes don Luis Manrique y don Hernando Carrillo; con esto, asaltando de nuevo al rebellín despues de haber hecho volar una mina que facilitó la subida algun tanto, pelearon unos y otros tan valerosamente, que ganaron del todo el puesto y echaron dól al enemigo, á quien siguiendo don Luis Manrique, y queriendo, con ardor juvenil, arrimarse hasta el propio rastrillo de la puerta por donde se entraba á la villa y trepar por él, le alcanzó un mosquetazo, de que cayó muerto dentro de la propia villa. Esta es la causa porque no se halló su cuerpo ni antes ni despues de ganada. Don Hernando Carrillo murió tambien cuatro dias despues, de las heridas que sacó en esta ocasión. Ganados los rebellines y quitados los traveses de ambos lados, determinó Su Alteza que se plantasen diez cañones en medio de los dos, con que se batiese por frente de la muralla de la villa, ordenando á don Luis de Velasco que se encargase de cegar por allí el foso. En los puestos del tercio de don Agustín y de Trevico se plantaron siete cañones en cada batería para descortinar la muralla, con órden de ir cegando ó sangrando el foso cada uno por su parte; otras nueve piezas se plantaron en diferentes puestos para batir las defensas, y todas juntas eran treinta y tres.

El conde de Solm, con cerca de tres mil infantes con que se hallaba, hacia perpétuamente tirar á las trincheras y arrojar granadas de fuego, algunos con tal artificio, que reventaban tres y cuatro veces, con daño de los circunstantes, para cuyo remedio tenia don Luis soldados escogidos, que en viéndolas caer, con notable peligro y no menor provecho las cubrian de tierra con palas que para aquel efecto tenian en las manos. Habiéanse roto al enemigo los molinos de viento con nuestra artillería, y enviando á los 10 del dicho por el canal abajo la vuelta de su armada tres barcas grandes cargadas de trigo, con intento de hacerlo moler, dieron en seco, quedando el trigo en poder de los nuestros, y las barcas quemadas. A los 13 volaron los enemigos una mina que habian hecho en una casamata suya, sobre la cual estaban alojados algunos soldados italianos de los que tenian ocupado el rebellín de Trevico; voló de ellos hasta diez, y fué este daño causa

de un gran provecho, porque con la tierra que levantó la fuerza del fuego, se abrió un hoyo capaz de poderse alojar en él cien soldados, como lo hicieron luego, pegándose al pié de la muralla. Este mismo dia hizo el enemigo otra salida á la parte de don Alonso de Mendoza con ochocientos hombres, atravesando el canal desde el fuerte de Nasao en barquillas y pontones, deseoso de dar una mano á la gente que guardaba las trincheras, que, aunque con las dificultades que dijimos, se iban abriendo con intento de arrimarse al propio canal y estorbar el socorro. Fué el acometimiento á cosa de mediodía, con que hallando á los nuestros menos advertidos de lo que fuera razon, quedaron degollados más de setenta, casi todos españoles. Entre ellos murió peleando valerosamente un nieto del maese de campo Julian Romero, de su mismo nombre, mozo de honradas esperanzas. El atrevimiento y valor del enemigo, fiado en que tenía aquella gente algo lejos el socorro por causa de la artillería de la villa y del fuerte, fué tal, que no sólo enclavó de cuatro cañones que había, los dos, pero volvió los otros dos hacia nuestra gente, que con la persona de don Alonso y los demás coronelos venían calando, y los disparó dos veces. Hecho esto, y no le pareciendo aguardar más, volviéndose á embarcar sin desorden, se retiraron con poca pérdida. El dia siguiente, reforzada la guardia de las trincheras con el escarmiento pasado, que, aunque es costosa manera de aprender, es la que mejor enseña; yendo á entrar por el canal dos bajeles cargados de harina, municiones de guerra y artificios de fuego, fueron tomados por los españoles, con muerte de algunos soldados del enemigo y prisión de un capitán irlandés, el cual, por haber servido al Rey y pasádose al enemigo, fué ahorcado por los de su nación, con órden de Su Alteza.

A los 14 en la noche intentó La-Vicha el ocupar cierto puesto más abajo del fuerte de Nasao, con designio de hacer un reducto que, dándose la mano con las trincheras de los walones, y llegando á la lengua del agua, bastase á estorbar del todo el socorro, como lo había prometido diversas veces; para lo cual se le dió la gente que pidió, á cargo del teniente de maese de campo general Gaspar Zapena y del conde de Busquoy; pero reconocido mejor el puesto, y hallán-

dose demasiado sujeto á la artillería, considerando que la cortedad de las noches no daba lugar de hacer grandes defensas, se dejó la empresa, conociendo que hace proponer muchas ó imposibles ó temerarias el deseo de llevar adelante el propio parecer, y así como para la ejecucion es á propósito quien le dió, es para su continuacion sospechoso su voto, que las más veces reparará menos en desear continuar un yerro que en confesar que se engañó. Procurahan en este medio con gran cuidado y asistencia las cabezas de las trincheras ir vaciando el agua del foso, y á este efecto inventó don Luis cierto artificio de bombas, con que la sacaba; al principio parecia que hacian gran efecto, pero á la postre se echó de ver que la propia agua que se sacaba, aunque daban con ella en unos zanjones de aquellas praderias, se volvia toda al foso, como á lugar más bajo. Hubó quien aconsejó que se hiciesen puentes; pero, sondado bien el foso, y visto que tenia de fondo poco más de un estado por causa de la sequedad del verano, se tomó resolucion que se procurase cegar con tierra, fagina, zarzos, sacas de lanas y otros pertrechos deste género, como se hizo con muerte de los capitanes Diego Ruiz y Julian Gonzalez, junto con muchos soldados particulares, y esto á causa de no haberse podido acabar de quitar jamás un través bajo de cierto torreon que ofendia por el costado derecho, desde el cual mataron á muchos soldados é hirieron al capitan don Manuel Carrillo, hermano del marqués de Carracena, de un mosquetazo, que le hizo pedazos la mano derecha. Don Pedro de Borja, capitan entretenido que asistia á don Antonio de Zúñiga, se señaló en esta ocasion. Comenzó á jugar la artillería en amaneciendo el dia de los 16 de Agosto, con menos efecto del que se pensaba, por ser la materia de la muralla tierra y fagina, y enterrarse las balas en lo blando; con todo eso, iban cayendo cantidad de faginas con su tierra, puesto que nada llegaba al foso para hacer escarpa, por detenerse las ruinas con una estacada de altura de un hombre que tenia al rededor de toda su contraescarpa, las cuales se batieron un rato con cadenas; con que, comenzándose á descabezar algunas, parte de las ruinas, saltándoles aquel apoyo llegaron al foso. Mostrábase el enemigo tan animado, que, conforme á las muestras

exteriores, parece que deseaba que se llegase al asalto, para cuya defensa tenía levantada por de dentro una media luna con sus traveses; y todo lo que tardó la batería en pasando la camarada, arrojaron (no sin conocido peligro y muerte de muchos, que se los llevaba nuestra artillería) cantidad de troncos de árboles, y á los mismos árboles enteros con ramas y hojas, y encima dellos lodo, tierra y céspedes, con tanta perseverancia, que á las tres de la tarde no parecía que se hubiese hecho batería de consideracion. Juntó Su Alteza el consejo, y proponiendo las dificultades, y la mayor de todas, que era el saberse que estaba minada toda la batería, se resolvió que no se tentase el asalto, sino que la noche siguiente se procurasen alojar los nuestros al pie de la muralla, y de allí ir contraminando y ganando tierra con la zapa y la pala, para lo cual era necesario acabar de cegar el foso, como se hizo casi del todo la noche siguiente, con pérdida de mucha gente particular y gran reputacion de don Luis de Velasco, que lo emprendió y salió con ello.

Constaba con certidumbre la facilidad con que las barcas enemigas entraban y salían en Hulst, sin que desde su puesto se lo hubiese podido estorbar jamás del todo don Alonso de Mendoza; y así, en saliendo el sol el dia de los 17, con un largo rodeo de tres leguas por salvar lo empantanado, pasó allá Su Alteza á ver por sus ojos si era posible aplicar algun remedio á tan conocido y dañoso inconveniente; y cuando por vista de ojos se iban descubriendo mayores dificultades, vino nueva de la otra banda de cómo el enemigo había dado muestras de querer parlamentear, que causó singular regocijo. Volvió á la tarde Su Alteza al cuartel, y dando y tomando sobre los conciertos, se vinieron á concluir en esta sustancia: que se concediese al conde de Solm y su gente todo lo que puede y debe concederse á cualquier valeroso defensor de una plaza: armas, banderas, bagaje y todos los demás requisitos deste género; que dejasen la villa y los fuertes de Mauricio y Rape en poder de Su Alteza, sin tratarse del de Nasao, sobre quien no tenía mando el conde de Solm; con otras capitulaciones de menos importancia tocantes sólo al gobierno civil de la villa y beneficio de los naturales. Diéronse rehenes de ambas partes en fe

del entero cumplimiento de lo capitulado; en la villa entró el conde de Solre, caballerizo mayor de Su Alteza, y della salió el conde Ernesto Casimiro de Nasao, primo de Mauricio y harto mozo. Salió el presidio á 20 de Agosto, en número de dos mil seiscientos infantes, la mejor gente que tenía el enemigo; creyóse que fué esto mismo causa de que se le diese órden secreta al Conde de rendirse, temiendo el perder con aquella soldadesca la comodidad de defender otras plazas de mayor importancia. El gobierno de la villa y país de Hulst se dió á La-Vicha, que le tenía bien merecido por lo que sirvió y trabajó en aquella empresa; quedóle razonable guarnicion, y la tierra bastante mente en defensa, aunque casi todas las casas deshechas de la artillería. El propio dia y la propia hora que se retiró el enemigo en navíos que se le enviaron de Zelanda, pegando fuego al fuerte de Nasao quien le gobernaba, y retirando la artillería en bajeles que para esto le enviaron, le desampararon del todo; y enviando el Archiduque allá con diligencia, se apagó el fuego, y por entonces se guarneció de infantería walona. Ganada con tanta felicidad una plaza tan bien defendida, después de haber dado Su Alteza las debidas gracias á Dios, pasó á Amberes, á donde fué recibido con todas las demostraciones de regocijo que se pueden pensar, y con no menores por su parte. Visitó las iglesias y monasterios de aquella nobilísima ciudad, y últimamente el castillo; y despues de haber estado en Amberes diez dias, pasó á Bruselas, donde pocos meses despues despachó para Alemania á don Francisco de Mendoza, almirante de Aragon, con embajadas al emperador y al rey de Polonia, á lo que veremos despues.

Rendido Hulst, se acabaron de pagar los motines de Tilimont y la Capela, asistiendo en el primero el capitán Juan Gerónimo Doria, y en el segundo el teniente de maestre de campo general Gaspar Zapeña. Hízose el pago en la forma acostumbrada, dando facultad á los soldados para irse á servir debajo de las banderas ó estandartes que quisiesen. De los italianos se fueron más de la mitad á sus casas, cargados de dineros, y de los que quedaron se rehizo la caballería de aquella nación, y particularmente levantaron dos compañías de arcabuceros á caballo los capitanes Mauro y Brisiguela. Infantes quedaron

pequísimos, y éstos se agregaron al tercio de Trevico; el cual hacia el invierno obtuvo licencia, y su tercio poco despues, don Alfonso Dávalos, que al principio del año pasó á Italia con órden de levantar tres mil infantes de su nacion. En la Capela rehicieron sus compañías de lanzas Juan de Guzman y don Gomez de Buytron, y levantó otra de arcabuceros el capitán Francisco de la Fuente. La infantería del presidio se fué á donde quiso, y dándole otra guarnicion á Simon Antunez, pasó á su gobierno.

Hallóse al principio del sitio de Hulst el ejército muy falto de caballería, por haber enviado á defender las corredurías que el enemigo hacia en Brabante algunas compañías á cargo de Nicolo Basta, y á esta causa se hizo venir de la frontera á don Carlos Coloma con su compañía; para cuyo suplimiento se ordenó al marqués de Barambon que juntase su compañía de hombres de armas y la del conde de Solre, como lo hizo; con las cuales á mediado Agosto, y con la caballería de Dorlan y Renti, saliendo en campaña, se alejó en Pas, en Artois. Al primer aviso que tuvo de que el mariscal de Biron, con tres mil infantes y ochocientos caballos, trataba de entrar á correr el país, mudó de alojamiento á los 3 de Setiembre, sabiendo que el Mariscal se encaminaba la vuelta de San Pol, con intento de saquearlo, como lugar flaco que es; y avisado el dia siguiente de que el dicho Mariscal dejada su infantería de allá del Auti, trataba de pasar el río con sola caballería, determinó irle á buscar. Supo Biron el intento del Marqués, y hallándose con mayor número de caballos, dejando la mayor parte dellos emboscados en lugar competente, pasó en persona á reconocer su enemigo y á procurar meterle en la emboscada, como sucedió; porque encontrado por la vanguardia del Marqués, que la traia el conde de Montecuculo, y embestido por él con resolucion, volvió Biron las espaldas, seguido por los caballos italianos con menos recato del que fuera menester; picó tambien el Marqués con sus hombres de armas y el conde Juan Jacobo que llevaba otra tropa de cien caballos, y al encumbrar una montañuela vieron venir deshecha la vanguardia, y á Biron con toda su gente (despues de haberse rehecho con la que tenia de emboscada), matando é hiriendo en la gen-

te del Montecuculo. El conde Juan Jacobo, por no verse atropellar por sus propios amigos, tomo sobre mano derecha, y cerrando con la tropa en que venia Biron por el costado, abrio un buen portillo, por cuyo encuentro, y matandole el caballo un soldado coraza de la compañia del capitán Daniel de Gaure, cayó el Mariscal en tierra con gran peligro de la persona; y es cierto que si hubiera el Marqués proveido de otra tropa para segundar, se acabara con él de aquella vez. Mostraban á esta sazon los hombres de armas muy poco deseo de llegar á las manos, por más que el Marqués lo procuraba con su persuasion y con su ejemplo; el cual con algunos pocos de los más honrados y los oficiales de las dos compañías, volviendo las espaldas los demás, cerró valerosamente con un escuadron enemigo que no habia peleado aún, por el cual fué luego preso, y muertos los más de los que le acompañaban. El conde Juan Jacobo, herido de dos pistoletazos, despues de haber peleado valerosamente se escapó. El regocijo de la prision del Marqués, y el gran peligro de que se veia haber escapado Biron, fué causa de que no se prosiguiere el alcance; y así, fueron pocos los muertos. Entre los presos quedó Montecuculo casi al principio de la refriega; el Marqués fué llevado á Roan, donde estaba el rey de Francia, y al cabo de algunos meses, pagando grueso rescate, obtuvo libertad. Este suceso, así como movió al Mariscal á procurar verse con el Rey y hacer ostentacion de su victoria, hombre, aunque valeroso, altivo y no poco encarecedor de sus hazañas, movió asimismo al Archiduque á cuidar con particulares veras del país de Artois, hacia donde, en llegando á Bruselas, mandó encaminar toda la infantería española y mucha parte de la caballería, todo á cargo del duque de Ariscot. Y porque en aquellos mismos dias no dudó el conde Mauricio de correr la campaña de Brabante, llegando con sus tropas casi á las murallas de Malinas, Lovaina y Tilimont, mandó Su Alteza encaminar allá al conde de Varas con parte de la infantería walona, un regimiento de alemanes y el tercio que todavía estaba por el marqués de Trevico, gobernado por Gerónimo Dentichi, su sargento mayor, y algunas compañías de caballos á cargo de Nicolo Basta; lo cual fué causa de que el enemigo se retirase por entonces, aunque no tardó mucho en hacer la salida que veremos.

El rey de Francia, movido del buen suceso de Biron, y deseando emplearle y juntamente complacer á los estados rebeldes con picar vivamente por las fronteras, reforzó el campo de algunos regimientos de franceses y mil quinientos ingleses que llegaron por aquellos días á Diepa, ordenando al Mariscal que procurase acreditarse de nuevo y meter la guerra en casa ajena, como lo hizo, aunque con menos buen efecto del que se había arrojado á ofrecer. Campeóse cerca de dos meses con ligeras corredurías y escaramuzas, en una de las cuales murió de un arcabuzazo el capitán Gabriel Rodriguez; mandó proveer luego Su Alteza esta compañía de arcabuceros á caballo en el teniente Miguel Tellez, que lo era de las lanzas de la guardia.

Era grande la hambre que padecian ambos ejércitos, y particularmente la falta de forrajes para los caballos; esto, y el comenzarse á hacer sentir la peste entre los franceses, y sobre todo ver el poco efecto que se hacia por el cuidado de las cabezas y valor de los soldados del campo español, fué causa de que el Mariscal se resolviese en retirarse al país de Boloña, de donde (dejándole casi toda la caballería) se hubo de retirar tambien antes de la fin del año, repartiendo su gente por guarniciones. Lo propio hizo el campo español, alojándose en Cambray el tercio de don Agustin, el de don Alonso en Mabuja y Bave, el de don Antonio en Ipre y el de don Luis en Nivela. La caballería se dividió tambien por las fronteras de Francia, salvo la compañía de don Carlos Coloma, que entró de guarnicion en Mastrique, junto con la de Colamaria Corachiolo, y la de don Francisco de Padilla, que entró en Verta, en la compiña. Don Juan de Bracamonte, alojado en Nioporte con su compañía de lanzas, tuvo por estos días una muy buena suerte con la guarnicion de Ostende; porque, habiendo salido de ella doscientos infantes á correr el país de Fornanbac, como acostumbraban, aguardándolos don Juan á su vuelta en las dunas con cuarenta lanzas de su compañía y cien infantes, los rompió, degollando más de ciento y cincuenta, quitándoles la presa. El caballero Melci, desde el Carpe, donde estaba con su compañía de lanzas, rompió tambien al enemigo dos veces, y la última le quitó una presa de mucho valor que había saqueado en el país de Colonia.

El conde de Busquoy por estos dias, que estaba alojado con su regimiento en Burburg y Montecasel, alcanzada licencia de Su Alteza, emprendió por escalada el castillo y villeta de Montulin, de donde fué rechazado con pérdida de algunos soldados, y él salió herido de un arcabuzazo en el rostro; salieron cortas las escalas, y por otra parte, el petardo que se plantó al primer rastrillo no hizo el efecto que se pensaba. Con estas pequeñas empresas se acabó el año de 96, hacia la fin del cual llegó órden del Rey para que se entregase el cargo de castellano de Amberes á don Agustín Mesia y el de gobernador de Cambray á don Alonso de Mendoza. El tercio del primero se reformó, repartiendo por iguales partes las compañías entre todos tres; al de don Antonio tocaron las de don Luis de Ávila y Monroy, Melchor de Esparza, Luis Bernardo de Ávila, Jerónimo Cimbron, Francisco Vega de Mendoza, Hernando de Olaso, Antonio de Varcha y Alonso de Tauste. El tercio de don Alonso se proveyó en Luis del Villar, gobernador que era de Chatelet, y este gobierno en Antonio de Ávila; don Antonio de Zúñiga alcanzó por estos días licencia para España, á donde se le hizo merced del cargo del maese de campo general de Portugal; su tercio, en sabiéndose su provision, que fué pocos meses después, le dió Su Alteza á don Cárlos Coloma; y la compañía de lanzas de don Cárlos, que era de las mejores del ejército, á don García Bravo de Acuña. También se proveyó el regimiento de alemanes de Teselinguen en monsieur de Barbanson, y el que dejó de walones se reformó entre los demás. Y como entrado el rigor del invierno se suele respirar algun tanto del trabajo de las armas, y no desdice mucho de ellas el ejercicio y regocijo de las fiestas, por la mayor parte inventadas á su imitación; con la ocasión también de los nuevos cortesanos recién venidos con Su Alteza, todo fué tratar desto; aunque tardó poco en trocarse el regocijo en tristeza, como de ordinario sucede en esta vida, puesto que no faltaron después sucesos venturosos, que, como acá abajo está todo sujeto á mudanzas, es fuerza que haya de todo; y no sé si por castigo ó beneficio de los hombres, que siendo su condición tan inclinada á menospreciar lo que posee, aún á los dichosos pienso que olendiera la perseverancia de los bienes, y en los infelices ya se ve cuánto fuera in-

---

tolerable la desconfianza de obtenerlos; y así, con piadosa orden del cielo se truecan y alteran perpétuamente todas las felicidades desta vida, para que la prosperidad se temple con el miedo, y la adversidad con la esperanza.

---

## LIBRO X.

Año de 1597.

Rompe el enemigo al conde de Varas en Tornaut.—Pártese el Almirante de Aragón para Alemania y Polonia con embajada del Archiduque.—Dase en España un decreto contra los hombres de negocios.—Describese Amiens y cuéntase su empresa, y después su sitio y socorro hasta su pérdida; todo con particularidad.—Toma el Almirante á Monthulm.—Da una vista el rey de Francia á la ciudad de Arras; retrase á París.—Va el Archiduque á reconocer á Ostende á instancia de los de Flandes, y deferida aquella empresa, se retira á Bruselas, dejando alojado su ejército.

Tornaut, casar abierto, tres leguas de Breda y dos de Herentales, por el puesto tan cercano al enemigo y por tener más de dos mil casas en que alojar gente de guerra, ha padecido muy de ordinario este trabajo; y tanto mayor, cuanto por no estar fortificado no se puede sin gran peligro tener en él poca gente; siéndole de ninguna ayuda un castillo que tiene, ó por mejor decir, casa de placer, cercada de agua. Este inconveniente pareció al Archiduque y á su consejo que se salvaba alojando allí, como dijimos poco ha, cuatro mil infantes y trescientos caballos, todo á cargo del conde de Varas, general de la artillería, que constaba del tercio del marqués de Trevico, gobernado por Jerónimo Dentichi, su sargento mayor, del regimiento de alema-

nes del conde de Solt y walones de La-Barlota y señor de Achicourt, junto con las compañías de caballos de Nicolo Basta, que las gobernaba todas; Alonso de Mondragon, que se hallaba ausente, y Juan de Guzman, que estaba allí. Dos cosas movieron á Su Alteza á ordenar que invernase allí este golpe de gente: la una tenerla junta para lo que se pudiese ofrecer, sin cargar á las villas á donde pudieran entrar de guarnicion; la otra impedir á las del enemigo el cobrar las contribuciones del país de campiña. Affligia esto segundo grandemente al conde Mauricio, por hallarse imposibilitado de entretener á sus presidios de Brabante sin este socorro; y de ello tenia ordinarias quejas, no menos por parte de ellos que por la de los estados generales de las islas, hallándose faltos de dineros á causa de los excesivos gastos que traen consigo la rebelion y la pertinacia. Esto, y el deseo de quitarse delante los ojos la vergüenza de la perdida de Hulst, movieron á Mauricio á procurar recompensarlo, maquinando contra aquella gente y procurando darle una mano que escociese. Y para ello, sirviéndose de la comodidad de los ríos y brazos de mar, hizo traer con gran presteza toda la gente que sin peligro notable podia sacarse de sus plazas; y dándoles dia señalado, que fué el de los 30 de Enero, juntó en Santa Gertruden hasta seis mil infantes y ochocientos caballos, con las cabezas de mayor nombre de su bando, como era el conde de Holach, el de Solm, el coronel Francisco Veer, Roberto Sandero, gobernadores y coroneles de experiencia. Partió otro dia Mauricio para Breda; y aunque enviando la gente á la deshilada, y tomando los pasos á todos los avisos que podian tener los católicos, procuró poderlos coger de sobresalto, no pudo estorbar que el conde de Varas fuese advertido de la gran junta de gente que se hacia y del peligro que se le aparejaba. El cual, juntando á las cabezas, que todas se reducian á Nicolo Basta y Juan de Guzman, Jerónimo Denti-chi y los demás tenientes coroneles de los regimientos de naciones, declaró los avisos que tenia, y cómo el enemigo venia marchando con resolucion de pelear. Tres partidos se propusieron, si no honrados todos, á lo menos seguros: el primero salir en busca del enemigo, y darle la batalla sin mostrar flaqueza; el segundo fortificarse lo mejor

que fuese posible al rededor del castillo y enviar por socorro; el tercero retirarse con tiempo y con orden hasta debajo de las murallas de Herentales. Las dificultades que traia consigo cada una de estas opiniones hicieron que no se pusiese alguna de ellas en ejecucion, escogiendo la más dañosa, que era no hacer nada; antes, contentándose aquella noche con enviar á tomar lengua á una escuadra de la compañía de Grobendonck, que casualmente se hallaba allí, la pasaron con más reposo de lo que pedía la estrechez del tiempo, resuelto al fin el Conde en retirarse y en hacerlo á la barba del enemigo. Envíose con todo eso el bagaje de media noche abajo la vuelta de Herentales, y al hacer del dia tomó la vanguardia la infantería walona, la batalla los alemanes, y la retaguardia los italianos, cuyo sargento mayor formó el escuadron, resuelto él y los suyos en morir en defensa de sus banderas. No había comenzado á retirarse nuestra gente cuando lo supo Mauricio, y poniéndose en camino con toda su caballería, y trescientos mosqueteros en grupo, dejando orden á su infantería que le siguiese á gran diligencia, envió con el coronel Francisco Veer dos compañías de corazas y una de arcabuceros á caballo con los mosqueteros, para que le entretuviesen la retaguardia católica escaramuzando. A la primera vista que dió de sí el enemigo, mandó el conde de Varas hacer alto y volver las caras á sus tres escuadrones, los cuales, con el gran bosque á la mano izquierda y la caballería en el cuerno derecho, esperaron valerosamente hasta que asomó la infantería enemiga. No hizo aquí su acostumbrada prueba la walona nuestra; antes, siendo la primera en descubrir los escuadrones contrarios á causa de ocupar un puesto algo más alto que las otras, lo fué tambien en desordenarse, pareciéndole que atravesando el bosque podía ganar la ribera del Aada antes que la caballería enemiga y ponerse con seguridad en Herentales. Mas no se les dió este lugar; porque, rotas nuestras tres compañías de caballos, sin que les valiese á Nicolo Basta y Juan de Guzman el cerrar tan determinadamente con toda la caballería enemiga, que casi la hicieron volver las espaldas, cargaron al fin los enemigos sobre ella, y atropellaron tambien á los walones, que al momento, arrojadas las armas, se rindieron al

enemigo. Lo mismo, tras bien poca resistencia, hicieron los alemanes. Los italianos se defendieron mejor; y el conde de Varas, aunque dudosos en todo lo demás, resuelto en morir valerosamente en defensa de su honra y obligaciones, se puso en la primera hilera de los capitanes; mas en muriendo el Conde, que cayó de un mosquetazo, cediendo ellos con lo demás á la adversidad, acudieron á valerse del bosque. Faltaron de los nuestros cerca de mil hombres, y de los enemigos menos de ciento, y esos de las primeras cargas que dieron las mangas de la mosquetería italiana y de la carga de caballería. Perdiéronse treinta y siete banderas y el estandarte del capitan Alonso de Mondragon, y del bagaje, la parte que había sido más perezosa en no acabar de salir del camino estrecho que va á Herentales. Murió tambien el teniente coronel de La-Barlota, y el Dentichi quedó en prision, de la cual se salvó poco despues por beneficio de un villano, su conocido. Sabida esta rota por el Archiduque, mandó hacer junta de gente para echar al enemigo de la campiña; y para ello salió don Luis de Velasco de Nivela con su tercio, y don Ambrosio Landriano con la caballería, que invernaba en Bolduque, Grave, Ramunda, el Carpe, Verta, Mastrique y las demás villas del walón Brabante, en número de más de mil caballos; pero, contentándose Mauricio con lo hecho, y retirándose á Holanda, se retiró tambien toda esta gente á sus puestos hacia el fin de Enero.

Al principio de este año partió el almirante de Aragon por órden del Archiduque con embajadas secretas al emperador y al rey de Polonia; la sustancia de ellas fué, á lo que se entendió entonces, para darles cuenta del casamiento que el Rey nuestro señor había concertado entre el Archiduque y la infanta doña Isabel; y en particular había de tratar con Su Majestad cesárea lo que tantas veces se le había pedido, en órden á dificultar á los rebeldes de las islas las continuas levas de gente que hacian en Alemania, amenazando con el bando imperial á todos los que ayudasen á ellas; y para obligar al Emperador á una accion tan justa, á más de la embajada ya dicha al rey de Polonia, se ordenó al Almirante que procurase con él, tanto en nombre del Rey como del Archiduque, su total declaracion en materia de la

guerra contra el turco. Lo que resultó de esta embajada fué no concluirse cosa alguna de lo que se pretendia, y quedar el Emperador con particular sentimiento de que se diese al Archiduque, su hermano, lo que él había deseado tanto, con la añadidura de los estados de Flandes, en demanda de lo cual había mostrado más irresolucion que conocimiento de la estimacion en que debia ser tenida una princesa tan grande, y no menos rica de dotes del ánimo que de bienes de fortuna; pero la envidia, á la verdad, hallaba aquí harta materia en que alimentarse; pasion que no perdona á hermanos ni parientes ni amigos, y que acostumbra á hacer más violentas impresiones en los sujetos más altos.

Pasóse tras esto buena parte del invierno con varias ocupaciones: los rebeldes apercibiéndose para ayudar al francés con alguna gente y con una gallarda y apretada diversion, el Archiduque solicitando nuevas levas de Alemania y del país para suplir la falta pasada, y dando voces por dinero sin esperanza de poderlos sacar, como otras veces, de los hombres de negocios, á causa de un decreto que vino por estos dias de España, en que por lo debido hasta entonces se les consignaban rentas y situaciones que, aunque eran sobre lo más bien parado de la real hacienda en Italia y España, no les venia tan á pelo como el ir recibiendo intereses de intereses, con daño inestimable de Su Majestad y provecho suyo de ellos; pero ni este decreto fué de la verdad que se pensó (como sucede casi siempre en todo género de arbitrios de hacienda, más sútiles que provechosos), ni ejecutado tampoco en buena sazon. No estaban por este tiempo ociosas las guarniciones de nuestras fronteras; antes, haciendo cada dia nuevas entradas en Francia, inquietaban al enemigo, y las más veces volvian cargados de presa y reputacion. Pero de nada se hizo caso respecto á la felicidad del suceso de Amiens, en el cual, por ser el más notable que sucedió en aquellas guerras, me alargaré más de lo que acostumbro.

Amiens, cabeza de Picardía, y la más principal ciudad de las que llaman de la ribera de Soma, dista treinta y cuatro leguas de París, catorce de Arras, diez de Bapama, siete de Pas, en Artois, y otras tantas de Dorlan; goza uno de los más fértiles territorios de toda

Francia, y de los ciudadanos más valerosos; tanto, que persuadiéndoles su rey á que admitiesen guarnicion, y con capa de mirar por su defensa, asegurarse de ellos como de gente que se había mostrado en otro tiempo demasiadamente aficionada al bando de la Liga, no sólo rehusaron, pero ofrecieron cuatro mil hombres armados y sustentados á su costa todo lo que durase el sitio de Dorlan, y otras muchas comodidades para la expugnacion de aquella plaza, y en virtud de este ofrecimiento y de la calidad de su sitio, determinó el dicho rey hacer á aquella ciudad asiento de la guerra, y comenzarla, en abriendo el tiempo, con el sitio de Dorlan. Gobernaba á Dorlan desde que se ganó, como se dijo en su lugar, Hernan Tello Puertocarrero, y deseando señalarse con algun honrado servicio mientras duraba su cuidadosa ociosidad, puso la mira ante todas cosas en lo que debe hacer cualquier gobernador de plaza fronteriza, que es, procurarse informar de la calidad, fortaleza y defensas de las que tiene por vecinas. Y mientras todavía estaba en este pensamiento, un cierto Dumolin, ciudadano de Abevila, que vivia en Dorlan desterrado de su patria, hablando secretamente con Hernan Tello, le persuadió á que la sobrada confianza con que vivia la ciudad de Amiens la tenia más sujeta á cualquier linaje de asechanzas que á otra alguna de Picardía; porque, dado que pasaba de diez mil vecinos y de solas las compañías ordinarias de los ciudadanos, habia ocho mil hombres alistados, y más; era tan poca la gente que en reconociendo las campañas quedaba en los cuerpos de guardia, que con facilidad veinte hombres resueltos podian apoderarse de una puerta y conservarla hasta que llegase la gente, que no muy lejos podia estar de emboscada. Pagóle Hernan Tello con buenas palabras, dudoso de su fidelidad, y deseando para en cualquier suceso tener reconocidas las entradas de aquella ciudad, las guardias y la defensa de las puertas por su medio, y probar su verdad convidándola con la relacion que ya tenia de todo, le envió solo primero, y despues, habiéndole traído verdadera relacion, con su sargento Francisco del Arco, soldado valeroso, noble y harto práctico en la lengua francesa, natural de la ciudad de Borja, en Aragon (y no de otra parte, como han dicho algunos historiadores), descendiente de

la noble sangre de ese apellido, antiguos hijosdalgo, y cuarto hijo en la casa de su padre, Antonio del Arco, habiendo ya otro hermano suyo, que se llamaba Jerónimo del Arco, animoso soldado, muerto en el contradique de Amberes peleando valerosamente, y este Francisco del Arco hecho capitan despues de ganada Amiens, y habiendo en muchas facciones de guerra dado muestras de singular valor, hasta que con ella murió en la batalla de las dunas de Ostende, á 2 de Julio, año de 1600.

Fueron y volvieron dos veces entrambos juntos, acompañándolos tercera vez con el capitan La Croix, borgoñon y buen soldado, reconocieron todo lo que convenia, tanto para acometer la ciudad como tambien para llegar á ella sin tocar en lugar poblado. Oidos, y examinados por Hernan Tello los exploradores juntos y cada uno de por si, envió luego á Francisco del Arco al Archiduque con sola una carta de creencia. Visto por Su Alteza la tierra que había andada ya en aquel negocio, y pareciéndo le que se aventuraria poco en intentar la empresa aunque no se saliese con ella, aprobó la determinacion de Hernan Tello, dándole la misma autoridad que á su propia persona para ordenar y mandar á todos los qne habian de acudir de diferentes partes para aquel efecto.

La noche de los 10 de Marzo, desde media hasta una hora despues de anochecido, llegaron al puesto señalado, que era el casar de Horrevile, una legua más arriba de Dorlan, sobre la ribera del rio Auti, todas las tropas señaladas para la empresa, que fueron cinco compaňias del tercio de don Alonso de Mendoza, la suya gobernada por Juan de Hinestrosa, su alférez; y las de Alonso de Ribera, Diego de Durango, Iñigo de Otaola y don Diego de Villalobos, tres del tercio de don Agustin, las de don Fernando de Deza, Alonso de Tauste y Baltazar de Zúñiga, gobernada por su alférez; del tercio que todavía estaba por don Antonio de Zúñiga, las de Alonso Gonzalez, de Guadalajara, gobernada por Alonso Osorio, su alférez, y Miguel de Oлагue; podrian ser todos los españoles quinientos y cincuenta. De Calés vinieron seiscientos entre walones y alemanes. Eduardo Bastok, teniente coronel del regimiento de Estanley, trajo cuatrocientos ir-

landeses; monsieur de Heeme, hermano del conde de Isenguen, seis compañías que había levantado en el condado de Flandes para rehacer los regimientos que se perdieron en Tornaute. Toda esta infantería, y la que pudo Hernan Tello entresacar (sin publicidad) de su guarnición, llegaron á dos mil y doscientos hombres. Las compañías de caballos fueron la de Jerónimo Caraña, marqués de Montenegro, que las gobernaba todas; la de don Gomez de Buitron, don Juan de Contreras, Carlos de Sangro, Andrea Alambrese y baron de Aussi, de lanzas; corazas, Daniel de Gaure, Simon de Latre, el baron de Vergi, borgoñon; y de arcabuceros de á caballo, las de Miguel Tellez, Bastian Gaudart, Ruger Tacon y Pedro Gallego, á cuyo cargo había venido la gente de Calés. Todas estas trece compañías, por estar deshechas de la campaña pasada y no haber tenido tiempo de rehacerse, no pasaban de quinientos caballos.

Podian ser las nueve de la noche cuando, despues de haber cerrado Hernan Tello las puertas de la villa de Dorlan y salido del castillo por la del Socorro con las guias y los disfrazados, para el efecto que se dirá, se halló con toda su gente de la otra parte del riachuelo Auti. Marchóse hasta media noche con muy buena órden y gran silencio, y pareciéndole á Hernan Tello que era ya tiempo de manifestar á los capitanes el intento que llevaba, haciendo un poco alto para alentar la gente, y apartándose de con ellos, les declaró punto por punto la forma en que, mediante el favor de Dios, pensaba ejecutar aquella empresa; dijoles lo bien que lo tenia hecho reconocer todo y las partes donde pensaba poner las emboscadas para que, ganando la puerta los que habian de ir delante en hábito de villanos, pudiesen acudir al socorro con presteza. Mostróles un carro lleno de hazas de trigo que se llevaba, y advirtióles de que debajo de las hazas más altas iban bien cubiertos gruesos tablones, para que, atravesado debajo de los rastillos de las puertas, no lo pudiesen pasar las puntas de ellos, aunque (como era de creer) se las arrojasen encima, y concluyó con decirles que, aunque la empresa parecia y áun á la verdad era muy árdua y dificultosa, lo habia de facilitar todo el valor de tan experimentados capitanes y valientes soldados, siendo así que, trazadas

con prudencia y ejecutadas con resolucion, pocas vienen á ser las cosas de todo punto imposibles, anque muchas comunmente lo parezcan. Resultaron de aquí varios pareceres y opiniones, como de ordinario los hay en todo, no por parte de rehusar el emplear sus personas en semejantes empresas, que para aquello venian, y para allegar á cosas semejantes trabajaban toda la vida y sufrian alegremente los trabajos de la guerra, sino teniendo por cosa de burla el pensar que con tan poca gente se habia de poder ganar una ciudad tan grande, tan importante, y cabeza de aquella provincia, donde asistia el conde de San Pol, gobernador de toda ella y príncipe de la sangre real. Hallaban dificultad, y no sin causa, hasta en el sustentarla, despues de ganada, no sólo en entrar en una ciudad como aquella con un carro y tres sacos de nueces y manzanas, añagaza que mostraba más los buenos deseos de quien lo habia trazado que no apariencia alguna de buen suceso. Finalmente, concluian con que á la verdad parecia más empresa del tiempo antiguo, en que se usaban ballestones de palo, que no de las que la malicia humana habia sabido inventar en tantos centenares de años; con todo eso, se redujo la mayor dificultad al tiempo que quedaba desde allí al dia. Y porque de las guias y personas pláticas en el país fueron más los que dijeron que era imposible llegar antes de amanecer á los puestos señalados, Hernan Tello, con harto sentimiento suyo, mandó volver las caras, y que los soldados comenzasen á retirarse; los cuales, aunque ignorantes hasta entonces de la parte á donde los llevaban, sintiendo mucho que se pudiesen disculpar las cabezas con culparles á ellos de poco diligentes, comenzaron á decir que los llevasen á donde quisiesen, aunque fuese menester correr sin parar desde allí al dia. Oyó este honrado ofrecimiento; y conocido el celo y valor con que se hacia Hernan Tello, y sabiendo cuán gran prenda de salir con una empresa suele ser tomarla los soldados con aquel ardor y punto de honra, peleando más ella muchas veces que las manos; pareciéndole tambien que se aventuraba menos en tentar la fortuna, tan favorable de ordinario á las resoluciones bizarras, que en volverse antes de hacer de su parte todo lo posible, y que no seria sin fruto la llegada al puesto, aunque fuesen descu-

biertos, pues en este caso podian volverse saqueando el país; animado tambien por los capitanes, y en particular por don Fernando de Deza, que con particular afecto y resolucion le apuntó las razones que acabamos de decir y otras, determinó volver á continuar el camino, dejando el suceso de la empresa en las manos de Dios, que da las victorias á quien le place. Ayudó mucho el ser tiempo de hielos, y el poder marchar los soldados sin embarazos, y por calentarse á prisa sin mucho trabajo. Porque de otra manera, estando ya el sol en el equinoccio, y no siendo mayores las noches que los dias, caminara mal tanta gente junta siete leguas de noche por tierra de enemigos, donde se habia de marchar forzosamente en órden y sin perder el hilo. Con todo eso, fué tal la prisa que se dió la gente, que á la que tocaba el reloj principal de la ciudad las cuatro de la mañana llegó toda á la abadía de San José, que está á menos de tiro de cañon de ella. Rodeó ante todas cosas la abadía la gente de caballo, hasta que, llegando la infantería, la ocupó y aseguró con milagroso silencio. Hecho esto, se retiró más atrás la caballería, á donde, poniendo postas á lo largo, procuró emboscarse y esconderse lo mejor que pudo. Haberse ejecutado hasta aquí tantas cosas, cada una de ellas tan difíciles y sujetas á infinitos accidentes con que podian ser desbaratadas, daba grandes prendas de buen suceso, y acrecentaba estas esperanzas en los soldados y capitanes una casi firme confianza, que cuanto suele ser dañosa en los consejos, es en la ejecucion utilísima.

Sacáronse de toda la infantería trescientos soldados, los doscientos españoles y los demás walones é irlandeses; con los cuales se adelantaron los capitanes don Fernando de Deza é Iñigo de Otaola y otros de naciones hasta una pequeña ermita llamada la Magdalena, distantes quinientos pasos de la puerta que mira á Dorlan, á quien llamaban y llamaremos siempre de Montrecurt. En abriendo el dia comenzaron las cajas de la ciudad á tocar el alborada, y de allí á una hora, que serian ya las siete, abrieron, entre otras, esta puerta, de la cual salieron algunos arcabuceros á descubrir, aunque con tan poco cuidado, que se volvieron dejándolo todo por llano y por seguro; y sin llegar á la ermita de la Magdalena, donde estaba la emboscada. A semejantes

descuidos, aunque ajenos, sujetan su reputación quien se encarga de una plaza; en cuyo cuidado apenas puede haber hora de tregua. Metida pues con esta seguridad la guardia ordinaria de las puertas, y viendo los capitanes de la Magdalena que comenzaban á entrar y salir villanos y gente del campo, hicieron marchar á los disfrazados conforme á la órden que tenían de Hernan Tello, que era ésta; Bautista Doñano, milanés, teniente del capitán Daniel, que había sido capitán de Borgoñones; el sargento Francisco del Arco y otro soldado walón iban delante á la deshilada con sacos de nueces, manzanas y legumbres; los cuales se mezclaron luego con los demás villanos de la comarca, que iban entrando también en la ciudad con cosas para vender. Seguía el carro, y delante d'él el capitán Lacroix, borgoñón, y un sargento walón; tiraban el carro tres caballos, y guiábanle otros dos soldados borgoñones de la guarnición de Dorlan, y detrás d'él iban seis soldados walones de la misma guarnición, todos oficiales reformados y gente de gran confianza. Sólo los tres primeros llevaban armas, que eran una pistola cada uno, y esas escondidas, pareciéndoles que iban más disimulados de aquella manera, y que, entrados una vez dentro, no les podían faltar las que los enemigos tenían arrimadas en el cuerpo de guardia. Había de dar la señal de arremeter el sargento Francisco del Arco, disparando la pistola en viendo que el carro estaba ya en medio de los dos rastillos; los cuales, por estar entre sí en menor distancia que lo largo del carro, se presuponía que habían de caer entrabmos sobre él, como sucedió. Entrados pues los soldados del disfraz, mostrando no conocerse unos á otros, llegándose á calentar al fuego del cuerpo de guardia, hacían con gran propiedad todos los ademanes que suelen los villanos de aquella tierra, como quien había tantos años que los tenían en plática. Es la gente de las aldeas de Picardía pobrísima, y andan vestidos de sayal blanco ó de lienzo; y esto tan roto, que muchas veces muestran por diversas partes las carnes; con lo cual, y con haber buscado artificiosamente los vestidos más viles, tiznándose las caras y manos, no había quien hiciese caso de ellos, para darles del pie. Todo lo demás habían menester fingir, si no era el frío, que, como los cogía tan en delgada, los

hacia titilar tan de veras, que de pura lástima los hicieron los franceses llegar al fuego; que no les fué despues de poco servicio, para poder menear las armas. Las pláticas que trataron entre sí eran tan conformes á lo que representaban, que casi se engañaban á sí mismos; y estando en medio de ellas, llegó una vieja poco menos que decrepita, natural de alguna aldea de aquellas comarcas, que con rostro alterado dijo á los soldados que mirasen con estaban, y que hiciesen buena guardia, porque aquella noche habían pasado la ribera del Auti tropas de españoles. Riéreronse los franceses, teniéndolo por burla, y á uno que quiso moverse para ir avisar de ello al conde de San Pol, detuvo el caporal de la guardia, diciéndole que si hubiera algo de nuevo ya lo supiera el Conde y estuviera la ciudad en arma. Así en las malas suertes va la tortuna cerrando la puerta á todos los remedios. Francisco del Arco, que hasta entouces se había estado calentando como los demás, volviendo el rostro para ver si llegaba el carro tan deseado, vió que comenzaba á entrar por la puerta de la ciudad, despues de haber pasado las del rebellin que la cubre, y que el borgoñón que guiaba el caballo delantero, apeándose dél, había cortado los tirantes. Estando embebido Francisco de Arco, y aguardando á que el carro acabase de llegar al puesto que ya antes tenian imaginado, llegó á él un sargento de la guardia, y con voz ya alterada le preguntó de dónde era; él, que no había sido perezoso en sacar la pistola, disparándosela en los pechos, le respondió: «De aquí soy.» Dada esta señal, se apoderaron en un instante, él de la partesana del sargento, y los disfrazados, de las armas del cuerpo de guardia; y manejándolas todos valerosamente, se dieron tan buena maña, que antes que los de la emboscada de la Magdalena llegasen, habían muerto á veinte y dos franceses, que eran los que entonces se hallaban á la guardia del rebellin. A los tiros y voces de unos y otros tocó arma la centinela que de ordinario está sobre la puerta (con orden de cortar una cuerda de que pende el rastrillo siempre que le parezca que hay necesidad de cerrarlas), y haciendo aquí bien su oficio, cortó la del rastrillo de afuera; el cual, por ser todo de una pieza, quedó sobre el carro, sin llegar al suelo. Los nuestros, en sintiendo la seña del pri-

mer pistoletazo, á más correr entraron por el rebellin, que ya estaba por nosotros, y entre los disfrazados y algunos soldados buenos corredores, se hallaban ya del todo dentro de la ciudad cerca de cien arcabuceros, los cuales acudieron luego á ocupar los puestos de las murallas y de las torres. Uno de ellos, entrando con discreta prevencion en la garita del rastrillo interior, que era de puntas, y cada una de por sí, que son los mejores; hallando á la centinela francesa que cortaba las cuerdas, le dió algunas heridas, basta que le obligó á volver á levantar las estacadas del rastrillo, á tiempo que, habiendo acabado de caer todas, y atravesado el carro hasta el suelo, por ser muy pesadas y de agudísimas puntas, habian cortado el hilo y cerrado el paso á los que iban entrando; tal, que estaban ya en el rebellin apañados más de quinientos hombres de los nuestros, que en viendo el buen suceso, habian acudido de todas las emboscadas, tanto infantes como caballos, conforme á la orden que tenian del Gobernador; cosa que ocasionó en todos ellos la tristeza que se puede considerar, y más viendo por entre las estacas del rastrillo que iban ya cargando los enemigos y comenzaban á tirar muchos arcabuzazos. Pero cayóse en que, no habiendo acabado de llegar al suelo uno de las puntas del rastrillo, dejaba lugar bastante para ir entrando por allí los delanteros, aunque con grande dificultad y de uno en uno. En esto nuestro soldado, que no dormia, y otros algunos que le ayudaban, acabaron de levantar la estaca, con que pudo entrar casi de tropel toda la gente de á pie y de á caballo que se hallaban en el rebellin, y en particular los capitanes Daniel y Simon de Latre con sus compañías de corazas, metiendo los caballos del diestro, y haciendo tropas despues, poniéndose á caballo con las pistolas en las manos. La gente de á pie, tendiéndose por la muralla, se hicieron tan señores de mucha parte de ella, que, volviendo algunas piezas de artillería á la ciudad, trataban de dispararlas hacia las casas; que al Gobernador y á los del gran escuadron que venian á entrar á paso tirado puso en gran confusión, creyendo que era imposible haber hecho tanto los primeros, y que los que andaban en la muralla eran enemigos. Mas entendida la verdad, arrojando las naciones sus mochilas, se aparejaron al saco

y á la presa. Al punto que el Gobernador entraba por la puerta en escuadron daba el reloj las nueve; tiempo en que la mayor parte de los ciudadanos estaba en la iglesia, por ser cuaresma y haber sermones en casi todas ellas. En uno de los cuales dicen que, exagerando el predicador el castigo que merecian los pecados de aquella ciudad, dijo que ya le parecia que entraban los españoles á destruirlos, como habian hecho á otras ciudades de Francia; que si fué profecia, no tardó mucho en cumplirse.

Antes que el gobernador Hernan Tello acabase de entrar con su gente hubo alguna defensa por parte de los ciudadanos, los cuales hacian rostro detrás de las esquinas, atravesando las cadenas que hay por las más de ellas en las ciudades de Francia para impedir el paso á la caballería; sacaban cuanto se les venia á las manos para atrinchar las bocas de las calles; pero á todo prevenian la furia de los soldados victoriosos, haciéndoles pagar con las vidas aquella temeraria, aunque honrada, resolucion. Mas en entrando el gran escuadron con la caballería en buena órden, que al punto se encaminó á la plaza principal, para desde allí ganar y fortificar las puertas y acabarse de asegurar de la victoria (cuidado importantísimo en tal género de facciones, que tal vez el esparcise toda la gente, atenta sola al saco, suele animar á los ciudadanos á restaurar lo perdido y salir con ello; de que no faltan ejemplos), no pensaron los franceses en otra cosa que en salvar sus haciendas, y á más no poder las vidas; saliéndose los más ricos y poderosos por las puertas de Noyon y de Beaobes, dejando su patria, sus casas y sus mujeres é hijos á discrecion del vencedor. No tuvo mejor fortuna que esta el conde de San Pol; porque, incrédulo al principio del alboroto, todo lo que dilató el salvarse le vino á faltar de tiempo para hacerlo sin conocido peligro; que al fin hubo de salirse á pie por una de aquellas puertas de la parte de Francia, con tanto recelo de que le siguiesen, que dicen ofreció quinientos ducados á la centinela francesa, que todavía estaba sobre la puerta, porque salido él y sus caballos, que le venian siguiendo, dejase caer el rastrillo, como lo hizo, con provecho del Conde y daño de otros muchos que á esta causa quedaron en prision.

Todo esto dia paró en saquear la ciudad; y era tanto lo que se hablaba en que harto la codicia, que para cada soldado había tres y cuatro casas para reconocer y que gozar; en lo demás anduvo la gente tan modesta, que no se tuvo noticia de cosa grave que castigar. Murieron de los enemigos poco más de ciento, y de los nuestros solos tres. Hernan Tello, los capitanes, todas las picas y gente granada, no menos de la caballería que de la infantería, hicieron escuadron en la plaza del Mercado, formándole el alférez Andrés Ortiz, sargento mayor del tercio de don Alonso, soldado muy práctico y que con su prudencia y solicitud llegó á tener despues gran autoridad con todas las naciones lo que duró el sitio, que contaremos presto.

Tomadas pues y guarneidas las puertas de la ciudad, y asegurado todo, visitó Hernan Tello á la condesa de San Pol, consolándola y dejándole libertad de irse en busca de su marido ó de quedarse en su casa, lo uno y lo otro sin peligro de perder hacienda ni otra alguna cosa; ella, muy agradecida y cortés, como lo son todas las damas francesas, escogió el irse, y se fué tres días despues. Halláronse en la muralla y en las casas de municion hasta ochenta piezas de artillería muy bien encabalgadas, cañones, medios cañones y culebrinas; y de allí á algunos días en cierta mina de una casamata hasta nuevecientos quintales de pólvora, que fué despues, para alargar el sitio, del servicio que se deja considerar.

Repartidos el dia siguiente los cuarteles á todas las naciones, señalados los cuerpos de guardia y puestas las cosas en razon, que se hizo con gusto y satisfaccion universal, determinó Hernan Tello desarmar los ciudadanos, y para ello mandó echar un bando muy riguroso, en que amenazaba con pena de la vida á cualquiera que se atreviese á esconder ó disimular cualquier género de armas; y fué tal el número de ellas, y tan grandes los rimeros de arcabuces, mosqueteros, picas y otras armas ofensivas y defensivas que se trajeron á la plaza (digo esto con el mismo encarecimiento que usa don Diego de Villalobos en sus *Comentarios*, á quien en mucha parte de este suceso sigo de buena gana, como á testigo de vista), que si el dia de la entrada no hiciera otra cosa cada vecino sino irse á la puerta por donde se entró y echar-

las allí, en tres días no fueran bastantes los españoles ni las otras naciones á quitarlas para entrar.

Estábase de día y de noche con las armas en la mano en muchos y diversos cuerpos de guardia, rondando, en particular la caballería, con el cuidado y recato que se puede considerar, á causa de tener dentro de la misma ciudad más de diez mil enemigos, no siendo los nuestros de tres mil y quinientos arriba, puesto que á la fama de la riqueza del saco acudieron luego de todas naciones y de diferentes presidios otros muchos soldados, sin embargo del conocido peligro con que se entraba y salía, por el cuidado con que la caballería francesa de Picardía corría todas aquellas campañas; en cuyas manos cayeron algunos soldados, más codiciosos de dineros que de honra, mientras, desamparando sus banderas y estandartes, procuraban ponerse en cobro con lo ganado; y aunque la causa era toda una, tenían al fin mayor disculpa los que entraban que los que salían. Tomó al octavo día Hernan Tello muestra á toda la gente con que se hallaba, y causóle gran contento ver que llegaba á tres mil y quinientos hombres, setecientos de ellos españoles. Y pareciéndole conveniente negar la salida á los que ya se hallaban dentro, lo hizo, vedándolo con pena de muerte, y valiéndose de la persuasión y cebo de prometer, de parte de Su Alteza, á los que habían acudido de otras compañías, que se les harían buenos sus sueldos corridos y el tiempo que servían en las que de nuevo escogiesen para agregarse á ellas, como lo hicieron todos con gran prontitud.

Otro día después del felice suceso de Amiens despachó Hernan Tello al sargento Francisco del Arco para dar cuenta al Archiduque de tan señalada victoria, y de lo que necesitaba de mayores fuerzas para defender una ciudad tan grande, pues no había duda en que el rey de Francia había de acudir con todo el poder del reino á procurar cobrar aquella ciudad tan principal, y que para echar al enemigo de casa habían de ayudar de veras, no sólo los vasallos, sino también los amigos públicos y secretos, unos por temor, y otros por envidia de la ajena felicidad. Recibió el Archiduque al mensajero con singular regocijo; y en principio de recompensa de lo que había trabajado, le

hizo merced de mandar que se le formase una compañía de infantería española en Amiens, entresacando la gente de las demás compañías, y agregándole con ella al tercio de don Alonso. Mandósele volver luego, con aviso de que marchaba ya el conde de Busquoy con tres mil walones y Juan de Guzman con cinco compañías de caballos; esto para principio de refresco, mientras se juntaban las fuerzas necesarias para divertir los acometimientos que el francés intentase. Mandóse al capitán Cristóbal Lechuga, uno de los tenientes de la artillería, que fuese á encargarse de la que se había ganado en Amiens; y porque Hernan Tello pedia con gran instancia un ingeniero para fortificarse, se le envió tambien al caballero Pachoto, hermano del Conde Pachoto, el que murió en el asalto del castillo de Calés.

No se descuidó el Archiduque de avisar al Rey, con correo á diligencia y con bajel de Dunquerque, del suceso de Amiens, pidiéndole, ante todas cosas, premios para los ejecutores, y representando los grandes efectos que se podian hacer si se conservaba aquella ciudad para la corona de España, no olvidándose de anteponer las antiguas pretensiones, heredadas con la casa de Borgoña, de las plazas situadas sobre la ribera del río Soma, la más principal de las cuales era Amiens; y que hasta para hacer las paces con ventaja convenia tener aquel torcedor. Concluía pidiendo gente española y dineros con que pagar las levas de naciones que se quedaban haciendo. Pero el Rey estaba ya al fin de sus días, y tan cargado de enfermedades dolorosas, que, aunque para alegrarle le dieron cuenta los de la junta de la presa de Amiens, dejaron las demás peticiones para otra ocasión; perniciosa y antigua costumbre para con los príncipes, hablarles más á medida de su gusto que de su provecho. Sólo á Hernan Tello se le dió la encomienda de Carrizosa de la orden de Santiago; trescientos ducados de renta de por vida á Francisco de Arco, y otros seiscientos que repartir entre los capitanes que más se hubiesen señalado; en lo de enviar dineros hubo toda la tibieza que fué menester para mal lograr un suceso tan venturoso, como lo iremos viendo.

Hallóle al rey de Francia esta nueva en París, desde donde, con solas sus guardias ordinarias, pasó volando á Corbie; y tanta fué la

diligencia de que se usó, y la que el mariscal de Biron puso en juntar gente, que á los 22 del mismo mes de Marzo tenía ya alojados entre Amiens y Dorlan tres mil esguizarios, mil ingleses y cerca de mil caballos franceses. Con esta gente, y con la que se le iba juntando cada dia, no reposaban un punto él ni sus capitanes; antes, habiendo ofrecido á las ciudades por donde vino pasando desde París, que llegando á ver á Amiens la había de ganar á escala vista, andaba todas las noches tocando arma á los nuestros, una veces cargado de escalas, otras de petartes, y todas como convidando á los ciudadanos á que, renovando la memoria de su antiguo valor, sacudiesen el yugo de aquella gente y les hiciesen pagar el hospedaje con las vidas. Mas de todas estas amenazas cuidaban menos los españoles que de prevenir con el cuidado necesario todo lo que dentro y fuera les podía asegurar de los enemigos.

Una noche Biron, avisado de que en la mina del rebellín que cubre la puerta de Montrecourt había la cantidad de pólvora que dijimos haberse hallado dentro de la ciudad, que hasta entonces no sabían los nuestros della, imaginó en volarla metiendo una salchicha por cierta tronera baja que salía al foso, llena de gran cantidad de pólvora alquitranada. Fué suerte que, aunque la salchicha hizo su efecto, no pudo alcanzar á la pólvora por estar mucho más adentro de lo que habían pintado; que si alcanzara hubiera volado todo el rebellín y la puerta, con el daño que se deja considerar. Fué tal la pres-teza con que acudieron los nuestros á la muralla, creyendo que era la puerta la que había volado, que, disparando muchas veces al foso sus armas de fuego, y haciendo lo mismo la artillería, hubieron de retriarre los enemigos, y no sin pérdida.

Viendo el Rey la vigilancia con que estaban los nuestros en Amiens, determinó tentar algo de lo que probablemente se pudiese creer vivia con menos recato; y picado del golpe recibido con la pérdida de una ciudad nobilissima y cabeza de provincia, imaginó que soldaria esta quiebra tomando por empresa otra ciudad de los Estados, cabeza tambien de provincia y en nada inferior á la que había perdido. Escogió para esto la ciudad de Arras, cabeza del condado de

Artois, y la noche de los 30 de Mayo hizo marchar al mariscal de Biron todo el dia, que acertó á ser muy lluvioso y cubierto; tal, que al anochecer se halló una legua de Pas, en Artois, y pasando el rio Autí por entre Pas y Dorlan, llegó con cuatro mil infantes y mil quinientos caballos á aquella parte de la ciudad que llaman propiamente la Citté, que es la más cercana á Francia, con intento de tocar arma con la caballería á la otra parte más baja que mira al Artois, llamada la villa vieja, y plantear entre tanto los petartes á la puerta de la Citté, como lo hizo, en oyendo las voces y arcabuzazos que andaban de la otra parte, á donde cargó toda la gente de la ciudad, que es mucha y muy valerosa, salvo la de la propia Citté, por ser barrio separado y dividido con murallas y foso de lo restante de la ciudad. De dos petartes que se plantaron, sólo uno hizo efecto, y se llevó un rastrillo y un pedazo del puente levadizo, por el cual comenzaron á ir entrando algunos y arrimarse á la segunda puerta. Era poca la guardia ordinaria que asistía á ella; pero, acudiendo con valor, comenzaron á arcabucear á los que iban entrando desde los traveses interiores, haciendo el mismo oficio los exteriores desde la casamata con cañonazos y mosquetazos, aunque sin efecto, por haber hallado los enemigos con qué cubrirse. Duraba mucho la porsúa del enemigo, y con las exhortaciones del mariscal Biron, iban entrando siempre más franceses, hasta que acudiendo valerosamente el conde de Busquoy, que casualmente se hallaba en Arras, y trayendo consigo al capitán Cristóbal Lechuga y treinta ó cuarenta soldados españoles y walones, que se hallaban acaso tambien allí, animados unos y otros, arcabucearon á los que habían entrado, sin que escapase ninguno. Parecióle temeridad á Biron el porfiar más, y acabó de desanimar á los suyos verle á él herido, aunque levemente, en una mano; con que, y con pérdida de más de cien franceses, se retiraron á sus cuartelos, que los tenían menos de una legua de Amiens. Sucedió en estos mismos días una harto buena suerte á la compañía de don Sancho de Luna, habiéndose él ya partido para España, y fué, que saliendo de Calés su alférez Pedro Martín con ochenta soldados, entre lanzas y arcabuceros, á correr, como otras veces solía, la campaña y país de Boloña, el gober-

nador della, señor de Campaña, el que, como dijimos en su lugar, metió el socorro en Calés, tenido por uno de los mejores soldados de Francia, avisado por sus espías, le aguardó á su vuelta con golpe de infantería y cuarenta caballos, en un puesto inexcusable y tan fuerte, que por ambos costados le cubrían dos pantanos inaccesibles. Viéndose Pedro Martín en la emboscada, y animados él y los suyos de la necesidad, rompieron por medio de los franceses con singular valor; y dejando muerto al gobernador Campaña y á otros seis gentilhombres; pasaron al fin con pérdida de solos tres soldados, que murieron de la primera carga. La pérdida del gobernador Campaña sintió mucho el rey de Francia, por ser uno de los soldados de quien más confiaba.

Estaba entre tanto desterrada del todo la ociosidad de Amiens; tal, que hasta los mozos de servicio de los soldados, que los de edad competente pasaban de mil, repartidos por compañías, con sus oficiales, cajas y banderas, hacían, no solamente oficio de gastadores y ayudaban á sus amos en las fortificaciones, pero también se ejercitaban en tirar al enemigo con particular destreza y alborozo, y perseveraron en ello todo lo que duró el sitio. Entrados Lechuga y Pachoto en Amiens una noche con solos seis caballos, comenzó el primero á ir alejando su artillería, poniéndola en los lugares competentes, y el segundo á trazar fortificaciones, comenzando por la parte que mira á Beaobues, que siendo la más acomodada para arrimarse por la de Francia, era también la más flaca, aunque, por ser también la más llana y baja, tenía un razonable foso de agua, sacado con una zanja del río Soma. Pensaron todos que los acometerían por allí, y causó este engaño un grande inconveniente; porque, si el tiempo que se gastó en fortificar un rebellín, y en hacerle á toda aquella parte estradas cubiertas, y lo que se trabajó en cortar á lo largo el foso desde la puerta de Montrecourt hasta cerca del río, para buscar una mina por donde decían se podía entrar en la ciudad desde muy lejos, hablilla que se dice de todas las villas y ciudades fuertes, casi siempre sin fundamento, se gastara en echar un brazo de la ribera por donde después se echó, cuando ya no fué de provecho, por ventura

tuviera el francés mayor dificultad de la que tuvo en pasar con la zapa el foso y alojarse en la muralla; porque es de saber que el río Soma, bajando de San Quintin, Perona y Corbie, en topando con Amiens, por la parte de levante se divide en dos ramos, los cuales, volviéndose á juntar antes de salir de las murallas, dejan hecha en medio de la ciudad una isla larga y angosta, que es lo mejor y más poblado della. El ramo superior, que se arrima á la frente del país de Artois, por hallar alto el terreno del foso, aunque le presta alguna agua, es tan poca, que no pasa de dos pies de hondura, y en donde más fuera menester, que es en el foso del rebellín de Montrecourt, no llega de ninguna manera; y aquí es donde se buscó la mina, en que se gastaron muchos días de trabajo en vano.

Parecióle á Hernan Tello dividir todo el ámbito de la muralla por naciones, lo que no fué aprobado de todos los de su consejo, que raras veces los juicios de los hombres convienen en un parecer. Decían unos que era demasiada confianza encomendar á una sola nación una puerta y tan grande espacio de muralla, y otros que, siendo así que la falta de fe desbarataba toda humana prevención, era el mejor remedio para confirmarla en todos mostrar ingenuamente que no se esperaba de ellos sino toda lealtad, que es con lo que se suele hacer dudar á los mal inclinados, asegurarse á los dudosos y quedar de nuevo obligados y resueltos los fieles, fuera del efecto que había de hacer la emulación de la honra y el no poder, en los casos adversos, echar los de una nación la culpa á los de la otra; y así, arrimándose el Gobernador á este como al más sano en aquella ocasión, repartió desta manera sus fuerzas: á los españoles encomendó el rebellín llamado de Beaobues, la puerta de Abevila y todo aquel espacio de muralla hasta la puerta de Montrecourt, la cual, y su rebellín, con otro espacio de muralla, toda ella por frente del país de Artois, tuvo á su cargo el teniente coronel Eduardo Bastock, irlandés, con los de su nación, y los walones de regimientos; monsieur de Heme, con sus seis compañías levantadas en el condado de Flandes, se dió de allí adelante hasta topar con el río. La puerta de Noyon y todo aquel espacio de muralla de la parte de Francia hasta volver á topa-

con los españoles, guardó el capitán Pedro Gallego con la gente de naciones que había traído á su cargo de Calés. Y por poder acudir á lo de fuera sin el cuidado que forzosamente habían de causar los ladrones de casas, hizo salir de la ciudad á más de seis mil ciudadanos, dejándoles sacar todo el oro y plata y cosas de precio con tal que lo registrasen; y dándoles barcas, con fianzas de volverlas, para llevar su hacienda hasta Abevila por la ribera abajo, quedaron menos de dos mil casas pobladas de franceses, y esos, y oficiales mecánicos y gente pobre.

Puestas en órden las cosas de dentro de la ciudad, se resolvió el Gobernador en arrasar los búrgos ó arrabales de la parte de Francia, que desta otra no los había á causa del mal vecino del país de Artois; é hizo pegárdoles fuego, que fué una miserable vista ver arder más de mil quinientas casas, muchas dellas palacios de recreación y quintas adornadas de hermosos jardines. Sacóse desto el provecho de arrasar la campaña (diligencia la primera que deben hacer los que aguardan sitio) y poder meter en la ciudad para quemar y otros servicios las vigas y maderames escapados de la violencia del fuego.

Entre tanto el mariscal de Biron tentó el entrar en Dorlan por escalada; pero salióle mal, porque, acudiendo el sargento mayor Fernando de Vallejo con la gente de la guarnición á la puerta de Arras, por donde, como á la parte más segura, había cargado el enemigo, se hubo de retirar sin tentar cosa alguna; ofendido al amanecer de la artillería del castillo, con más daño que reputación.

En este medio el rey de Francia, deseando meternos más inquietudes en casa y cortar el hilo á los socorros que iban entrando en Amiens con alguna diversion, hizo que el mariscal de Balañi (el cual, desde que perdió la ciudad de Cambray y se casó con una hermana de madama Gabriela, dama del Rey, vivía en su castillo de Roan, en frontera de Henao y de Cambresi, dando con la viveza de su espíritu y secretas inteligencias mil ocasiones de sospecha) ocupase con cuatro mil infantes un puesto sobre el Mosa, como lo hizo, fortificando el

villaje de Rebin, desde donde la guarnicion de trescientos infantes y cincuenta caballos, que allí dejó, comenzó á hacer grandísimo daño en el país, y le hiciera mayor si no proveyera Su Atleza de remedio, enviando á los postreros de Marzo al maestre de campo don Luis de Velasco con su tercio, que invernaba en Nivela, los regimientos de Achicourt y La-Barlota y cuatro compañías de caballos. Don Luis, abriendo trincheras al fuerte, batiéndole á los 3 de Abril con cuatro cañones, mandó dar el asalto, y entró por fuerza con muerte y prision de todo el presidio; con que, dejando finalmente limpio aquello y desmantelado el fuerte, se volvió á su guarnicion.

Habíanse arrimado á Dorlan el conde de Busquoy con cuatro mil infantes walones y Juan de Guzman con trescientos caballos, con designio de entrar en Amiens. Y estando cada dia aguardando ocasion acomodada, avisado el Archiduque de que había el enemigo sacado una trincherá de la una parte del río hasta la otra, todo por la parte que mira al país de Artois, y que, sin esta fortificación, tenía ya levantados tres razonables fuertes en todo el ámbito de la trincherá, sin otros dos fuertes reales que estaba haciendo, uno en el villaje de Lampre, distante media legua de la ciudad, por la parte que sale de ella el río Soma, y otro en el de Caumont, otra media legua más arriba, ambos para cubrir dos puentes sobre barcas, por donde comunicarse con las tropas que tenía de la parte de Francia; pareciéndole á Su Atleza que ya no podía pasar sin mucho peligro tan grande golpe de gente, y que era mejor servirse de ésta para el socorro que se quedaba trazando, envió á mandar al Conde que se volviese á refrescar al país de Artois, y que Juan de Guzman con su gente procurase entrar en Amiens.

Tuvo Hernan Tello aviso de que había de entrar esta caballería; y no pensando que sería tan presto, no previno lo que fuera necesario para recibirla, que fué de inconveniente no pequeño; porque, marchando Juan de Guzman la noche de los 14 de Abril, seguro de que no había peligro sino hasta llegar á las puertas de la ciudad, la experiencia mostró que se engañaba, y pasó así.

Puso Juan de Guzman en tropas separadas las cinco compañías

que llevaba, la suya de lanzas españolas, las de Juan Jerónimo Doria y Carlos de Sangro, lanzas italianas, y las de arcabuceros á caballo de Francisco de la Fuente y Martín de Eguiluz; y despues de haber marchado hasta una legua de la ciudad, fué sentido de las emboscadas del enemigo, y cargado hasta que llegó á las mismas puertas á la parte del rebellín de Montrecurt, á cosa de una hora antes del dia. Los nuestros, viéndose en salvo, tocando las trompetas, se aporean muchos delante de las barreras y rastrillos. Comenzaba ya á hacerse de dia cuando, avisado Hernan Tello, guarneidas las murallas y ordenada la gente para abrir las puertas, vió que, madrugando más el mariscal de Biron, arcabuceaba gallardamente á nuestro socorro, haciendo los franceses saltar al foso á muchos soldados y á muchos más caballos, que quedaban como por trinchera entre ellos y los nuestros. Hicieron Juan de Guzman y los capitanes todo lo posible para defender á su gente; pero sin provecho, hasta que, abierta la puerta del rebellín, comenzaron á entrar con gran confusión y apretura; con toda ella pudo salir el capitán don Fernando de Deza, con su compañía y otra de irlandeses del capitán Tomás, que por un rato ahuyentaron al enemigo desmandado, muriendo muchos de ellos al retirarse, por la mosquetería de la muralla, que hizo muy bien su deber. Mas cargando resueltamente un escuadron de esquízarios y franceses, volvieron á rechazar á los nuestros hasta las barreras, á donde se peleó un buen rato pica á pica, no atreviéndose á jugar la artillería del través, por no ofender á los amigos: tanto se habian mezclado unos con otros. Jugó al fin cuando les pareció á los artilleros que se iban separando, con mucho daño de los esquízarios, aunque mayor de los españoles, por alcanzarle un dado de una piecezuela al capitán don Fernando de Deza, de cuya herida murió de allí á dos dias, á manos se puede decir de sus propios amigos, que hasta de ellas suelen tambien servirse los sucesos desdichados. Habia ya salido gente bastante para defender la estrada cubierta; mas, no contentos los soldados con eso, salieron á la campaña, y peleando valerosamente, obligaron al enemigo á retirarse del todo. Murió tambien el capitán Tomás, irlandés, y el capitán Alonso de Ribera sacó un mosquetazo en una pierna. Tratóse de

alojar la gente que había entrado á cosa de las nueve, que hasta entonces duró la escaramuza, y hallóse mucho menos que su fama, y casi ninguna, respecto al ruido que había hecho. Fué desdicha revocarse la resolución del socorro que había de meter el de Busquoy, pues el suceso desotro mostró que, aunque con alguna dificultad, pudiera haber entrado.

Con ocasión de haber pasado este socorro por sobre las trincheras y entre dos fuertes, comenzaron los franceses de allí á seis días á trabajar en ellas; que no hay mejor maestro, aunque costoso, que el escarmiento; y Hernan Tello, deseoso de darles por allí también una buena mano, lo hizo, arrojando al marqués de Montenegro con cuatrocientos caballos; el cual, poniendo de vanguardia al capitán Francisco de la Fuente con sus arcabuceros, degolló más de doscientos franceses entre soldados y gastadores; y aunque cargaron muchas tropas de caballos enemigos y mangas de infantería, se retiraron sin perder un solo hombre, asistidos del capitán Diego de Durango, que salió á favorecer la retirada; por cuya mosquetería, y por la artillería que hacia jugar Lechuga en las murallas, murieron más de otros ciento, y entre ellos algunas personas de cuenta.

Comenzábase á hacer sentir la peste en la ciudad de Amiens, que entró con algunos prisioneros del campo, donde morían muchos de esta contagión; para cuyo remedio y cura de otras enfermedades, en especial de heridos, que había muchos, hizo Hernan Tello un hospital, encargándose al doctor Lúcas López de Villareal, sacerdote enviado por Su Alteza de los primeros para este efecto, con muy buenos créditos. Aumentóse mucho con los despojos del convento de frailes augustinos, que se les aplicaron por lo que diré luego. Fué este hospital de muy gran servicio, pudiéndose decir con verdad que en el discurso del sitio restauró más de mil vidas; habiendo sido heridos muchos de todas naciones, que entraron en él tres y cuatro veces, volviendo otras tantas á pelear con el nuevo ánimo que les causaba saber que tenían cierta la guarida y seguro el regalo y caridad.

Procuró el rey de Francia desde el primer día ganar las voluntades de algunos ciudadanos, deseando por este camino fomentar alguno

rato con que soldar la quiebra. Los que con mayor fervor conservaron inteligencias con él fueron los frailes agustinos por vía del obispo de Amiens, que entonces estaba dentro; y la traza, tras largas conferencias, tratadas por vía de espías, que jamás faltan, fué ésta: caía el monasterio de San Agustín pegado á la puerta de Noyon, distrito del cuartel de Pedro Gallego, junto al de los españoles y en igual distancia de ciertos puentes, por debajo de los cuales entra en la ciudad el río; y á tres tiros de mosquete, en el casar de Rivieres, estaba el cuartel de los ingleses antes del casar de Caumont, donde alojaba la caballería francesa. Trazóse que una noche señalada procurasen irse juntando en el monasterio hasta treinta conjurados, y que á cierta hora un boticario medianero del trato pegase fuego á su propia casa, que era junto á la plaza, para que á un mismo tiempo sirviese de contraseña, y llamase al remedio del fuego á toda la soldadesca. Habían de salir á esta sazon los conjurados del convento, y procurar ganar el cuerpo de guardia que los walones tenían sobre las puentes, y tres piezas de artillería, fortificándose con sacas de lana y otras cosas de este género, hasta que, llegando los ingleses y franceses, pudiesen darles la mano y entregarles la ciudad. Entraron en hábito de villanos que traían provisión los más, y con varios artificios otros. Caminaba el negocio con gran secreto y no pequeñas esperanzas de salir con él, hasta que uno de los del propio trato, llamado Hugo Leseao (á lo que se cree), no tanto por amor que nos tuviese como por el peligro comun que corren en una ciudad saqueada los leales y los traidores, manifestó el negocio al Gobernador, que lo remedió, buscando en el monasterio los culpados, adonde se prendieron, casi los más de ellos capitanes y gente de cabo. Prendiéronse también muchos ciudadanos, de los cuales mandó el Gobernador ahorcar al siguiente dia nueve por traidores, por cuanto habían jurado fidelidad á España; los del campo se trocaron por otros tantos prisioneros nuestros; á los frailes se mandó salir de la ciudad, y no mucho después al Obispo, aunque con el término y estilo conducente á su dignidad.

Habíase entre tanto disputado mucho en el campo francés sobre la parte por donde se habían de ir arrimando con trincheras; algunos

eran de parecer que era mejor acometer por la más flaca, que era la de Francia, pues para impedir la entrada á leves socorros bastaba tener de la parte del Artois gruesas emboscadas; y que para en caso de socorro real, pues le habian de ver venir tanto antes, podian escoger una plaza de armas donde esperarle, caso que les estuviese bien pelear; y conviniéndoles más no aventurar la suma de las cosas, guardarse enteros para otra ocasion, sin mengua ni afrenta alguna. Y añadian que en vano se habia trabajado tanto, si estando ellos guardando la frente del enemigo pasaban los españoles la ribera, como lo podian hacer con facilidad trayendo puentes, y socorrian á los suyos por la parte de Francia con gente y municiones. Otros, y entre ellos el mariscal de Biron, perpétuo defensor de los consejos más arriscados, decian que ya no era la parte de Francia la más flaca, pues habia tantos dias que la fortificaban; que no bastaban emboscadas para impedir leves socorros, si no era trabajando infructuosamente la mitad del ejército, obligándole á estar en arma casi siempre, y en particular á la caballería, pues con la falta de forrajes tan notoria no seria más que desajarretarla toda de una vez; que no teniendo los españoles paso propio en el rio, no podian pasarle sin ser sentidos ni sin perderse; y finalmente, que el quedar el Rey con Amiens habia de ser el establecimiento de su corona y la restauracion de su propia vida, y el levantarse de sobre ella por ninguna consideracion la ruina total de ambas cosas. Mandó el Rey que se siguiese el consejo del mariscal de Biron, encargándose la ejecucion d'él; y al fin el sitio se plantó así.

En el villaje y fuerte de Lampre se puso Biron con seis regimientos de franceses. En el segundo fuerte, que se hizo en la ermita de la Magdalena, se alojó el Rey y su corte, con el regimiento de su guardia y las demás guardias de su persona. A su mano derecha, entre el cuartel del Rey y el de Biron, se alojó el coronel Galatis con sus tres mil esguízaro, y consecutivamente tres regimientos de franceses con otro de esguízaro del coronel Baltasar. A la mano izquierda del cuartel del Rey seguian otros seis regimientos de franceses y mil ingleses, cerrando el arco otros dos mil ingleses, que, casi pega-

dos al casar de Rivieres, tocaban con su costado izquierdo al rio. La caballería, como se ha dicho, alojaba mucha parte en el casar de Cau mont, á cargo del señor de Montiñi, su general, con dos regimientos de franceses, que servian tambien de guardar el puente y los dos fuertes plantados para asegurarle. Cubriase toda esta frente de cuarteles de la parte de la ciudad con muy buenas trincheras, reductos y traveses, y á las espaldas, por causa del socorro, se abrieron mucho mayores y mas hondas, y los fuertes, que fueron nueve, mucho más capaces y con buena artillería, gobernada por el señor de San Luc; estos fuertes y trincheras de las espaldas tenian su guardia ordinaria, para cuyo efecto estaban alojados en los fuertes tres regimientos de infantería francesa. Puso la mira el Rey en asegurarse de la gente española, de cuyo valor tenia hecho gran concepto, arrimándose con grandes defensas y sin dar ocasion á salidas, y sobre todo, en ponerse de manera que ningun ejército enemigo fuese poderoso á desalojarle, teniendo hecha resolucion, para remedio de lo primero, de no tentar la ciudad con temerarios asaltos, sino ir ganando la tierra palmo á palmo con la zapa y la pala; y en orden á lo segundo, de perderse antes que levantarse de allí sin ganarla. Siendo gran parte para salir con cosas grandes, tomarlas con cierta manera de resolucion inmudable, que, aunque toque algo en obstinación, hay vicios que sirven en las virtudes, como en las medicinas las calidades contrarias, para que penetren.

Pasáronse cuarenta dias en hacer estas fortificaciones con más de cuatro mil villanos que trabajaban en ellas, no descuidándose los sitiados de hacer lo mismo en las partes donde iremos señalando, haciendo en este medio mucho daño nuestra artillería en los trabajadores y no menos en los enemigos en trabándose escaramuza, que era cada dia. Lázaro, soldado español, caballo ligero, salió y volvió á entrar muchas veces, llevando avisos á Su Alteza del estado de las cosas, y trayéndolos de que se iba apercibiendo el socorro, y que vendria sin duda el Archiduque en persona con un poderoso ejército. Padecia el de los franceses mucho de forrajes; tal, que cosa de dos mil y quinientos caballos con que se hallaba entonces, añadido á este trabajo

el de las continuas guardas, emboscadas y reconocimientos, andaban ya sin poderse mover, y tan amedrentados de los nuestros, que apenas con doblado número se atrevian á hacerles rostro.

En la ciudad no se padecia falta de otra cosa que de carne; con que comenzaban ya á matarse caballos en las carnicerías, y esto á precios excesivos. La peste, aunque era igual dentro y fuera, morian por falta de regalos, sin comparacion más de los enemigos, ayudando mucho á los de la ciudad la diligencia que Hernan Tello puso en echar della á la gente pobre, crudelidad piadosísima en semejantes casos; salieron una vez trescientos, otra seiscientos, y otras menos; con que parece que comenzó á remediararse algún tanto aquel trabajo. Las fortificaciones que se hicieron en la ciudad fueron éstas: entre la puerta que llamaban Cerrada, porque siempre lo estuvo, y el rebellín de Montrecourt, cuyo foso era seco, se hicieron unos entablados sobre aquellas zanjas que dijimos se abrieron para buscar la mina; y cubriendolas muy bien de tierra, servian de poder salir sin ser vistos y de ir minando la estrada cubierta, por si el enemigo llegaba á apoderarse della. Hizose tambien una casamata de la parte del campo, á la cual se iba por estas zanjas, tan cubierta y disimulada, que, si no era quien sabia el secreto, no le tenia por tal. Otras dos casamatas se hicieron debajo de los arcos del puente levadizo de la misma puerta de Montrecourt, con sus portezuelas de entrambas partes; con que al parecer quedó harto fuerte el foso. Y porque las estradas cubiertas por aquella parte no tenian defensa de consideracion, se coronaron todas de grandes estacas, dejándolas sobre tierra un estado; por entre las cuales tiraban los soldados cubiertos, y estorbaban que el enemigo no pudiese entrar repentinamente en ellas. Para que tuviesen través estas estacadas se hizo un fortezuelo á la punta de unas peñas, junto á la puerta Cerrada, que miraba tambien al rebellín de junto al río; este fortezuelo se llamó el diamantillo, cuyo lado derecho franqueaba las trincheras de los franceses, y el izquierdo dominaba mucho unos campos muy bajos, ó prados, bañados por las crecientes del Soma. Debajo deste fuerte habia unas grandes cuevas y soterraños antiguos, cuya entrada de la otra parte del foso del fuerte se guardó siempre

con mucho cuidado porque los franceses no viniesen á desembocar por allí; y los soldados á quien tocaba esta guardia estaban prevenidos de humos y grandes fuelles y de otras muchas defensas para estorbarles el alojarse en aquel puesto. El enemigo, deseoso de topar esta desembocadura, de que ya tenía noticia, y los nuestros, por estorbárselo, hicieron reñidísimo aquel puesto. Sintieron los españoles un dia que venian trabajando los franceses, y que faltaba ya muy poco para desembocar, aunque venian muy hondos; dió esto ocasion al caballero Pachoto, que servia de ingeniero, para plantarles un petardo, enterrándole muy bien hacia donde se sentia al enemigo, y dándole fuego, rompió la peña, que ya estaba muy descarnada, y matando á los trabajadores franceses, quedaron los nuestros señores de la mina, la cual se fortificó muy bien, y se defendió valerosamente muchos dias, usando, entre otras defensas, la del fuego de paja mojada y humo de azufre, arrojándolo continuamente sin cesar de dia y de noche con fuelles de herreros al enemigo. Llamóse este puesto por el continuo trabajo y fuego, y por estar muchos estados debajo de tierra, el fuego eterno; en donde era forzoso mudar las guardias diez y doce veces al dia, y otras tantas á la noche; y más despues que, habiéndole ganado una vez el enemigo, con muerte de siete soldados de los que estaban á la defensa, fué necesario cobrarle á costa de más de treinta franceses, y guardarle despues con mayor cuidado. En medio de la estacada, para guardarla de ambas partes, se hizo un fuerte, que, por ser pequeño, se llamó el Reductillo; abriósele un razonable foso, una cosa y otra sin guardar otra regla ni arte que la que ofrecia el sitio del terreno; hicieronse todas estas obras con poco daño, salvo de la artillería, que comenzaba ya á tirar, aunque de lejos, á las defensas y adonde vian trabajar, por no estar menos ocupados en lo mismo los enemigos. Hubo opiniones que era yerro plantar estas estacas, porque, llegado el enemigo al arcen del foso, podia servirse dellas contra los nuestros y estorbarles las salidas; con todo eso, se plantaron, y la experiencia, que es el verdadero juez, mostró que fueron de mucho servicio, hasta que al último se perdió la estrada cubierta. Terraplenáronse todas las puertas de la ciudad, dejándoles postigos y puentes encubiertos

por donde pasar á los rebellines; sólo se reservaron dos, que fueron la de Montrecourt, que salia al campo francés, y la de Beaobues, que caia á la parte de Francia; por la cual los villanos del país, llevados de la fuerza del interés, á quien no detienen los peligros, venian cada mañana cargados de bastimentos, y para engolosinarlos mandó el Gobernador que se tasasen á excesivos precios.

Por esta misma puerta salian los caballos franceses que estaban en nuestro servicio en una compañía de cincuenta, con título de caballos voluntarios, como gente que no ganaba sueldo; los cuales, divididos por varias partes de Francia, corrian hasta París, Roan y otras ciudades, distantes muchas leguas, con tanta seguridad hasta hacer sus presas, por ponerse en saliendo de Amiens sus bandas blancas, con que hacian gallardos tiros. Por esta puerta salió una vez Juan de Guzman con trescientos caballos, y trajo una muy buena presa de vacas y carneros á tiempo que fué de mucho servicio, no menos para que no enfermasen los sanos que para ayudar á la salud de los enfermos; más duró poco esta licencia; porque, viendo el enemigo el daño que recibia el país, cercó tambien la ciudad con algunos fuertes y alojamientos por la parte de Francia, y en particular hizo fortificar muy bien la abadía de San Fermin, y poner en ella quinientos infantes franceses y ochenta caballos; con que de allí adelante no se pudo salir sin conocido peligro.

A los 24 de Junio, dia de San Juan, comenzó el enemigo á batir en ruina la ciudad con una camarada de doce piezas, y con tan poco daño, que no mataron persona alguna, aunque todo el dia y otros muchos despues, batian las casas y partes eminentes á toda turia. Sirvió este ruido de acabar de limpiar la ciudad de comedores inútiles, que al fin les acabó de persuadir el miedo á dejar su patria y á olvidar el cariño de sus propias casas. Quedó la ciudad con casi sólo los soldados, y ellos tan sin cuidado de ruina suceso, que no se cansaban de correr sortijas, hacer máscaras, banquetes y saraos, galanteando á muchas damas que con pasaportes entraban en la ciudad con achaque de traer regalo á sus huéspedes, y salian cargadas de las joyas y el oro que habian dejado en fe de los escondrijos y secretos no-

torios á solas ellas. Y llegaba la cortesía española á dejarlas salir sin reconocerlas, aunque no sin requebrarlas. Son las señoritas francesas grandemente atractivas, y en la forma de dejarse servir tienen sus reglas de estado, con que acomodan siempre á su provecho, no sólo las pasiones ajenas, sino las suyas propias, domando á la fiera bestia del apetito con sólo el freno de su propia comodidad.

Llegó á Bruselas al principio de Junio fray Buenaventura de Calatagirona, general de la órden de San Francisco, enviado por el Papa á tratar las paces entre las coronas de España y Francia. Y como era persona de gran bondad y singular destreza en negocios, supo en breves días persuadir al Archiduque á que diese de buena gana oídos al trato; y en habiendo ganado este portillo, pasó á Francia, donde al principio halló gran dificultad, no porque faltasen en aquel rey deseos de quietud, sino porque quería que antes de comenzar á tratar de conciertos se le entregase la ciudad de Amiens; ofreciendo que en restituýéndosela oiría de muy buena gana cualquier honroso trato de paz. Desengañóle el fraile con resolución, y llegó á quererse partir sin que el Rey mostrase deseo de detenerle, hasta que los señores de Beliebre, Vilaroy, el uno consejero y el otro secretario de Estado, le detuvieron con esperanzas de enviarle satisfecho. Retiróse, después de algunas conferencias con palabras generales, á Piquiñi, villa pequeña, distante dos leguas de Amiens, la ribera abajo, y desde allí fomentaba sus comisiones con cartas, y encomendaba muy de veras á Dios la buena salida de aquel negocio, ayudado en entradas cosas de su secretario y compañero fray Francisco de Sosa, que después le sucedió en el generalato, y hoy es dignísimo obispo de Osma; los pasos y trabajos de los cuales tuvieron el fin que adelante veremos.

No se trataba de otra cosa en Bruselas que del socorro de Amiens, y afigíale mucho al Archiduque ver la mala sazon en que se había hecho el decreto contra los hombres de negocios y la imposibilidad de sacar dineros, porque había días que se estaban levantando dos regimientos de alemanes á cargo de los coronel Eslegren y conde Ludovico de Via, sin otras reclutas de los demás regimientos, y no había cómo hacerlos bajar á sus plazas de armas. Los walones, como gente

más á mano y más barata, se rehicieron algun tanto. Faltaba tambien para rehacer la caballería y para enviar por los cuatro mil italianos que tenia ya levantados en el estado de Milan don Alonso Dávalos. Añadióse á este cuidado el que causaban los avisos que traian de Amiens, Lázaro y el teniente Jaime, que fueron los que más veces entraron y salieron venturosamente, afirmando que el enemigo se acercaba demasiado, que la comida iba faltando, y las municiones no crecian y se gastaban mucho. El no poderse vencer todas estas dificultades sino tarde, ocasionó los inconvenientes que adelante veremos, el mayor de los cuales fué poderle llegar al rey de Francia cinco mil entre ingleses y holandeses, y tanta nobleza de á caballo de todo el reino, que lo que al principio fuera muy fácil, vino el tiempo á hacerlo muy dificultoso, por no decir imposible. Con esto, y con dejar al Archiduque vigilantísimo y deseoso de ganar tiempo, nos volveremos á los sitiados, y no lo dejaremos hasta que empiece á marchar el socorro, dejando algunas cosas de importancia que entre tanto sucedieron en el País-Bajo para el discurso del año siguiente, por no alargar demasiado la narracion deste.

Pendia del suceso de Amiens el establecimiento en el reino, ó la total inquietud y destruccion del rey de Francia; no porque una ciudad sola fuese bastante para causar tan varios efectos en un rey heredero forzoso de aquella corona, sino porque todavia quedaba una reciente memoria de las cosas pasadas y un amor al bando de la Liga, fuera de la comun inclinacion de los pueblos, que de ordinario se aficionan á los poderosos. Y sea por esta consideracion ó por otras, el duque de Humena, el Condestable, y de los príncipes de la sangre el conde de Suason, no vinieron al campo hasta que comenzó el sitio á ir de veras. La voz comun era que sentian ver que se hubiese encomendado el manejo de todo al mariscal de Biron, tan inferior suyo en calidad; con todo eso, los recibió el Rey con su natural benignidad, no siendo tampoco tiempo de mostrar otra cosa; y comenzó á valerse de sus consejos como de personas tan graves y de tanta experiencia. Y concurriendo todos con los que sustentaban la opinion de que debia continuarse el sitio por aquella parte, animado más el Rey,

mandó traer de toda Picardía más de ocho mil gastadores, resuelto en cargar sobre los pobres villanos todo el peligro, y conservar su soldadesca; consejo que debe seguirle cualquier prudente capitán siempre que puede; pues, fuera del amor que granjea de los soldados quien trata de reservarlos de los peligros inútiles para los honrosos, es sin duda que de su conservacion resulta tener los príncipes soldadesca vieja y experimentada, que es el principal nervio de los ejércitos.

Estos gastadores comenzaban abrir trincheras caminando por delante del rebellín y puerta de Montrecourt, los cuales en habiendo apenas caminado cien pasos, se aseguraban con traveses y reductos; con que era poco el daño que se le hacia al enemigo desde las murallas y estrada cubierta; y en las ordinarias salidas de dia y de noche que se hacian para inquietar y descubrir, no morian sino los pobres gastadores; fué esto en tanto extremo que afirmaban despues los propios franceses que habian muerto en todo aquel sitio pasados de siete mil villanos. Las trincheras eran tan capaces, que por cualquier parte ó ramal dellas entraban carros cargados de fagina; y todas las noches que se abrian trabajaban los gastadores sin otra guardia que la de los piés y una centinela dellos mismos que avisaba en viendo salir al enemigo; con que se ponian todos en cobro, y en viéndole retirado volvian al trabajo, aunque muchas veces se hallaban burlados; con que morian infinitos dellos, y sin embargo, caminaba la obra sin que os sitiados lo pudiesen estorbar.

Hernan Tello, viendo alojada una buena camarada de artillería en la ermita de la Magdalena, donde se hizo un fuerte, y que se levantaba otro en un molino de viento, distante no más que doscientos pasos de las murallas, hizo salir una noche á desbaratar la obra, como sucedió, matando de esta vez más de cien villanos que trabajaban, y una escuadra de soldados franceses que estaban junto á ellos, no para guardarlos, sino para que no se huyesen. No eran todas las noches más que una perpetua y continuada salva, y para un arcabuzazo que se tirase de las trincheras, se tiraban diez de las murallas, y no siempre al ruido sólo; porque, como es tan gran maestra la necesidad,

comenzando algunos soldados españoles á hacerse inventores de artificios de fuego, hicieron bonísimos efectos. Labraron una cierta forma de granadas de fuego para descubrir la campaña y ver los que trabajaban, las cuales arrojaban poniéndolas en un trabuco ó morterete; y templando la pólvora conforme á la distancia á donde deseaban encaminarlas (cosa que la tenian tanteada y reconocida de dia), daban con ellas, por muy largo espacio, mayor luz que dieran doce hachas encendidas. Tiraban de cuando en cuando otras con tal artificio, que por media hora tenian dentro de sí materia que expeler, con daño de los circunstantes; y á dos ó tres veces que lo hicieron, escarmientaron los enemigos; lo que bastó para dejar arder á las unas y á las otras, creyendo que eran todas de aquella manera.

Obligaba entre tanto la falta que se padecia en la ciudad, de forrajes para los caballos, á irlos á buscar por la parte de Francia con conocido peligro; aunque salian de escolta con los mozos dos compañías de caballos, y se adelantaban doscientos infantes hasta un humilladero distante media legua de la ciudad. Duró esta comodidad hasta que, advertido el Rey de la forma en que se hacia esta salida, ordenó una emboscada de ochocientos caballos, que, entrando de noche en la abadía de San Fermin y en los bosques vecinos, hubieron de guardar la ocasión dos dias, al cabo de los cuales, saliendo como se acostumbraba el convoy, cargaron las emboscadas tan á tiempo, que degollaron treinta soldados españoles de la compañía de don Diego de Villalobos con el sargento del capitán Zúñiga, y don Diego hubo de valerse honradamente de las manos para ganar la puerta con treinta picas, formando un escuadroncillo cerrado, y al fin se perdiera si no fuera socorrido por Iñigo de Otaola, que con trescientos infantes salió á favorecer la retirada; nuestra caballería se retiró con tiempo, y los que más padecieron fueron los mozos, de los cuales, con rabia bestial y no acostumbrada entre soldados de honra, mataron los franceses más de ciento, todos ellos niños que no llegaban á quince años. Murieron algunos franceses en la escaramuza, que duró dos horas, en particular de la artillería y mosquetería de las murallas, que jugó muy bien.

Otro dia, sentidos los soldados de la mala guerra de los franceses,

y de la rabia con que habian desflemando su ira contra aquellos pobres muchachos, con ser los más de su propia nacion, pidieron al Gobernador que ordenase una salida en que poderse vengar en cuantos topasen, aunque fuese gente de servicio, puesto que no lo habian acostumbrado hasta entonces. Parecióle á Hernan Tello que era bueno dar una mala comida al Rey; y así, ordenó que se hiciese al punto de mediodía, tiempo en que de ordinario se está con más descuido. Salieron con la infantería los capitanes Diego de Durango y Francisco del Arco, y con la caballería Juan de Guzman y Martin de Eguiluz, con órden que se alargasen estas dos compañías hasta el cuartel de los ingleses, y de matar á cuantos topasen. Habian quedado delante de las murallas otras tres compañías de caballos, que fueron las del marqués de Montenegro y don Juan de Gamarra, de lanzas, y la de arcabuceros de Francisco de la Fuente, que todas estas cinco compañías podian hacer trescientos caballos. Dada pues la señal de arremeter, que fué disparando dos cañonazos de una plataforma conocida, salió la caballería por la mano derecha la vuelta del cuartel de los ingleses, y la infantería por frente, hacia el molino de viento y la Magdalena; todos en tan buena órden y con tanta resolucion, que entrando la caballería en el cuartel antes que pudiesen los ingleses ponerse en órden, degolló más de doscientos de ellos. La infantería que arremetió al molino, aunque halló gallarda resistencia, entró al fin el reducto, y degollados los franceses que le guardaban, cortó el paso á otras tres compañías de la misma nacion y una de esguizaros, que, desamparadas las trincheras, procuraban retirarse la vuelta de sus cuarteles. Ayudó á esto el salirles al encuentro con algunos soldados de su compañía de lanzas el capitan don Gomez de Buitron; tal, que cogiéndolos en medio, los degollaron casi todos. Corrió la infantería muchos ramales de trincheras á su salvo, hasta que, acudiendo los escuadrones enemigos, comenzó á retirarse en muy buena órden, volviendo por momentos las caras y escaramuzando tan mezclado con ellos, que tanto por esto como por el gran polvo que se levantó á causa del calor y sequedad del tiempo, no podia nuestra artillería hacer efecto en manera alguna. Venia delante de sus tropas el mariscal de Biron en

una haca y desarmado, y hasta el mismo Rey se movió de su cuartel con toda su corte y la gente de sus guardias.

Volviese ya la caballería victoriosa, cuando, saliéndoles al paso doscientas corazas, cortaron al capitán Juan de Guzman y á diez soldados de su compañía que se retiraban los últimos de todos, y con muerte de algunos de ellos, prendieron al capitán por falta del caballo, que cayó con él. Pasó la voz á la vanguardia que el capitán iba en prisión; y volviendo furiosamente su alférez á socorrerle, sin detenerse á los ruegos del teniente Pedro Martín, que se temía ya de lo que sucedió, cerró con los enemigos con tan poco fruto, que, muriendo él, fué causa de la muerte de su capitán; porque, siguiendo al alférez toda la tropa, y temiendo los franceses que les quitarían al capitán, le mataron de un pistoletazo; perdida que aguó todo el buen suceso de aquel día, porque Juan de Guzman era un mozo de gran calidad y de valerosísimos principios, y sobre todo, amable en gran manera. Y ayudó á doblar la lástima el modo y la causa de la muerte, pues le había librado Dios de tantos peligros y enemigos en aquel sitio, para que su mismo alférez le hiciese perder la vida, llevado valerosamente, aunque con poca prudencia, del deseo de librarse.

Duró la escaramuza hasta que, cargando á cosa de las cuatro de la tarde el propio Rey con la mayor parte de su campo, se acabaron de encerrar los nuestros bañados de sangre enemiga. No hizo menos buen efecto Lechuga con su artillería, que jugó maravillosamente toda la tarde, de cuyos golpes, y de las manos de los soldados, faltaron este día en el campo más de seiscientos enemigos. De los nuestros murieron hasta treinta, y personas de calidad, solos Juan de Guzman y su alférez. Púdose saber esto con puntualidad por haberse concertado tregua de dos horas para retirar los muertos de una parte y de otra.

Conoció presto el rey de Francia el daño que recibía de nuestras piezas; y ordenando una batería de diez cañones, que sólo se ocupasen en tirar á las defensas y traveses de las murallas, hizo en tres días tal efecto con ellas, que allanó los parapetos, quitó los traveses altos, y obligó á que retirasen los nuestros su artillería, escondiéndola don-

de no pudiese recibir daño; para cuyo remedio, siendo, como era, el terrapleno de la muralla ancho de más de cuatro picas, le hendieron los sitiados por lo largo, y allí se alojaron sin peligro; mas, por mucho que la artillería del enemigo hizo, no pudo por entonces quitar los traveses ni descubrir el gran rebellín, desde el cual recibía continuos daños, especialmente con naranjeras, mosqueteros de posta y de horquilla. Y deseoso el Rey de remediar aquel trabajo, mandó hacer una plataforma, á quien abrazaba un fuerte harto capaz, y desde él batir con doce piezas todo lo que podía descubrirse del rebellín; mas ni eso tampoco le aprovechó, aunque á la verdad no porfió mucho, ocupándose después en remediar la entrada del agua del río en los fosos, que le causó más cuidado, como veremos.

Comenzaba ya á sentir apretura la ciudad, y los que miraban las cosas con providencia, á desear la venida del socorro, de que daban bonísimas nuevas los que entraban y salían, que algunos lo hicieron venturosamente muchas veces subiendo el río arriba, pasándole á nado y caminando las noches después de haber estado emboscados todo el día; y los que de éstos quedaban en prisión, como los hallasen vestidos á la española ó con bandas rojas, no eran castigados ni tenidos por espías, sino por soldados de valor, y como tales, se rescataban por su paga ordinaria ó se trocaban por otros; mas los que fingidamente pasaban en hábito francés irremisiblemente lo pagaban con la vida. Habían los franceses llegado ya con sus trincheras muy cerca de los fosos, y así, no les concedían los españoles mucho sosiego, inquietándolos con ordinarias salidas; tanto, que en ninguna hora ni tiempo estaban seguros; y la que más era de cincuenta hombres, los cuales hacían tan presto su hecho, que muchas veces cuando se tocaba la arma, tenían ya muertos muchos de los trabajadores en las primeras trincheras; con que vinieron á cobrar tanto miedo á los sitiados, que en oyendo *cierra, cierra*, las desamparaban, y se retiraban á las segundas; y si el que salía era golpe de gente, no paraba hasta los reductos, que los tenían muy bien fortificados. Murieron en estos acometimientos muchos hombres particulares, y en uno de ellos mataron á don Alvaro de Santa Cruz, alférez del capitán Tauste, hijo de don

Jerónimo de Santa Cruz, caballero principal de Murcia. Este fué el postrer muerto por quien se dobló, pareciéndole á Hernan Tello que era bien no dar más aquel gusto al enemigo, y la confianza que de ello le podria resultar; y no con recato de que esto pudiese entibiar el valor de sus soldados, que antes estaba en estado que, viendo tardar tanto el socorro, y que los franceses, sin reparar en heridas ni en muertes, cada dia se iban acercando, comenzaron á murmurar, diciendo que hasta entonces, aunque se habian hecho honradas salidas, ninguna habia dejado del todo amedrentado al enemigo; y que era bien darle á entender que habia españoles en la ciudad, y otras naciones llenas de valor. Llegó á oídos del Gobernador el ardor de su gente, y determinó valerse de él, que las más veces acertará quien lo hiciere con la prudencia necesaria; resolviendo una gran salida, que se ordenó de esta manera.

El dia siguiente, que fué el de los 24 de Julio, se dió órden al sargento mayor Andrés Ortiz para que avisase la compañía y soldados que habian de salir para el punto de mediodia; y una hora antes estuvieron apercibidos en el foso del rebellin de Montrecourt hasta ochocientos hombres de todas naciones. Y aunque, por estar las trincheras tan cerca, no podia ser de algun efecto la caballería, se apercibieron en el mismo foso treinta corazas, con el teniente del capitán Simon de Latre; por mucho que se encomendó el secreto, se tuvo por cierto que los enemigos fueron avisados por el contraseño de una campana, con quien se entendían; daño gravísimo, pero casi irremediable; no les valió, con todo, para dejar de recibirle grande, puesto que fuera mayor si no tuvieran tan reforzadas las trincheras. Por la parte de la estrada cubierta del rebellin grande se ordenó al capitán don Diego de Villalobos que arremetiese con su compañía y la del capitán Alonso de Ribera, gobernada por su alférez don Diego Enriquez, á causa de estar él todavía enfermo de su pierna. La misma órden se dió al capitán Durango con su compañía, picas irlandesas y mosquetería waluña, que toda esta tropa podia llegar á cuatrocientos y cincuenta hombres. Por junto á la puerta que llamaban Cerrada salió el capitán Francisco del Arco, á quien los franceses llamaban el capitán de las

nueces, con su compañía, soldados españoles de otras, y gente de naciones escogida, que todos juntos no pasaban de doscientos y cincuenta hombres; y diósele órden de que diese en las trincheras por aquella parte, y unos y otros caminasen la vuelta de un reducto, donde había cuatro piezns de artillería, que era donde se pretendia que se juntasen todos, y entrarle si hallaban oportunidad; los treinta caballos se pusieron á la mano derecha del rebellín grande, donde á cualquier tiempo podian salir á la campaña, retirarse y bajar al foso. Dadas las órdenes y disparada la pieza del señal, salieron todos con bravo denuedo. Los franceses, y en particular el regimiento de Picardía, que era el de más opinion de todo el campo, comenzaron á mostrarse en sus trincheras, terciando y blandiendo las picas los coseletes, y dando muy gentiles cargas los de armas de fuego, de que cayeron algunos de los nuestros. Esperaron los franceses en sus trincheras, resueltos en defenderlas hasta morir, como lo hicieron más de trescientos de aquella arremetida; porque, pasando los capitanes Durango y don Diego, y los demás de las naciones, cortando las trincheras, la vuelta del reducto á que se encaminaban, se dieron sus soldados tan buena maña, que no dejaron francés vivo de aquel regimiento en todos aquellos ramales. Fué mayor el número de los muertos que el caaitan Francisco del Arco hizo por su parte; porque los enemigos que de las trincheras se pudieron escapar, caminando hácia su mano derecha, topaban con él, que no menos venia matando, hasta que á un mismo tiempo llegaron al reducto, donde había doscientos esguízaros, que defendieron valerosamente la entrada. Con todo eso, entraron algunos soldados nuestros, que murieron procurando enclavar la artillería enemiga. Mas, viendo los capitanes que el enemigo cargaba de veras y que ofrecia dificultad el entrar el reducto, juntándose toda la gente y naciones, comenzaron á retirarse con gentil órden. En este medio salieron los treinta caballos, y cortando á toda la gente suelta que se había atrevido á salir de las trincheras, degollaron más de setenta, sin que por causa de las trincheras pudiese pasar á socorrerlos su caballería. Venia el mariscal de Biron con dos escuadrones, cargando valerosamen-

te; mas, como los nuestros ganaron cuando les estuvo bien la retirada, no hicieron otro provecho que ponerse por blanco de nuestra artillería, que hizo mucho daño en ellos. Duró la escaramuza más de cuatro horas, hasta que se acabó de quietar todo; y como se supo después, murieron este dia al pie de ochocientos enemigos y menos de setenta de los nuestros; que con todo eso, fué pérdida de consideración, visto que faltaba cada dia más gente y la esperanza que había de entrar alguna, y los muchos puestos que había que guardar y defender. Esto obligó á Hernan Tello á hacer appear á la caballería y servir como infantes, haciéndolo con mucho gusto ellos y sus capitanes, y peleando valorosamente en todas las ocasiones.

Cada dia se aumentaba en el campo francés la fama de la venida del socorro, y á esta proporcion el deseo de acabar con aquello; estando ya tan cerca de los arces del foso entre la puerta Cerrada y el rebellín grande, que apenas les quedaban por andar cincuenta pasos. Era aquella parte de la ciudad menos defendida de traveses. Comenzóse á los 2 de Agosto á trabajar por el enemigo hacia el reductillo que dijimos hacia través á la estrada cubierta, y guardaba que no se le pudiese plantar artillería al diamantino de la punta; obras que, como se apuntó arriba, habian hecho los sitiados para aquel efecto. Viendo pues los franceses el estorbo grande que les hacia el reductillo, se le arrimaron una tarde por una punta con muerte de algunos, cubriéndose con cestones y con mantas; y comenzando á cavar por fuera del foso del rebellín, labraron una mina que caia debajo de la punta díl, que, aunque se sintió que venian trabajando, la cortedad del terreno fué causa de que no se les pudiese impedir. Dos dias les duró esta obra, y al tercero, después de atacada su mina, poniéndose todo el campo en arma, se le pegó fuego, y fué el daño tal, aunque la gente se había ya retirado por haber conocido el peligro y la imposibilidad de remediarle, que voló todo el reducto, dejándole hecho un monton de tierra movediza, sin forma ni capacidad. Con todo eso, en volando la mina, cargaron los nuestros con gran valor, especialmente Eduardo Bastoch, cabo de los irlandeses, y algunos españoles; y por todo aquel dia defendieron aquel terreno, que solia ser reducto, con

muerte de muchos enemigos; los cuales retirados al fin, pareciendo á Hernan Tello que no se podia más defender aquel puesto, mandó que se retirasen tambien los nuestros; aunque no sin tocarles aquella noche muchas armas, y una tan viva, que mataron muchos de los que se asomaban á sus trincheras. Ocuparon los franceses la noche siguiente el puesto, y cavando en él con facilidad, se fortificaron sobre el arce del foso, desde donde comenzaron á estorbar á los nuestros el andar descubiertamente por él; y en otras cuatro noches pusieron grandes cestonadas, y levantaron el suelo de manera que ofendian mucho á los sitiados cuando cruzaban por las estradas cubiertas. No recibian menor daño ellos desde el diamantillo, hasta que al cabo de otras cuatro noches plantaron cuatro piezas arrimadas al arce del foso, con que batian continuamente las estacadas; y no dejaban parar un hombre á la defensa de la contraescarpa. Desalojaron al fin las guardias, y ni aún las postas pudieron sustentarse alli, á lo menos de dia. Hechos con esto señores del arce del foso, y deseando alojarse en él, trataron de irse arrimando al diamantillo, que, defendiéndose valerosamente, les dió más que hacer de lo que pensaban; porque, como se dijo, estaba sobre unos peñascos, y debajo d'él, por quitar la comodidad al enemigo, se conservaban las cuevas con su fuego eterno, donde se peleaba con humo de azufre y paja mojada. Arrimados los franceses al diamantillo, viendo lo que les habia de costar el ganarle, acordaron cortarle de nuestro socorro, como lo hicieron, batiendo los entablados ó galería, por donde entraban y salian los sitiados; y á la noche, cogiendo á los que guardaban las cuevas por las espaldas, desalojaron á los nuestros, que al fin se hicieron camino con muerte de mucha gente particular francesa. Viendo Hernan Tello que no podia ya ser socorrido el diamantillo, mandó retirar la gente (con que los franceses le ocuparon el dia siguiente) y guarnecer muy bien esta parte de muralla que le miraba por frente, desde donde hicieron gran daño las armas de fuego; dado que le recibieron los nuestros mayor á los 3 de Agosto por una pieza del molino de viento, que mató á don Gomez de Buytron, capitán de caballos, caballero de mucho valor y esperanzas, mientras él (á quien tocó aquel dia la guardia de

aqueل puesto), su compagnia de lanzas, que entonces, como dijimos poco ha, servia como si fuera de infanteria, procuraba acomodar una piecezuela para ofender á los que se iban fortificando en el diamantillo. En viéndose los franceses señores del foso, trataron de alojarse al pie de la muralla, que era sin travé de consideracion, y de sólo tierra y fagina; y estaba tan batida de cañonazos, que se podia subir sin otra bateria; y para asegurarse más, plantaron seis piezas en parte donde pudieron batir ciertas casamatas bajas, á quien los soldados llamaban la caponera y el gallinero; hechas de tablas, con sus troneras; de donde los españoles podian ofender á los que trabajasen por cubrirse al pie de la muralla. Pero no les duró más esta comodidad que hasta que la artilleria enemiga los desalojó de allí, con muerte y heridas de algunos.

Hernan Tello en tanto, valiéndose de aquel zanjón ó contrafoso disimulado y cubierto de tablazón y tierra, que dijimos haberse hecho al principio, aunque para otro efecto, hizo labrar una mina con designio de volar seis piezas que estaban alojadas casi en la estrada cubierta, para batir con ellas el rebellín. Y aunque era peñasco por donde se caminaba, se hizo la obra con tanta diligencia, que en pocos días estuvo casi debajo de la artillería. Sintieron los enemigos que les venian minando; y cayendo los minadores en que caminaba tambien la contramina que labraban hacia ellos, y avisado Hernan Tello, mandó al Pachoto que, atacada muy bien, se le pegase fuego. Voló al fin á los 14 de Agosto, con muerte de más de doscientos enemigos, y entre ellos mucha gente particular; y con tanta dicha del Rey, que no habia media hora que había salido de allí él y el mariscal de Biron. Pareció por dignos respetos guardar esta mina despues de volada; y así, se alojó en aquella concavidad un sargento español con algunos soldados, que, aunque la hallaron todavía caliente, no repararon en ello; mas mientras el sargento iba repartiendo los soldados por sus puestos, comenzó aquel calor y baho á hacer su efecto; tal, que cuando volvió halló tres soldados muertos, y otros tres ó cuatro ya sin sentido, donde es de considerar que quisieron más morir que salir sin orden del puesto donde los había dejado su oficial: tanto más se estima en-

tre la gente de valor la honra que la vida. Comenzaban los franceses á bajar cubiertos de cestones y barricadas, cuando se les hizo una salida por los irlandeses y walones, en que recibieron mucho daño. Traian garfios y otros instrumentos para arrojar los cestones y barriales al foso, con que los dejaron descubiertos á la arcabucería, que perpétuamente tiraba de la muralla. Otra casamata se conservaba para ofender por las espaldas á los que se arrimasesen á la muralla, hecha debajo de la artillería del Rey, y tan disimulada, que los enemigos mismos, que andaban ya por el foso, nunca dieron con ella, ni ella les hizo daño, guardándose para el dia del asalto, que hubiera sido del provecho que se deja considerar; pero, avisado el Rey por algun fugitivo, buscándola primero con una mina sin poderla hallar, se resolvió en cegarla arrojándole mucha tierra encima, como al fin lo hizo. Con esto se alojó el enemigo en el foso, donde él para descubrir y ganar las minas, y los nuestros para defendérselo y defenderlas, no se ejercitaba ya otras armas sino pistoletes y puñales: tan pegados andaban unos con otros; mas á puro perder soldados, iba el francés revenciendo inconvenientes y allanando dificultades, hasta que al fin se vino á hacer señor del foso.

Habian comenzado ya á picar por muchas partes los enemigos los cimientos del gran rebellin, todo por de dentro hueco y lleno de bóvedas, que son bonísimas para estorbar las minas; y con petartes, hornillos y otros instrumentos procuraban ganar alguna. Habia debajo del mismo puente que entraba al rebellin grande, en los mismos arcos del, labradas de cal y canto dos casamatas, y parecia caso imposible poderlas descubrir la artillería; mas, como es ingeniosa la necesidad, los franceses alojaron dos piezas en tan buen puesto, que á pocos tiros las hicieron pedazos; y en viniendo la noche se apoderaron de ellas; con que comenzaron á tener pié debajo del rebellin, y tan buena maña se dieron en quitar la piedra y fagina que los nuestros habian puesto, que al fin fué menester valerse de encender en ella un gran fuego de leña, brea y resina y todo género de cosas para alimentarla, que, procurando los enemigos quitarlo, y los nuestros añadirle materia, hubo grandes combates; en uno de los cuales quedó

medio abrasado el capitan Iñigo de Otaola. Tambien se peleaba en otras partes debajo de tierra con sahumerios de insufrible olor, y en descuidándose andaban unos y otros á pistoletazos y á puñaladas.

Batia entre tanto la artillería enemiga las casamatas y otras defensas de la ciudad, y una camarada de ocho piezas lo más bajo del rebeillin grande de Montrecourt, hasta que, descubiertas las bóvedas, se iban los ingleses y franceses metiendo en ellas por la zapa, con muerte de muchos. Y para repararse dentro del foso, tanto de las salidas de los nuestros, que las hacian por momentos, como de las piedras y fuegos que les arrojaban, se aseguraron con cestonadas y trincherones, y se cubrieron por encima con zarcos, y sobre ellos mucha tierra; con que, no sólo se reparaban de la perpétua lluvia de piedras que á plomo se les arrojaban encima, pero ellas mismas las defendian despues del fuego; con que le pareció á Hernan Tello aplicar otro elemento, procurando arrojarles por el foso el rio Soma, y ejecutóse así.

A la entrada que hace en la ciudad el rio, hay, como se dijo arriba, dos puentes, ó por mejor decir, dos ojos, por donde entra en ella dividido en dos brazos; y aunque desde el principio le aconsejaron al Gobernador que procurase cerrarle el paso, haciendo enclusas en ellos, con que era sin duda que tomaría su curso el rio por el foso, y mostrando él desecharlo, había mandado fabricar estas enclusas de recias vigas y tablones reforzados, nunca le había parecido el mal tan peligroso que quisiese privarse del provecho y honra de las salidas; y en particular de la que pensaba hacer, echando el resto, en viendo á nuestro socorro pelear con el enemigo, de que jamás dudó. Mas en viendo á los franceses arrimados á las murallas, no le pareció tiempo de aguardar más. Y así, á los 31 de Agosto, hechas cerrar las enclusas del rio, comenzó el agua, como suele, á volver atrás á inundar todos aquellos campos, en especial el cuartel de los ingleses y el de caballería, que los cubrió en altura de doce palmos, con pérdida de mucha parte del bagaje. Venció, con todo eso, al segundo dia el peso del agua á la fuerza de la enclusa más cercana al enemigo, hasta que, echándole á las espaldas cantidad grande de piedras, comenzó el rio

á correr con la mayor parte por el foso abajo, embocando con grandísima furia por entre la ciudad y el rebellín grande de Montrecourt, y desalojando absolutamente al enemigo de las minas, bóvedas y trincherones que tenía ocupados, causando á un mismo tiempo el contento en los nuestros y tristeza en los franceses que se puede considerar. Afligido el Rey por este suceso, y lleno de perplejidad, fué avisado de la estrechura por donde colaba el agua, entre el rebellín y la puerta, y cayó en que se le podía poner impedimento, arrojándole en aquel espacio la ruina de las puertas y sus torres; para remedio de lo cual, mandando plantarle una batería de once cañones, de tal manera jugaron por espacio de cinco horas, que al cabo de ellas se echó de ver notablemente el provecho, y tras pocas más acabó la ruina de impedir en aquella estrechura del todo el paso al agua. Continuóse otros tres días la batería, y haciendo siempre mayor efecto, acabó de enjugar del todo los fosos, dejándolos como antes, aunque casi llenos de la materia que arrojaron de sí las torres, que ambas, con mucha parte de la muralla, vinieron al suelo con todos sus puentes, grandes y pequeños. El agua, haciendo otra vez fuerza sobre las enclusas, parte por la inclinación de seguir su curso natural, parte por ver los sitiados que no era ya de provecho, comenzó á correr como solía.

Pudieron con esto los enemigos volver á cavar los cimientos de las murallas y ocupar los puestos que antes tenían en el foso; y de tal suerte se fueron metiendo por junto á un cubo viejo entre la puerta Cerrada y el rebellín de Montrecourt, que en seis días de trabajo, aunque con muchas muertes, se alojaron sobre las murallas y en los mismos terraplenos, que cada día los iban estrechando con la zapa y la pala, con intento de acabar de echar á los muestros de ella. Había á esta parte, donde los franceses tenían pie en la muralla, una plataforma grandísima, que en esta ocasión fué de gran estorbo á los sitiados para fortificar sus retiradas; y aunque se trabajó mucho por descarñarla, no fué más que afan perdido. Haciase, sin esta, otra obra aún de más trabajo, que era contraminar las minas que traía el enemigo; hallando algunas, se comenzó á pelear mano á mano, con los ordinarios fuegos y todo género de armas cortas, muchos estados debajo de tierra.

Habia sobre la puerta Cerrada un torreon, en el cual, por descubrirse muy bien todo lo que los franceses hacian, se tenia una pos- ta perpetua en cierto hueco de ella con orden de no tirar, por la facilidad con que podian derribarla los enemigos. Un dia cierto soldado gran puntero, que estaba de centinela, vió á un personaje á quien todos mostraban gran respeto, que estaba reconociendo, á su parecer sin peligro; y disparando el arcabuz, le derribó muerto; acertó éste á ser el señor de San Luc, general de la artillería de Francia, y por cuyo consejo se habia encaminado todo aquel sitio. Sin embargo, fué muy bien reñido el soldado, y fuera castigado si no se disculpava con decir que le pareció el francés persona por cuya muerte podian librarse del sitio. Derribóse en venganza el torreon, aunque no faltó donde alojar la centinela de allí adelante, á quien se dió la misma orden, y mucho más apretada.

Como el enemigo se vió del todo señor del foso, y quitados los impedimentos de los traveses y el agua, que por muchos dias les aguó casi toda la esperanza de cobrar la ciudad, comenzaron muy á su salvo á minar la punta del rebellin, deseando tomar pié en él, por parecerles que, aunque le tenian tomado ya en tres partes en la muralla, era muy peligroso tentar el asalto por ella, pudiéndole defender toda la gente en escuadron; fuera de que se persuadieron á que desde el principio estaba hecha la media luna que se hizo despues, donde tomando el rebellin, habiendo cortado con la artillería el paso al socorro, era sin duda perdida la ciudad; y engañáronse mucho en esto, porque si arremetieran por donde lo rehusaron tanto, á lo menos cuando dieron el asalto al rebellin, infaliblemente entraran la ciudad, porque ya no habia soldados aún para cubrir la muralla; que la peste y los demás males de la guerra habian consumido más de la mitad, fuera de más de seiscientos heridos que por este tiempo habia en el hospital y en sus casas.

Visto por Hernan Tello la facilidad con que los franceses podian entrarse en la tierra si lo intentaban, determinó hacer una media luna, que, partiendo de la plataforma grande en figura de medio círculo, venia á rematarse al cabo de la puerta Cerrada, toda ella con muy

buenos fosos y traveses. Y para impedir, entre tanto que se hacia, todo acometimiento repentino, hizo poner sobre la muralla unos rastrillos con puntas de hierro por corona de ella, aunque porque no los pudiese coger la artillería enemiga, no se pusieron derechos, sino echados, las puntas para á fuera, que salió mucho mejor. Acabada la media luna, que se perfeccionó en menos de tres dias, tal era el gusto con que se trabajaba para dificultar el asalto, visto que podia darse ya sin mas batería, echaron los nuestros sobre lo batido cantidad grande de árboles enteros, con sus ramas y hojas hacia fuera; defensa fácil y provechosísima para en tales casos; más era tal la continua batería que desde el alba hasta las oraciones hacia cuarenta y cinco piezas plantadas en diferentes camaradas, que todo lo desmenuzaban sin remedio. Vista por el Gobernador y por todos la conocida apretura en que se hallaban, despues de junto el consejo, se resolvio que se enviase al Archiduque el alférez Mesa, avisándole del estado en que se hallaban las cosas, y que entre tanto que Su Alteza se acercaba se hiciese una retirada, ocupando con la fortificación casi la media parte de la ciudad, tomando al rio por frente; cosa que fuera dar en que entender al enemigo otro tanto tiempo. Encomendóse esta obra al capitan Pedro Gallego, y pusiérase sin duda en perfeccion si no sobreviniera la muerte del gobernador Hernan Tello, que sucedió así:

Fué tan cruel la batería que el francés hizo á las torres de la ciudad, por donde se entraba al rebellín de Montrecourt, que no sólo estorbó con las ruinas el agua que dijimos, pero quitó la entrada al rebellín, porque el puente levadizo estaba hecho pedazos, y otros de ruedas que se habian hecho eran tan angostos, que no podia ir por ellos más de un hombre; fuera de que, despues de haber roto tambien muchas veces estos pontezuelos, una tarde comenzaron á batir tan fuertemente, que antes de la noche con las ruinas de ellas se acabó de imposibilitar la entrada del todo, salvo por un puentecillo largo y muy angosto, por donde entraban con gran peligro y trabajo las guardias, y solamente de noche; porque de dia era imposible, por ser los enemigos señores del foso y poderles tomar fácilmente de puntería con sus armas de fuego. Habia dentro del rebellín un pue-

to donde los nuestros defendian á los enemigos las bóvedas, que estaba en aquella sazon á cargo del capitán Pedro Gallego. Una mañana, á los 4 de Setiembre, estando el gobernador Hernan Tello en el rebellín, y queriendo comer un bocado que le traia un criado suyo, voló él enemigo un hornillo en las bóvedas, y tocándose arma, tomando su rodela y morrion fuerte, que siempre le traia un paje cerca de él, bajó á ver lo que era, y viendo no habia hecho efecto alguno, volvió á subir con intento de visitar otros puestos, como lo hacia por momentos todos los dias; y al pasar por el puenteclillo largo y angosto, aunque estaba cubierto con dos telas, á la forma y para el efecto que suelen ponerse las pavesadas en las navés, le cogió un arcabuzazo tirado acaso, por debajo del brazo derecho, de que quedó luego muerto sin hablar palabra; perdida la mayor que pudiera hacerse en aquella ocasion. Retiróse el cuerpo, y enterróse en la iglesia mayor con la solemnidad que permitía el tiempo y sentimiento universal, que se aumentó cuando, despues de abierto su testamento por el doctor Lucas Lopez y el capitán Francisco del Arco, sus albaceas, no se halló que testase de más que de cuatro mil ducados, mucha parte de los cuales tenia ya desde que era gobernador de Dorlan; tanta fué la modestia con que se gobernó en un suceso tan venturoso y en el saco de una ciudad tan rica. Pero quien tuvo mayor sentimiento fueron los pocos ciudadanos que quedaban, de quien se habia mostrado siempre padre y perpétuo defensor en las importunas demandas y voluntarios pleitos de sus huéspedes. Era Hernan Tello natural de la ciudad de Toro, hijo de Jerónimo Puertocarrero, uno de los hidalgos más calificados de aquella ciudad, y él por su persona digno de estima. Llególe la muerte á los cuarenta años de su edad, y en tiempo que podía justisimamente esperar muy grandes acrecentamientos en la milicia. Fué hombre de muy pequeña estatura, barbirubio, seco y enjuto, bien hablado, cortés y harto virtuoso para soldado. Tuvo dicha, si así puede decirse, en haber muerto antes de perder una ciudad que habia ganado con industria, valor y felicidad por ventura sin ejemplo, y defendidola con tolerancia y resolucion poco menos rara. No hicieron los soldados ningun género de mudanza en el semblante

por su muerte, puesto que la sintieron mucho; antes todas las naciones á una decian que no habia para que disimularla; que se le diese luego sucesor, que el menor de todos ellos bastaba para defender la ciudad. Y aunque los franceses estaban sobre la muralla procurando mejorarse, que era un ordinario y continuo asalto, los capitanes que se hallaron algo desocupados se juntaron para la eleccion en casa del muerto. Y llamando al doctor Lúcas Lopez, se le preguntó lo que sabia tocante á aquel punto de la voluntad de Hernan Tello, cuyo cuerpo estaba todavía en el propio aposento; y que pues le servia de secretario en el cifrar y descifrar las cartas del Archiduque, declarase tambien lo que sabia de lo voluntad de Su Alteza en aquella parte. No debia de haberse pensado en aquello; y así, no teniendo que decir el doctor Lúcas Lopez, se eligió sin largos contrastes por gobernador de la ciudad y gente de guerra, durante la voluntad y beneplácito de Su Alteza, á Jerónimo Carrafa, marqués de Montenegro, gobernador de la caballería, como á persona de calidad y experiencia, y teniendo consideracion á que en vida de Hernan Tello habia representado siempre la segunda persona, tanto en la presa como en la defensa de aquella ciudad. Aprobada pues la eleccion por los capitanes ausentes, comenzó tambien el Marqués á gobernar con la misma autoridad, y guardándole todos el mismo respeto y obediencia que habian guardado á Hernan Tello; cuatro dias antes de cuya muerte, es á saber, á los 30 de Agosto, amanecieron una mañana en las trincheras de los franceses muchas banderolas de caballos ligeros, y tras algunas pláticas que se tuvieron desde ellas con los enemigos, concluyeron con decir que su rey se habia encontrado con la caballería del campo español, y que la habia deshecho; de manera que no tenian más que confiar en el socorro. Sabíase ya que el Archiduque venia marchando, y aunque dió pena el ver las banderolas, nadie imaginó más sino que debian de ser algunos corredores del campo. Respodióseles que nunca ellos habian puesto la esperanza en la venida del socorro, sino, despues de Dios, en sus propias manos, y que acabasen ya de venirlas á menear de cerca con ellos; que era sobrada flema para franceses, y mengua suya grande, el tener aún por dar el primer asalto. Este no se difirió

mucho, como veremos, y la causa de la perdida [de las banderolas se dirá en el discurso de la jornada que hizo el Archiduque con el socorro.

Al primer aviso que el rey de Francia tuvo de que estaba junto en los contornos de Duay el campo español, parece que, suspendiendo algun tanto el apretar la tierra, contentándose con conservar y fortificar los puestos que tenia en la muralla, y con ir siempre minando el gran rebellin, volvió todo su ánimo á defender la entrada del socorro, fortificándose cada dia más en su alojamiento, y acomodando el puente de Lampres; de manera que á cualquier ruin suceso todo el mundo no le pudiese estorbar la retirada. Conocido este intento por Hernan Tello poco antes de su muerte, y continuado por el marqués de Montenegro y los capitanes, despacharon otra vez al teniente Jaime para que, entre otros advertimientos, dijese al Archiduque de la importancia que era para meter el socorro con felicidad el arrimarse por la parte de Caumont, y no por la de Lampre; la causa por que no se tomó este consejo apuntaré en su lugar. Llevaba tambien órden Jaime de suplicar á Su Alteza se llegase todo lo posible, cuando bien no conviniese para otras consideraciones mayores aventurar la batalla; pues con sólo el calor de aquel ejército, y con algun socorro de gente y municiones que colase por la una ó la otra parte del rio, se sustentarian. Pasó Jaime con felicidad, aunque sólo en esto la tuvo su jornada; porque, como veremos, se hizo todo differentemente.

Como por la dilacion y espacio que forzosamente habia de traer tan gran ejército se fué resfriando en el campo francés la nueva de la venida del socorro, volvió el Rey otra vez el ánimo á la expugnacion del rebellin de Montrecourt, y un dia, despues de haberle batido con treinta y cuatro piezas, desde el alba del dia hasta las cuatro de la tarde, y hecho volar á esta misma hora dos minas, mandó, tras aquel furioso estruendo, arremeter por dos partes á los ingleses y franceses. Estaban las baterias tales que podian subir por ellas carros cargados; y con todo eso, el capitán Francisco del Arco, á quien tocó aquel dia la guardia del rebellin, junto con Juan de Inestrosa, alférez

del maestre de campo don Alonso de Mendoza, y el sargento don Luis de Benavides con menos de cien soldados españoles, irlandeses y walones, rechazaron siete veces al enemigo, con muerte de más de trescientos hombres. De los nuestros (como para pelear era menester descubrirse) murieron veinte y siete, sin cerca de otros tantos heridos; tal, que apenas había cincuenta hombres que pudiesen pelear. El puente que de nuevo se había hecho, fuera de que por la batería de aquel dia estaba de todo punto imposibilitada de poderles meter por ella socorro, habían jugado los franceses tanto con tres cañones contra la entrada de la puerta, que del todo la tenía ciega y cubierta de tierra y piedras; y algunos soldados que, con todo eso, pudieron penetrar murieron de la furia y priesa de los cañonazos y mosquetazos que perpétuamente llovían hacia aquella parte desde el foso. Con todo eso, ya cerca de las oraciones pudieron pasar como topos por entre las ruinas hasta sesenta con el alférez Alonso García de Liévana, que lo era de la compañía de infantería que había dejado don Diego de Villalobos, á quien Su Alteza había hecho merced de la que vacó de lanzas por muerte de don Gomez de Buitron, don Lorenzo de Villavicencio y otras personas particulares; y en llegando esta gente, llevados de una generosa envidia y emulacion de los que habían defendido toda aquella tarde tan valerosamente el rebellín, no contentándose con echar á los franceses de la batería, salian muchos pasos tras ellos; uno destos fué don Diego de Benavides, hijo del señor de Javalquinto, mozo de menos de veinte años; el cual, habiendo rechazado á los franceses, se arrojó tras ellos, peleando hasta que murió; y tras él otros algunos que le quisieron socorrer. Era ya anochecido, y viendo los franceses los muchos soldados que les herian y mataban, y el poco fruto que sacaban en la empresa del rebellín, les pareció lance forzoso el retirarse dél, como lo hicieron, dejando á los sitiados tan ufanos, aunque lastimados con los muchos muertos y heridos, que mientras los que despues llegaron de refresco trataban de fortificarse y repararse con todo género de pertrechos defensivos, trajeron á la muralla los capitanes que estaban fuera del rebellín todos los violones, trompetas, menestriiles y otros instrumentos musi-

cos que habia en la ciudad, y les hicieron tocar mucho rato como en menoscrecio del enemigo, que los escuchaba; y en las pausas levantaban los soldados grandes gritos y voceria, burlándose de los franceses y llamándoles con grandes baldones al asalto; los cuales no quedaban tan inferiores en las palabras como aquel dia lo habian quedado en las obras; antes los amenazaban de degollarlos á todos dentro de pocos dias.

Con la llegada del almirante de Aragon á Bruselas, de vuelta de su jornada de Alemania y Polonia, que fué á los primeros de Julio, puesto que hasta allí no se habia perdido punto en aparejar todas las cosas necesarias para socorrer á los de Amiens, comenzó á caminar todo con más calor, por las nuevas que trajo de que venian marchando los regimientos de alemanes, y que don Alfonso Dávalos, con sus cuatro mil italianos, quedaba ya en el ducado de Luxembourg. Habia de ser el Almirante uno de los principales ministros deste socorro, como á quien habia hecho merced el Rey aquellos dias del cargo de general de la caballería ligera de los Estados; y así, comenzó cuidadosamente á encabalgarla y ponerla en orden. El cargo de la artillería, que vacó por muerte del conde Varas, le proveyó el Archiduque en el conde de Bosu, y el que tenia de cabo de las bandas de Flandes en el conde de Sora, su caballerizo mayor. Con toda esta diligencia, y con la que puso Su Alteza en buscar dineros, sin embargo del impedimento del decreto, no fué posible dar las órdenes para salir la gente de sus alojamientos hasta los 9 de Agosto, ni su persona pudo salir de Bruselas hasta los 22 del mismo. Hizose la plaza de armas en Arlu, aldea entre Duay y Cambray, y el primero que acudió fué Luis del Villar, con el tercio que habia sido de don Alonso de Mendoza; acudieron luego consecutivamente don Carlos Coloma y don Luis de Velasco con los suyos; tal, que para el dia que el Archiduque llegó á Duay estaba ya junto en aquellos contornos todo el ejército, que era harto lucido, pues, fuera de los tres regimientos nuevos de Eslegre, conde Via y conde de Soltz, habia tambien el del señor de Barbanson, que todos juntos pasaban de seis mil alemanes. Los italianos de don Alfonso pasaban de tres mil, y los walones, irlandeses

y borgoñones de siete mil, y los españoles faltaban poco para cuatro mil. La caballería ligera llegaba á dos mil caballos, y los hombres de armas ó bandas de Flandes á mil quinientos. Llegó el Archiduque á Duay á los 25 de Agosto, donde se platicó con varias opiniones el modo de socorrer á los sitiados, pareciéndoles á muchos que había todavía tiempo de tentar alguna diversion, sitiando á San Quintin ó á Perona; otros querian que se fuese al socorro con resolucion de pelear, y para facilitarle engrandecian el número y valor de nuestro ejército, y las muchas partes en que forzosamente habia de tener ocupado el francés el suyo, para guardarse á un mismo tiempo de dos enemigos. No faltó tampoco quien introdujese el medio destos extremos, como de ordinario sucede á los perplejos, linaje de consejeros inútiles, si ya más propiamonte no los llamamos perniciosísimos; aconsejaban éstos que se hiciesen todas las demostraciones necesarias para persuadir al francés á que se iba con resolucion de pelear, que con esto era sin duda que no aguardaría; como si fuese posible saber las resoluciones ajenas, ni accion de prudencia el librар en ellas el provecho propio; fuera de otro daño (muy ordinario y anexo á este género de consejos), que no haciendo el enemigo lo que se imaginó que haria, como sucede las más veces, es menester variar en la misma ocasion aceleradamente, y ya se ve cuán grave error es reservar para entonces lo que pide tan diferente espacio. Acordaban éstos los ejemplos de París y Roan y áun otros más recientes; un género de argumento, aunque harto usado, poco concluyente; pues siendo tan variadas de ordinario las circunstancias de los casos, raras veces se ajustan de manera que pueda servir en el presente lo que se hizo en el que alegan; puesto que, sabiéndola moderar y templar con prudencia, no se puede negar que no sea de gran provecho la memoria de los sucesos pasados. El no tomarse por entonces resolucion alguna mostró evidentemente que los más se habian conformado con el posterior consejo y el Archiduque tambien, no porque le faltase todo el valor heredado y natural que puede tener un príncipe, como antes y despues se vió en tantas ocasiones, sino porque deseaba hacer el

efecto sin aventurar los estados que tanta obligacion tenia de guardar; fuera de que, el perder la batalla y el socorrer á Amiens era fuerza que le dilatasen, aunque por varios caminos, el de su casamiento, procurado por él con tantas veras y deseado con tanta razon. A más desto, tenia ya en tan buen punto el general de San Francisco el tratado de las paces, que parecia, y áun era temeridad, echar el resto por cosa que, sucediendo ellas, habia de restituirse como todo lo demás. El Rey nuestro señor era cierto que deseaba morir en paz, y que su hijo reinase y su hija se casase sin guerra; y así, es comun opinion que sus secretas instrucciones se conformaban más con este parecer; en virtud del cual, cuando despues se trató de poner en ejecucion la jornada, y se oyó en Arras, por relacion del teniente Jaime, lo que convenia arrimarse por la parte de Caumont el rio arriba; ale-gando los sitiados, para estorbar este parecer, que las fortificaciones del enemigo no llegaban allí; que se podia socorrer la ciudad sin obligar al enemigo á la batalla, con sólo ganar el casar y puente de Caumont, y que con barcas el rio abajo ó por tierra de la otra parte díl, se podia meter el socorro de gente y municiones que se quisiese, no se arrostró á ello en manera alguna, por no mostrar al enemigo poco deseo de llegar á las manos, y porque la impresion de que había de ser esto por fuerza le hiciese pensar al rey de Francia lo mucho que aventuraba y caer en que podia serlo sin Amiens. Don Alonso de Mendoza y don Gaston Espínola, que eran los consejeros de quien el Archiduque más se fiaba, fueron, segun se dijo, autores deste parecer, afirmando, como si lo vieran, que no aguardaria el Rey en su alojamiento, y que lo mucho que había fortificado el puente y paso de Lampre mostraba bien lo qué había de hacer en viéndose con el ejér-cito español encima. Con todo esto, pareció conveniente, antes de empeñar un ejér-cito como aquel, que las cabezas por quien se gober-naba viesen por sus ojos la disposicion del campo enemigo, y que fuesen juntos los autores de entrabmos consejos para disputar sobre la obra y conferir las dificultades; deseando el Archiduque verlos vol-ver de acuerdo. Nombráronse don Gaston y Juan de Tejeda, con quien se ingirió tambien, por lo práctico del país y en la lengua, el

coronel La-Barlota. Pareció no llevar toda la caballería, ni tan poca, que pudiesen temer á solos los corredores del campo contrario; y así, fueron cuatrocientos caballos con el comisario general Juan de Contreras Gamarra. Llegaron á Dorlan á los 28 de Agosto, y tomando allí otros cien caballos de los que tenía en aquella guarnición el caballero Melsi, pasaron el dia siguiente la vuelta del campo enemigo. Tuvo el rey de Francia aviso de la venida desta gente por medio de sus espías; y deseoso de estorbarles su intento, repartió toda su caballería por las partes y avenidas por donde podían llegarse á reconocer los nuestros; y á pocas horas andadas del dia de los 29, los corredores de la tropa que el Rey había reservado para si descubrieron desde muy lejos (á causa de ser toda aquella tierra muy llana y con pocos bosques) á nuestra gente; la cual, en lugar de quedarse la mayor parte en emboscadas para en cualquier suceso, y de irse arrimando en poco número por ver sin ser vista, se venían con tanto desenfado como si dejaran dos mil caballos á las espaldas. Viéndose, pues, los reconocedores descubiertos, y que se tocaba arma por muchas partes, resolvieron el retirarse á Bapama, plaza del Artois, distante de Amiens nueve leguas, y dellos más de seis. Hízose esta retirada con malísima órden, respecto al afirmar los franceses que nunca pasaron de cien caballos los que los siguieron con el Rey en persona, hasta que, esparcidos y deshechos una vez, fué fácil cosa ir prendiendo y matando los menos diligentes ó los más atrevidos. Las cabezas, aunque por diferentes derrotas, llegaron primero á Bapama y después al campo, echando cada uno, como es costumbre en semejante casos, la culpa á su compañero, y todos en primer lugar al Comisario general; pues, como hombre tan práctico en la caballería, debiera reservarse algunas tropas de emboscadas, que si lo hiciera, fuera muy posible hacer aquel dia alguna buena suerte en la persona del mismo Rey, que la empeñó como pudiera cualquier teniente de caballos. Don Juan de Bracamonte y Juan Tomás Espina, capitanes de lanzas, insistieron mucho en que se hiciese rostro, aunque en vano; tal era el temor que llevaban algunos de perderse, y la aprehension de que venía tras ellos toda la caballería del campo francés. De muer-

tos faltaron solos siete; perdiéronse más de cien caballos y cosa de cincuenta personas con el capitán don Gerónimo de Monroy, al cual, habiendo hecho el Archiduque merced de la compañía de caballos que estaba vaca por muerte de Juan de Guzman, iba con esta gente por ver si se le ofrecía ocasión de meterse en la ciudad, como lo procuró; y las banderolas que dijimos se mostraron en las trincheras á los 30 de Agosto, fueron dese fracaço.

Llegó el Archiduque á Arras á los 4 de Setiembre, y partiendo á los 7 la vuelta de Dorlan, hizo plaza de armas en Avena le Conte, donde el conde de Mansfelt, maestre de campo general, ayudado de don Gaston Espinola y Gaspar Zapena, sus lugartenientes, puso toda la gente en batalla y ordenó los trozos del ejército en esta forma: el primer batallón se encomendó al maestre de campo don Luis de Velasco; el cual se componía de su tercio, de los regimientos de alemanes de los condes de Soltz y Via, y de tres regimientos de walones, que todos juntos pasaban de seis mil hombres. El segundo se dió al maestre de campo Luis del Villar con casi igual número de gente en su tercio, y de italianos de don Alfonso Dávalos, y regimiento de walones del conde de Busquoy y alemanes de Eslegré. El tercer batallón se encomendó al maestre de campo don Carlos Coloma, con mil trescientos españoles de su tercio, el regimiento de alemanes del señor de Barbanson, el de walones de La-Barlota, el de borgoñones del conde de Varas el mozo, y el de irlandeses del coronel Guillermo Estanley. Había en este trozo al rededor de otros seis mil infantes. Formóse, á más desta gente, un escuadron volante de dos mil hombres sacados de todos los tercios y naciones, y encomendóse á don Diego Pimentel. La caballería ligera, en el número ya dicho, iba á cargo de su general el almirante de Aragón, cuyo lugarteniente general era don Ambrosio Landriano, y Comisario general Juan de Contreras Gamarra; los hombres de armas llevaba el conde de Sora, como se ha dicho. Nació este dia diferencia sobre si en cada batallón había de llevar siempre el mejor lugar (esto es, al cuerno derecho) la infantería española, ó irse alternando en la forma que se alternaban los batallones entre sí; y pareció al Archiduque más puesto en razon el

ordenar, como lo hizo, que los españoles llevasen siempre el puesto más honrado, no menos por su conocido valor y disciplina que por evitar la confusión de haber de deshacer cada dia y volver á hacer la ordenanza de cada escuadron; y estó quedó establecido así para lo venidero.

Detúvose el ejército cuatro dias en Avena le Conte y abadía de Vervins antes de pasar el Auti, que no sirvió sino de gastar los bastimentos que se habían sacado de Arras; y pasándole al fin por una legua más abajo de Dorlan, á donde, habiendo ya sabido la muerte de Hernan Tello, dejó el Archiduque por gobernador á don Juan de Córdoba, proveyendo su compañía de lanzas de don Alvaro Osorio; al plantar los alojamientos se presentó la caballería francesa en unas colinas á tiro de cañon; la cual, escaramuzando con la nuestra, dejó lengua, en lugar de llevarla. Y si entonces se le cargara de veras al Rey, que iba en persona, por ventura se soldara la quiebra del pasado reconocimiento. El teniente Pedro de la Cámara y Manno, natural de Soso, en Zardeña, y soldado de mucho valor, prendió un capitán francés, de quien se supo el intento con que el enemigo estaba de pelear. Tardó dos dias en pasar todo el ejército el río, que, aunque pequeño, como se hubieron de hacer puentes para todo el carruaje y artillería, no fué poca diligencia.

La mañana de los 13 de Setiembre comenzó á marchar el ejército la vuelta de Amiens en la ordenanza ya dicha; llevaban la vanguardia toda la caballería ligera y hombres de armas; seguían el escuadron volante; tras él le cupo el primer puesto al batallón de Luis del Villar, en cuya frente marchaba el Archiduque con todas sus guardias de á caballo, el guion y toda la corte; el cuerpo de la batalla del escuadron en medio tocó á don Luis de Velasco con su batallón, y la retaguardia á don Carlos Coloma con el suyo. Iba el ejército abrigado por el costado derecho con el río Soma; el cual, tocando con sus aguas á San Quintin, Perona, Corbie, Amiens y Abevila, ciudades las mas nobles y fuertes de Picardía, desagua en el Océano, bañando los muros de San Valery. El costado izquierdo abrigaban los carros en hilera de tres en tres. Llevaba en su frente cada uno de los tres trozos cuatro

medios cañones, para que, emparejando los batallones al tiempo del pelear, hiciesen todos su efecto á un mismo tiempo. Llevábase sobre carros una puente de barchas de veinte y cinco brazas de largo, con intento de echarla en el río, para procurar meter el socorro por la parte de Francia, como la menos guardada, cuando no sucediese el retirarse el francés, como lo aseguraban los confiados.

No creyó el rey de Francia jamás que el Archiduque pasara el Auti, pareciéndole, considerado el estado de las cosas y en el que estaban ya los tratos de paz, que había de contentarse con mostrar sus fuerzas de lejos, sin aventurarse á un partido tan desigual en reino extraño, y dejando los estados sin otra defensa que tres mil infantes y quinientos caballos, con que don Alonso de Luna, gobernador de Liera, se procuraba encaminar en socorro de los de Rimbergue, ó por lo menos para animarlos á que se entretuviesen (puesto que pocos días después la rindió al conde Mauricio un capitán alemán que la gobernaba, como veremos); y así, no tenía en su campo toda la gente que pudiera; siendo costumbre de la nación francesa el cansarse de los trabajos y faenas ordinarias con facilidad, y volver con igual prontitud al menor rumor de batalla. Pero en viendo pasar la ribera al ejército español, cuidadoso de su propia salud, hizo extraordinarias diligencias para juntar sus fuerzas, sacando todas las guarniciones de las ciudades vecinas, y recogiendo las tropas desmandadas por su comodidad.

Arrimóse el Archiduque al río junto á Pequiñi, á donde había estado siempre, y estuvo hasta otro día el general de San Francisco, tratador de las paces; y caminando en la ordenanza dicha el ejército poco más de media legua, se presentó el Rey con toda su caballería, saliéndole al encuentro la del Archiduque; hubo una gallarda escaramuza, en que quedó en prisión, mal herido, Aníbal Macedonio, capitán de lanzas napolitanas. Entre tanto, marchando el campo español hasta San Salvador, que era el primer cuartel de franceses junto á la Soma, se dió orden al conde de Busquoy, para que con la mayor parte de sus walones echarse el puente en el río, y lo hizo, aunque con dificultad, por ocasión de un buen golpe de franceses que desde una

iglesia y torre fortificada de la otra parte del río intentaron el defenderlo. No era el designio del Archiduque pasar el ejército, sino divertir por allí al enemigo, con intento de emprender el paso de Lampre, distante, como se ha dicho, menos de media legua de la ciudad; y así, dejando al Conde en aquel puesto, pasó con el ejército adelante. Mostróse todo el campo español al francés y á la ciudad sobre una montañuela, á menos de tiro de cañón de las trincheras enemigas; y como nuestra gente se fué llegando casi hasta tiro de mosquete, comenzó el rey de Francia á dudar de sus cosas, y á conocer en su gente confusión y embarazo grande; tal, que, como se vió muy bien, mucha parte de su bagaje que estaba en su plaza de armas, comenzaba á marchar la vuelta de sus puentes con intento de ponerse en salvo; llegaba el ejército francés aquella tarde á diez y ocho mil infantes de todas naciones, á saber: franceses, esguízaros, ingleses, y dos mil holandeses que le habían llegado pocos días antes. La caballería pasaba de tres mil y quinientos caballos; mas, como la venida del Archiduque fué impensada y fuera de la comun opinión, así el resoluto marchar en tan gallarda muestra ocasionó en la gente del campo español extraordinario deseo de llegar á las manos, y en los franceses la confusión y desorden que suele causar un accidente no antevisto. Pareció sin duda que, si como el Archiduque por consejo de los menos no mandara hacer alto al ejército, y le dejara caminar otros quinientos pasos más, ganara, segun puede creerse, sin resistencia de consideracion, la mayor victoria que se ha ganado de la nacion francesa desde la prision del rey Francisco acá; porque ya comenzaban á palotear las picas de los esguízaros, y á poner esta y las demás naciones los ojos en las retiradas, y hasta la corneta blanca, que es lo mismo que el guion del Rey, trajeron aviso de que marchaban la vuelta del puente de Lampre los capitanes Juan de Sornoza y don Pedro de Borja, entretenidos. Sin embargo, dejando el mariscal de Biron bien guarneidas sus trincheras, atendia valerosamente á hacer jugar la artillería sobre nuestros escuadrones; con que comenzó á hacer algun daño. El Rey, acompañado del duque de Humena y de los príncipes de su corte, procuraba, aunque en vano, ir animando á su gente, y se iba disponiendo

á pelear por la vida y por el reino, cuando comenzaron él y los suyos á cobrar el perdido aliento con sólo ver hacer alto á nuestros escuadrones, venciendo al fin las persuasiones de los consejeros, más creidos por entonces á las nuevas que por vista de ojos enviaba el general de la caballería de la confusión en que se hallaba el campo francés con los capitanes entretenidos don Pedro Sarmiento, Diego Ortiz, Pedro de Ibarra y otros. Quedaban nuestros batallones sujetos demasiadamente á la artillería, porque en viendo hacer alto á nuestros escuadrones, comenzaron los artilleros á hacer su oficio, y las cabezas de las tropas francesas á cobrar ánimo para separarse del bagaje, que hasta allí había estado todo mezclado y confuso. Y así, el Archiduque, acercándose ya la noche, mandó que haciendo de la retaguardia vanguardia, se retirase el ejército á lo bajo de la montaña; con qu quedó cubierto de la artillería enemiga, igualándose los tres escuadrones y haciendo frente, y arrimándose el escuadron volante al río para ejecutar la órden que tenía de acometer á media noche la puente y fuerte de Lampre, á donde, en siendo de noche, entró el duque de Montpensier con buen golpe de ingleses y franceses; tampoco tuvo efecto esta resolución, aunque la procuraron esforzar los del consejo, y en particular don Diego Pimentel, á cuyo cargo, como se ha dicho, iba el escuadron volante; sea por la oscuridad de la noche (que lo acertó á ser mucho), sea por la relación que trajeron los reconocedores de las grandes fuerzas que allí habían acudido, ó por otra secreta causa, ó lo que yo más creo, porque, errado el primer consejo, era fuerza que lo fuesen todos los demás; si bien este segundo hubiera sido remedio del primero; porque, ganado Lampre, puesto sin defensa considerable para quien le acometiera con resolución, junto con el paso llano para meter el socorro, se ganaban todas las barcas de bastimentos que para el ejército francés se habían subido en muchos días de Abevila y San Valery el río arriba. Pasóse toda la noche con más quietud de la que se pudiera prometer entre dos ejércitos tan poderosos y tan cercanos; y poco antes del dia, perdida ya la segunda ocasión de acometer á Lampre, comenzaron los consejeros de esta retirada y el conde de Mansfelt y el maestre de campo Manuel de Vega y

otros á mostrar descubiertamente al Archiduque la imposibilidad de detenerse en aquel puesto, alegando la conocida y peligrosa falta de bastimentos, el peligro y dilacion que ofrecia el haberlos de traer de Arras, distante de allí catorce leguas, que no podian ayudarles ni ayudarse los sitiados con hacer salida de consideracion, siendo apenas bastantes para defender las baterías; y que los corredores del campo habian descubierto, como era la verdad, grandes tropas de á pie y de á caballo, que iban llegando de socorro al campo francés; con que, conforme á la gente que se juzgaba podia venir de los presidios vecinos y de las ciudades comarcanas, era cierto que llegaría el ejército francés al dia siguiente á treinta mil hombres. Alegaban que era ya tan imposible sacar al enemigo fuera de sus trincheras, como peligroso el acometerle en ellas; apercibido ya, y vuelta á las venas la sangre que con tanta causa se retiró el dia antes al corazon. Añadian haberse hallado las cosas muy diferentes de lo que antes se habian imaginado, y que era acto de gran prudencia acomodarse á la condicion de los tiempos y de las ocasiones; que hasta aquella hora se habia hecho todo lo posible por desalojar al francés ó sacarle á la batalla, y que no era ya bien aventurar más, con la persona de Su Alteza, un ejército de cuya salud pendia la conservacion de los Países- Bajos, por sólo el fruto de socorrer una plaza que, despues de socorrida con tanto riesgo, se habia de restituir, con todo lo demás, á cuya era, en las paces que ya se trataban. Resuelta pues la retirada, y aguardando como era justo, para hacerla el dia claro, haciendo otra vez de la retaguardia vanguardia, se mejoraron los escuadrones cosa de mil pasos sobre una colina, desde donde se despachó el bagaje al alojamiento, distante de allí una legua francesa. En retirar el puente hubo alguna dificultad, y sobre ello una gran escaramuza, con perdida de ambas partes; y al fin, por el valor del conde de Busquoy y de don Diego Pimentel, con el escuadron volante, se retiraron todas las barcas del puente al cuerpo del ejército; el cual hizo alto en aquella eminencia cosa de dos horas, saludando con su artillería á los franceses, que hacian otro tanto unos y otros sin daño respecto á la larga distancia, sin que se consiguiese el sacar á los franceses á la batalla, por más que

mejoraron sus escuadrones un tiro de arcabuz de sus trincheras. Salieron, con todo eso, su caballería, y escaramuzó con la nuestra sin ventaja. Eran ya dos horas después de mediodía cuando, viendo el Archiduque la resolución del rey de Francia, que no estaba puesto en aventurar á perder lo que forzosamente había de ganar estándose quedo, tomó la vuelta del alojamiento, y sabiendo en el camino que en ciertos villajes habían arcabuceado al general de San Francisco, con peligro grande de su vida, mandó á don Carlos Coloma, el cual traía la retaguardia, como á quien le tocaba la vanguardia aquel día, que los castigase con el más pronto y usado remedio en tales casos. Envío don Carlos á las dos compañías de arcabuceros de Antonio de Ribas y Mateo de Otáñez, que quemaron más de quinientas casas y en ellas muchos soldados nuestros entre los culpados, que lo eran también por haber dejado sus puestos para entrar á robar. Parecieron poco después los frailes sanos; con que por ventura se debió acordar el Archiduque de aquel emperador á quien le hizo prometer su confesor que no mandaría ejecutar alguna sentencia resoluta hasta haber tomado tiempo de pronunciar todo el alfabeto griego. Pero en la guerra raras veces pueden los rigores justificarse con los términos de los derechos, ni dejar de participar de su ira infinitos inocentes, ó por no poderse excusar, ó por otros fines públicos que siempre preceden á los particulares. Alojóse aquella noche Su Alteza en la abadía de Bertincourt, y otro día en Rubempré; de allí pasó el Auti por Orvilé, donde llegaron el sargento mayor Andrés Ortiz y el conde Federico Pachoto á avisar á Su Alteza cómo habían tomado tiempo de ocho días, dentro de los cuales, si les entraba socorro, tenían esperanza de defender la ciudad; mas que, con todo eso, suplicaban á Su Alteza los sitiados se sirviese de enviar con ellos dos personas para que, vistas las baterías y considerado el estado de las cosas, viesen si todavía era posible defender la ciudad, porque en tal caso lo harían hasta perder todos las vidas. Respondióseles que la mayor satisfacción que en aquello se podía tener, era la del singular valor con que habían peleado tantos meses; y que así, tomasen el mejor acuerdo que pudiesen, porque le parecía á Su Alteza que no podría volver tan presto á so-

correrlos. Y esta protestacion fué porque la noche que se retiró del campo mandó dejar el Archiduque una carta encomendada á un villa-  
no, que entró con ella, en que avisaba á los sitiados cómo se retiraba  
por la falta con que se hallaba de bastimentos, y que en proveyéndose  
de ellos, procuraría tornarlos á socorrer; ordenando que le avisasen  
del estado en que se hallaban, para enviarles conforme á esto la re-  
solucion.

Vueltos Ortiz y Pachoto con la respuesta del Archiduque, y cum-  
plido el plazo de los ocho dias, salió la guarnicion de Amiens á los 25  
de Setiembre, en número de seiscientos soldados sanos y al pie de  
ochocientos heridos; cosa que admiró al rey de Francia, y mucho más  
el ver despues cuáles estaban las baterías, y en particular la del re-  
bellin; pues sin ayuda alguna subió por ella madama Gabriela, du-  
quesa de Beaufort, dama del Rey, y otras muchas señoras que habian  
acudido á ver á sus maridos, en sabiendo que la guarnicion parla-  
mentaba. La salida fué con muy gran ostentacion, banderas tendidas  
y los demás requisitos de este género, y llevándose á los ojos del Rey  
hasta los más viles despojos de aquella su nobilísima ciudad, tras seis  
meses y medio de sitio, en medio, podemos decir, de su reino. Fué  
este sitio no inferior á alguno de cuantos celebran las historias, ex-  
pugnado y defendido con singular valor y perseverancia, y sin duda  
el más célebre de nuestros tiempos; puesto que los que se han deteni-  
do más, teniendo la mar abierta para recibir socorros, no pueden ser  
contados por de este género de parte de los defensores, cuya diferen-  
cia, comodidades y medios para su defensa es incomparable. Entran-  
do el Rey en Amiens, puso la primera piedra en el edificio de un  
castillo, y en la ciudad la guarnicion que le pareció por entonces que  
bastaba.

El Archiduque desde Orrevile, encaminándose á la ciudad de  
Arras, despachó al almirante de Aragon con el tercio de don Luis de  
Velasco y la tercera parte del ejército, artillería y los demás pertre-  
chos necesarios para sitiatar la villa de Montulin; no menos por no de-  
jar de tentar algo lo que quedaba del verano, que por quitar aquel  
padrastro al país de Artois, y en particular á la ciudad de San Omer,

y acabar de sojuzgar el país y territorio de Calés. Ganóse esta plaza sin mucha resistencia, y entre tanto se retiró el Archiduque á Arras, alojando en los búnghos lo restante del ejército y enviando buenas guarniciones á las villas de sus fronteras, especialmente á Dorlan, á donde se tenía por cierto había de acudir el rey de Francia con todas sus fuerzas en viéndose desocupado. El cual, por poder decir que no había aguardado otra cosa que entrar en Amiens para presentar la batalla al Archiduque, con todo su ejército en ordenanza y doce cañones, se arrimó un dia tanto á la ciudad de Arras, que tirando algunos tiros metió dos ó tres balas dentro de ella. Sípose otro dia después que estaba alojado en los contornos de Dorlan. Ganado Montulin y vuelto el Almirante con la resta del campo, se resolvió el Archiduque en ir á desalojar al Rey ó meter grueso presidio en Dorlan, y lo hubiera hecho á no haberle dado á Su Alteza una esquinencia que le puso en gran peligro de su vida. Cesó poco después del todo este cuidado con la nueva que se tuvo de que el rey de Francia había dejado aquellas fronteras y retirándose á París, á donde le esperaban con gran triunfo y regocijo.

Estando el Archiduque todavía indisposto, llegaron á Arras los diputados del condado de Flandes á representar á su alteza los continuos trabajos que padecían por tener el enemigo ocupada la villa de Ostende con dos mil infantes y cuatro compañías de caballos, que todos se sustentaban á costa de aquel país, siendo éste el menor daño respecto al conocido peligro que había de cruzar los caminos, quedando muchas veces en prisión los caminantes y sujetos á pagar grandes sumas de dineros por su libertad, y los campos sin poderse cultivar en manera alguna; ofrecían estos diputados grandes comodidades si Su Alteza emprendía aquel sitio, y en dinero doscientos mil escudos. Comenzaron á facilitar esta empresa algunos por complacer á los flamencos y dar gusto á Su Alteza, que mostraba desear mucho el quitarse aquella espina, que tan enconado tenía el brazo derecho de todos los estados, como absolutamente lo es el condado de Flandes; y así, en teniendo entera salud marchó el ejército á pasar la Liza por Harlebeque y por Menin y Cortray, en donde habiendo hecho don Luis

de Velasco dejacion de su tercio de infantería española, por tener licencia para España, le proveyó Su Alteza en el teniente de maestre de campo general Gaspar Zapena, y el oficio que él dejaba, en el sargento mayor Martín Lopez de Aybar, natural de Segorbe, en el reino de Valencia, cuya sargentía mayor del mismo tercio se dió al capitán Cristóbal de Aybar; la del de don Carlos Coloma á don Pedro Sarmiento, que hoy es maestre de campo del tercio de Nápoles, y la del de Luis del Villar al capitán Alonso de Ribera; dando Su Alteza compañías á Antonio de Zaballos, que de alférez era sargento mayor de don Carlos, y despues murió maestre de campo, y á Andrés Ortiz, que tambien, de alférez, lo era de Luis del Villar.

Llegado el Archiduque á Brujas, en cuyos contornos se alojó todo el ejército, fué personalmente acompañado de todo su consejo y bastante número de infantes y caballos, á reconocer á Ostende, tanto por la parte de Nioport como por la de Blancemberg, y en ambas hubo gallardas escaramuzas con la gente del presidio; sin embargo, se reconoció todo muy bien, hasta sus mismos fosos. Pero no teniendo los de Flandes aparejadas las cosas necesarias para el sitio con la prontitud que habian ofrecido; retirado su Alteza á Brujas, quiso saber de uno en uno los pareceres de los consejos y maestres de campo, entre los cuales, como es costumbre, hubo variedad de opiniones; decian unos que la reputacion sola de aquel ejército y la presencia de Su Alteza bastaba para atemorizar á los rebeldes; que los terraplenos de las murallas eran todo arenosos por la falta que habia allí de tierra, y que en batiéndolas se vendria luego al suelo con más facilidad de lo que se pensaba; que el tiempo del otoño (hallándose en la sazon más enjuta y que más bajas están las aguas) era el más acomodado para arrimarse con trincheras; que el canal era muy fácil de cegar barrando navios cargados de piedra sobre la barra; y finalmente, que no habia peligro en haber de invernar allí, teniendo los de Flandes aparejadas hasta barracas para los soldados y á punto los bastimentos necesarios para sustentar un año y más todo el ejército. Discurrian otros lo mucho que se habia de pensar antes de poner un sitio sobre tierra á quien no se podia quitar el socorro; que se cegase una vez

la entrada del canal, y que saliendo esto como se proponia, todo lo demás era fácil; mas que sin hacerse esto primero era temeridad ponerse á una empresa con tres enemigos tan poderosos como contrarios, como lo eran el rey de Francia, los estados rebeldes y la reina de Inglaterra; cada uno de los cuales era cierto que había de tener por causa propia la defensa de Ostende. Arrimóse el Archiduque finalmente á este parecer, guardando para otra ocasión el proseguir de veras el sitio, y remedando entre tanto las ordinarias corredurías del enemigo con hacer tres fuertes en lugares competentes, de que dará mejor razon el que emprendiere á escribir el sitio y presa de Ostende, el cual cae ya fuera de mi destajo.

Estando el Archiduque en Brujas tuvo nueva de que, habiendo salido don Alvaro Osorio con su compañía de lanzas, que alojaba en Landresi, á una arma que le tocó la guarnicion de Guisa, habian deshecho en cierta emboscada á mucha parte de su gente y muértole á él; cosa que causó general sentimiento, por ser don Alvaro un caballero muy principal y de honradas esperanzas. Su compañía se dió al capitán Pedro Gallego, y la que él dejó de arcabaceros, por estar medio deshecha despues de lo de Amiens, se repartió entre las demás. Tambien se fué por este tiempo con licencia á España don Francisco de Padilla, y su compañía de lanzas se dió al capitán Hernando de Salazar, y la suya de arcabuceros se repartió, como la otra, entre las demás de españoles; la de don Sancho de Luna, que había dias se había ido á España con licencia, se dió al sargento mayor don Pedro Ponce de Leon, y la del capitán Alonso de Mondragon se agregó á la del General, que se hallaba algo deshecha.

Partió Su Alteza tras esto para Bruselas hacia la fin de Noviembre, á donde mandó hacer la reformacion del tercio que había sido del marqués de Trevico, incluyéndole en el de don Alfonso Dávalos, que se alojó en Diste y otras villas de la campiña; el de Zapena en Malinas, el de don Carlos en Tornay y Sant-Aman, y el de Luis del Villar en Mabensa, Cambray, Condet y la abadía de Marchenes; hacia la fin del año murió de enfermedad el conde de Bosu, general de la artillería; y no habiéndose partido aún don Luis de Velasco, le hizo Su Al-

---

teza merced de aquel cargo, con satisfaccion universal de todo el ejército, que tenian á don Luis por tan gran soldado como principal caballero, y por tan capaz para el manejo de una parte tan importante en un ejército como para todo lo demás en que habia sido empleado, fuera de que los premios tan justificados alcanzan á todos los deseos y dignos de valer, sino con la utilidad, á lo menos con la esperanza, que satisface poco menos.

---

## LIBRO XI.

### Año de 1598.

Concluyese el casamiento del Archiduque con la serenísima infanta doña Isabel; condiciones con que se los entregan los Estados.—Progresos de los rebeldes durante el Socorro de Amiens.—Concluyense las paces de Verbi, y con qué condiciones.—Varios motines de la gente de guerra.—Vase á casar el Archiduque, y queda gobernando el cardenal Andrea de Austria.—Encárgase el almirante de Aragon del ejército; cuéntanse sus progresos hasta que se aloja en las tierras neutrales de allá del Rhin.

Hase alargado de suerte la narracion del año antecedente con ocasion del sitio de Amiens, que, por no dejar la de éste desproporcionada con las demás, he guardado para ella los sucesos de las armas holandesas, que, aprovechándose de nuestras ocupaciones, se ejercitaren en daño de las plazas que todavía posefamos de allá del Rhin y de la villa de Rimbergue y otras; obligacion precisa de quien escribe cosas universales, no extenderse menos en los adversos que en los prósperos sucesos; sin embargo, por dárle alegre entrada diré antes el regocijo que causó en Bruselas la nueva que llegó al principio de

este año, de que estaba concluido el casamiento del Archiduque con la serenísima infanta doña Isabel, y que se hacia donacion de los Paises-Bajos y condado de Borgoña para ellos y sus descendientes; cosa que alegró á las provincias católicas y las puso en esperanzas de alcanzar algun dia los frutos de una larga y segura paz. Con todo eso, aunque el contento era comun y los parabienes universales, no dejaban muchos de discurrir variamente, cada cual, como se acostumbra, segun su caudal y sus afectos. Decian, y en particular los soldados, que habian de empeorarse las cosas de la guerra si de España no se acudia, como hasta allí, con las provisiones necesarias para ella; lo que era de temer que faltaria algun tanto, hallándose exhausta de dinero y con obligacion de nuevos gastos, por el matrimonio concertado tambien entre el príncipe don Felipe y la serenísima archiduquesa Margarita, hija del archiduque Cárlos y de María, hermana del duque de Baviera. Desayudaba no poco la vejez del Rey, tan combatida de enfermedades, que no habian menester sus ministros menos tiempo para resolver las cosas (supuesto que, con todos sus achaques y excesivos dolores de la gota, habia de poner en ellas la última mano), que despues de resueltas, en llegarles á la ejecucion; y en ambas cosas inferian, ó que faltaria á las fuerzas militares con que se conservaba la parte de los estados que se poseia, la asistencia conveniente, ó que, habiendo de darla, venia á quedar la corona de España cargada de los mismos gastos y privada de una tan noble parte de su imperio; y los que menos bien sentian de esta donacion añadian ser extraña manera de liberalidad la que, no sólo daba lo que tanto vale, sino que se obligaba á conservarlo tan costosamente. Los enemigos de nuestra grandeza y en particular los holandeses, discurrían con mayor libertad sobre esta accion, y presumian ante todas cosas alcanzar los intentos más secretos del Rey, burlándose de que pudiese haber concebido esperanzas de traerlos por aquel camino á la obediencia, y de que los tuviese á ellos por tan fáciles á ser engañados, que le pareciese no habian de tener por sospechosa la añagaza de dar unas provincias tan nobles y unos estados tan ricos y poderosos á su hija y sobrino, cuyos nietos, á bien librar, no habian de vivir, decian, menos celosos de la

grandeza de España que los demás reyes y potentados, á quien es sospechosa y formidable. Alegaban en prueba de esto algunos ejemplos, presumiendo que en los príncipes no puede haber virtudes sino las que ellos llaman políticas, y que el agradecimiento y memoria de los beneficios no les son comunes con los demás hombres; y así, juzgando que contradecía á esto la donacion, desvelándose en descubrirle algun motivo más íntimo, no concurrian por ningun caso en que pudiese haberse consolado el Rey de perder para siempre una parte casi la menor de su monarquía; pero, como la sucesion en ningun matrimonio es infalible, por ventura pesado este riesgo dudoso y futuro con otras utilidades ciertas y presentes; hicieron resolver el ánimo del Rey, á quien debia de inclinar no poco lo que amaba á su hija, que no todas veces los príncipes anteponen la conveniencia del estado á la ejecucion de lo que vivamente deseán; pero ellos en aquella leve apariencia de seguridad querian que se hubiese fundado el resguardo de no enajenar del todo el gran estado.

Otros de menos malicioso, y al parecer más acertado discurso, hacian de más larga y delgada vista la prudencia del Rey, pareciéndoles que pudo poner los ojos en que, no dejando más que un hijo varon, tras cuya vida (sujeta, como la de los demás mortales, á los accidentes que nadie ignora) recafa en la Infanta la monarquía, era bien darle el marido que en tal caso escogiera, y no casándola ahora con otro príncipe, dejar sujeta la grandeza de su casa á tan posible desastre; y aunque fuese incurriendo en los inconvenientes apuntados, parecia justo prevenir este otro tanto mayor; siendo así que hay acciones en que es necesario escoger (como los médicos en las enfermedades implicadas) los remedios menos dañosos, pues del todo seguros no pude haberlos. Las provincias obedientes (como no les tocaba poner los ojos más que en su particular beneficio), recibiendo por la mayor parte sumo contento de haber de tener consigo á sus señores, esperaban tambien por su medio grandes medras en el bien público, y pareciales que, cesando en los rebeldes el odio contra el Rey, que mamaron en la leche del príncipe de Orange, y acordándose de haber oido encarecer á sus padres ó abuelos la felicidad de aquellos tiempos, en que los



gobernaban príncipes de su nacion, vendrian al fin á caer en la cuenta y apartarse de las demás pretensiones, con tal que se les dejase la conciencia en libertad, la cual, por medio de la comunicacion con los fieles, decian, era muy posible mejorarse. El tiempo despues mostró que ni los daños ni los provechos de esta notable accion llegaron á las esperanzas y los medios de ambas opiniones; siendo de ordinario diferentes los efectos que ofrece la práctica á los que presupone el discurso en la teórica. La falta de sucesion en aquellos príncipes, como atajó la total enagenacion de aquellos estados, cerró tambien la puerta á todos los inconvenientes tan justamente temidos, que con el tiempo á la verdad no fueran pocos; y el veneno de la herejía, arraigada ya en lo más vivo de las entrañas de las provincias, especialmente de las que, por haber permanecido tantos años en la corrupcion, llegaban á estar del todo sin esperanza de remedio, no pudo, como se pensó, ser curado con sólo las innumerables virtudes de aquellos príncipes; remedio á la verdad sólo bueno para enfermedades más fáciles y para gente de más sencillas intenciones, y así se lució en los súbditos obedientes, donde son infinitos los frutos que han gozado de la prudencia y amor con que han sido regidos; efecto que sin duda le antevió el Rey, y de él se prometió grandes mejoras en la satisfaccion de aquellos pueblos para en caso que hubiesen de volver á su dominio, pareciéndole que entre tanto nadie podia gobernar aquellos estados mejor ni restituirlos á la corona más mejorados; y si lo pensó así, á la verdad no se engañó, como lo ha mostrado el efecto. Algunos, demasiadamente sútiles, condenaban el dar á gustar los beneficios de tener consigo á su príncipe propio á unas provincias que despues habian de ser regidas por gobernadores; pero los inconvenientes tan apartados no deben oponerse á las conveniencias presentes; que, si á eso se hubiese de atender, ¿qué consejo podria parecer del todo bueno? Lo cierto es que generalmente todos aquellos estados rebeldes recibieron singular contento con esta nueva, los nobles principalmente, pareciéndoles que habian de ocupar grandes lugares y puestos con los nuevos príncipes, y que al fin se habia de gobernar todo por su mano; en que no se engañaran si conocieran la condicion del Archiduque

y supieran cuán delante de los ojos trajo siempre lo que convenia á la autoridad real mostrarse independiente, y á cuán gran peligro se pone de faltar á esta máxima tan importante el Príncipe en quien se conoce poca afición á los negocios; pues no es otra cosa el fiarlos de un privado teniendo él por otra parte capacidad para resolverlos de sí mismo. Y es digno de particular ponderacion el ver que haya querido Dios poner á la mayor grandeza tan gran pension como privarla de amigos del alma; siendo el mayor deleite de la vida humana y más conforme á la naturaleza. Mas la amistad de tantos quilates raras veces se halla sino entre iguales, y á los príncipes y reyes no les conviene tenerlos entre sus vasallos. Y últimamente, tambien aún hasta la gente comun y la hez de la plebe se regocijaba, como de ordinario sucede cuando se esperan grandes novedades, sin reparar ó advertir en si les han de ser de daño ó de provecho.

El Rey en tanto, sabiendo las mudanzas que había de haber en los Paises-Bajos, y lo que convenia ayudar á la breve y honrada conclusion de las paces con Francia, las cuales, como decia un antiguo, se han de tratar debajo del escudo, determinó tener en Flandes un nervio de infantería española con que asegurar todo lo demás; y así, al principio deste año despachó al maese de campo general don Sancho Martinez de Leiva con cuatro mil quinientos infantes en cuarenta compañías, sacados de la gente que traia en la armada real del mar Océano don Martin de Padilla, adelantado mayor de Castilla. Partió esta armada del Ferrol á 17 de Febrero, en número de cuarenta y dos bajeles entre urcas y filipotes, á cargo las cosas de la mar del general Martin de Bretendona, vizcaino, de los más famosos y atrevidos marineros de nuestros tiempos, y llegó á dar fondo en Calés á 26 del mismo, habiéndose detenido en el viaje sólo nueve dias, durante los cuales, por la fuerza de los nortes, no pudiendo tenerse al viento, dieron en la costa seis bajeles, sin que de ellos se perdiese otra cosa que los buques. Llegados ya á la vista de Calés, tomaron los holandeses una urca con doscientos hombres, soldados de las compañías de Francisco de Andrade y Alonso Sanchez, habiendo dado fondo entre Boloña y Calés para aguardar la marea. Otra nave, derrotada por ha-

bérsele roto el mástil mayor, no pudiendo seguir á las demás arribó á la Coruña con el capitan don Diego de Hiera. Llegada esta gente á Brabante, se repartió por los tercios, dando á cada uno cinco compañías, de quince que quedaron en pié, repartiendo despues por iguales partes toda la gente de las restantes; tal, que con este socorro se puso cada tercio de número de dos mil y trescientos hombres arriba.

Apenas se acabó de asegurar el conde Mauricio de que el Archiduque encaminaba sus fuerzas y su persona la vuelta de Francia con intento de socorrer á los sitiados de Amiens, cuando valiéndose, como otras veces, de nuestras ausencias, se puso en campaña con setenta compañías de infantería, que podian hacer el número de nueve mil infantes y veinte y dos estandartes de caballos. Traia resuelta ya desde Holanda la empresa de Rimbergue, para el cual partió del fuerte del Esquenck á los 7 de Agosto del año pasado, acompañado de los condes Guillermo, gobernador de Frisa, Holaco, Solms y Ernesto, Ludovico y Enrique de Nassao, y llevando consigo cuarenta piezas de artillería y al pié de trescientos bajeles, entre grandes y pequeños; aparejos á la verdad desproporcionados con las pocas fuerzas que en aquella sazon tenia el partido católico en el ducado de Gueldres. A los 8 del dicho, pareciéndole á propósito asegurarse de la villa y castillo de Alpen, lo hizo con sólo mostrarles á ciento cincuenta alemanes que la guardaban dos medios cañones; acuartelóse el dia siguiente sobre Rimbergue desta manera: en las dos partes oriental y occidental de la villa, pegado al río, se alojaron los condes Guillermo de Nassao y coronel Horacio Veer, en la una con tres mil infantes y cinco compañías de caballos, y en la otra, con otra tanta gente, los condes Holach y Solms. Mauricio con el conde Enrique, su hermano, con lo restante de su ejército, tomó puesto al pié de la colina, con las espaldas al bosque, en igual distancia de los dos cuarteles sobredichos. Habia dentro de la villa seis banderas de alemanes, gobernados ella y ellos por el capitan Suater, hombre de valor, y que, como tal, sin embargo de tener la gente medio amotinada, comenzó á detenderse valerosamente. Lo primero que hizo el enemigo fué cerrarse con

trincheras y reductos para estorbar el socorro, que sabia se estaba apercibiendo, aunque lentamente, á cargo de don Alonso de Luna y Carcamo, gobernador de Leira, y que iba acercándose al Mosa en número de cuatro mil infantes y trescientos caballos; poca gente para oponerse á las fuerzas rebeldes, juntada más para poner algun freno al enemigo, y poner meter de repente golpe de gente de ella en las plazas de más importancia, que pudiese acometer en Brabante, como Mastroque, Grave y Bolduque, y en Gueldres, Ruremunda y Benalo, todas sobre el Mosa, que no para llegar á las manos; y así, se tuvo por cierto que las instrucciones de don Alonso no se extendian á más que á esto, siendo fuerza muchas veces medirse más con la posibilidad que con la conveniencia; y no es menor primor de la prudencia saber no despreciar el poco caudal. Ocupó luego el enemigo la isla, que rodeó tambien de trincheras, y á las doce las comenzó á abrir por la parte oriental, que es el camino que viene de Orsoy, habiendo antes echado un puente sobre barcas para comunicarse por la diestra parte del Rhin y proveerse de forrajes. Batióse la villa á los 15 con veinte y cuatro piezas; y á los 19, alojados ya los enemigos en la muralla, viendo la batería hecha y que se aparejaba el asalto, se rindieron los de dentro con honestas condiciones, haciéndolos acompañar Mauricio hasta la villa de Gueldres, donde estaba lo restante de su regimiento, que era el viejo del conde de Via, cuyos oficiales les cerraron las puertas, medrosos de que, mezclándose con los demás soldados no les llevasen consigo á la sedicion, de que, como se ha dicho, habian dado ya bastantes muestras; mas aprovechó poco, porque, comunicándose con cartas y otras inteligencias, abrieron finalmente las puertas á sus compañeros, y juntos se amotinaron del todo, echando de la villa al conde Enrique de Bergas y á los demás oficiales y capitanes, como en semejantes desórdenes se acostumbra. Remediada algun tanto la batería de Rimbergue, y dejando por gobernador de la plaza al capitán Scaap, partió Mauricio con su campo la vuelta de Mœurs, cuyo gobernador, Andrés de Miranda, se hallaba dentro con trescientos infantes walones, de quien, por ser la plaza fuerte, se pudiera esperar larga defensa, á estar tan bien proveida de municio-

nes de guerra como fuera razon, especialmente de pólvora. No ignoraba esta falta Mauricio; y así, envió á decir al Gobernador que, sin embargo de la neutralidad de aquella plaza, la pensaba acometer; que le era lícito defenderse, mas que no ofendiese con conocida pertinacia á los pobres burgueses de aquella villa, que por fuerza habian de ser pasados á cuchillo por la furia de los soldados si se llegaba á dar el asalto; y que advirtiese que lo estaba él de muchas cosas que le faltaban para hacer larga resistencia. Respondióle Miranda que, habiéndosele encomendado aquella fuerza por el Rey, no podia dejar de defenderla hasta el postrer suspiro, en cumplimiento de sus obligaciones, y que presto echaria de ver en cuánto más estimaban él y sus soldados la honra que la vida. Eran todas palabras al viento, faltándole, si no el valor, los medios de emplearle y defenderse ofendiendo; y así, poniéndole el sitio Mauricio, se fué arrimando con trincheras sin que los sitiados dejases de hacer todo lo posible por defendérselo, y en una salida mataron al capitán Vadel, escocés, degollando casi toda su compañía, que tenia la vanguardia de ellas. Comenzóse á batir á los 3 de Setiembre, y antes de tener medianamente comodidad de ir al asalto, se rindió el Gobernador con las condiciones de Rimbergue, añadido el poder sacar consigo una pieza de artillería, que se lo concedió Mauricio en agradecimiento de la pólvora que le ahorró; y dándole el dia siguiente en rostro con su sobrada diligencia, le dijo al salir de la villa que advirtiese que se la dejaba sacar con tal que no le batiese con ella ninguna plaza. Respondióle Miranda que cuando entrase en aquélla vería la ocasión por que se le había rendido; y que aunque se había hallado en tomar á los Estados treinta y siete, esperaba en Dios que le daria vida para ayudar á ganar otras tantas. Y á la verdad, como lo testificaron los mismos enemigos, no hallaron dentro seis libras de pólvora; descuido grande, no sé si del gobernador de la provincia ó del de la plaza, pues en viendo á lo menos puesto sitio á Rimbergue, habia de prevenirse á esperarle él y vender cuanto tuviesen para comprar pólvora; que, si bien tales finezas suelen traer poco beneficio á la hacienda de quien las hace, difiriéndoseles la paga algunas veces más de lo justo, menos daño parece perder la

hacienda que aventurar la opinion. Fué poco despues procesado Miranda por este suceso, y tras larga detencion, dado por libre. Constó el haber hecho grandes diligencias para ser proveido de lo necesario, y el castigar á uno porque no gasta su hacienda en lo que no es de su expresa obligacion no está en las leyes del Código, aunque sí, á mi parecer, en las de buen vasallo de su rey; y esto mismo me acuerdo haberle dicho al propio gobernador Miranda cuando se defendia juridicamente, sin embargo de ser de una patria y amigos. Con la aprehension destas pérdidas desamparó la gente católica el fuerte de Modillana, sobre el Rhin; plaza que había levantado á su costa un cierto capitán italiano llamado Camilo Zaquino, natural de Modillana, en el Parmesano, de consentimiento del duque de Parma, y hecho desde él, en nueve años que se habitó, grandes presas y daño en tierras del enemigo, á cuya causa le hizo Mauricio desmantelar hasta los fundamentos. Hecho esto, pasó el enemigo adelante, y sin perder una hora de tiempo, atravesando el Rhin, puso su ejército sobre Grol á los 11 de Setiembre. Advertido del intento del enemigo el conde Herman de Bergas, gobernador de aquella provincia, y de que había pasado el Rhin, envió seis banderas de su regimiento á Grol, que, sobre cuatro que había á cargo del conde Juan de Limbourg, su teniente coronel, hacian el número de ochocientos infantes alemanes, gente resuelta en hacer el deber, y que si no le asfigiera la poca esperanza que se tenia de socorro, fuera muy posible dificultarles al enemigo aquella empresa más de lo que pensaba.

Es Grol plaza de cinco caballeros reales, con fosos de agua, aunque el terreno que la ciñe capaz de irsele arrimando con facilidad. Plantó Mauricio en pocos dias seis fuertes harto grandes, con que, y con reductos y trincherones, la rodeó toda para acabarle de quitar la esperanza del socorro, no sin que los sitiados hiciesen algunas salidas, y no poco daño en ellas al enemigo. Tuvo maña Mauricio de sangrarle los fosos y divertir el agua que entraba en ellos, que fué mal principio para su defensa; tras esto, por industria de Juan Bouvier, gran inventor de artificios de fuego, arrojó tantas balas y granadas dentro de la villa, que, prendiendo en diterentes lugares, abrasó buen nú-

mero de las casas, por la mayor parte pajizas. Esto fué á los 20, y continuándolo hasta los 25, quedó casi abrasada del todo. Cargaba todo este daño sobre los pobres habitantes, por estar los soldados continuamente en la muralla, dejando en abandono todo lo demás, como de menos importancia; mas presto les llegó tambien su trabajo, viendo que los holandeses, con siete galerías que venian echando al través del foso, llegaban ya al pie de la muralla, y que habiéndose apercibido cuatro baterías, jugaban desde ellas veinte y cuatro cañones y medios cañones; con que comenzaron á temer su última ruina. No hacian nada de esto los enemigos sin gran pérdida de gente, tanto por la diligencia con que los sitiados descargaban sus armas de fuego, como en diversas salidas que los alemanes hicieron con mucho valor. Mas viendo que el enemigo, quitados los traveses, minaba á gran furia la muralla, se resolvieron en parlamentear á los 27 del mes, y á los 28 salieron con sus banderas, armas y bagajes, en número de poco más de cuatrocientos, que fueron acompañados del enemigo hasta dejarlos de acá del Rhin. Hacia todos estos progresos Mauricio sin que nadie se le opusiese; porque ni don Alonso de Luna pasó jamás el Mosa, ni aunque lo pasara, podia el conde Herman juntar fuerzas bastantes á las del enemigo, el cual, valiéndose de aquella buena ocasion, se puso al 4.<sup>o</sup> de Octubre sobre Bredefort, una villetá con su ciudadela en el condado de Zutfen, tenida hasta allí por inexpugnable por estar en medio de unos pantanos, al parecer inaccesibles, con sólo el acceso de una calzada muy estrecha. Gobernaba el presidio de doscientos hombres el capitán Guardot, lorenés, con su compañía de liejes y otra de alemanes del señor de Anolt; y requeridos de rendirse respondieron que no pensasen que la habian de haber tan barata como á las demás plazas que acababan de ganar, y que estaban resueltos en morir ó defender aquellas paredes, guardando la fe que debian á su Rey. Fiábanse en la dificultad de arrimárseles, que á la verdad era grande; mas todo lo allanó la diligencia y cuidado de las cabezas del campo rebelde y el valor de sus soldados, especialmente de los marineros, que tomaron á su cargo el hacer las esplanadas de la artillería, llevarla por aquellos pasos pantanosos, y cubrirla de la arcabucería y

mosquetería católica, que mató de ellos en veces más de trescientos, y casi otro tanto número de soldados. Valióse Mauricio tambien aquí del artificio de sus galerías, por cuyo medio, atravesando los escoceses el pantano, y despues el foso, que era muy hondo, le echaron tres puentes por otras tantas baterías, que jugaron á las ocho con tanto ímpetu, que pudiera desmenuzar toda la villeta, á no ser la muralla de tierra sola, que es sin duda la mejor fortificación contra los cañones. Cargó el mayor contraste contra un rebellín de piedra, de que hacia la tarde, por haber hecho bastante escarpa, se apoderaron los escoceses. Cortaron lo perdido y fortificáronse aquella noche los católicos lo mejor que pudieron; y viéndose al fin á la mañana desconfiados de poderse defender, trataron de rendirse; mas entre tanto que se escribían las capitulaciones arremetieron los marineros, y tras ellos los soldados, y hallando á los nuestros casi sin defensa, se apoderaron de la villa, y poco despues de la ciudadela, por composicion; ardió tras esto la villa, no se sabe por qué causa, reduciéndose toda en ceniza. Costóle á Mauricio esta tierrezuela más que las tres villas juntas que acababa de ganar; y de rabia de esto, se cree que la pegaron fuego los soldados, ayudada de la poca ganancia, por ser el lugar pequeño y pobre. Púsose tras esto á los 18 sobre la villeta de Enschede, á donde con ciento y treinta soldados alemanes estaba de guarnicion el capitán Vazquez; y viéndose imposibilitado de defenderse por la flaqueza del lugar, le rindió el dia siguiente con honestas condiciones. Hizo poca más resistencia en Oldenceel, plaza flaca, aunque la principal del país de Tuent, en el Overisel, la guarnicion de cuatro banderas de alemanes, pues á pocos cañonazos tirados á las defensas, se rindieron á los 23 de Octubre. Lo mismo hicieron á los 25 y 26 las villetas de Oetmarsum y Goor, con que de todo punto se acabó de apoderar el enemigo de cuanto teníamos de allá del Rhin, salvo la villa de Linguen, que no tardó mucho en correr la misma fortuna que las demás, como veremos.

Era gobernador de lo que nos quedaba en la provincia de Frisia el conde Federico de Bergas, el cual desde Ninguen, en donde se hallaba, procuró animar, ya que no le era posible socorrer á las villetas

que tomó el enemigo, distribuyendo en ellas las fuerzas, que á tenerlas juntas consigo fuera muy posible dificultarle aquella empresa hasta la entrada del invierno. Y á mi parecer será siempre más sano consejo, cuando se está sin esperanza de socorro, asegurar bien la plaza más fuerte de una provincia, aunque se desampare todo lo demás, que no, por una falsa apariencia de guardar todo, no acabar de asegurar nada. De esta máxima es harto propio ejemplo el que tenemos entre manos; pues si el Conde juntara en Linguen dos mil infantes y trescientos caballos, como pudiera, no hay duda en que la defendiera, ayudado de su conocido valor y de su soldadesca, curtida en la guerra, y residuo de todas las fuerzas del coronel Verdugo; pero no dejan de tener gran dificultad este género de resoluciones, y occasionar perplejidad no fácil de vencer, pues acertar perdiendo es primor que no todos le entienden ni le admiten. No pudo esto hacerse despues; porque, como todos los rendidos de las plazas ganadas otorgaron el no poder servir al Rey en tres meses, de allá del Rhin y el Mosa vino á hallarse el Conde con cuatrocientos hombres escasos; débil presidio para guardar y defender la villa de Linguen y su castillo, el cual consta de cuatro caballeros reales, y la villa de otros cuatro, sin tres rebellines, que era forzoso defenderlos tambien. A los 26 de Octubre, desalojado Mauricio de junto á Oldenceel y pasando el rio, tomó los puestos sobre Linguen, último término y aledaño de los Países-Bajos. Es Linguen feudo del ducado de Gueldres, país de por sí con jurisdicción alta y baja, que consiste, fuera de la villa y su castillo, en algunos villajes. Entró en la corona real por confiscacion que hizo el emperador Carlos V, junto con el condado y señorío de Rede, al conde Conrado de Teclenbourg el año de 1546, por haber conspirado contra Su Majestad, junto con otros muchos príncipes de Alemania, en la liga que llaman de Escalmaut, y cuéntase dentro de los límites de la Frisia Oriental. El conde Federico, sin embargo de la poca gente con que se hallaba, asistido del teniente coronel Loucheman y de otras personas de valor, comenzó á fortificarse y á procurar ofender al enemigo con su artillería, que la tenía muy buena, y á inquietarle con salidas y armas continuas que le tocaba. Abrieron los

enemigos trincheras por tres partes; y á los 4 de Noviembre se habia ya arrimado por la zapa al rebellin que cubre la puerta llamada de Mulen, en donde descubrieron una mina que tenian hecha los nuestros, con que se alegraron mucho. Duróles poco, porque mientras procuraban retirar la pólvora, una guinalda de fuego alquitranado, de muchas que se arrojaban de la muralla, cayó tan buen tiempo sobre los que habian tomado aquello, á su cargo, que, pegándose fuego á la pólvora, se volaron y abrasaron más de doscientos herejes. A los 5 se apoderó Mauricio de otro rebellin que guarda la puerta de Leuque, por cuyo medio pudo sangrar gran parte del foso; sin embargo, la fuerza principal se hacia contra el castillo, que se batió á los 12 con veinte y cuatro cañones, y con su favor se arrojaron dos puentes sobre toneles, por donde pasando algunos minadores, comenzaron á zasar el pié de la muralla. El conde Federico, viéndose apretado por tantas partes, y que le faltaban ya medios humanos para defenderse, determinó rendir la plaza el dia siguiente con las mismas condiciones con que se habian rendido todas las demás. Con esto se acabó de perder todo cuanto el Rey poseia de allá del Rhin, con sentimiento de sus fieles vasallos, que, acordándose de lo que aquellas provincias habian costado de ganar y defender, y de los provechos que podian causar para la continuacion de la guerra, juzgaban por de tanta menos importancia las demás empresas que se habian intentado desde que se comenzó á fomentar la liga de Francia, cuanto es inferior el provecho de conservar las estados ajenos al de mantener los propios, sin que los que miraban las cosas sin pasion y por todas sus inspecciones quisiesen pasar en cuenta el pretexto de religion, pues por no dejar caer en manos de herejes las villas de Francia, se dejaban caer las de los Estados-Bajos en tan miserable y vil servidumbre como es la abominable secta de Calvinio, cuyos profesores, en apoderándose de ellas, profanaban los templos, quemaban las imágenes, y en odio de todo lo demás que podia mirar al culto de la sagrada religion que profesaron sus abuelos, con la misma resignacion que los nuestros, no se contentaban con menores sacrilegios y abominaciones que los que en semejantes casos pudieran hacer los más desapiadados turcos, irreconcilia-

bles enemigos del nombre cristiano. Con esto puso fin Mauricio á las empresas de aquel año, y se volvió á Holanda cargado despues de despojos y honores militares, que le adquirieron su valor, ayudado de nuestro descuido. Antes de desalojar de Linguen tuvo nueva de que los Estados le hacian gracia de aquella villa y su distrito para él y los suyos; con que volvió mucho más contento y animado á mayores empresas; que el premio es el verdadero estímulo de la virtud, hasta en los ánimos y corazones que la profesan.

Estaban por este tiempo vueltos los ánimos de todos á la conclusion de las paces con Francia, para cuyo buen efecto habia enviado el Papa por su legado *ad latere* al cardenal de Florencia Alejandro de Médicis, que despues murió papa, con nombre de Leon XI. Este, desde San Quintin, acompañado del obispo de Mántua, nuncio ordinario de Francia, enviaba con diversas demandas y respuestas al general de San Francisco, unas veces á París y otras á Bruselas; y como despues se supo, lo que dió principal materia á todas ellas fué la restitucion de las plazas; porque en el de la precedencia no se ofreció en esta ocasion dificultad alguna, por ser los diputados del Archiduque, y no del Rey inmediatamente. Ventilóse tambien sobre el lugar de la conferencia, y despues de haberse propuesto algunos en Picardía, isla de Francia y otras partes, pareció más á propósito para ello la villa de Verbi, que es una de las fronterizas del país de Champaña, no lejos de Felipe-Villa, donde concurrieron los diputados de ambas partes. Fueron los del Archiduque Juan de Richardot, presidente del consejo de Estado en los Paises Bajos; Juan Bautista de Tássis, comendador de los Santos, tambien del consejo de Estado, y Luis Verreyken, audiencier y primer secretario de Estado. Y los del rey de Francia, Pomponio de Beliebre, señor de Griñon, del consejo de Estado; Nicolo Brulart, señor de Silleri, del mismo consejo, y presidente en la corte de Parlamento. El Legado, el Nuncio y el general de San Francisco servian como de medianeros en las disputas que se ofrecian. Era muy grande el secreto con que se trataban los artículos de esta paz, despues de allanado el primer cabo de la restitucion de las plazas; puesto que no se hizo sin mucha dificultad, en que insistía vi-

vamente la reina de Inglaterra, deseando, ya que hubiese de hacerse (cosa en que jamás ella vino), tener más lejos á los españoles de lo que estaban en Calés. Al principio de las idas y venidas del general de San Francisco las instrucciones que llevaba no se extendían á más que á ofrecer la restitución de Amiens, perdida la cual, estuvo el Archiduque mucho tiempo firme en reservarse á Calés y Ardres; y (como dijo el mariscal de Biron en Bruselas á cierto ministro grave, cuando vino á la ratificación de las paces) si esta firmeza durara otros quince días más, hoy en dia tuviéramos á Calés por lo menos; pero debió de querer Dios quitar toda ocasión de disensiones, y encaminar una paz firme y durable entre estas dos coronas, como veremos que lo ha sido ésta. Allanado pues este inconveniente, que siempre se tuvo por el mayor, todos los demás cabos se fueron concluyendo sin dificultad notable; sólo lo que miraba el Duque de Saboya la ofreció algunos días tan grande, que muy poco antes de la total conclusión puso los negocios á pique de rompimiento, por no traer el marqués de Lulin, su embajador, órden de consentir en la restitución del marquesado de Saluzo; aunque los maliciosos y enemigos de la grandeza española lo atribuían á invención diciendo que había sido fingida aquella resistencia, llevando ya desde el principio resuelto los diputados de España el no apretar demasiado este punto, ni asistir en él de manera que dejases por este camino al Duque, desembarazados del todo del rey de Francia y libre de cuidados propios; medrosos de que al punto había de ingerirse en los ajenos, como hombre de pensamientos levantados y más aparejado á manejar la guerra que á sufrir la paz. Por otra parte, el rey de Francia, viendo lo que le importaba de más, y que seis plazas de las mejores de Picardia y Blabet, llave de Bretaña, no eran de poner en peligro, por lo que, á su parecer, podía cobrarse sin romper la guerra con España, se contentó con que quedase al Papa el oír las razones que alegaban ambas partes sobre la posesión del dicho marquesado, y el declarar en favor del que le pareciese que tenía más justicia, dentro del término de un año; con que, finalmente, se concluyeron estas famosas y deseadas paces. Diré la sustancia de los puntos más importantes de ellas, por excusar el

repartir por sus mismos términos y palabras una cosa tan sabida, y escrita por tantos.

Ratificáronse los capítulos de la paz entre el rey don Felipe II, de gloriosa memoria, y Enrique tambien Segundo, rey de Francia, hechos en Chateo Cambresi el año de 1559. Apretóse con estrechísimos vínculos todo amor, alianza y buena correspondencia, y olvido de cosas pasadas y fidelidad en las por venir; cosas harto mejor propuestas que ejecutadas, pues antes de mucho veremos las fuerzas que, estando divididas entre Francia y Holanda, parece que se podian vadear sin peligro (como un gran río, si se divirtiera su curso por varias corrientes), por estar unidas, y opuestas á los intentos del Rey, en unas provincias tan fuertes de suyo como lo son Holanda y Zelanda, dificultar más el buen suceso de una guerra sola, que antes entre ambas juntas. No se puede prevenir todo con la prudencia humana, en cuyas reglas no es el mayor yerro que puede cometerse presuponer en un rey tan grande fidelidad y cumplimiento de palabra inviolable; que, no sólo lo disculpan y encubren como defecto, pero fundan en ello tal vez la mayor prueba y estimacion de su prudencia, sin que haya faltado alguno que haya querido que sea la ciencia de la disimulacion y la del reinar toda una. Y si las confederaciones con herejes en daño de católicos se miden con sólo reglas políticas, y ellas pueden hacerlas licitas (lo que no afirmo), eran sin duda grandes las obligaciones que el rey de Francia tenia á los holandeses; y así, necesitaban de un reconocimiento tan aventajado, que, á más de la hacienda, se interesase tambien la reputacion; fuera del gran provecho que se le siguió al rey de Francia en dejar al Rey con los mismos gastos que antes, y tener el desaguadero para sacar de su reino la gente deseosa de menear las armas, que dentro d'él fuera imposible dejarle de inquietar de mil maneras, por ser abundantísimo de gente y no tener conquistas apartadas en que emplear la juventud, ni otra saca della que el trato y mercancía que ejercitan en las partes de levante y mediodía; empleo en que de ordinario se ocupa la gente más quieta y deseosa de vivir.

Era condicion tambien, que podian volver á sus patrias todos los

que hubiesen seguido la parte contraria, en que, así bien como en la restitucion de las plazas, fué muy mejorado el rey de Francia, dado que pueda llamarse mejoría volver á los estados propios aquellos que en sus mayores adversidades y peligros los trataron como ajenos, á trueque de encaminar su grandeza y acrecentamiento. Restituianse las plazas de una parte y otra; las que nosotros volvimos fueron: Cales, Ardres, Montulin, Dorlan, Chatelete y la Capela, todas estas en Picardía, y Blabet en Bretaña. Ellos, aunque no sin dificultad, dejaron el año siguiente un risco fortificado en el condado de Rosellon, llamado Opol. El deseo de llegar á la conclusion de las paces hizo que no se reparase en tan gran desigualdad. Pusieronse en libertad los prisioneros de guerra de ambas partes, sin otra obligacion que pagar las costas, y tambien los que andaban al remo en las galeras. Habia echado en las que residen en Marsella el duque de Guisa, dos años antes, á doscientos españoles que llevaba á su cargo á Italia el capitán Marcelo Cerdan, resolucion indigna de un príncipe hijo de sus padres, habiéndose fiado poco cautamente de la fe de los marseleses, donde los franceses que andaban en las nuestras eran solamente gente á quien se hizo gracia de las vidas, por haberse tomado en navíos de cosarios. Reservóse al Rey, á la serenísima infanta doña Isabel, su hija, y á su sucesores, todos los derechos y pretensiones que pretendian tener en algunas provincias de Francia, para seguirlo por via amigable y tela de juicio; como si los reinos ó señoríos tan grandes estuviesen sujetos á leyes del derecho, y no á las que dan las armas y el valor. Asentóse una forma de sobreseimiento con el duque de Saboya, á quien el no tomarse á pechos su comodidad ante todas cosas, sirvió á su parecer, y sirve hoy en dia, de la queja más relevante y bien fundada de cuantas tiene contra el Rey su cuñado; y esta sola (tanto somos más inclinados y fáciles á la venganza que al agradecimiento), olvidado de las honras y de los beneficios recibidos, bastó para ir en persona, no muchos meses despues, á meterse harto indignamente por las puertas del rey de Francia, y á procurar ganarle la voluntad con submisiones y ofrecimientos, no menos peligrosos para él que perjudiciales á la quietud de Italia y bien de la

cristiandad. Nombráronse, finalmente, por la una parte y por la otra los príncipes, repúblicas y poténtados que quisiesen ser comprendidos en la paz, que no fueron pocos, y firmóse á 2 de Mayo de 1598, con gusto tan universal, que se tuvo por cierto holgaron de ello hasta los rebeldes de Holanda, y su cabeza el conde Mauricio; pareciéndoles que podia favorecerles más debajo de mano el rey de Francia, como desembarazado de otras guerras y tan interesado en aquella; y lo mismo la reina de Inglaterra, á quien mientras duró la liga fué forzoso consumir en ambas partes lo que de allí adelante era cierto que habia de emplear en su favor de ellos; y hasta la facilidad con que podia ausentarse de sus banderas y estandartes la gente española, tomando el camino derecho por Francia, y lo que en España habian de descuidar y disminuir las provisiones de dinero, pareciéndoles á los ministros de la hacienda que faltaba el principal desaguadero, les daba ocasion de regocijarse y de fundar nuevas esperanzas de buenos sucesos.

Por llevar de hilo y consecutivo el trato de estas famosas paces, he dejado de tocar algunas cosas que sucedieron en los Países-Bajos anteriores á ellas: lo primero es, haberse amotinado á 2 de Enero la guarnicion española y otras naciones que guardaban la villa de Calés, aunque con tal repugnancia y resistencia de los buenos, que pudo el gobernador Juan de Ribas, asistido de los capitanes Francisco Vega de Mendoza y don Francisco de Castelví, del sargento mayor Gregorio Martínez de Lizama, y otras personas de cuenta (no sin muertos y heridos de ambas partes), hacerse fuerte en un pedazo de la villa, y despues rechazar á los insolentes. Paró pues el insulto en retirarse al castillo todos los que pretendian ser pagados, y quedar en la villa pacifico el Gobernador con los leales. Llegó allí pocos dias despues el maese de campo Juan de Tejeda, enviado por el Archiduque á componer y refrenar algun tanto aquella gente bestial, indigna del nombre de españoles, como lo hizo, señalándoles Ribas contribuciones de que viviesen, no sólo en su distrito, sino tambien en los condados de Flandes y Artois, con quien confina aquella plaza. Solos doce dias despues, llevados de este buen ejemplo, se amotinaron tambien los de la

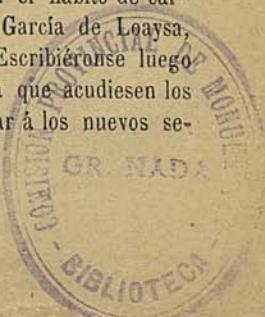
guarnicion de Ardres, que eran todos gente de naciones, salvo la compañia del gobernador Domingo de Villaverde, de españoles; al cual y á las banderas y gente de cabo echaron con gran insolencia y menosprecio. Intentaron lo mismo los de la esclusa, y con ayuda de algunas compañias de alemanes, walones é italianos de las nuevas, y parte de la de españoles del capitan Juan Ruiz de Mobellan, del tercio de don Carlos Coloma, pudo el gobernador Mateo Serrano deshacer el motin por entonces. La misma buena suerte tuvo Juan Ramirez de Arellano en el Saso, donde pudieron más él y los bien intencionados; dando ocasion á que en ambas partes fuesen castigadas las cabezas y autores de la sedicion con ejemplares castigos. Casi en los mismos dias se amotinó la guarnicion de Dorlan, echando de ella á su gobernador don Juan de Córdoba y á todos los oficiales y gente de vergüenza. Siguió la ciudadela de Cambray, y queriendo hacer lo mismo algunos sediciosos de las compañias de españoles que estaban en la villa, se les opusieron el gobernador don Alonso de Mendoza y los capitanes Tauste, Cimbron, Melchor de Esparza, Luis Bernardo Dávila, todos del tercio de don Carlos, con la gente particular de sus compañias; y haciendo lo mismo con los leales del castillo por otra parte don Juan de Salazar, teniente de don Alonso, y el sargento mayor Juanetin de Casanova, se reprimió el intento de los ruines, quedando don Juan herido de un mosquetazo, y amotinada solamente la ciudadela. Tambien hicieron lo mismo los de Chatelet, echando á su gobernador Antonio de Ávila con tanta priesa, que se quedaron los amotinados con toda su hacienda, y de la gente de cabo, capitanes y oficiales; y aunque despues se les restituyó, fué con gran perdida. Tal fué por aquellos tiempos la corruptela de aquella milicia ó la desesperacion en que la puso faltarles tanto tiempo sus pagas, que, si no disculpa, ocasiona semejantes males, y aun por ventura enflaquece la justificacion de castigarlos con todo el rigor que merecen. Dábale gran cuidado al Archiduque el verse con obligacion de haber de buscar forzosamente dinero para pagar tantos motines, y más despues que por la conclusion de las paces vió que era fuerza apresurar el pagamento

para cumplir dentro del termino estatuido; pero, sacando fuerzas de flaqueza, y valiéndose de las provisiones que habian de servir por muchos meses para el sustento de todo el ejército, se cumplió con los amotinados tan á tiempo, que se pudieron restituir aquellas plazas con las demás cuando y como estaba capitulado por el tratado de las paces, como se hizo, sin que se ofreciese dificultad alguna por esto. Híbola sobre las municiones de guerra, y artillería; y al fin se sacó todo, así lo que constó haberse hallado dentro de ellas cuando se ganaron, como lo que se había puesto de nuevo. Habia gastado Juan de Ribas muchos ducados del Rey en fortificar á Calés: y aunque se pidió relacion de estos gastos, no se salió con ello. No poco puede maravillar el ver que un príncipe restituya una plaza por cuyo medio puede asegurar todos sus estados ó parte de ellos, habiéndola ganado con sus fuerzas, y pudiéndola conservar á título del derecho de las armas, ó debajo de otro pretexto, por poco bien colorado que sea; y para tener á Calés no faltaran hartos, no menos justificados que los que Enrique II, rey de Francia, alegó para tomar, y se alegan hoy para poseer, á Mets de Lorena: es esta la primera regla de estado de los grandes príncipes, y á la verdad se hallan pocos tan escrupulosos, que se resuelvan en herir mortalmente á su estado propio por acomodar el de su vecino. Con la plaza de Calés (aunque, como las más cosas del mundo, harto inferior á su fama) se podian tener en alguna manera suspensos los ánimos del rey de Francia y la reina de Inglaterra, y aun no poco retenidos para no arrojarse á favorecer tan á banderas desplegadas á los rebeldes de Holanda, todo el tiempo que se estuviera en duda sobre á cuál de los dos se había de entregar; habiéndola, y muy grande, en la resolucion de á quién toca; en que no quiero meterme, por ser cosa muy ajena de mi profesion; lo que sé es, que en teniéndola el rey de Francia, dió el gobierno á monsieur de Vich, soldado de valor y experiencia, aunque tan poco plático en las cosas de la mar, que, conociendo al puesto del Risban por tan peligroso, como realmente lo era, deseando remediarlo, le puso de suerte que echó á perder casi del todo el puerto; daño, á lo que dicen, ya irremediable, por la facilidad con que las mareas arrojan

bancos de arena dentro dél, faltándole la resistencia que hacia la punta del dicho Risban. Pocas veces hubo artificio capaz de mejorar las obras de naturaleza; y siempre será tenido por temerario el que lo intentare, y más poniéndose á brazo partido con una bestia tan inexorable como la mar. Para hacer la restitucion de Blabet se envió al capitán don Juan Venegas; la cual se hizo á su tiempo, como las demás, despues de haberse sosegado y pagado el motin de aquella infantería española; á mucha parte de la cual, como enfermedad contagiosa, alcanzó la corruptela que á los que servian en los Países-Bajos, en donde parecia que de todo punto se había perdido, no sólo la vergüenza al mundo, sino tambien el amor y casi la fidelidad á su rey y señor; pues antes que pase el año veremos amotinada tambien la guarnicion del castillo de Amberes, propugnáculo y como defensa universal de todas aquellas provincias; y echando dél á su castellano don Agustín Mesía, en pago de la benignidad y amor con que los gobernaba y del cuidado con que procuraba que no les faltase el sustento ordinario. Mas ¿cuándo fué grato el vulgo á sus bienhechores, ni dejó de pagar con mayor ingratitud los mayores beneficios? El mismo dia de los 2 de Mayo, que fué en el que se publicaron las paces en Verbi, como se ha dicho, llegaron á Amiens los cuatro diputados del Archiduque, camino de París, á donde iban á hacerlas jurar y ratificar al rey de Francia, conforme estaba capitulado. Eran Carlos de Croy, duque de Ariscote, don Francisco de Mendoza, almirante de Aragon, Carlos de Ligne, conde de Arembergue, y don Luis de Velasco, general de la artillería, y poco despues se les juntó el presidente Richardson. Juró el rey de Francia las paces á los 22 de Junio en la iglesia de Nuestra Dama, que es la catedral de aquella corte, con asistencia de la mayor parte de los prelados y señores del reino, y universal regocijo y concurso de gente; tal, que no hubiera nadie que juzgara era aquella ciudad la que había padecido tantos trabajos y sustentado diez años continuos una cruelísima guerra. Hubo grandes fiestas y saraos, y en particular la víspera de san Juan; dia que se celebra en Francia con gran regocijo. Entre otras demostraciones de gusto que hizo aquel rey, estando para sentarse á una cena suntuosí-

sima, en que regalaba á los diputados, fué mandar hacer un grandísimo rímero y montón de todo género de armas y trofeos militares; y pegándoles fuego, ardió todo, con grandes aclamaciones del vulgo, que por esta demostración se persuadía á que, con la misma perpetuidad que en los papeles, se había estampado la paz en los corazones. Seguida pues la restitución de las plazas, que se supo á los postreros de Junio, se despidieron los diputados de París, llevando ellos, y dejando de sí universal satisfacción. Pocos días antes que saliesen de París los diputados de España, salieron los de Francia que habían de asistir en Bruselas al juramento del Archiduque; éstos eran los dos tratadores de las paces, Brulart y Beliebre, y el mariscal de Biron, á quien, en recompensa de sus servicios, le hizo su rey duque y par de Francia. Llegaron á Bruselas á los 23 de Julio, con gran acompañamiento, y fueron recibidos y tratados con todo decoro y grandeza. Fué el juramento á los 27 en la iglesia de Santa Gúdula, y su vuelta por Amberes y por Gante á los 6 de Agosto; dejando satisfacción de sí á Su Alteza y ministros, y llevándola ellos no menos de obras que de palabras. Era tenido Biron por el mayor soldado de Francia, y el tener él mismo esta opinión de sí, aunque no sin razon, que sin duda fué caballero de grandes partes y valor personal, dió ocasión á que sus enemigos (que nunca están sin ellos los hombres que se aventajan á los demás) le comenzasen á calumniar de que no había salido de Bruselas con tanta sencillez de corazón para con su rey como había entrado; atribuyéndolo, unos á la ambición, otros al interés, y los más advertidos á entrambas cosas. Los que tomaron á su cargo el escribir los sucesos posteriores á estos mis trabajos, no harán bien en olvidarse de la tragedia de este caballero; el cual, de las esperanzas de una gran fortuna, cayó al abismo de todas las miserias, perdiendo la cabeza á manos de un verdugo, y con el más desdichado título que pudo sucederle: tanto puede una ambición desordenada y tal peligro traer consigo el dar oídos á los enemigos de su señor natural; en que son tanto más prudentes las serpientes que algunos hombres, cuanto es más honrada y discreta una mujer que no escucha á quien la persuade, que la que, persuadida, se desfie.

Por Diciembre del año pasado despachó el Archiduque al secretario Juan de Frias con cartas para el Rey, llenas de las humildes gracias y reconocimientos que se debian á la grandeza del sujeto, pues era tal, que apenas quedaba lugar vacío que dar á la posesion de aquellas provincias, excediendo con tan conocidas ventajas la que se le ofrecía de la persona de la serenísima infanta doña Isabel. Efecto de la ida de Frias fué el apresurar la partida de don Sancho de Leiva con tan gran golpe de españoles, y el traer letras de un millon quinientos mil ducados, con que se acabaron de pagar los motines; y fuera de los ya dichos, se pagaron tambien los de Verta, en la Campiña, de solas naciones, y los de Gueldres, Guatendonck y Estral, donde habia solamente infantería alemana. Alcanzó tambien esta peste á Dunquerque, guarneida solamente de españoles, y entre ellos muchos soldados que no habia año entero que les habian pagado sus remates en otros motines y hasta en Dunquerque mismo, que no parecia sino que se habia hecho ya punto de honra el imitar á los más insolentes y el competir (como otras veces se solia en los actos de reputacion) ahora en los de desvergüenza y atrevimiento, y esto, no sólo en el pecado, sino en las circunstancias, pues las naciones tambien habian llegado á tener sus electos y consejos, y todos los demás ministros deste género, acostumbrados hasta allí sólo por los españoles. Llegó Juan de Frias á Bruselas, de vuelta de su viaje á España, á los 14 de Junio, con la entera confirmacion del casamiento entre el Archiduque y la señora Infanta, y con los despachos de la total renunciacion de aquellos estados en Sus Altezas. Traia tambien órden particular al Archiduque, de parte del Rey, para que, despues de haberse hecho jurar la obediencia de todas las provincias sujetas, pasase á España á efectuar el matrimonio. Con esto, y con haber dispensado el Papa con Su Alteza por el diaconato, y recibido el capelo que le envió con don Pedro de Toledo, uno de sus camareros, dejó, con el hábito de cardenal, el arzobispado de Toledo, que se dió á García de Loaysa, maestro del príncipe don Felipe, que hoy reina. Escribiéronse luego las cartas convocatorias á todas las provincias para que acudiesen los diputados dellas al juramento que habian de prestar á los nuevos se-



ñores, debajo de los pactos, cuya sustancia veremos luego, á lo menos de los que más hacen á nuestro propósito; y para que esto se hiciese con las seguridades necesarias, se dió órden á los tercios de españoles y á la demás gente que había estado alojada en los condados de Henao, Artois y Flandes, que se arrimasen todo lo posible á Bruselas, como lo hicieron, comenzando á marchar desde el principio de Julio. Temíase que para venir los estados generales en una tan gran mudanza, habian de pedir algunas de las cosas que el vulgo acostumbra intentar á sacar de quien desea entrarles complaciendo, y no faltó quien sospechase que llegarían algunos á pretender la salida de los extranjeros, sea por obligarles con fuerzas, que son solas las que sujetan á la plebe, ó por cumplir con una de las más trilladas reglas de estado, que es no pedir á la multitud con persuasiones lo que forzosamente conviene obtenerse, sin tener á las espaldas bastante aparejo, para, en caso de resistencia, hacérselo conceder con las armas; lo cierto es que se juntaron á los contornos de Bruselas pasados de quince mil infantes y dos mil caballos. Juntos pues los diputados en el gran salon bajo del palacio de Bruselas el dia de los 10 de Agosto se leyeron los capítulos y condiciones con que el Rey renunciaba á sus hijos los Estados-Bajos, causando siempre mayor admiración el ver que se consolase de desmembrar de su corona una joya de tanto valor y de establecer un estado cuyos poseedores descendientes, en dejando de ser amigos (siendo así que entre reyes y príncipes tan grandes son las ataduras que menos aprieta los vínculos de parentesco), podían ser ocasión de grandes daños á los demás reinos de la monarquía de España, y en particular á los de entradas indias, y de que no se le pasó por alto á su envejecida prudencia es bastante testimonio el octavo capítulo de las condiciones, en el cual se prohíbe todo trato, comercio ó comunicación con las Indias orientales y Occidentales, con pena, cuando menos, de ser privados en tal caso de la posesión de los Países-Bajos, si llegado á suceder el caso, pudiera servir de algo esta condición, sólo de algún fruto en contratos privados, cuya ejecución se apoya en la autoridad del príncipe soberano; pero quien no le tiene, las más veces observará sólo lo que le estu-

viere bien; que á la lisonja ó á la razon de estado no le faltarán razones con que cohonestarlo, y antes parece que por ventura esta cláusula despertó de manera los ánimos de los holandeses á meterse á la parte de aquellas innumerables riquezas, que, desengañados de hallar nuevos caminos para la India y China por sus mares septentrionales, en cuya busca, en tres viajes que hicieron los años de 95 y 96 y 97, llegaron en altura de ochenta y dos grados, á costas y provincias nunca vistas ni en algun tiempo habitadas, se resolvieron de seguir nuestras mismas derrotas, formando en Holanda compañías de hombres de negocios, y poniendo factorías en todo el Oriente, tratando á los portugueses allá, y en las Indias occidentales á los demás españoles, como á enemigos, robando, poblando y edificando fortalezas, con tanto mayor asistencia, despues de las treguas del año de 1607, cuando el no tener guerra con nadie les fué aumentando las fuerzas, y la ganancia el deseo de enriquecerse. Pide este atrevimiento eficacísimos remedios, y así es de creer que se le procuran con todas veras.

Era otro capitulo, que los hijos deste matrimonio no se habian de poder casar sin voluntad y consentimiento de quien en aquella sazon fuese rey de España. Bonísima prevencion, aunque incapaz de llegar á efecto no viviendo en los descendientes de los archiduques la uniformidad de voluntades para con España que en ellos; lo que era imposible, por mil consideraciones respecto á las desconfianzas de estado que muy de ordinario se levantan entre los grandes príncipes, hasta hermanos con hermanos y padres con hijos. Mas ¿qué prudencia hay en el mundo que baste á prevenir todos los inconvenientes que pueden suceder? En el primer caso, y en los hijos deste presente matrimonio, parecia algun tanto esperable por la reciente obligacion, y hasta ahí debió de extender el Rey la esperanza de ser obedecido; lo demás lo haría por si acaso pudiese ser en algun tiempo de provecho, ó lo que es más creible, por retener alguna especie de jurisdiccion que pudiese ser á lo menos memoria de tan gran dádiva, ó porque, hacer lo que no cuesta nada y puede dar algun beneficio, por pequeño que sea, siempre parecerá cordura.

Daba otro capítulo la regla que se habia de guardar sucediendo la muerte del uno de los dos sin sucesion, que era, caso que llamase Dios antes á la señora Infanta, quedar el Archiduque por gobernador de todos los estados en nombre del Rey, y si el Archiduque primero, dar por nula la donacion, y ofrecer á la señora Infanta el gobierno, toda la porcion de su legítima paterna y del dote de su madre. Pero el capítulo más digno de quien le hizo, es el que priva del dominio de los Paises-Bajos á cualquier señor ó señora dellos, descendiente de aquel matrimonio, que directa ó indirectamente se apartare de la obediencia de la Iglesia católica, apostólica, romana; y que á su entrada al gobierno y dominio de los dichos paises hayan de hacer juramento de vivir y morir en ella, por estas formales palabras, que sólo de los capítulos desta gran resolucion me ha parecido poner á la letra, para que se vea el celo y cristiandad de quien tal mandó. Dice pues la forma dól :

*Ego N. juro ad sancta Dei Evangelia, quod semper usque ad extreum ritue meae spiritum, sacrosanctam fidem catholicam, quam tenet, docet, et prædicat apostolica ecclesiarum mater, et magistra, constanter profitebor et fideliter, firmiterque eredam et veraciter tenebo, ac etiam a meis subditis teneri, doceri, et prædicari, quantum in me erit, curabo; sic me Deus adjuvet, et hoc sancta Dei Evangelia.*

De toda esta gran donacion no se reservó el Rey otra cosa que poner entre sus títulos el de duque de Borgoña, etc., y la superioridad y absoluta potestad de poder él y sus descendientes disponer de la órden del Tuson, como cabeza della. Supiéronse luego en Bruselas los discursos que, á más de los ya dichos, hacian los enemigos del Rey en Holanda, Inglaterra y Francia sobre este sujeto, y como unos y otros se prometian grandes felicidades, seguros de que les había de ser más fácil contrastar con los archiduques que con el Rey, cuya imposibilidad, decian, de hacer más la guerra á los de las islas le había obligado á tomar aquella resolucion, para que, habiéndose de perder lo que quedaba, se salvase á lo menos la reputacion del nombre español. Diferentemente discurrian los bien intencionados; siendo

tal la variedad de los conceptos humanos, que de una misma causa coligen diversos efectos, pareciéndoles que era entonces cuando se pensaba emprender de veras el domar á los rebeldes de las islas, pues se encomendaba á su señor natural, y no á capitanes generales, que, por bien afectos que fuesen, solian atender más al aumento de su propia reputacion que á la comodidad y bien comun de aquellos pueblos; el cual, con la blandura y amor con que se suelen tratar las cosas propias, trataria al mismo tiempo de ganar voluntades; cosa que era en la que hasta entonces se habia pensado menos, y de no perder con malos tratamientos las de los que supiese haber sido leales hasta entonces. No les faltó lugar en el discurrir á los politicos y profesores de reglas de estado, concluyendo que no lo acertaba el Rey en dar á probar á los Paises-Bajos el gusto y granjeria de tener consigo á sus señores naturales, por la cuesta arriba que se les habia de hacer cuando, por falta de sucesion ó por otros accidentes de fortuna, hubiesen de volver á ser otra vez gobernados por potentados ó grandes de España; que no es el menor trabajo á que están sujetos los reyes, el no poderse escapar de que se juzguen y censuren sus acciones con mayor rigor y libertad que las de personas particulares: algo les habia de costar el verse tan superiores á todos los demás de áca bajo.

Comenzó tras esto el Archiduque á tratar de su partida, que la fué dilatando hasta que llegó á Bruselas el cardenal Andrea de Austria, hijo del Archiduque Ferdinando, que habia de quedar, como quedó, en su lugar gobernando los Estados. Pocos dias antes de su partida recibió Su Alteza muy particular disgusto con la nueva que tuvo de que se habia amotinado la guarnicion del castillo de Amberes, y poco despues la de Liera. Constaba la guarnicion del dicho castillo de setecientos infantes españoles y las dos compañias de caballos de don Pedro Ponce de Leon y don Juan de Gamarra (ambos á dos ausentes), y toda esta gente junta, cerrando las puertas en los ojos á su castellano, que venia de Bruselas, añadieron á su culpa el abrirlas despues á más de otros cien soldados de grandes alcances, de á pie y de á caballo, que se resolvieron en meterse á la parte de tan gran

maldad, y entre ellos dos tenientes de caballos, los cuales por su vil interés perdieron, á más de la honra (pérdida inestimable), todo el curso de su fortuna y los acrecentamientos que por sus largos servicios no les podian faltar. No los nombro, aunque padiera, porque no quede esta mancha, á que se condenaron ellos solos en daño de los de sus linajes, supuesto que ambos eran hijosdalgo. A imitacion de los de Amberes, se amotinaron los del castillo de Gante, sin que unos ni otros pudiesen ser pagados hasta el principio del año siguiente, aunque anduvieron tan bien (si es que puede haber acierto en gente tan errada), que desde el primer dia cerraron la puerta á recibir más gente, que, como veremos, no les fué despues de poco provecho para ser tratados mejor que los de Amberes. Hasta en el obrar mal hay cosas que acrecientan ó disminuyen la culpa, ofendiendo muchas veces más las circunstancias que el propio pecado.

El almirante de Aragon, á cuyo cargo quedó el ejército más florido que vieron aquellos estados, pasó á él, despues de haberse despedido de Su Alteza en Namur, con grandes deseos de mostrar su natural valor y el de su soldadesca. Llegaba su caballería ligera á dos mil y quinientos caballos, y los españoles de los tercios á siete mil, tres mil italianos, dos mil borgoñones, mil irlandeses y cerca de ocho mil entre alemanes y walones; gente vieja y digna de ser ocupada en grandes empresas. Pasó el campo el Mosa por junto á Ruremunda al principio de Setiembre, y comenzó á encaminarse la vuelta de Orsoy, plaza del duque de Cleves, situada sobre la siniestra márgen del Rhin, dos leguas el río arriba de Rimbergue; y la primera noche que se pasó el Mosa, despachó el Almirante al conde Federico de Bergas, que servia el oficio de maese de campo general, con su regimiento de alemanes y dos mil walones con el coronel La-Barlota, y dos medios cañones, para que, limpiando el río de bajeles enemigos, levantasen un fuerte de la otra parte frontero de Orsoy; cosa que se hizo con felicidad, aunque no sin que fuese menester desalojar primero á cañonazos tres bajeles de armada, á cuyo cargo estaba guardar el río, que, dejándose llevar de la corriente, se retiraron á Rimbergue. Siguió tras el Conde el Almirante con todo su ejército hasta la abadía de Camp, y en un dia

que se detuvo allí á guardar los bastimentos que se traían de Venlo, hubo varios discursos sobre lo que se pensaba hacer aquel otoño, excluyendo luego todo género de sitio de tierras, visto que no se traía más artillería que cuatro medios cañones. Quitaba esto tambien la sospecha de que se pensaba pasar á Frisia á cobrar las villas de Grol y Linguen, y otras algunas de menor nombre, que había ganado el conde Mauricio mientras estuvo ocupado nuestro ejército en el socorro de Amiens, como dijimos arriba. Discurrian algunos que se debía de querer cobrar el castillo y villa de Moeurs, pues para aquello bastaba la poca artillería que se traía, aunque el ver que la Condesa conservaba aquella plaza neutral, y que en aquella ocasión se había enviado á ofrecer, quitaba tambien esta sospecha. Pararon estas dudas en juntar el Almirante su consejo y declarar las comisiones que le había dejado Su Alteza, que eran no empeñarse en sitios de tierras, asegurarse de ambas riberas del Rhin, tanto de esta parte como de aquella, y llegado el invierno, procurar alojar el ejército en país enemigo, particularmente en la Welva, ó más no poder, en tierras neutrales, con tales contribuciones, que viviesen los soldados sin que fuese necesario acudirles con sus pagas; visto que para poder Su Alteza hacer el viajo que emprendía tan á los ojos del mundo, le había de ser forzoso, y aun se creyó que tenía órden para ello, de valerse de mucha parte de las provisiones destinadas para el sustento de la gente de guerra. Fué ésta la última resolución que se tomó á la partida del Archiduque; y para en caso que no se pudiese pasar á país enemigo, para encaminar la última órden por el camino de la persuasión, cuando se pudiese excusar el de la fuerza, se le dieron por consejeros al Almirante dos personas practíquissimas en aquellos países, y que particularmente tenían amistad con los que gobernaban al duque de Cleves y con el Elector de Colonia, que fueron Bucho Haita, prepósito ó preboste de la iglesia de Gante, y Hernando Lopez de Villanueva, castellano del Carpe, los cuales con continuas cartas iban fomentando la negociación y persuadiendo por otra parte á los estados de Brabante y del condado de Flandes á que, conformándose la órden de Su Alteza con lo que ellos tanto deseaban, no habían de ver más alojadas banderas es-

pañolas en sus tierras, á quien Su Alteza de allí adelante pensaba tratar como propias; y fuera muy posible cumplirles la palabra, si con las fuerzas de tan lucido ejército se emprendieran de golpe las villas de Zutfen y Deventer, y tras ellas el paso del Isel, pues entrando en la Welva, hallara todo él bastante alojamiento á costa del enemigo, y dándole á sentir en su casa los frutos de la guerra. Venia especificado en la órden del Archiduque para el Almirante que se ocupase la villa de Orsoy, para con ella y con el fuerte que se había de hacer de la otra parte asegurar totalmente el paso del Rhin; advertíase que se hiciese sin tentar la vía de fuerza por no exasperar al duque de Cleves, cuya era, y con él, á los demás príncipes continentales; y así, se resolvió que, marchando el campo como para pasar el río, don Carlos Coloma, que llevaba la vanguardia, procurase con disimulación apoderarse de la puerta. Madrugó don Carlos mucho, con la compañía de arcabuceros de su tercio de Antonio Sarmiento de Losada, y algunas picas; y dejándolos emboscados muy cerca de la villa, pasaron él y don Alonso de Luna con sólo seis alféreces reformados á caballo y sus criados; y arrimándose á la puerta, que estaba ya abierta, á título de pedir algún refresco, ocuparon el cuerpo de guardia y entrada de ella, sin que diez ó doce burgueses que estaban de guardia se atreviesen á hacer resistencia, porque ya á este tiempo venia acercándose Sarmiento con su compañía, y por otra parte la torre de la villa señalaba la venida de todo el campo, que asomaba ya; hubo, con todo eso, alguna resistencia en la plaza, de que murió un soldado, sin otros dos heridos; pero en echándose un bando en lengua alemana, que, pena de la vida, todos los burgueses se retirasen á sus casas, lo hicieron sin otra réplica, animados tambien á ello por sus burgomaestres, á quienes se ofreció todo buen tratamiento y cortesía. Holgó mucho el Almirante de ver ocupada aquella villa con tan poco daño; y alojando en ella su persona y su corte, dió el gobierno al capitán Luis Bernardo Dávila, que alojó dentro su compañía; el ejército quedó alojado á tiro de mosquete con frente de banderas, salvo el tercio de Luis del Villar, que pasó de la otra parte del Rhin á ayudar á la fábrica del fuerte, junto con el de alemanes del conde Vía: todos á órden del con-

de Federico, que, como se ha dicho, servia el oficio de maese de campo general.

Obedeció luego al ejército católico todo el país de allá del Rhin: sólo el conde de Bruch, desde su castillo de este nombre, se atrevía á inquietar á los forrajeadores de aquella parte del campo, con cincuenta anivedres que tenía consigo; llaman así en aquella tierra á la gente que gana sueldo; mas amaneciendo un dia sobre él Luis del Villar con tres medios cañones, despues de una batería de seis horas, sin embargo de ser el castillo fuerte y estar rodeado de muy buenos fosos de agua, se rindió al conde Federico, salvando las vidas y las haciendas, contentándose de despedir los anivedres y admitir una compañía de españoles, como lo hizo, entrando dentro con la suya el capitán don Pedro de Aguayo. Era el conde de Bruch gran hereje, y añadiéndose á esto una continuada fama de que tenía innumerable riqueza dentro de su castillo, despertó el apetito á procurar quitar aquel embarazo y declarado enemigo de los ejércitos que solían pasar el Rhin la vuelta de Frisa; de cuyos despojos publicaban que se había ido enriqueciendo en el discurso de muchos años; dióse órden, segun se entendió, á don Pedro de Aguayo que le matase, pero de manera que se diese á su muerte alguna apariencia de casual, y él lo encomendó á tres alféreces reformados de su compañía y camaradas suyos, los cuales, sacándole con buenas palabras fuera del castillo, le mataron á puñaladas; y metiéndole en una casa pajiza, le pegaron fuego, donde entrando de repente en son de quererle apagar, se dejaron en ella al triste Conde ya muerto y volvieron publicando que, deseoso de salvar su hacienda, había perecido en medio de las llamas sin poderse retirar él, ni ellos darle socorro; sin embargo, lo entendió todo el ejército más como ello era que como se procuraba publicar, dando bastantes indicios el propio cuerpo, que, sin haberse podido acabar de quemar, mostraba los golpes y heridas que le apartaron del alma, y el haberse hallado despues su espada y sombrero en el foso; cosas que no hubiera arrojado de sí para ir á socorrer la casa pajiza. Indigna hazaña; porque, si sus culpas merecían castigo, ¿para qué tomarle rendido á buena guerra? Y ya que se determinaba de faltarle la fe, ¿por qué no

antes hacerle el proceso y condenarle por los graves y verdaderos delitos que se le acumulaban? Pero es al fin tan ciega la codicia como el amor, aunque vicio sin disputa más detestable, donde el otro, como más conforme á la naturaleza, parece que trae consigo alguna disculpa. Duró dos dias el sacar despojos del castillo y pasarlos el rio; mas fueron tanto menores que su fama, que no llegó á cuatro mil ducados todo lo que antes se contaba y encarecia por centenares de millares; desearse luego un pronto y ejemplar castigo de un caso tan feo, y el ver que no se dió ni se trató de dar satisfaccion á la viuda y á sus hijuelos, abrió imprudentemente las bocas á muchos para murmurarlo. Este es puntualmente el suceso de la muerte del conde de Bruch, en que he procurado seguir la verdad con la poca pasion que se puede haber notado de mí en el discurso de estas relaciones; asegurando á quien las leyere que causó esta accion no menos sentimiento en los españoles que en los alemanes mismos, no tanto por la muerte del Conde, que la tenia bien merecida (pues se averiguó que, debajo de haber hecho siempre profesion de neutral, murieron á manos de su gente y suyas cuantos españoles cayeron en ellas, sólo por ser jurado enemigo de católicos), como por la ocasion que se dió en ella á los herejes de Holanda para exagerar nuestra crujidad, y con el ejemplo de un caso tan atroz hacer creibles innumerables mentiras con que por escrito y de palabra han procurado y procuran desacreditar nuestro gobierno y hacernos odiosos á todas las naciones del mundo, con quien provechosamente contratan en ambos hemisferios.

Treinta y un dias estuvo el campo en aquel alojamiento, sin otra ocupacion que levantar el fuerte y fortificar la villa de Orsey; cosa que se pudiera hacer harto bien, por tener levantados más de estado y medio ó dos de alto algunos baluartes y cortinas de ladrillo, obra de un duque de Cleves, aunque otros dicen que de Martin Van-Rosem, famoso capitán de Gueldres, que, habiéndola ocupado más de ochenta años antes, trató de asegurarse de ella. Durante esta detencion, sabida la imposibilidad que tenia el enemigo en juntar ejército capaz de oponerse á los progresos del nuestro, propusieron don Luis de Velasco, los maestres de campo y los demás del consejo algunas empresas,

representando la mucha opinion que se perdia en dejar pasar el otoño sin hacer cosa digna de un poder tan grande. Entendíalo el Almirante así, mas obstaban las apretadas órdenes del Archiduque, el cual vedaba que no se tratase durante su ausencia de otra cosa que de conservar el ejército y de alojarle como se ha dicho; con todo eso, advirtiéndole el Almirante de la importancia que era dejar asegurado el paso del Rhin antes de empeñarse el Vaal ó el Isel; y á más no poder alojar el ejército en las tierras neutrales, y que esto se conseguiría bastante, teniendo la villa de Rimbergue, y con ella limpia la conducta de los bastimentos desde Colonia hasta el fuerte de Esquenck, resolvió en emprender aquel sitio antes que entrase en las primeras aguas del otoño, que aquel año acertó á ser sequísimo.

Partió don Luis de Velasco para Mastrique á los 2 de Octubre, á donde por el Mosa abajo se habían hecho bajar de Namur catorce cañones, y á los 9 estuvo de vuelta con ellos en el ejército. Fray Mateo de Aguirre, religioso de la orden de san Francisco (harto conocido en nuestros tiempos, no menos por su natural inclinación á grandes empresas, con que en gran manera excedía los límites de su profesion, que por el desdichado fin que tuvo en Berbería, donde fué muerto por los turcos de Argel mientras solicitaba contra ellos el favor y fuerzas del rey del Cuco), trajo con esta escolta la nueva de haber pasado á mejor vida el rey don Felipe II, nuestro señor, á los 13 de Setiembre, en el Escorial, al cabo de una larga y penosa enfermedad y después de haber vivido gloriosamente setenta y un años; cuyos encomios y alabanzas sobrepasan de suerte á mis pocas fuerzas, que me resuelvo en pasárlas en silencio, dejándolo á cargo de otros que con singular verdad y erudicion han escrito la vida deste famoso rey, digno de compararse con el mayor de cuantos han reinado en todo el felice tiempo del Evangelio, y áun antes dél, con Salomon, que en un tiempo fué tan grato á los ojos de Dios; á quien se aventajó en la verdadera sabiduría, que consiste en saber salvar el alma y perseverar hasta el fin en la obediencia y entero conocimiento de Dios, y en haber manejado las armas siempre en defensa de la Iglesia, aunque no

todas veces con felicidad, no sólo por sus capitanes, sino tambien por su persona.

Es Rimbergue una de las villas más cómodas para guardar el paso del Rhin, sin cuya voluntad pueden dificultosamente las barchas que bajaban de Colonia cargadas de vino, que son muchas y muy deseadas en Holanda; el lugar es pequeño, tiene un castillo que mira al rio con torreones á lo antiguo; el Rhin la asegura por la parte oriental, y por mucha parte de la occidental un pantano que hace cierto riachuelo, cuyas aguas sirven de sólo aquello y de meterse en el Rhin por el foso; hace el mismo rio una isla de cosa de tres mil pasos de circuito, en la cual, por ser el brazo que corre entre ella y la villa muy pequeño, tenian desde que el duque de Parma le dió una vista el año de 1586, despues de haber ganado á Grave, Venlo y Nus, levantando un fuerte de tierra y fagina, de quien por su sitio, y hacerle través la villa, se temió más resistencia que la que hizo. Habia entre ella y el fuerte al pie de mil y quinientos hombres, cantidad de bastimentos y municiones de guerra; cosa que, sobre estar el tiempo tan adelante, parece que daban ocasion de dudar de buen suceso; sin embargo, resuelta la empresa, marcharon á un mismo tiempo, el Almirante por la ribera siniestra del Rhin, y el conde Federico por la diestra con las fuerzas que tenia de aquella parte y sin dificultad de consideracion se plantó el sitio en esta forma: el conde Federico quedó con las naciones que tenia á su cargo de la otra parte, con orden de batir en ruina el fuerte de la isla con cuatro cañones; cuyo sitio tocó al tercio de Luis del Villar y al regimiento de La-Barlota, que de la parte de allá del Rhin pasaron á ella en barchas la noche de los 5 de Octubre, aunque ya la tenian ocupada los dos tercios de don Carlos y del coronel Estanley, que pasaron el menor brazo que corre entre la villa y el fuerte, la noche antes, con el agua á la rodilla; tanta era la falta que traia de ella el rio. Estos dos tercios, volviendo á salir de la isla, se alojaron teniendo el rio á la mano derecha, para encaminarse con trincheras hacia el rebellín que cubre la puerta que va á Orsøy; seguia por las praderías la corte con el tercio de Zapena y frente de banderas de casi toda la infantería de

naciones, hacia la puerta de Rees. Desde la otra parte del pantano hasta el río tomaron á su cargo don Alfonso Dávalos, maestre de campo de italianos, y el conde de Busquoy y monsieur de Archicourt, coroneles de walones, con orden de abrir tambien trincheras por aquella parte; y ordenáronse dos baterías, por aquí una, y otra por la parte de don Carlos; pasó don Luis de Velasco á la isla con otros tres cañones, y batiéndose el fuerte á los 9 del dicho, cuando se aparejaban los nuestros á dar el asalto, le desampararon los enemigos, dejando pegado fuego á las casas y retirándose á la villa. Habia dentro de la plaza, como se ha dicho, mil y quinientos hombres, que de dia y de noche tiraban á las trincheras; las cuales, con todo eso, caminaron en tres noches de manera, que á los 14 estaban ya desembocadas al foso, especialmente las de don Carlos, que era por donde pareció el puesto más acomodado para ir al asalto; habia alojado don Luis de Velasco en el puesto de Estanley tres piezas, con que se tiraba continuamente á las defensas, mientras se apercibia la batería por un ramal de trincheras que abria don Carlos entre el río y el rebellín de la puerta de Orsoy. No se sabe si destas piezas del coronel Estanley, ó de las que jugaban tambien contra la villa desde el fuerte de la isla, salió el propio dia de los 14 de Octubre un cañonazo tan venturoso, á cosa de las cuatro de la tarde, que, entrando por una ventana de un torreón del castillo, pegó fuego á la pólvora que estaba en él, en cantidad de más de quinientos quintales, la cual voló en un momento casi todo el castillo y muchas casas de la villa cercanas á él, con terrible ruido y humareda; cayeron muchas piedras más de tres credos despues del estruendo dentro de las trincheras de los españoles, algunas de peso de un quintal y más; y otras menores, que descalabraron algunos soldados; y lo que causó admiracion fué, que más de media hora despues los sombreros negros se ponian blancos, por causa de la tierra que les caia encima, y hasta las barcas que estaban en el río se pensaron perder por la gran comoción que hicieron sus aguas. Faltaron de los enemigos el Gobernador y su mujer é hijos, y más de quinientas personas entre soldados y gente de la tierra. Don Carlos Coloma, viendo desamparada la mu-

ralla de defensores, se alojó pegado al foso con las compañías de Antonio Pinto de Fonseca y Sarmiento, que estaba en la desembocadura, y los alfereces Diego de Losada y Juan de Careaga subieron por un diquecillo estrecho que había en él hasta la punta del rebellín, y con ellos Fray Mateo de Aguirre, que á grandes voces llamaba que arremetiesen los nuestros, asegurando que entrarían sin dificultad; estuvo don Carlos casi resuelto en arremeter, pero detúvole el haberlo de hacer sin orden; caso en que, no sólo se riñen y se castigan los malos sucesos, sino tambien los buenos; y consideró de otra parte que, habiendo dentro grandísima peste, por medio de los despojos enemigos, podía comunicarse al campo con los daños y peligros que se dejan considerar. Finalmente, casi á puesta de sol tocaron los enemigos en tres ó cuatro partes de la muralla para rendirse, como lo hicieron, sacando á la mañana su bagaje, armas y banderas; y entregando todos los presos y caballos que tenían del campo, salieron en el escuadrón hasta mil soldados sanos y algunos heridos en los carros que se les dieron para que los llevasen hasta Nimega. Ganado Rimbergue, se echó de ver que no había necesidad de tener más guarnición en Orsoy; y así, sacando la gente de guerra que allí había quedado, se metió en Rimbergue con la persona del capitán Luis Bernardo Dávila, á quien se dió el gobierno, añadiéndole cuatro banderas de alemanes del regimiento del conde Vía; y la compañía del capitán Luis Bernardo se dió á Gaspar de Valdés, que hoy es castellano d' Gante.

La primera tierra neutral que desta parte del Rhin se ofreció á recibir guarnición, por las persuasiones del preboste de Gante y Hernando Lopez de Villanueva, fué Burique, donde se metieron cuatrocientos hombres, inclusa la compañía del capitán Pedro de Aybar, á quien se dió el gobierno. Está Burique solamente el Rhin en medio de la ciudad de Vesel, escuela de la secta de Calvin, tanto como la Rochela en Francia ó Ginebra en Saboya; la cual, aunque del ducado de Cleves, había muchos años que, habiéndose apartado de la obediencia de aquel duque, vivía solamente sujeta á las leyes de su gusto. Esta, temerosa de nuestras fuerzas con ocasión de lo que se acercaba la gente católica, por medio de los trujamanes ya dichos y de don Alon-

so de Luna, gobernador de Liera, rescató la vejacion del presidio con cincuenta mil ducados, y para obligar á ello ofreció al Almirante de recibir el uso de la misa, sacerdotes, y no sólo á los demás religiosos á quien tenian desterrados muchos años habia, pero tambien á los Padres de la Compañía de Jesus, capitales enemigos suyos; como de hecho entraron todos, con no pequeño frato de los que ignoraban el engaño; visto que el intento de los calvinistas, como despues se vió, no fué otro que impedir el alojamiento que ya de atrás estaba destinado para la infantería española, temiendo que, metido una vez el pió la gente católica, ó no le sacarian jamás, ó á su salida entregarian la ciudad á cuya era; mas todo lo allanó el dinero como suele, y no fué mucho en esta ocasion, por la gran falta que habia de él y por lo que era necesario para fabricar un puente en el Rhin, sin el cual ha sido tenida siempre por temeridad el pasarle un ejército. Pasóle, con todo eso, el nuestro esta vez en barcas á los 23 de Octubre, habiendo salido infructuoso uno de lienzo que habia trazado cierto ingeniero, aunque bastante artificioso para pasar ríos ordinarios y algun número moderado de gente de á pie: él era de dos gruesas telas de cañamazo fortalecidas con cinchas, y por los cantes unos varales ó listones de madera harto firmes que se encajaban en los bordes de ciertas barquillas, como cubiletes; seis de las cuales, con todo su aparejo, no era sobrada carga para un carro de cuatro caballos; tal, que cuatro carros solos traian un puente para pasar el Rhin; por el cual, gente de á pie pasaba con tanta facilidad, que apenas hubo otra comunicacion de la una parte del campo con la otra, lo que se estuvo junto á Orsoy, que por este puente; mas, aunque el ofrecimiento de quien le hizo llegó á que podria pasar la gente por él en hilera de cinco en cinco, mostró la experiencia despues que para ir uno era menester tantear bien la mitad del puente; porque, cargando más á una parte que á otra, era conocido el peligro de caer; fuera de que, luego se rozaba el lienzo y era menester andar echando remiendos, y las barcas se henchian de agua, y una sola que se desbaratase hacia inútiles á todas las demás; traza al fin de las que suelen hacerse para sacar dineros, y que, aunque en manera alguna exceden de los lími-

tes de la teórica, cuando se proponen á un general de ejército no se puede dejar de experimentarlas; siendo de mucho menos inconveniente que salgan infructuosas, que no el poder tal vez ser de provecho y no valerse dellas.

Parecióle ya tiempo al Almirante de ir procurando alojamientos en las tierras neutrales; y así, pasado el río, se arrimó á la villa de Rees, tambien del duque de Cleves, distante seis leguas de Vesel, el Rhin abajo; la cual, en viendo que se le aparejaba la batería, se resolvió en admitir guarnicion, como se le puso de ochocientos hombres de todas naciones, y por gobernador al mismo Pedro de Ayvar, que poco antes había quedado en Burique, dejado allí por cabo un capitan walón del regimiento de Archicourt. Tres leguas más abajo de Rees está Emerique, del mismo duque; ciudad muy noble y casi tan grande como Vesel, la cual, como católica que es, envió á ofrecerse al Almirante, deseosa de estorbar el admitir la guarnicion por cortesía, mas no le aprovechó, como tampoco el rehusarlo despues á la descubierta, pues en viendo plantada la batería, hubo de pasar por donde las demás, y rendirse; metiéronse allí al pie de mil quinientos hombres de guarnicion de todas naciones, y por gobernador al conde de Busquoy.

Deseaba el Almirante, viendo tan arrinconado al enemigo, acorralarle del todo, y para esto puso los ojos en dos puestos, ambos del ducado de Gueldres, en igual distancia de tres leguas de Emerique, aunque designuales en importancia: el primero era Disburque, situado sobre la siniestra ribera del Isel, que tenía, como se ha dicho, el Almirante apretadas y secretas órdenes de pasar á cualquier precio que fuese; con lo cual, alojando el ejército en la Nelva, país enemigo y muy fértil, lo entretenía á costa de los rebeldes y metía la guerra en Holanda, particularmente en el país de Utrecht; con que siguiera sin duda la reducción desta ciudad, y tras ellas, otras muchas, por fuerza ó por amor; la otra era Duetecom, plaza de ninguna importancia para la suma de las cosas. Nuestras fuerzas á la verdad eran grandes en aquella ocasión, y las del enemigo bien débiles; con todo eso, sabiendo que el conde Mauricio estaba alojado de la otra parte del Isel,

frontero de Disburque, con seis mil intantes y mil quinientos caballos, y que tenia puente sobre el rio por donde socorrer la villa, se resolvió al fin el Almirante en acometer á Duetecom. Pareció por ventura poca parte del otoño la que quedaba para emplearse en plaza que podian defendérsela con tanta gente. Está Duetecom rodeada de muy grandes bosques y metida en unos lugares pantanosos, donde, si sobrevienian las aguas, habia de ser forzoso dejar el sitio, con gran mengua de reputacion; acuartelóse el ejército sobre ella á los 2 de Noviembre, y acometióse por dos partes; la una por junto al Isel viejo tocó á los españoles, y en particular al tercio de don Carlos; la otra por lo más enjuto se encargó á los walones é italianos. Habia dentro al pie de mil hombres, gente vieja y que sabia defender su capa; con todo eso, despues de haber aguardado la bateria de algunas horas, que se hizo á los 9 del dicho, mientras los españoles se apercibian para el asalto tocaron á parlamentear. Entregaron la villa el dia siguiente, que fué el de los 10; murieron de los nuestros al pie de cien hombres, y casi doblado número de heridos, entre los cuales lo quedaron don Pedro Sarmiento, sargento mayor de don Carlos, y Gerónimo Cimbron, capitán del mismo tercio. Dió el Almirante el gobierno de aquella plaza al capitán Iñigo de Otaola, del tercio de Luis del Villar, con guarnicion de seiscientos hombres de todas naciones.

Parecieron á algunos del consejo que quedaba todavía tiempo de acometer á Disburque, y conforme á la relacion que se tenia de su sitio, que no era imposible romper el puente con la artillería, y por este camino impedir el socorro; mas mientras, resuelto el Almirante en tentar esto, se guardaban bastimentos y las municiones necesarias de Emerique, comenzaron á cargar de suerte las aguas, que se halló el ejército forzado á levantarse de aquel puesto y buscar lugar enjuto, como lo hizo á 19 de Noviembre, habiendo seis días antes ganado don Luis de Velasco el castillo de Escolemborug, despues de haberle batido todo el dia con tres piezas. Era aquel castillo de gran importancia para la conservacion de Duetecom; y así, pareció no apartarse de allí sin tomarle. En esta faccion estropearon del brazo derecho al

capitan don Jerónimo Agustín, del tercio de don Carlos, que hoy es maestre de campo del que reside en la armada del mar Océano. Dióse la superintendencia de este castillo al gobernador Iñigo de Otaola, el cual metió en él cien walones con un capitán del regimiento del conde de Busquoy.

A los 20 llegó al campo el conde Vía con cartas del cardenal Andrea, en que mandaba que en todo caso pasase el ejército el Isel y se alojase en el país de la Welva; pareció á todos justo el obedecer; mas, llegado á discurrir el modo de la ejecucion, se hallaron tantas dificultades, que en ninguna manera pareció posible; la menor de ellas era el estar el enemigo al opósito ya con ocho mil hombres, pues llegando nuestro ejército á diez y ocho ó veinte mil, decian algunos que podía tentarse el paso por dos partes y ejecutarle por una; pero lo que la ofreció mayor, fuera de las grandes lluvias que comenzaron á caer desde el propio dia que se rindió Duetecom, fué el no haber hecho provision de barcas, y sobre todo el no estar comenzado aún el puente en el Rhin, que se había de hacer en Rees, sin el cual era, no sólo temeridad pasar otro río más, metiéndose en las entrañas del enemigo, pero totalmente contra las órdenes del Archiduque; el cual, como se ha dicho, ninguna cosa deseaba más que el conservar entero aquel ejército, sin el cual fueran vanas todas las donaciones é infructuosa la posesion de aquellos estados, consideradas las fuerzas de los rebeldes y las inteligencias con que iban procurando mejorar el estado de sus cosas; pues por este mismo tiempo supo el Almirante que se esperaban seis mil franceses en las islas, á cargo del señor de la Nua y de los coroneles Chatillon y Temple; lamentable efecto de las paces, que no le pudieron ignorar los tratadores de ellas. A la verdad eran muy notorios los inconvenientes y peligros que se ofrecian en tentar el paso en aquella ocasion, todos los cuales se revencieran y evitaran si de golpe, en arrimándose el campo al Rhin, ocupara á Rimbergue y los lugares neutrales que ocupó despues; y dejando cuatro ó cinco mil hombres que hicieran el puente, embistiera á Disburg, ó ganando de camino á Grol, se arrimara á Zutfen ó á Deventer, plaza de esta parte de Isel, por cualquiera de las cuales era el tránsito seguro y sin

que el enemigo le pudiera estorbar. Grandes ocasiones se mal lograron en aquellas guerras, y bastando una sola para trocar de bien en mal el progreso de ellas, bien se deja ver del daño que habrán sido y los inconvenientes que habrán causado. Avisando pues el Almirante al cardenal Andrea de estas consideraciones y de otras, causadas de la falta de dinero tan notoria, dió la vuelta hacia las tierras neutrales, resuelto en alojar el ejército; y por no alejarse demasiado de donde aquel otoño se había hecho la guerra, escogió el país llamado Vestfalia, y para la residencia de su corte la villa de Rees. El primer tercio que se alojó fué el de don Carlos, el cual, por entrar en Bucolt, villa harto grande y rica, y patrimonial del arzobispado de Munster, hubo de abrir trincheras y plantar cuatro cañones, con que se adelantó don Luis de Velasco; con estas amenazas admitieron el tercio, que se alojó todo, salvo las compañías de Sarmiento y Antonio de Ribas, á quien alojó don Carlos en Iselburque, aunque no sin que fuese necesario mostrarle primero dos medios cañones. Pasó don Luis de Velasco con los italianos á Dorste, cuatro leguas más adelante, y rehusando ellos el recibirlos, llegaron á tomar las armas con tanto atrevimiento, que hirieron y mataron á algunos, y hasta el propio don Luis salió con el brazo izquierdo roto de un mosquetazo; sin embargo rindiéndosele después, usó con ellos de toda cortesía y modestia. Tocóle á Gaspar Zapena el alojarse en Rinquelencusen, y á su tercio mayor daño que á los demás; porque, rehusando también el recibir la gente, fué necesario abrir trincheras y batirlos con dos medios cañones que envió don Luis de Velasco desde Dorste, donde estaba herido. Persistian, con todo esto, en no admitir la guarnicion los de Rinquelencusen; y dando Zapena el señal de arremeter á los capitanes de su tercio que tenian la vanguardia, lo hicieron con tanta resolucion como infelicidad los capitanes Alonso Gallardo y don Cristóbal de Velasco, porque casi juntos cayeron muertos de dos arcabuzazos; quedaron don Rodrigo Ponce, Aldana y Nieva alejados en la muralla aquella noche; y viendo los de dentro que se les aparejaba el asalto de veras, rindieron al amanecer la villa, rescatando el saco, que en ley de guerra tenia bien merecido, con sólo ofrecerse á sustentar el

tercio todo aquel invierno; modestia que se alabó mucho en Gaspar Zapena, y que fué ocasion para que los de la villa de Una recibiesen sin dificultad el tercio de Luis del Villar, y las demás villas del país de Vestfalia y parte de Munster á los regimientos de naciones, y á todo el carruaje de víveres y tren de artillería. Era ya mediado Diciembre cuando acabó de alojarse el campo; y el Almirante en Rees, donde asentó su corte, atendía á juntar barchas con que hacer el puente, para cuya seguridad levantó un fuerte de la otra parte del río, en el mismo puesto donde mueve años antes ganó otro al enemigo el conde Carlos de Mansfelt, como se dijo en su lugar. Algo antes de esto, á los 16 de Noviembre, yendo el capitán Martín de Eguiluz con su compañía de arcabuceros á caballo á correr la tierra en busca del enemigo, topó con quinientos caballos holandeses, gobernados por el conde Ludovico de Nassao; y retirándose á la baja corte del castillo de Hulst, que era de la condesa de Bergas, le apareon toda la compañía, sin que ella quisiese permitir que se calase el puente del castillo, por no ir, como ella decía, contra la neutralidad de que gozaba con nosotros, por ser madre de los condes de Bergas, y con los herejes, por ser hermana de Guillermo, príncipe de Orange, y tía de Mauricio.

El conde de Busquoy, que dijimos haber quedado gobernando á Emerique, era cada día visitado del enemigo, que desde Disburque y el fuerte del Esquenck le armaba varias emboscadas, conociéndole por más valeroso que recatado; y aunque en algunas le hizo el Conde volver con las manos en la cabeza, adelantándose un día demasiado, más como valiente caballero que como prudente gobernador, quedó finalmente en prisión, con pérdida de alguna gente; sintiólo el Almirante mucho, por el suceso y por la estimación que hacia de la persona y valor del Conde; y hallándose en Emerique con su compañía el capitán Hernando Zapata, del tercio de don Carlos, soldado viejo y de larga experiencia, le encomendó aquel gobierno durante la prisión del Conde, que se dilató más de un año. Sucedió otro desman al alférez Francisco Lechuga, hermano de Cristóbal Lechuga, teniente de la artillería, el cual estando alojado con poco recato en el castillo de Asel, entró el enemigo, y degollándole á él y á los pocos soldados que

le acompañaban, se llevó más de ochenta caballos limoneros y algunos artilleros.

Alojada la gente en los países neutrales, aunque las cabezas de ella y los propios soldados se gobernaban con más templanza de lo que al principio se pensó (y con pasión contradicen los historiadores y cronistas enemigos), para que aprovechó mucho el tener segura la comida, siendo la falta de ella el pretexto más disculpable de los desórdenes que cometían los soldados, y los que menos se pueden castigar, no por eso dejaron de convocarse los príncipes y señores interesados en aquel alojamiento, movidos á más de su propio interés por las persuasiones de los que gobernaban al duque de Cleves en su enfermedad de falta de juicio. Los principales fueron el conde palatino del Rhin, Elector; el lansgrave de Hessen y los capitulares de Paderborne, saliéndose luego afuera, aunque más interesado, el elector de Colonia, Ernesto de Baviera, por no apartarse de la buena correspondencia que siempre tuvo con las cosas del Rey; sin embargo, dejándoles á ellos el cuidado de emplear las armas, aunque tras largas y continuas persuasiones de excusarlo, tomó al suyo el procurar remediar por vía de ruego aquella resolución, como desde luego lo hizo, enviando uno de su cámara al cardenal Andrea, de quien, por ser recién llegado al gobierno de los Países Bajos, no pudo sacar por entonces resolución alguna; fhanse entre tanto apercibiendo los alemanes, no sin secretas inteligencias con el conde Mauricio, á quien no podía dejar de aprovechar cualquier accidente de que redundase acrecentarse el número de nuestros enemigos. Adelante veremos en lo qué paró este movimiento.

Partió el Archiduque de Bruselas á los 14 de Setiembre, y en llegando á Luxembourg tomó el camino de Praga, deseoso de verse con el Emperador, su hermano, y haciendo cuenta de pasar desde allí á Gratz para venir acompañando á la reina doña Margarita, nuestra señora, como lo hizo. Su viaje fué como por la posta, con solos algunos de su cámara y mayordomos, marchando entre tanto la vuelta de Milan su casa, verdaderamente real; porque, á más de la muchedumbre de criados, bastantes á volver sirviendo también á la sere-

nísima Infanta, iban voluntariamente por servir á sus altezas y hallarse en aquellos famosos casamientos, el príncipe de Orange, el duque de Aumala, los condes de Eguemont, y Berlaymont y Arembergue, los de Liñe y La-Fera; las condesas de Mansfelt, Berlaymont y Busquoy, y seis damas flamencas que habian de ir sirviendo á la Reina hasta España, y volver con la señora Infanta. Las vistas del Archiduque con el Emperador fueron breves, por comenzarle ya apretar de veras su melancolia y la entermedad de encerramiento, á que miserablemente le habian ellas condenado; dijose entre los alemanes que no holgó el Emperador con la vista de su hermano, por parecerle que el irle á ver tras la conclusion del casamiento era lo mismo que darle en rostro y renovarle el sentimiento de habersele negado á él, con la donacion de los Paises-Bajos; punto en que insistió algunos años con tanta resolucion, como si lo demás que se le ofrecia con dote igual al de su madre no fuera digno de mayor estimacion; sin embargo, como las discordias y digustos entre principes tan grandes se cubren de ordinario con más aparentes muestras de amor y correspondencia que las de los hombres particulares, no faltaron en estas vistas todas las que bastaron para disimular el mal talante, si acaso le hubo. Detúvose poco el Archiduque en Praga, desde donde siguió el camino de Gratz con harta prisa, deseoso de no dejar entrar demasiado el invierno; aunque se hubo de mudar todo despues, tanto el camino por donde estaba trazado el viaje, á causa de la peste que se hacia sentir en muchas partes de Alemania, como los trajes y libreas, por ocasion de la nueva que tuvo el Archiduque en el camino, de la muerte del Rey. He visto escrita en varias lenguas esta jornada y los insignes casamientos que se hicieron en Valencia y fiestas en Barcelona, hasta la embarcacion de Sus Altezas camino de Flandes; y así por esto, como por no haberme encargado de historias generales, como otros, sino de las millares que sucedieron en mi tiempo en los Paises-Bajos, dejaré á ellos la relacion de todo lo demás; pues, fuera de que muchos sé bien que tienen toda la energia y erudicion que á mí me falta, confieso que hasta á estas cosas es bien que las escriba quien las vió, so pena de ser yo el primer trasgresor de mis propias leyes.

Alojado el Almirante en Rees, como habemos visto, no por eso se descuidó de hacer las prevenciones necesarias para salir en campaña en abriendo el tiempo; antes, pareciéndole que la infantería walona se había menoscabado algun tanto, envió á los países de Artois y Henao á levantar cantidad de gente desta nacion para rehenchir los regimientos; y el Cardenal, por otra parte, habiendo venido á servir al Rey el conde Cristóbal de Emden, caballero principalísimo aleman y de muy honradas esperanzas, le hizo merced de una coronella de su nacion; el cual, levantándola en la Frisa Oriental y en los contornos del estado de su hermano mayor, que es conde y señor de la villa y famoso puerto de Emden, la trajo por el mes de Marzo del año siguiente al campo en número de dos mil infantes, gente lucida y de servicio. Don Agustín Mesía entre tanto, por no estar ocioso, despues que, por haberle echado del castillo de Amberes los amotinados, le había faltado ocupacion, comenzó á fomentar un trato sobre la villa de Breda; el cual estuvo ya tan adelante, que la misma noche que habia de ejecutarse con gente que para aquel efecto se habia sacado de los presidios del condado de Flandes, se supo en Amberes cómo, por haberse descubierto los autores díl, habian sido justiciados tres de ellos más culpados públicamente en la plaza de aquella villa. Tiene esta manera de hacer la guerra este provecho, que, con ser tan grande el que se aventura á ganar, es lo que se pierde tan poco, como el sacar del mundo á personas que de cualquier manera que suceda lo mereció bastante su falta de fe; fuera de que, cuando se yerre muchas veces, con una sola que se acierte se recompensa el daño con grandes ventajas, y por lo menos no es poca comodidad la que se consigue obligando al enemigo á estar con cuidado extraordinario y aumentar el gasto de las guarniciones de sus villas, y sobre todo, á entrar en desconfianza de los suyos.

Hacia la fin de este año se quiso amotinar el presidio español de la villa de Rimbergue, y procurando llevar tras sí á la sedicion á la compañía de don Juan de Velasco Castañeda, alojada en aquella plaza, una de tres que el Cardenal habia mandado reformar para meter de guarnicion en el castillo de Amberes cuando se paga-

sen los amotinados, hallándose de guardia don Francisco de Medina, alférez de ella, de tal manera recibió á los insolentes, acompañado de alguna gente particular y del valor y lealtad de todos, que, aunque no sin sangre suya y de otros algunos, y más de dos horas de resistencia pudo deshacer el motín aquella noche, y el gobernador Luis Bernardo de Avila, el dia siguiente castigarle con el debido y acostumbrado rigor.

---

## LIBRO XII.

Año de 1599.

Admiten los de Wesel (falsamente) el ejército católico.—Diligencias del cardenal Andrea para encaminar las cosas de la guerra.—Páganse el motín de Amberes y otros.—Llegan á Holanda muchas tropas francesas.—Forman los alemanes un gran ejército.—Va el Cardenal al suyo, y discúrrese de la forma en que se ha de hacer la guerra.—Arrimase el Almirante al fuerte del Esquenck.—Tiéntase el paso de Wal, empréndese á Bomel y edifícase el fuerte de San Andrés.—Sitan los alemanes á Rees.—Vase el Cardenal á Bruselas, y de allí á su casa.—Entran los archiduques en Bruselas, á donde son jurados por señores de los Países Bajos.

El principio del año fué muy regocijado y alegre por causa de la impensada, aunque singida, conversion de los de Wesel; los cuales, como apuntamos arriba, medrosos de las fuerzas españolas, admitieron el ejercicio de la misa, las religiones, y entre ellos los Padres de la compañía de Jesus, y principalmente al nuncio apostólico de Alemania la baja, residente en Colonia; el cual entró en Wesel á los 21 de Enero, con tanto aplauso y agasajo de los burgomaestres y escla-

vines de la ciudad como pudiera en Bruselas, Amberes ó cualquiera otra de las más católicas. Alojáronle en una casa muy principal, hospedándole á gastos comunes, hasta que, haciendo venir por el río abajo su casa, y llegados ya cantidad de sacerdotes y religiosos, escondiéndose las aves nocturnas de los predicantes calvinistas á la luz clara y hermosa del Evangelio, pudo á los 7 de Febrero abrir los templos católicos vestido de pontifical, y purificarlos con las ceremonias que para esto tiene diputadas santísimamente la Iglesia. No se daban mano después él, los Padres de la Compañía de Jesus y el vicario de Emerique á reconciliar hombres y catequizar niños, á predicar, administrar sacramentos y celebrar los oficios divinos, con gusto tan particular del Almirante, que estuvo muchas veces por ir á agradecerlo á aquel magistrado desde Rees, donde estaba; y no lo hizo por no divertirlos de sus buenos ejercicios, y darles sospecha de que quería meterles guarnicion. Escribióles, con todo eso, muchas cartas exhortatorias con particular celo y amor, ofreciéndoles de parte de Su Majestad y del Archiduque que, si perseveraban en aquel santo propósito, como él lo creía y era de creer, haría que Su Majestad y alteza los tomasen debajo de su protección y amparo, y los tuviesen en cuenta de hijos y compañeros fidelísimos en la fe. Respondian los de Wesel con el mismo afecto, remitiendo á la prueba los quilitos de sus buenas intenciones, y por otra parte se mostraban tan fervorosos y devotos, que engañaban universalmente á todos, sino al que escudriña los corazones de los hombres, á quien nada se encubre. Pudiera esta acelerada mudanza parecer justamente sospechosa, no ignorando nadie la dificultad de pasar de un extremo á otro sin tocar en los medios, especialmente en materia de religión, siende el amor que se le tiene el más dificultoso de borrar del corazón humano; pero como es fácil creer lo que se desea, y en las obras en que puede tener partes la grandeza de la misericordia divina no se duda lo más imposible, los más se aseguraron cándidamente destas fingidas apariencias de conversión, que se remataron como presto diremos.

Hacia la fin de Enero pasó el Cardenal á Amberes á buscar dineros con que pagar á los amotinados; para seguridad y sosiego de los

cuales, y para fenecer las cuentas á los del castillo, habian entrado en él el maestre de campo Juan de Tejeda y los oficiales de la pluma desde el principio del año. Llegaba el remate de aquellos insolentes á trescientos mil ducados; cantidad mayor de lo que permitia la estrechez de los tiempos y lo mucho que habia á que acudir en otras partes; mas, ayudando al fin á la autoridad del cardenal Andrea la diligencia y solicitud de don Jerónimo Valter Zapata, pagador general, y de Juan de Mancicidor, secretario del Archiduque, se sacó este dinero de los hombres de negocios y otros particulares de Amberes, aunque con seguras asignaciones y gruesos intereses á su modo, prometiendo el Cardenal no salir de los Estados hasta haberles dado entera satisfaccion; el cual, deseando hacer en los amotinados un ejemplar castigo dentro de los límites de su palabra, habia hecho venir del campo desde el principio del año quinientos españoles de todos los tercios, mandándoles escoger de la gente más nueva y de menores alcances, por evitar otro inconveniente, á lo menos en su tiempo, con intento de ponerlos de guarnicion en el castillo y hacer despues de los que salian lo que veremos. Hizose el pagamento á los 10 de Febrero y el mismo dia salió toda aquella gente con la acostumbrada elección de escoger los tercios y compañías donde quisiesen servir entre los que estaban en campaña, quedando reformadas las dos compañías de caballos. Algunos, y en particular los que se hallaban á caballo, tomaron la vía de España por Francia, hasta que se atajó el paso, poniendo buenas guardias y ahorcando algunos el Préboste general; muchos, fingiendo ir al campo, pasaban el Mosa por Mastrique y torcian por el país de Juliers, con intento de dar consigo en Italia; mas, como hallaban á los alemanes exasperados contra su nacion, pagaban los pecados ajenos, aunque no libres de otros no menos dignos de semejante azote del cielo; sirviéndoles (por última desdicha) de ocasionar su muerte el mismo dinero con que pensaban regalar la vida, tan mal se logra lo mal adquirido. Acudian á la fama de su riqueza todos aquellos villanos sedientos de sangre española, y pocos volvian sin presa; llegaron, con todo eso, al campo, entre infantes y caballos, cosa de cuatrocientos, unos escarmientados en sus compañeros, otros vencidos de las lágrimas.

mas de sus mujeres, é hijos y del cariño de aquellos estados, á quien tenian más amor que á sus propias patrias. Lo mismo se hizo poco despues con los del castillo de Gante y Liera, aunque, por haberse gobernado en su alteracion con más modestia, no dejando alguno de fuera ni pidiendo el real de servicio de muchos años, que con particular insolencia habian sacado los de Amberes, pareció (salvo el Elector y oficiales del motin) dejar allí á los demás que quisiesen quedar-se. No habian acabado los amotinados de Amberes de asentar sus plazas en las compañías de los tercios, cuando llegó un edicto del Cardenal, en que mandaba, con pena de la vida, que dentro el término de quince dias saliesen todos de los Paises-Bajos, privándolos totalmente del sueldo del Rey, con la misma pena en cualquier parte de los Estados que fuesen hallados. Fué esto causa de que algunos de ellos, privados de todo refugio, con el último ejemplo de miseria y desventura, se pasasen al enemigo; muchos en grandes tropas tomaron el camino de Alemania y pasaron á salvamento; otros quedaron muertos ó desbalijados por los villanos; y los menos, pues no llegaban á sesenta, que, resolviéndose en someterse á las leyes del edicto, se entretuvieron con sus banderas, pasaron al fin en disimulacion, sin ser castigados ni procesados por ello.

Por muerte de don Alonso de Mendoza, que pasó de esta vida por Agosto del año pasado, dió Su Alteza el gobierno de Cambray á don Sancho Martinez de Leiva, con una guarnicion harto moderada respecto á las paces de Francia; pues, fuera de trescientos españoles que estaban en la ciudadela con el capitán Juan Pelegrin, teniente de don Sancho, no habia en toda la ciudad más de tres compañías de alemanes del regimiento del coronel Eslegre. Dió esto ocasion al señor de Baliñi para imaginar en meterse otra vez en aquella fuerza, invocando y solicitando el favor y ayuda de algunos pocos amigos que le quedaban; pero faltándole á esta negociacion el principal requisito de que necesitan semejantes intesigencias, que es el secreto, avisado de ello don Sancho y no hallándose con fuerzas para irlo alargando hasta coger el tratador en su misma trampa, se contentó con castigar severamente á los conjurados, como lo hizo, ahorcando un trompeta y otros

dos hombres bajos de la ciudad. Sintió mucho el Cardenal esta tentativa, y no menos la nueva que tuvo de que habian llegado á Holanda los seis mil franceses que dijimos, no á la deshilada, como otras veces, sino con regimientos hechos y banderas tendidas; y enviando á París un gentil hombre de su cámara, se dolió mucho con aquel rey de que, estando todavía fresca la tinta del tratado de las paces de Verbi, sin haberle dado ocasion verdadera ni aparente, fuese contra los más principales capítulos de ellas. El mismo sentimiento mostró Juan Bautista de Tássis, embajador del Rey en Francia, disculpándose con entrambos aquel rey, y asegurando que todo aquello era sin su consentimiento; en cuya prueba mostró sentirse en público contra Baliñi, pero no mandó volver la gente francesa que había ido en socorro de los rebeldes de las islas; cosa que calificó y descubrió sus intenciones justificando cuantas despues de esto se tuvieron por nuestra parte en daño suyo.

Por este mismo tiempo llegaron al Cardenal ciertos diputados del duque de Cleves y de los estados de Vestfalia y Munster, á requerirle sacase la gente española de las tierras neutrales; donde no, que no podrian excusar los inconvenientes que de lo contrario forzosamente habian de seguirse; pues, como Su Alteza sabia, no faltaban en Alemania fuerzas y gente bastante á tomarse satisfaccion por su mano, cuando no se les diese la que se podia esperar de un consejo tan justificado como el suyo. Disculpóse Andrea con el Almirante, á cuya orden habian quedado las armas en ausencia del Archiduque; y como era príncipe cándido y puro, se quejó vivamente dél, afirmando que todo aquel alojamiento y presa de las plazas del Rhin habia sido, no sólo contra su mente, sino teniendo el Almirante órdenes expresas de hacer lo contrario. Ofrecio muy presto de salir él en campaña y dar satisfaccion á los alemanes; los cuales, vueltos los diputados sin orden de sacar luego la gente, como ellos lo figuraban, comenzaron á convocarse unos á otros y arbolar banderas, incitados principalmente del landsgrave de Hessen y palatino del Rhin, como los más interesados y más vecinos al daño. Ofrecieron de ayudar con dineros los del consejo por quien se gobernaba el duque de Cleves, y los estados re-

beldes con artillería y municiones de guerra. A su tiempo diremos lo que esta gente hizo, y el suceso que tuvo su acometimiento; porque ni el Emperador ni el elector de Colonia fueron poderosos para estorbar que no tomasen las armas, tanto los ofendidos como los que temían serlo algun dia, con la consecuencia de aquel ejemplo.

Tenia ya al principio de Febrero el Almirante acabados el puente y fuerte junto á Rees, y la gente tan contenta con los buenos alojamientos, donde al fin comia (que es lo que el soldado desea), que fueron muy pocos los que faltaron en todo el invierno; con que comenzaban ya él y las cabezas del ejército á discurrir en la forma con que el año aquel habia de hacerse la guerra, y lo que convenia acometer primero, cuando se tuvo aviso que el Cardenal en persona se aparejaba para salir en campaña; nueva que abatió las alas del Almirante y le quitó mucha parte del ardor con que estudiaba en hacer algun servicio de importancia; mas, considerando que no era aquella causa del Cardenal, sino de su amo y del Rey, escribió á Su Alteza aprobando su venida y pidiéndole sólo que trajese dineros con que alegrar la gente, si queria hacer alguna cosa digna de su presencia; y que no viniese resuelto en lo que se habia de emprender hasta que se pudiesen tomar los votos y conferir las opiniones de los que habian estado y estaban al pie de la obra.

Asistia entre tanto el cardenal Andrea con gran cuidado á las cosas del gobierno, deseando sacar verdaderas esperanzas que el Archiduque, su primo, habia concebido de su persona, y que á su vuelta hallase mejorado mucho el estado de las cosas; y la primera que hizo para incomodar al enemigo, fué hacer un edicto en nombre del Archiduque y de la serenísima Infanta, en que prohibia á todos los vasallos de Sus Altezas, so gravísimas penas, el conservar trato ni comercio directa ni indirectamente, por mar ni por tierra, con los rebeldes de las islas; revocando todos los pasaportes dados y concedidos hasta aquel dia. Deseaba el Cardenal quitar á los de Holanda y Zelanda la comodidad que sacaban del trato y comercio, que se valuaba en más de trescientos mil ducados cada año; advertido de que, habiéndose he-

cho esto mismo otras veces, se había observado menos puntualmente de lo que fuera razon, por causas bien particulares, encaminadas á la comodidad de pocos y al regalo de los que llaman necesario lo que totalmente es dañoso, y sólo á propósito para estragar las fuerzas del cuerpo y las virtudes del ánimo; delicias que trae el comercio á las provincias marítimas, de ordinario llenas de mayores vicios que las que gozan los frutos que da el cielo á sus tierras, las más veces bastantes á la necesidad y regalo razonable. Añadíase á esto la razon que hay de que las guerras, y especialmente las que se ordenan á la reducción y castigo de rebeldes, tengan todo el rigor necesario á este fin; sin remitir por comodidades privadas nada del daño que puede hacerse al enemigo, especialmente no siendo otro rey ó república, sino unos vasallos rebeldes á las majestades divina y humana; contra quien se habian de levantar, no sólo sus señores naturales, pero todos los otros á quien Dios ha encomendado súbditos, por la ruin consecuencia y peligroso ejemplo que acarrea su atrevimiento en los demás reinos, á cuyos pobladores no les pueden faltar causas con que motivar su delito, si no verdaderas, á lo menos aparentes, apoyadas de los ruines, que de ordinario son los más.

Estuvo el Cardenal en Amberes hasta fin de Febrero, y allí entre mercaderes sacó algún dinero que llevar al ejército, para donde se partió á los 12 de Marzo, y á los 15 llegó á Mastrique; allí le aguardaba el Almirante, acompañado del conde Herman de Bergas, gobernador de Gueldres, del conde Federico, su hermano, maestre de campo general; don Alonso Dávalos, don Carlos Coloma, coroneles La-Barlota y Estanley, y don Ambrosio Landriano, con mil caballos ligeros, para conducirle hasta el campo. Juntó el consejo el Cardenal en Mastrique, añadidos á los ya dichos el presidente Richardote, Luis Leva-seur, señor de Moriensart, secretario de estado; Juan de Mancidor, secretario de guerra del Archiduque, y el maestre de campo Juan de Tejeda; y declarando en breves palabras sus buenos deseos y la promesa que había hecho al Emperador y príncipes alemanes de sacar la gente de donde estaba, pidió parecer sobre lo que era bien hacer en aquella ocasión, ofreciéndose él á ser el más pronto en todas las

que se mostrasen de mayor peligro. Pareció, cuanto á lo primero, generalmente á todos, que era muy temprano para salir en campaña; no acostumbrándose sino en ocasion de algun socorro sacar la gente de los invernadores, hasta que asoma la primavera y que los prados tienen yerba con que sustentar la caballería; mas ofreciendo el Cardenal que se entretendría en Rees y en Emerique hasta mediado Abril, se comenzó á tratar de lo que era bien hacer; cosa que á los más prudentes no pareció menos intempestiva, siendo así que para facilitar una empresa no hay mejor pertrecho que tenerla secreta hasta la ejecucion. Hubo algunos que juzgaron á propósito saber la parte donde se pensaba hacer la guerra, para ordenar lo tocante á bastimentos, mandándolos prevenir en los lugares más cómodos, conforme al designio. Declaró con esto el Cardenal que venia con intento de apretar al enemigo en su casa y meterle la guerra en sus propias entrañas, y que en todo caso quería pasar el Wal. Partióse el consejo en dos opiniones, sobre que unos querían pasarle, y otros pintaban más fácil y provechoso entrar en la Welva pasando el Isel, rio mucho más estrecho, y que esto se hiciese tomando á Zutfen y á Deventer; mas dejando luego esta opinion (pareciendo que no convenia alejarse tanto, no dejando en Flandes ni en Brabante más gente que solas las garniciones) hubo tambien variedad sobre la parte por donde se había de hacer el paso del Wal; queriendo el Almirante y los que habian militado con él el año antes que se emprendiese el fuerte del Esquenck, y los del país que entrase en la Bethua (á quien comunmente llaman los españoles la isla de Bura) por el lugar más cómodo y menos guardado del enemigo; peloteando sobre esto buen rato, sin acabar de tomar resolucion, ó por mejor decir, sin mostrar que se tomaba (siendo así que, como se supo despues, la traía el Cardenal ya desde Bruselas, de entrar en la isla de Bomed, á persuasion de los del país), despidió el consejo, mostrando gran contento de la relacion universal que se le traía del número de gente con que podía hacer la guerra aquel verano, pues llegaba á diez y siete mil infantes y dos mil caballos; gente vieja toda.

Y para inteligencia de lo que vamos tratando, haré una breve des-

cripción de los ríos junto á los cuales se hizo este verano la guerra. El Rhin, sin disputa el mayor de Europa después del Danubio, habiendo caminado más de cien leguas desde su nacimiento hasta Emmerique, tres más abajo se divide en dos ramos: el superior (que conserva el nombre algo más, aunque con menos agua, y toma su corriente sobre la mano derecha, pasando por Arnem, Vageninguem, Renen, y otros muchos lugares de Holanda) desagua en el Océano con nombre de Leke, ó por mejor decir, en el Mosa, que, enriquecido con las aguas ajenas arroja las de entrados cuernos del Rhin en aquellos senos septentrionales. El ramo inferior, trocando su natural nombre por el de Wal, pasa por entre Nimega y su fuerte, y discurreiendo algunas leguas, cuando llega á Tilt, en Holanda, deseoso de mezclar sus corrientes con las del Mosa, como lo hace en Lobrestein, después de haber formado el uno y el otro la isla de Bomel, le da una vista, y parte, aunque pequeña, de sus aguas por entre la aldea de Herverden, que queda por punta de la isla de Bomel fuerte de Voorden, que ocupa también la punta, fin y remate del dueldo de Gueldres, guardado con gran cuidado por el enemigo, y una estrechura rodeada por ambas partes de los ríos Mosa y Wal; los cuales, como se ha dicho, ensanchándose algunas leguas, hacen la isla de Bomel, hasta que, dejando á Lobrestein dentro de ella, juntos ya ambos á dos, tocan á las murallas de Vorkum y Gorkum, á quien vulgarmente llaman los españoles Gorcom y Gorcomillo. Volviendo pues á la primera división del Rhin, en la tierra que en figura de punta le divide y aparta, llamada hoy Tolvis, y en tiempo de los romanos la punta de la isla de los Batavos, está el fuerte del Esquenck, por naturaleza y por arte juzgado comúnmente por inexpugnable, aunque no al parecer de los más prácticos, que no conceden esta calidad á plaza alguna á quien se pueda quitar el socorro. Este pues era el que el Almirante deseaba emprender, como á una de las llaves de las islas, y si le dejaran hacer, le tomara sin duda, como se verá en su lugar con evidencia.

Partió el Cardenal de Mastrique á 27 de Marzo, y tomando el camino por Ruremunda á Venlo, llegó á Rees á los 7 de Abril, desde

donde despachó luego comisarios para tomar muestra y dar una paga, y juntamente escribió á las cabezas de los tercios y regimientos, mostrando particular disgusto de no poder dar más por entonces, ofreciendo que muy presto llegarían dineros con que alegrar la gente; y entre tanto que se pagaba y ponía el ejército en orden de salir en campaña, pareció á propósito bajar el puente á Emerique, como se hizo, haciendo otro fuerte para guardia de él, delante de Emerique, á donde pasó el Cardenal, el Almirante y toda la corte á los 11 de Abril, dejando en Rees por gobernador á don Ramiro de Guzman, en lugar de Pedro de Aybar que dejó el gobierno.

Hallóse junto todo el campo á los 20 de Abril en los contornos de Emerique; allí se tuvo otra vez consejo, y propuso el Almirante la empresa del Esquenck, como la más importante que se podía hacer con un ejército tan florido, casi en esta sustancia: «Las grandes empresas, serenísimo Señor, convienen á los grandes príncipes, y traen consigo una satisfaccion universal, sálgase ó no con ellas. Si se ha de aventurar este ejército en ausencia del Archiduque, aventúrese por cosa que lo valga. El fuerte del Esquenck es hoy la llave de las islas; si lo tomamos, nos hacemos señores del Wal y del Rhin, y atamos de piés y manos á toda Holanda, dejamos cortado el Isel, con sus cuatro plazas, Zutfen, Deventer, Zuol y Campen, hasta el brazo de mar á quien los de aquella tierra llaman Zuiderzee; con dos puentes que hagamos, uno en el Wal y otro en el Rhin, somos señores de todo cuanto hay entre estos dos ríos, pues las tierras cercadas no son fuertes, ni los que las pueblan tan nuestros enemigos, que no tenga yo secretas inteligencias con alguna villa de las más poderosas y nobles de las islas; si la dificultad está en quitarle el socorro, yo me obligo á hacerlo; si en pasar allá, haya barcas con que tentar el paso por ambas riberas, que valor hay harto para emprenderlo. Nuestra artillería es mucha, y nuestra infantería la mejor que han visto jamás estos estados; y añadido á esto el tener á Vuestra Alteza por general, ¿qué cosa nos podrá ser imposible?» Venia en este parecer casi todo el consejo, y ya se comenzaba á inclinar á él el Cardenal, cuando tomando la mano Richardote, se esforzó á probar la dificultad de aquella empresa, ale-

gando lo que el duque de Parma la había temido, aún cuando el fuerte estaba apenas en defensa. Flaco argumento el del ejemplo (aunque de ordinario persuade mucho), pues nunca concurren en el caso presente todas las circunstancias del que se alega, aún cuando sea uno mismo el sujeto; que la diferencia de los tiempos ó la cantidad y calidad de los medios mudan, ó totalmente ó en gran parte, la razon que entonces hubo; pero esta distincion, para no dejarse persuadir, no la hacen todos. Insistió mucho Richardote en este parecer, añadiendo á este ejemplo unas palabras semejantes: «Si el año pasado, estando el enemigo tan flaco cuanto ahora está poderoso, no pareció acertado tentar por fuerza el paso del Isel, ¿cómo se pasará ahora el Wal, á pesar del fuerte y de todo el campo rebelde, que es cierto acudirá luego á la defensa? Hágase primero lo uno, que es pasar el rio con estratagema, y despues lo que se ha de gastar en ganar un puño de tierra gástese en tomar á Nimega y su fuerte, pues con un ejército tan poderoso como el que tiene Vuestra Alteza se pueden emprender ambas cosas en un mismo tiempo; y si despues de pasado el Wal pareciere mejor consejo sitiar al Esquenck, hágase muy enhorabuena, pues pasado una vez el rio, estará en nuestra mano el hacer lo que despues se juzgare por más conveniente. Despidióse tras esto el consejo sin publicar la resolucion: aunque, viendo uno de los maestres de campo al Cardenal más inclinado al postrer consejo, y discutiéndose que de cualquier manera convenia arrimarse al Esquenck, aunque no fuese sino para divertir al enemigo, propuso que se llevasen barcas en carros, ó que se dejases ir con la corriente algunos pontones bien armados; porque era mejor tomar aquel trabajo sin necesidad, que perder una buena ocasion de pasar á la isla por falta de ellas; mas tampoco se dió oídos á esto.

Tratóse tambien lo del dejar las plazas del ducado de Cleves, porque el Cardenal queria en todo caso restituirlas, y el Almirante insistia en que se guardasen algun tiempo, hasta ver cómo se ponian las cosas, advirtiendo el peligro que había en dar lugar á que las ocupase y presidiase el enemigo, como lo haria sin duda, que era lo mismo que privarse de la comodidad con que se hacian traer los bastimentos el rio

abajo, y haberse de reducir á hacer la guerra cerca del Mosa, con tanto daño del propio país, por sólo descargar el ajeno. A esta consideracion ayudaron Richardote y Moriansarte, como quien principalmente, despues del servicio del Rey, ponía la mira en aliviar las tierras del País-Bajo, librándolas todo lo posible de tránsitos, presidios y alojamientos; y así, sólo por entonces se sacó el presidio de Genepe y de Moquen, por parecer que, estando más cerca del Mosa que del Rhin, no eran de importancia alguna. Quedaba Duetecom demasiadamente empeñado en apartándose de allí el ejército; y así, hubo votos que se sacase la guarnicion antes que la obligase á ello el enemigo, como lo hizo presto; mas, como el Cardenal había hecho merced de aquella villa y sus términos al conde Federico de Bergas, hicieron tanto él y su hermano, el conde Herman, que, resolviéndose al fin el Almirante en sacar los españoles y al gobernador Iñigo de Otaola, alcanzaron que se metiesen de guarnicion en ella y en el castillo de Escolemburg tres banderas de alemanes del regimiento del mismo conde Federico, con orden de guardar la plaza todo lo que pudiesen sin peligro de vidas y reputacion. Y porque para hacer este trueque y proveer á Duetecom de bastimentos se ofrecia no pequeño peligro, estando el conde Mauricio alojado todavia junto á Duisburg con diez mil infantes y dos mil caballos, se encomendó á don Carlos Coloma que con dos mil españoles de su tercio y del de Luis del Villar, cuatro mil infantes de naciones y seiscientos caballos, á cargo del capitán don Juan de Bracamonte, fuese á Duetecom y sacase la artillería gruesa que allí había, que eran tres medios cañones y un pedazo del puente de tela que había quedado allí desde la campaña pasada; cosa que se hizo con felicidad, aunque á ida y vuelta se pasó á menos de legua de Duisburg, y por un camino harto sujeto á emboscadas.

El mismo dia que partió esta gente partieron tambien el maestre de campo Gaspar Zapena con su tercio y las dos compañías de arcabuceros del de don Carlos de Sarmiento y Antonio de Ribas, los coroneles Estanley y La-Barlota con sus regimientos, y el conde Enrique de Bergas con cuatrocientos caballos. No se señaló cabeza á esta gente, contentándose el Cardenal con encargarles la buena corres-

pondencia, sin la cual no hay empresa, por fácil que sea, que no se haga, no sólo dificultosa, sino imposible; que en esta ocasion fué yerro grande y no menor sinrazon la que se hizo al español, quitándole la prerrogativa de mandar á las demás naciones, sin disputa en igual grado de puestos, como se ha usado siempre, y debe usarse por razones bien claras; preeminencia que puede practicarse áun sin sentimiento de las demás naciones, pues los mismos españoles cuando eran provincia de los romanos, aunque no menos valerosos que ahora, no pretendieron jamás dentro ni fuera de España igualarles en los honores militares; prerrogativa abrogada por inmemorial costumbre á todas las naciones donde asiste la silla del imperio de las demás; pero esto, que de su naturaleza está fundado en razon, y por antigua costumbre asentado, lo mitigó esta vez en esta forma, el hallarse las armas del Rey en las manos de un príncipe, aunque de su sangre misma, de nacion extranjera, poco práctico de las leyes militares, y por la benignidad de su condicion, demasiado deseoso de contemporizar. Llevaban, pues, órden de arrimarse al Mosa, y hacer un puente de barcas en Genape, y entretenérse allí hasta tener aviso que el campo estaba alojado al rededor del fuerte del Esquenck; y en teniéndole, tomando ocho piezas de artillería de Grave y treinta barcas del Mosa en carros, habian de tentar el paso del Wal por más abajo de Nimega, y si pasaban, fortificarse y avisar al Cardenal, que al punto marcharía en su socorro. Y si acaso sucediera no poder pasar ni tomar pié en la Beithua, se les ordenaba que procurasen acometer al fuerte de Voorden, del cual se tenía aviso que estaba á mal recaudo; y que no sucediendo esto tampoco, habiendo referido cierto espía que se habían caido en la villa de Bommel un pedazo de cortina y un baluarte de la parte oriental, se les ordenaba finalmente que, pasando el Mosa por Moga, entrasen en la isla de Bommel, volviéndola á pasar por junto á Crevecour, y tomando el castillo de Hel, aguardasen sin moverse de allí hasta otra órden, resueltos en sitiá aquella villa. En desembarazándonos del sigoido sitio del Esquenck, diremos lo que resultó de esta empresa.

Dudosos en tanto el conde Mauricio de lo que había de hacer aquel ejército, donde hasta entonces no se había publicado ni aún tomado

resolucion, desalojando de Duisburg, puso su campo entre el villa de Zevenaer y el Rhin, sin acabar de entrar en la Bethua, por no desamparar del todo el Isel, temiendo que al fin se tentaría por allí el paso; hizo, con todo eso, un puente hasta la isleta llamada de Outzevenaer, mientras le llegaban barcas de Arnen el rio arriba, sobre que hacerle hasta el Tolvis. Marchó entre tanto el conde Federico por la parte de Emerique con siete mil infantes y doce compañías de caballos con el Comisario General, y casi á vista del enemigo se acuarteló frontero del fuerte del Esquenck, á quien el propio dia comenzó á hacer algun daño con nueve cañones que llevaba. Marchó tambien el Cardenal con lo restante del ejército, que eran los dos tercios de don Carlos y Luis del Villar, los italianos, y de alemanes y walones otros tres mil infantes; y quedándose el Cardenal y su corte alojados en Gritusen, villa pequeña del ducado de Cleves, pasó adelante el ejército otra legua más, hasta ponerse no más que el Wal en medio del fuerte del Esquenque, á quien el siguiente dia se comenzó á batir con doce piezas, sin que por ocasion de esta artillería y de la que continuamente tiraba de la otra parte el conde Federico, pudiese parar, no solamente bajel en entrabmos brazos del rio, pero ni un hombre tan sólo en todo aquel pedazo de la isla; y echóse de ver, no sin general sentimiento, lo que se pudiera haber hecho si se trajeran barcas, porque sin duda pasara el Almirante á la isla sin resistencia de consideracion; con que abierta una trinchera de rio á rio, se cerraba el fuerte sin esperanza de socorro por tierra, y mucho menos por agua, habiéndole de venir el rio arriba, con la descomodidad y peligro que se deja considerar; bajando el puente de Emerique hasta tiro de cañon del fuerte, se podian comunicar y dar la mano los dos ejércitos, sin que de esta manera pudiese defenderse quince dias, conforme á toda regla de milicia, porque cuando se llegó no había quinientos hombres en el Esquenck; tal, que el primer dia apenas se vieron cincuenta fuera de sus reparos y fortificaciones, ni tiraron á entrabmos campos treinta tiros; mas aquella noche, que fué la de los 28 de Abril, el enemigo, sin que nadie se lo estorbase, metió ochocientos ingleses en el fuerte y mil gastadores, que antes del dia habian ya comenzado á abrir una trinchera por nues-

tra frente, en órden á impedir el paso, supuesto que todavía le temían como golpe mortal. Alojóse el Almirante en un castillejo llamado Vimen, treinta pasos del río, y la gente con frente de banderas algo más atrás; todo aquel dia y el siguiente batieron catorce piezas del fuerte á nuestros cuarteles con mucho daño, aunque el trecho era algo largo; mas el tercer dia, habiendo pasado la isla la mayor parte del campo enemigo, trabajaron todo él y el siguiente en arrimarse con trincheras á sus primeras defensas de nuestra frente, como lo hicieron, sin que pudiesen ser vistos de la artillería y mosquetería católica, por venir arando la tierra como topos. Batía entre tanto la artillería del conde Federico y la del Almirante el fuerte sin cesar, ni hacerle otro daño que derribarle los tejados de las casas; mas la del enemigo, habiendo levantado una plataforma quinientos pasos fuera del fuerte, y alojado en ella diez cañones, comenzó á batir el castillejo donde alojaba el Almirante con tanta priesa, que á mediodía le había hecho pedazos. Volvió luego la furia contra los cuarteles, en donde fué tal el daño que hizo, que en lo restante de aquel dia y otros seis que se detuvo allí el campo, mató más de cuatrocientos hombres, sin más de otros tantos heridos. No cesaba la batería con la noche, que de la misma manera batían y arrojaban granadas artificiales, como las que pintamos en los sitios de Hulst y de Amiens. Había hecho el Cardenal entre tanto bajar el puente hasta poco más de tiro de cañón del fuerte; con que se comunicaban los dos campos con poco rodeo, que dió ocasión á que se pensase que se quería emprender el sitio de veras, y á la verdad no fué sino para que, habiendo de marchar, pasase el campo del conde Federico sin haber de caminar seis leguas rodeando por Emerique; y por tener ya el Cardenal concedida la restitución de aquella ciudad al duque de Cleves, con promesa que hizo de meter en ella mil anivedres, con órden de defenderla al enemigo, y de admitir guarnición católica siempre que fuesen requeridos por el Cardenal ó el Almirante; con todo esto, se dilató la restitución hasta que se supo el suceso de la gente que fué con Zapena, que entonces, como desconfiado ya el Cardenal de pasar otra vez el Rhin, se hizo la restitución, sacando de allí el presidio y volviendo á reincorporar las banderas que allí habían estado en sus tercios y regimientos.

Al octavo dia, que, con el daño que se ha visto, se había detenido el campo al rededor del Esquenck, desalojó el conde Federico y pasó de esta parte, pareciéndole al Cardenal que estaría ya hecho lo que se había de hacer en el paso del Wal, y que era bien estar á punto para acudir á donde fuese necesario; y marchando todo el campo el dia siguiente, alojó al rededor de Cronembourg, á donde se supo el suceso de Zapena y los coroneles, que pasó así.

En sabiendo Zapena, Barlota y Estanley que el ejército se había acuartelado sobre el fuerte del Esquenck, dejando todavía por acabar el puente de Genape, marcharon con ocho piezas y treinta barcas en otros tantos carros la vuelta del lugar estatuido, por donde se había de tentar el paso del Wal, que era por dos leguas más arriba de la villa de Tilt, con tanto secreto al parecer, que á todos dió grandes esperanzas de buen suceso; mas, acertando aquella noche que se marchó á ser muy lluviosa, el camino que pensaron hacer antes de amanecer les duró hasta más de tres horas después del sol salido, con gran daño de la empresa, por haber sido avisado por los espías el gobernador de Nimega, que al punto envió el río abajo cuatro bajeles de guerra, que tenía allí para lo que se podía ofrecer, y por el dique adelante quinientos hombres, con orden de defender la desembarcación de la gente católica; y no contento con esto, avisó al conde Mauricio, distante con su campo solas seis leguas, que al punto despachó buen golpe de gente la vuelta de allá. Llegada la nuestra al puesto, comenzó á ser saludada por los bajeles de guerra, á quien fué menester desalojar con nuestra artillería; que, aunque con dilación de algunas horas, lo hizo, echando á fondo dos de los bajeles que portaron más en detenerse. Zapena, que se había encargado de las barcas, tenía ya á hora de visperas puestas diez en el río, y comenzaba á embarcarse su infantería, cuando la del enemigo, acabando de llegar al puesto, tiraba grandes cargas de mosquetazos y arcabuzazos, y no sin daño de los que forzosamente habían de andar por la playa, sin recibirle ellos, por tirar de mampuesto y cubiertos; sin embargo, trabajaban Zapena y los coroneles por embarcar la gente, hasta que, reconociendo la dificultad con que podía ya pasarse, estando el enemigo tan advertido,

y viendo por momentos ir llegando gente de á pie y de á caballo, y que unos y otros se atrincheraban con gran priesa, se resolvieron en marchar el río abajo, dejándole siempre sobre su mano derecha, como lo hicieron todo aquel dia, sin otro provecho que dar más tiempo al enemigo de juntarse; el cual ya en gran número iba acompañando á los nuestros por su ribera, arcabuceándose unos á otros, aunque con poco daño, por la gran anchura del río. La misma dificultad hallaron en acometer el fuerte de Voorden, echando de ver la facilidad con que le podia guarnecer todo aquel golpe de gente que los seguia de la otra parte del río. Ne se hizo nada de esto sin grandes altercaciones y variedad de opiniones; habiéndola tenido Zapena de que, sin detenerse en desalojar los bajeles de guerra, comenzase á pasar la gente, llevando él la vanguardia. Vino despues en el mismo parecer Estanley, y no concurriendo jamás en él La-Barlota, pareció finalmente á todos tres que estaban ya en el segundo caso que rezaba la orden, y que convenia hacer diligencia por entrar en la isla de Bomel, antes que pudiese prevenirlos el enemigo. Así se hubo de desamparar el primer intento que, ejecutando el parecer de Zapena y Estanley, fuera posible haberse conseguido con gran utilidad, y por discordia de las cabezas se dió principio al segundo, tan errado y dañoso como lo mostró el suceso: siempre hará semejantes efectos la desconformidad, y no hay por qué esperar que no la haya, donde hubiere más que una cabeza. Venida la noche siguiente y cobradas las barcas, marcharon la vuelta de Mega, á donde pasaron el Mosa, y usando harta diligencia en un dia y una noche de camino por Brabante, la volvieron á pasar por el villaje de Empel sin resistencia de consideracion; y en viéndose dentro de la isla, ocuparon el castillo de Hel, á quien desampararon treinta holandeses que estaban en él de guarnicion, en viendo que los españoles pasaban el río. Puesta guarnicion en el Hel, bajó el campo frontero del fuerte de Crevecour, donde se fortificó; y plantando su artillería en el dique, la Mosa en medio, comenzó á batirle las casas en ruina, sin hacerle otro daño de consideracion; creciendo entre tanto la ruin inteligencia entre las cabezas, aunque por industria del coronel Estanley, soldado de tanto valor como bondad, se difirió la decision

de sus diferencias hasta la llegada del Cardenal, á quien escribieron todos desde la isla, y ninguno culpándose á sí mismo, puesto que Zapena y Estanley culpaban (y con razon) á la presuntuosa pertinacia de La-Barlota, que quiso hacer en toda aquella jornada de su cabeza, y como queriendo dar á entender que lo era, habiendo tantas causas de tenerse y tenerle todos por muy inferior, no sólo de Zapena, en que no había duda, sino de Estanley, coronel mucho más antiguo y de más edad; y sin embargo, quiere un caballero napolitano que recopiló en italiano las guerras de Flandes, que en esta ocasion fuesen el uno y el otro á órden del dicho Barlota, siendo la verdad lo que tengo dicho, y lo es tambien que testifico lo que vi.

Habia ya cuatro dias que el Cardenal sabia el suceso desta gente, y no le quiso publicar hasta que supo cómo habia entrado en la isla de Bomei, cuyo aviso le llegó en Cronembourg el propio dia que desalojó de sobre el fuerte del Esquenck. Llegó otro dia el campo á Genape, desde donde se adelantaron el conde Federico y don Luis de Velasco, que llegó aquella noche de Bruselas, y marchando con los tercios de don Carlos Coloma y don Alfonso Dávalos, los alemanes de Barbanson y walones de Achicourt, llegaron en cuatro alojamientos al villaje de Bocoben, pegado al Mosa, y menos de cuarto de legua del fuerte de Crevecour. Abrieronse aquella propia noche trincheras, don Alfonso pegado al rio y don Carlos por la parte más alta; el cual con su tercio se halló á la mañana arrimado á la punta de un baluarte, y no sin pérdida, que en sólo aquella noche faltaron treinta soldados de la compañía de Mateo de Otañez, que, como de arcabuceros, llevaba la vanguardia, y pocos menos de la de Gaspar de Valdés, y más de otros veinte de las demás. Don Alfonso tambien se pegó á la puerta del rio, y en siendo de dia, antes que llegase la artillería, tocaron los dos fuertes á rendirse por la parte de los españoles, y antes de mediodía salieron cuatrocientos treinta, todos mosqueteros; sacaron sus armas, dejando por pacto tres banderas, que se enviaron al Cardenal, avisándole cómo se había metido en el fuerte al capitán Otañez, que lo tuvo por bien, hasta que entró todo el campo en la isla, que entonces se metieron en él dos banderas de alema-

nes. Llegó el Almirante otro dia al campo con la resta del ejército, dejando alojado al Cardenal y á su corte en Bolduque, y sin detenerse más que una noche, pasó con toda la infantería y hasta quinientos caballos, á los 5 de Mayo, en las bárcas que había traído Zapena. Alojó aquella noche todo el campo junto, y sabida la resolución que llevaba de sitiár á la villa de Bomel, pidió uno de los maestres de campo españoles el cuidado de encargarse del puesto de la otra banda, es á saber, del dique entre la villa y Lobrestein; advirtiéndole lo que un soldado irlandés de la compañía de caballos que había sido suyo le decía, sobre que, si bien la parte oriental de la villa tenía en aquella ocasión muy gran pedazo de muralla por el suelo, era más fácil de arrimarse por la banda de Lobrestein, y que en un puesto llamado Closter Wiel podía estar cubierto todo el ejército, y contar desde allí las casas de la villa á cañonazos; y ofreciéole el Almirante que se le encomendaría el dicho puesto en teniendo orden de ocuparle. Marchó otro dia el ejército la vuelta de Bomel, llevando la infantería española la vanguardia, los alemanes la batalla, y los italianos y walones la retaguardia. Y porque fué menester marchar todo aquel dia por el dique maestre, y detenerse en ir desalojando con cuatro cañones que llevaba de vanguardia don Luis de Velasco, con el tercio de don Carlos, más de veinte bajeles de guerra que guardaban el Wal, se hubo de hacer alto aquella noche en el villaje de Herin. Otro dia tomó la vanguardia la infantería italiana y walona, que se alojó en el dique, á menos de tiro de cañón de Bomel; la española tomó cuarteles en las praderías sobre nuestra mano izquierda, tan sujetas á la artillería, que en los primeros tres días, hasta que se levantó una trinchera por la frente, mató pasados de doscientos españoles de los dos tercios de Zapena y Luis del Villar; don Carlos, con el suyo y con gente de los demás, hasta en número de tres mil hombres, estuvo en forma de escuadrón volante á nuestra mano derecha, entre el dique ocupado por los italianos y walones y el río, con orden de defender la desembarcación al enemigo si la intentase, y de socorrer las trincheras que comenzaban las naciones por el dique, hasta que las pusiesen en defensa, en que se ocuparon cuatro días; todos los cuales

de dia y de noche batieron á esta gente continuamente por tres partes, desde la villa por la frente, desde la una parte del río por el costado derecho, habiendo ocupado la gente del enemigo, que, habiéndonos seguido siempre por su ribera, llegó antes que la nuestra á un puesto á este propósito muy acomodado, y las charruas y bajeles de guerra por las espaldas por causa de un recodo que hacia el río, de donde jamás los pudo desalojar nuestra artillería; con lo cual apenas había instante ni lugar en que no estuviese la vida de todos á conocido y evidente peligro. Y aunque en harts puestos sucede esto en la guerra, en ninguno se acuerdan los más viejos soldados de haberlo visto con el extremo que aquí. Entre muchos que allí perdieron las vidas, hubo dos en el modo, se puede decir, más peregrinamente que los demás, que por la novedad merece referirse. Acertaron á concurrir juntos aquel dia en el escuadrón volante, aunque de diversas compañías, Hernando Diaz y Roque de Enciso; destos el primero pasó años antes en busca de un hermano suyo, de quien jamás pudo tener noticia; resuelto de la conversacion de aquel dia, conocer ser Enciso el hermano que buscaba, que por el sobrenombre de su madre había dejado el paterno, como en España, en demostracion de amor maternal, se usa, aunque no sin alguna confusion de los linajes. Llegados, pues, con la admiracion y afecto que se deja pensar, despues de bien conferidas las señas y asegurados de la verdad, á abrazarse, una bala de un cañon llevó las cabezas de entrambos, dejándolos enlazados los brazos y juntos los cuerpos, que en la más gustosa hora de su vida la perdieron; dichosa muerte sin duda, si, como es de creer en ocasiones tales, estaba lo más importante prevenido, pudiéndose con razon dudar de que haya ninguno de los mortales dejado jamás el vivir más gustosamente.

El presidio pues de la villa de Bomel, cuando entró la primera gente católica en la isla, no era más que de quinientos infantes y una compañía de caballos; y es sin duda, como hoy en el dia lo afirman los holandeses, que si la dicha gente trajera órden de acometerla y la acometiera, se la llevara en cuatro dias, que fué notable inadvertencia, teniendo tan ocupado al enemigo lo restante de nuestro ejército

en defender el paso del Wal y del Isel, á que en manera alguna podía volver las espaldas. Pero en los nueve dias siguientes, hasta que las naciones ocuparon, como se ha dicho, el dique, habiendo llegado el conde Mauricio con su gente, que al punto, viendo descubierto el designio del campo católico con levantarnos de sobre el fuerte del Esquenck, marchó con la mayor diligencia que pudo, y metiendo mil hombres más dentro de la villa, él con tres mil se alojó y fortificó no más que el río en medio della. Llegó lo restante del campo rebelde á la villa de Tilt, que constaba de otros catorce mil infantes, inclusos los franceses que trajo el señor de la Nua, con voz de que los enviaban los hugonotes de Francia, creyéndose comunmente que vinieron con órden de aquel rey. El ver al enemigo tan fuerte, y que con gran diligencia hacia juntar barcas en su ribera, y trataba hacer un fuerte frontero de Bormel, como pocos días después le hizo, fué causa de que no se acabase de resolver el Almirante en pasar la mitad de la gente al dique de Lobrestein, temiendo que por ser el rodeo de casi dos leguas quedaria el uno ó el otro campo demasiadamente sujeto al enemigo. El cual, sin muestra de ocioso descuido, procuró inquietar nuestra gente con ordinarias salidas, de dia y de noche, especialmente á los que iban ganando tierra y fortificándose el dique adelante, aunque no hicieron alguna de consideración hasta los 12 de Mayo, después de haber fabricado dos puentes en el Wal, uno más arriba y otro más abajo de la villa, el primero para la gente de pie sobre pequeñas barcas, y el segundo para la de á caballo y carros, sobre grandes pontones, largo de cuatrocientos cincuenta pasos, y tan ancho, que podían ir dos carros á la par sin peligro. Por éstos pasó el enemigo tres mil infantes y cuatrocientos caballos, á quien, por la estrechura de la villa, alojó Mauricio fuera en cuarteles separados, cubiertos con grandes trincheras y fosos; tal, que con ser Bormel una villa muy pequeña, representaban las fortificaciones, baluartes, reductos y estradas cubiertas que levantaron en diez días, el ámbito y circuito de una gran ciudad; porque se afirma que trabajaron en ello más de diez mil villaños, aunque con muerte de muchos, á quien hacia pedazos nuestra artillería desde el dique, á donde estaban plantadas catorce piezas, y

seis en frente de los tercios de españoles, en tres reductos, sin otras cuatro que desde el cuartel de los borgoñones, irlandeses y alemanes, que hacian el cuerno izquierdo del alojamiento, tenia á su cargo el coronel Estanley. Todas estas piezas batian las fortificaciones y la villa en ruina con mucho daño; y entre otras personas de cuenta que mató, fué uno el Monroy, coronel escocés, hombre entre ellos de mucha estima. No era menor el daño que hacia la artillería enemiga en todo el campo, especialmente en el escuadron volante. Y así, á los 9 del dicho, pareciendo que las naciones estaban bien fortificadas y que ya no era de servicio la gente que tenia don Carlos entre el dique y el río, se le ordenó que la retirase á los cuarteles, desde donde se podia acudir al socorro de las trincheras con mayor facilidad y menos peligro, como se experimentó presto. Tenia ya á esta sazon el enemigo junto todo su ejército, que pasaba de diez y seis mil infantes y tres mil caballos; y dejando dos mil hombres en defensa de un fuerte que hizo para cubrir el puente grande, alojó todo lo restante en los búrgos y villajes más cercanos al río, en toda la distancia de cinco leguas que hay desde Tilt á Gorcum, con designio de dar calor á los sitiados y guardar el paso de la ribera, que la temia mucho.

El dia de los 11 de Mayo las centinelas que estaban á la lengua del agua avisaron cómo toda aquella noche habian oido pasar golpe de infantería y caballería por el puente, que dió ocasion de sospecharse que se aparejaba una gran salida; y así, se doblaron las guardias de las trincheras, enviando (á pedimiento de los coroneles que las guardaban) seis compañías de españoles, dos de cada tercio.

Salieron al fin el enemigo al punto del mediodía por tres partes; dos mil infantes y trescientos caballos por entre el dique y el río, con designio de cerrar con los cuarteles de los italianos y walones; y para dar calor á esta gente, bajaron de Tilt treinta charruas llenas de artillería con que cañonear la gente católica, en descubriéndose para pelear con los que salian contra ellos de la villa; otros dos mil hombres salieron por el dique grande, á quien los enemigos llamaban Oesendich, con orden de acometer las trincheras, y por las praderías más de cuatro mil en tres escuadrones, con siete tropas de caballos que los

cubrían por su mano derecha. Fué resoluto y determinado el acometimiento de esta gente, que no parecía sino que venían con intento de dar la batalla y acometer nuestros reparos; tal, que dos veces envió el Almirante órden á don Carlos y á Zapena, porque Luis de Villar había días que estaba en Bolduque muy malo, una con don Pedro Forteza y otra con Pedro de Ibarra, que cerrasen las surtidas y no empeñasen ninguna gente; que no se pudo obedecer por tener ya fuera de los reparos las compañías de arcabuceros de los tres tercios, y otros tantos escuadroncillos volantes de socorro; todos los cuales hicieron maravillosamente su deber y detuvieron la furia del enemigo, sin otra pérdida que nueve soldados; hizo gran daño nuestra artillería, jugando sin cesar treinta y dos piezas á todas partes, y la del enemigo muy poco en todo aquel dia, que pareció milagro, respecto á ser más de cien piezas con las que tiraban de la tierra y de las charruas, y andar la gente católica descubierta, salvo los de las trincheras, á quien se ordenó que por la vida no se descubriesen, dando lugar á que nuestros cañones jugasen por sobre sus cabezas contra los que venían arremetiendo por el dique adelante, y descargando ellos sus armas de fuego en viéndolos á tiro de arcabuz; con que tuvieron por bien éstos, que fueron los franceses, de retirarse sin llegar á medir las picas. Los ingleses que arremetieron por la parte del río corrieron la falda del dique, por donde no los podía ofender nuestra artillería, con más ostentación que provecho; porque, aunque llegaron cerca del cuartel de los italianos, no hicieron más que darle una vista y volverse por junto al río. Deseó La-Barlota, á quien tocó aquel dia la guardia de aquel puesto, soltar alguna gente de las trincheras contra los ingleses cuando se iban retirando; mas dejólo por tener todavía por frente á los franceses, que por no hacer su retirada antes que las demás naciones, estuvieron valerosamente firmes junto al primer rastillo, aunque con pérdida de más de ciento de ellos, á quien hizo pedazos nuestra artillería. Nuestra caballería por la parte de los españoles anduvo muy mezclada con la del enemigo, señalándose los capitanes don Juan Gamarra, don García Bravo, don Juan de Bracamonte, don Diego de Acuña, Francisco la Fuente, Daniel de Gaura y otros. Duró la esca-

ramuza más de tres horas, sin que de todo el campo faltasen más que setenta hombres entre muertos y heridos, los más de artillería; del enemigo, como afirmó un francés fugitivo, murieron pasados de trescientos. Hallóse en esta salida el conde Mauricio, á la cual, si los zanjones y pantanos que había por la campaña no estorbaran el poder llegar á medir las picas, se le pudiera muy bien dar nombre de batalla.

Tocó aquella noche la guardia de las trincheras á don Alfonso Dávalos; y pareciéndole al enemigo que cogería á los nuestros de sobre-salto más que en otra ocasión, por lo que había sucedido aquel dia, salió á cosa de media noche con mil, entre franceses y holandeses, y dando en las trincheras, degolló un cuerpo de guardia de treinta walones, con que, advertidos los de más, y acudiendo á sus puestos, despues de una hora de pelea, se retiró el enemigo con alguna pérdida. Quedaron muertos y heridos en esta ocasión algunos capitanes y soldados particulares italianos, y don Alfonso pasado por los riñones de un mosquetazo, de que curó, despues de haber llegado á muy gran peligro de su vida.

Dentro de tres dias, tocándole al señor de Achicourt la guardia, corrido el enemigo, y en particular los franceses, de ver lo poco que habian ganado hasta entonces con las salidas, determinaron hacer otra dos horas antes de amanecer, á los 14 de Mayo, prometiéndose el llevarse de aquella vez las trincheras, para que faltó bien poco. Dió Mauricio el cargo de aquella empresa al señor de La-Nua, con sus franceses, añadiendo dos mil ingleses, toda gente escogida, que por todos fueron cinco mil hombres; el cual, para hacer su hecho mejor, valiéndose de la oscuridad de la noche (que acertó á serlo mucha por ocasión de una gran niebla que se levantó), enviando los ingleses con un gran rodeo mil por cada parte del dique, para cuando viesen que él acometía por la frente acometiesen ellos por los costados, cerró valerosamente; y haciendo los ingleses lo mismo, se comenzó á pelear con gran porfía, salvando á los nuestros lo mismo que salvaba tambien á los enemigos, que era el no ver á quien herir, ni poder dar ni evitar los golpes. Peleábase en lugares estrechos y por entre ramales de trinche-

ras, tan intrincadas, cuanto peligrosas á quien no las tenia en plática. Las primeras á padecer fueron dos compañías de españoles, á quien, en oyendo el arma, llevó Achicourt consigo á la vanguardia; cuyos capitanes, Juan Ruiz de Movellan, del tercio de don Carlos, y Aldana, del de Zapena, el primero murió peleando valerosamente, y el segundo fué llevado en prision con un brazo roto de un mosquetazo, muriendo allí la mayor parte de sus compañías. De los walones quedaron al pié de ciento en la primera arremetida. Faltábales á los enemigos por ganar sólo el principal reducto, á donde habian retirado los suyos á Achicourt con un muslo atravesado de un mosquetazo, cuando llegó nuestro socorro, que le anticipó y avisó (se puede decir) el enemigo, habiendo aquella mañana, dos horas antes del dia, usado una estratagema para engañar al campo católico, que sirvió de todo lo contrario: porque, sacando algun golpe de su gente fuera del rastrillo, en cierta parte eminente en el dique ahorcaron una espía de muchas de todas naciones que el Almirante tenia dentro de la villa; á las voces del cual, en que declaraba como moria católico, se tocó una arma muy viva en el campo, que al fin se mitigó con el desengaño de que advirtieron las centinelas perdidas. Los tercios de don Carlos y Zapena, que con el arma se habian puesto en escuadron, por consejo de don Pedro Sarmiento y Baltasar Lopez del Arbol, sargentos mayores, se estuvieron quedos fuera de los reparos, aguardando al dia, que se venia acercando; y en este estado los halló la segunda arma cuando se tocó de veras. En oyendo la cual, los maestres de campo arrojaron cinco compañías, tres de don Carlos, que fueron la suya, gobernada por don Cristóbal de Proxita, su alférez, y las de arcabuceros de Antonio Sarmiento de Losada y Mateo de Otañez; la del propio Zapena, que la llevaba su alférez Blas Segarra, y la de don Rodrigo Ponce, que todas juntas pasaban de quinientos hombres, y ellos con lo restante de sus tercios; dejando en guardia de los cuarteles al sargento mayor Diego de Durango, que lo era de Luis del Villar, se mejoraron algun tanto por las praderías, con intento de socorrer á donde fuese necesario; porque se temia no tocasen arma en las trincheras y diesen en el cuerno izquierdo de nuestros cuarteles, que, como se ha dicho, le

tenia á su cargo el coronel Estanley. La órden que los capitanes llevaron fué de cortar el paso al enemigo, entrando en el dique por las praderas y acometíendole por las espaldas; hicieronlo así esforzadamente, rompiendo, ante todas cosas, el hilo de la gente enemiga que venia cargando la vuelta de las trincheras católicas, con muerte de los que hicieron resistencia, y cargando sobre la que ya habia pasado. Como los iban cogiendo por las espaldas, mataron á muchos, sin que cayesen en que tenian á su enemigo tan cerca; mas, como pasó entre ellos la palabra de que eran acometidos por donde menos pensaban, creyendo que era toda la infantería española la que venia sobre ellos, en lugar de retirarse por donde habian venido, cogieron los más por entre el dique y el río, y los menos recatados, que siguieron su retirada por el dique, murieron todos á manos de nuestra gente; que, fuera de pelear con singular valor los soldados, los capitanes se gobernaron con gran prudencia y órden militar. Don Cristóbal, que con las picas de la compañía de su maestre de campo habia seguido al enemigo, matando y prendiendo hasta el primer rastrillo, tomó en prisión á un coronel francés, y siguiendo la órden que tenia de retirarse por la falda del dique de la parte de los cuarteles, queriendo calar tras él toda su gente, que echó de vanguardia, como se acostumbra cuando queda el enemigo á las espaldas, topó con una tropa de enemigos que se venia retirando, la cual, sin que los nuestros la viesen, por la oscuridad, le tomó á él en prisión muy bien descalabrado el propio coronel á quien llevaba; aunque otro dia le envió sin rescate alguno, agradecido de que cuando le prendió á él le salvó la vida y le llevaba suelto y como libre. Quien mejor razon pudo dar del número de los enemigos muertos de esta noche fueron los maestres de campo; los cuales hasta que aclaró el dia se estuvieron en la falda del dique y en el propio dique hasta recoger su gente, y vieron con la primera claridad lleno de cuerpos muertos todo aquel espacio entre las trincheras y el primer rastrillo, sin los que quedaron en las primeras trincheras. Súpese despues de buenas relaciones que le faltaron al enemigo aquella noche pasados de quinientos hombres, muertos dos coronelos y nueve capitanes, sin cosa de ochenta de todas nacio-

nes que se tomaron en prisón. De los nuestros murieron cincuenta españoles de las dos compañías que estaban de guardia con el uno de sus capitanes, y pocos más de ochenta walones. De los del socorro faltaron nueve, tres presos con el alférez de don Carlos, y seis muertos; hubo algunos heridos de las dos compañías, y entre ellos don Francisco de Irartazábal, soldado de Aldana, que le dejaron con muchas heridas, de que curó después. Y es cosa digna de consideración la poca fidelidad con que los holandeses escriben sus pérdidas, que no parece sino que se les deben de derecho las victorias, por ventura por la justificación que da á su causa el haberse rebelado á las majestades divina y humana; pues llegando á tratar de este suceso un historiador suyo, no dice más de que perdieron dos capitanes y alguna gente, que con la oscuridad de la noche se mataron unos á otros. Otro día, sabido por el Cardenal el buen suceso de las trincheras, envió á don Carlos Coloma una orden para que repartiese en su compañía ochenta escudos de ventaja, y ciento entre las de Sarmiento y Otañez, y á Zapena, para las de su tercio, á la misma proporción; cosa que pareció muy bien y animó mucho á todo el ejército.

No quedaba ya sino uno sano de los tres maestres de campo, á quien había encargado el conde Federico la vanguardia de las trincheras, que era La-Barlota, el cual, pareciéndole de allí á dos días sobradas las fuerzas y muy ordinarios los acometimientos del enemigo, deseando meter á la parte á los españoles, pidió al Almirante que mandase se fuesen alternando con él, como lo hizo, llamando á los maestres de campo á su tienda y proponiéndoles la demanda de La-Barlota. Ellos por dignos respetos rehusaron aquella forma de guardia, ofreciéndose á encargarse del todo de allí adelante de las trincheras, como lo hicieron los diez y siete días que duró el sitio, con gusto particular del Almirante, que había ya alguno que lo deseaba, cayendo en el yerro que se había hecho, dando la vanguardia á otra nación que á la española; novedad grande, aunque con aparente muestra de aguardar la orden de la guerra; lo que en otros sitios de tierras que pueden acometerse por muchas partes no era de tanto inconveniente como allí, que sólo podía acometerse por un dique muy estrecho.

Dada pues esta órden, dejando las naciones el puesto, se encargaron de él los españoles, donde aquella misma noche le ocupó el maestre de campo Gaspar Zapena con mil y doscientos hombres de los tres tercios, y la siguiente don Carlos con otros tantos; y así se mudaban el uno al otro todo lo que duró el sitio, que fueron diez y siete días más, sin que en todos ellos se atreviese el enemigo á hacer salida de consideracion, ni con más que ligeras tropas para tocar arma y ver lo que se trabajaba; que fué todo lo que pudo ser en órden á fortificar el puesto y á ir ganando tierra, con la seguridad y recato conveniente en parte donde se tenía á tiro de arcabuz un ejército enemigo tan poderoso. Hasta los 22 del corriente se estuvo todo suspenso, sin que hubiese más que leves escaramuzas y una perpetua batería de ciento y cincuenta piezas de ambas partes, con infinitas muertes y heridas de la nuestra, por estar nuestros cuarteles más sujetos á ella, y no menos el de la corte, donde estaba el Almirante, que los de los tercios de españoles, alemanes, borgoñones é irlandeses; pues todo este sitio estuvieron por blanco de la artillería de la villa, sin que hubiese puesto ni lugar seguro. Entre otros heridos de consideracion, fué uno don Juan de Vivero, conde de Fuensaldaña, á quien llevó una bala de cañón todo el talon y parte del tobillo de una pierna. A los 21 del mismo el almirante de Aragón escribió de parte del Cardenal un papel, que por ocurrirme estando escribiendo esto el original y la respuesta que dió á él don Carlos Coloma, los pondré á la letra entrambos. Decia pues el Almirante: «Su Alteza quiere saber el estado en que se halla nuestro ejército, la disposicion de esta villa y las fuerzas con que el enemigo se halla, la esperanza que hay de salir con la empresa, y dentro de qué tiempo se podrá salir con ella, segun el estado de nuestras cosas; y en caso que no parezca que se puede ganar esta villa con el ejército y preparamientos que Su Alteza tiene, quiere saber lo que se podrá hacer con el ejército conservando la reputacion; y para resolverse mejor en ello, quiere que vuesamerced dé su parecer por escrito, firmado de su nombre, y me le envie á mí de aquí á mañana á mediodía, para que yo le envie á Su Alteza. También quiere saber Su Alteza, para mejor direccion de lo que se hu-

»biere de hacer, en qué puestos será bien que esté su persona, con-  
»tinuándose este sitio ó habiendo de levantarse dél y emprender otra  
»cosa; vuesamerced piense en ello y me avise lo que se le ofreciere  
»cerca de todas estas cosas; porque, como he dicho, Su Alteza me ha  
»mandado haga luego esta diligencia con vuesamerced, á quien guar-  
»de Dios. Del campo junto á Bommel, á 22 de Mayo de 1599.» Res-  
»pondióle lo siguiente don Carlos: «Como no cuido sino de mi tercio,  
»no sabré decir á vuestra excelencia el estado en que están los de-  
»más; dél me faltan, entre muertos y heridos, desde que entramos en  
»la isla, cuatrocientos y veinte y siete soldados; la esperanza que hay  
»de salir con esta empresa digo que es ninguna mientras no se ocu-  
»pare el dique de la otra parte; y con todo eso, es necesario quitar el  
»paso del río al enemigo, ó con la artillería ó de otra manera; por-  
»que estando el puente en pie y el conde Mauricio con diez y ocho  
»mil infantes, que dicen tiene, no hay á quien no le parezca que será  
»necesario gastar en ello mucho tiempo, todo él mal empleado. Y hay  
»otro inconveniente, que cuando ganemos á Bommel ha tenido y ten-  
»drá el enemigo tanto tiempo para fortificarse de la otra parte del  
»Wal, que no habremos hecho nada respecto á lo que más conviene y  
»se desea, que es pasar allá. El fin que se les da á las cosas suelen  
»decir que corona y perfecciona las obras; y así, digo (suponiendo que  
»si se deja esto se ha de ocupar este ejército en otra empresa) que si  
»se escoge tal que se pueda esperar buen suceso de ella, se pondrá  
»muy en seguro la reputacion. No sería malo para esto el sitiar á  
»Breda, que, aunque es fuerte, es sin duda que se le puede quitar el  
»socorro, y muy fácil el acometerla, sin que le meta el enemigo más  
»guarnicion de la que tiene, acudiendo allá de golpe la caballería á  
»tomar los puestos; pero, si es así como me dijo ayer Moriensarte,  
»que hay órden de no dejar por este verano la isla, y conviene, por  
»consideraciones de estado, el no cargar con ella á Brabante, yo me  
»acuerdo haber oido decir al conde Carlos de Mansfelt, diez años há,  
»que si se hiciese un fuerte en la mayor estrechura de tierra entre el  
»Wal y el Mosa, se le pondría un freno á toda Holanda, y áun le vi  
»despues arrepentido de no haberlo hecho; otros muchos hay en el

»ejército que se acordarán de esto mismo, con quien lo podrán conferir Su Alteza y vuestra excelencia cuando fueren servidos. En lo del puesto, donde conviene que esté Su Alteza pasándose adelante el sitio ó emprendiendo otra cosa, digo que, aunque es sin duda que alegraría grandemente al ejército su presencia, para todo está mejor en Bolduque, y más teniendo en su lugar á vuestra excelencia aquí, que tanto nos honra, alegra y favorece á todos; á quien guarde nuestro Señor, etc. De las trincheras, á 22 de Mayo de 1599.» Andaba muy viva ya entre las cabezas del ejército la plática tocante á la fábrica de este fuerte; y así, se echó de ver después de esta consulta que no se deseaba continuar el sitio, ni áun, á lo que se entendió, fué jamás el intento del Cardenal seguirle hasta el cabo, pues á serlo, es cierto que se ocupara el otro dique, desde el cual decían algunos plásticos de la tierra que se podía batir el puente y áun desalojar la gente que se había fortificado junto á la villa, que eran los franceses y parte de los ingleses. Lo cierto es que, si este sitio se emprendiera de veras, fuera posible no costar más el tomar la tierra que costó el estar junto á ella más de un mes sin fruto; sospechóse que mientras le pintaron al Cardenal la bajada del ejército alemán mayor de lo que era, deseó que no le hallase tan empeñado que no pudiese salir á impedir sus progresos; y más, después que supo como Mauricio había enviado al conde Holak, su cuñado, con trescientos caballos á persuadir al conde de Lipa, general de aquella gente (cuyo número por relaciones ciertas se sabía llegar á treinta mil hombres), que dejada toda otra empresa, se juntasen con él, con que, asegurándose del ejército católico, era fácil cosa asegurarse después de todo lo demás; pero, los alemanes, deseando hacer la guerra no más que hasta desalojar las guarniciones españolas, aunque daban esperanzas de llegar á juntarse con Mauricio, no pensaban en cosa menos.

El primer ruin efecto que hizo la nueva de la bajada desta gente fué el parecerles ya tiempo á los de Wesel de quitarse la máscara y volver al vomito, sin vergüenza de las gentes ni temor de Dios; y actualmente lo emprendieron el dia de la Ascension, echando mano de un predicador de la Compañía de Jesus, al tiempo que alzaba la suya

para persignarse, y cargándole de palos y vituperios; cosa que añadió á otros malos tratamientos á sacerdotes y rompimiento de imágenes que habian hecho algunos dias atrás, obligó al Nuncio apostólico á volverse á Colonia con achaque de que por causa de la muerte del arzobispo de Treveris habia forzosamente de hallarse á la nueva elección. Salido el Nuncio, desterraron al otro dia á todos los religiosos y al vicario de Emerique, echando con grandísima ignominia á los que á trueque de sus vidas, portaban en quedarse escondidos con celo de caridad cristiana; éstos fueron dos Padres de la Compañía de Jesus y otros dos augustinos, á quien echaron por fuerza de la ciudad, siguiéndolos gran muchedumbre de muchachos cuando los llevaban casi arrastrando, cargándolos de lodo y otras suciedades más indecentes; al fin ellos se quedaron como antes, si no peores, haciendo gran mofa de lo bien que habian sabido engañar al Nuncio y al almirante, como si no fueran ellos los engañados.

Desde los 15 de Mayo hasta los 2 de Junio no se hizo otra cosa en las trincheras de Bommel sino fortificarlas con reductos cerrados y ramales de trincheras harto acomodados, respecto á la estrechura del dique; sea por esto, ó porque los enemigos sabian que los guardaban españoles, lo cierto es, que no hicieron salida de consideracion en diez y ocho dias que Zapena y don Carlos las tuvieron á su cargo; y no parecerá jactancia de la nacion á quien se acordare, que lo dijeron así algunos fugitivos que venian á rendirse, respondiendo á la pregunta que se les hacia de que ¿por qué no salian ya, como habian hecho hasta allí?

Juéves, á los 3 de Junio, estando las trincheras á cargo de don Carlos Coloma, se ordenó la retirada, y se hizo á la punta del alba de los cuatro, habiéndose comenzado á retirar la artillería desde la media noche, sin que tampoco saliese el enemigo á la retaguardia, como lo pedia toda razon de guerra, ni sucediese otro desman que el sacar un ojo de un mosquetazo aquella noche al alférez don Francisco de Medina, y matar de otro al capitán Alonso de Ayllon, del tercio de Zapena; auunque la artillería de la villa jugó primero á los fuegos que inconsideradamente encendieron algunos mozos de servicio en los cuar-

teles, y despues en nuestra retaguardia, que acabó de retirarse ya de dia con algun daño aunque sin dejar una tienda de vivandero, cuanto y más carros y bagajes, y aun heridos y niños, como afirman los holandeses en sus historias; ni hubo ocasion para ello, no atreviéndose ellos á salir á la retaguardia católica, ni aun un paso de sus trincheras, hasta más de dos horas de dia, y despues de bien asegurados de que no se les dejaba emboscada.

Marchó todo el campo junto hasta el villaje de Hervin, no con más seguridad de la artillería enemiga, por la prisa con que se fueron arrimando con el viento cantidad de charruas y bajeles de armada, y por tierra, de la otra parte del río, gran golpe de gente, acompañando cuatro cañones, con que al momento comenzaron á batir al campo católico; y duró este trabajo otros dos días, hasta que se mudó el ejército á Herquevick, villaje algo más cubierto de la artillería. Estando aquí, vino el Cardenal á ver por sus ojos el puesto donde se pensaba hacer el fuerte, y llevando consigo al Almirante, conde Federico y á todos los maestros de campo y coroneles y á los demás de su consejo, despues de haber estado más de dos horas mirando y confiriendo á caballo con el mismo peligro que los demás, por la prisa con que jugó toda la mañana la artillería enemiga desde la otra banda del Wal, se volvió al cuartel, y juntando á la tarde el consejo, propuso si se haría el fuerte, de qué capacidad habia de hacer, de qué provecho seria despues de hecho, y qué diligencias se debian ser para su total seguridad. Discurrióse largamente sobre estos puntos, conviniendo todos los del consejo en que convenia hacer el fuerte, que fuese de cinco baluartes reales ó más, segun la disposicion del sitio; que el provecho que se seguiría estaba claro, que guardándose desde él ambos pasos del Wal y del Mosa, y obligando al enemigo á haber de tener al opósito perpétuamente cuatro ó cinco mil hombres por lo menos, so pena de que cuando menos lo pensasen se podia tomar pié de la otra parte, y meter en contribucion á media Holanda, y que, finalmente, encargándole á un hombre de confianza con ochocientos walones de guarnicion, como no les faltase el sustento ordinario, se defenderian á pesar de todas las fuerzas del enemigo; y más

si se hacia un reducto en la márgen sinistra del Mosa, debajo la artillería del fuerte principal, para conservar el trato y comunicacion con Bolduque y con Grave. Con esta aprobacion tan uniforme y comun resolvio el Cardenal que otro dia, que fué el 8 de Junio, se echasen los cordeles y se trazase el fuerte. Habia pasádose á nuestra parte, y dejado al enemigo, un ingeniero aleman, llamado maestre Hans Hancre, hombre consumadísimo en el arte; el cual, madrugando otro dia con don Luis de Velasco y conde Federico, trazó el fuerte de cinco caballeros; es á saber, dos y la frente de una cortina sobre el Wal, uno frontero al fuerte de Voorden, otro sobre el Mosa, y otro que miraba á la villa de Bomel, de donde distaba el fuerte legua y media. Puestos los cordeles, quinientos soldados abrieron una zanja de cuatro palmos todo al rededor, señalando el foso y estradas cubiertas y todo lo demás como si fuera sobre el papel, por ser todo el terreno praderías llanas como la palma, para que á la tarde lo viese el Cardenal, como lo hizo, acompañado de todos los del consejo, con gusto tan particular de ver lo bien que salia la traza, como sentimiento del golpe que hizo en presencia de todos un cañon de catorce que batia ya nuestra gente, llevándole al ingeniero la pierna izquierda por junto á la rodilla, estando en medio de todas las cabezas del ejército; los cuales le vieron dentro de dos meses volver á presidir en la obra sano y bueno, aunque con una pierna de palo. Aquel mismo dia encargó el Cardenal la superintendencia de la obra á don Luis de Velasco, señalándole cada noche tres mil hombres de guardia, y ordenándole que procurase con su artillería desalojar la del enemigo. El gobierno del fuerte se dió á Nicolás Catriz, teniente de artillería, y uno de los más valientes soldados de la nacion walona. Hecho esto, el Cardenal se volvió á Bolduque, don Luis se alojó junto al dique para comenzar la obra, y el ejército en frente de banderas á un cuarto de legua dél para darle calor; salva los víveres y tren de la artillería, que se alojaron en el casar de Rosem. La caballería (considerada la falta grande que habia en la isla de forrajes) se alojó de la otra parte del Mosa; es á saber, don Ambrosio en Grotelit y Lithoyen con diez y siete compañías, y Contreras con las demás en el pafs

de Mega, en los villajes de Tefelem, Oeren y Marqueren. Hecho esto, se subió el puente cerca de una legua el río arriba, por cuyo medio se comunicaba la infantería con la caballería con poco rodeo y gran comodidad. Vino á estar el puente frontero el casar de Rosem, entre los villajes de Alem y Marent, y guardábale el capitán Zapata con su compañía y dos alemanes del regimiento de Barbanson. No se había acabado de resolver la fábrica del fuerte, y ya la sabía el conde Mauricio; daño irreparable en guerras deste género; el cual, echando de ver el que se le seguía de ella al estado de sus cosas, marchó el propio dia que se trazó el fuerte, y con todo su campo se alojó entre el casar de Varick y el dique, á la margen diestra del Wal, frontero del puesto destinado para el fuerte; á donde comenzó á levantar una gran plataforma, capaz de alojar en ella veinte y cuatro cañones, sin que por esto dejases de tirar los seis que estaban alojados en el dique. No anduvo menos cuidadoso don Luis en hacer lo mismo de nuestra parte; y así, después de haber plantado seis cañones en el dique contra los del enemigo, con mayor trabajo, por ser algo más alto el dique de la parte contraria, comenzó un trincherón de fagina y tepes, ancho veinte y cuatro piés, y largo todo lo que fué menester para cubrir la cortina y dos baluartes que se levantaban en la frente del río, y una plataforma por remate, donde se alojaron diez y ocho piezas, que por todas eran veinte y cuatro las que jugaban de nuestra ribera, y treinta las del enemigo, con tanto daño de ambas partes, que quince días que tardaron unos y otros en cubrirse medianamente, murieron de cañonazos y mosquetazos de los dos campos (sabiéndose la relación de los del enemigo por la boca de algunos prisioneros) más de mil y doscientos hombres. Caminaba entre tanto el edificio del fuerte, trabajando de ordinario en él mil soldados y dos mil gastadores; adelantándose mucho, por la gran abundancia de fagina y facilidad con que la traían en barcas al pie de la obra, de la otra parte del Mosa, ofreciendo la llanura de aquellas praderías tierra y céspedes en abundancia; aunque ni el cortarlos ni el ponerlos se hacia sin notable peligro de la artillería enemiga. Cuatro días después de comenzado el edificio del fuerte, llegó á Bolduque el marqués de Burgaut, herma-

no del Cardenal, deseoso de acompañarle en aquella ocasion y de servir al Rey, como se ha referido lo habia hecho ya otras veces.

El dia de los 25 de Junio sucedió, que viniendo don Luis de Velasco por el dique adelante la vuelta de Bomel con diez caballos, para ver si por beneficio de las vueltas que daba el rio podia (plantando algunas piezas) ofender á los cuarteles del enemigo por las espaldas ó por el costado, en un recodo del dique dió en una emboscada de treinta caballos enemigos que habian salido de la villa á tomar lengua, los cuales, dando la carga á don Luis, que se hallaba aquel dia en una haquilla, faltó muy poco que no le prendiesen; con todo eso, prendieron á Cláudio de Sabiñi, señor de Rone, hijo de monsieur de Rone, harto nombrado en estos comentarios, y mataron al capitán Daniel de Grave, uno de los mejores soldados de á caballo que habia en el ejército.

Sentia mucho Mauricio no poder enviar á correr su caballería á Brabante, á causa de estar alojada la nuestra sobre la ribera del Mosa, como se ha dicho; y así por esto, como por apartarse de la furia con que eran batidos sus cuarteles en Varik por nuestra artillería, pensó en dar una mano á don Ambrosio; y antes de esto, para tener ocasion de acercarse, intentó el tomar pié en la isla de Bomel, debajo del favor del fuerte de Voorden, el cual, segun dijimos arriba, está situado en la punta que hace aquella última parte del país de Gueldres, por donde el Val comunica con el Mosa parte de sus aguas, resuelto tambien en hacer un puente; y temiendo que si plantaban los nuestros artillería frontero del fuerte se le harian pedazos con facilidad. Un yerro ó descuido, por pequeño que sea, en la guerra, suele ser causa de grandes inconvenientes y daños; porque, siendo aquel puesto tan necesario para el campo católico cuanto fué despues dañoso, no se cayó en ocuparle, como se pudiera con gran facilidad; cosa que toca y la han de advertir los maestros de campo generales, á cuyo cargo está todo lo que mira en lo universal á la seguridad de los ejércitos. Pero ¿qué prudencia jamás lo advirtió todo? Con este intento, pues, pasó Mauricio sin dificultad al villaje de Herverden tres mil hombres entre ingleses, franceses y holandeses, la noche del 28 de Junio; y aunque

fué luego sentido de nuestras centinelas de á caballo, y de ellas avisado el Almirante, no pareció acertado moverse por entonces, hasta que con el dia se pudiese reconocer mejor el intento del enemigo; el cual, dando muestras de que fortificaba el village con abrirle una trinchera de rio á rio, espacio de seiscientos pasos, tenia la fuerza de los trabajadores cosa de quinientos más atrás, con los cuales, en aquella noche y otro dia hasta mediodia, hizo un reducto con dos medios caballeros, uno sobre cada rio, además de ser ellos de competente altura, y con muy buenos fosos y palizadas hacian través por nuestra mano derecha un baluarte del fuerte de Voorden, y por la izquierda seis piezas que plantó aquella misma noche el enemigo de la otra parte del Wal, sobre el dique por donde se va á Tilt. Venido el dia y juntado el consejo, resolvió el Almirante en ir á echarle de allí como á vecino demasiadamente peligroso para el edificio del fuerte comenzado. Tocóle á Zapena el salir con la gente española, á don Carlos el guardar los alojamientos con todas las banderas; no queriendo el conde Federico (á quien se encargó el arremeter) llevar sino gente suelta de todas naciones, en número de tres mil hombres, es á saber, la gente á quien aquella noche tocaba la guardia del fuerte, á donde, como se ha dicho, asistia don Luis de Velasco. Salió el Almirante con toda esta gente del cuartel á las diez del dia; y marchando hasta el village de Rosem con mil caballos, envió con la vanguardia al conde Federico, y siguió con la retaguardia dándole calor. Fué saludada nuestra gente en saliendo á lo raso por la artillería, tanto del fuerte de Voorden como de la que estaba de la otra parte del Wal, y de las charruas que se habian dejado caer de Tilt con la corriente; mas con todo esto, la infantería española pasó valerosamente adelante sin mostrar alteracion alguna. Zaballos y Ortiz, capitanes de arcabuceros, el primero del tercio de Zapena, el segundo del de Luis del Villar, que llevaban la vanguardia, reconociendo primero (en cuanto la estrechez del tiempo les dió lugar), advirtieron al Conde y Almirante que era fácil de ganar el casar de Herverden, no pudiendo reconocer lo que había hecho más adelante; y así, cerrando con las primeras fortificaciones la infantería española, las ganaron, con muerte de muchos enemigos; y pasando

adelante, llevados del ardor de la victoria, hallaron por frente las fortificaciones y por los costados los traveses que pintamos arriba; sin embargo, hubo capitanes y soldados que subieron hasta lo alto de las trincheras, sin otro provecho que ponerse por blanco de la mosquetería del fuerte, que mató de esta manera á muchos. Porfióse con todo esto en vano más de una hora, hasta que viendo el conde Federico el daño que recibía la gente por tres partes, mandó tocar á la retirada, que, aunque se hizo sin desorden, murieron en ella y en los asaltos más de trescientos hombres de todas naciones y cinco capitanes españoles, Martin de Algaravía y Francisco Rodriguez, del tercio de Zapena, y del de don Carlos, Blas Gonzalez, don Fernando Pardo y Juan de Ayerbe; del de don Alfonso murió el caballero Pachoto, y de todos alféreces reformados y personas particulares, sin muchos heridos, de los cuales murieron después algunos.

No se descuidó entre tanto Mauricio de hacer salir de Bomel ochocientos caballos, y á su calor alguna infantería, á tentar los alojamientos y á divertir el ardor de la principal refriega, tocando arma por allí; lo cual paró en dejarse un capitan de caballos preso, que le tomaron mal herido soldados de La-Barlota y murió aquella noche; hubo tambien otros prisioneros de menos cuenta, y en el campo sólo la perdida de dos soldados de á caballo, aunque duró más de dos horas la escaramuza.

Con este buen suceso arrasó el enemigo todo el villaje de Herverden; y acabando de fortificar el reducto y media luna sobre las barchas que trajeron de Tilt formó dos puentes, uno de punta á punta, y otro en el Mosa desde el fuerte de Voorden hasta las praderías; porque, ó por la vecindad del fuerte enemigo, ó por ser aquella tierra muy baja y sujeta á las crecientes del Mosa, hay un buen tiro de mosquete desde el río á nuestro dique; detrás del cual, desde cuarto de legua hasta legua y media estaba alojada nuestra caballería ligera como y donde dijimos arriba. Mientras el enemigo fabricaba aquellos puentes, cuidadoso don Ambrosio del daño que por allí podria recibir su caballería, pidió infantería con que cubrir los cuarteles, que al principio se le dieron mil infantes de todas naciones, y despues doscientos españo-

les del tercio de don Carlos, con el capitan don Jerónimo Agustín. Temió siempre don Ambrosio que el daño le habia de venir acometiéndole por el dique que va á Mega; y así, alojó á toda la gente de las naciones en él, con muy buenos reductos, juzgando por gran temeridad que se atreviesen á embestirle, atravesando las praderías y el dique por donde se iba al campo; y con todo eso, para mayor seguridad, encargó á los españoles aquel puesto, que al punto se fortificaron con un reducto tal, que si, como le mandó hacer don Jerónimo detrás del dique por cubrirle de la artillería del fuerte, le hicieran encima de él, defendieran sin otro socorro el paso al enemigo; el cual, viendo que se le iba entendiendo el juego, y perseverando en su primer intento, salió el 3 de Julio á reconocer nuestras fortificaciones, resuelto en quitar, si podia, el padrastro del fuerte que iban haciendo los españoles; pero eso fué á tiempo que, por hallarse á caballo la mayor parte de nuestra caballería, que volvia de acompañar al Cardenal y á su hermano el marqués de Burgaut (los cuales, habiendo estado el dia antes en el campo, se habian vuelto á Bolduque), paró todo el efecto de aquel dia en una muy gallarda escaramuza, el fin de la cual fué meter nuestra caballería á la del enemigo hasta debajo de sus piezas, con muerte y prision de algunos, y sin más daño de los católicos que la muerte de Benito de la Higuera, valeroso soldado, natural de Yeps, teniente del capitan Francisco de la Fuente. También estorbó aquel dia mucho al enemigo la lluvia, que fué excesiva. Notaron muchos aquella tarde, y en particular el capitan Pedro de Ibarra, entretenido, á quien envió el Almirante á traer nuevas de lo que pasaba en la escaramuza, y ver si había necesidad de socorro, que mientras se escaramuzaba junto al reducto de don Jerónimo, una tropa de gente particular reconoció un puesto entre el dicho fuerte de don Jerónimo y el último de los que cubrían nuestro puente; y así, viendo al enemigo retirado, llegó Pedro de Ibarra al Almirante, que estaba en su tienda con los dos maestres de campo españoles, y le advirtió de lo que había visto, infiriendo que el enemigo quería ocupar aquel puesto para quitar el comercio del campo con la caballería. Era

ya noche cerrada y harto oscura y lluviosa, y volviéndose el Almirante á los maestres de campo, deseó saber de ellos su parecer, que al momento le dieron de que se ocupase sin perder punto aquel mismo puesto, ofreciéndose ir uno de ellos en persona á fortificarle y defenderle; aunque, no pareciéndole al Almirante que era cosa digna de un maestre de campo, nombró al sargento mayor Diego de Durango; y ordenándole que sacase la gente que pudiese de su tercio, sin tocar á las guardias y á las que habian de entrar el dia siguiente, sólo pudo sacar las compañías de los capitanes Navarro y Francisco Tamayo. Don Carlos dió al capitan don Luis Dávila y Monroy con ciento cincuenta soldados, inclusos los del capitan Blas Gonzalez, cuya compañía estaba todavía vaca; Zapena dió al capitan Rentería con ciento veinte soldados, y La-Barlota cien walones, que por todos serian hasta quinientos hombres escasos. Era ya cerca de media noche cuando pudo acabar de arrancar Durango, tanto por ocasion de la lluvia como por haber de buscar los maestres de campo entre los vivanderos de sus tercios, hachas y otros instrumentos que llaman marrazos para cortar fagina, y palas y zapas con que mover la tierra; que, aunque de cosas de este género habia abundancia en el campo, estaba todo en donde se hacia el fuerte, y ofrecia dilacion el haber de ir por ello. Llegado Durango con su gente al dique frontero del fuerte de Voorden, fué tal la diligencia que usaron él y su gente, que al amanecer tenian ya formado el fuerte de cuatro caballeros, aunque tan bajo y sin defensa como lo echará de ver quien considerare la cortedad del tiempo; tal, que si el enemigo saliera entonces, se habia forzosamente de dejar la obra, siendo esta la orden que tenia Durango, mientras no le pareciese que estaba el fuerte en defensa. El enemigo, como vió la prisa con que se trabajaba en el dique, juzgando que estaba allí la mayor parte del ejército católico, no se resolvió en salir de veras hasta poderlos reconocer con el beneficio de la noche; sólo sacó alguna caballería por llamar la nuestra á la escaramuza, y dar ocasion de ofender á los nuestros con su artillería desde el fuerte de Voorden; la cual tiró todo el dia á los trabajadores, sin que por esto dejases ellos de andar descubiertos fortificando el puesto, que al alba del dia siguiente

estaba ya en competente altura y casi en defensa, salvo la puerta, que por la brevedad del tiempo no le hubo para ponerla ni hacer puente; antes quedaba el terreno alto é igual con la plaza del fuerte.

Supo Mauricio aquella noche por sus espías que á lo sumo eran quinientos hombres los que trabajaban en el dique, porque el Almirante temió siempre, y ero de temer, que todas aquellas añagazas del enemigo eran para hacer pasar el Mosa á nuestro ejército, y dar ellos sobre don Luis de Velasco y la gente que trabajaba en el fuerte de San Andrés, que este nombre le puso el Cardenal poco despues, como veremos; y así, resuelto Mauricio en acometer de veras, no sólo los reductos, sino el cuartel de la caballería, envió al punto de las ocho de la mañana al coronel Veer y al señor de la Nua con seis mil infantes, y al conde Ernesto de Nassao con mil quinientos caballos con órden de ganar ambos fuertes. En comenzando á salir por su puente la caballería enemiga, tocaron arma nuestros centinelas, y oyéndola cinco compañías de infantería española que iban marchando á mudar otras tantas que cubrían el cuartel de don Ambrosio, que era el villaje de Grotelit, llamado comunmente la Torremocha, apresuraron el paso, y sin dilacion se juntaron con las otras, que fué un presagio de buen suceso. Don Ambrosio, poniéndose á caballo con cosa de quinientos soldados, sin haber podido juntar más hasta que despues le socorrió el comisario general Contreras, encomendando el cuartel á la infantería, pasó adelante, abrigándose por su mano derecha con los reductos del dique maestre que guardaban walones é irlandeses. Don Jerónimo Agustín, que con doscientos españoles de su compañía y de otras guardaba el reducto de su nombre, mientras tardó el enemigo en pasar las praderías le hizo mucho daño con sus armas de fuego; mas, en viéndose sobre el dique, y desde allí barría toda su plaza de armas, dándose por perdido, determinó salir á pelear á lo raso y morir como buen caballero, que es la sola ganancia que puede sacarse de los malos sucesos; tenía tambien órden de retirarse al cuartel de la Torremocha siempre que le pareciesen sobradadas las fuerzas del enemigo; y así, comenzó á hacerlo con muy buen órden, animándose él y los suyos con la vista de nuestra caballería, que venia cargando vale-

rosamente. Bastó esto para que de diez soldados en fuera que murieron se pudiesen retirar todos, menos el capitán y tres camaradas suyos, que por irse retirando de los postreros quedaron en prisión. Pasó el dique (aunque no sin dificultad) la caballería enemiga, por estar muy peinado y difícil de subir, y en estando de nuestra parte, se dividió en dos escuadrones; las dos partes cargaban hacia la Torremocha, y la otra tercia parte, que podían ser seiscientos caballos, se pusieron en puestos acomodados á defender la retirada y el socorro de la gente del fuerte de Durango. Esta división dió la vida á don Ambrosio, porque, cargando siempre y haciendo rostro al enemigo debajo de la artillería de los fuertes que tenían los walones en el dique, no se atrevió jamás el Conde Ernesto á cerrar con él; y sobreviniendo Contreras con seiscientos caballos, le rechazaron ambos hasta el reducto que había dejado don Jerónimo Augustin, con muerte y prisión de algunos enemigos; los cuales, escaramuzando siempre, aguardaban á ver en lo que paraba el acometimiento del fuerte de Durango, que era el fin principal que había tenido Mauricio en aquella salida.

Vista por el sargento mayor Diego de Durango, y los capitanes que se hallaban con él, la resolución con que salía el enemigo, tuvieron una breve consulta sobre lo que se debía hacer, y sin ponerlo en duda, determinaron defenderse. Era también peligrosa la retraída al campo, respecto al gran golpe de caballería que comenzaba ya á dar muestras de pasar el dique; y con esta resolución, repartió Durango la gente en la muralla de tal manera, que cada uno pudiese defender su distrito sin aguardar socorro, por cuanto era cierto que los habían de acometer por todas partes; y él, con cincuenta soldados escogidos, se encargó de defender la puerta, sin otra trinchera que un carro atravesado. Más de cuatro mil enemigos fueron los que cerraron de rondon con el fuerte, y entre ellos hubo algunos tan valerosos, especialmente franceses, que en un punto arrimaron más de treinta escasas y comenzaron á subir, sin que les pareciese á ellos ni al conde Mauricio, que los miraba desde Voorden, que podía haber resistencia bastante para tanta furia; mas, como no era aquella la primera ocasión en que se hallaban los nuestros, de tal manera comenzaron á de-

fenderse, que no sólo á picazos, sino á estocadas y empujones, los trabucaban al foso con mayor prisa de la que habian traido. Tocó al coronel Veer rodear con sus ingleses por detrás del dique y acometer la puerta; con quien cerrando su vanguardia, perdió más de cincuenta de los suyos, que murieron de mosquetazos antes de poder llegar á medir las picas. Cerca de dos horas porfió el inglés por penetrar en aquellas débiles defensas, y los holandeses y franceses gateando por las faginas por trepar hasta la muralla; á donde, descubiertos del todo, los aguardaban los capitanes don Luis Dávila y Monroy, Rentería, Tamayo, Navarro, y el que gobernaba los walones y la mayor parte de sus picas, sin hacer caso tampoco de la artillería que llovía sobre ellos de los fuertes. Fué éste un combate de los más porfiados que se vió en mucho tiempo; y tal, que si el conde Mauricio, viendo lo mal que les iba á los suyos; y por otra parte el socorro que se venia acercando del campo católico, no diera el señal de retirarse, no los despartiera otra cosa que la noche ó la muerte.

En oyendo el Almirante el arma, envió al conde Federico y al maestre de campo don Carlos Coloma y coronel La-Barlota con cuatro mil hombres y órden de acudir á donde conviniese; y él, con los demás que le quedaban, se puso en escuadron en la isla, junto al puente, para acudir á una parte y á otra, conforme á como lo pidiese la necesidad. Marchó el Conde á la diligencia que pudo, que fué la que bastó para que los enemigos desistiesen de su intento; y tal la de algunas compañías de arcabuceros, que, arrojándose por las praderías, degollaron algunos, y no pocos, de los menos diligentes, y á otros que sus amigos los procuraban retirar heridos. Faltaronle este dia al enemigo más de quinientos hombres, la mayor parte franceses, y entre ellos siete capitanes de todas naciones; de los del fuerte murieron veintitres soldados, y el capitan Rentería sacó roto un tobillo de un mosquetazo; heridos hubo hasta treinta de todas naciones. Mudóse la guarnicion del fuerte, dejando otros quinientos hombres frescos con el propio Durango, que no le quiso desamparar hasta acabarle de fortificar, cemo se hizo en otros cuatro dias, sin que el enemigo se atreviese otra vez á tentar cosa de consideracion por aquella parte, si

bien se puso aquello como convenia, y se alojaron tres cañones en la estrada cubierta del fuerte, que siempre se llamó de Durango, con que se batian en ruina las casas del fuerte de Voorden y los puentes, tanto el que salia á las praderías como el otro por donde se comunicaba con la isla de Bomel; el fuerte ó reducto de don Jerónimo se desmanteló como infructuoso, despues de puesto en defensa el de Durango.

Habia caminado á todo esto de manera la obra del fuerte de San Andrés, por causa del mucho cuidado y diligencia de don Luis de Velasco que pareció que con poca ayuda podia comenzar á vivir por su pico; y así, desalojando don Luis de junto á él, se incorporó él y su gente con lo demás del ejército, sólo para encargarse de aquello, y guardar la avenida de la nueva fortificación que el enemigo habia hecho en el casar de Herverden, se constituyó allí una guardia de tres mil infantes y doscientos caballos, de que se encargaron los maestres de campo don Carlos y Zapena, alternándose como en el dique de Bomel; y porque en cerca de cuatro meses que el ejército estuvo alojado en la isla se había consumido cuanto había en toda ella que pudiese servir de algun sustento á hombres y caballos, considerando, de otra parte, el Almirante y su consejo que, aunque se había fortificado mucho el cuartel de la caballería, corría peligro de otro acometimiento como el pasado, se resolvió pasar el Mosa, y alojarse sólo en ella en medio del fuerte de San Andrés, junto al villaje de Kesen, subiendo tambien el puente; con que, acercándosele todo el campo más de media legua, venia á ponerse muy cerca del fuerte de Durango y á poco más de cuarto de legua del cuartel de don Ambrosio; alojamiento muy bien entendido, y que había días que Martin Lopez de Aybar, teniente de maestre de campo general, instaba que se tomase, visto que no se ofrecia otro inconveniente, que el llegar á él algunas balas de artillería de las que el holandés tiraba al fuerte de San Andrés desde su dique de la otra parte del Wal, frontera del villaje de Verrick, que, aunque despues, alzando la puntería al tino del alojamiento católico, arrojó infinitas balas, no hizo daño de consideracion en cerca de dos meses que se detuvo allí el ejército.

El conde Mauricio, viendo todas las fuerzas católicas de esta parte del Mosa, desconfiando de ofender ya en el cuartel de la caballería, y temiendo que fuese aquello estratagema para pasar el Wal con el calor del fuerte de San Andrés, dejando bien guardados los fuertes y puestos que conservaba, volvió á retirar toda su gente al cuartel de Varick. Fué esto á tiempo que algunos días despues, á los 14 de Agosto, puesta en perfección una plataforma que desde que se comenzó el fuerte se había ido levantando frontera del enemigo; y alojados en ella doce cañones bien cubiertos, pudo comenzar á batir con ellos el gobernador Catriz al campo del enemigo, asistiendo alif don Luis de Velasco desde el alba de dicho dia. Levantábase la plataforma más de pica y media sobre los parapetos de los baluartes; con que descubriendo los cuentos de las picas de los enemigos, fué tal el estrago que se hizo en ellos, que afirmaron seis franceses que el dia siguiente vinieron á rendirse al puesto de los españoles, que en doce horas que duró la carga de la batería habían muerto pasados de trescientos hombres y más de doscientos caballos de los que á gran prisa iban retirando el bagaje y la artillería que no estaba enterrada en el dique. Mudó Mauricio, con esto, su cuartel al casar de Hemert, casi á medio camino de Tilt, mientras con gran cuidado y solicitud procuraba hacer levantar en su ribera otra plataforma, que tardó mucho en ponerse en perfección.

Antes de esto, á los 17 de Julio, vinieron el Cardenal y el Marqués, su hermano, al campo, y á los 18, yendo ambos á dos al fuerte, puso Andrea la primera piedra en la iglesia que se había de levantar en su plaza de armas, á quien y á todo el fuerte, por ella, se dió nombre de San Andrés apóstol, abogado del cardenal y patron de la serenísima casa de Borgoña. Hubo muy gran fiesta y grandes salvas de artillería, que, por aprovecharlas, se encaminaron todas al enemigo, aunque en medio del regocijo había muchos soldados de experiencia que suspiraban, sin poder disimular el sentimiento que les causaba ver aquella fabrica tan hermosa y tan fuerte sujetá á haber de caer muy presto en poder del enemigo; y fundábanse en lo mal que

de ordinario se proveen nuestras plazas en la vecindad del enemigo, principalmente en que era obra trazada y hecha por quien no aguardaba para irse otra cosa que saber que el Archiduque, su primo, y la serenísima Infanta hubiesen entrado ya en Lorena. Era á la verdad el edificio inexpugnable mientras la guarnicion no se resolviese en faltar la fe á su príncipe, como al fin lo hizo; porque, fuera de haber salido los baluartes muy hermosos y bien entendidos, los fosos muy anchos y con más de una pica de agua, por donde se comunicaban ambos ríos, se le hicieron tambien sus estradas cubiertas, con sus reductos para cubrirlas á ellas y á las puertas, todo rodeado de una pica de agua corriente, que unas veces le prestaba el Mosa al Wal, y otras el Wal al Mosa, conforme á las ocasiones que tenian de crecer el uno ó el otro río. Hicieron traer de Bolduque doce chalupas, ó á nuestro modo de hablar, fragatas, de diez y de doce bancos, con todos sus aparejos y marinaje necesarios; los cuales podian pasar del un río al otro, correr y visitar las costas de Holanda, y estar en seguro despues dentro de los fosos; con tanto asombro del enemigo, que, como se supo, comenzaron á despoblar las aldeas circunvecinas, retirándose la gente á las villas de Tilt, Buren, Renen, Wick, Colemburg, Vianen, Leerdan y otras de aquella comarca, la más noble y poblada de Holanda.

El ejército aleman en tanto, en número de treinta y cinco mil infantes, y más de cuatro mil caballos, puso sitio á la villa de Rimb ergue; habiase amotinado algunos meses antes aquella guarnicion, echando á su gobernador y oficiales con la usada insolencia; sin embargo de lo cual, el Elector y consejo y los demás soldados se gobernaron con mucho valor, despues de haber portado muchos dias en vano los condes de Lipa y Holach, tanto con la fuerza como con inteligencias, procurando persuadir á aquella gente, la mayor parte alemana, á que era toda una la causa que seguian, y comun á la honra de su nacion, añadiendo que les darian algunas pagas en recompensa de sus alcances; pero ellos, aunque hasta allí olvidados, al parecer, con el delito de la alteracion, de las obligaciones de la honra, quisieron mirar por el más esencial punto della, que es la fidelidad; y

así, haciendo poco caso de su ofrecimiento, obligaron á los Condes á levantar el sitio por la parte del país de Gueldres, inquietando todavía desde la otra parte del Rhin á los de la villa con sus piezas, mientras levantaban un fuerte, donde pensaban dejar gruesa guarnicion, como lo hicieron.

El dia de la solemne ceremonia que dijimos arriba, despues de haber estado el Cardenal y su hermano cuatro dias en el ejército, se volvieron á Bolduque con harto cuidado, por las cartas que llegaron aquellos dias de don Ramiro de Guzman, gobernador de Rees, en que avisaba cómo el ejército aleman, dejando de la otra parte del Rhin, frontero de Rimbergue, un cuartel de cuatro mil hombres bien fortificado, pasaba aquel dia la Lipa con veinte mil infantes y tres mil caballos; pedía socorro de gente y pólvora, y aseguraba que con esto defendería la plaza. Enviósele al capitán Antonio de Ribas con su compañía de arcabuceros, del tercio de don Carlos, y la de Lorenzo de Zaraza, del de Zapena, y otros doscientos walones, á orden todos del propio Ribas; el cual, marchando con gran diligencia, respecto á llevar consigo diez carros de pólvora y otras municiones de guerra, llegó á salvamento á Rees dos horas antes que asomase el ejército aleman, que, gobernado (como se ha dicho) por el conde de Lipa, se acuarteló sobre Rees desta manera: él, con tres regimientos de cuatro mil hombres cada uno y quince compañías de caballos, ocupó el espacio que hay entre los villajes de Bienen y Rosem hasta el dique por donde se va á Wesel; en la otra parte, junto al villaje de Apel, se alojó el conde Holach con un regimiento de cuatro mil infantes, levantado en tierras del duque de Brunswick, mil frisones y once compañías de caballos, que le envió el conde Guillermo de Nassao, gobernador de Frisa por los Estados; y con esta gente, como soldado práctico que era, fortificó su frente con muy buenos reductos, y en todo lo demás se puso cual convenia. Comenzaron unos y otros á irse arrimando con sus trincheras, y el de Lipa, como más mozo y deseoso de acreditarse, habiéndose arrimado á cosa de trescientos pasos de la tierra, hizo un reducto y plantó en él dos cañones y una culebrina, con que comenzó á tirar á las defensas; y no contento con es-

to, adelantándose hasta poco más de cien pasos de la contraescarpa, acomodó en el dique otros diez cañones, aunque no usó dellos al principio hasta que las demás cosas estuviesen dispuestas para hacer la batería y dar el asalto. Plantó entre tanto el conde Holach cuatro piezas en cierto recodo del dique, con que comenzó á hacer mucho daño en la villa, y á derribar una cortina de un baluarte de piedra, pegada al río; y caminando con sus trincheras otros doscientos pasos más, plantó su batería de nueve cañones contra el mismo baluarte. No llegaban á ochocientos hombres de todas naciones los que defendían el fuerte y guardaban la tierra de la otra parte, inclusa la compañía de arcabuceros á caballo del capitán Butbergue; y destos morían cada día muchos, por ocasión de la artillería, que perpétuamente jugaba, sin los que de ordinario faltaban en las continuas escaramuzas y salidas que se hacían de día y de noche por defender las estradas cubiertas. Con esto, y con lo que el enemigo se iba acercando siempre por la parte del río, donde la villa (que por todas es flaca) no tiene través alguno; temeroso don Ramiro de algún ruin suceso, puesto que no ignoraba lo mal que la nación alemana suele disponerse á dar asaltos, envió á un alférez reformado al Almirante á los 4 de Setiembre, para que, informándole del estado en que se hallaban las cosas, proveyese del remedio que le pareciese más conveniente.

El Almirante, que, por haberse partido ya el Cardenal cuando y como veremos, conoció que corría aquello más por su cuenta; rehusando el parecer de los que, fundados en la poca necesidad que había ya de aquella plaza, querían que se le ordenase á don Ramiro que tratase de rendirse con las más honradas y honestas condiciones que pudiese, determinó de enviarle socorro capaz de entretenérse, hasta que, acabado de poner en perfección el fuerte de San Andres, pudiese él ir en persona á dársele con todo el ejército, y á tomar cuenta á los alemanes de su temeridad; pues habiéndoles últimamente enviado Andrea á ofrecer con el Madrucho, gentil hombre de su cámara, que en ninguna manera invernaría en Rees gente española, y que aquella plaza se restituiría como las demás, parecía que no habían hecho aquel acometimiento tanto por necesidad de echar de su casa las guar-

niciones, como de puro presuntuosos; y confiados de sus fuerzas, pudiéndoles que las nuestras estaban ocupadas bastante en la isla de Bomel, á que ayudaban, sin las persuasiones del conde Holach, los estados de Holanda y el conde Mauricio con sus cartas, ofreciéndoles montes de oro si, acabada aquella empresa, pasaban á juntarse con el ejército rebelde. Todas estas cosas juntas, y cada una de por sí, obligaron al Almirante á mirar por la villa de Rees, como si fuera patrimonio real; y así, á los 6 de Setiembre despachó al capitán Andrés Ortiz, del tercio de Luis del Villar, con su compañía y hasta descientos hombres sueltos del mismo tercio, trescientos walones y cien borgoñones; los cuales, entrados en la villa por el fuerte, atravesando el río en barcas, que se les enviaron la noche de los 9 del mismo mes, sin que los enemigos pudiesen estorbarlo, alegraron de manera al gobernador don Ramiro y á toda la guarnicion, que ya les parecían pocos los enemigos que tenían delante, y que convenía darles á entender que, sin las demás naciones, había en Rees al pie de quinientos españoles curtidos en la guerra; en cuya prueba, juntando don Ramiro á los capitanes y cabezas, resolvió que se hiciese el día siguiente una salida por la parte del conde de Lipa, con quinientos hombres por lo menos, trescientos españoles, cien walones y cien borgoñones. Encargáronse de ella los capitanes Ribas y Zaraza, los cuales de tal manera encaminaron el negocio, que en menos de una hora que duró la refriega enclavarón todos los diez cañones con que se había de batir al día siguiente; y pasando delante su primer reducto, retiraron y metieron en la tierra una media culebrina, dejando enclavada también allí lo restante de la artillería, y muertos en los dos puestos más de cien enemigos; con tanto asombro de los demás, que hubo de acudir el Conde en persona con su propio regimiento para impedir que los españoles no se le llevasen toda la artillería, y lo hicieran, si tardara un poco, con la misma facilidad con que habían retirado la media culebrina y echado á rodear cinco cañones el dique abajo.

Esta salida fué á los 11 de Setiembre; y apercibiéndose para hacer otra el día de los 13 por la parte del conde Holach, vieron, como el enemigo desalojaba, dejándose, tanto en el un puesto como en el otro,

todo lo que no pudieron retirar con mucha prisa; y conociendo los sitiados su temor, deseando aprovecharse dél, que tanto suele importar, le salieron valerosamente á la retaguardia, que no se hizo sin muerte y prision de muchos y afrenta universal de todos; porque, á más de esto, se dejaron tres barchas cargadas de bastimentos, carros y mucho bagaje. Marcharon los condes cada uno por su parte hasta Emerique, que se tenia ya por ellos, á donde tuvieron malas palabras culpándose el uno al otro, como es costumbre, y más despues que, no contentos con lo hecho los del presidio de Rees, inquietaban de noche y de dia los alemanes, llevándoles bagajes y prisioneros de sus propios cuarteles; tal, que les fué forzoso retirarse á Duisburg y Duete-cóm, que ya estaba tambien por ellos; deseando el conde Holach irlos acercando al campo rebelde, en virtud de las instrucciones que de esto tenia de los Estados y del conde Mauricio. Sin embargo, el conde de Lipa, dándole algunas esperanzas de ello, gustaba de entretenerte de allá del Rhin, por cumplir en aquello con la órden del Palatino y Landgrave, y de los demás á cuya costa se había levantado aquel ejército, que deseaban estar á la mira, por si el campo católico trataba de alejarse en tierras neutrales aquel invierno, como el pasado; mas, desengañados de esto, y de que no se restituifra Rees hasta que no hubiese memoria del ejército aleman, afligidos tambien del frio y de la hambre, se acabaron de deshacer hácia la fin de Noviembre, aunque no sin amotinarse mucha parte de ellos por cuatro pagas que se les quedaban debiendo; á los cuales, despues de haber hecho inestimables daños en el Palatinado, Alsacia y otras provincias comarcanas, envió el Emperador el bando imperial; con que, muriendo muchos á manos de los villanos, se acabaron de deshacer del todo. Este fué el fin que tuvo aquel ejército, levantado con tan poca consideracion como felicidad. Sabido esto por el Archiduque, mandó á mediado de Diciembre que, pagada la guarnicion de Rees, se entregase aquella plaza á los diputados del duque de Cleves, como con gusto universal se hizo.

A los 18 de Agosto tuvo el Cardenal cartas del Archiduque, en que le avisaba cómo él y la señora Infanta habian entrado con salud en Lorena; nueva que hizo apresurar su partida para Bruselas más de lo

que imaginaba, pues tres dias antes dejó ir á su hermano, el marqués de Burgaute, por el mismo camino que él pensaba hacer á su vuelta, que era por Francia y tierra de esguízaros. Partió pues de Bolduque á los 20, con escolta de seiscientos caballos, dejando todo lo tocante á la guerra á cargo del Almirante; y para despedirse díl y de todo el ejército estuvo en los cuarteles todo el dia de los 19, mostrando gran sentimiento de apartarse de tan grandes soldados; dígolo con el término que él lo significó, y ofreciendo con nobilísimo afecto de informar á Su Majestad con cartas, y á Su Alteza á boca, de los méritos y servicios de las cabezas de aquel ejército. Incitó, tras esto, á todos á la paz y conformidad con palabras que mostraban bien la sencillez de su ánimo; con que dejó universalmente deseado de sí á todos los buenos, como príncipe que era dotado de singulares virtudes y capaz de toda gran fortuna. Llegó á Bruselas á los 25, desde donde envió á don Juan de Córdoba, gentil-hombre que era de su cámara, á dar el parabien á Sus Altezas de la llegada á sus Estados, y á pedir órden de lo que había de hacer, ofreciéndose á cumplirla como cualquiera de sus súbditos.

Partido el cardenal Andrea del ejército, atendió el Almirante aún con más calor que hasta allí á dar perfección al fuerte de San Andrés, continuándose siempre el cañonearse de una parte y de otra, con tan continua batería, que se supo despues con certidumbre haberse tirado, en menos de cuatro meses que duró la obra del fuerte, de una parte y de otra, pasados de ochenta mil cañonazos. Quedó finalmente en perfección á los postreros de Octubre, y dejando por gobernador en él el Almirante al teniente Nicolás Catriz, soldado de conocido valor y experiencia, con ochocientos walones de los regimientos de Achicourt y conde de Busquoy, y la superintendencia del fuerte de Crevecour, donde quedaban otros trescientos walones de los propios regimientos, desalojó el ejército, sabiendo que el conde Mauricio había hecho tres dias antes lo mismo, reduciendo el suyo á las terrezuelas circumvecinas, despues de haber levantado un fuerte al opósito del de San Andrés, aunque, por falta del sitio, no tan capaz ni tan suficiente como el nuestro, entretuvose algunos dias el campo católico por la

campiña, á causa de acertar aquel otoño á ser sequísimo; cosa que, ocasionando grandes menguantes en los ríos, podía ser causa de que el enemigo intentase algo en los nuevos fuertes, ó lo que era más de temer, en Bolduque, ciudad fortísima de sitio, estando, como está, rodeada casi por todas partes de agua, y harto flaca, respecto á la pertinacia con que rehusaban el admitir guarnición; mas, comenzando á mediado Noviembre á caer grandes aguas, llevó primero el Almirante el ejército junto á la abadía de Tor, entre Ruremonda y Mastrique, á donde descubiertos algunos indicios de motín, se castigaron severamente, aunque sin acudir á la causa de aquella peligrosa y pestilencial enfermedad, se redujeron los tercios y regimientos y la caballería á presidios; lance forzoso respecto á lo que, con la licencia y libertad de los otros años, andaba la gente saqueando el país, alojando á discreción, con daño irreparable de los pobres labradores y de peor consecuencia para la buena disciplina militar. De los españoles se alojó el tercio de Luis del Villar en Tilimont, el de Zapena en Liera y el de don Carlos Coloma en Namur. El cual (proveido don Carlos por Mayo del año siguiente en el cargo de capitán general de las fronteras de Perpiñán) se dió á don Jerónimo de Monroy, caballero del hábito de san Juan y capitán de lanzas españolas. Las naciones y caballería se alojaron en Diste, Liao, Herentales y en otras villas y burgajes del Brabante, pareciendo acertado tener las fuerzas cercanas, para en virtud de ellas efectuar lo que quedaba por hacer en lo tocante al final juramento de los nuevos príncipes, y queriendo también por razón de guerra tenerlas á mano, para en tiempo de hielos valerse de la ocasión y comenzar á sacar del fuerte de San Andrés el fruto que tan justamente se esperaba. En el suceso de esto, que escribirá quien lo vió, echará de ver quien lo leyere la variedad de las cosas humanas y el poco fundamento que se debe hacer en la prudencia del siglo cuando no es ayudada de la voluntad de Dios.

Partieron Sus Altezas de Barcelona á 7 de Junio, con veinte y cuatro galeras á cargo del príncipe Doria, y con felice navegación llegaron á Génova á los 18; donde se les hizo toda la cortesía y agasajo que aquella república acostumbra hacer á las personas reales. Detuvié-

ronse allí doce días, hospedados del dicho príncipe con todo género de regalos y grandeza. Partieron el postrero de este mes de Génova; y servidos á costa de la señoría hasta Sarraval, llegaron á Milan á los 5 de Julio; y después de haber estado en aquella nobilísima ciudad casi lo restante de aquel mes, caminaron sin detenerse en el Piemonte por causas secretas, aunque las públicas fueron ciertas sospechas de poca salud, hasta Grey, en el condado de Borgoña; allí tomaron aliento de algunos días, restaurándose de los recios calores; hicieron después otro alto en Nanci, á donde el duque de Lorena y la duquesa de Bar, madama Catalina de Borbon, hermana del rey de Francia, mostraron á un mismo tiempo su afecto y su grandeza; de allí, tomando el camino por Luxembourg (á donde el conde de Mansfelt, después de haber hospedado á Sus Altezas en su casa de campo, sirvió con la misma casa á la señora Infanta, dádiva más de rey que de vasallo), llegaron finalmente á los 3 de Setiembre á Nuestra Señora de Hal, tres leguas pequeñas de Bruselas. Está esta villa dedicada á la gloriosa Virgen, en cuyo santuario se ven innumerables milagros y particulares muestras de la piedad de aquellos pueblos, y no menos de la devoción de los nobilísimos duques de Brabante, sus fundadores. Llegó el cardenal Andrea el propio día de los 3 de Setiembre á besar las manos á Sus Altezas, darles razon del estado en que se hallaban las cosas de aquellos sus Estados en materia de paz y de guerra, y con su licencia dar la vuelta para su arzobispado de Constancia. Había comenzado el Cardenal, como príncipe de benignísima naturaleza y deseoso de paz, á dar algunas puntadas para encaminarla con la reina de Inglaterra; cosa de que Sus Altezas mostraron tanta satisfacción como de las demás hechas por él en cerca de trece meses que gobernó los Estados. Dicen que al despedirse encargó al Archiduque el fuerte de San Andrés como obra suya; trató bien de las cabezas del ejército, mas en el Almirante no habló con mucho gusto, instigado (á lo que se sospechó) de algunos apasionados; que fácilmente tienen entrada con los príncipes de apacible y cándida condición semejantes oficios. También se tuvo por efecto de ciertas informaciones secretas; que, como la sombra sigue al cuerpo, siguen de ordinario los émulos á los que

en el mundo resplandecen sobre los demás; ¡guay de quien está sin ellos en esta vida! No ha faltado quien ha dicho que debia más á los que escudriñaban los vicios que á los que le pregonaban las virtudes; porque los primeros (decia él) me sirven de centinelas para hacerme estar alerta y siempre la barba sobre el hombro, y los segundos de puerta por donde, sin contrario alguno que lo impida, entren de golpe el amor propio, el menosprecio de los demás y el ocioso y vil descuido; polilla que de ordinario labra en los paños más finos, á donde jamás llega la verdad sino adulterada, ni cosa sin aceite de adulacion. Partió pues el Cardenal la vuelta de su casa, haciendo su viaje por Francia; y otro dia, que fué el de los 5 de Setiembre, partieron Sus Altezas para Bruselas á hora que pudieron hacer su entrada de dia, con tan lucido y copioso acompañamiento; con tanta pompa y aparato, con tanta diversidad y hermosura de arcos triunfales y otras cosas de este genero, acostumbradas en semejantes dias, que, si no lo hubieran tomado otros más desocupados á su cargo, emprendiera yo de buena gana el escribirlas, aunque las ví por relacion. Basta que todo fué lleno de majestad y grandeza, y que, con serlo en tan alto grado, ninguna cosa ni todas juntas resplandecieron tanto como la causa de ellas; esto es, la serenísima Infanta, princesa llena de tan esclarecidas virtudes, dotada de tan gran hermosura, gracia, bondad y grandeza de ánimo, que deja muchas leguas atrás á todo encarecimiento.

Llegados Sus Altezas á Bruselas, comenzó el Archiduque á tomar las riendas del gobierno, repartiendo algunos premios en los más calificados de sus vasallos; diligencia tan útil como usada de casi todos los príncipes en los principios de sus reinados; y descendiendo á lo político del gobierno, lo primero que se trató con las provincias sujetas, de parte de los archiduques, fué que se señalaran dia para el juramento y coronacion de Sus Altezas, especialmente de duques de Brabante, en que se ofrecieron no pocas ni leves dificultades. Pedian los estados de aquella provincia que, para observar sus antiguos privilegios, se sacasen de toda ella los presidios extranjeros, y se entregasen en poder de neutrales todas las plazas, gobiernos y castillos, en que se interesaba, no solamente el Archiduque, pero tambien el Rey; el cual,

ante todas cosas, no queria deshacerse de la autoridad de proveer algunas plazas de aquellos Estados hasta que su hermana tuviese hijos. Altercose mucho esta dificultad; y despues de varias juntas y conferencias que se tuvieron sobre ello, se asentó que por entonces quedasen las cosas como estaban; y ofreció el Archiduque en su nombre y de la señora Infanta que, en cumplimiento de la órden que tenia de Su Majestad, en prestándoles á Sus Altezas el juramento, se tomaría en nombre suyo, como de legítimos señores de aquellos Estados, á los gobernadores y castellanos de todos ellos; con que, y con dignarse Sus Altezas de irle á recibir primero á la ciudad de Lovayna, cabeza de Brabante, se sosegaron los diputados de la provincia. Entraron en la dicha ciudad á los 24 de Noviembre, que todo esto se dilató esta solemnidad por la causa referida, á donde se les hizo una entrada llena de toda grandeza y adornada de universales y verdaderas aclamaciones de alegría; y el dia siguiente, que fué el de los 25, recibieron el juramento de fidelidad, y le hicieron Sus Altezas de guardarles todos los privilegios, en la forma acostumbrada por los últimos poseedores de aquel Estado; con quien en todos los diez y siete no se atreve á competir otro sino el condado de Flandes, que á opinion de los más se le aventaja. Volviéronse á Bruselas á los 28, y á los 30, dia del apóstol San Andrés, prestaron el juramento los de aquella villa con mucha demostracion de alegría y universal regocijo. Acrecentáronle Sus Altezas con mandar echar de las ventanas de la casa del Ayuntamiento, que es de las más insignes de los Estados, cantidad grande de moneda de plata y oro, labradas para este efecto con sus esfigies; empresa y mote representativo no menos del singular regocijo de los vasallos, que de la clemencia y misericordia que venian pregonando los señores.

Hízose esta misma ceremonia en la ciudad de Malinas á los 4 de Diciembre, y en la de Amberes á los 8; la cual, como sin disputa de las más hermosas y ricas de Europa, acostumbrada á echar el resto en menores ocasiones, en ésta se excedió á sí misma. De todos los arcos triunfales que con admirable estructura y riqueza se levantaron (que fueron más de treinta), los de los portugueses y ginoveses

ganaron el premio, dejando entre si dudosos á los neutrales, y alabándose los apasionados de llevar la palma; emulacion que pregonaba el afecto y amor con que recibian unos y otros á tan buenos príncipes. Hasta los 20 detuvo á Sus Altezas en aquella insigne ciudad el deseo de alegrarla con su presencia y visitarla toda, y especialmente el castillo, á donde los sirvió y regaló lucidísimamente don Agustín Me-sia; y los lugares pios, iglesias, conventos de monjas y monasterios de religiosos; estaciones que de ordinario hacen los príncipes de la augustísima casa de Austria, como dechado de piedad y nivel por donde se deben gobernar los reyes que desean agradar á Dios y dar buen ejemplo á sus vasallos; y á los 23 dieron la vuelta para Bruselas, con intento de tener allí las fiestas de Navidad y Circuncision y pasar á Gante, á donde los esperaban los diputados del condado de Flandes, procurando no mostrarse inferiores á los de Brabante en las demostraciones para con sus príncipes, ya que no lo eran en las fuerzas ni en el afecto.

## ÍNDICE

TOMO II DE LAS GUERRAS DE LOS ESTADOS BAJOS.

	Págs.
Libro VI. . . . .	5
Libro VII. . . . .	55
Libro VIII. . . . .	99
Libro IX. . . . .	178
Libro X. . . . .	236
Libro XI. . . . .	303
Libro XII. . . . .	348

